

Comentario a los Hechos de los Apóstoles

Ernesto Trenchard

Tabla de contenidos

Tabla de contenidos	2
Introducción al libro de Hechos de los apóstoles	31
Lugar del libro en el canon del Nuevo Testamento	31
El autor del libro	32
1. El compañero del apóstol Pablo	32
2. Lucas, gentil culto, y destacado siervo de Dios	33
3. Lucas como historiador	33
4. La cronología de Lucas	34
La fecha de redacción	34
El contenido del libro	35
1. El enlace con los Evangelios	35
2. El Espíritu Santo y los apóstoles	35
3. El Día de Pentecostés	36
4. La Iglesia	36
5. El Reino de Dios	36
El plan del libro	37
1. El desarrollo del libro a grandes rasgos	37
2. Los resúmenes de Lucas	38
3. Los viajes de Pablo	39
El propósito del libro	39
1. El plan divino	39
2. El Evangelio se presenta a las personas cultas del Imperio	40
3. Historia de la extensión del Reino y el desarrollo de la Iglesia	40
4. Recalca la autoridad apostólica de Pablo	40
5. Exhibe la armonía entre la labor apostólica de Pedro y Pablo	41
6. La intención apologética	41
Los discursos en “Los Hechos”	43
Temas para meditar y recapacitar	43
El enlace con los evangelios (Hechos 1:1-26)	45

Teófilo y el “primer tratado” (Hch 1:1)	45
1. El comienzo y la continuación de la Obra (Hch 1:1)	45
Los últimos mandamientos del Señor (Hch 1:2-3)	45
1. Se dieron “por el Espíritu Santo”	46
2. Se dieron a los apóstoles que había escogido	46
3. Se dieron a la luz de la Obra consumada de la Redención	46
4. Se relacionaron con el Reino de Dios	46
Los cuarenta días (Hch 1:3)	47
1. Las pruebas indubitables (Hch 1:3)	47
La espera del descenso del Espíritu Santo (Hch 1:4-5)	48
1. La Promesa del Padre	48
2. El enlace con las enseñanzas del Cenáculo	48
3. El previo acto simbólico	48
4. La consumación de la Obra de Cristo	48
Los tiempos o sazones (Hch 1:6-8)	49
1. La comprensión de los discípulos	49
2. La unidad y la diversidad de los tiempos	49
El testimonio de los discípulos	50
1. “Me seréis testigos” (Hch 1:8)	50
2. El programa (Hch 1:8)	50
La ascensión del Señor (Hch 1:9-11)	51
La promesa de la Segunda Venida (Hch 1:11)	51
En el aposento alto (Hch 1:12-14)	52
1. El retorno de los Once	52
2. El Aposento Alto	52
3. La lista de los apóstoles (Hch 1:13)	52
4. “La compañía junta” (Hch 1:14-15)	52
5. María	52
6. Las mujeres	53
7. Los hermanos del Señor	53
8. La oración	54
El nombramiento de Matías (Hch 1:15-26)	54
1. ¿Se equivocaron Pedro y sus compañeros?	54

El caso de Judas (Hch 1:16-20,25)	55
1. El fin de Judas en Mateo y en Los Hechos	55
2. Las citas de Los Salmos en (Hch 1:16,20)	56
El ministerio de los doce (Hch 1:21-23)	57
1. José Barsabás el Justo	58
2. Matías	58
3. El modo del nombramiento	58
Temas para meditar y recapacitar	59
El descenso del Espíritu Santo y el mensaje de Pedro (Hechos 2:1-36)	60
El descenso del Espíritu Santo (Hch 2:1-4)	60
1. El principio de una época	60
2. El nuevo pueblo y la Obra de Cristo	60
3. El pueblo nuevo y el “Espíritu residente”	61
La fecha y el lugar del descenso	61
1. El calendario religioso de Israel	61
2. El lugar del Descenso	61
3. El Cenáculo y los pórticos del Templo	62
Los fenómenos que marcaban el descenso (Hch 2:1-13)	62
1. El viento recio (Hch 2:2)	62
2. “Lenguas como de fuego” (Hch 2:3)	63
3. El simbolismo del “fuego”	63
4. La “glossolalia” (Hch 2:4,6-8,11)	63
El bautismo y la plenitud del Espíritu (Hch 2:14)	64
1. El bautismo del Espíritu	64
2. La plenitud del Espíritu en relación con el “bautismo del Espíritu”	64
La multitud y sus reacciones (Hch 2:5-13)	65
1. Un auditorio de judíos y prosélitos	65
2. “El estruendo”	65
3. El asombro de las gentes	65
4. La lista de los países (Hch 2:9-11)	66
5. La teoría de los incrédulos (Hch 2:12-13)	66
El discurso de Pedro (Hch 2:14-36)	67

1. Consideraciones generales	67
El análisis del discurso	67
La introducción (Hch 2:14-15)	68
La profecía de Joel (Hch 2:16-21)	68
1. El contexto de la profecía	68
2. Los términos de la profecía	69
3. Cumplimiento limitado de la profecía	69
4. Normas para la interpretación de la profecía	69
5. El principio de los postreros días	69
Jesús, su vida de poder, su muerte y resurrección (Hch 2:22-24)	70
1. La obra de Jesús Nazareno (Hch 2:22)	71
2. La responsabilidad de Israel (Hch 2:23)	71
3. La providencia de Dios (Hch 2:23)	71
4. La Resurrección (Hch 2:24)	71
La resurrección profetizada por David (Hch 2:25-31)	72
1. “No dejarás mi alma en el Hades”	72
2. David y el Mesías (Hch 2:30-31)	73
Los testigos de la resurrección (Hch 2:32)	73
La exaltación del Cristo (Hch 2:33-36)	73
1. La profecía del Salmo 110 (Hch 2:34-35)	74
El gran resumen (Hch 2:36)	74
Temas para meditar y recapacitar	74
Efectos de la predicación y formación de la primera iglesia (Hechos 2:37-47)	75
Los resultados del mensaje	75
1. Exhortación al arrepentimiento (Hch 2:37-41)	75
2. La posición de Israel	75
3. El arrepentimiento y la fe (Hch 2:38,41)	76
4. El don del Espíritu Santo (Hch 2:38)	76
5. El bautismo (Hch 2:38,41)	77
La primera iglesia cristiana (Hch 2:41-47)	77
1. El fundamento de la Iglesia	78

2.	La doctrina (enseñanza) de los apóstoles (Hch 2:42)	78
3.	La comunión (Hch 2:42)	79
4.	El Partimiento del Pan (Hch 2:42)	80
5.	Las oraciones (Hch 2:42)	81
6.	Reuniones en el Templo (Hch 2:46)	81
7.	La comunidad de bienes (Hch 2:44-47) (Hch 4:32-37)	82
	Temas para meditar y recapacitar	82
	El Nombre del Señor Jesús (Hechos 3:1-4:31)	83
	Consideraciones generales	83
	La curación del cojo (Hch 3:1-11)	83
1.	Compañeros en la obra (Hch 3:1)	83
2.	La hora de la oración (Hch 3:1)	83
3.	El estado del cojo (Hch 3:2)	83
4.	La puerta llamada la “Hermosa” (Hch 3:2)	84
5.	El “Nombre” en operación (Hch 3:3-8)	84
6.	El asombro del pueblo (Hch 3:9-11)	85
	El segundo discurso de Pedro (Hch 3:12-26)	85
1.	El carácter general del discurso	85
2.	La obra del Dios de Abraham (Hch 3:12-13)	85
3.	La culpabilidad de los judíos (Hch 3:13-15)	85
4.	El Nombre y la fe (Hch 3:16)	86
5.	El Ungido que había de padecer (Hch 3:17-18)	86
6.	El arrepentimiento y los “tiempos de refrigerio” (Hch 3:19-20)	87
7.	El tiempo de restauración (Hch 3:21)	87
8.	Los profetas y el Profeta (Hch 3:21-24)	88
9.	Los “hijos de los profetas” y los “hijos del pacto abrahámico” (Hch 3:25)	89
10.	El Siervo que Dios levantó (Hch 3:26)	89
	El choque la iglesia naciente con el judaísmo oficial (Hch 4:1-22)	90
1.	Juan y Pedro arrestados (Hch 4:11)	90
	La reunión del sanedrín (Hch 4:5-6)	91
1.	La composición del Consejo	91
	El interrogatorio y la réplica de Pedro (Hch 4:7-12)	91
1.	La perplejidad de los príncipes	91

2. ¿Qué clase de poder? (Hch 4:7)	91
3. La Piedra rechazada (Hch 4:11)	92
4. El Nombre salvador (Hch 4:12)	92
Las reacciones del sanedrín (Hch 4:13-22)	92
1. La autoridad de los indoctos (Hch 4:13-14)	92
2. Una conclusión ilógica (Hch 4:15-18)	93
3. Un testimonio valeroso (Hch 4:19-20)	93
4. La presión de la opinión pública (Hch 4:21-22)	93
Las reacciones de los siervos de Dios (Hch 4:23-31)	94
1. “Fueron a los suyos” (Hch 4:23)	94
2. La oración conjunta (Hch 4:24-30)	94
3. El poder del Espíritu Santo renovado (Hch 4:31)	96
Temas para meditar y recapacitar	96
La primera iglesia en Jerusalén (Hechos 4:43-5:42)	97
Unidad, comunión y poder (Hch 4:32-37)	97
1. La unidad vital	97
2. La comunidad de bienes (Hch 4:32,34,35)	97
3. El testimonio apostólico a la Resurrección (Hch 4:33)	98
4. El ejemplo de Bernabé, (Hch 4:36-37)	98
El juicio sobre Ananías y Safira (Hch 5:1-11)	99
1. Consideraciones generales	99
2. El engaño de Ananías (Hch 5:1-6)	100
3. El juicio de Ananías (Hch 5:5-6)	101
4. El juicio sobre Safira (Hch 5:7-11)	101
5. El Espíritu Santo es Dios	101
6. La Iglesia (Hch 5:11)	101
El apogeo del Testimonio en Jerusalén (Hch 5:12-16)	102
1. Las cartas credenciales de los apóstoles (Hch 5:12,15,16)	102
2. El crecimiento de la Iglesia (Hch 5:12-14)	102
Renovada persecución (Hch 5:17-42)	103
1. El arresto de los apóstoles (Hch 5:17-18)	103
2. La liberación nocturna (Hch 5:19-20)	103
3. Un tribunal sin reos (Hch 5:20-26)	104

4. El interrogatorio ante el Sanedrín (Hch 5:27-28)	104
El testimonio de Pedro (Hch 5:29-32)	104
1. La obediencia a Dios es fundamental (Hch 5:29)	104
2. Dos hechos antepuestos (Hch 5:30)	104
3. Dos hermosos títulos del Señor (Hch 5:31)	105
4. Dos aspectos de la salvación (Hch 5:31)	105
5. El doble testimonio (Hch 5:32)	105
6. El gran principio de la obediencia (Hch 5:32)	105
7. La reacción del partido sumosacerdotal (Hch 5:33)	105
La intervención de Gamaliel (Hch 5:34-39)	106
1. Gamaliel el rabino	106
2. El sentido general de su argumento	106
3. Los alzamientos fracasados (Hch 5:36-37)	106
4. La flojedad de los argumentos de Gamaliel	106
5. La inconsecuencia del Sanedrín (Hch 5:40)	107
6. Gozosos en la tribulación (Hch 5:41-42)	107
Temas para meditar y recapacitar	107
Los siete administradores y el testimonio de Esteban (Hechos 6:1-15)	108
Consideraciones generales	108
1. Tensión entre los cristianos hebreos y los helenistas (Hch 6:1)	108
La solución apostólica (Hch 6:2-6)	109
1. El resumen de la situación	109
2. La labor apostólica (Hch 6:2-4)	109
3. Los “Siete” y su misión (Hch 6:3,5,8) (Hch 8:5-8)	110
4. Las cualidades de los Siete (Hch 6:3-5)	110
5. El nombramiento de los Siete (Hch 6:3-6)	110
6. Los nombres de los Siete (Hch 6:5)	111
El resumen de la primera etapa (Hch 6:7)	111
El testimonio de Esteban (Hch 6:8-15)	112
1. La esfera de su testimonio (Hch 6:9)	112
2. El poder de su testimonio (Hch 6:8,10)	112
3. El mensaje del testigo (Hch 6:10-14)	112

4. La oposición al testigo (Hch 6:9-15)	113
Temas para meditar y recapacitar	113
Discurso de Esteban y su martirio (Hechos 7:1-8:1)	114
Consideraciones generales	114
1. Dios se revela por medio de sus obras	114
2. El pueblo carnal no había comprendido las intervenciones de Dios en su historia	114
3. Dios se revelaba en diversos lugares y variadas maneras	115
4. Los profetas, perseguidos por los padres, profetizaban la venida del Justo (Hch 7:52-53)	115
5. La visión de Esteban se relaciona íntimamente con su mensaje (Hch 7:54-56)	115
El análisis del discurso	116
1. Dios se reveló a Abraham (Hch 7:2-8)	116
2. Jacob, José y los patriarcas (Hch 7:8-19)	116
3. Moisés, el elegido de Dios, fue rechazado por muchos del pueblo (Hch 7:20-37)	117
4. Moisés y el Profeta (Hch 7:37)	117
5. Sinaí, la Ley y el Tabernáculo (Hch 7:38-45)	117
6. David, Salomón y el Templo (Hch 7:46-50)	118
7. El tema del Templo en el Nuevo Testamento	118
8. La peroración final (Hch 7:51-53)	119
La gloria de Dios revelada a Esteban (Hch 7:54-58)	120
El martirio de Esteban (Hch 7:56-60)	120
Aparece Saulo de Tarso (Hch 8:1)	121
Temas para meditar y recapacitar	121
El evangelio se extiende fuera de Jerusalén (Hechos 8:2-40)	122
El entierro de Esteban (Hch 8:2)	122
La persecución dirigida por Saulo (Hch 8:1-3)	122
1. La severidad de la persecución (Hch 8:1-3) (Hch 22:4) (Hch 26:10-11)	122
2. Las limitaciones de la persecución (Hch 8:1)	123
3. Los resultados de la persecución (Hch 8:2-4)	123
La evangelización de Samaria (Hch 8:5-8,14-16,25)	124

1. Samaria y los judíos	124
2. Felipe el Evangelista (Hch 8:5-8,12)	124
3. El mensaje de Felipe	125
4. Las señales de Felipe (Hch 8:6-8)	125
5. El bautismo y el don del Espíritu Santo (Hch 8:12,14-17)	126
6. La obra apostólica (Hch 8:14-25)	127
7. El caso de Simón el Mago (Hch 8:9-13,18-24)	128
La nueva misión de Felipe	129
1. La guía del siervo (Hch 8:26)	129
2. El destino de Felipe (Hch 8:26)	129
El etíope y sus inquietudes	129
1. Su país (Hch 8:27-29)	129
2. Su persona y su cargo (Hch 8:27)	130
3. Su viaje (Hch 8:27-28)	130
El encuentro entre el siervo de Dios y el etíope (Hch 8:29-39)	130
1. La voz del Espíritu (Hch 8:29)	130
2. “¿De quién habla el profeta?” (Hch 8:32-34)	131
3. “Le predicó a Jesús” (Hch 8:34-35)	131
4. Fe y bautismo (Hch 8:36-39)	132
5. El evangelista y el convertido (Hch 8:39-40)	132
Temas para meditar y recapacitar	132
La conversión de Saulo (Hechos 9:1-30)	134
Consideraciones generales	134
El viaje de Saulo a Damasco (Hch 9:1-2)	135
1. Continúa la persecución	135
2. La autorización para la extradición de refugiados nazarenos en Damasco	135
3. “Este Camino”	135
El gran encuentro (Hch 9:3-9)	136
1. Lucas describe el encuentro	136
2. El resplandor del Cielo (Hch 9:3)	136
3. “Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (Hch 9:5)	137
4. Los días de tinieblas (Hch 9:8-9)	137
La comisión del apóstol a los gentiles (Hch 9:10-19)	137

1. Ananías y Saulo	137
2. El significado de la intervención de Ananías	138
3. Los términos de la comisión (Hch 9:15-16)	138
4. La imposición de las manos de Ananías (Hch 9:17)	139
El testimonio de Saulo en Damasco (Hch 9:19-25)	139
1. La predicación en las sinagogas (Hch 9:20-22)	139
2. Jesús, Hijo de Dios y Mesías (Hch 9:20-22)	140
3. La visita a Arabia	140
4. La fuga de Damasco (Hch 9:24-25)	140
Saulo en Jerusalén (Hch 9:26-30)	141
1. Pablo describe su visita a Jerusalén	141
2. Los primeros contactos con la Iglesia (Hch 9:26-27)	141
3. El testimonio frente a los helenistas de Jerusalén (Hch 9:28-29)	141
4. Se inician los años en Cilicia (Hch 9:30)	141
Temas para meditar y recapacitar	142
Un remanso de paz y bendición (Hechos 9:31-43)	143
La iglesia en tierra de Israel (Hch 9:31)	143
1. Un período de paz	143
2. Un cuadro de bendición	143
Los viajes apostólicos de Pedro (Hch 9:32-43)	143
1. Extensos viajes y visitas por Israel (Hch 9:32)	143
2. Una obra de poder en Lida (Hch 9:32-35)	144
3. Eneas y Jesucristo (Hch 9:34)	144
4. El fruto de la obra (Hch 9:35)	144
5. Tabita vuelve a la vida en Jope (Hch 9:36-43)	144
6. Milagros de resurrección	145
7. El ejemplo de las buenas obras de Tabita (Hch 9:36,39)	145
8. El testimonio de la vida renovada (Hch 9:42)	146
9. Los movimientos de Pedro (Hch 9:43)	146
Temas para meditar y recapacitar	146
Se abre la puerta del Reino a los gentiles (Hechos 10:1-11:18)	147
Un momento trascendental	147

La preparación de Cornelio (Hch 10:1-8)	148
1. La persona de Cornelio (Hch 10:1,22)	148
2. El testimonio de Cornelio (Hch 10:7,24)	149
3. La visita del ángel (Hch 10:3-8)	149
4. El mensaje del ángel (Hch 10:4-6)	149
5. La pronta obediencia de Cornelio (Hch 10:7-8)	150
La preparación de Pedro (Hch 10:9-16)	150
1. Pedro como “vaso de elección”	150
2. La preparación por la oración (Hch 10:9)	151
3. La preparación por medio de la visión (Hch 10:10-16)	151
La gran decisión de Pedro (Hch 10:17-24)	152
1. Perplejidad y reflexión (Hch 10:17-18)	152
2. La coordinación de las obras de Dios y la Voz del Espíritu (Hch 10:17-20)	153
3. La obediencia y la decisión de Pedro (Hch 10:21-24)	153
4. La prudencia de Pedro (Hch 10:23,45) (Hch 11:12)	153
El encuentro entre el apóstol y los gentiles (Hch 10:24-33)	154
1. La preparación espiritual de Cornelio y de sus amigos (Hch 10:24,33)	154
2. Un centurión romano a los pies de un pescador galileo (Hch 10:25)	154
3. Explicaciones mutuas (Hch 10:26-33)	154
El discurso de Pedro (Hch 10:34-43)	155
1. Los gentiles oyen el “Kerugma”	155
2. El preámbulo (Hch 10:34-35)	155
3. La Palabra enviada a Israel (Hch 10:31-38)	155
4. La Obra de Jesús de Nazaret (Hch 10:37-38)	155
5. El testimonio apostólico (Hch 10:39)	156
6. La muerte de Jesús en un madero (Hch 10:39)	156
7. La Resurrección de Jesús y su manifestación a los testigos (Hch 10:40-41)	156
8. La proclamación apostólica (Hch 10:42)	157
9. El testimonio profético incluye el perdón (Hch 10:43)	157
El descenso del Espíritu Santo sobre creyentes gentiles (Hch 10:44-48)	158
1. La recepción de la Palabra (Hch 10:44)	158
2. El don del Espíritu Santo (Hch 10:45-46)	158
3. El derrumbamiento de la pared intermedia de separación	158

4. El bautismo por agua (Hch 10:47-48)	159
5. Los días de confirmación (Hch 10:48)	159
Reacciones en Jerusalén (Hch 11:1-18)	159
1. Las discusiones con “los de la circuncisión” (Hch 11:11-3)	159
2. El informe de Pedro (Hch 11:4-11)	160
3. La base de la decisión de Pedro (Hch 11:17)	160
4. La comprensión de los guías en Jerusalén (Hch 11:18)	160
Temas para meditar y recapacitar	160
La fundación de la iglesia en Antioquía (Hechos 11:19-30)	162
Se establece una nueva base de operaciones misioneras	162
El principio del testimonio a los gentiles en Antioquía (Hch 11:19-21)	162
1. El testimonio de los esparcidos (Hch 11:19)	162
2. La Palabra llega a los gentiles (Hch 11:20-21)	163
3. Antioquía, escenario del nuevo movimiento	163
4. El mensaje que se anunció a los gentiles (Hch 11:20)	163
5. La bendición sobre el mensaje (Hch 11:21)	164
La confirmación del testimonio a los gentiles en Antioquía (Hch 11:22-26)	164
1. La visita de Bernabé de parte de la iglesia de Jerusalén (Hch 11:22-24)	164
2. El carácter y la obra de Bernabé (Hch 11:23-24)	165
3. Bernabé busca a Saulo como colaborador en la obra de enseñanza (Hch 11:25-26)	165
4. Los años escondidos de Saulo (Hch 11:25)	165
5. Las enseñanzas de Antioquía (Hch 11:26)	166
6. El nombre de “Cristianos” (Hch 11:26)	166
La visita de Bernabé y Saulo a Jerusalén (Hch 11:27-30) (Hch 12:25)	166
1. La visita de los profetas (Hch 11:27)	166
2. La profecía de Agabo (Hch 11:28)	167
3. La misión que Bernabé y Saulo realizaron en Jerusalén (Hch 11:29-30)	167
Temas para meditar y recapacitar	169
La liberación de Pedro y la muerte de Herodes (Hechos 12:1-25)	170
Consideraciones generales	170

El rey perseguidor (Hch 12:1-5)	171
El Señor y sus siervos (Hch 12:1-4)	171
1. La muerte de Jacobo y la liberación de Pedro	171
La intercesión de la iglesia (Hch 12:5,12)	172
Pedro en la cárcel (Hch 12:5-6)	173
1. El sueño de Pedro (Hch 12:6)	173
2. Los días de Azimos (Hch 12:3-4)	174
La liberación de Pedro (Hch 12:7-10)	174
1. La misión del ángel (Hch 12:7-10)	174
2. Las reacciones de Pedro (Hch 12:7-17)	175
La casa de María, madre de Juan Marcos (Hch 12:12-17)	176
1. La iglesia en la casa de María (Hch 12:12-14)	176
2. Pedro delante del portal (Hch 12:12-17)	176
3. “Es su ángel” (Hch 12:16)	176
Los guardas delante del tirano (Hch 12:18-19)	177
1. Mueren los inocentes	177
La muerte de un rey perseguidor (Hch 12:20-23)	177
1. Herodes y los fenicios (Hch 12:20)	177
2. Las intrigas de las cámaras reales (Hch 12:20)	177
3. El día de gala y de juicio (Hch 12:21-22)	178
El Reino y los reinos (Hch 12:24)	178
El fin de la misión de Bernabé y Saulo en Jerusalén (Hch 12:25)	179
1. El ministerio de Juan Marcos (Hch 12:25)	179
Temas para meditar y recapacitar	180
La primera expedición misionera de Pablo con Bernabé (Hechos 13:1-52)	181
La estrategia misionera de Pablo	181
El apartamiento de Bernabé y de Saulo para la evangelización de los gentiles (Hch 13:1-4)	182
1. Los “profetas y doctores” de la iglesia en Antioquía (Hch 13:1)	182
2. La voz del Espíritu (Hch 13:2)	183
3. La imposición de las manos y la despedida (Hch 13:3)	183

4. Oración y ayuno en la Iglesia apostólica (Hch 13:2-3)	184
Bernabé y Saulo en Chipre (Hch 13:4-12)	184
1. Enviados por el Espíritu Santo (Hch 13:4)	184
2. Seleucia, Salamina y Chipre (Hch 13:4-5)	184
3. Pafos (Hch 13:6-12)	185
4. El testimonio ante el procónsul Sergio Paulo (Hch 13:6-12)	185
5. Barjesús o Elimas	185
6. La fe del procónsul (Hch 13:12)	186
7. “Sergio Paulo” y “Pablo”	186
El viaje de Pafos a Antioquía de Pisidia (Hch 13:13-16)	186
1. Pablo y su compañía (Hch 13:13)	186
2. El viaje a Antioquía de Pisidia (Hch 13:13-14)	187
3. El abandono de Juan Marcos (Hch 13:13)	187
En la sinagoga de Antioquía de Pisidia (Hch 13:14-43)	188
1. La importancia de la Dispersión	188
2. El culto en la sinagoga	188
El discurso de Pablo en la sinagoga (Hch 13:16-41)	189
1. La historia de Israel hasta el tiempo de David (Hch 13:17-22)	189
2. La persona y obra de David (Hch 13:22-23)	189
3. La primera mención de Jesús el Salvador (Hch 13:23)	189
4. El testimonio de Juan el Bautista (Hch 13:24-25)	190
5. El cumplimiento de las Escrituras mesiánicas en Jerusalén (Hch 13:26-30)	190
6. La sepultura (Hch 13:29)	191
7. La Obra de Dios en la Resurrección del Mesías (Hch 13:30-37)	191
8. La obra de Jesucristo, el Mesías (Hch 13:38-39)	192
9. El solemne aviso frente a los menospreciadores (Hch 13:40-41)	193
Los resultados del sermón (Hch 13:42-52)	193
1. Una ola de interés (Hch 13:42-43)	193
2. La oposición inevitable (Hch 13:44-52)	194
3. El testimonio a los gentiles (Hch 13:46-49)	194
4. El rollo de la vida (Hch 13:48)	194
5. La difusión del Evangelio (Hch 13:49)	195
6. Persecución y salida de Antioquía (Hch 13:50-52)	195
7. El camino a Iconio (Hch 13:51-52)	195

Temas para meditar y recapacitar	196
Establecimiento de iglesias durante el primer viaje misionero de Pablo (Hechos 14:1-28)	197
Consideraciones geográficas	197
La obra en Iconio (Hch 14:1-6)	198
1. Unos comienzos fructíferos (Hch 14:1)	198
2. Oposición, perseverancia y señales (Hch 14:2-3)	198
3. División, un complot y una huida (Hch 14:4-7)	199
El testimonio en Licaonia (Hch 14:6-21)	200
1. Los misioneros en Listra (Hch 14:7)	200
2. El milagro de sanidad (Hch 14:8-10)	200
3. La reacción de los licaonios (Hch 14:11-13)	201
4. El intento de ofrecer sacrificios a los misioneros (Hch 14:13-14)	201
5. El mensaje de Pablo a los licaonios (Hch 14:14-18)	202
6. El “dios” de ayer es apedreado hoy (Hch 14:19-20)	203
7. Pablo recibe ayuda de Dios y sigue su camino (Hch 14:19-20)	204
8. La obra en Derbe (Hch 14:21)	204
El viaje de regreso (Hch 14:21-28)	205
1. La visita de confirmación a Listra, Iconio y la Antioquía pisidiana (Hch 14:22-23)	205
2. De Antioquía de Pisidia hasta Antioquía de Siria (Hch 14:24-25)	207
3. Los informes en la iglesia de Antioquía (Hch 14:26-28)	207
4. Otro período en Antioquía de Siria (Hch 14:28)	207
5. Nota adicional sobre la confirmación de las nuevas iglesias	207
Temas para meditar y recapacitar	208
¿Han de ser circuncidados los convertidos gentiles? (Hechos 15:1-35)	209
Consideraciones generales	209
1. La posición de los judaizantes	209
2. La base del gran cambio	209
3. El aumento en el número de las iglesias gentiles después del primer viaje	210
4. Lo fundamental y lo secundario	210
La cuestión de la circuncisión se debate en Antioquía (Hch 15:1-5)	211

1. El viaje a Jerusalén (Hch 15:3)	211
2. Una buena acogida de parte de la iglesia en Jerusalén (Hch 15:4)	212
3. El principio de las discusiones (Hch 15:5)	212
El desarrollo de la sesión plenaria (Hch 15:6-29)	212
1. La intervención de Pedro (Hch 15:7-11)	213
2. Las lecciones de las experiencias de Pablo y de Bernabé (Hch 15:12)	215
3. El resumen y la recomendación de Jacobo (Hch 15:13-21)	215
La redacción y el envío de la carta (Hch 15:22-29)	218
1. Los redactores de la carta y los mensajeros (Hch 15:22-23)	218
2. Los receptores de la carta (Hch 15:23)	219
3. El contenido de la carta (Hch 15:24-29)	220
Consuelo y bendición en Antioquía (Hch 15:30-35)	221
Temas para meditar y recapacitar	221
Comienzo del segundo viaje misionero (Hechos 15:36-16:11)	222
Consideraciones generales	222
1. Los términos “viajes” o “expediciones”	222
La disensión entre Pablo y Bernabé (Hch 15:36-39)	223
1. Un principio desanimador	223
2. La razón que pudiera acompañar a ambos	223
3. Las razones de Pablo	223
4. Las razones de Bernabé	223
5. Juan Marcos	224
Los comienzos del segundo viaje (Hch 15:39-41)	224
1. Su propósito inmediato	224
2. El nuevo compañero (Hch 15:40)	224
3. El paso por Siria y Cilicia (Hch 15:41)	225
El llamamiento de Timoteo (Hch 16:1)	225
1. El paso a la región licaónica	225
2. La persona y el testimonio de Timoteo (Hch 16:1-2)	225
3. El solemne apartamiento de Timoteo	226
4. La circuncisión de Timoteo (Hch 16:3-4)	227
La entrega de la carta y un resumen (Hch 16:4-5)	228

1. La entrega de la carta en Licaonia y Frigia (Hch 16:4)	228
2. Un alto y un resumen (Hch 16:5)	228
Un periodo de incertidumbre (Hch 16:6-8)	228
1. ¿Fundó Pablo iglesias en Galacia propiamente dicha o no? (Hch 16:6)	228
2. Planes del apóstol y órdenes del Espíritu (Hch 16:6-8)	229
El llamamiento a Macedonia (Hch 16:9-11)	230
1. La ciudad de Troas	230
2. La visión (Hch 16:9)	230
3. La presencia de Lucas (Hch 16:10)	231
4. Un viaje próspero a Macedonia (Hch 16:11-12)	231
Fundación de iglesias en Filipos, Tesalónica y Berea (Hechos 16:12-17:15)	232
La primera etapa de la obra en Filipos (Hch 16:12-15)	232
1. Filipos, colonia romana	232
2. Los primeros frutos (Hch 16:13-15)	232
3. Lidia, vendedora de púrpura (Hch 16:14-15)	232
Persecución de parte de los gentiles en Filipos (Hch 16:16-24)	234
1. Persecuciones	234
2. La esclava poseída del espíritu pitónico (Hch 16:16-18)	234
3. Una explosión de violencia (Hch 16:19-22)	235
4. Falla la justicia romana (Hch 16:22-24)	236
Dios habla por el terremoto y por la Palabra (Hch 16:25-34)	237
1. El griterío de los hombres y la Voz de Dios	237
2. Las oraciones y los cánticos de Pablo y Silas (Hch 16:25)	237
3. La voz de Dios en el terremoto (Hch 16:26)	238
4. Las reacciones del guardián de la cárcel (Hch 16:27-30)	238
5. Un mensaje de salvación (Hch 16:30-31)	238
6. Palabra, benevolencia y comunión (Hch 16:32-34)	239
7. Los caminos de Dios	239
Pablo reclama sus derechos de ciudadanía (Hch 16:35-40)	240
La fundación de la iglesia en Tesalónica (Hch 17:1-9)	241
1. Los apóstoles se trasladan a Tesalónica (Hch 17:1)	241
2. Los tres sábados en la sinagoga (Hch 17:2-3)	241

3. La violenta reacción de los judíos recalcitrantes (Hch 17:5-10)	242
4. Jasón ante los politarcas (Hch 17:5-10)	242
Los judíos nobles de Berea (Hch 17:10-15)	243
1. Unos comienzos tranquilos (Hch 17:10-12)	243
2. Las maniobras de los judíos de Tesalónica (Hch 17:13-15)	243
3. Los movimientos de Pablo y de sus colegas (Hch 17:15)	244
Temas para meditar y recapacitar	244
Pablo en Atenas (Hechos 17:16-34)	245
El apóstol Pablo en Atenas	245
1. Observaciones generales	245
2. Pablo contempla la ciudad (Hch 17:16)	246
3. El ágora de Atenas (Hch 17:17)	246
4. Las “escuelas” rivales de epicúreos y estoicos (Hch 17:18)	246
Pablo ante el areópago (Hch 17:19-34)	247
1. El Areópago (Hch 17:19-22)	247
2. El plan general del mensaje	248
3. El exordio: el altar dedicado a un dios no conocido (Hch 17:22-23)	248
4. El Dios creador (Hch 17:24-25)	248
5. El Dios de las providencias, frente a sus criaturas (Hch 17:26-28)	249
6. La gran crisis de la humanidad (Hch 17:29-31)	251
Los filósofos frente al evangelio (Hch 17:32-34)	253
1. Las reacciones de la mayoría (Hch 17:32-33)	253
2. La fe de los pocos (Hch 17:34)	253
3. El Templo verdadero	254
Temas para meditar y recapacitar	254
Pablo en Corinto (Hechos 18:1-22)	255
Pablo funda la iglesia en Corinto (Hch 18:1-22)	255
1. La ciudad de Corinto	255
2. El encuentro con Priscila y Aquila (Hch 18:1-3)	255
3. El testimonio en la sinagoga (Hch 18:4-8)	256
4. “Las primicias de Acaya” (Hch 18:6-8) con (1 Co 16:15) (1 Co 1:14-16)	257
5. El Señor consuela y anima a su siervo (Hch 18:9-11)	258

6.	La acusación de los judíos ante Galión (Hch 18:12-17)	259
7.	La sentencia de Galión (Hch 18:14-16)	259
8.	La personalidad de Galión	259
9.	Galión y la cronología de Los Hechos	260
10.	El fin del segundo viaje (Hch 18:18-22)	260
11.	El voto del apóstol (Hch 18:18)	260
	Temas para meditar y recapacitar	261
	Pablo en Éfeso (Hechos 18:23-19:40)	262
	Consideraciones generales	262
1.	El significado de la obra en Éfeso	262
2.	La extensión del testimonio por la provincia de Asia	262
3.	La ciudad de Éfeso	262
4.	El Templo de Diana	263
	Una labor confirmatoria (Hch 18:23)	263
1.	Una temporada en Antioquía (Hch 18:23)	263
2.	Un recorrido por la región de Galacia y Frigia (Hch 18:23)	264
	Un paréntesis: Apolos en Éfeso y Corinto (Hch 18:24-28)	264
1.	La persona y preparación de Apolos (Hch 18:24-25)	264
2.	La labor de enseñanza de Priscila y Aquila (Hch 18:26)	265
3.	Apolos en Corinto (Hch 18:27-28)	265
	Los comienzos de la obra de Pablo en Éfeso (Hch 19:1-10)	266
1.	Pablo halla los doce discípulos (Hch 19:1-3)	266
2.	“¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?” (Hch 19:2)	267
3.	“¿Qué bautismo recibisteis?” (Hch 19:3-5)	267
4.	La extensión de la Obra del Día de Pentecostés (Hch 19:6)	267
5.	La labor en la sinagoga (Hch 19:8-9)	268
6.	Las sesiones en el aula de Tirano (Hch 19:9-10)	268
7.	La duración de ministerio en Éfeso (Hch 19:10)	269
8.	El éxito del ministerio en Éfeso (Hch 19:10)	269
	La Palabra acompañada de grandes señales en Éfeso (Hch 19:11-20)	269
1.	El poder del Nombre de Jesucristo se manifestó en Éfeso (Hch 19:11-12)	269
2.	El Nombre es para los siervos del Señor (Hch 19:13-17)	270
3.	Los “nombres falsos” son quemados públicamente en Éfeso (Hch 19:18-19)	271

Planes de gran envergadura (Hch 19:21-22)	271
Se levanta violenta oposición al “Camino” en Éfeso (Hch 19:23-40)	272
1. El alboroto en Éfeso (Hch 19:23-40)	272
2. “Diana de los efesios”	272
3. Demetrio y los plateros (Hch 19:23-29)	273
4. La escena en el teatro (Hch 19:30-40)	273
5. El discurso del escribano (Hch 19:35-40)	274
Temas para meditar y recapacitar	275
Pablo en Grecia, Troas y con los ancianos de Éfeso (Hechos 20:1-38)	276
Consideraciones generales	276
El recorrido por Macedonia - Acaya - Macedonia, hasta Troas (Hch 20:1-6)	276
1. La salida para Macedonia (Hch 20:1)	276
2. Un recorrido por Macedonia (Hch 20:2)	277
3. Pablo en Acaya (Hch 20:2-3)	277
4. Un complot y un cambio de plan (Hch 20:3-5)	278
Servicio y un milagro en Troas (Hch 20:6-12)	279
1. El viaje a Troas (Hch 20:6)	279
2. El Partimiento del Pan el primer día de la semana (Hch 20:7)	279
3. Un accidente fatal que se vuelve en bien (Hch 20:7-12)	280
De Troas a Mileto (Hch 20:13-16)	280
1. Mitilene, Quío, Samos y Mileto (Hch 20:15-16)	281
Pablo y los ancianos de la iglesia de Éfeso (Hch 20:17-38)	281
1. Los ancianos y sus funciones	281
2. Las líneas generales del discurso (Hch 20:18-25)	282
3. El ministerio de Pablo en Éfeso (Hch 20:18-21)	282
4. La carrera de Pablo (Hch 20:22-27)	284
5. Los guías y el rebaño (Hch 20:28-31)	285
6. Dios y el rebaño (Hch 20:28)	286
7. Encomendación y ejemplo (Hch 20:32-35)	286
8. La despedida (Hch 20:36-38)	287
Temas para meditar y recapacitar	288

Viaje de Pablo a Jerusalén (Hechos 21:1-26)	289
Las características del nuevo período	289
1. Las diversas facetas de la comisión de Pablo	289
2. La convicción de Pablo	289
3. El rostro afirmado para subir a Jerusalén	290
Desde Mileto a Jerusalén (Hch 21:1-14)	290
1. Por vía marítima a Tiro (Hch 21:1-3)	290
2. La familia cristiana en Tiro (Hch 21:3-6)	290
3. La cariñosa despedida en la playa (Hch 21:5)	291
4. Un día en Tolemaida (Hch 21:7)	291
5. La estancia en Cesarea (Hch 21:8-14)	291
6. La casa de Felipe el Evangelista (Hch 21:8)	292
7. Las hijas de Felipe que profetizaban (Hch 21:9)	292
8. La profecía de Agabo (Hch 21:10-14)	293
9. La última etapa del viaje (Hch 21:15-16)	293
Pablo y la iglesia en Jerusalén (Hch 21:17-26)	294
1. Rasgos del período de transición	294
2. Una bienvenida cordial (Hch 21:17)	294
3. Una reunión oficial (Hch 21:18-25)	294
4. Pablo y los nazareos (Hch 21:26)	296
Temas para meditar y recapacitar	296
El apóstol Pablo: embajador en cadenas (Hechos 21:27-40)	297
El nuevo ministerio de Pablo	297
1. Las etapas del nuevo ministerio	297
2. La fecha del arresto	297
3. El detallado relato de Lucas	298
El tumulto en el templo y el arresto de Pablo (Hch 21:27-40)	299
1. Los judíos de Asia (Hch 21:27-29)	299
2. El escenario del prendimiento (Hch 21:27-30)	299
3. La acusación de los judíos de Asia (Hch 21:27-29)	300
4. “Cerraron las puertas” (Hch 21:30)	301
5. Pablo en las manos de la turba (Hch 21:31-32)	301
6. La intervención de los romanos (Hch 21:31-36)	302

7. Pablo y Lisias (Hch 21:37-40)	303
Temas para meditar y recapacitar	303
Pablo relata su conversión (Hechos 22:1-29)	304
Las líneas generales de la defensa de Pablo	304
El desarrollo de la defensa (Hch 22:1-21)	305
1. La defensa en lengua aramea (Hch 22:1-2)	305
2. El origen y el entrenamiento de Saulo de Tarso (Hch 22:3)	305
3. Saulo, el perseguidor de los nazarenos (Hch 22:4-5)	306
4. El encuentro con Jesús el Nazareno (Hch 22:6-11)	306
5. La comisión que recibió por boca de Ananías (Hch 22:12-15)	306
6. El bautismo de Pablo (Hch 22:16)	308
7. La visión en el Templo (Hch 22:17-21)	308
8. El éxtasis (Hch 22:17)	309
9. El mandato (Hch 22:18)	309
10. El recuerdo de Esteban (Hch 22:19-21)	309
El epílogo del discurso en los patios del templo (Hch 22:22-29)	310
1. La furia de la multitud (Hch 22:22-23)	310
2. La orden de Lisias (Hch 22:24-25)	310
3. Pablo hace valer su ciudadanía romana (Hch 22:25-29)	310
4. El ciudadano nato (Hch 22:27,29)	311
5. La nueva condición de Pablo	311
Temas para meditar y recapacitar	311
Pablo ante el Sanedrín judío (Hechos 22:30-23:35)	312
Aspectos generales de su proceso ante el Sanedrín	312
La sesión del consejo (Hch 22:30-23:10)	312
1. Lisias convoca al Sanedrín (Hch 22:30)	312
2. La composición del Sanedrín	313
3. Pablo ante el Consejo	313
4. La buena conciencia de Pablo (Hch 23:1)	313
5. Pablo y Ananías (Hch 23:2-5)	314
La división del Sanedrín (Hch 23:6-10)	314
1. “Yo soy fariseo” (Hch 23:6)	314

2.	“La esperanza del pueblo y la resurrección de los muertos” (Hch 23:6)	315
3.	La lucha de los consejeros (Hch 23:7-10)	316
La renovada visión (Hch 23:11)		316
1.	El consuelo del Señor	316
2.	La aprobación del Señor	316
3.	Los planes del Señor	316
El complot de los cuarenta (Hch 23:12-22)		317
1.	El odio de los extremistas (Hch 23:12-15)	317
2.	El sobrino de Pablo (Hch 23:16-22)	317
3.	Lucas testigo ocular (Hch 23:16-22)	318
4.	La escolta para el preso (Hch 23:23-35)	318
5.	La carta de Lisias a Félix (Hch 23:25-30)	319
6.	La entrega de Pablo a Félix (Hch 23:31-35)	319
7.	Félix el procurador	319
Temas para meditar y recapacitar		320
Pablo ante el poder civil de Roma (Hechos 24:1-27)		321
Características generales del proceso ante Félix (Hch 24:1-2)		321
Las acusaciones de los judíos (Hch 24:1-9)		321
1.	Los preliminares del proceso (Hch 24:1-2)	321
2.	La hipocresía de Tértulo (Hch 24:2-8)	321
3.	La sustancia de la acusación (Hch 24:5-8)	322
4.	La intervención de Lisias (Hch 24:6b-7)	322
La defensa de Pablo		322
1.	El exordio (Hch 24:10-11)	322
2.	La defensa negativa (Hch 24:11-13)	323
3.	Defensa y testimonio (Hch 24:14-16)	323
4.	Defensa en cuanto a la visita Jerusalén (Hch 24:11,17-21)	324
5.	La ausencia de los judíos de Asia (Hch 24:19)	324
6.	La referencia al Sanedrín (Hch 24:20)	324
Las tácticas de Félix (Hch 24:22-27)		325
1.	Falla la justicia romana (Hch 24:22-23)	325
2.	Los dos años en Cesarea (Hch 24:23,27)	325
3.	Las conversaciones con Félix (Hch 24:24-26)	326

4. La psicología de Félix (Hch 24:24-27)	326
Temas para meditar y recapacitar	327
Pablo apela al César (Hechos 25:1-26:32)	328
Pablo ante Festo	328
1. El carácter de Porcio Festo	328
2. La posición legal	328
3. Festo y el Sanedrín (Hch 25:1-5)	328
4. La vista de la causa ante Festo (Hch 25:6-12)	328
5. La defensa de Pablo (Hch 25:7)	329
6. La vacilación de Festo (Hch 25:9)	329
7. La apelación al César (Hch 25:10-12)	329
La visita de Herodes Agripa a Festo (Hch 25:13-27)	330
1. La ocasión	330
2. Los protagonistas	330
3. Festo y Agripa (Hch 25:13-22)	331
4. Festo y el Evangelio (Hch 25:19)	331
5. El auditorio (Hch 25:23-27)	332
La defensa de Pablo ante Festo (Hch 26:1-23)	332
1. Consideraciones generales	332
2. Exordio del discurso (Hch 26:2-3)	332
3. La vida de Saulo como fariseo (Hch 26:4-5)	333
4. La promesa y la resurrección (Hch 26:6-8)	333
5. El servicio de la nación ideal (Hch 26:7)	333
6. Saulo el perseguidor (Hch 26:9-11)	333
7. El encuentro en el camino a Damasco (Hch 26:12-15)	334
8. La comisión (Hch 26:16-20)	335
9. El contenido de la comisión apostólica (Hch 26:18,23)	336
10. Los oyentes del mensaje	338
11. La esfera del ministerio del siervo (Hch 26:20,22-23)	338
El epílogo del discurso (Hch 26:24-32)	339
1. La exclamación de Festo (Hch 26:24-25)	339
2. El intercambio con Agripa (Hch 26:26-29)	339
3. Las consecuencias legales de la defensa (Hch 26:30-32)	340

Temas para meditar y recapacitar	340
Viaje de Pablo a Roma (Hechos 27:1-28:15)	342
Introducción	342
De Cesarea a Bellos Puertos (Hch 27:1-8)	343
1. Pablo y el centurión Julio	343
2. La nave adramitena (Hch 27:2)	343
3. De Mira a Bellos Puertos (Hch 27:7-8)	344
Los consejos de Pablo (Hch 27:9-12)	344
1. Fenice	344
La embestida del huracán (Hch 27:13-20)	345
1. Falsas esperanzas (Hch 27:13)	345
2. El rigor de la tormenta (Hch 27:16-20)	345
La segunda intervención de Pablo (Hch 27:21-26)	346
1. El siervo de Dios en la tempestad	346
2. El mensaje del siervo	346
Acercándose a Malta (Hch 27:27-37)	347
1. Señales de tierra (Hch 27:27-29)	347
2. Otra intervención de Pablo (Hch 27:30-32)	348
3. Otra exhortación de Pablo (Hch 27:33-36)	348
El naufragio controlado (Hch 27:38-44)	348
1. La vida de Pablo protegida (Hch 27:42-43)	349
Tres meses en Malta (Hch 28:1-10)	349
1. La isla de Malta (Hch 28:1)	349
2. ¿Criminal o dios? (Hch 28:2-6)	349
Milagros en Malta (Hch 28:7-10)	350
1. La recompensa de Publio (Hch 28:7-9)	350
La última etapa (Hch 28:11-15)	351
1. La nave (Hch 28:11)	351
2. Siracusa, Regio y Puteoli (Hch 28:12-14)	351
3. La embajada oficial de la iglesia en Roma (Hch 28:15)	351
Temas para meditar y recapacitar	352
Pablo predica en Roma (Hechos 28:16-31)	353

La entrega del preso al prefecto (Hch 28:16)	353
1. Las condiciones del cautiverio en Roma (Hch 28:16,30)	353
La entrevista con los principales judíos de Roma (Hch 28:17-22)	353
1. Los judíos de Roma	353
2. Las razones de Pablo (Hch 28:17-22)	353
La discusión con una representación de la colonia judía (Hch 28:23-28)	355
1. La exposición de la verdadera naturaleza del Reino de Dios (Hch 28:23,31)	355
2. El solemne testimonio del Reino (Hch 28:23)	355
3. La “persuasión” en cuanto a Jesús (Hch 28:23)	355
4. La evidencia se sacaba de los escritos de Moisés y de los profetas (Hch 28:23)	355
5. La reacción de los judíos (Hch 28:24-25)	355
La palabra final de Pablo a su nación (Hch 28:25-28)	356
1. ¿Hay cambio de método?	356
2. La cita del endurecimiento (Hch 28:26-27)	356
3. La bendición de los gentiles (Hch 28:28)	357
Los dos años (Hch 28:30-31)	357
1. La demora de sentencia	357
2. El ministerio de los “dos años” (Hch 28:30-31)	358
Conclusión y consumación (Hch 28:30-31)	358
Temas para meditar y recapacitar	359
Apéndice I - El Reino de Dios y la Iglesia	360
Definición	360
El Reino celestial, eterno y universal	360
El Reino manifestado en Israel	360
El Reino en las profecías	361
El Reino en las enseñanzas del Maestro	361
El Reino en Los Hechos y las Epístolas: El Reino y la Iglesia	362
Las referencias al Reino en Los Hechos	363
Las referencias al Reino en las Epístolas	363

Las referencias al Reino en el Apocalipsis	364
Apéndice 2 - Los apóstoles	365
Definición y usos	365
Los apóstoles-misioneros	365
Los Doce, o los apóstoles-testigos	366
Pablo, apóstol a los gentiles	367
La posición de Jacobo	368
La posición de Bernabé	369
La posición de Apolos	370
Apéndice 3 - “Glossolalia” o hablando en lenguas	371
“Lenguas” en Los Hechos	371
El silencio de las Epístolas aparte I Corintios	371
La naturaleza y el uso del don en la iglesia de Corinto	372
La expresión incomprensible	373
La finalidad de los dones extáticos	373
Las referencias a las lenguas en I Corintios 13	374
Apéndice 4 - El ministerio cristiano y el gobierno de la iglesia en la era apostólica	375
Principio generales	375
Los carismas del Espíritu Santo	375
1. El reconocimiento de los dones	376
2. El carisma del gobierno	376
3. El carisma de las “ayudas”	376
El presbiterio	377
1. Ancianos, sobreveedores, pastores	377
2. El nombramiento de los ancianos	377
3. El concepto democrático de la iglesia local	378
El episcopado	378
1. Datos para el siglo I	379
2. Datos para el siglo II	380

3. Datos posteriores	380
La jerarquía episcopal y los delegados apostólicos	381
El diaconato	381
1. La labor de los diáconos	381
Resumen	382
Apéndice 5 - La imposición de manos	383
La imposición de manos en Los Hechos	383
La imposición de manos en el Antiguo Testamento	384
1. Jacob y los hijos de José	384
2. El que ofrece una víctima	384
3. El apartamiento de la tribu de Leví	384
4. Moisés impone las manos a Josué (Nm 27:18,23) (Dt 34:9)	384
La imposición de manos en los Evangelios	385
La imposición de manos en las Epístolas	385
Apéndice 6 - Los judíos: su vida y costumbres	386
El judaísmo	386
1. Los hebreos antes del cautiverio	386
2. Los hebreos durante el cautiverio	386
3. Las sinagogas	386
4. El Templo	387
5. Un resumen histórico desde los tiempos de Esdras	388
6. Las “costumbres”	388
7. Las fiestas religiosas	388
8. La ley oral, o las “tradiciones de los ancianos”	389
Las sectas de los judíos	390
1. Los fariseos	390
2. Los saduceos	390
3. Los esenios	390
4. Los herodianos	391
El Sanedrín	391
La diáspora o la dispersión	391

Apéndice 7 - Las iglesias de Galacia	393
Las iglesias de Galacia (Ga 1:2)	393
Los receptores	393
La provincia de Galacia	394
Apéndice 8 - La cronología de los Hechos	400
Apéndice 9 - La familia de Herodes	402
Los asmoneos y la familia herodiana	402
Herodes “El Grande”	402
1. La actuación política de Herodes	402
2. El carácter y las obras de Herodes	403
3. Las referencias bíblicas	403
4. La muerte de Herodes	403
5. El testamento de Herodes	404
6. Herodes Antipas	404
7. Herodes Agripa I	404
8. Herodes Agripa II	405
9. Drusila (Hch 24:24)	405

Introducción al libro de Hechos de los apóstoles

Lugar del libro en el canon del Nuevo Testamento

Como veremos en su debido lugar, es casi seguro que el Evangelio según Lucas y Los Hechos de los apóstoles constituían dos partes de una sola obra extensa que Lucas redactó para la orientación e información de personas como Teófilo, formadas en el sistema cultural que denominamos el grecorromano, ya que predominaba en el Imperio de Roma, al par que sus raíces se ahondaban en el subsuelo de la literatura y las artes de Grecia, madre y señora de la civilización europea. El Evangelio se desgajó de la Historia a principios del segundo siglo por la razón de que a los cristianos les pareció bien unir las cuatro facetas de la vida del Señor Jesucristo bajo el nombre genérico de EL EVANGELIO, de la manera en que coleccionaron las epístolas de Pablo bajo el nombre general de EL APÓSTOL. Podemos ver las providencias de Dios en esta separación, contraria a la intención del autor, ya que LOS HECHOS llega a ser el nexo obligado entre la presentación total de la vida del Dios-Hombre en la tierra y la rica literatura epistolar de los apóstoles. Si pasáramos de la Ascensión, como final del ministerio de Cristo en la tierra, a las Epístolas de Pablo y los demás apóstoles, nos enfrentarían multitud de problemas y cuestiones que no sabríamos solucionar, o que vislumbraríamos oscuramente por deducciones inciertas sobre la base de referencias biográficas e históricas esparcidas por dichas Epístolas. Pero el libro de Los Hechos, redactado con diáfana claridad, nos ofrece una selección, hecha por la divina sabiduría de la inspiración a través de la mente de un insigne historiador, de los acontecimientos más significativos de la era de la actividad apostólica —dirigida y controlada por el Espíritu Santo—, de modo que llegamos a las Epístolas en posesión de las claves necesarias para la comprensión de los escritos apostólicos.

El mismo autor anuncia su designio y describe sus métodos en el prólogo al Evangelio (**Lc 1:1-4**), haciendo mención de la labor de importancia primordial de los testigos oculares, al par que nota la existencia de otras narraciones anteriores. En cuanto a su propia obra añade: *“Me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo”*. En cuanto a Los Hechos, pudo ser testigo ocular de mucho de lo que refiere de la obra de Pablo, pero su don especial consistía en recoger, seleccionar y redactar acontecimientos que pertenecían a la primera época de la Fe, procurando asegurar la exactitud de su obra y ordenando el material según un plan que, sin duda, se debe al Espíritu Santo que utilizaba el temperamento y la preparación de uno de los historiadores más concienzudos de la antigüedad.

No queremos decir por eso que no queden problemas de cronología o de coordinación, en el terreno de la erudición bíblica, pero sí afirmamos que LOS HECHOS nos introduce a la literatura apostólica de forma magistral, aclarando todo lo que es necesario para la debida comprensión de las Epístolas. Bajo los epígrafes de “Contenido”, “Plan” y “Propósito” tendremos más que decir sobre la función de este maravilloso libro, pero basta notar aquí su posición clave en el desarrollo de la doctrina cristiana y en la presentación de la historia de la Iglesia y del Reino de Dios durante el período crucial de la actividad de los apóstoles.

El lugar del libro entre el Evangelio de Juan y la Epístola a los Romanos, se fijó en la época de la controversia antimarcionita (140 a 170 d.C.), y se ha mantenido siempre

como enlace natural entre EL EVANGELIO y LAS EPISTOLAS desde entonces a nuestros días.

El autor del libro

Tanto el Evangelio como esta historia eclesiástica son escritos anónimos en cuanto a los textos griegos que han llegado a nuestras manos. Hemos de buscar el primer indicio del nombre del autor en los escritos cristianos del siglo segundo, y luego veremos cómo la evidencia interna concuerda con la información así recogida. Citas que pueden identificarse con textos de Los Hechos se hallan muy tempranamente en los escritos de los padres apostólicos, como por ejemplo en la epístola de Clemente, en la llamada “de Bernabé”, en el “Pastor” de Hermas, en las epístolas de Ignacio, en la de Policarpo, en las apologías de Justino Mártir, etc., pertenecientes todos ellos a la primera mitad del siglo segundo. Se nombra a Lucas como el autor por primera vez en el Prólogo Antimarcionita (160 a 180 d.C.) y se confirma por el testimonio del Fragmento Muratoriano (170 a 200 d.C.) y por claras referencias en los escritos de Ireneo, hacia el fin del siglo. Menudean luego las referencias a Lucas y a sus escritos.

La paternidad común del Evangelio y de Los Hechos se establece por ser los dos dirigidos a un tal Teófilo, miembro del orden ecuestre, u oficial de alta categoría en el servicio de Roma, como se evidencia por el tratamiento de “*excelentísimo*”, que se le concede en el prólogo del Evangelio. La ausencia del título en Los Hechos podría obedecer a una mayor intimidad entre Lucas y su corresponsal, o al hecho de que Teófilo era ya creyente, sobrando por tal razón el ceremonioso tratamiento del principio del Evangelio.

La consideración anterior se confirma por el estilo literario de los dos libros, ya que el autor es capaz en ambos de expresarse en los elegantes períodos del griego clásico, como en el prólogo del Evangelio, o, normalmente, en buen griego helenístico, que maneja a la perfección. A veces los eruditos señalan giros aramaicos, pero éstos obedecen a la sensibilidad de Lucas a su medio ambiente, ya que se hallan en las secciones que reflejan la vida y pensamiento de los judíos fieles que esperaban al Mesías (primeros capítulos del Evangelio) y en la historia de la iglesia en Jerusalén durante el período exclusivamente judaico.

I. El compañero del apóstol Pablo

La mayor parte de Los Hechos se narra en tercera persona, “él”, “ellos”, pero hay ciertas secciones, notablemente la que empieza en **(Hch 16:10)** (la visión de Pablo en Troas), en las que el autor se asocia con la compañía apostólica, utilizando la primera persona plural “*nosotros*”. No es arriesgado deducir que Lucas se unió a la compañía en Troas y que compartiera sus trabajos y triunfos hasta la salida de Pablo de Filipos **(Hch 17:1)**, cuando la narración sigue en tercera persona.

Es notable que vuelve a identificarse con la compañía otra vez en Filipos, al emprender el viaje a Troas **(Hch 20:5-6)**, señalando los escriturarios una relación especial entre Lucas y Filipos. Es evidente al más profano que el detallado relato de los acontecimientos en Filipos delata el testigo ocular que se interesaba intensamente en lo ocurrido **(Hch 16)**. Después de unirse con Pablo en Filipos al final del tercer viaje, es probable que le acompañara más o menos de cerca hasta el fin del período de su narración.

No nos equivocaremos, pues, al identificar el compañero de Pablo, autor de estos libros, llamado “*Lucas*” por los cristianos del siglo segundo, como “*Lucas el médico amado*”, compañero del apóstol durante su primer encarcelamiento en Roma **(Col 4:14)**, y con el fiel amigo que no le abandonó hasta su martirio **(2 Ti 4:11)**. Antiguas tradiciones afirman

que era oriundo de Antioquía en Siria, donde pudo haber conocido el Evangelio y trabado amistad con Pablo por primera vez.

2. Lucas, gentil culto, y destacado siervo de Dios

Las referencias personales a Lucas se limitan a los pasajes que hemos notado, en sí bien significativos, puesto que las breves pinceladas trazan los rasgos de un hombre profesional, amado tanto por su temperamento como por su probada fidelidad “hasta la muerte”. Pero hay elementos más abundantes que nos ayudan a ir perfilando el retrato, ya que el autor se conoce por sus libros. No habla de sí como héroe, sino que se esconde modestamente detrás de las señeras figuras que ocupan el proscenio; pero la selección del material es suya —bajo la guía del Espíritu Santo— por lo cual cada incidente llega a ser un indicio de los intereses y la sensibilidad del médico amado. El Evangelio es más importante a los efectos de “psicoanalizar” a Lucas que no Los Hechos, ya que abundan los incidentes “humanos”, llenos de ternura y de simpatía por los pobres y desvalidos; pero el observador que tan finamente sabía trazar los rasgos del gran apóstol se retrata inconscientemente a sí mismo por la evidente comunidad espiritual y moral entre el “pintor” y la personalidad que pasa a su lienzo literario. Quedamos con la impresión de un hombre culto, inteligentísimo, lleno de simpatía, investigador por temperamento y por autodisciplina, con el “don de gente” que le capacitaba para averiguar y presentar con fina discreción hasta detalles íntimos de sus biografiados; fiel, abnegado, modesto, trabajador, buen consejero, notable como personaje y como siervo de Dios entre los muchos colaboradores destacados del apóstol Pablo.

3. Lucas como historiador

En una época felizmente superada, escritores que no fuesen creyentes solían dar crédito a cualquier indicio histórico de los autores profanos, o a descubrimientos arqueológicos apenas comprendidos aún, concediéndoles la razón siempre frente a las indicaciones de la Biblia, que se consideraba como una selección de escritos religiosos, modelados por los postulados de los dogmas de los hebreos y de los cristianos, carentes por lo tanto de valor histórico. Hoy en día, libros como “La Biblia tenía razón”, de Werner Keller (a pesar de todas sus imperfecciones), hacen ver aun al profano que la Biblia es un Libro estrictamente histórico. No es que los libros se redactaran por una mera preocupación histórica, pues la finalidad de las Escrituras es la de presentar la historia de la redención del hombre, al par que revela a Dios por medio de la Palabra escrita; pero, al hacer referencia a hechos históricos, lo hace según las normas de la más estricta verdad. Testigos de credenciales inmejorables dan fe de lo que han visto y experimentado, y la convicción cristiana de que fueron auxiliados por el Espíritu Santo aumenta y no disminuye el sentido rigurosamente histórico de su testimonio. He aquí la gran diferencia entre el cristianismo (con la revelación a los hebreos en el Antiguo Testamento) y las demás religiones, cuyas leyendas fundamentales se hallan totalmente divorciadas de una base histórica. Las investigaciones arqueológicas —que ya se llevan a cabo por métodos científicos— han cambiado la actitud de los eruditos frente a la Biblia, y cualquier testimonio escritural se trata ahora con respeto por quienes están enterados de los descubrimientos de los cincuenta últimos años. Entre todos los escritos, los de Lucas se han prestado mejor que ninguno a la prueba de la investigación científica y arqueológica porque su narración roza con muchos hechos históricos y condiciones políticas y sociales que son “comprobables”. Hubo tiempo en que los eruditos señalaban una multitud de “equivocaciones” en estos escritos, pero los clásicos trabajos del gran erudito e investigador Sir William Ramsay han cambiado todo eso. Con paciencia ejemplar recorría las tierras del Próximo Oriente, llevando a cabo sus investigaciones literarias y arqueológicas según métodos rigurosamente científicos, y por fin llegó a la conclusión de que Lucas, siguiendo las mejores tradiciones de los historiadores griegos (especialmente

las de Tucídides), era el historiador más concienzudo y exacto de la antigüedad. Los frutos de sus investigaciones se han concretado en una serie de obras como “Luke the Physician”, “St. Paul the Traveller”, “The Church in the Roman Empire”, que se aceptan generalmente como obras maestras de su género, y que han cambiado totalmente la opinión de eruditos sobre la historicidad de Los Hechos. Evidentemente es más difícil pasar el Evangelio por el crisol de la investigación arqueológica que no Los Hechos, que ofrece multitud de referencias a lugares, costumbres, títulos de oficiales, etc.; pero es deducción natural que un historiador que prueba su categoría de investigador exacto y concienzudo en una parte de su libro (en dos tomos), merezca nuestra confianza en la primera parte, ya que hace constar que su método era igual en la totalidad de su obra (**Lc 1:1-4**). Según el proceso “vital” de la inspiración de las Escrituras, el Espíritu Santo se ha valido de un escogido instrumento, historiador por temperamento y preparación, para redactar libros que presentan en forma ordenada y seguida los comienzos de la Fe cristiana en el mundo, empezando por el nacimiento del precursor del Mesías y terminando con la plena proclamación del Evangelio en la corte del Imperio.

4. La cronología de Lucas

Como punto de partida, Lucas sitúa el ministerio de Juan el Bautista en el año decimoquinto del reinado de Tiberio, cuando Poncio Pilato gobernaba en Judea, y Anás y Caifás eran los sumo sacerdotes (**Lc 3:1-2**). Pero nos sorprende un poco que luego deje de orientarnos por medio de fechas o por referencias a la historia profana, lo que ha dado mucho que hacer a los escriturarios. Como esta obra es un comentario que aprovecha lo mejor de la sana erudición de nuestros tiempos, sin pretensiones de erudición propia, nos contentamos con presentar una tabla de las fechas aproximadas de los grandes acontecimientos de los primeros años del cristianismo, remitiendo al lector estudioso a libros de referencia en lengua inglesa si le interesa más detalle cronológico, advirtiéndole al mismo tiempo que los peritos en la materia no están de acuerdo sino en las líneas generales. En su lugar veremos que la referencia a Galión, procónsul de Acaya (**Hch 18:12-17**), nos provee de otro punto fijo en el que la historia sagrada coincide con una fecha que se determina por referencias extrabíblicas, y hay razonable certeza sobre la fecha de la muerte de Herodes Agripa (**Hch 12**); pero por lo demás nadie puede dogmatizar sobre el detalle. Lucas emplea con frecuencia frases como “*quedaron bastante tiempo con los discípulos*” (**Hch 14:28**), que cumplen su propósito, pero dejan en duda el lapso del tiempo. Desde el principio del viaje hacia Jerusalén y Roma, Lucas, estando constantemente con el apóstol (o cerca de él), se cuida más de las notas cronológicas, y podemos seguir el programa con bastante exactitud; pero los hechos del primer período de la vida de la Iglesia, bien perfilados en sí, carecen de una exacta perspectiva histórica.

La fecha de redacción

Por fortuna, desde el punto de vista que se señala en el prólogo del autor, podemos resumir en unas escuetas referencias la voluminosa literatura existente sobre la fecha de la redacción de Lucas-Hechos. Muchas de las teorías que han sido populares en su día son fruto de las lucubraciones perversas de eruditos que no se dejan guiar por una sana doctrina de inspiración, tratando, por lo tanto, de “probar” que muchos de los libros del Nuevo Testamento se revisten de carácter pseudoepigráfico (escritos bajo nombres supuestos) y posteriores a la época apostólica. Dados nuestros postulados y la intención de este Comentario, podemos hacer caso omiso de tales teorías, pasando a notar los interesantes datos aducidos, por eruditos que trabajan en sujeción a la Palabra revelada.

Lucas, no siendo testigo ocular de la vida de Cristo ni de la época jerosolimitana de la Iglesia, tuvo necesariamente que recoger su material de testigos fidedignos que sobrevivieran en los días cuando él podía dedicarse a sus investigaciones, según las normas que señala en **(Lc 1:1-4)**. Suponiendo que Lucas se convirtiera en Antioquía, por las fechas de la primera expedición misionera de Pablo (aparece por primera vez en Troas alrededor del año 47), y notando sus abundantes trabajos como colega de Pablo durante las expediciones segunda y tercera, es natural suponer que no tendría ocasión de visitar los rincones de Palestina en busca de los antiguos discípulos hasta la época del encarcelamiento de Pablo en Cesarea (57 a 59), durante la cual podía atender a su amigo y guía, y al mismo tiempo realizar breves viajes a distintos lugares del país. El detalle del nacimiento del Señor, desde el punto de vista de María, nos hace suponer que se pondría al habla con ella, ganando su confianza por la gracia que le caracterizaba y por la autoridad de su profesión de médico. Como hipótesis verosímil, pues, suponemos que Lucas recogió el material de su Evangelio durante los años 57 a 59. Hemos notado que el libro es uno, en cuanto a su plan total, de modo que el material que corresponde al período que se extiende desde la Crucifixión (año 30) hasta el año 57 habría podido recopilarse al mismo tiempo. Lucas mismo era conocedor de los trabajos de Pablo y podría enterarse de los comienzos de la Iglesia en Jerusalén por contacto con los testigos oculares. Antes de la redacción final del Evangelio es posible que viera el Evangelio de Marcos, y él mismo declara que conocía otras fuentes escritas **(Lc 1:1-4)**.

Al dar fin a su obra, los aciagos sucesos del viaje de Pablo están aún frescos en su memoria, como es evidente por el dramatismo y el detalle de su relato. Como veremos bajo el epígrafe del “Plan del Libro”, su propósito se había cumplido, y pudo soltar la pluma, a pesar de que la narración nos parece truncada por estar nuestros ojos occidentales acostumbrados a distintos métodos biográficos. Pablo llegó a Roma en el año 60, y Lucas nota los dos años posteriores de detención, de modo que podemos dar como razonablemente cierta la fecha de 62 a 63 para la redacción final de esta gran obra literaria: la composición histórica (juntamente con los Evangelios) más importante de todos los tiempos.

El contenido del libro

1. El enlace con los Evangelios

Lucas mismo señala el enlace con el “*primer tratado*” en **(Hch 1:1)**, tratando el escrito anterior “*de todas las cosas que Jesús empezó a hacer y a enseñar*”, y el posterior, por deducción natural, de cuanto el Señor continuó realizando por medio de su Espíritu en los apóstoles, profetas y otros siervos suyos.

El relato de la Ascensión redondea el Evangelio por la pluma de Lucas, o por otro colaborador, como final del ministerio terrenal del Señor **(Lc 24:50-53)**, pero hacía falta que Los Hechos empezara con el mismo magno acontecimiento con el fin de relacionarla con la obra que estaba aún por realizar.

A pesar de la diferencia de autores, existe un estrecho enlace entre lo que Juan expone al referir el ministerio del Cenáculo **(Jn 13-16)** por una parte, y el prólogo de Los Hechos por otra, ya que se pone de relieve en ambas porciones el doble testimonio tanto del Espíritu Santo como de los apóstoles elegidos por el Señor.

2. El Espíritu Santo y los apóstoles

Recogiendo el último pensamiento del párrafo anterior, podemos hacer notar que las benditas actividades del Espíritu Santo, el Paracleto, el “Alter Ego” que ocupaba el lugar

del Maestro (**Jn 14:15-19,26**) (**Jn 15:26-27**) (**Jn 16:7-15**), es el tema de este libro que algunos han denominado “Los Hechos del Espíritu Santo”. La presencia del Espíritu de Cristo hace posible que los apóstoles obren en el “Nombre” de Jesucristo, al continuar su obra en la tierra. Realizaron “*mayores obras*”, ya que la Redención se había consumado, el Resucitado había manifestado su triunfo sobre la muerte, y el Espíritu Santo había descendido para “*bautizar*” la Iglesia y revestir a los siervos de Cristo de poder divino. Pero no creemos que el título de “Los Hechos de Los apóstoles” (que remonta a los tiempos de la controversia antimarciana) sea disparatado, ya que se subraya una y otra vez el doble testimonio tanto del Espíritu como de los apóstoles (**Jn 15:27**) (**Hch 5:32**) (**Hch 15:28**).

3. El Día de Pentecostés

Por lo antedicho es evidente que el Día de Pentecostés y el Descenso del Espíritu es el acontecimiento clave del Libro, por lo que se trata con detalle en su debido lugar. El gran hecho de la Redención no es sencillo, sino compuesto, hallándose vitalmente unidos en él la Encarnación del Hijo, la Muerte expiatoria de Cristo, su gloriosa Resurrección juntamente con el envío del Espíritu Santo que siguió su glorificación. Sin el acontecimiento del Día de Pentecostés el hecho se habría consumado en un vacío, faltando el medio para relacionarlo con las necesidades de los hombres. Los Evangelios, pues, presentan la Redención históricamente, como labrada por las poderosas manos salvadoras del Hijo; Los Hechos la presenta subjetivamente, hecha realidad en los corazones de los sumisos a la Palabra por las eficaces operaciones del Espíritu Santo. Forman conjuntamente la “cara y cruz” de la medalla de oro que se forjó en los consejos eternos del Padre.

4. La Iglesia

Los Hechos pueden considerarse también como la primera historia eclesiástica, ya que narra el nacimiento de la Iglesia en el Día de Pentecostés, detallando luego el crecimiento y el testimonio del pueblo espiritual sobre la tierra: heredero en esta época de la antorcha que antes se hallaba en las manos de Israel. Algunas almas nacen de nuevo por la siembra de la semilla de la Palabra que se vivifica en los corazones de los verdaderos creyentes por la operación del Espíritu; y si bien Lucas sigue más bien los trabajos de los siervos de Dios (especialmente los de Pedro y de Pablo), no deja de describir también el fruto de tales trabajos: las iglesias locales, expresión en distintos lugares de la tierra de la Iglesia Universal, el Cuerpo místico de Cristo.

Juntamente con las Epístolas, Los Hechos revela de forma práctica e histórica la naturaleza de las iglesias, con su orden, gobierno, prácticas y, sobre todo, su testimonio.

5. El Reino de Dios

Al despedirse de los Ancianos de Éfeso, Pablo resume su obra diciendo que “*anduvo proclamando el Reino*”, y al final de la historia de Lucas se halla el apóstol en Roma “*predicando el Reino de Dios*” a cuantos acudían para verle (**Hch 20:25**) (**Hch 28:31**). El mismo mensaje, como veremos en su lugar, se identifica con “*el evangelio de la gracia de Dios*” (**Hch 20:24**), e invitaba al “*arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo*” (**Hch 20:21**). El Evangelio del Reino de Dios es la proclamación del mensaje divino que ofrece el perdón, la justificación, la reconciliación y la vida eterna a quienes aceptan las condiciones del Rey, para entrar luego en la esfera de la sumisión a su voluntad, que es precisamente el Reino, sea cual fuere la manera y el momento de su manifestación. La extensión del Reino en su manifestación espiritual es el tema del libro, y, adicionalmente a las citas ya notadas, veremos que se destaca en el mismo prólogo,

puesto que el Señor Resucitado preparó a sus siervos por hablarles de “cosas concernientes al Reino de Dios” (**Hch 1:3**).

El plan del libro

Muchos expositores han resaltado la importancia de las palabras del Señor en (**Hch 1:8**) como clave para la construcción del libro, ya que Lucas reseña la labor de los apóstoles, quienes habían de testificar primeramente en Jerusalén, luego en toda Judea, después en Samaria y por fin hasta lo último de la tierra. El mismo versículo destaca la importancia de esperar la venida del Espíritu Santo, quien sólo podía revestir de poder a unos instrumentos tan débiles en sí, convirtiéndoles en heraldos del Reino. No es éste el lugar para indicar el detalle del análisis de este comentario, pero hacemos mención a “grosso modo” de las grandes etapas del desarrollo del plan del libro con el fin de orientar al lector que necesita una vista “a ojo de pájaro” antes de adentrarse en los detalles.

I. El desarrollo del libro a grandes rasgos

- Las últimas instrucciones del Rey y su Ascensión a la Diestra (**Hch 1:1-11**).
- Un compás de espera, durante el cual se completa el cuerpo apostólico (**Hch 1:12-26**).
- El Descenso del Espíritu Santo, la proclamación de Pedro y la formación de la primera congregación cristiana (**Hch 2:1-47**). El testimonio ha empezado “*en Jerusalén*”.
- Señales hechas en el Nombre de Jesús en Jerusalén, lugar del rechazamiento de Cristo. La proclamación renovada, el crecimiento de la Iglesia y el rechazamiento por los líderes de los judíos de la proclamación del Mesías resucitado (**Hch 3-5**).
- La organización de la comunidad cristiana en Jerusalén (**Hch 6:1-7**).
- El testimonio de Esteban produce una violenta reacción de oposición y de persecución en Jerusalén, resultando en la muerte del protomártir. Saulo de Tarso emerge como jefe del judaísmo perseguidor (**Hch 6:8-8:3**).
- Los creyentes desparramados por la persecución llevan el Evangelio a distintas partes de Judea, de Samaria y de Palestina en general. Felipe es medio de gran bendición en Samaria y al etíope, que representa lejanas regiones. El testimonio se extiende “*a toda Judea y a Samaria*” (**Hch 8:4-40**).
- El apóstol a los gentiles es llamado y empieza su testimonio. Se han formado iglesias en todo Israel (**Hch 9:1-31**).
- Pedro ejerce una labor apostólica y de edificación en Israel (**Hch 9:32-43**).
- Pedro es escogido para abrir la puerta del Reino a los gentiles, a quienes se extienden las bendiciones de Pentecostés (**Hch 10:1-11:18**).
- Se forma la primera iglesia cristiana judaico-gentil en Antioquía, que pasará a ser la base de operaciones para la evangelización sistemática de los gentiles (**Hch 11:19-30**).
- Se describe la persecución herodiana, la liberación de Pedro y el juicio sobre el perseguidor, Herodes Agripa I. Bernabé y Saulo visitan Jerusalén (**Hch 12:1-25**).

- Bernabé y Saulo son “*separados*” para llevar el Evangelio de forma sistemática a los gentiles. Su primera expedición, con la formación de iglesias cristianas, predominantemente gentiles, en Pisidia y Licaonia (**Hch 13:1-14:28**).
- Surge la cuestión de la situación de los creyentes gentiles en cuanto a la circuncisión, la Ley y el pueblo de Israel. Se afirma su libertad espiritual en el llamado “Consejo de Jerusalén” (**Hch 15:1-35**).
- La separación de Pablo y Bernabé, seguida por la segunda expedición misionera que lleva el Evangelio al oeste del mar Egeo y lo establece en los grandes centros de Tesalónica y Corinto (**Hch 15:36-18:22**).
- Pablo confirma la obra en Asia Menor y lleva a cabo una gran obra misionera en Éfeso, que repercute en toda la provincia de Asia. Vuelve a visitar Macedonia y Acaya, pensando ya en subir a Jerusalén y desde allí ir a Roma. Es la época de la recolecta a favor de los santos pobres en Jerusalén (**Hch 18:23-20:5**).
- El viaje de Troas a Jerusalén, con el discurso a los ancianos de Éfeso en Mileto. Cambia el tipo de trabajo de Pablo y se aproxima su testimonio como “embajador en cadenas” (**Hch 20:6-21:14**).
- Pablo cumple su misión a la iglesia en Jerusalén y testifica a su pueblo en medio de alborotos y peligros, siendo llevado como preso a Cesarea. Se confirma una vez más el endurecimiento de Israel (**Hch 21:15-23:35**).
- Pablo hace su apología y da su testimonio frente a Félix, Festo, Herodes Agripa II y Berenice (**Hch 24:1-26:32**).
- El viaje hasta Roma como preso. La autoridad y el poder del apóstol resplandecen en medio de los peligros del mar y entre los “bárbaros” de Melita (**Hch 27:1-28:15**).
- Pablo se halla en Roma, como preso, pero tratado con consideración. Se deja vislumbrar su próxima liberación y el apóstol a los gentiles hace resonar el Evangelio en la metrópoli del Imperio. Los judíos de Roma también rechazan el testimonio del apóstol. El Evangelio se ha proclamado “*hasta lo último de la tierra*” (**Hch 28:16-31**).

2. Los resúmenes de Lucas

Los pasos reseñados arriba aclaran el plan principal del libro: la extensión del Evangelio en olas sucesivas, suscitadas por aquella explosión de poder espiritual que tuvo lugar en el día de Pentecostés, hasta que lleguen a la metrópoli del Imperio. Más aún, Lucas nos deja vislumbrar la posibilidad de la extensión del Evangelio al Occidente del Imperio, lo que corresponde a las preocupaciones que Pablo expone en (**Rm 15**), ya que la mención de España lleva implícita en sí la visión de las necesidades de las tierras donde habían penetrado las legiones romanas, tales como Galia, Britania, Helvecia, etc.

De vez en cuando el historiador hace un alto para contemplar el progreso del Evangelio durante la etapa anterior, y de cierto modo estos “altos” nos proveen de un análisis del libro hecho por Lucas mismo. Veamos las notas siguientes: “*Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos*” (**Hch 2:47**), que resume la primera etapa de bendición. “*Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres*” (**Hch 5:14**), que nota la continuación de la bendición en Jerusalén, a pesar de la oposición del Sanedrín. “*Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe*” (**Hch 6:7**), que señala la “marea alta” de la bendición en la metrópoli del judaísmo antes de estallar la tormenta de la persecución que diezmó la iglesia en

Jerusalén. “Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo” (Hch 9:31). Este alto marca el fin de la persecución dirigida por Saulo de Tarso, y corresponde probablemente a un paréntesis político en Judea que paralizó a los enemigos del Evangelio, procurando para los santos un período de tranquilidad antes de posesionarse del poder el rey Herodes Agripa I. Éste se convirtió en perseguidor activo de la Iglesia. Lucas hace otro resumen en (Hch 11:20-26) para señalar las bendiciones que siguieron el principio de la evangelización de los gentiles en Antioquía y, después del relato de la persecución herodiana, pasa a los “Hechos de Pablo” que llenan el libro desde (Hch 13:1) hasta el fin.

3. Los viajes de Pablo

Modernamente se ha criticado la costumbre de dividir la labor evangelizadora de Pablo en “viajes” o “expediciones”, que se separan por sus periódicas visitas a Jerusalén y a Antioquía, toda vez que tales visitas carecen de significado en cuanto a la estrategia de su obra, que debe aquilatarse más bien por la consideración de las grandes regiones que iba abriendo al Evangelio. Admitimos la crítica, pero de hecho resulta que las clásicas “expediciones” corresponden aproximadamente a nuevas etapas en el desarrollo de la labor del apóstol, ya que abrió amplios distritos del interior de Asia Menor durante el primer viaje, llevó el Evangelio a Grecia (Macedonia y Acaya) en el segundo, y organizó la evangelización de la importantísima provincia de Asia (amén de una labor de confirmación en las regiones ya evangelizadas) en el curso del tercero. Por ser tan extendida y complicada la labor paulina que ocupó la década 47 a 57, es conveniente dividirla en las conocidas expediciones, a los efectos de la claridad de presentación, aun cuando no se concede importancia alguna al hito que marca la separación de un “viaje” a otro. Las tres expediciones, juntamente con la última subida a Jerusalén y el accidentado viaje marítimo a Roma, llenan los capítulos (Hch 13-28).

El propósito del libro

I. El plan divino

Reconociendo que el “Redactor-Jefe” del libro es el Espíritu Santo, remitimos al lector al epígrafe anterior, “El lugar del libro en el canon del Nuevo Testamento”, recordándole que fue la voluntad de Dios que hubiera un enlace histórico que uniera los Evangelios a las Epístolas, proveyéndonos de la clave que precisábamos para entender los escritos apostólicos. Si éstos son el maduro y rico fruto del proceso de inspiración en la mente y el corazón de los apóstoles, los encargados de dar cima a la Palabra inspirada y escrita de Dios, el libro de Los Hechos corresponde al árbol que lleva los frutos; o sea, las epístolas surgen de las actividades apostólicas que se narran en la historia de Lucas, correspondiendo en su mayor parte a situaciones que hallamos en esta historia. Hemos de hacer excepción de las epístolas que corresponden a los años que sucedieron la primera cautividad de Pablo en Roma (1 y 2 Timoteo, y Tito), pero aun en este caso la obra de Lucas nos orienta y nos predispone para la comprensión de la literatura posterior.

El Pedro de Los Hechos es el Pedro de los Evangelios y el de las dos epístolas que llevan su nombre. Aún más claramente percibimos que Pablo, según se le presenta en Los Hechos, es el mismo que revela su corazón, su pensamiento y su obra en sus epístolas. La doctrina es idéntica en la historia y en los escritos; las normas y prácticas que se recomiendan a las iglesias en las Epístolas son las que vemos en operación en la historia. En cuanto a las prácticas, quisiéramos que Lucas hubiera dedicado más espacio al orden interior de las iglesias locales que se iban formando, pero ya hemos visto que su cometido

primordial es el de historiar las actividades del Espíritu Santo, por medio de los apóstoles y de sus colegas, para la extensión del Reino hasta verlo firmemente plantado en la metrópoli del Imperio. Basta notar aquí la coincidencia entre los escasos datos que él nos da y las referencias más amplias de las Epístolas.

2. El Evangelio se presenta a las personas cultas del Imperio

El Evangelio era locura para los griegos y piedra de tropiezo para los judíos por el hecho de fundarse en la Crucifixión y Resurrección de Jesús de Nazaret (**1 Co 1:23-25**). La civilización de los griegos descansaba sobre las columnas gemelas de la sabiduría y de la hermosura (la estética), de modo que la proclamación de un “Dios crucificado” por sentencia de un procurador romano les parecía una locura, y además una locura repugnante. La “resurrección”, a su vez, sería una burda treta inventada con el intento de convertir un manifiesto fracaso en un triunfo supersticioso. Además la idea de una resurrección corporal estaba en pugna radical con el concepto griego de la bajeza de lo material y el retorno del espíritu librado de la prisión de la carne al seno del espíritu inmanente en el universo. Si un Teófilo oyera este extraño mensaje, o quedara impresionado por el testimonio de algunos cristianos, necesitaría un documento que adujera las pruebas, que expusiera la doctrina y que hiciera resaltar la gloria de la Persona de Cristo “*desde el principio*” (**Lc 1:3**). El relato, sin ser infiel a su origen judaico, tendría que expresarse en lenguaje aceptable al paladar de un griego o romano de la clase media de entonces. Teófilo era persona real, y a él se dirigió el documento, pero Lucas le consideraba como representante de un crecido número de personas de cultura griega que necesitaban el Evangelio, que se interesaban en su desarrollo, pero que no podían recibirlo por medio de conceptos puramente hebraicos.

Lucas no adultera el Evangelio para ganar el oído de los tales, pero sí que lo presenta en toda su pureza en términos asequibles a personas formadas en el medio ambiente grecorromano.

Tuvo tanto éxito en su cometido que hasta el día de hoy no se puede imaginar una presentación del Evangelio mejor adaptada a las necesidades de una persona interesada y culta que el doble folio de LUCAS y LOS HECHOS.

3. Historia de la extensión del Reino y el desarrollo de la Iglesia

Este propósito se ha ilustrado ampliamente bajo el epígrafe “El contenido del libro”.

4. Recalca la autoridad apostólica de Pablo

La Epístola a los Gálatas y las dos a los Corintios pertenecen a la década 47 a 57 que hemos notado como el apogeo de la actividad misionera de Pablo en Asia Menor y en Grecia, y en ellas hallamos muchos indicios de oposición a la persona y doctrina del apóstol Pablo, aun dentro de la esfera de profesión cristiana, sobre todo de parte de los judaizantes, que se rebelaban violentamente contra la entrada en igualdad de derechos de los gentiles en la Iglesia, sin que tuviesen que ser circuncidados para formar parte de la república de Israel. Estos enemigos pensaban que tenían a mano un arma fácil. Pablo no pertenecía a los Doce, y por eso podían hacer ver que carecía de autoridad apostólica o que la tendría en menor grado que los apóstoles llamados por Cristo en la tierra. Tanto Pablo en las Epístolas, como Lucas en Los Hechos, defienden su plena autoridad apostólica de la misma manera, destacando el encuentro de Saulo con Jesucristo glorificado en el camino a Damasco, para hacer ver que constituyó un llamamiento celestial por el que Pablo había recibido una comisión divina que le revestía de autoridad igual que la de los Doce. Los argumentos de Pablo pueden verse en (**Ga 1:15-2:21**) (**1 Co 9:1-2**) (**1 Co 15:5-11**) (**2 Co 10:1-13:5**). Lucas repite el relato del llamamiento tres veces, primeramente en su contexto histórico (**Hch 9:1-19**), después según Pablo lo narra ante la

multitud en Jerusalén (**Hch 22:1-21**) y finalmente como parte de su apología delante de Festo y Agripa (**Hch 26:9-21**). El discurso ante Agripa puede considerarse como el esfuerzo más sostenido y acabado de la defensa y el testimonio del apóstol, y sin duda su detallada narración por la pluma de Lucas ha sido factor muy eficaz para contrarrestar la oposición judaica y sectaria al reconocimiento del pleno apostolado de Pablo.

5. Exhibe la armonía entre la labor apostólica de Pedro y Pablo

Es costumbre llamar los doce primeros capítulos LOS HECHOS DE PEDRO y los restantes LOS HECHOS DE PABLO. Algunos escriturarios se han esforzado para demostrar que Lucas intentaba establecer un complicado paralelismo entre la obra apostólica de los dos grandes siervos de Dios con el intento de hacer ver que si bien Pedro se veía ante el Sanedrín, también Pablo se defendía ante el mismo tribunal; que si Pedro anunciaba al Mesías ante los judíos, también lo hacía Pablo, que si Pedro levantó a un muerto, también lo hizo Pablo. Para quien escribe, todo ello parece bastante pueril e indigno tanto de los dos apóstoles como de su insigne biógrafo. Admitimos cierto paralelismo entre las actividades de los dos apóstoles, pero surge con toda naturalidad de la comisión que ambos habían recibido del Señor; lo único que percibimos como intento de redacción es el propósito de manifestar la unidad de la Obra de Dios en las manos de los dos apóstoles, al par que el autor subraya la unidad doctrinal de todos los apóstoles como lo hace Pablo en Gálatas. Es altamente significativo que sea Pedro quien abra la puerta del Reino a los gentiles, y que se exprese en términos tan claros en cuanto a la libertad espiritual de los creyentes gentiles en (**Hch 15:7-11**), pero Lucas no hace más que escribir lo que Dios ya había ordenado. Como fiel historiador no puede por menos que hacer constar actos y palabras que manifiestan tan claramente que la doctrina cristiana es una e indivisible, lo mismo si se halla en boca de este apóstol o de aquél. Hemos de desechar toda idea de un biógrafo parcial, que apoya al “héroe” del autor en contra de otro apóstol igualmente comisionado por el Maestro.

6. La intención apologética

Escriturarios modernos han subrayado mucho la tendencia apologética (de defensa) de este libro, y si bien la admitimos, no le concedemos una importancia exagerada, ya que el propósito primordial del Autor divino es el de completar la revelación cristiana, inspirando a Lucas para la redacción de un libro que es esencial al canon del Nuevo Testamento. Ya hemos notado, en la sección anterior, que Lucas defiende la autoridad apostólica de Pablo contra todo contrincante, pero la intención se lleva a cabo por la sencilla y exacta presentación de los hechos.

a) Frente a Roma. Otro aspecto apologético se relaciona con el cambio de la posición de los cristianos frente a Roma en la época de que se trata. Al principio los oficiales y gobernantes que administraban las diferentes regiones del Imperio consideraban que los cristianos constituían una secta del judaísmo, que era una “religio licita”, o sea, legalizada, libre aún de la obligación de rendir homenaje ante la imagen del César. Pero los judíos incrédulos reaccionaron violentamente contra los cristianos, tanto en Jerusalén como en las ciudades provinciales. Su acerba oposición motivaba frecuentes alborotos, como en Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra, Tesalónica, Corinto, Éfeso. etc. En algún caso aislado los mismos ciudadanos romanos se alzaron contra los apóstoles para vengarse de pérdidas materiales, acusándoles de enseñar ritos religiosos que no eran lícitos para los romanos (**Hch 16:16-22**). En general, sin embargo, las autoridades romanas protegían a los apóstoles de las violencias que surgían del fanatismo de los judíos (**Hch 18:12-17**) (**Hch 19:31**), y anteriormente a la persecución de Nerón (año 64), parecía posible que los cristianos consiguieran protección análoga a la de los judíos, proclamándose su fe como “religio licita”. De todas formas Lucas pone de relieve que Pilato declaró la inocencia del

Señor, que los magistrados de Filipos presentaron sus excusas por los malos tratos dados a Pablo y a Silas, que Galión no quería admitir las acusaciones de los judíos como materia delictiva, que no fue hallado crimen en Pablo ni ante Félix, ni ante Festo, y que Agripa declaró que podía haber sido libertado si no hubiese apelado a César. Al mismo tiempo hace ver que los tumultos y alborotos fueron provocados siempre por los judíos enemigos del Evangelio, siendo ellos los responsables ante la ley.

Comprendemos fácilmente el buen efecto que todo ello produciría en Teófilo y en la clase que representaba, y es posible que Pablo tuviera buenas esperanzas de conseguir una tolerancia práctica para el cristianismo al ser absuelto ante el tribunal del César; pero hemos de anteponer las finalidades espirituales de Los Hechos a todas estas consideraciones un tanto políticas. Si existiera el propósito de tener a mano un documento fidedigno que influyera favorablemente en el ánimo de la corte de Roma a favor de los cristianos, todo se fue a pique cuando Nerón procuró desviar la ira de la turba de Roma de su persona, dirigiéndola contra la comunidad cristiana de la metrópoli; hemos de tener en cuenta, además, que el vil tirano no habría podido realizar su criminal intento si los cristianos no hubiesen sido ya odiados por quienes les consideraban como una secta entregada a tenebrosos y secretos ritos, “enemigos de la raza humana”, como escribiera Tácito. El triunfo del Evangelio había de lograrse a través de mares de sangre y no por la excelencia de escritos apologéticos.

b) Frente a los judíos. Lucas hace ver a Teófilo que los alborotos que señalan los progresivos hitos de las campañas de Pablo se debían, no a las doctrinas cristianas en sí, sino a las maniobras y maquinaciones de los líderes de los judíos fanatizados, que no paraban en nada con tal de impedir la propagación del Evangelio del Mesías que habían rechazado. Con todo, el libro de Los Hechos constituye un verdadero “Vademecum” de apologética cristiana frente al judaísmo y serviría bien como fuente de argumentos en contra de la mera tradición judaica.

Este tema es tan vasto que se ha de estudiar en los comentarios pertinentes sobre los discursos y discusiones de los apóstoles frente a sus compatriotas, que exponemos más adelante, empezando con el gran mensaje de Pedro en el Día de Pentecostés. Los elementos más importantes de esta apologética frente a los judíos son los siguientes:

- Nadie podía negar el hecho del ministerio de Jesús en Israel, con el testimonio de sus poderosas obras, que manifestaban que *“Dios estaba con él”*.
- La muerte de cruz, lejos de probar que Jesús no podía ser el Mesías esperado, constituyó el cumplimiento de las profecías sobre el Siervo de Jehová que había de sufrir vicariamente por su pueblo (**Is 53**).
- La Resurrección de Jesús fue un hecho real, del cual los apóstoles podían dar fe como testigos oculares que habían tratado familiarmente con Jesús después de su Resurrección.
- La resurrección como doctrina general, y con referencia especial al Mesías, se hallaba en los escritos inspirados del Antiguo Testamento.
- Empleaban los apóstoles una serie de citas que arrancaban quizá de las enseñanzas de Jesús mismo después de su Resurrección (**Lc 24:25-27,32,44-47**).
- Declaraban que habían sido comisionados por el Señor para anunciar el perdón de los pecados por fe en el Nombre.
- En vista de todo ello, declaraban que Jesús de Nazaret no sólo era el Mesías esperado, sino el Hijo de Dios.

- Se hallan referencias frecuentes a la glorificación de Jesús el Cristo, como garantía de bendiciones futuras para los creyentes.

Los discursos en “Los Hechos”

De valor muy especial son los discursos que Lucas conserva en su historia. Era costumbre de los historiadores de la antigüedad poner en boca de los protagonistas, en momentos cruciales, discursos que correspondían más o menos a su carácter e intención, pero cuya forma y sustancia debían más a la retórica del historiador que a la elocuencia del supuesto orador. Sin embargo, creemos que Lucas, cuyo arte fue purificado por el proceso de inspiración, conservaba no sólo algunos rasgos de los discursos, sino su sentido esencial, y hasta las frases y vocabulario de los oradores, ya que cada uno refleja fielmente la formación y el pensamiento de quien habla. El lector hallará análisis de estos discursos en su debido lugar, pero podemos notar aquí la asombrosa riqueza y variedad del material. Hay discursos de Pedro ante las multitudes en los patios del Templo, al proclamar al pueblo la Resurrección de su Mesías, en cuyo caso las citas del Antiguo Testamento son típicas de la apologética frente a los judíos, y varias se hallan de nuevo en discursos de Pablo pronunciados en circunstancias análogas. Pero Pedro también pronuncia apologías delante del Sanedrín, predominando entonces la nota de testimonio por encima de la de defensa, y todo está en carácter. El discurso de Esteban delante del Sanedrín es típico de la defensa del Evangelio frente a un auditorio distinguido judaico, anticipando las tendencias y pensamientos de Pablo y del autor de la Epístola a los Hebreos. El discurso de Pedro en la casa de Cornelio se adapta admirablemente a la ocasión. Se nos da un ejemplo típico de una apología de Pablo en las sinagogas en (**Hch 13**), mientras que en (**Hch 14:14-18**) se nos ofrece una breve plática que quiso iluminar las mentes entenebrecidas de paganos ignorantes. Notables son las intervenciones de varios siervos de Dios en el Consejo de Jerusalén (**Hch 15**), y de interés especialísimo el discurso de Pablo ante el Areópago, en Atenas, por el que quiso presentar el mensaje de Dios a un auditorio gentil selecto, compuesto de los mejores filósofos y literatos de aquella época. Hay varias referencias a discusiones con los judíos en las sinagogas, de carácter más bien dialéctico, mientras que (**Hch 22**) conserva el esfuerzo más notable de Pablo por influir en el ánimo de sus compatriotas de Jerusalén. Las “defensas” ante Félix y Agripa son dignas de detenido estudio, y ya hemos notado que la última señala la cima de la oratoria apologética del gran apóstol a los gentiles. Como plática íntima tenemos el mensaje de Pablo en la ocasión de su despedida de los ancianos de Éfeso (**Hch 20:18-35**), que rebose conceptos y expresiones propias de Pablo, siendo una joya única en su género.

Las perspectivas generales, los conceptos propios de cada orador, los giros retóricos y los matices psicológicos de estos discursos, nos aseguran que Lucas se preocupaba por captar personalmente —o recibir de oyentes fidedignos—, mensajes verídicos que constituyen a la vez una parte notable de la revelación divina. La teología de los discursos coincide exactamente con la de las Epístolas.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre el lugar que ocupa Los Hechos en el canon del Nuevo Testamento, señalando el proceso histórico que determinó este lugar, como también su importancia para la presentación de la verdad cristiana.
2. Aduzca los datos bíblicos y extrabíblicos que dan a conocer el carácter y la obra del autor de Los Hechos.

3. Señale la fecha aproximada del fin de la redacción del libro conjunto Lucas-Hechos, aduciendo razones que justifiquen esta fecha.
4. Haga un resumen del plan y contenido de Los Hechos.
5. Discurra sobre el propósito de Lucas al redactar Los Hechos (tres puntos).

El enlace con los evangelios (Hechos 1:1-26)

Teófilo y el “*primer tratado*” (Hch 1:1)

La dedicación de una obra literaria a una persona de alguna distinción, interesada en las actividades del autor, fue costumbre bastante extendida en la antigüedad. Lucas sigue el mismo patrón, pero no con ánimo de granjearse el favor de los poderosos, sino para aleccionar a un amigo que ya sabía algo del Evangelio (**Lc 1:4**). En el capítulo introductorio hemos hecho notar que el libro de Los Hechos tiene marcado énfasis apologético, sirviendo no sólo para instruir a la Iglesia en cuanto a verdades de importancia fundamental, sino también para convencer a un público culto e inteligente de que el Evangelio no era “propaganda subversiva”, sino que se extendía en los primeros tiempos con la anuencia y bajo la protección de los oficiales del Imperio.

Después de leer las muchas y contradictorias especulaciones de los eruditos sobre la persona de “Teófilo”, lo único que podemos decir con alguna certeza es que se trataba de una persona real, quien llevaba un nombre bastante común en la época, ocupando quizás un puesto oficial que merecía el título de “*excelentísimo*” (**Lc 1:1**), digno representante de la clase de personas cultas e inteligentes que Lucas quería alcanzar y convencer por medio de sus escritos. Es posible que la falta del título de honor en Los Hechos indique que Teófilo había progresado en la fe, y que el enlace entre él y el autor se había hecho más íntimo, pero eso no pasa de ser una suposición verosímil.

I. El comienzo y la continuación de la Obra (Hch 1:1)

El “*primer tratado*” es obviamente el Evangelio según Lucas, y en él se habían expuesto “*todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar*” hasta el día de la Ascensión. He aquí el resumen en una frase del ministerio terrenal del Maestro; podemos notar que las “*obras*” preceden a las “*enseñanzas*”, ya que el Dios de la Revelación hebrea y cristiana se da a conocer por lo que él hace, y, sobre la base de sus divinas actividades, aclara la verdad en cuanto a su Persona y sus designios.

De paso podemos apuntar una lección práctica: el cristiano que no anuncia el Evangelio por medio de sus obras nunca debe creerse llamado para predicarlo desde el púlpito, pues las obras debieran preceder las palabras.

Cronológicamente el ministerio del Señor tiene su comienzo, su continuación y su consumación. Por maravilloso que fuese su ministerio en la tierra, no pasaba de ser un principio: el fundamento firme de lo que después había de realizar. Recordemos el pequeño resumen del primer período de las actividades apostólicas al final del Evangelio según Marcos: “*Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían*” (**Mc 16:20**). A la luz de este resumen, podríamos llamar este libro “LOS HECHOS DEL SEÑOR ASCENDIDO”, quien obraba eficazmente por medio de los suyos que habían aprendido el poder de su NOMBRE. La idea de la consumación de la Obra está implícita en la referencia al “*Reino de Dios*” de (**Hch 1:3**).

Los últimos mandamientos del Señor (Hch 1:2-3)

Durante los “*cuarenta días*” se ve en operación la más sublime “Escuela Bíblica” de todos los tiempos. No había edificio ni programas de estudio, pero el Maestro por excelencia, el Señor resucitado, reunía en torno suyo a aquellos discípulos que tantas veces habían

recogido sus sabias enseñanzas antes de la Pasión. Veamos algunas de las características de estas enseñanzas.

1. Se dieron “por el Espíritu Santo”

¿Por qué se recalca este hecho? Con tal Maestro, ¿faltaba algo para que las enseñanzas fuesen perfectas? La frase señala una característica constante del ministerio del Señor, tanto en su comienzo como en su continuación. El Hijo-Siervo no obraba aislado de las otras “Personas” de la Santísima Trinidad, sino juntamente con ellas en una perfecta armonía de propósito y de obra. Por eso, en su bautismo, el Padre le aprobó y el Espíritu Santo le revistió de una unción especial que correspondía a su misión mesiánica. “*El Espíritu del Señor está sobre mí*” es la profecía que recogió en Nazaret (**Lc 4:18**) (**Is 61:1**), y en la plenitud del Espíritu hacía todas sus obras y profería sus palabras de divina sabiduría, antes y después de la Resurrección.

2. Se dieron a los apóstoles que había escogido

Era la etapa final de la formación de los apóstoles antes de lanzarse éstos a cumplir su misión en el poder del Espíritu Santo. El nombramiento y las funciones de los apóstoles es tan importante que lo tratamos más ampliamente en el Apéndice “Los apóstoles”, y, al considerar el nombramiento de Matías, volveremos a mencionarlo. Basta notar aquí que el Maestro había escogido a estos hombres para recibir de él la verdad en cuanto a su Persona, Obra y enseñanzas. Eran testigos, pero testigos especialmente entrenados para poder transmitir las verdades aprendidas a otra generación con toda exactitud en la potencia del Espíritu Santo. Los “*mandamientos*” que recibieron se notan parcialmente al fin de los cuatro Evangelios e incluían el de proclamar universalmente el Evangelio, el de “*hacer discípulos a todas las naciones*”, el de bautizar a los convertidos en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y el de “*enseñarles que guarden todas las cosas*” que los discípulos mismos habían recibido, como también el de “*apacentar a las ovejas y los corderos*” (**Mr 16:15**) (**Mt 28:19-20**) (**Lc 24:46-48**) (**Jn 21:15-17**). La comisión es amplia, y si la Iglesia de hoy quiere ser “apostólica”, no debiera permitir que caiga en olvido ninguno de sus términos.

3. Se dieron a la luz de la Obra consumada de la Redención

En el Cenáculo el Maestro no pudo acabar sus enseñanzas porque los discípulos no podían llevarlas: no sólo por las limitaciones naturales del hombre, sino porque carecían aún de la “clave” para su comprensión, o sea, la aclaración del misterio de la Cruz. Muchos creyentes se entretienen en señalar la “torpeza” de los apóstoles y su tardanza en comprender lo que Cristo quería enseñarles, pero debiéramos tener en cuenta que el Hijo de Dios no escogió a estos hombres por su torpeza, sino por ser los mejores instrumentos de aquel tiempo para el cumplimiento de sus propósitos. El misterio de la Cruz (en el sentido de cuanto Dios realizó por tan extraño medio) es tan profundo que aun las inteligencias celestiales no pueden profundizar todas sus honduras (**1 P 1:12**); ¿cómo, pues, podían los Once llegar a tal comprensión antes de presenciar el hecho de la Muerte y la Resurrección del Señor, y tener el sentido abierto para entender las profecías del Antiguo Testamento (**Lc 24:44-46**)? Las predicaciones de Pedro después del Día de Pentecostés son la prueba palmaria de que no había tal “torpeza” después de serles entregada la clave para comprender el designio de Dios.

4. Se relacionaron con el Reino de Dios

El término “*Reino de Dios*” se halla varias veces a través de Los Hechos, y es tan importante en sí que se trata en el Apéndice “El Reino de Dios”. Basta que comprendamos aquí que la frase abarca todo cuanto esté bajo el gobierno de Dios, y se relaciona con la Persona del Rey, de modo que puede presentarse bajo distintos aspectos

en el curso del desarrollo de los planes divinos para con el hombre. La “potencia” del Reino, sea lo que fuere su manifestación inmediata, brota de la Cruz y la Resurrección, de modo que a los discípulos, testigos de la Obra expiatoria y primeros partícipes de las bendiciones de Pentecostés, les fue dado ver “*el Reino de Dios venido con poder*” (**Mr 9:1**), sin que este cumplimiento agote el sentido de la frase, que abarca necesariamente una consumación escatológica.

Los cuarenta días (Hch 1:3)

El período de los “*cuarenta días*” durante el cual el Señor resucitado se manifestaba, seguido por los diez días de espera y culminándose en el Día de Pentecostés, debiera considerarse a la luz del calendario religioso de los judíos. Este calendario se presenta en su forma más completa en (**Lv 23**) donde vemos que, aparte de la celebración semanal del sábado, se ordena la fiesta anual de la Pascua (**Lv 23:5-8**), seguida por la de las primicias de los primeros frutos (**Lv 23:9-14**), meciéndose entonces la ofrenda de espigas “*el día siguiente del día de reposo*”, o sea, el primer día de la semana que seguía la Pascua.

Luego habían de contar siete semanas cumplidas antes de ofrecer las primicias del horno, cuyo acto significaba el fin de la cosecha de la manera en que las primicias de los primeros frutos indicaba su comienzo. Contando de forma inclusive tenemos “cincuenta días” o la cincuentena, representada en griego por “*Pentecostés*”.

Los grandes acontecimientos que forman la base de nuestra redención corresponden en fecha y sentido al calendario mosaico. La Crucifixión (cumplimiento del sentido profético de la Pascua) tuvo lugar al siguiente día de la tarde de la Pascua, o, según la manera de los judíos de calcular el día de una puesta de sol hasta la otra, en el mismo día. La Resurrección corresponde a la ofrenda de los primeros frutos el primer día de la semana siguiente, abriendo la época de la “cosecha de la Cruz”. Pentecostés es el momento del descenso del Espíritu quien une a los hijos dispersos en “un pan”, que es la Iglesia. La fecha de la Ascensión no corresponde a nada en el calendario, pero veremos que, a pesar de su obvio y hondo significado, no es más que la manifestación de una realidad ya existente desde la Resurrección.

I. Las pruebas indubitables (Hch 1:3)

Lucas pone énfasis sobre las “*muchas pruebas indubitables*”. La palabra “*tekmerion*” significa evidencia convincente. Sin duda alguna el cristianismo descansa sobre el hecho de la Resurrección, y si no hubiera prueba irrefutable de él (ante quienes quieren considerar toda la evidencia), todo lo demás caería en ruinas. No es éste el lugar para aducir toda la evidencia, pero notemos algo que parece ser de mucha importancia. El mensaje cristiano no declara que un hombre cualquiera resucitara de los muertos sin más ni más, sino que se levantó de los muertos aquel que había manifestado tanto la naturaleza humana como los atributos de Dios durante un ministerio que duró tres años. El hecho corresponde a la vida, y desde este punto de vista es más difícil explicar cómo pudiera morir, que no el hecho de que los lazos de la muerte no pudieron sujetarle (**Hch 2:24**). El Señor resucitado iba manifestándose a los suyos en distintos puntos de Jerusalén, en el camino de Emaús, en distintos lugares de Galilea, variándose el número y la identidad de los testigos en las diferentes ocasiones; todos le habían conocido íntimamente antes de la Cruz, y bien que había diferencias, como es natural tratándose de un Ser resucitado, libre ya de las limitaciones del espacio y de la materia, quedaron convencidos de que era EL MISMO JESUS, su amado Maestro, quien se presentaba ante

ellos. Aun nosotros, a través de las breves narraciones de los Evangelios, percibimos la unidad de la personalidad del Señor tanto antes como después de la Resurrección.

Pablo no era uno de estos testigos, y su llamamiento apostólico era diferente al de los Doce, bien que complementario; sin embargo, reconoció plenamente la importancia fundamental de las “muchas buenas pruebas”, y conocía a muchos de los testigos personalmente, siendo el hecho que proclamaban piedra fundamental del Evangelio que tanto ellos como Pablo mismo predicaban (1 Co 15:1-9).

La espera del descenso del Espíritu Santo (Hch 1:4-5)

1. La Promesa del Padre

El Señor prohibió a sus discípulos que saliesen de Jerusalén antes de recibir “*la promesa del Padre*”: bendición prometida por él mismo, como también profetizada en el Antiguo Testamento y por Juan el Bautista. No podían emprender ningún trabajo público sin que se completara la intervención de Dios para la salvación de los hombres, y no podemos separar jamás los hechos de la Cruz y la Resurrección de aquel otro complementario del descenso del Espíritu Santo, quien sólo pudo aplicar en poder divino dentro de los hombres lo que Cristo había realizado de forma externa e histórica en el Gólgota.

2. El enlace con las enseñanzas del Cenáculo

Las expresiones que emplea Lucas aquí concuerdan exactamente con las enseñanzas del “*Aposento Alto*” que hallamos en (Jn 14-16), lo que recalca una vez más la unidad esencial de los Evangelios. El estudiante debería estudiar cuidadosamente cuanto el Maestro enseñó sobre la “*promesa*” según se halla en (Jn 14:16-18) (Jn 15:26-27) (Jn 16:7-14), para volver a meditar en la importancia fundamental de la Persona y la Obra del divino Paracleto, quien había de tomar el lugar del Hijo en la tierra, enlazando al Mesías de la Diestra de Dios con el corazón de sus siervos en la tierra.

3. El previo acto simbólico

El lector se acordará de que, tras la Resurrección y estando Cristo reunido con los suyos en el Aposento Alto, había soplado sobre ellos diciendo: “*Recibid el Espíritu Santo*” (Jn 20:21-23). Si aquel acto se estudia en relación con la porción que tenemos delante y tomamos en cuenta que, a la hora de la Ascensión, los Once aún aguardaban “*la promesa del Padre*”, se comprenderá bien su significado simbólico que anticipaba la realidad del Día de Pentecostés, cuando el Señor Resucitado, en unión con el Padre, había de enviar sobre ellos el Espíritu Santo. La predicación del Evangelio en la potencia del Espíritu determinaría la “*remisión de los pecados*”, y el rechazamiento de esta obra apostólica significaría la retención de los pecados.

4. La consumación de la Obra de Cristo

En (Hch 1:8) habla de este “*poder*” que los discípulos habían de recibir para su ministerio al descender sobre ellos el Espíritu Santo. Antes de estar así revestidos no les era permitido iniciar la nueva etapa de su obra, pues, a pesar de todas sus maravillosas experiencias, serían instrumentos completamente inútiles e inservibles si no obrasen por medio del Espíritu Santo de Dios. Veremos el resultado de este bautismo espiritual en capítulos sucesivos, pero nos conviene hacer un alto aquí con el fin de preguntarnos si nuestras actividades en la esfera del Reino son de hecho manifestaciones de poder espiritual, o si no pasan de ser un devaneo de la carne. Dios, en sus providencias, puede utilizar esfuerzos humanos defectuosos, pero lo que desea tener son instrumentos enteramente dedicados a él, llenos del Espíritu, para que la potencia sea manifiestamente

del Cielo. ¡Cuánta madera, heno y hojarasca se ha de “quemar” en el Día del Señor Jesucristo porque nos olvidamos de este hecho fundamental! ¡No nos apresuremos! ¡Esperemos la promesa del Padre! Que nuestra primera preocupación sea la de estar “*llenos del Espíritu*” para que Dios pueda obrar con poder por medio de estos instrumentos que, sin tal poder, no son más que herramientas estropeadas e inútiles.

Los tiempos o sazones (Hch 1:6-8)

1. La comprensión de los discípulos

La pregunta de los discípulos, “*Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?*” ha suscitado una gran diversidad de comentarios, y la mayoría de los expositores están de acuerdo en criticar la “torpeza” de los apóstoles: “¡Tantas enseñanzas habían recibido del Señor, y todavía no comprendían que el Reino era espiritual y universal!”. A nosotros, sin embargo, la pregunta nos parece una señal de verdadera inteligencia espiritual, que se consigna por el autor inspirado a causa de su gran importancia, y en manera alguna con el fin de destacar la supuesta torpeza de los apóstoles escogidos por el Maestro. Procuremos entender su posición y el sentido de su pregunta.

Antes de la Pasión, como buenos judíos ortodoxos empapados en las profecías del Antiguo Testamento, habían esperado que el Señor estableciera el Reino en manifestación, con la parte fiel de Israel en su centro. Después de la Confesión “oficial” de Pedro en Cesarea de Filipo, que expresó el sentir común de todos los discípulos de que Jesús era, en efecto, el Mesías, la expectación de los doce subió a su punto máximo. El Maestro, ante la sorpresa y disgusto de los suyos, se esforzaba por hacerles comprender que su Reino había de establecerse sobre el hecho de su Muerte y Resurrección; pero el “misterio de la Cruz” era demasiado profundo para hombres que aún no habían presenciado la realidad histórica. Como hemos visto ya, el Señor resucitado, durante los “*cuarenta días*”, abrió el entendimiento de los suyos con el resultado de que pudiesen comprender por fin la profecía de **(Is 53)** y otros pasajes análogos, llegando ellos a saber que le correspondía al Mesías sufrir primero, y luego entrar en su gloria... “*¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y entrara en su gloria?*” **(Lc 24:26,46) (1 P 1:11)**. Sin duda alguna, el ministerio de los “*cuarenta días*” había sido muy eficaz. ¿Cómo podía ser de otra manera cuando el mismo Señor resucitado era el Maestro que enseñaba a discípulos inteligentes, muy preparados y deseosos de aprender? Por lo tanto ya comprendían bien el misterio, antes velado a causa de sus prejuicios nacionales, de que al Mesías le tocaba sufrir por el pecado antes de tomar su Reino. Pero el cumplimiento de estas profecías, las menos, no descartaba la validez de las demás, mucho más numerosas, sobre el establecimiento público del Reino, relacionado con señaladas bendiciones para el pueblo de Israel. Tampoco anulaba las promesas específicas hechas a Abraham y a los demás patriarcas sobre un futuro brillante para Israel, expresado éste en términos territoriales. La formación de un pueblo espiritual, compuesto de los convertidos tanto entre gentiles como judíos, no se había revelado aún **(Ef 3:5-7)** de modo que, en buena lógica, y por su comprensión, no sólo de las múltiples profecías del Antiguo Testamento, sino de las enseñanzas del Maestro mismo, querían saber cuándo el Reino, con Israel en el centro, había de establecerse. Era el punto que el Maestro no había aclarado aún y por eso hicieron la pregunta.

2. La unidad y la diversidad de los tiempos

La contestación del Señor; “*No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad*”, no ha de interpretarse como una reprensión, sino que recalca un principio muy parecido al de **(Mr 13:32)**, y reitera el hecho de que, en efecto,

hay “*tiempos y sazones*”, por los que el Padre obra de diversas maneras según su Plan eterno. La palabra traducida por “*sazonos*” indica eso, y se relaciona con los “*siglos*” o las “*dispensaciones*”, o sea, aquellos períodos de tiempo que llevan su “*signo*”, especial como etapas en el desarrollo del Plan de Dios, que no pierde por ello su unidad esencial. Era un concepto básico del pensamiento apostólico que toda profecía, fuese espiritual o material, tenía que cumplirse, pero tocaba al Padre, Fuente de todo el consejo de la Deidad, determinar el orden y la sucesión de las “*sazonos*” (**Ro 11:33-36**).

El testimonio de los discípulos

1. “*Me seréis testigos*” (**Hch 1:8**)

Según la declaración del mismo Señor, los apóstoles habían de sentarse sobre doce tronos, juzgando las doce tribus de Israel, que, tomada en su sentido claro y normal, confirma que habrá un reino para Israel, hasta con distinción de sus tribus (**Mt 19:28**) (**Lc 22:30**). Pero les tocaba ser también las piedras fundamentales del nuevo “*edificio*”, la Iglesia, cuyo testimonio en la tierra ocuparía el período que mediara entre el rechazamiento del Mesías por los judíos y su manifestación futura a su pueblo terrenal en gloria (**Mt 24:30-31**) (**Ap 1:7**) (**Ap 19:11-16**), con multitud de profecías como la de (**Is 40:9-11**).

El nuevo pueblo espiritual había de sacarse de todo pueblo y nación, de modo que los testigos que Cristo escogió, bien equipados para su misión gracias a las enseñanzas del Maestro y a la potencia del Espíritu Santo que les fue prometida, habían de lanzar su “*proclamación*” en círculos concéntricos, empezando en Jerusalén, extendiéndose por Judea, luego Samaria y por último a lo extremo de la tierra. La primera etapa en Jerusalén había de revestirse de caracteres especiales, no sólo porque los discípulos tardaban en comprender que la misión universal incluía a gentiles además de los esparcidos de Israel, sino porque Dios, en su misericordia, quería dirigir otro tierno llamamiento a su pueblo infiel, presentando como Resucitado al Mesías que habían crucificado. Samaria tenía una relación especial con el pueblo antiguo, a pesar de la rivalidad entre ambos, y el mensaje había de proclamarse a ellos bajo garantías especiales (**Hch 8:14-17**); sólo después de la predicación de Pedro en la casa de Cornelio (**Hch 10**) habían de comprender los apóstoles el alcance universal de su misión, que llevaron a cabo luego frente a bastante oposición por parte de los cristianos judíos de Jerusalén.

Algunos textos griegos antiguos dicen: “*Me seréis testigos*”, y otros: “*Seréis mis testigos*”. Cada variante aquí encierra una verdad profunda, pues los discípulos pertenecían al Señor y habían de actuar bajo sus órdenes, como hemos visto. Al mismo tiempo Cristo había de ser el tema único de su proclamación, siendo él mismo “*Camino, Verdad y Vida*”, de modo que “*predicaban a Cristo*”. La declaración se refiere en primer término a la obra especial de los apóstoles como testigos escogidos de la Persona y la Obra de Cristo, pero sin duda nos es permitido aplicarla a nosotros mismos, pues, habiendo visto al Señor a través de los escritos apostólicos, tenemos la obligación de darle a conocer a los hombres, empezando en los círculos familiares y de trabajo donde el Maestro nos ha colocado, pero estando prestos a ir dondequiera que nos llame. ¿Cuántos hombres, mujeres y niños conocen al Señor por tu testimonio y el mío?

2. El programa (**Hch 1:8**)

Muchos enseñadores bíblicos han hecho ver que tenemos en (**Hch 1:8**) un resumen del plan del libro, que es, al mismo tiempo, una indicación de cómo el Evangelio había de extenderse hacia el Occidente. El contenido de Los Hechos puede presentarse, pues, en forma de un bosquejo, basado sobre el análisis de (**Hch 1:8**):

- Preparación de los apóstoles (**Hch 1:1-26**).
- El descenso del Espíritu Santo (**Hch 2:1-13**).
- El testimonio de los apóstoles en Jerusalén (**Hch 2:14-7:60**).
- El testimonio apostólico en Judea y Samaria (**Hch 8:1-12:25**).
- El testimonio apostólico hasta los últimos confines de la tierra, terminando la historia de Los Hechos en la metrópoli de Roma, símbolo de la totalidad del mundo civilizado (**Hch 13:1-28:31**).

La ascensión del Señor (Hch 1:9-11)

Al Señor le complació dar un fin definitivo y visible a su ministerio sobre la tierra, siendo alzado en su cuerpo de resurrección, “*viéndole ellos*”, hasta ser recibido, y escondido de la vista de ellos por una nube de gloria como la que tantas veces había indicado la presencia divina en el Antiguo Testamento. No le era necesario hacerlo así, pues el cuerpo de resurrección del Señor no estaba sujeto a las limitaciones del tiempo ni del espacio, y ya había “*subido al Padre*” particularmente (**Jn 20:17**), pero quiso demostrar delante de los suyos el fin de una etapa de su Obra y el principio de la siguiente, según sus propias palabras en (**Jn 16:28**): “*Salí del Padre y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al Padre*”.

La Ascensión, pues, puede considerarse bajo los siguientes puntos de vista:

- Puso fin concreto y visible a la misión del Hijo en la tierra.
- Dio principio a la sesión del Hijo —siempre Mediador, y hecho ya Sacerdote eterno— a la Diestra de Dios, desde donde había de administrar la redención que ganó por su obra de Cruz. Así, según (**Lc 24:51**), se alejó de los suyos con las manos alzadas en ademán de bendición, que es todo un símbolo de su obra durante esta dispensación de gracia (**Mr 16:20**) (**Hch 2:36**) (**Hch 5:31**) (**He 1:3**).
- Hizo posible el envío del Espíritu Santo, cuya presencia y obra en el mundo dependía de la consumación de la Obra de Redención. Por eso los discípulos habían de alegrarse de que el Señor se marchara, a pesar de su tristeza natural y humana, pues sólo así podrían derramarse sobre los hombres las bendiciones de la salvación (**Jn 16:7**) (**Jn 15:26**) (**Lc 24:49**). Notemos de paso que el Espíritu procede tanto del Padre como del Hijo.
- La Ascensión al Cielo indicaba, según el mensaje de los ángeles, el retorno análogo a la tierra, de forma también visible, para manifestar, aun a los rebeldes, el triunfo de la Cruz (**Hch 1:11**) (**He 10:12-13**).

La promesa de la Segunda Venida (Hch 1:11)

Sin duda los dos “*varones con vestiduras blancas*” eran ángeles, o sea, mensajeros celestiales, enviados por el Señor para dar seguridad a los discípulos de que la Ascensión no era el fin de una obra, sino la garantía de su consumación. Si por el momento habían perdido la presencia física de su amado Maestro, era sólo para volverla a ganar en condiciones de victoria y de permanencia. Era inútil sentir nostalgia por lo que fue, y convenía “esperar sirviendo” hasta que el mismo Señor volviera... “*Este mismo Jesús... así vendrá como lo habéis visto ir al Cielo*”. La palabra “*así*” quiere decir: real, personal y físicamente, mientras que el nombre “*Jesús*” recalca la eternidad de la humanidad

glorificada del Señor. Nuestra confianza en el retorno personal del Señor Jesucristo no es una fantasía de una “secta milenarista”, sino la determinación de dar sentido real a sus propias palabras y a las de sus apóstoles. La actitud normal de los convertidos es la de “servir al Dios vivo y verdadero, y esperar a su Hijo de los cielos”... “Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo” (1 Ts 1:9-10) (Fil 3:20-21). Si la Palabra nos engaña en este punto, ¿qué confianza podríamos tener en lo demás?

En el aposento alto (Hch 1:12-14)

1. El retorno de los Once

La Ascensión había tenido lugar en una parte del Monte de los Olivos, al este de Jerusalén y en las cercanías de Betania (Lc 24:50). Distaba de Jerusalén “el camino de un sábado”, o sea, poco más de un kilómetro. Era la distancia que la “tradición de los ancianos” permitía que un judío anduviera en sábado, sin llegar a “trabajar” en el día de reposo. Desde los tiempos de Crisóstomo se ha pensado que la frase podría indicar que la Ascensión del Señor —cuando, en cierto sentido, entró en su descanso— tuviera lugar en el séptimo día, y no en jueves como ahora se calcula. Si los “cuarenta días”, son meramente un “número redondo”, y se calculan de forma “exclusive”, y no “inclusive”, la idea no es imposible.

2. El Aposento Alto

Tales aposentos se levantaban sobre los terrados de las casas del Oriente, y solían ser los más espaciosos y tranquilos del edificio. Se menciona este “*aposento alto*” aquí como si fuera un lugar conocido, de modo que es probable que se trate del lugar donde el Señor se manifestaba a los suyos después de la Resurrección, que, a su vez, podría ser el mismo que un discípulo anónimo puso a la disposición del Señor para la celebración de la Pascua. Más tarde se nota que la Iglesia solía reunirse en la casa de María, madre de Juan Marcos, de modo que cabe dentro de lo posible (sin que se pueda dogmatizar sobre tales pormenores) que se refiera a la misma amplia residencia en todos los casos.

3. La lista de los apóstoles (Hch 1:13)

Los apóstoles se nombraron “oficialmente” cuando fueron llamados a dar principio a su misión por el mismo Señor (Mr 3:13-19), y es propio que la lista se repita al umbral de la nueva etapa de su servicio, como “testigos” del Señor resucitado. Los nueve primeros nombres se hallan en todas las listas, bien que el orden varía algo. Simón el Zelote es idéntico con Simón el cananista. Judas (hijo o hermano de Jacobo) corresponde a Tadeo en las listas de Mateo y Marcos. Desde luego, aquí no hallamos más que once nombres, debido a la defección de Judas Iscariote, y fue preciso que este hueco se llenase para que la Iglesia, próxima a formarse, descansase sobre el fundamento de Cristo y los doce apóstoles (Ef 2:20) (Ap 21:14).

4. “La compañía junta” (Hch 1:14-15)

Alrededor de ciento veinte personas estaban reunidas en el Aposento Alto en congregación regular, como indica la frase “*epi to auto*”, la “*compañía junta*” (Hch 1:15). Los once formaban el núcleo de esta compañía y los demás serían hermanos que, sin ser apóstoles, se habían unido a Cristo con lazos de intimidad y de constante fidelidad. Esta constancia había de ser premiada pronto, pues, juntamente con los apóstoles, estos hermanos serían los primeros miembros de la Iglesia naciente.

5. María

No podemos pasar por alto la breve mención en (**Hch 1:14**) del nombre de María, la madre de Jesús. Después de este momento, nada se sabe de ella ni de sus movimientos en las Sagradas Escrituras. Este hecho basta por sí solo para que se desmorone el fantástico edificio de leyendas y “doctrinas” que se han levantado en torno a esta bendita persona, pues los apóstoles eran los llamados para proclamar y enseñar la “*fe que ha sido una vez dada a los santos*”, y si la intercesión de María como “co-redentora” tenía la importancia que se le señala en los dogmas de Roma, habrían cometido una falta grave en no hacer constar el hecho. Al mismo tiempo, no debiéramos subestimar la importancia de la mención que aquí hallamos, que sitúa a María dentro del testimonio primitivo de la Iglesia, con el prestigio del hermoso ejemplo de su vida y el hecho de que Dios la había escogido como instrumento humano para traer al mundo el Cristo de Dios. Enlaza el misterio de la Encarnación —cuando el Verbo Eterno entró en el mundo por la humilde vía del nacimiento de una mujer— con el advenimiento del Espíritu de Cristo que descendió sobre los creyentes reunidos de una forma apropiada a la misión que había venido a realizar. Mientras duraba el discernimiento espiritual que procedía de la plenitud del Espíritu Santo en la Iglesia primitiva, los cristianos sabían dar a María el lugar que correspondía a su misión única y tan honrada, sin revestirla de las prerrogativas que pertenecían por derecho exclusivo a su divino Hijo; pero, al menguar la manifestación del poder del Espíritu, y al terminarse el ministerio personal apostólico, las tendencias humanas, unidas a una creciente ignorancia de los principios vitales de la Nueva Creación, cobraron fuerzas suficientes para convertir, muy paulatinamente, la bendita y ejemplar madre de Jesús en una especie de “diosa” que comparte con el Dios-Hombre la Obra de la Redención. ¡Cuán triste quedaría esta alma escogida, tan llena de discernimiento espiritual, si pudiera ver lo que los hombres han hecho con su nombre!

6. Las mujeres

Juntamente con los apóstoles, los discípulos y María, y acompañándolos en la oración, se hallan las “*mujeres*”. La “reunión regular”, que había de convertirse pronto en “Iglesia”, no era un asunto puramente varonil. Es probable que en casi todas las épocas de la historia de la Iglesia las hermanas hayan sido más numerosas que los varones, y su importancia se destaca desde el primer momento, en marcado contraste con las ideas orientales (cuajadas en su última y más desastrosa expresión en el Islam) que colocan a la mujer, no en una esfera diferente que complementa la del varón, sino en un plano de absoluta inferioridad. Las “*mujeres*” del Aposento Alto serían principalmente aquellas que habían acompañado al Señor desde Galilea (**Lc 8:2-3**) (**Lc 23:49,55**) con otras de Betania y de Jerusalén, quienes, aun durante el ministerio terrenal del Señor, habían dejado sus quehaceres domésticos con el fin de servirle con sus haciendas. No les tocaba la labor de proclamar públicamente el Evangelio, pero formaban parte integrante e imprescindible del círculo de “*los discípulos*” y sólo el Cielo revelará el valor de su servicio: quizá mayor que el de los varones, como es más importante el armazón de una casa que la fachada.

No podemos deducir “sin más ni más” de este versículo que las mujeres orasen en voz alta en la compañía reunida, pero sí que su oración se entreveraba con la de los apóstoles, formando un todo indivisible al subir delante del Trono.

7. Los hermanos del Señor

No sólo los romanistas, sino también algunos protestantes, se han esforzado por dar un sentido especial a la voz “*adelphoi*” (hermanos) en este pasaje y en otros análogos, por creer que se rebaja la dignidad de la madre de Jesús al pensar que llevara una vida matrimonial con José después del nacimiento del Salvador, siendo fruto de ella estos “*hermanos*”, que en otras partes se mencionan por sus nombres. Para nuestro propósito basta decir que tal hipótesis surgió de las ideas equivocadas sobre la verdadera castidad,

en boga desde el siglo segundo, que dieron lugar a la exaltación desmesurada de la virginidad. Entre los hebreos (y nos movemos aquí en ambiente hebreo) tal idea habría sido ridícula, pues lo extraño entre el pueblo terrenal de Dios sería el celibato, mientras que la vida de familia se tenía en mucha honra.

8. La oración

Los creyentes reunidos en uno se dedicaban a la oración y a la súplica, seguramente en relación con *“la promesa del Padre”* y la expectación de que estaban en el umbral de un nuevo y estupendo acontecimiento espiritual. Es un buen ejemplo de lo que es la oración, tan distinta en verdadera esencia de las peticiones egoístas que tantas veces se llaman por este nombre, y subraya que la verdadera oración es nuestra asociación con el Padre en sus planes y pensamientos. Perseveraban los discípulos en este sagrado ejercicio, que no se consideraba como algún aditamento a su vida de servicio, sino como su mismo fundamento, íntimamente relacionado con el poder que habían de recibir.

El nombramiento de Matías (Hch 1:15-26)

I. ¿Se equivocaron Pedro y sus compañeros?

En vista del hecho de que bastantes expositores han pensado que Pedro y los otros apóstoles “se equivocaron” al llenar el hueco dejado por la defección de Judas, nombrando a Matías como el duodécimo apóstol, es preciso situar este incidente en su contexto, estableciendo ciertos principios que nos ayudarán a una recta exégesis. Lo hacemos con mayor agrado en vista de que los mismos principios deben aplicarse a otros pasajes en los que algunos han creído percibir “equivocaciones” de parte de los siervos de Dios.

Los incidentes de los Evangelios y de Los Hechos son cuidadosamente seleccionados, y no se adelantan al azar (**Jn 20:30-31**) (**Jn 21:25**). Aparte, pues, de una indicación muy clara que señalara una equivocación, hemos de acercarnos al estudio de tales incidentes para aprender las lecciones que encierran y no para criticar a los siervos de Dios que en ellos actúan. Aquí no hay la menor indicación de que Pedro se equivocara.

El incidente se sitúa inmediatamente antes del descenso del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés, de modo que hemos de pensar que constituye una preparación esencial para este gran acontecimiento.

Pedro cita pasajes de las Escrituras como profecías, no sólo de la traición de Judas, sino de la necesidad de llenar su cargo. Si hubiera usado el texto sagrado tan sólo para justificar una idea suya, voluntariosa y equivocada, no podríamos tener confianza alguna en su ministerio. En relación con su autoridad espiritual, debiéramos recordar que, según vimos al comentar (**Hch 1:2-7**), acababa de cursar los estudios más elevados posibles en la “escuela” del Maestro resucitado.

Pablo nunca habría podido llenar el hueco que Judas dejó, pues no podía cumplir los requisitos de (**Hch 1:21-22**), que definen el cometido especial del apostolado de los Doce (véase abajo). Pablo era apóstol por haber visto al Señor resucitado, pero nada podía testificar en cuanto a los hechos del ministerio del Señor en la tierra.

Es verdad que no hallamos ningún caso de que se llegara a una decisión por echar suertes después del Día de Pentecostés, pero este incidente se sitúa antes de aquella fecha, y la costumbre estaba en perfecta armonía con las prácticas de los siervos de Dios en el Antiguo Testamento (**Pr 16:33**). Es muy posible que el uso del Urim y Tummim (**Ex 28:30**) (**1 S 14:36-42**) (**1 S 30:7-8**) consistía en echar suertes para llegar a una

determinación final entre dos alternativas. De acuerdo con eso, vemos que los apóstoles no “ echaron suertes ” al principio, sino después de que el discernimiento espiritual de la compañía (guiada por los apóstoles) ya había seleccionado a dos hombres, Barsabás y Matías; como ellos no podían notar ninguna diferencia entre los dos, en cuanto a sus calificaciones, la “ suerte ”, tras una oración unánime, reveló la voluntad de Dios. Después del descenso del Espíritu Santo no hacía falta tal medio, pues bastaba el discernimiento de los espirituales bajo la guía del Espíritu.

El hecho de que no hallamos más mención de Matías en el Nuevo Testamento no afecta la cuestión para nada, pues el relato sagrado se enfoca en la obra de ciertos apóstoles cuya obra entre judíos y gentiles era ejemplar, sin volver a hacer mención de sus colegas. Es de suponer que éstos iban cumpliendo el ministerio que habían recibido del Señor a pesar del silencio de las Escrituras en cuanto a sus trabajos.

El caso de Judas (Hch 1:16-20,25)

El nombramiento de Judas como apóstol por el Señor, a pesar de conocer su condición íntima — “ ¿ No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo? ” (**Jn 6:70**) — es uno de los mayores misterios de las Escrituras, como lo es también la psicología del traidor. Hemos de suponer que, al principio, éste era celoso por la idea mesiánica según se propagaba por las sectas extremistas y que creía genuinamente que Jesús había de ser el Ungido. Participó realmente del ministerio de los doce antes de su caída, pero es seguro que nunca entregara su corazón al Señor, ni recibiera la vida nueva por la fe (**Jn 1:12-13**). Después de la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo, y al ver que el Señor no quiso aprovechar el entusiasmo de las masas para establecer un Reino visible, sino que hablaba insistentemente de alguna crisis de sufrimiento, rechazo y muerte, Judas quedó desilusionado. Su pecado dominante, la avaricia, le impulsaba a robar la bolsa de los pobres como mezquina compensación por la gloria y el poder que había esperado disfrutar (**Jn 12:6**), y luego, hecho ya instrumento de Satanás, aceptó la oferta de treinta piezas de plata por entregar a su Señor. Traicionó a su Maestro con besos hipócritas en Getsemaní, pero, al verle condenado a muerte por el Sanedrín, sintió remordimiento, y, tirando las monedas al suelo delante de los sacerdotes, se fue y se ahorcó (**Mt 27:3-10**).

I. El fin de Judas en Mateo y en Los Hechos

No sólo es Judas un personaje enigmático en sí, sino también las referencias a su fin presentan considerables problemas de exégesis, pues parece ser que hay una discrepancia entre (**Hch 1:18-19**) y el pasaje que ya hemos notado en (**Mt 27:3-10**). Tengamos en cuenta que los versículos 18 y 19 aquí forman un paréntesis explicativo que insertó Lucas en su narración, y que no pertenecen al discurso de Pedro, quien no tenía ninguna necesidad de dar detalles de un hecho notorio que se había producido hacía muy poco tiempo, conocidísimo, además, por todos los discípulos reunidos en el Aposento Alto. Pero cuando Lucas escribió el relato para aleccionar a lectores gentiles como Teófilo, creyó necesario notar lo más esencial del caso de Judas que ignorarían por completo. La información que Lucas recogió en Jerusalén por el año 57 hablaba de la compra de un campo con el dinero de la traición, y recordó también que al ahorcarse, Judas había caído cuan largo era, reventando por medio. Mateo refiere el remordimiento de Judas y el hecho de que tiró el dinero a los pies de los sacerdotes antes de ahorcarse, y atribuye a éstos el plan de invertir la cantidad en la compra de un campo como cementerio para extranjeros, ya que siendo precio de sangre, no podía ingresar en el tesoro. Sin duda las dificultades desaparecerían si tuviéramos más datos en lugar de dos resúmenes que subrayan solamente lo que interesaba a los autores inspirados en el contexto. Podemos suponer

que Judas ya estaba en trato para la compra del campo antes de que su remordimiento le impulsara a devolver el dinero, y que luego los sacerdotes vieron la posibilidad de comprar el cementerio para extranjeros sin ningún gasto propio. Ellos terminaron la compra del campo, pero, en el recuerdo popular, todo estaba enlazado con el nombre de Judas y su trágico fin. Por eso Lucas, muchos años después, hace constar que Judas adquirió un campo con el premio de su iniquidad. No se dice que se ahorcara en el campo así comprado, sino que recibió su nombre de “*Campo de Sangre*” por el hecho de ser comprado con el “*dinero de sangre*”. La “*caída*” de Judas que se nota en **(Hch 1:18)** concuerda perfectamente con el suicidio, ahorcándose, en Mateo, ya que la cuerda pudo haberse roto, produciendo la condición física que Lucas nota aquí. Los hechos esenciales eran notorios, y no quedaba en el ánimo de los moradores de Jerusalén la más mínima duda sobre la relación que existía entre el crimen de Judas, la compra del cementerio y las circunstancias trágicas y repugnantes de su fin.

La frase que se incluye en la oración de los discípulos al fin del **(Hch 1:25)** “*Judas cayó (de su ministerio) para irse a su propio lugar*”, es una manera suave para indicar que, como el “demonio” que era, fue a la perdición, en notable contraste con las profecías de bendición y de gloria que corresponde a sus antiguos compañeros que quedaron fieles a su misión y a su Señor.

2. Las citas de Los Salmos en **(Hch 1:16,20)**

Al leer el pasaje, téngase en cuenta que los versículos 18 y 19 forman el paréntesis explicativo que Lucas insertó con la finalidad que hemos mencionado en el párrafo anterior. Así estudiaremos seguidamente los versículos 16, 17 y 20 para apreciar el pensamiento de Pedro. Los discípulos, aleccionados por el Maestro, comprendieron que las profecías mesiánicas hallaron su cumplimiento en la Persona y Obra del Señor, de modo que es muy natural que apelasen repetidamente a numerosos pasajes del Antiguo Testamento al presentar su característico mensaje, con referencia constante a los que el Espíritu Santo había dado a entender anteriormente por medio de los profetas del régimen antiguo. Algunos eruditos creen que se redactó muy tempranamente un libro llamado “Testimonios” que sería una “antología” de profecías mesiánicas, muy útil cuando se trataba de probar a los judíos que Jesús era el Mesías. Sea ello como fuere, es clarísimo el hecho de que las referencias al Antiguo Testamento, como obra del Espíritu y Palabra inspirada de Dios, forman una parte esencial del ministerio apostólico, y no podemos rechazarlas sin socavar el mensaje cristiano por su misma base.

La mayoría de los “testimonios” que hallamos en Los Hechos son tan claros que el menos instruido en la Palabra puede entenderlos bien, pero las citas de Pedro **(Sal 69:25)** **(Sal 109:8)** son algo difíciles, y exigen que meditemos un poco: a) en el carácter profético de Los Salmos, y b) en los salmos que pronuncian maldiciones sobre los enemigos del escritor, y que parecen tan ajenos al espíritu del amor y del perdón de las enseñanzas de Jesucristo.

a) El carácter profético de Los Salmos. El hecho de que tanto el Señor como los apóstoles hacen tanta referencia a las predicciones mesiánicas en Los Salmos, convence a los verdaderos creyentes de que hemos de ver en ellos anticipaciones de la Vida y Obra del Mesías en relación con su pueblo. Ahora bien, la mayoría de los salmos —que no son otra cosa sino poesía religiosa—, surgen de las experiencias de David y de otros siervos del Señor, de modo que este método profético es distinto de aquel que hallamos en los oráculos de los libros llamados proféticos. En general trazan la experiencia vivida de un hombre de Dios hasta un punto cuando nos damos cuenta de que las expresiones no pueden aplicarse ya (por lo menos en su sentido pleno) a David o a otro poeta inspirado, sino que pasan al plano superior de las experiencias del Mesías, y nos olvidamos de

David para pensar en el “Hijo de David”. (Medita el lector en los Salmos 16 al 22 desde este punto de vista.) La profecía de Los Salmos es, pues, profecía subjetiva, que no señala tanto los hechos externos de la Obra del Mesías, sino que por la sublimación de las experiencias de ciertos inspirados poetas, nos revela lo que pasó en el corazón de aquel que había de venir.

b) Los salmos que pronuncian maldiciones sobre los enemigos del escritor. Si llegamos a ver a la Persona de Cristo a través de las experiencias de David, es natural que veamos a los enemigos del Señor prefigurados en los de David, de modo que un Ahitofel, amigo de David, que terminó por traicionarle, bien puede representar al falso amigo y traidor del Hijo de David (**2 S 15:12,31**) (**2 S 17:1-14,23**) con (**Sal 41:9**), y mayormente por el hecho de que los dos se ahorcaron. Pedro cita los Salmos 69 y 109, siendo el carácter mesiánico del primero clarísimo y destacándose en los dos la obra de los malignos que se rebelan contra los designios de Dios. Sin duda la primera referencia en los dos casos nos lleva a ciertas experiencias de David, pero los mismos factores vuelven a reproducirse en la vida del Mesías, siendo Judas el ejemplo “por excelencia” del traidor que, infiel a su profesión de fidelidad, se entrega a maquinaciones diabólicas en contra del Ungido de Dios. Pedro, por el Espíritu, ve en las declaraciones del (**Sal 69:25**) y del (**Sal 109:8**) (véase todo el contexto) la desolación determinada en contra del traidor, además de la necesidad de indicar a otro para su “obispado”, o sea, su esfera de servicio. Desde luego, no hay ninguna referencia al sentido futuro de “obispado” en este versículo.

Pero queda la otra cuestión: ¿cómo es que se pronuncian maldiciones sobre los enemigos del Señor en éstos y en otros salmos mientras que el Maestro, en el “Sermón del monte”, nos manda: “*Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen*” (**Mt 5:44**)? La contestación es que en la esfera de la gracia recibimos una nueva naturaleza de Dios, en la cual las tendencias innatas del hombre se vencen hasta el punto de poder rogar a Dios por nuestros enemigos. En Los Salmos vemos en operación los principios infalibles de la justicia y de las providencias de Dios, que se resumen en la declaración de Pablo: “*todo lo que el hombre sembrare, esto también segará*” (**Ga 6:7**): ley que persiste por todas las dispensaciones y aun pasa al mundo venidero. Las maldiciones de Los Salmos, por lo tanto, han de considerarse como profecías o expresiones de las normas inquebrantables de la justicia de Dios. En nuestro testimonio, como miembros de la Iglesia de Cristo, no hemos de desesperarnos de nadie y hemos de orar por todos, pero eso no anula la verdad de que el hombre que se endurece contra la bondad y la misericordia de Dios cosechará exactamente lo que sembró y, perdiendo el lugar de bendición que le fue ofrecido, partirá para “*ir a su lugar*” (**Ap 11:16-18**) (**Ap 15:3-4**) (**Ap 19:1-2**).

El ministerio de los doce (Hch 1:21-23)

Lejos de pensar que Pedro “se equivocó”, hemos de tomar cuidadosa nota de estos versículos que, juntamente con lo que se revela en otros pasajes, definen de una forma diáfana y final lo que había de ser el ministerio característico de los doce. Pedro reitera la divina necesidad del cumplimiento de las Escrituras en la ruina de Judas y en el nombramiento de Matías (nótese la frase “*es necesario*” en **Hch 1:16,21**), y luego detalla los requisitos que había de reunir un “apóstol”.

a) Cada uno de los Doce tenía que haber acompañado a los demás por todo el tiempo del ministerio público del Señor Jesús (**Hch 1:21**). En el original hay un matiz que no se puede traducir por una sola palabra, pero indica algo así: “*todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros y en autoridad sobre nosotros*”. Todos los incidentes del ministerio del Señor tenían por finalidad imprimir su Personalidad y el sentido de su Obra sobre la mente y el corazón de los suyos, de tal forma que le confesasen por fin

como Mesías, el Hijo de Dios, y que le adorasen y le sirviesen como tal. Sólo los hombres que habían pasado por tal experiencia y se habían graduado en tal escuela, podían ser aptos para el testimonio peculiar e importantísimo de los doce.

b) El tiempo de entrenamiento abarcaba el bautismo de Juan, que era preliminar imprescindible del ministerio mesiánico; todo el ministerio terrenal del Señor; el gran hecho de su Muerte y Resurrección, y hasta la Ascensión a los cielos, pues ésta, como ya hemos meditado, se revestía de gran importancia. El “curso” había de ser completo, pues sólo estos testigos autorizados podían dar fe a la Iglesia naciente (y al mundo en general) de la verdad del hecho primordial de la manifestación del Hijo. Nosotros hemos recibido el resumen inspirado de este testimonio en los Evangelios.

c) El nuevo apóstol tenía que ser *“testigo, juntamente con los once, de la Resurrección” (Hch 1:22)*. Un Mesías “muerto” no podía ser tema de la proclamación del Reino de Dios ni base para la Nueva Creación. Muchos judíos creían a la fuerza en el sentido general del ministerio terrenal de Jesús, porque lo habían presenciado por lo menos en parte (**Hch 2:22**), pero el hecho de la Resurrección fue manifestado solamente a los testigos escogidos de antemano por Dios, siendo la consumación que daba su sentido último a todo lo demás (**Hch 10:40-41**). El testimonio de estos testigos era suficiente para quien buscara la verdad divina, pero hacía falta la autoridad conjunta y mancomunada de los doce para la verificación de un hecho de importancia tan fundamental. Pablo había de rendir poderoso testimonio a la Persona del Resucitado como Señor de la Iglesia, pero no podía ser testigo del hecho histórico de la Resurrección de Jesús de los muertos, que dejó vacía la tumba de José de Arimatea como señal de la victoria final sobre la muerte.

1. José Barsabás el Justo

Poco podemos decir sobre las personas de los candidatos. *“Barsabás”* quiere decir “hijo del sábado”, probablemente por haber nacido en el séptimo día. Emplearía su sobrenombre *“Justo”* para su trato con los gentiles, y quizá reflejaba un carácter muy recto, como en el caso de Santiago, hermano del Señor, a quien también se aplicaba. ¿Sería quizás una tendencia al legalismo que le excluyó, en los propósitos de Dios, del duodécimo lugar del apostolado?

2. Matías

Matías es una forma abreviada de Matatías, o *“Don de Jehová”*. Como en el caso de José Barsabás, su nombre desaparece de la historia sagrada, pero hemos de tener en cuenta que el Evangelio se iba extendiendo hacia el Oriente y el Sur, bien que Los Hechos recogen solamente el movimiento hacia el Occidente. Hay evidencia de que iglesias se fundaron tempranamente en el Sur de la India, de modo que hubo esfera para todos los apóstoles y sus asociados íntimos, de quienes Barsabás es un ejemplo. Dedicemos un pensamiento al gran “ejército anónimo” de los soldados de Cristo, a quienes la Iglesia en la tierra debe tanto y cuyas hazañas están escritas en el Cielo. Seguramente Matías llegó a justificar tanto su apostolado como su hermoso nombre, siendo *“don de Dios”* para muchísimas almas que por él escucharon la Palabra de Vida.

3. El modo del nombramiento

Vivimos en días cuando el “procedimiento democrático” ha llegado a ser normal en países de relativa libertad política y social, y por ende hay expositores que, influenciados por el ambiente de nuestros tiempos, creen percibir el mismo procedimiento en la organización de las iglesias del Nuevo Testamento. Volveremos sobre este tema más adelante, pero aquí, al umbral de este gran libro de Los Hechos, necesitamos analizar un poco más a fondo el método del nombramiento de Matías, evitando la fácil deducción de que se

llevara a cabo según la norma del voto de la mayoría. Lo que se destaca es el discernimiento espiritual unido a la oración unánime de los discípulos: elementos que serán aún más prominentes después del descenso del Espíritu Santo. Notemos los pasos que dieron lugar al nombramiento de Matías:

a) Pedro señaló las normas generales de las calificaciones de los doce, a las cuales el duodécimo apóstol tenía que conformarse. Ninguna “opinión” o “predilección” humana podía tomarse en consideración por encima de estas normas.

b) Una compañía de escogidos discípulos, adelantados en la escuela del Maestro y guiados por los once, consideraron las cualidades y capacidades de la compañía en relación con las normas que Pedro había adelantado, pasando a proponer dos hermanos, José Barsabás y Matías, por no discernir ninguna diferencia entre ellos en cuanto a los requisitos mencionados y al valor de su testimonio.

c) Oraron unánimemente al Señor, y quizás esta oración se dirige al Señor Jesús, ya que se relaciona con el nombramiento de sus apóstoles (**Mr 3:13-19**): *“Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido...”*. No sabemos exactamente cómo oraron. Quizás el sentir común de todos se expresó por uno, bien que después de la dádiva del Espíritu hallamos un caso análogo en que les fue dada a todos una expresión unánime en oración (**Hch 4:24-31**). Lo importante es que echaron toda la responsabilidad sobre el Señor, llegando el nombramiento desde arriba abajo y no surgiendo de la voluntad de una mayoría de hombres en la tierra. Tales oraciones unánimes evitarían muchas de las trágicas equivocaciones de nuestros tiempos cuando se trata de cargos en las iglesias.

d) Después del Día de Pentecostés el discernimiento espiritual de los guías habría bastado para terminar la obra, pero, en espera del gran momento cuando el Espíritu había de habitar en el corazón de todos, revistiéndoles de poder, se valieron del método tan conocido y honrado en el Antiguo Testamento, según se señaló arriba, echando suertes entre estos dos ya discernidos como aptos para el sagrado cargo. Así el Señor “tuvo la última palabra”, y no la voluntad de los hombres.

Y los doce, que forman con Cristo el fundamento de la Iglesia, y que se sentarán sobre doce tronos juzgando las doce tribus de Israel, con su número completado según el designio divino, esperan el momento trascendental de recibir el gran Don del Cielo, rodeados de un grupo escogido de fieles que pronto serán unidos por los fortísimos lazos de la presencia y el poder del Espíritu de Dios para formar así el primer núcleo de la Iglesia de Dios sobre la tierra.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre la importancia del ministerio del Señor durante los “cuarenta días”, en todos sus aspectos.
2. Comente sobre la pregunta de los discípulos y la respuesta del Señor que hallamos en (**Hch 1:6-7**).
3. Discurra sobre el significado de la Ascensión del Señor.
4. ¿Qué podemos aprender sobre la misión especial de los doce por una consideración de (**Hch 1:15-26**)?

El descenso del Espíritu Santo y el mensaje de Pedro (Hechos 2:1-36)

El descenso del Espíritu Santo (Hch 2:1-4)

1. El principio de una época

Dios ha tenido “*pueblo suyo*” en todo tiempo, a través de todas las distintas “*sazones*”, llegando Esteban, en su defensa ante el Sanedrín, a llamar a Israel la “*iglesia en el desierto*” (**Hch 7:38**). Hemos de preguntarnos, pues, si tenemos razón al llamar este Día de Pentecostés “el día del nacimiento de la Iglesia”, o si no se trata más de la continuación de la antigua “Iglesia” bajo formas algo distintas. Al examinar la etimología y el uso de la voz “*iglesia*” vemos que indica una compañía de personas que se ha juntado por un llamamiento “oficial” para el cumplimiento de ciertos fines, aplicándose por ejemplo a una asamblea legal, a la manera de un “parlamento” moderno (**Hch 19:39**). No debe extrañarnos, pues, que se usara el término con referencia a la congregación de Israel, separado de las naciones por Dios de una forma tan especial, con el fin de que le sirviesen y diesen testimonio por él en la tierra. Pero este uso general de la palabra no impide que adquiriera un sentido más restringido y especializado en el desarrollo de los planes de Dios para la redención del hombre. El mismo Señor, en vista del fracaso de Israel, indicó que había de haber un nuevo principio, señalado por la formación de una compañía de los suyos, a la cual se daría el nombre de IGLESIA: “*Sobre esta roca edificaré mi Iglesia*”. Notemos que no sólo había de ser la Iglesia suya por antonomasia, sino que el momento de fundarla era aún futuro cuando Cristo habló con Pedro (**Mt 16:18**). Nos acercamos más al uso general de las Escrituras si reconocemos que todo pueblo de Dios está incluido en su Reino, pero que la “Iglesia” es su pueblo espiritual, con patria en el Cielo, “nació” por una operación especialísima del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés. Las promesas específicas que reiteradamente se daban a Israel, con la garantía del juramento de Dios, se cumplirán a favor del pueblo redimido y sumiso por fin a la voluntad de Jehová.

2. El nuevo pueblo y la Obra de Cristo

La “novedad” de la Iglesia depende directamente de otra “novedad” que ya era un hecho consumado. Durante los siglos Dios había auxiliado a los hombres desde el Cielo siempre que su actitud de sumisión le permitiera aplicar a su favor, y como si fuera anticipadamente, los beneficios de la obra salvadora de Cristo. Pero existía un abismo entre el hombre en su pecado y el Dios de toda santidad en el Cielo. Por el hecho de la Encarnación, Dios, en su maravillosa gracia, “echó un puente” sobre el abismo, pues el que nació en Belén, de madre humana y por la operación del Espíritu de Dios, era el Dios-Hombre, el Hijo eterno encarnado. Al presentarse en el Jordán a los efectos de su ministerio en la tierra, el Espíritu Santo pudo posarse sobre él, acompañado de señales visibles, llenándole totalmente, ya que en él no se hallaba ninguna oposición a la voluntad de Dios, que era la suya propia. Hubo un Hombre en la tierra, pues, en quien el Espíritu Santo habitaba y se movía sin obstáculo.

El bautismo del Señor en el Jordán significa su identificación con el pueblo pecador al cual quería salvar, y presupone la obra de la Cruz, a la que le conducía indefectiblemente. Llegando la consumación del tiempo, el Cordero de Dios llevó y quitó el pecado del mundo por la ofrenda de sí mismo, haciendo posible por este medio que los salvos fuesen

unidos con él en una perfecta comunidad de vida eterna y espiritual. Al comentar (**Hch 1:5**), vimos que el “*bautismo*” de los fieles por el Espíritu Santo había de constituir la consumación de la obra del Mesías según la importante profecía del Bautista, abriendo el paso para esta maravilla el Hecho de la Cruz y de la Resurrección. Este bautismo del Espíritu fue el descenso de Dios el Espíritu Santo sobre una compañía de hombres y mujeres identificados por la sumisión de la fe con Cristo como Salvador y Señor. Este principio de la IGLESIA es el recogimiento de las “*primicias*” de una gran cosecha espiritual, y la nueva entidad, gracias a su íntima unión con el Señor Crucificado y Resucitado, será el centro de la Nueva Creación. Por eso Pablo, al hablar de Cristo como la “*Cabeza del Cuerpo, que es la Iglesia*”, hace constar que ha llegado a ser también el nuevo “*Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga el preeminencia*”: no sólo como Creador de lo antiguo, sino como Artífice, Principio y Consumador de la Nueva Creación (**Col 1:16-18**).

3. El pueblo nuevo y el “Espíritu residente”

Se nota también una característica nueva en cuanto a las personas que formaban parte de este “Cuerpo”. En todo tiempo el Espíritu de Dios podía estar “con” o “entre” su pueblo, pero el bautismo de la Iglesia en el Día de Pentecostés hace posible algo mayor aún, pues, según las palabras del Maestro en (**Jn 14:17**), el Espíritu que estaba “con” los suyos, había de estar luego “en” ellos, como residente celestial. Compárese la enseñanza del apóstol Pablo en (**Ro 8:9**) (**1 Co 6:19**). El Espíritu que antes revestía a los siervos de Dios con potencia y sabiduría, según la obra que habían de realizar, se digna ahora posesionarse del corazón de los suyos, los miembros en particular de la Iglesia de Cristo. Esta diferencia tan fundamental se destaca claramente de la gran declaración de Juan: “*Pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado*” (**Jn 7:39**).

La fecha y el lugar del descenso

1. El calendario religioso de Israel

Este calendario fue ordenado por Dios mismo, y no sólo estaba lleno de significado para su pueblo terrenal, sino también de “sombras” de gran valor para el pueblo espiritual. El hecho de que algunas de las “fiestas” se relacionan con las estaciones del año y con los trabajos correspondientes de la siembra, la siega, la vendimia —que también se celebraban en el paganismo—, no mengua el sentido espiritual que hemos notado, ya que Dios tomó lo que existía —y que en su pureza surgía de su obra como Creador— dándole un sentido nuevo y más profundo al ordenar la vida de los suyos. Más arriba, al considerar los “Cuarenta días”, recordamos la coincidencia de los Hechos de la Pasión, la Resurrección del Señor y el Descenso del Espíritu Santo con el “calendario” de (**Lv 23**), de modo que basta notar aquí que la fecha era la de la “*fiesta de las semanas*” (**Ex 34:22**) (**Dt 16:10**), indicada posteriormente por el nombre griego de Pentecostés (día quincuagésimo) porque el día daba fin a las siete semanas, señalando el fin de la cosecha de cereales, de la manera en que el Día de las primicias (= Resurrección) celebraba su principio. Se ofrecían dos panes con levadura en el Templo como señal de que la harina de la cosecha podía utilizarse. Es interesante comparar este rito con el símbolo del “*un pan*” en la Cena del Señor que representa la unidad de todos los miembros de la Iglesia (**1 Co 10:16-17**).

2. El lugar del Descenso

El Descenso del Espíritu Santo ocurrió en Jerusalén, “*ciudad del Gran Rey*”, escenario, un poco antes, del rechazamiento del Mesías, como será más tarde la sede de su gloria en la

tierra. Por dominar allí a la sazón el judaísmo legalista, Jerusalén era una especie de “madrastra” cruel frente al pueblo de Dios, en contraste con la *“Jerusalén de arriba..., la cual es madre de todos nosotros”* (Ga 4:25-26), pero no por eso pierde su importancia este *“Monte de Sión”* escogido por Dios para fines más elevados que el de ser la sede de un Caifás. Por esta razón era apropiado que hasta el pueblo espiritual de la Iglesia naciera en Jerusalén, y en ello se manifiestan las sabias providencias de Dios quien deshace las obras del enemigo y levanta *“la ciudad que tiene los fundamentos”* sobre la *“Cabeza del Angulo”*, según los planes eternos, allí mismo donde Satanás había querido dejar en ruinas la Obra de Dios.

3. El Cenáculo y los pórticos del Templo

¿Sucedió el bautismo del Espíritu en el Cenáculo donde se venían reuniendo los ciento veinte, o en alguna parte de los pórticos del Templo? Algunos han pensado en la necesidad de esta última hipótesis en vista de las grandes multitudes que se presentaron rápidamente para investigar la causa del estruendo. Es evidente que tanta gente no podía caber en el Aposento Alto, ni siquiera en sus alrededores, pues es de suponer que se hallaba en una de las estrechas calles de la ciudad. Esta aparente dificultad surge probablemente de la condensación del relato. (Hch 2:1-2) indica claramente que los discípulos continuaban reuniéndose en el Aposento Alto, y que todos se hallaban en *“congregación normal”*, unánimes en un mismo lugar, que se hallaba en una *“casa”* (Hch 2:2). Es verdad que visitaban el Templo en aquellos días (Hch 3:1), y que había conocidos lugares de reunión en los amplios pórticos del Templo, pero a nuestro ver sería imposible llamar tal sitio *“la casa donde estaban sentados”* (Hch 2:2). Pensemos, más bien, en el lugar ya consagrado por la presencia del Resucitado, y en la misma compañía que perseveraba en las oraciones. Sin duda hubo entre ellos espíritu de expectación, pero el gran hecho se produjo de una forma repentina, *“del Cielo abajo”*, no siendo en manera alguna el resultado psicológico de “ejercicios espirituales”. Al ser llenos del Espíritu (hasta se nota que toda la casa se llenó del *“viento recio”*) encontrarían pequeña la casa e irían por las calles en compañía, alabando a Dios en distintas lenguas, dirigiéndose a los atrios del Templo, quizá muy próximos al Aposento. Las gentes se darían cuenta de algo extraordinario, llamándoles la atención la continuación de las extrañas manifestaciones de poder. De esta forma los discípulos llegaron a los atrios sagrados rodeados por multitudes de curiosos que iban siempre en aumento.

Los fenómenos que marcaban el descenso (Hch 2:1-13)

Estas señales, que indicaban que algo fuera de lo común se realizaba en relación con la compañía de los discípulos de Jesús, pueden resumirse como sigue: 1) El sonido que parecía un viento recio que llenaba toda la casa; 2) la aparición de *“lenguas como de fuego”* que se iban repartiendo sobre todos los presentes; 3) lo que técnicamente se llama la *“glossolalia”*, o sea, el hablar en lenguas. Todo ello dependía del hecho fundamental: *“fueron todos llenos del Espíritu Santo”* (Hch 2:2-4).

I. El viento recio (Hch 2:2)

El símbolo del *“viento”* como manifestación de la presencia del Espíritu Santo era ya conocido en el Antiguo Testamento, hallando eco también en las enseñanzas del mismo Señor. Un viento huracanado doblega y hasta rompe los árboles más fuertes, y con frecuencia abate las mayores obras de los hombres, siendo una de las fuerzas más potentes de la naturaleza; es invisible a los ojos humanos, y su origen, curso y fin constituía un misterio total para los hombres de los tiempos bíblicos. He aquí un símbolo idóneo que representa gráficamente las operaciones del Espíritu de Dios, la tercera

Persona de la Trinidad, quien, juntamente con el Hijo, lleva a cabo los designios del Padre. El estudiante debe considerar su uso en las referencias que siguen: (**Ez 37:5,9,10,14**) (nótese que el *“viento del Espíritu”* vivifica); (**1 R 19:11-13**) (donde rompe los montes), y (**Jn 3:6-8**), pasaje que señala lo misterioso de su actuación en contra de la *“carne”*.

2. “Lenguas como de fuego” (Hch 2:3)

“Las lenguas repartidas” indican que una apariencia de fuego se distribuyó entre todos y descansó sobre cada uno. Podemos pensar en una especie de aureola de resplandor suave pero potente que rodeara la cabeza de todos, como manifestación de la gran realidad de la plenitud del Espíritu Santo dentro de cada uno. Lo importante es el hecho de la plenitud del Espíritu, aun cuando nada trasluzca que sea visible a estos pobres ojos materiales; pero no debe extrañarnos que, en este gran principio, Dios concediera manifestaciones visibles del hecho de haber tomado posesión de sus *“tabernáculos”*, que eran los cuerpos de creyentes plenamente consagrados a su servicio. Recordemos la manifestación de la gloria de Dios cuando Moisés inauguró el Tabernáculo y Salomón el Templo (**Ex 40:34-35**) (**1 R 8:10-11**). Sin duda una aureola de gloria rodea a los espirituales en este tiempo que nuestra corta vista no logra percibir.

3. El simbolismo del “fuego”

El amante de las Escrituras sabrá que el *“fuego”* es también figura conocida de la presencia de Dios por su Espíritu. Muy relacionada con esta escena, como hemos visto ya, está la profecía de Juan el Bautista sobre el Mesías: *“Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego”* (**Mt 3:11**). *“Fuego”* es también símbolo de condenación en el caso de los rebeldes. Pero no hay contradicción entre usos aparentemente contradictorios si se piensa que tal *“fuego”* puede significar la manifestación de las santas energías de Dios que serán de máxima bendición en la vida de quienes se someten a su voluntad, destruyendo lo carnal y avivando maravillosamente el espíritu redimido, mientras que las mismas *“santas energías divinas”* significan la perdición del rebelde que nunca se sometió a la visión que Dios le diera. Los dos sentidos se destacan en (**Is 33:14-17**): *“Los pecadores se asombraron en Sión, espanto sobrecogió a los hipócritas. ¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas? El que camina en justicia... Éste habitará en las alturas... tus ojos verán al Rey en su hermosura”*. Lo que es *“espanto”* para el hipócrita en el día de la manifestación del Señor, será sumo bien para el hombre fiel. Suponemos que no es necesario avisar al lector que el hecho de que el *“fuego”* se emplea a menudo en las Escrituras como símbolo del Espíritu Santo, como también de las santas operaciones de Dios en bendición o en juicio, no quiere decir que toda referencia a fuego (aun figurativa) ha de llevar necesariamente este sentido. El escrutinio del contexto revelará los casos cuando se trata del simbolismo que aquí hemos notado. Lo más importante es que notemos la operación del *“fuego”* del Espíritu Santo en sus siervos al seguir con atención la historia de la iniciación y el desarrollo de la Iglesia.

4. La “glossolalia” (Hch 2:4,6-8,11)

Pisamos aquí un terreno delicado y difícil, pues se trata de un fenómeno espiritual que trasciende el uso normal de la razón, lo que dificulta sobremanera su análisis. Bastará que notemos aquí que el *“hablar con lenguas”* en el Día de Pentecostés constituyó una de las señales de que Dios había intervenido de una forma especial en la historia del hombre, dándole poderes fuera de lo normal. Como toda manifestación *“milagrosa”*, la importancia de la señal en sí depende de las circunstancias y de la labor que se realiza conjuntamente con ella. No basta por sí sola para probar la presencia de Dios, pero si concuerda con la Palabra revelada, y sus resultados son conformes al carácter y a la obra de Dios ya

conocidos por sus otros medios de revelación (sobre todo en Cristo), entonces sirve para llamar la atención a una operación divina con el fin de que los hombres de buena voluntad sean ayudados en el camino hacia Dios. Si el resultado es confusión, o si las palabras “milagrosas” no concuerdan con la revelación de Dios, entonces hemos de sospechar la operación de otro poder “sobrenatural” que no es el de Dios. Más tarde los creyentes de Corinto se gloriaban en demasía de su “*don de lenguas*” (1 Co 13:8) (1 Co 14:40), y Pablo tuvo que subrayar la importancia muy superior de la edificación por medio de la Palabra. Además la manifestación de “glossolalia” en la iglesia de Corinto se diferencia de la del Día de Pentecostés en este importante punto: en el ámbito de la iglesia el hermano con don de lenguas sostenía comunión mística con Dios en un raptó que pasaba del uso normal de la razón. Nadie le entendía si no hubiera intérprete. En el Día de Pentecostés, sin embargo, las “lenguas” se entendían por judíos oriundos de diversos países, quienes oían cada uno en el idioma de su tierra adoptiva. La “señal” consistía en que la plenitud del Espíritu daba a conocer “las grandezas de Dios”, saltando por encima de la barrera de la diversidad de idiomas — símbolo ésta de la humanidad dividida por el pecado— por medio de un milagro en franca oposición a la confusión de “Babel”. El momento de “comprensión” pasó y “Babel” había de volver a dejar su funesto rastro hasta en la esfera de la profesión cristiana, pero el Día de Pentecostés queda como señal de que Dios, por medio de la plenitud de su Espíritu, hará por fin que todos los hombres redimidos le entiendan y se entiendan.

El bautismo y la plenitud del Espíritu (Hch 2:14)

1. El bautismo del Espíritu

Sin duda alguna el Maestro hizo referencia al gran suceso que estamos estudiando cuando avisó a los apóstoles: “*Mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días*” (Hch 1:5), confirmando así la profecía del Bautista que hemos tenido ocasión de notar varias veces. Aparte de estas dos referencias no se habla más del “*bautismo del Espíritu Santo*”, aparte de (1 Co 12:12-13), donde Pablo explica la diversidad de los dones del Espíritu dentro de la unidad esencial del “Cuerpo místico de la Iglesia”: “*Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo... y a todos se nos dio a beber de un solo Espíritu*”. Aprendemos aquí que nuestra unión espiritual con el “Cuerpo de Cristo” surge de nuestro “*bautismo*” en un solo Espíritu, señalando así la parte que cada verdadero creyente tiene en el gran acontecimiento del nacimiento de la Iglesia. No es bíblico, pues, hablar de un “*bautismo del Espíritu*” posterior a nuestra regeneración, refiriéndose a una “*experiencia*” especial con aumento de poder espiritual y relacionado con la santificación. Dios no dio su Espíritu por medida en el nuevo principio que estamos considerando (Jn 3:34), y no necesita volver a “*bautizar*” la Iglesia, sino sólo incluir en los beneficios del bautismo único a cuantos se allegan a Cristo por la fe.

2. La plenitud del Espíritu en relación con el “*bautismo del Espíritu*”

La plenitud del Espíritu se relaciona con el “*bautismo del Espíritu*”, pero no hemos de confundir los términos. El “*bautismo*” hace posible la plenitud espiritual de todos los miembros del Cuerpo de Cristo, pero éstos podrán admitir en sus vidas elementos que entristezcan al Espíritu, en cuyo caso no habrá manifestaciones de plenitud. Por eso el apóstol Pablo exhorta a los efesios en sentido negativo: “*No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención*”; y luego positivamente: “*Sed llenos del Espíritu*” (Ef 4:30) (Ef 5:18). La provisión para esta plenitud se ha hecho ya, pero los cauces por donde fluye el poder podrán quedar obstruidos, y cada creyente

es responsable para dejar libre curso a la potencia de Dios por los medios que las Escrituras indican. La recepción del Espíritu Santo coincide con el momento de la entrega en fe a Cristo, como prueban palmariamente los textos siguientes (**Hch 10:44-48**) (**Hch 19:2**) “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?”; (**Ef 1:13**) (**Jn 7:38-39**); el caso de los creyentes en Samaria (**Hch 8:14-17**) es especial y se tratará en su lugar.

Perderemos mucho si dejamos de meditar en el significado del Día de Pentecostés, pues si bien es el Padre que obra predominantemente en el Antiguo Testamento, y el gran Siervo de Dios que lleva a cabo la obra de la Redención durante su misión en la tierra, es el Espíritu Santo quien representa la Santísima Trinidad en el mundo ahora, siendo el “Vicario de Cristo” y el que hace efectiva la Obra de la Cruz en los corazones humanos. Todo bien espiritual depende de su operación, y en relación con ella declara Pablo: “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (**Fil 2:13**).

La multitud y sus reacciones (Hch 2:5-13)

1. Un auditorio de judíos y prosélitos

La lista de nacionalidades en (**Hch 2:9-11**), juntamente con el “ambiente de universalidad” que se respira en el Día de Pentecostés, podrían dar la impresión de que, desde el principio, el Evangelio se anunciaba “a toda criatura”. No es así sin embargo, porque aún no se había abierto la puerta del Reino a los gentiles: momento que había de esperar la visita de Pedro a la casa de Cornelio (**Hch 10**). La “meta” era la “universalidad”, pero la sabiduría de Dios dispuso que no se llegara a ella sino por etapas, y no sin la debida preparación de los apóstoles y un nuevo ofrecimiento del Mesías a Israel: esta vez como el Señor resucitado. Bien adelantada la nueva edad de la gracia, Pablo mantenía el mismo orden, anunciando el Evangelio “al judío primeramente, y también al griego” (**Ro 1:16**). Los oyentes eran “judíos piadosos de todas las naciones bajo el cielo”; sin embargo, el énfasis sobre los peregrinos venidos de tantos países prepara el terreno para la “universalidad” que luego había de manifestarse.

Extraña un poco que se dijera de estos peregrinos que “moraban entonces en Jerusalén” (**Hch 2:5**), y algunos han pensado que se trataba de los miembros de las distintas sinagogas establecidas en Jerusalén para los judíos que antes vivían en otras tierras, volviendo luego para terminar sus días en la amada ciudad de Sión. Evidencia hay de la existencia de tales sinagogas en (**Hch 6:9**), pero constituían un número algo reducido, de modo que no se podría decir de ellos que habían venido “de todas las naciones bajo el cielo”. Es de suponer que los peregrinos, habiendo realizado largos y costosos viajes, quedarían algún tiempo en Jerusalén para aprovechar más de una fiesta, y por eso se dice que “moraban” allí.

2. “El estruendo”

Según (**Hch 2:6**), el motivo de reunirse las multitudes fue el “estruendo”, que traduce “phone”, que es “voz” o “ruido”. Esto podría referirse al sonido del viento tempestuoso que señalaba el potente movimiento del Espíritu de Dios, o bien el murmullo que se levantaba entre muchos al oír a los discípulos alabar a Dios en diferentes lenguas. Lo importante es que la “señal” sirvió para congregar a aquellos que por vez primera habían de escuchar el Evangelio predicado en su plenitud y en la potencia del Espíritu Santo.

3. El asombro de las gentes

Si el “estruendo” produjo el primer movimiento de curiosidad, el asombro llegó a su punto culminante cuando cada uno podía comprobar que estaba escuchando de los labios de

los galileos alabanzas de Dios pronunciadas en su propia lengua. Ya sabemos el agradable efecto que se produce cuando uno oye la lengua materna estando entre extranjeros de otra habla, y aquí el tema, “*las maravillas de Dios*”, estaba al tono con todas las demás circunstancias de tan notable ocasión. Las palabras “*confusos*”, “*atónitos*”, “*maravillados*”, “*perplejos*”, indican un gran asombro, con la dificultad de hallar una explicación para lo que oían y presenciaban. La claridad de los mensajes fue tanto más notable por cuanto los oradores eran galileos, que solían hablar mal hasta el arameo, según testimonio de escritos rabínicos.

4. La lista de los países (Hch 2:9-11)

¿Por qué fue necesario que el sagrado historiador diera los nombres de tantos países? ¿No habría bastado con decir que los oyentes eran de la Dispersión, judíos oriundos de muchas naciones? Sin duda la Palabra quiere indicar que se trata de un acontecimiento que había de anular por fin la confusión de Babel, haciendo que los hombres volviesen a comprenderse mutuamente porque ya escuchaban la Voz de Dios. Ya hemos notado que hay “ambiente de universalidad” a pesar de que el auditorio se componía de judíos. Dios había escogido a Israel como su pueblo peculiar, pero cuando los israelitas se olvidaron de su obligación de ser medio de luz y bendición para los gentiles, les dispersó entre las naciones de tal forma que algo de la Palabra tenía que darse a conocer en el mundo por su medio como si fuera “a la fuerza”. Luego esta Dispersión tuvo parte importantísima en la extensión del Evangelio, bien que a pesar suyo, en el ánimo de la mayoría que no recibieron el mensaje de vida.

De paso estos versículos nos dan preciosa información sobre esta Dispersión en el primer siglo. No es el propósito de este Comentario intentar aclarar todas las cuestiones de fondo que surgen, pero de paso llamamos la atención del estudiante a los contingentes de judíos que procedían del Oriente: “*partos, medos, elamitas y los que habitamos en Mesopotamia*” (Hch 2:9). Esta mención recuerda antiguas páginas de la historia del pueblo de Dios, puesto que la presencia de israelitas en aquellas lejanas tierras orientales empezó con la transmigración de las tribus norteñas cuando Samaria cayó bajo el empuje del imperio asirio (2 R 17:6). Más tarde el Señor castigó a los judíos del Sur de forma parecida, bien que el instrumento posterior fue Nabucodonosor, rey de Babilonia (2 R 24:14) (2 R 25:11-12). Quizá las tribus norteñas no están tan “perdidas” como muchos suponen, pues muchas se hallan representadas entre los pocos israelitas que regresaron con Zorobabel a Judea. La mayoría de los desterrados se adaptaron bien a la nueva vida, siendo tratados con benignidad, de modo que no quisieron dejar sus tierras y negocios cuando de nuevo la Tierra Santa les fue abierta por Ciro. La importancia de las colonias judías en el extranjero puede estimarse por el hecho de que había un millón de ellos en la ciudad egipcia de Alejandría en el año 38 d.C. Nos llama la atención también la mención de los “*residentes romanos, así judíos como prosélitos*” en (Hch 2:10). Había una colonia importante de judíos en la metrópoli del Imperio, y de ella procedían éstos que se mencionan. Si algunos de ellos, al escuchar el poderoso mensaje de Pedro aquel día se hubiesen convertido al Señor, habrían podido dar su testimonio en Roma a su regreso, dando principio a la Iglesia de Cristo en aquella ciudad, pues es evidente por otros pasajes que ya existía una importante congregación cristiana allí antes de la visita de Pablo, y, desde luego, antes de cualquier visita que Pedro hubiese podido realizar a la metrópoli pagana.

5. La teoría de los incrédulos (Hch 2:12-13)

¿Cuáles son las reacciones normales de los hombres ante una manifestación especial del poder de Dios? Hemos visto que el “*asombro*” de muchos produjo un espíritu de atención, que resultó luego en la bendición espiritual que se señala en (Hch 2:37-41). Pero el que

no quiere oír la voz de Dios y prefiere seguir obstinadamente con “lo suyo”, busca alguna explicación superficial de las maravillas de Dios para “salir del paso”. En esta ocasión algunos decían despectivamente: *“Están llenos de mosto”*. Es verdad que hombres bajo la plena influencia del Espíritu se portan de manera distinta de lo normal, como si fueran poseídos de una santa “borrachera” (**Ef 5:18-19**), pero un poco de investigación del caso demostraría la falsedad de esta explicación burlona, que no tenía más finalidad que la de permitir que los mofadores siguiesen en su incredulidad. De forma análoga, los sacerdotes defendieron la especie de que los discípulos habían robado el cuerpo del Señor, y esta ridícula teoría tuvo —y tiene— mucho éxito, porque es lo que los hombres quieren creer. Pero, ¡cuán solemne es rechazar la Palabra de Dios cuando viene en la potencia del Espíritu Santo! *“¿Cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?”* (**He 2:3**).

El discurso de Pedro (Hch 2:14-36)

I. Consideraciones generales

Por primera vez se predica el Evangelio después del Hecho de la Cruz y la Resurrección y en la plenitud del Espíritu Santo. Obviamente la ocasión es importantísima y hemos de prestar cuidadosa atención al mensaje que Dios dio a su siervo Pedro, que es una especie de modelo de lo que fue la “proclamación apostólica (kerugma)” de aquellos tempranos tiempos. Cuando este anuncio de lo que Dios había hecho en Cristo se extendió a los gentiles la presentación tenía que variar algo, desde luego, porque en la esfera gentilica no había conocimiento de las Sagradas Escrituras, pero las líneas generales son iguales y quedan como preciosa guía para los predicadores del Evangelio en todo tiempo.

Frente a los judíos, los apóstoles solían subrayar los elementos siguientes: a) Había llegado el tiempo del “cumplimiento” de los pensamientos de Dios señalados en el Antiguo Testamento. b) Jesucristo era el Mesías esperado, como se evidenciaba por su vida y sus obras de poder. c) Los judíos habían cometido un gran crimen nacional al entregarle a la muerte, pero detrás del crimen se hallaba la providencia de Dios que utilizó la maldad de los hombres para la consumación de la muerte que expiaba los pecados. d) Por el glorioso hecho de la Resurrección, Dios anuló el infame veredicto de los hombres y dio a conocer su opinión sobre la Persona y Obra de su Hijo, sellando y llevando a su consumación la Redención. e) Los apóstoles eran los testigos escogidos por Dios para dar fe de los hechos del gran acontecimiento, con referencia especial a la Resurrección. f) Las proposiciones de esta proclamación se apoyaban por medio de citas probatorias del Antiguo Testamento. g) En su gracia Dios anunciaba preciosas promesas a los hombres (aun a los judíos que habían matado a su Mesías) con tal que se arrepintiesen y pusiesen su fe en el Salvador. h) El Mesías rechazado ocupa ahora el lugar de poder y de gloria a la Diestra de Dios.

El estudiante puede buscar estas características no sólo en el discurso que tenemos delante, sino también en el mensaje que siguió a la curación del hombre impedido (**Hch 3:12-26**), en los cortos testimonios delante del Sanedrín (**Hch 4:8-12**) (**Hch 5:29-32**), en el mensaje de Pedro a los gentiles reunidos con Cornelio (**Hch 10:34-43**), y en el discurso de Pablo frente a los judíos de Antioquia en Pisidia (**Hch 13:16-41**). La defensa de Esteban en el capítulo siete reviste un carácter algo distinto, pero aún allí se hallan algunas de las características que hemos notado.

El análisis del discurso

La sustancia del mensaje de Pedro puede resumirse de esta forma y los puntos deben compararse con las características generales de la proclamación apostólica del último párrafo: a) rechaza la acusación de borrachera (**Hch 2:14-15**); b) basa el tema del “cumplimiento” en la profecía de Joel (**JI 2:16-21**); c) hace un resumen de la vida de poder del Señor, con su Muerte y Resurrección (**Hch 2:22-24**); d) cita el Salmo 16 como profecía probatoria de la Resurrección del Mesías (**Hch 2:25-31**); e) subraya el testimonio apostólico en cuanto a la Resurrección (**Hch 2:32**); f) explica el sentido de la exaltación del Mesías a la luz del Salmo 110 (**Hch 2:33-36**); g) tras la pregunta de los judíos compungidos a causa de su crimen les llama al arrepentimiento, y declara las promesas de Dios (**Hch 2:37-40**).

La introducción (Hch 2:14-15)

Pedro actúa como portavoz de los doce, y por eso se hace constar que sus once compañeros se pusieron en pie con él, ya que su mensaje había de ser el testimonio conjunto de los “apóstoles-testigos” escogidos y preparados para este gran momento. La solemnidad de la ocasión se indica además por el verbo traducido por “*alzó la voz*”, que se reserva para pronunciamientos graves y oficiales, señalando aquí que el mensaje era “oracular” e inspirado. Dios había de hablar por Pedro, como tantas veces había hecho por medio de los profetas antiguos. Se dirigió a los “*varones judíos y habitantes todos de Jerusalén*”, puesto que la proclamación había de iniciarse en el sitio del rechazamiento del Mesías, con referencia especial al pueblo escogido que había caído en tan grave crimen.

En pocas palabras Pedro rechazó la idea de que la gran señal del Cielo podía explicarse en términos de una borrachera utilizando el sencillo argumento de que los judíos no bebían vino tan temprano por la mañana. Tras esta introducción pasa a la presentación de su mensaje.

La profecía de Joel (Hch 2:16-21)

I. El contexto de la profecía

La cita de (**JI 2:28-32**), como explicación de los fenómenos que acompañaron el Descenso del Espíritu Santo, ha dado lugar a diversas interpretaciones, y es cierto que el uso que Pedro hace de este pasaje en tal momento encierra bastantes dificultades. Desde luego éstas surgen de nuestra pobre comprensión de los pensamientos de Dios debiendo resolverse mediante la luz que brilla a través de la totalidad de la revelación escrita. Joel, profeta de Judá que vivió probablemente en los días de Uzías, anunció los grandes desastres que habían de caer sobre el pueblo por causa de sus pecados. Hubo en sus días una plaga de langostas, y la invasión de Israel por estos destructivos insectos se presenta como un castigo de parte de Jehová en vista de la rebeldía de los judíos. Esto da lugar a llamamientos al arrepentimiento y promesas de alivio y de bendición si el pueblo se humilla. Pero como es costumbre en tales profecías (y según el principio de la “perspectiva profética”) el oráculo se hace más y más sublime y aterrador hasta que nos vemos en medio del “*Día de Jehová, grande y muy terrible*” (**JI 2:11**), siendo los invasores, no ya langostas, sino hordas de crueles enemigos. La culminación del desastre es precisamente la oportunidad para la intervención de Dios, quien, según el patrón casi idéntico en estas profecías de los “*últimos días*”, derrota los enemigos de Israel y establece un reino de paz y de bendición (**JI 2:19-27**). Luego viene el pasaje que Pedro cita, introducido por la frase “*y acontecerá después de esto...*” que Pedro, resumiendo el sentido de todo el contexto, convierte en: “*Y acontecerá en los postreros días, dice Dios...*”.

2. Los términos de la profecía

Los elementos más destacados de la profecía son los siguientes: a) el derramamiento del Espíritu sobre todos los hombres resultando en la difusión universal del don de profecía, aun sobre los jóvenes y esclavos (**Hch 2:17-18**); b) señales astronómicas que, en mayor o menor detalle, se asocian a menudo con el Día de Jehová y la manifestación de Cristo en gloria (**Hch 2:19-20**) (**Is 24:21-23**) (**Mt 24:24-30**); c) la promesa de la salvación para cualquiera que invocara el Nombre del Señor (**Hch 2:21**) (**Ro 10:12-13**).

3. Cumplimiento limitado de la profecía

Es evidente que todos estos detalles no se produjeron en el Día de Pentecostés cuando el Espíritu Santo cayó en potencia sobre ciento veinte hombres y mujeres que luego “profetizaron”, en el sentido de anunciar las grandezas de Dios en diversas lenguas. Todos los hombres NO recibieron el don del Espíritu entonces, y aun hoy únicamente los miembros de la Iglesia espiritual disfrutaban de este precioso regalo del Cielo, no los hombres en general, siendo aún más reducidas las manifestaciones proféticas. Menos aún hemos visto las señales astronómicas que se mencionan. El oscurecimiento del sol en el día de la Crucifixión no pudo ser el cumplimiento de todo lo que vemos aquí, pues las manifestaciones son muy diversas y universales. Es mucho más honrado exegéticamente confesar que aquello no se cumplió en el Día de Pentecostés. La promesa de la salvación para todo aquel que invocare el Nombre del Señor se realizó, bien que las circunstancias de la profecía de Joel no son las de la escena que estudiamos.

4. Normas para la interpretación de la profecía

Algunos expositores han aprovechado esta aparente discrepancia para justificar la “espiritualización” de todas las profecías que prometieron a Israel un porvenir de bendición en la tierra, diciendo en efecto: “Para Pedro los fenómenos del Pentecostés son el cumplimiento de la profecía de Joel. Es evidente, pues, que los detalles no han de entenderse como profecías literales de lo que pasará con Israel en una crisis última de la historia humana, y lo que hemos de recoger de tales pasajes es un sentido muy modificado y espiritual, pues en la Nueva Creación no caben ya consideraciones materiales o nacionales”. Esta posición tiene su atractivo y se relaciona con principios que en su lugar son verdaderos —la gloriosa novedad de todo lo que Dios hace en la Nueva Creación es un hecho fundamental—, pero da al traste con las normas de una verdadera exégesis aplicadas a los libros proféticos, y trata los solemnes oráculos de los inspirados siervos de Dios del antiguo régimen con poco respeto. Lo que se prometió solemnemente a Israel como nación, tanto antes como después del cautiverio babilónico, con toda suerte de detalles, tiene que cumplirse en el sentido natural y obvio de los oráculos, y es precisamente el Señor quien volvió a reafirmar que las señales astronómicas han de señalar el día de su glorioso regreso. No podemos colocar ningunas normas “a priori” por encima de la exégesis fiel de la Palabra. Dejemos el método de “seleccionar” entre los oráculos a quienes no aceptan la plenitud de la inspiración de toda la Biblia, y pasemos a considerar la profecía de Joel tanto en su contexto original como en el uso que Pedro hace de ella.

5. El principio de los postreros días

En su contexto el oráculo promete un derramamiento universal del Espíritu de Dios en los momentos después de la victoria de Dios sobre todos sus enemigos, que hace posible la inauguración del Reino mesiánico en la tierra. Ahora bien, toda obra de Dios en la Nueva Creación, sea en su Iglesia, sea en el Milenio, sea en la nueva tierra y nuevos cielos, se basa sobre la Obra de la Cruz. La gran divisoria entre “lo antiguo” y “lo nuevo” es el Monte

Gólgota. El único obstáculo que impide la plenitud del Espíritu en la vida del hombre es el pecado, y Dios ha tratado este problema a fondo por medio de la Muerte expiatoria del Dios-Hombre. Según nuestros calendarios, largos siglos se extienden entre el Calvario y el Milenio, pero a la vista de Dios *“los postreros tiempos”* empezaron cuando Cristo consumó su Obra expiatoria. Es ciertísimo que la frase *“los últimos (postreros) días o tiempos”* indica normalmente la crisis final cuando Dios pondrá término al *“Día del hombre”* y establecerá el *“Día de Jehová”*, en juicio primero y luego en bendición; pero todo cuanto se haga en *“aquel día”* surge de la victoria de la Cruz. Aparte del paréntesis de la Iglesia, la primera venida de Cristo y su regreso en gloria casi se tocan, de modo que, mirando la historia según la perspectiva del plan de la Redención, los últimos tiempos, ya empezaron, bien que la fecha, según el correr del tiempo aquí abajo, tarda aún.

El punto fundamental del oráculo de Joel que Pedro quiso subrayar es que el Espíritu de Dios puede derramarse ahora sin las limitaciones de los tiempos anteriores a la Cruz, y que en este acto de la gracia de Dios se halla latente una promesa universal de salvación. La frase *“esto es lo dicho por el profeta Joel”* no ha de tomarse como indicando el cumplimiento final y completo del oráculo, sino para señalar unas analogías de importancia fundamental. Las frases introductorias de la literatura oriental no se redactan con precisión occidental como es evidente por la frase *“El reino de los cielos es semejante a...”* como introducción a varias parábolas del capítulo 13 de Mateo, donde obviamente la *“semejanza”* no es a la primera persona o circunstancia que inmediatamente se nombra, sino a los principios que informan la historia toda. Comentando sobre este caso un piadoso y conocido enseñador bíblico oriundo de la China, Watchman Nee, dice lo siguiente: *“Esto es aquello”* quiere decir *“esto lo que veis y oís es del mismo orden de cosas que aquello que Joel profetizó. Cuando se trata del cumplimiento de una profecía la experiencia vivida ha de ser la reproducción del anuncio, y profecía es profecía, sueños son sueños y visiones son visiones; pero cuando Pedro dice: esto es aquello no se trata de que la experiencia de Pentecostés sea la duplicación del oráculo, sino que esto pertenece a la misma categoría que aquello”*. Lo que enfatiza el Espíritu Santo por medio de Pedro es la unidad de la experiencia. Las manifestaciones externas pueden ser muchas y muy variadas, y a nuestro ver algunas son extrañas, pero el Espíritu es UNO y él es SEÑOR (1 Co 12:4-6).

En nuestros días, cuando los hombres colocan en el cielo las *“señales”* de su dominio (muy parcial) del espacio, no es sensato procurar limitar la importancia de las señales que Dios, según reiteradas declaraciones, va a colocar allí como anuncio de la proximidad del *“Día del Señor, grande e ilustre”* (*“grande y terrible”* en el hebreo de Joel). Los métodos de *“espiritualización”* no honran ni la dignidad ni la veracidad de los oráculos que el Señor dio por el Espíritu. Gracias a Dios que tanto en el principio de los *“postreros tiempos”* (cuando la nota culminante fue la gracia), como en el final de ellos (cuando la tónica será el juicio), siempre será verdad que *“todo aquel que invocare el Nombre del Señor será salvo”*: hasta que la puerta de la gracia se cierre una vez para siempre contra los rebeldes.

Jesús, su vida de poder, su muerte y resurrección (Hch 2:22-24)

Pedro, después de señalar que el derramamiento del Espíritu es una de las características de los postreros tiempos, vuelve a pedir, de forma solemne, la atención de sus oyentes para la segunda parte de su exposición: *“Varones israelitas, oíd estas palabras...”*.

1. La obra de Jesús Nazareno (Hch 2:22)

La profecía de Joel fue algo que sabían por su constante lectura de los profetas, pero los rasgos principales del ministerio de Jesús les eran conocidos por su propia experiencia o por el reiterado testimonio de muchos testigos, favorables o enemigos. Uno que se llamaba “*Jesús Nazareno*” había vivido entre ellos, y en los estrechos límites territoriales de Israel había llevado a cabo un ministerio extraordinario. Los milagros eran innegables, y formaban el tema de conversación en miles de hogares y puntos de reunión de los judíos. Pedro declara que estas obras eran las “credenciales” que Dios dio a este Varón con el fin de que todos supiesen que su misión era divina. Se emplean tres términos para describir estas obras excepcionales: “*milagros*” (“*maravillas*”) que traduce una voz griega equivalente a “*potencias*”, pues evidenciaban la presencia de un poder por encima de las leyes naturales; “*prodigios*” o “*portentos*”, ya que estas obras llamaban poderosamente la atención de la gente; “*señales*”, por cuanto eran “lecciones demostradas por medio de obras”, indicando el carácter bondadoso y poderoso de aquel que restauraba los cuerpos enfermos y enjugaba las lágrimas de tantos afligidos. Compárese con (He 2:4) donde se emplean los mismos términos en orden inverso.

2. La responsabilidad de Israel (Hch 2:23)

A pesar de ser así acreditado por Dios, los judíos rechazaron a Jesús, y sus líderes le entregaron a la muerte de Cruz, utilizando a los “*inícuos*”, o mejor, “*los hombres sin ley*” que se refiere especialmente a los romanos por ser ajenos a la esfera de la Ley de Moisés. Pero Pedro recalca la culpabilidad de Israel: “*A éste... vosotros matasteis por manos de los “sin ley”, crucificándole*”. Que la “mano” fuese la del poder romano no menguaba en nada la terrible responsabilidad de la nación israelita, tan poco fiel a su misión de ser luz para las gentes, e infiel a sus propias esperanzas de bendición por medio del Mesías. Pablo analiza las causas profundas de su espantosa elección en (Ro 10:3): “*Porque ignorando la justicia de Dios y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios*”.

3. La providencia de Dios (Hch 2:23)

Como hecho histórico, en la parte material, Cristo fue crucificado por los romanos, los hombres “*sin ley*”, en malvada intención, fue muerto por la nación apóstata que, cegada por sus propias pretensiones y egoísmos, no supo ver la gloria de Dios en la faz de Jesucristo; como hecho que expresaba un plan eterno, el Mesías-Cordero fue entregado “*por el determinado consejo y providencia de Dios*”. Detrás de la trágica historia del prendimiento, procesos y crucifixión del Mesías, hubo un plan divino para la redención del hombre. El pecado (y el mal en todas sus manifestaciones) conducía a la muerte por ser ajeno todo ello a la vida de Dios. O la muerte tenía que cebarse en todos los pecadores, o había de consumarse una muerte total en la persona de alguien capaz de representar al hombre y al mismo tiempo retener el valor infinito de su divinidad. “*Jesús Nazareno*” era también el “*Verbo eterno encarnado*”, y según consejos divinos y eternos (los suyos en armonía con la voluntad del Padre) él “*gustó la muerte por todos*” con el fin de abrir una puerta amplia por donde fluyera el torrente de la gracia divina. Fue el mismo Pedro quien escribió más tarde: “*Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, no con cosas corruptibles..., sino con sangre preciosa de Cristo, como de un Cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros*” (1 P 1:18-20). He aquí un elemento fundamentalísimo de la “proclama” apostólica.

4. La Resurrección (Hch 2:24)

Todo el énfasis cae sobre lo que Dios hizo con “*Jesús Nazareno*”, pues ésta era la faceta de la Obra de Redención que los judíos de Jerusalén necesitaban comprender en aquel momento. Dios acreditó a Jesús Nazareno; fue el determinado consejo de Dios que ordenó la muerte expiatoria; fue Dios quien trastocó los términos de la sentencia condenatoria de los hombres, resucitando al Crucificado. Pero esta presentación del Hombre y del Siervo, que convino a la ocasión y al argumento, no significa que Pedro no había llegado a comprender la deidad de su Señor. Ya lo había confesado, aun antes de la Resurrección (**Mt 16:16**) (**Jn 6:68-69**), y aquí añade este profundo comentario al hecho de la Resurrección: librándole Dios de los dolores de la muerte “*por cuanto era imposible que fuese retenido por ella*” (**Hch 2:24**). A los hombres les es imposible librarse de los dolores (o ligaduras) de la muerte, pero en el caso de aquel que Pedro presentaba al pueblo, era imposible que fuese retenido por ella; la frase indica claramente la deidad del Señor, quien era en su Persona “*Resurrección y Vida*”. La Resurrección es uno de los grandes temas de la revelación, y solamente podemos recordar aquí estas facetas del gran acontecimiento: la Muerte del Señor Jesucristo terminó con el pecado y la muerte, mientras que la Resurrección abrió la Fuente de la Vida eterna; la Cruz fue el fallo del hombre en contra del Cristo, pero por la Resurrección “*Dios le declaró ser Hijo de Dios con poder*” (**Ro 1:4**); la Cruz dio fin a la vieja creación en todas sus formas; por la Resurrección Cristo es “*el Primogénito de entre los muertos*” para ser principio y consumación de la nueva creación (**Col 1:18-19**). Más adelante Pedro declara la exaltación de Cristo, que es la consecuencia inmediata de su Resurrección de entre los muertos.

La resurrección profetizada por David (Hch 2:25-31)

Según el método normal de la “proclama” del Evangelio ante los judíos, la declaración del hecho de la Resurrección se apoya por una cita del Antiguo Testamento, en este caso del (**Sal 16:8-11**) (**Hch 2:25-28**). La consideración de esta cita nos coloca de nuevo ante el problema de la interpretación de los pasajes del Antiguo Testamento que los apóstoles citan, y recordamos al estudiante lo que dijimos sobre los salmos mesiánicos en el Capítulo II y el epígrafe “Las citas de Los Salmos”. El Salmo 16 puede interpretarse en casi su totalidad en relación con David: sus experiencias, su gozo en el Señor y su esperanza de la inmortalidad. En este caso el versículo 10 del salmo: “*no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción*” significaba que David, por el Espíritu, comprendía no sólo la inmortalidad del alma, sino también el misterio de la resurrección del cuerpo: tema que se ilumina poco en el Antiguo Testamento. Ahora bien, según las indicaciones que ya dimos sobre las citas de Los Salmos en (**Hch 1:20**), nos hallamos muchas veces ante unas frases que sobrepasan la experiencia personal del salmista, y hallan su cumplimiento final en la Persona del Hijo de David. Pedro, quien hablaba en la plenitud del Espíritu, ve en el Salmo 16 un claro anuncio de la Resurrección del Mesías. La “*carne*” de David había visto corrupción, y los judíos señalaban con orgullo el emplazamiento de su tumba, pero fue una tumba cerrada (**Hch 2:29**); de este modo Pedro hizo ver a la multitud que el cumplimiento real de los versículos 9 y 10 del Salmo se halló en la Resurrección del Mesías. De paso podemos notar que muchos intérpretes de escuelas rabínicas reconocían el carácter mesiánico del Salmo 16.

I. “No dejarás mi alma en el Hades”

Estas palabras forman la traducción correcta de (**Hch 2:27**). “*Hades*” traduce la voz hebrea “*sheol*”, que indicaba el lugar de las almas que habían partido de esta vida, sin determinar si su estado fuese de bendición o de perdición. En cambio, “*infierno*” significa el “*lago de fuego*”, o “*Gehenna*”, el lugar de los perdidos para siempre. Por eso, después

de la sesión de Cristo como Juez en el Gran Trono Blanco, en el último de los juicios, el “Hades”, juntamente con la “muerte”, será echado en el “*lago de fuego*”, pues anteriormente la parte de bendición, o sea el “paraíso”, habrá sido vaciado de las almas de los salvos por la “*Primera Resurrección*” (**Ap 20:6,11-15**). El alma del Señor nunca descendió al “infierno”, y tal “Descenso” se basa únicamente en la mala interpretación de este versículo, con (**1 P 3:18-20**), en la Edad Media. “*Hoy estarás conmigo en el paraíso*”, prometió el Salvador al ladrón arrepentido (**Lc 23:43**), y en aquel departamento de bendición del Hades esperó el momento de su Resurrección.

2. David y el Mesías (Hch 2:30-31)

De Abraham dijo el Maestro: “*Abraham... se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó*” (**Jn 8:56**). Hemos de suponer que la fe y constancia de Abraham fueron promediadas por una visión de lo que sería la Persona y Obra del Mesías, su “*Simiente*”, llenándose su alma de santa alegría. De igual forma David, que había recibido las promesas del Reino eterno, hizo referencia al Mesías en el (**Sal 110**) (**Hch 2:25**), y sabiendo que Dios había de levantar a un Hijo suyo para sentarse sobre el Trono eterno, tuvo, a través de sus propias experiencias parciales, una clara visión de aquel que había de ser el “*Sí*” y el “*Amén*” de esta promesa como de todas las demás (**Hch 2:30-31**). El acontecimiento que transformó “lo temporal” de su Reino en sustancia eterna fue la Resurrección por la que se venció la muerte y la temporalidad.

Los testigos de la resurrección (Hch 2:32)

Al estudiar las referencias de (**Hch 1:21-22**) vimos la necesidad de un testimonio autorizado por boca de testigos que el Maestro escogiera y que dieran fe de toda la vida y ministerio de Cristo, con referencia especial a su Resurrección; si no se podía establecer la veracidad de este último hecho, todo lo demás del mensaje quedaría vacío de todo sentido (**1 Co 15:1-20**). Por eso el número completo de los “doce” recalcó: “*A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos*”. Es una primera declaración de la prueba testificativa del sublime hecho, que ha de reiterarse constantemente durante los días de la proclamación del Evangelio en Jerusalén.

La exaltación del Cristo (Hch 2:33-36)

Pedro termina su discurso afirmando que aquel Jesús que los judíos “*levantaron*” en la vergonzosa cruz, ha sido “*exaltado*” por Dios a su Diestra para ser Señor y Cristo. El hecho de la exaltación de Jesús no admitía pruebas testificales como en el caso de sus grandes obras y su Resurrección, pero Pedro relaciona el milagro del Día de Pentecostés con esta afirmación del triunfo del Crucificado, alegando también otro texto probatorio. Por las frases del (**Sal 110:1**) demostró que los judíos debieran haber comprendido que el Mesías había de ser exaltado a la Diestra del Trono eterno en los Cielos, y no sólo al trono de David en la tierra (**Hch 2:34-35**).

Es interesante notar que la “*promesa del Padre*” pasa por las manos del Hijo glorificado para luego derramarse sobre los vasos preparados en el Aposento Alto (**Hch 2:33**). Ha habido grandes discusiones teológicas en la historia de la Iglesia sobre si el Espíritu procede únicamente del Padre, o del Padre conjuntamente con el Hijo. Este versículo y otros parecidos deberían haber cortado toda controversia, pues señalan una bendita e inefable “cooperación” entre el Padre y el Hijo en cuanto al envío del Espíritu Santo, quien se denomina también el “Espíritu de Cristo”. La presencia de Dios el Espíritu en la Iglesia y en los corazones de los suyos depende de la obra de la Cruz y del triunfo del

Crucificado, siendo igualmente exacta la declaración *“Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo”*, como esta otra de Cristo: *“Si yo me fuere, os lo enviaré”* (Ga 4:6) (Jn 16:7) (Jn 15:26).

I. La profecía del Salmo 110 (Hch 2:34-35)

El Salmo 110, que Pedro cita en relación con la exaltación del Señor es de tanta importancia que se cita dieciséis veces en el Nuevo Testamento. El Maestro mismo puso a prueba la comprensión de los fariseos sobre la naturaleza del Mesías que esperaban por citar este salmo. Su argumento fue que si David llamaba *“Señor”* a aquel que había de ser su *“hijo”* en cuanto a su descendencia natural, entonces no era solamente hombre, sino también Dios (Mt 22:41-45). Quizá Pedro recordaba la pregunta del Maestro, que había dejado tan perplejos a los fariseos, cuando citó las palabras de David: *“Jehová dijo a mi Señor: siéntate a mi diestra...”*. El *“Varón de la Diestra de Dios”* (Sal 80:17), a quien Jehová invitó a sentarse a su Diestra hasta la victoria final, tenía que ser el Ungido, el Esperado.

El gran resumen (Hch 2:36)

Pedro termina su inspirado mensaje con un resumen de la *“proclamación”*, por el que dirige la vista de los israelitas a la *“Diestra”* donde Dios ha colocado al Hombre del Calvario: *“Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”* (Hch 2:36). El título de *“Cristo”* (*“Mesías”*) llama la atención a su misión salvadora, que no excluye, sin embargo, su realeza y su función como Juez; pero el Mesías es también Señor, a quien Dios ha colocado sobre todas las cosas, y cuyos enemigos, según la gráfica figura del Salmo 110, han de ser hechos estrado para sus pies. La caída del hombre trastornó toda la jerarquía que Dios había establecido, pues el virrey que debía gobernar en el nombre y en el poder del Altísimo quiso ser *“rey”* él mismo. Su loca ambición, lejos de enaltecerle, le convirtió en un pobre esclavo del pecado. Pero ahora el Dios-Hombre está exaltado a la Diestra de Dios y se vuelve a establecer la debida jerarquía. Dios ejerce su soberanía por medio de uno que es él mismo Hombre, y en su Reino se cumple el orden que nota Pablo: *“Todo es nuestro y vosotros de Cristo y Cristo de Dios”*.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre el significado del Descenso del Espíritu Santo desde el punto de vista:
a) del individuo; b) de la Iglesia; c) del cumplimiento de la profecía.
2. Hágase un análisis completo del discurso de Pedro en el Día de Pentecostés.

Efectos de la predicación y formación de la primera iglesia (Hechos 2:37-47)

Los resultados del mensaje

1. Exhortación al arrepentimiento (Hch 2:37-41)

Las penetrantes palabras del apóstol Pedro hicieron honda mella en el ánimo de muchos de los judíos que le escucharon. Sin duda, en el caso de un gran número, el terreno ya había sido preparado por el ministerio del Señor mismo, por los extraños acontecimientos del día de la Crucifixión, por los rumores que corrían sobre la “tumba vacía” y por lo que acababan de presenciar al manifestarse la potencia del Espíritu Santo. En tal terreno abonado cayó la semilla de la “lógica espiritual” del discurso de Pedro, quien había demostrado que el “*determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios*” enlazaba las profecías del Antiguo Testamento (tan amadas por estos hebreos) con los hechos de la vida de Jesús de Nazaret, con la aparente tragedia de la Crucifixión y con la realidad de la Resurrección, preparando así una salvación mucho más amplia y profunda que la que podían concebir sus limitadas esperanzas nacionalistas.

Muchos quedaron profundamente convencidos de su terrible error al rechazar a Jesús, siendo “*compungidos*” como si fuera por un dardo en el corazón, según indica (**Hch 2:37**). “¿Habremos cerrado la puerta de la salvación contra nosotros mismos para siempre? — pensaban— o aún hay esperanzas?”. De ahí su angustiosa exclamación: “*Varones hermanos, ¿qué haremos?*”.

2. La posición de Israel

Para entender exactamente la respuesta de Pedro tenemos que recordar que todo el ambiente aquí es puramente judío. Aún no había llegado el momento para abrir la puerta de la salvación a los gentiles —bien que tal ampliación del Reino estaba implícita en la Cruz— y Dios en su gracia volvió a presentar a su Hijo al pueblo que no había sabido percibir su gloria en la tierra. Nos acordamos del viñero ante la higuera estéril en la pequeña parábola de Lucas (**Lc 13:6-9**) “*Señor, déjala todavía este año... y si diere fruto, bien, y si no, la cortarás después*”. Pedro hace referencia a Israel de dos maneras distintas, que corresponden a los mensajes de los profetas del Antiguo Testamento como también a aquellos del Maestro mismo. Por una parte anima a los arrepentidos diciéndoles: “*Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos (la dispersión); para cuantos el Señor nuestro Dios llamare*” (**Hch 2:39**). Es evidente por la lectura del capítulo 10 de Los Hechos que Pedro pensaba en la dispersión de los judíos al hablar de “*los que están lejos*”, pero no se excluye la posibilidad de que, hablando por el Espíritu, dijera más de lo que entendía personalmente entonces, y que empezamos a vislumbrar la universalidad del Reino. Pero, ateniéndonos al sentido estricto de sus palabras, insistía en que la promesa (fundamentalmente la que se dio a Abraham en (**Gn 12:1-3**) era válida para los israelitas todavía, con referencia a toda la raza que creyera y aun a sus descendientes. Todo ello se les garantizaba precisamente por aquel que habían crucificado, y a quien Dios había exaltado a su Diestra para la confirmación y continuación de su obra mesiánica. Por otra parte, Pedro les amonestó solemnemente de que habían de salvarse de “*esta generación perversa*” (**Hch 2:40**), frase que nos recuerda otras parecidas que se hallaron en los labios del Maestro mismo frente a la parte rebelde de la nación. De igual forma los profetas del Antiguo

Testamento confirmaban por el Espíritu las promesas hechas al pueblo escogido, al par que profetizaban juicios cercanos y lejanos sobre la parte carnal de Israel. La solución de esta aparente contradicción se halla en la doctrina del “Resto fiel”, que en sí es una manifestación de leyes espirituales invariables. Dios garantizó las promesas a Abraham y a sus descendientes incondicionalmente, en el sentido de que la Obra sería totalmente divina, prosperando en las manos de *“la Simiente”*, o sea, el Cristo (**Ga 3:15-17**). Pero, obviamente, los incrédulos, los contenciosos y los rebeldes no podían participar en las bendiciones, pues ellos se echaron fuera del pacto por su propia actitud. Las promesas han de cumplirse, pues, no en todo el pueblo, sino en el *“Resto fiel”* de hebreos sumisos a la voluntad de Dios, llamados también los *“hijos de la promesa”* en contraste con los *“hijos de la carne”* (**Ro 9:8**). El *“Resto”* es el núcleo espiritual dentro de la nación carnal, siendo el elemento que conserva y transmite la vida, como en el caso del núcleo de una semilla, siendo identificado siempre con el Mesías. Pedro, pues, exhortaba a sus oyentes al efecto de que se salvaran de la parte rebelde y perversa de la nación con el fin de unirse en Cristo con los hebreos fieles.

3. El arrepentimiento y la fe (Hch 2:38,41)

Pedro dio dos mandatos y dos promesas a los sumisos: *“Arrepentíos”* y *“bautícese cada uno”*, lo que había de resultar en *“el perdón de los pecados”* y *“el don del Espíritu Santo”*. Dejando el tema del *“bautismo”* para otro párrafo, hemos de hacer constar aquí que no es el bautismo en sí que trae las bendiciones prometidas, sino —a la luz de todo el pasaje y del tenor de todas las Escrituras— aquello que el bautismo simbolizaba: el arrepentimiento y la unión por la fe con Cristo. La palabra griega que se traduce por *“arrepentimiento”* es *“metanoia”* (verbo, *“metanoeo”*) y significa *“cambio de mente”* o *“de la manera de pensar”*. Por ende toda traducción que introduce la idea de *“hacer penitencia”* es falsa, y no se puede justificar por el original griego, sino que viene del latín de la Vulgata. Estos judíos se habían asociado abierta o tácitamente con la parte *“oficial”* de la nación en su rechazamiento de Jesucristo, y ahora han de *“dar la media vuelta”*, manifestando por el bautismo una rectificación total de su actitud anterior y una separación real de los enemigos de Cristo. El arrepentimiento es elemento esencial en la salvación del pecador, siéndole preciso volver las espaldas a todo lo antiguo para dirigirse al Salvador. Es el aspecto negativo de la actitud de quien se salva, complementándose por la fe, que es el descanso total del alma en el Salvador. Notemos que los convertidos en el Día de Pentecostés no sólo se arrepintieron de su pecado, sino que *“recibieron la palabra”* (**Hch 2:41**) que es la esencia de la fe (**Ro 10:17**).

4. El don del Espíritu Santo (Hch 2:38)

La palabra traducida por *“don”* recalca que es un maravilloso *“regalo”* dado por Dios desde el Cielo. No se trata aquí de los *“dones”* que reparte el Espíritu, sino el de su bendita Persona que constituye en grado supremo el *“don de gracia”*. La promesa que hallamos en la boca de Pedro —*“recibiréis el don del Espíritu Santo”*— indica que la bendición que cayó sobre los ciento veinte hermanos en el Aposento Alto se hacía extensiva a todo verdadero creyente por el hecho mismo de arrepentirse y creer, y no por la imposición de las manos de eclesiástico alguno ni tampoco por experiencia alguna posterior a la conversión, pues en el hecho de unirse con Cristo por la fe está implícita la recepción del Espíritu Santo. Por el *“bautismo del Espíritu”* la Iglesia ya poseía el *“Don”*, y el proceso por el cual el creyente individual lo recibe también se señala por Pablo en (**1 Co 12:13**): *“En un solo Espíritu fuimos bautizados todos nosotros para formar un solo Cuerpo... y a todos se nos dio a beber de un solo Espíritu”* (**Ro 8:9**) (**1 Co 6:19**). Tampoco se señala aquí que todos aquellos que fueron bautizados hablasen con lenguas. Quizá sí, pero no se dice nada de eso, sino, como veremos más tarde, se subrayan los efectos prácticos de la recepción del Espíritu en la comunión y la abnegación de los santos.

5. El bautismo (Hch 2:38,41)

Por la profecía de Juan el Bautista —*“Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí... él os bautizará en Espíritu Santo y fuego”* (Mt 3:11)— podríamos haber pensado que todo bautismo externo con agua perdería su importancia después del bautismo del Espíritu Santo, pero no fue así. Al contrario, los primeros convertidos eran bautizados en agua inmediatamente, y así fueron “añadidos” a la Iglesia. En su sabiduría, Dios nos ha dejado dos instituciones de orden externo muy sencillas, pero muy solemnes: el bautismo y la Cena del Señor. Acordémonos de que la Iglesia, aun siendo pueblo espiritual, había de mantener su testimonio por muchos siglos en medio de un mundo enemigo, estando los creyentes aún en el cuerpo. Desde luego las formas externas carecen de todo valor sin la debida actitud del corazón que corresponde a su significado, pero eso no anula su importancia como mandatos divinos que son “medios de gracia” para los santos en su peregrinación y testimonio.

El mandato de bautizarse no extrañaría a los judíos convertidos, porque los rabinos bautizaban a sus prosélitos y recordarían, además, los bautismos de Juan y del mismo Señor. Más tarde, Pablo había de recibir una revelación sobre el hondo significado del bautismo como símbolo de nuestra muerte y resurrección con Cristo (Ro 6:1-5), y si bien no habría podido formularse este concepto en el momento de nacer la Iglesia, sin embargo los bautizados comprendían que el acto significaba su separación total de la parte rebelde de la nación, como también su unión vital con el Mesías resucitado.

No pretendemos que la pregunta —¿Quiénes han de bautizarse?— puede contestarse únicamente por referencia al pasaje que tenemos delante, pero es obvio que el ejemplo que vemos aquí es importantísimo como “evidencia”, siendo muy sencillo el proceso que presenciamos; muchas almas escucharon la Palabra por boca de Pedro y aquellas que la recibieron con fe fueron bautizadas y añadidas a la compañía de creyentes. Hemos de ver otros ejemplos de lo mismo en distintos momentos de la historia de Los Hechos. No hay evidencia tampoco sobre el lugar y el modo del bautismo. Algunos piensan que habría sido imposible bautizar a tres mil personas por inmersión, pero eso es una deducción con poca base, pues nada se dice tampoco en cuanto al tiempo que tardaron en efectuar todos los bautismos, ni del número de ayudantes que tuviesen los apóstoles. Hay un hecho arqueológico bastante significativo en relación con la controversia sobre el modo del bautismo: que cuanto más antiguas son las ruinas de las iglesias que se descubren (en el Norte de Africa por ejemplo) tanto mayores son los bautisterios.

Pedro mandó que se hiciese el bautismo “en el Nombre de Jesucristo” (Hch 2:38). Notamos una diferencia entre esta fórmula y la de (Mt 28:19): “*bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*”. Sin duda la forma más completa se utilizaba más adelante, cuando la realidad del Trino Dios iba aclarándose ante la comprensión de los cristianos a través de su experiencia de Cristo como Dios y del Espíritu Santo como Dios, pero en el momento que notamos, lo importante era que los judíos saliesen de la esfera que rechazaba a Cristo a la esfera de su Nombre, o sea, la de su Persona rodeada de toda su autoridad como el Mesías glorificado. Es muy probable que cada convertido, al ser bautizado, confesase el Nombre de Jesús como Mesías.

La primera iglesia cristiana (Hch 2:41-47)

Quizás el lector habrá pensado alguna vez que le hubiese gustado participar en la plenitud del poder y del amor de la primera iglesia cristiana en Jerusalén, disfrutando del santo gozo que surgía del dominio de la carne por la abundancia de la manifestación del Espíritu. Desde luego es lamentable que veamos tan poco de la victoria del Espíritu en

nuestros tiempos, pero hemos de aferrarnos firmemente a la verdad que *“Dios no da su Espíritu por medida”* y de que su plenitud puede volver a manifestarse siempre que se quiten los obstáculos de la carne al rendirnos de nuevo ante el gran hecho de la Cruz y la Resurrección. Si no podemos trasladarnos físicamente a aquella bendita primera época, por lo menos podemos estudiar con humilde corazón la descripción que aquí tenemos, volviendo a ponernos en la escuela del Maestro para que él nos enseñe lo que hayamos olvidado. Todo lo que vemos en este maravilloso pasaje brota de la proximidad de la Cruz y la Resurrección, y de la plenitud del Espíritu. Algunas de las prácticas de aquellos primeros tiempos tenían que modificarse necesariamente al extenderse la Iglesia bajo la dirección de los apóstoles, pero los principios básicos quedan como normas permanentes para toda verdadera iglesia, y si nos hemos de salvar de nuestras mezquindades y fracasos, será precisamente por volver a beber en el manantial de Pentecostés. No tenemos aquí algo poético, sublime e ideal, que se produjo en un momento y entonces se fue para siempre, sino algo que ha de relacionarse con todas las actividades y problemas de las iglesias del siglo XXI. La sabiduría de los pocos que quieren pensar en todo esto consiste en reconocer que los principios básicos del Nuevo Testamento son *“ley”* para los espirituales.

1. El fundamento de la Iglesia

Años más tarde, Pablo recordó a los Corintios que él, como perito arquitecto, había colocado firmemente el fundamento de la iglesia en su ciudad, añadiendo: *“Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Co 3:10-11)*. El contexto aclara que la frase *“poner el fundamento de Jesucristo”* quiere decir la predicación de Cristo crucificado en la potencia del Espíritu Santo como único medio de salvación. Estas palabras del apóstol concretan en una frase notable la norma invariable y el proceso general que vemos en operación desde el nacimiento de la Iglesia. En el caso que estudiamos, el siervo de Dios era Pedro, quien, como hemos visto, predicó a Cristo con gran poder espiritual y conforme a la condición de los judíos que le escuchaban. El resultado fue que almas se arrepintieron y recibieron la Palabra con agrado y con fe. Por este medio fueron *“renacidos no de simiente corruptible, sino de incorruptible por la Palabra de Dios” (1 P 1:23)* y, recibiendo el don prometido del Espíritu Santo, fueron bautizados y añadidos al núcleo ya existente de la Iglesia. Este orden parece modificarse algo en el caso de los samaritanos que creyeron y en el de los discípulos del Bautista a quienes Pablo halló en Éfeso (**Hch 8:5-17**) (**Hch 19:1-7**) pero veremos en su debido lugar que la aparente variación depende de factores muy especiales; de hecho no hay nada en todo el Nuevo Testamento que indique que una iglesia pueda fundarse en otro fundamento o por procesos distintos de los señalados. La nueva familia espiritual se sentía impulsada en seguida a una manifestación cuádruple de su nueva vida, perseverando en ella bajo la guía de los apóstoles: 1) la doctrina (o enseñanza) de los apóstoles; 2) la comunión; 3) el partimiento del pan; 4) las oraciones. Así se resumen las características permanentes que habían de persistir aun después de la dispersión de la Iglesia, y a través de los siglos.

2. La doctrina (enseñanza) de los apóstoles (Hch 2:42)

El ministerio de los apóstoles puede analizarse en dos elementos principales: a) la proclamación pública de Cristo como crucificado, resucitado y exaltado por Dios para ser Señor y Salvador; b) la enseñanza de los creyentes reunidos en grupos más o menos grandes, según las posibilidades. El sermón de Pedro es un magnífico ejemplo de la proclamación pública y aquí tenemos la primera mención de la enseñanza sistemática dentro de la iglesia.

No se detalla aquí ni la sustancia ni el método de esta enseñanza, y las epístolas pertenecen a una época más tardía, cuando la comprensión de la doctrina era más amplia. Pero no cabe duda de que las primeras enseñanzas consistían en aleccionar a los nuevos discípulos sobre la Persona y el ministerio del Señor mismo. Ya hemos notado que los apóstoles habían sido escogidos precisamente para ser testigos, conjuntamente con el Espíritu-Testigo, de todo cuanto habían presenciado y oído al lado del Maestro, y aquí les vemos en el cumplimiento de su misión (**Jn 15:26-27**) (**Hch 5:32**). De esta primitiva “tradición” —como algo “entregado”— surgieron nuestros cuatro Evangelios canónicos, que hacen posible que nosotros participemos en este aspecto de la doctrina apostólica.

A estas enseñanzas añadían aquellos pasajes del Antiguo Testamento (muchos ya subrayados por el mismo Señor) que más claramente profetizaban la Obra del Mesías como el Siervo de Jehová: el que había de sufrir antes de consumir su obra y reinar (**1 P 1:10-12**), y sin duda no faltaría la aplicación práctica de la doctrina del Maestro sobre el discipulado.

En cuanto al método, hemos de tener en cuenta que años habían de pasar antes de que los creyentes pudiesen leer lo que nosotros llamamos “el Nuevo Testamento”, y, por lo tanto, las enseñanzas habían de retenerse en la memoria. Seguramente se empleaba el método catequístico, o sea, un apóstol, o uno de sus ayudadores, enseñaría incidentes de la vida del Señor, juntamente con sus “dichos”, repitiéndolos el grupo hasta saberlos de memoria. Hasta el día de hoy se hallan orientales dotados de memorias fantásticas —árabes, por ejemplo, que pueden repetir todo el Corán— precisamente porque esta facultad no se debilita por depender de la palabra escrita o impresa, como pasa en nuestra civilización occidental. Estos relatos y colecciones de los “dichos” del Señor se iban redactando desde fechas muy tempranas, según nos dice Lucas al principio de su Evangelio, y luego, por la guía del Espíritu y bajo la autoridad de los apóstoles, quedaron señalados como inspirados los cuatro Evangelios que nosotros conocemos. A estos principios de “doctrina apostólica” se había de añadir la sustancia de revelaciones posteriores, según la promesa del Maestro en (**Jn 16:12-15**), llegando el conjunto a cuajarse en los libros del Nuevo Testamento por el cual nos es conservada “*la FE que ha sido una vez dada a los santos*” (**Jud 1:3**), y que completa la revelación anterior del Antiguo Testamento. La verdadera “sucesión apostólica” consiste en recoger y transmitir de forma ordenada y eficaz este precioso depósito de doctrina, siendo importante incluso “*la forma de las sanas palabras*”. En esta doctrina hemos de perseverar con todo anhelo y diligencia (**2 Ti 1:13**) (**2 Ti 2:2,15**) (**2 Ti 3:14-17**).

3. La comunión (Hch 2:42)

La palabra original aquí es “*koinonia*”, o sea aquello que dos o más personas tienen en común, siendo la base de la unión que existe entre ellos. He aquí uno de los aspectos más característicos de aquella nueva experiencia de los hombres que se produjo en el Día de Pentecostés. “*Koinonia*” puede traducirse también por “*participación*” o aun por “*comunicación*” en el sentido de ayuda práctica para un obrero del Señor, y recomendamos al estudiante que se fije en el uso del término en las referencias que damos a continuación: (**1 Co 1:9**) (**1 Co 10:16**) (**2 Co 6:14**) (**2 Co 8:4**) (**2 Co 9:13**) (**2 Co 13:13**) (**Fil 1:6**) (**He 13:16**) (**Hch 2:42**) (**Ga 2:9**) (**Fil 1:5**) (**Fil 2:1**) (**Fil 3:10**) (**1 Jn 1:3,6,7**) (**Ro 15:26**). El verbo correspondiente, “*koinoneo*”, se halla en: (**Ro 12:13**) (**Ro 15:27**) (**Ga 6:6**) (**Fil 4:15**) (**He 2:14**) (**1 Ti 5:22**) (**1 P 4:13**) (**2 Jn 1:11**).

Aquí solamente podemos notar que, juntamente con todos los creyentes, hemos sido “*llamados a la comunión de su Hijo Jesucristo nuestro Señor*” (**1 Co 1:9**) por haberle aceptado, juntamente con otros, con fe verdadera. Así Cristo mismo es la sustancia y la

base de la comunión, enlazándonos con él mismo, con el Padre y los unos con los otros (1 Jn 1:3). Pero es el Espíritu Santo quien da efectividad interna a esta comunión, de modo que Pablo habla también de la “*comunión del Santo Espíritu*” y de “*la comunión de los santos*”, quienes comparten la vida de Cristo dentro de la realidad espiritual de la Iglesia (2 Co 15:13) (1 Jn 1:3) (Ef 2:19-22). Los “*hermanos*” forman una “*familia*” donde debe prevalecer la “*filadelfia*” o “*amor fraternal*” en sus diversas manifestaciones prácticas. El “*Partimiento del Pan*” y la “*comunidad de bienes*” expresan esta comunión en forma visible y palpable.

4. El Partimiento del Pan (Hch 2:42)

El empleo de esta frase aquí se ha explicado de diversas formas: a) que se trata de las comidas normales de la nueva comunidad; b) que se trata del “*ágape*”; c) que se trata de la Cena del Señor. Desde luego se celebraba el “*partimiento del pan*” en todos estos sentidos en la Iglesia de Jerusalén, pero el hecho de colocarse la frase entre varios aspectos fundamentales de la vida de la Iglesia, determina claramente que la referencia es a la “*Cena del Señor*”, o, según otra frase alternativa, la “*Mesa del Señor*”. Es el festín conmemorativo establecido por Cristo en “*la noche en que fue entregado*” que los discípulos en manera alguna podían echar en olvido una vez que se hubiera formado la “*familia cristiana*”.

Las enseñanzas básicas sobre este importantísimo tema se hallan en los relatos de los Evangelios Sinópticos (Mt 26:26-30) (Mr 14:22-26) (Lc 22:14-20), en la mención de la reunión para partir el pan el primer día de la semana en Troas (Hch 20:7), en las instrucciones que Pablo dio a los corintios con el fin de corregir los abusos en la celebración del “*ágape*” (1 Co 11:17-34) y en las referencias a la “*comunión*” simbolizada en la Mesa en contraste con la participación de los paganos con demonios en sus festines idolátricos (1 Co 10:14-22). En todos estos pasajes se destaca el acto de “*partir el pan*”, sea en forma sustancial o verbal, siendo este acto el símbolo de la manera en que el Cuerpo del Señor fue “*partido*” o “*dado*” a favor de los suyos en la Cruz. El “*comer*” del pan así partido señala el acto espiritual de recibir por la fe el valor del sacrificio del Calvario (Jn 6:50-58) y aquí hallamos la base de nuestra “*comunión*” con el Señor mismo; y los unos con los otros. La “*Copa*” no se menciona aquí, pero sin duda estaba incluida en el Partimiento del Pan, y, según las palabras del mismo Señor, pone de relieve el “*derramamiento de la Sangre*” del Cordero de Dios que sella el pacto de gracia y de perdón.

Es lógico, pues, que el Partimiento del Pan hallase lugar central en la vida colectiva de la Iglesia desde los primeros momentos de su existencia, ya que traía a la memoria de los salvos el Hecho tan próximo aún de la Cruz y la Resurrección, al par que presentaba la Persona del Redentor a la adoración de los suyos y manifestaba de forma visible la “*comunión de los santos*”.

El Partimiento del Pan en la Iglesia cristiana lleva a su consumación en un plano de divina pureza una tendencia que se apunta una y otra vez en las sociedades y religiones humanas a través de los siglos. Para los orientales de la antigüedad había algo de solemne ritual en el acto de comer en común, y hasta en tiempos recientes la persona de alguien que hubiera “*comido sal*” con ellos era sagrada para los beduinos. En los “*Misterios eleusianos*”, muy extendidos entre los griegos, no faltaban comidas rituales en común para los “*iniciados*” como símbolo de una participación en la vida de sus divinidades. El mismo concepto, ordenado ya por Dios mismo, se halla en el “*sacrificio de paz*” del ritual levítico, en el que una parte de la víctima era quemada sobre el altar como “*pan de Dios*”, otra comida por los sacerdotes oficiantes, y lo demás por quien presentaba la ofrenda, juntamente con sus familiares (Lv 3) (Lv 7:29-36) (Lv 19:5-8) (Lv 21:6). El

simbolismo es obviamente el de *“comuni3n con Dios”* sobre la base del sacrificio. La Pascua misma, de la cual la Cena es en cierto sentido la continuaci3n, ofrece otro ejemplo a3n mejor conocido de lo mismo, puesto que el cordero sacrificado ten3a que comerse por la familia durante las horas que siguieron a la inmolaci3n. Podemos notar que en el caso de la comida basada sobre una v3ctima animal, el sacrificio y el derramamiento de sangre ten3a que repetirse cada vez, pero el s3mbolo del pan significa que no hay m3s necesidad de sacrificio, puesto que los benditos resultados del Sacrificio 3nico nos alimentan constantemente.

Es probable que los primeros cristianos, al comer juntos de casa en casa (**Hch 2:46**), terminasen o principiasesen las comidas normales con el fest3n conmemorativo, sin que el Partimiento del Pan se limitase al *“primer d3a de la semana”*; el obedecer el 3ltimo deseo que su Se3or expres3 antes de su Pas3n significar3a para ellos algo muy espont3neo y natural. M3s tarde, despu3s de la dispersi3n de la comunidad cristiana de Jerusal3n, no quedaba m3s se3al visible de esta vida en com3n que el *“3gape”* que pronto se limit3 al primer d3a de la semana. Era una especie de *“comida oficial”* de la iglesia, aportando todos lo que pudieran y siendo quiz3s un acto de ayuda pr3ctica para los hermanos pobres. La carnalidad creciente de muchos lleg3 hasta estropear esta hermosa costumbre, de modo que Pablo tuvo que frenar abusos y poner todo el 3nfasis sobre la Cena del Se3or por ser la ceremonia divinamente instituida, y que ten3a que celebrarse con toda solemnidad y dignidad. No prohibi3 el 3gape, sin embargo, y en ciertas regiones persisti3 por algunos siglos, vi3ndose a3n vestigios de la *“comida en com3n”* en los refrigerios de las *“reuniones de iglesia”* de muchas congregaciones (**Hch 20:7-12**).

5. Las oraciones (Hch 2:42)

La oraci3n es parte esencial de toda verdadera iglesia. Sana doctrina, buena comuni3n, el Partimiento del Pan son todos elementos important3simos, como hemos visto, pero todo ello quedar3a anulado si los creyentes no se sintiesen impulsados a elevar su coraz3n a Dios en lo que Pablo llama: *“peticiones delante de Dios en toda oraci3n y ruego, con acci3n de gracias”* (**Fil 4:6**). No hay por qu3 pensar en *“formularios”* de oraciones que se repitiesen en com3n, pues la vida inicial de la Iglesia se caracterizaba sobre todo por la abundancia de poder espiritual, y podemos estar seguros de que las palabras brotaban espont3neamente de corazones llenos del Esp3ritu Santo. La liturgia corresponde a 3pocas posteriores, cuando parec3a necesario poner palabras en los labios de los cristianos reunidos para el culto, ya que la frialdad de sus corazones imped3a que brotasen los deseos de su coraz3n en candentes s3plicas y acciones de gracias delante del Padre.

6. Reuniones en el Templo (Hch 2:46)

Nos parece extra3o a primera vista que los creyentes *“perseverasen un3nimes cada d3a en el Templo”*, adem3s de comer y partir el pan en las casas. Nosotros leemos estos pasajes conociendo ya el mensaje de la Ep3stola a los Hebreos como tambi3n el significado de la destrucci3n del Templo en el a3o 70, pero hemos de intentar guardar la debida perspectiva hist3rica, comprendiendo adem3s que el mensaje de esperanza y de vida por medio del Resucitado se dio primeramente a los jud3os. Los convertidos se consideraban como hebreos que hab3an reconocido a Jes3s como su Mes3as, y, siendo a3n un *“misterio”* no revelado la formaci3n de la Iglesia por medio de los salvos de entre jud3os y gentiles, les parec3a muy propio que se reuniesen en los amplios atrios del Templo, siendo su lugar predilecto el peristilo llamado *“de Salom3n”*, al este de los atrios. Recordaban el ejemplo del Maestro y quiz3 pensaban que ellos hab3an de presenciar el cumplimiento de la profec3a de Malaqu3as: *“Y vendr3 s3bitamente a su Templo el Se3or”* (**Mal 3:1-2**) y que ellos estar3an all3 para darle la bienvenida.

Los judíos eran estrictos en cuanto al cumplimiento rígido de la Ley según la *“tradición de los Ancianos”*, pero a la vez eran amantes de la discusión religiosa y no impedían la formación de asociaciones llamadas *“haburah”* en torno a ciertos rabinos. Por entonces, para los judíos mismos, los *“nazarenos”* constituían otra secta dentro del judaísmo que seguía las enseñanzas de Jesús. El tiempo había de demostrar que la *“pieza nueva”* de la Iglesia no podía coserse en la prenda vieja del judaísmo degenerado, y que el *“vino nuevo”* del Espíritu no podía manifestarse por el ritual del Templo. Más tarde daremos consideración a la protección que Dios les otorgaba al reunirse precisamente en el recinto controlado por sus enemigos de la casta sacerdotal.

7. La comunidad de bienes (Hch 2:44-47) (Hch 4:32-37)

En los rendidos corazones de los primeros cristianos el Espíritu encendió una llama ardiente de amor, que es su *“primer fruto”* (**Ga 5:22**), y por algún tiempo este amor pudo anular el elemento contrario del egoísmo, de tal forma que nadie se interesaba por lo que poseía, y en cambio ponía toda su atención en la manera de ayudar al hermano. De ahí, y de una forma completamente espontánea, empezaban los adinerados a traer su peculio a los apóstoles para su distribución, vendiendo los propietarios sus fincas con el mismo fin. Al mismo tiempo la *“comunión del Espíritu”* les impulsaba a reunirse constantemente, de modo que comían en común. No eran solamente una iglesia, sino también una comunidad: punto que hay que recordar al interpretar algunos de los incidentes posteriores. Tengamos en cuenta los puntos siguientes: a) No había obligación ni ley alguna sobre la venta de los bienes y la entrega del dinero (**Hch 5:4**), sino que cada uno obraba movido por el espíritu espontáneo de comunión. No formaban, pues, la *“primera sociedad comunista”*. Alguien ha notado la diferencia de esta forma: *“El comunista dice al rico: Dame lo que tú tienes. El cristiano rico decía a su hermano pobre: Toma lo que yo tengo”*. b) Como no había *“ley”* que exigiera el reparto, ni siquiera en la comunidad de Jerusalén que se forjó al calor de un amor ardiente, menos aún hay *“ley”* para la Iglesia en tiempos posteriores. Pero permanece el amor —mayor aún que la fe y la esperanza—, que debiera vencer el egoísmo ayudándonos a realizar obras iguales a las de la primera iglesia en cuanto a Su espíritu y poder (**1 Jn 3:16-17**). Lo que recalcan las enseñanzas de Pablo sobre el tema es que cada creyente ha de reconocer que es mayordomo del Señor a los efectos de todo cuanto posee, que ha de administrar con sabiduría y amor, y con miras a la extensión del Reino de Dios. Humanamente hablando, la *“comunidad”* de Jerusalén no constituyó un éxito, y años más tarde vemos a la iglesia en Jerusalén sumida constantemente en la pobreza, necesitada de la ayuda de los cristianos gentiles (**Hch 11:29-30**) (**Ro 15:26**), pero Dios ha querido colocar en el portal de la historia de la Iglesia, y por medio de una hermosa experiencia vivida, este gran lema: EL AMOR EN EL PODER DEL ESPÍRITU VENCE EL EGOÍSMO.

Temas para meditar y recapacitar

1. Describa cómo los tres mil convertidos del Día de Pentecostés fueron añadidos a la Iglesia, notando todos los pasos y haciendo ver el significado de este relato para la labor de fundar iglesias en nuestro tiempo.
2. Hágase un análisis completo de (**Hch 2:42**), señalando los principios que han de regir en una iglesia local.

El Nombre del Señor Jesús (Hechos 3:1-4:31)

Consideraciones generales

Los capítulos tres y cuatro están llenos de incidentes y mensajes, a cuál más interesante e instructivo, siendo la nota dominante que lo une todo en una divina sinfonía de poder y de adoración —en medio de la discordia de la oposición de los hombres— el NOMBRE DE JESUCRISTO. Los judíos (en su parte oficial) habían rehusado sacar las consecuencias lógicas de las manifestaciones del poder divino en el ministerio de Jesús de Nazaret, y, al crucificarle, creían que habían quitado de en medio su gran Testimonio, que tanto estorbaba sus mezquinas y humanas ambiciones. No sabían que el Señor había dejado su NOMBRE como precioso legado a los suyos (**Jn 14:12-14**) (**Jn 16:23-28**), y que en tal Nombre éstos habían de hacer “*mayores obras*”, puesto que, habiendo ganado la victoria en la Cruz, el Señor y Cristo operaba ya desde la Diestra en las Alturas a través de sus siervos en la tierra. Hemos de ver cómo el NOMBRE resuena en el mismo centro del judaísmo tanto para la bendición de los cuerpos y de las almas de los sumisos como para la perturbación y confusión de quienes dieron muerte al Salvador.

La curación del cojo (Hch 3:1-11)

1. Compañeros en la obra (Hch 3:1)

Pedro y Juan habían sido amigos y compañeros desde el principio de su ministerio, formando, con Jacobo, aquel círculo íntimo de los tres que participaba en experiencias tan sagradas como la de la Transfiguración y la Agonía en el Huerto. Más tarde les veremos trabajar juntos otra vez al confirmar la Obra de Dios entre los samaritanos (**Hch 8:14**) y podemos pensar que sus temperamentos y dotes (aparentemente tan distintos) se complementaban para formar un “equipo” raras veces igualado en el servicio del Reino.

2. La hora de la oración (Hch 3:1)

El hecho de subir juntos al Templo a la hora de la oración confirma lo que ya hicimos constar en el comentario sobre (**Hch 2:46**) acerca de las costumbres de los primeros cristianos: que éstos no dejaban de participar por entonces en el culto del Templo. Los judíos tenían señalados tres períodos para la oración colectiva todos los días: por la mañana, cuando se ofrecía el sacrificio matutino; a las tres de la tarde, cuando se hacía otra oblación diaria, y a la puesta del sol. Parece ser que la oración de la hora novena (a las tres de la tarde) se revestía de una importancia especial (**Sal 55:17**) (**Lc 1:10**).

3. El estado del cojo (Hch 3:2)

Nos preguntamos por qué este cojo no se aprovechó del solícito ministerio sanador del mismo Señor en el Templo, que se mantuvo hasta el fin (**Mt 21:14**); pero seguramente la providencia de Dios ordenaba que éste quedara con su necesidad hasta que fuese restaurado por el Salvador desde la Diestra, a fin de que resplandeciera la gloria de su Nombre en la boca de sus siervos.

A la manera de tantas narraciones en los Evangelios, Lucas subraya el estado desesperado del hombre que había de ser curado por el Nombre, notando que su incapacidad databa de su nacimiento, de modo que nunca había sabido lo que era andar. Sus pies y tobillos estaban torcidos e inútiles, y sin el auxilio de sus familiares y amigos no

habría podido colocarse al lado de la puerta principal del Templo para pedir la caridad pública.

Algunos eruditos (notablemente W. K. Hobart en “El lenguaje médico de San Lucas”) creen discernir en las expresiones de **(Hch 3:2,7)** evidencias de la profesión del autor, pero lo único que se puede decir con certeza es que el vocabulario es compatible con el interés especial de un médico, sin que sea necesariamente lenguaje técnico. Más importante es la lección fundamental que tantas veces se pone de relieve en los Evangelios en casos análogos: no había esperanza para el enfermo aparte del Nombre de Jesús el Salvador.

4. La puerta llamada la “Hermosa” (Hch 3:2)

Herodes había ampliado notablemente el recinto del Templo, rodeando el santuario de extensos y hermosos atrios y pórticos, siendo permitido a los gentiles que pasasen a las explanadas exteriores. Había una barrera entre éstas y el verdadero Templo, en la que nueve puertas daban acceso primeramente al patio de las mujeres hebreas, y después al de los israelitas varones. El núcleo interno era sagrado para los sacerdotes, y el “santuario” era semejante en plan y propósito al Tabernáculo en el Desierto, bien que permanente ya y de gran riqueza arquitectónica. Faltaba, sin embargo, el símbolo más importante, el Arca del Pacto, perdida en la destrucción de Jerusalén por los babilonios, y que nadie se había atrevido a imitar.

Josefo habla de una puerta de bronce, llamada “de Nicanor”, tan primorosamente labrada que valía más que el oro, y es muy probable que ésta sea la “puerta llamada la Hermosa”, en las gradas de la cual estaba echado el cojo.

5. El “Nombre” en operación (Hch 3:3-8)

El incidente se describe de forma muy natural, surgiendo el interés dramático de la misma situación. El hecho de que dos hombres se fijasen en él, con el mandato “*míranos*”, parecía indicar al hombre impedido que le habían de dar una limosna importante, pero Pedro aclaró que su don no sería dinero, pues no poseía ni oro ni plata, sino algo de mucha mayor importancia que dependía del Nombre de Jesús. Sin duda el enfermo conocía bien el Nombre y habría pensado muchas veces antes de la crucifixión en la posibilidad de una curación mediante un encuentro con el profeta de Galilea. Por eso el segundo mandato de Pedro —“*en el Nombre de Jesús el Nazareno, levántate y anda*”— halló la respuesta de fe que el apóstol subraya en **(Hch 3:16)**. Pedro, al agarrar al enfermo por la mano derecha, ayudó el proceso, pero la curación fue “*por fe en el Nombre*”, como tantas veces se reitera en los versículos siguientes.

Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, aún hacía milagros en Jerusalén, acreditando así los mensajes de sus siervos **(He 2:3-4)**.

Por vez primera en su vida el hombre sanado pudo colocar sus pies firmemente en el suelo, y ponerse de pie. Maravillado de sí mismo, empezó a dar algunos pasos, y luego, comprobando la certeza de este nuevo poder, se llenó de tal forma de gozo y de gratitud a Dios que entró con los apóstoles por la Puerta Hermosa —para tomar por primera vez una parte normal en el culto de su pueblo— andando, saltando y alabando a Dios. Cada detalle es de tal exactitud psicológica, que solamente los más obstinados incrédulos pueden dudar de la veracidad de la historia.

El milagro, igual que aquellos que hacía Jesús durante su ministerio terrenal, fue instantáneo y completo, a diferencia de los pobres resultados de las “campañas de sanidades” de nuestros tiempos, sean de éste o del otro sector del cristianismo.

6. El asombro del pueblo (Hch 3:9-11)

La primera función de un milagro es la de “llamar la atención” para que la gente escuche con atención el mensaje de los siervos de Dios y, en consecuencia, acuda al Señor que proclaman. El portento de la curación del cojo llenó de asombro al pueblo, pues muchos, fijándose en el que saltaba y alababa a Dios, se dieron perfecta cuenta de que era el conocido mendigo que solía pedir limosna delante de la Puerta Hermosa. Los siervos de Dios se dirigieron al espacioso Pórtico de Salomón, lugar predilecto de reunión para la iglesia naciente, y en aquel sitio amplio y sosegado, Pedro tuvo otra oportunidad para ofrecer la salvación a los judíos que quisiesen aceptar a Jesús como su Mesías-Salvador.

El segundo discurso de Pedro (Hch 3:12-26)

1. El carácter general del discurso

Por la potencia del Espíritu Santo, Pedro aprovechó plenamente esta nueva oportunidad para lanzar la “proclamación” de lo que Dios había hecho en Cristo, allí en el mismo corazón y sede del judaísmo. Tomando como punto de partida el asombro de los circunstantes, pasó a la obra del Dios de Abraham que se realizaba en el “Siervo”, contrastando el rechazamiento de Jesús por los judíos con la “gloria” que Dios le había dado. El crimen nacional se subraya gráficamente, pero el Nombre que sanó al hombre enfermo podía ser también el medio para derramar las bendiciones prometidas sobre Israel si solamente comprendiera y se arrepintiera. Abundan las referencias al Antiguo Testamento, que veremos en su lugar. El estudiante debe notar en este mensaje los rasgos normales de la proclamación apostólica que hemos señalado ya en el análisis del sermón del Día de Pentecostés.

2. La obra del Dios de Abraham (Hch 3:12-13)

“¿Quiénes somos nosotros?” —pregunta Pedro en efecto—. Un hombre con una enfermedad incurable no podría ser sanado por medio de nuestra potencia o piedad. Hay que remontar a los principios de vuestra historia para pensar en la promesa que Dios dio a Abraham (**Gn 12:1-3**), confirmada por un pacto y reiterada a Isaac y Jacob. El proceso de bendición que entonces se inició se lleva a cabo por medio del gran Siervo de Jehová, a quien ha glorificado en este acto de sanidad, porque ya le ha glorificado a su Diestra.

3. La culpabilidad de los judíos (Hch 3:13-15)

Pedro recalcó la culpabilidad de Israel mediante una serie de dramáticos contrastes. Los judíos entregaron y negaron (dos veces) al Santo y Justo, pero Dios le levantó de entre los muertos y le glorificó. Hasta el procurador Pilato, pagano de religión y de mala fama como gobernante, había querido poner en libertad a Jesús, pero había cedido ante la insistencia criminal de los príncipes. Los judíos negaron al Santo y al Justo, pidiendo como gracia especial —así la frase en el original— que les fuese otorgado un homicida, Barrabás. Queda aún otra antítesis: “*Matasteis al Autor de la vida*”: paradoja que se explica tan sólo en relación con “*el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios*”, pero que subraya dramáticamente el crimen de los judíos.

Abundan preciosos títulos mesiánicos aquí —el Santo, el Justo, el Autor de la Vida—, hallándose otros como el Profeta, la Piedra, el Ungido y el Siervo más adelante.

No dejemos de notar el testimonio apostólico a la Resurrección en (**Hch 3:15**), cuya importancia hemos señalado anteriormente.

4. El Nombre y la fe (Hch 3:16)

Este versículo vuelve a señalar el significado y la explicación del portento que los judíos habían presenciado, y la traducción literal es como sigue: *“Y sobre la base de la fe en SU NOMBRE, SU NOMBRE fortaleció a este hombre a quien vosotros contempláis y conocéis; y la fe que por él es, le ha dado esta completa sanidad en presencia de todos vosotros”*.

La construcción gramatical es extraña a causa de la repetición de SU NOMBRE, y muchos eruditos han buscado la manera de “arreglarlo”, pero así consta en los mejores textos griegos, y hemos de sacar la conclusión de que el Espíritu Santo quiso poner doble énfasis sobre el poder del Nombre —el verdadero tema de toda esta sección— haciendo caso omiso de la retórica. El Nombre es la dignidad y la poderosa operación del Señor, quien, ausente en presencia corporal, dirigía a sus siervos desde la Diestra. Aquel Nombre, pues, fortaleció al enfermo. La primera frase: *“Sobre la base de la fe en su Nombre”* nos recuerda que el hombre ejerció una fe real en el Señor anunciado por Pedro, y así el poder, en lugar de ser desviado por el obstáculo de la incredulidad, halló cauce libre para perfeccionar la obra de sanidad.

Queda aún un punto interesante que aclarar en este texto: *“y la fe que es por Él ha dado a éste esta completa sanidad...”*. La frase *“por Él”* indica que la misma fe, complemento necesario del poder del Señor en esta curación, vino también por medio de la bendita Persona del Cristo. Es un aspecto de la recepción de la salvación que debe considerarse a la luz de las demás Escrituras; es verdad que la fe es imposible sin el auxilio del Espíritu de Cristo, pero eso no anula la responsabilidad del hombre, quien puede aceptar o rechazar este auxilio. Nadie, pues, tiene derecho a citar la frase: *“la fe que por Él es”* con el fin de excusarse diciendo: *“Yo no puedo creer porque Dios no me ha dado fe”*. Los medios ya provistos por la Palabra y el Espíritu son muy suficientes para el alma que quiere saber y hacer la voluntad de Dios, pero siempre habrá aquellos sobre los cuales Cristo tendrá que lamentar: *“No quisisteis venir a mí para tener la vida”*. (Jn 3:16,36) (Jn 5:40) (Lc 13:34) (Ef 2:8-9).

5. El Ungido que había de padecer (Hch 3:17-18)

En este punto Pedro deja de señalar las lecciones que surgen de la curación del enfermo para dirigirse directamente al pueblo de Israel, representado por los millares de judíos que le escuchan. Es notable que admitiera la *“ignorancia”* del pueblo como una especie de *“disculpa”* del horrendo crimen del Gólgota, y sobre todo en el caso de los gobernantes (Hch 3:17), pero percibimos aquí el eco del ruego del Señor en la cruz: *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”*: maravilloso ejemplo de la gracia de Dios que se vuelve a destacar en (Hch 3:26): *“Habiendo Dios levantado a su Siervo, le envió primeramente a vosotros bendiciéndolos”*, (así literalmente). Aun sobre este terreno nacional Cristo quiso *“bendecir a sus enemigos”*, bien que todo ello no anula el hecho del juicio en el caso de quienes persistieran en endurecer su corazón.

Por encima de la ignorancia y de los crímenes de los hombres, Dios llevaba adelante el plan de la redención: *“Pero Dios ha cumplido así lo que antes había anunciado por boca de todos sus profetas, que su Cristo había de padecer”*, recalcando una vez más la *“divina necesidad”* de la Cruz.

Los rabinos de épocas posteriores (tenemos pocos datos imparciales sobre sus creencias en el momento que tratamos) solían distinguir entre el Mesías que había de establecer el Reino en gloria y el *“Siervo de Jehová”* (presentado mayormente en los capítulos 42 a 53 de Isaías) que había de sufrir por el pueblo, apuntándose también la idea de que el *“Siervo”* no era más que el pueblo mismo visto en el proceso de su disciplina y

sufrimientos. Con todo hay ciertas indicaciones de que algunos aceptaban la identificación del “*Siervo que sufría*”, con el Mesías (en un “targum” de Jonatán ben Uzziel sobre Is 42:1 y 52:13), y es difícil comprender cómo los apóstoles pudieran apelar tan confiadamente, una y otra vez, a las profecías sobre el Siervo, en sentido mesiánico, a no ser que muchos judíos hubiesen admitido la identificación. Sea ello como fuere, los apóstoles habían sido aleccionados por el Maestro mismo en este sentido y aplicaban con toda confianza la profecía de (Is 52) a Jesús, como el Mesías profetizado.

¿Podía Pedro decir con razón que todos los profetas habían hablado de un Mesías que sufría? Ya hemos visto que el tema descuella sobre todo en Isaías capítulos 42 a 53, pero Zacarías (representando los profetas menores) habló de un “*Pastor*” vendido por treinta piezas de plata, y a quien Jehová “*hirió*” levantando “*espada*” contra él (Zac 11:11-13) (Zac 13:7); hemos notado igualmente que muchos de los lamentos de David pasan más allá de su propia experiencia, entendiéndose en su plenitud tan sólo en relación con el Hijo de David (Sal 22; Sal 69, etcétera). En el fondo de todo el Antiguo Testamento se halla el simbolismo de la salvación por medio del derramamiento de la sangre de la víctima inocente, que suena siempre como acompañamiento de contrabajo sobre el cual se destacan notas de triunfo. Difícilmente habría podido reprender el Señor a los dos de Emaús por su torpeza por no entenderlo si el tema hubiese sido totalmente velado en las Escrituras (Lc 24:25-27).

6. El arrepentimiento y los “*tiempos de refrigerio*” (Hch 3:19-20)

Cristo “*vino a lo suyo, mas los suyos no le recibieron*”, perdiendo éstos las bendiciones que él estaba dispuesto a derramar sobre ellos. Sin embargo, el “*determinado consejo de Dios*” aprovechó la rebeldía del pueblo para “*abrir un manantial*” de perdón y de gracia, aun tratándose de Israel (Zac 13:1). En vista de la nueva oportunidad que la gracia de Dios otorgó al pueblo, Pedro reiteró el mandato de (Hch 2:38): “*¡Arrepentíos y convertíos!*”. Sólo un cambio completo de actitud de parte de Israel, volviéndose los rebeldes al Mesías que antes habían despreciado, podría traer de la presencia del Señor exaltado los “*tiempos de refrigerio*”, o, quizá, tiempos de “*demora de sentencia*”. Luego Jesús, el Mesías designado por Dios, podría ser enviado otra vez para la consumación de su obra (Hch 3:20).

Históricamente, la oferta de gracia y de perdón no fue aceptada sino por un “*Resto*”, que fue incorporado entonces en la Iglesia, quedando el judaísmo oficial bajo la sentencia que el Señor había pronunciado contra él (Lc 13:34-35) (Lc 23:29-31) y que se cumplió sin más demora cuando Jerusalén fue destruida por los romanos en el año 70. Sin embargo, ha de venir una época cuando todo Israel será salvo. Esta salvación, en el ámbito nacional, se ha de distinguir netamente de lo que reciben los israelitas que en esta dispensación creen en el Señor para ser salvos juntamente con sus hermanos gentiles como miembros de la Iglesia, aunque, desde luego, la base es siempre la Obra de la Cruz (Ro 21:22-36) (2 Co 3:14-16) (Zac 12:10-13:1).

7. El tiempo de restauración (Hch 3:21)

La diestra del Altísimo, donde el Cristo triunfante está entronizado, es centro de benéfica actividad para la Iglesia, pues desde allí el Señor dirige el servicio de los suyos; pero en cuanto a Israel y el mundo la estancia de Cristo allí es una especie de paréntesis según este versículo: “*A quien de cierto es necesario que el Cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas*”. Otro aspecto de este compás de espera se nota en (He 10:13): “*Se ha sentado a la Diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies*”.

En las leyendas del paganismo, la “edad de oro” se halla únicamente en un pasado remoto y añorado, pero en la revelación divina, al Edén perdido en el principio de la historia de la raza corresponde un Paraíso de bendición al final: la bendita meta a la que Dios conduce la humanidad, a pesar de los profundos valles de dolor que es llamada a atravesar. Hubo “*ruina*” a causa de la injerencia de las misteriosas fuerzas del mal, pero también habrá “*restauración*”, en cumplimiento de los pensamientos de Dios, sobre la base de la obra de expiación del Gólgota.

Israel fue escogido para adelantar esta obra de restauración y tendrá en ella (además de las “*primicias*” de los judíos convertidos en la Iglesia) una primera parte según las múltiples profecías del Antiguo Testamento. Pero el Reino de gloria sobre la tierra, llamado comúnmente el “*milenio*” por las referencias a los “*mil años*” en **(Ap 20:2-7)**, aun siendo la culminación del proceso histórico sobre la tierra vieja, no será más que el trasunto, en términos materiales, del Universo renovado bajo un signo espiritual y eterno, “*Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia*” **(2 P 3:10-13) (Ap 21:1-7)**.

La manifestación pública del Señor (su “*epifaneia*”, o “*apocalupsis*”) que pone fin a la presente sesión a la Diestra, se relaciona con la “*consumación de este siglo*”, con el “*Día de Jehová*” y con la inauguración del Reino glorioso en la tierra.

Entre múltiples referencias, véanse estos pasajes típicos: **(Mt 24:3,29-31,37-39) (Mt 25:32) (Ap 1:7) (Ap 19:11-20:5)**.

Descripciones de “*los tiempos de la restauración de todas las cosas*”, con referencia especial a la parte de Israel en ella, se hallan, entre otros muchos pasajes, en **(Is 11-12) (Is 61-63) (Jer 30-31) (Ez 36:7-38) (Os 14) (Jl 2:18-3:21) (Am 9:11-15) (Mi 4) (Mi 7:11-20) (Sof 3:8-20) (Zac 8,10,14) (Mal 4:2-3)**.

8. Los profetas y el Profeta (Hch 3:21-24)

La “*restauración de todas las cosas*” no es un tema ocasional y esporádico, sino el que predomina en todos los profetas según la frase de Pedro: “*sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo*” y “*desde Samuel en adelante, cuantos han hablado, también han anunciado estos días*” **(Hch 3:21,24)**. No se han conservado oráculos de Samuel, pero él era el organizador de las “*escuelas de los profetas*” que luego subrayaron el tema, y también ungió a David, fundador del Reino verdadero y permanente, cuyo Hijo sacará a la luz el Reino Eterno **(2 S 7:10-16)**. Así tuvo su participación en la tendencia general de toda profecía, que vislumbraba siempre la meta de una obra perfecta de Dios sobre la tierra.

Este rasgo de la revelación divina que señala una consumación futura no debe extrañarnos, pues la mente humana no puede concebir complicadas máquinas que se construyen “*porque sí*” sin una finalidad bien definida. Los razonamientos sobre la necesidad de un propósito y una finalidad en el universo se llaman “*teológicos*” (“*telos*” en griego equivale a “*fin*” o “*consumación*”), y constituyen la mejor contestación al materialismo árido que sabe “*observar*” la naturaleza, al par que rehúsa creer que camina hacia una meta.

De tantas profecías, Pedro escogió para mención especial la de Moisés sobre el Profeta que Dios había de levantar **(Hch 3:22-23)** con **(Dt 18:15-19)**. Si examinamos el pasaje de referencia veremos que Moisés avisaba al pueblo contra el peligro de los falsos profetas que podrían desviar al pueblo hacia la idolatría mediante sus engañosos mensajes. No tenían que hacer caso de los tales, pero sí de los profetas que Dios levantaría de la forma en que había suscitado a Moisés mismo, otorgándoles claras manifestaciones del poder del Espíritu en sus obras y palabras (“*cómo me levantó a mí*”).

Pero, conforme a muchas otras declaraciones del Antiguo Testamento la interpretación primaria halla su cumplimiento final en aquel que había de venir, en quien debía encarnarse todo el “*espíritu de profecía*”, siendo la “*última Palabra de Dios*” (He 1:1). Es obvio, pues, que quien rechazara al tal perdería toda parte en el verdadero pueblo de Dios.

9. Los “hijos de los profetas” y los “hijos del pacto abrahámico” (Hch 3:25)

La frase “*estos días*” en (Hch 3:24) refiere al tiempo del cumplimiento de las promesas proféticas que empezó a regir cuando Cristo, el Fiador de todas ellas, cumplió su misión redentora en la tierra, bien que los rasgos externos de la época no se verán hasta su segundo advenimiento.

Pedro quiere animar y consolar a los “*hombres de buena voluntad*” en su auditorio, llamándoles “*hijos de los profetas*” e “*hijos del pacto*” con Abraham. Recordemos que los hebreos empleaban la palabra “*hijo*” en sentido metafórico para indicar a alguien que participara de la naturaleza de otro, a la semejanza de un hijo en la vida del padre. Así la frase “*hijos de los profetas*” quiere decir sencillamente que los judíos eran los herederos naturales de las promesas del Antiguo Testamento y participantes en el fruto del ministerio profético. Era natural, pues, que ellos respondiesen al llamamiento con el fin de gozarse del “*tiempo de la restauración de todas las cosas*”.

De igual forma eran “*hijos del pacto*” que Dios hizo con los padres: “*diciendo a Abraham: En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra*” (Hch 3:25). Las bendiciones habían de ser universales, pero Dios había escogido precisamente a Abraham y a sus descendientes para ser el cauce por el cual llegarían al mundo entero. La puerta de la gracia estaba abierta delante de los judíos de par en par, y no faltaba más que el paso del arrepentimiento y la fe para entrar en posesión de su herencia espiritual.

Este pacto con Abraham, confirmado luego por juramento, y reiterado a Isaac y Jacob, es de gran importancia en la historia de la redención, ya que Pablo enseña claramente en Gálatas capítulo 3 que no era transitorio, como el pacto legal, sino eterno e incondicional, en vista de que el cumplimiento no dependía de esfuerzos humanos, que siempre fracasan, sino de la gracia de Dios encauzado por la “*Simiente*” que había de manifestarse. Huelga decir que sólo los fieles pueden aprovechar el pacto incondicional. Así quedó incorporado en el Nuevo Pacto sellado por la sangre de Cristo, y bien que ciertas cláusulas garantizaban favores especiales para Israel, la bendición espiritual se hace extensiva a todas las familias de la tierra.

10. El Siervo que Dios levantó (Hch 3:26)

Los títulos “*Hijo*” o “*siervo*” aquí traducen la voz griega “*país*”, que correspondía sobre todo al concepto del “*Siervo de Jehová*” que hallamos en Isaías capítulos 42 a 53. El verbo “*levantó*” no se refiere tanto a la Resurrección del Señor como al hecho de que Dios le puso delante del pueblo para la realización de la obra de salvación, de la forma en que “*levantó*” a Moisés en su día en relación con su cometido especial (Hch 3:22). Este Siervo es “*enviado*” al pueblo de nuevo por medio de la proclamación de Pedro, en además de bendición, y en cumplimiento del constante principio: “*al judío primeramente, y también al griego*”. Pero no puede haber bendición sin la solución del problema del pecado, que, en cuanto a su recepción, es algo individual, de modo que cada uno tenía que determinar cómo había de responder al llamamiento, bien que éste se dirige a la nación. Así termina el apóstol su hermoso y contundente mensaje: “*A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad*”.

El choque la iglesia naciente con el judaísmo oficial (Hch 4:1-22)

I. Juan y Pedro arrestados (Hch 4:11)

Por la providencia de Dios, Pedro pudo terminar su renovada proclamación del Evangelio antes de ser interrumpido por los representantes del judaísmo oficial: el poder humano que había condenado a muerte al Redentor. Era de esperar esta reacción contraria, y lo que más nos extraña es que hubiese tardado tanto en manifestarse, dando lugar la demora a que los apóstoles pudiesen colocar firmemente los cimientos de la Iglesia en Jerusalén antes de ser molestados por los enemigos del Cristo. Sin duda, el misterio de la “tumba vacía” y los asombrosos acontecimientos del Día de Pentecostés (conocidos y comentados por todo el pueblo) habían producido una especie de parálisis moral en estos hombres hasta tal punto que no reaccionasen hasta ver que la proclamación pública de Jesús resucitado constituyera una amenaza tan real a su posición y privilegios como la misma presencia de Jesucristo durante su ministerio terrenal. La popularidad de los apóstoles frente a las multitudes en la primera etapa de su testimonio fue motivo también de que los líderes procedieran con prudencia.

Los representantes del judaísmo que se mencionan en el primer versículo eran sacerdotes; el jefe de la guardia del Templo y los saduceos. No todos los sacerdotes eran enemigos de Jesucristo (**Hch 6:7**), pero muchos comprendían que el nuevo movimiento amenazaba sus intereses creados, y, además, siendo en su mayoría saduceos, se disgustaron en gran manera al oír la proclamación de la doctrina de la resurrección de los muertos en la Persona de Jesús. El jefe de la guardia del Templo se llamaba el “sagán”, y este importante personaje, escogido de entre las principales familias sacerdotales, era responsable por el orden dentro del recinto del templo, teniendo a sus órdenes un cuerpo escogido de levitas. Jerárquicamente seguía en importancia al mismo sumo sacerdote.

En los Evangelios, la oposición al ministerio del Señor procedía mayormente de la secta de los fariseos, por ser éstos los defensores de la “*tradición de los ancianos*”, pero en Los Hechos la secta saducea suele dirigir los ataques contra la Iglesia, no sólo por su interés en defender el sistema sacerdotal, sino también por su odio al concepto de la resurrección corporal, admitido por los fariseos (**Lc 20:27-38**) (**Hch 23:1-10**).

Pedro y Juan habían subido al Templo sobre las tres de la tarde, y los acontecimientos que hemos venido considerando ocuparían quizás un par de horas, de modo que el día declinaba ya cuando sobrevinieron los emisarios del judaísmo, no siendo posible convocar el Sanedrín aquella tarde. Por eso el Sagán y sus levitas llevaron a los apóstoles a unos calabozos que se hallaban en el área del Templo con el fin de hacerles comparecer delante del Consejo el día siguiente.

Sin embargo, la Palabra de Dios no estaba presa y el mensaje de Pedro fue bendecido de tal manera que cinco mil varones israelitas más aceptaron a Jesús como su Mesías, lo que elevó el número de hombres creyentes a la cifra de ocho mil (**Hch 4:4**). Si añadimos el número de mujeres creyentes, comprenderemos que la primera “*iglesia local*” era tan numerosa que su presencia tenía que hacerse sentir con poder en una ciudad relativamente pequeña como lo era Jerusalén.

La reunión del sanedrín (Hch 4:5-6)

I. La composición del Consejo

El nombre “sanedrín” es una adaptación aramea de una voz griega, “*sunedrion*”, que significaba “*una asamblea*”. Era el Consejo superior de la nación investido de todas las atribuciones jurídicas y legislativas que no reservara para sí el poder protector de Roma, siendo constituido por setenta miembros, además del sumo sacerdote del día, quien presidía las sesiones “*ex officio*”. A los judíos les gustaba pensar que era una continuación de las juntas de “*ancianos*” que se destacaban desde los tiempos de Moisés (**Ex 3:16**) (**Ex 19:7**) (**Ex 24:1**) (**Nm 11:16**), y es verdad que los jefes de familias habían influenciado en la política de Israel desde aquellos tiempos. Pero el Sanedrín, tal como funcionaba en los tiempos del Nuevo Testamento databa solamente de los tiempos de la dominación griega, o sea, desde dos siglos antes de Cristo. Se componía de los príncipes de los sacerdotes, de los ancianos (“*presbuteroi*”) y de los escribas, ejerciendo una influencia predominante el sector sacerdotal en los tiempos que nos ocupan. Los “*ancianos*” eran conocidos jefes de familia, y los escribas los intérpretes oficiales de la Ley y de la tradición, simpatizando éstos mayormente con la posición de los fariseos.

Josefo menciona que el lugar de las reuniones del Consejo se hallaba al extremo occidental del área del Templo. Allí los consejeros se sentaban en semicírculo bajo la presidencia del sumo sacerdote, con el fin de que todos pudiesen verse, y los reos (tratándose de procesos judiciales) se colocaban en el centro.

En (**Hch 4:6**), Lucas menciona varios destacados miembros del Sanedrín, siendo Anás la cabeza de la familia sacerdotal más importante, a pesar de que los romanos le habían destituido como sumo sacerdote. Caifás ejercía una poderosa influencia en la oligarquía por haber llevado dieciséis años como pontífice, sabiendo congraciarse con los gobernadores romanos. Juan y Alejandro no tienen más significado que su alto rango en la casta sacerdotal de aquel tiempo.

El interrogatorio y la réplica de Pedro (Hch 4:7-12)

I. La perplejidad de los príncipes

El momento del primer choque entre la Iglesia naciente y las fuerzas del judaísmo oficial está lleno de interés dramático. Hacía solamente unas semanas que Jesús había ocupado el lugar reservado ahora para Juan y Pedro, habiendo sido condenado a muerte por blasfemo. Por medio de una presión política sin escrúpulos, Caifás y sus colegas habían conseguido que Pilato, contra su propia voluntad, entregase a la muerte de crucifixión al odiado “*Nazareno*”, pensando librarse así del impacto de su Persona y doctrinas, que amenazaban el sistema político-religioso de ellos. Pero tras un corto período, lleno de rumores y de asombrosos acontecimientos, los discípulos de Jesucristo consiguieron llenar la ciudad con el Nombre del Nazareno, declarando que había resucitado. No sólo eso, sino que una obra de sanidad recordaba aquel benéfico ministerio de Jesús que le había procurado tanto prestigio en la nación.

2. ¿Qué clase de poder? (Hch 4:7)

La pregunta de (**Hch 4:7**) abre la sesión, y, ampliándose, podría significar lo siguiente: ¿Quiénes sois vosotros para obrar milagros? ¿De dónde procede el poder para ello? ¿En Nombre de quién obráis? Como el hecho de la curación era innegable, trataban de atribuirlo a artes mágicas, en confabulación con poderes satánicos, basándose la interrogación en las instrucciones de (**Dt 13:1-5**).

Seguramente no contaban con la autoridad y el poder de la contestación de estos hombres despreciados. Pero Pedro fue llenado de Espíritu Santo ("*plestheis*" indica la inspiración para una obra especial, mientras que "*pleres*" significa "*estar lleno del Espíritu*"), que le capacitó para hablar con una sabiduría divina muy diferente de la defensa de los reos que trataban solamente de salvar o sus vidas o sus bienes. La misma inspiración le elevaba también por encima de los áridos argumentos de los escribas.

Después de dirigirse en términos respetuosos a sus jueces (**Hch 4:8**), Pedro recalcó que se trataba de explicar "*el beneficio hecho a un hombre enfermo*", que en sí era un crimen harto singular, y que sugería más bien la operación de un poder benéfico que no satánico. ¿Por quién se había llevado a cabo? La contestación fue sencilla, y lejos de procurar encubrir alguna fórmula mágica y vergonzosa, Pedro quería que no sólo el Sanedrín, sino todo el pueblo de Israel se diera cuenta de que el milagro se había efectuado en el Nombre de Jesucristo el Nazareno (**Hch 4:10**).

3. La Piedra rechazada (Hch 4:11)

De la defensa pasó el apóstol enseguida al ataque, recordando a los príncipes que ellos mismos habían sido culpables de la muerte de Jesús, pero que Dios había trastocado su sentencia por levantarlo de entre los muertos. El poder del Resucitado había restaurado a perfecta salud al impedido (**Hch 4:10**).

La cita sobre la "*piedra desechada por los edificadores*" (**Hch 4:11**) (**Sal 118:22**) (**Is 8:14**) demostró un conocimiento íntimo de los sagrados oráculos del Antiguo Testamento, con referencia especial a las profecías mesiánicas, y servía de base para generalizar la lección de la curación del enfermo (**Mr 12:10-12**) (**Mt 16:18**) (**1 P 2:4-8**).

4. El Nombre salvador (Hch 4:12)

No sólo había sido sanado el enfermo por el Nombre de Jesús, sino que éste era el Mesías Salvador, el designado por Dios y aquel que los profetas habían anunciado. La palabra "*sozo*" en griego puede indicar "*salud*" en lo físico y también "*salvación*" en la esfera espiritual, lo que permitió a Pedro pasar del sentido literal al significado espiritual del término, proclamando que el único Nombre que Dios había dado a los hombres para su salvación, en todo el ámbito del mundo, era aquel mismo Nombre de Jesús que tan potente había sido para dar salud al enfermo (**Hch 4:12**).

Las reacciones del sanedrín (Hch 4:13-22)

I. La autoridad de los indoctos (Hch 4:13-14)

La traducción "*sin letras y del vulgo*", como descripción de los apóstoles, ha dado lugar a muchos comentarios muy alejados del verdadero sentido de los términos y de las reacciones del Sanedrín. Pedro se había expresado con confianza frente al augusto tribunal de sacerdotes y teólogos, ordenando bien sus argumentos y subrayando con mucha eficacia su testimonio. Los ancianos se extrañaron de que una defensa tal procediera de hombres que no habían pasado por las escuelas rabínicas, y que eran meros "*legos*" comparados con los "*profesionales*" que se sentaban en los bancos del Consejo. No pudieron por menos que relacionar el acierto del discurso de Pedro con las maravillosas enseñanzas, perfectamente adaptadas al estilo de los rabinos, de aquel Rabino, no autorizado por ellos, a quien habían condenado por blasfemo. Pedro y Juan, pues, habían pasado por una "*escuela*", pero no la de los rabinos de Jerusalén, sino por la del Maestro de Galilea, y "*les reconocían que habían estado con Jesús*".

Los argumentos de Pedro habían sido bien ordenados y llenos de poder, pero la mayor demostración de la “razón” de su posición consistía en la presencia allí mismo del hombre sanado, de modo que el tribunal no tenía nada más que alegar, pues su malicia y sus temores no llegaron al punto de poder declarar que el milagro se había efectuado por poderes satánicos.

2. Una conclusión ilógica (Hch 4:15-18)

Retirados los apóstoles por orden del Consejo, éste se quedó en sesión privada a los efectos de determinar la sentencia. La voz de Dios se había hecho oír tan claramente por medio de las obras y palabras del mismo Señor y de los suyos, que la única posición lógica era la de rendirse a la evidencia y buscar el perdón de Dios por medio de un arrepentimiento sincero.

Pero eran “duros de cerviz”, y, habiéndose rebelado contra el mismo Mesías, insistían en oponerse a los heraldos del Resucitado. Pero la perplejidad era mucha, y tenían las manos atadas por la presión de la multitud que glorificaba a Dios al ver lo que había sucedido (**Hch 4:21**), de modo que no les quedaba más posibilidad que la de conceder la libertad a Pedro y a Juan —reconociendo en efecto que habían obrado como siervos de Dios y no del diablo— y al mismo tiempo prohibir con amenazas la continuada proclamación del Nombre de Jesús. Se pone de relieve aquí la falta de lógica de los ciegos y de los rebeldes.

No hemos de subestimar, sin embargo, la importancia del fallo del Sanedrín que se expresa en (**Hch 4:18**). El máximo tribunal de la nación, después de su primer choque con los testigos del Resucitado, falló oficialmente que los discípulos no habían de “hablar” ni “enseñar” en el Nombre de Jesús, que equivalía a prohibir tanto la predicación pública como la enseñanza por las casas. Desde entonces, al seguir predicando, los apóstoles se hallaban en franca rebeldía con respecto al Sanedrín. Se había fijado la posición del judaísmo frente a la Iglesia naciente.

3. Un testimonio valeroso (Hch 4:19-20)

Si el Sanedrín había determinado su criterio frente a los mensajeros del Mesías resucitado, éstos a su vez declararon en términos contundentes cuál había de ser su actitud en cuanto al intento de enmudecer su testimonio. Tengamos en cuenta que la actitud normal del creyente frente a las autoridades del mundo es la de sumisión en todo cuanto no afecte su conciencia en la presencia de Dios: posición que se aclaró por el mismo Señor (**Mt 22:21**), por Pablo en las consideraciones de (**Ro 13:1-7**), como también por el mismo Pedro en (**1 P 2:13-24**). Pero los apóstoles obraban bajo órdenes del Señor mismo, y en tal caso, por mediar un mandato divino superior a los fallos de la autoridad humana, era “necesario obedecer a Dios antes que a los jueces”, cuya conciencia de israelitas debía aprobar el principio que ellos mismos aplicaban en sus relaciones con los romanos.

Pero no sólo se trataba de un principio generalmente admitido por quienes temen a Dios, sino de otra necesidad que fue impuesta a los apóstoles como tales, ya que, en vista de la comisión especial que habían recibido, no podían “dejar de decir lo que habían visto y oído” (**Hch 4:20**).

4. La presión de la opinión pública (Hch 4:21-22)

A pesar del desafío de los apóstoles, el Sanedrín se hallaba impotente frente a ellos, no viendo cómo podía castigarles por la notoria “buena obra”, pues una sentencia severa habría exacerbado las susceptibilidades de la turba. Tendremos ocasión de notar en varias ocasiones que la actitud de la multitud jerosolimitana determinaba (bajo las

providencias de Dios) las posibilidades o las limitaciones de la proclamación del Evangelio en la capital del judaísmo. Más tarde la misma turba hará sentir su anárquico poder en sentido contrario al Evangelio, pero durante la primera época, de incierta duración, el entusiasmo de la población por los predicadores y sus “señales” determinó una libertad práctica a pesar de los pronunciamientos contrarios a ella del Sanedrín.

Las reacciones de los siervos de Dios (Hch 4:23-31)

1. “Fueron a los suyos” (Hch 4:23)

Más tarde, en diferentes circunstancias y épocas, los apóstoles tendrán que esconderse del brazo del poder público, pero en la bendita época de que tratamos, volvieron a “los suyos”, a la compañía de los salvos, unida en bendita armonía por la presencia y el poder del Espíritu Santo. Pesaban sobre Pedro y Juan las amenazas de los jefes de su nación, pero su consuelo y su sabiduría consistía en contarlo todo a los suyos (se trata probablemente de una reunión de los guías de la iglesia), y luego todos sometieron el caso al Tribunal del Dios soberano. Quedan los mismos benditos recursos para todos los verdaderos cristianos en nuestros tiempos, y hasta el fin del testimonio de la Iglesia en el mundo.

2. La oración conjunta (Hch 4:24-30)

Algunos escriturarios de nuestros tiempos han pensado que una oración en común, como la que tenemos delante, supone una liturgia y formas estereotipadas de alabanzas y de peticiones. Tales consideraciones surgen de la aridez y de la falta de poder del cristianismo nominal de nuestros tiempos. Es cierto que la generosa medida del vino nuevo de la potencia del Espíritu haría reventar las formas y fórmulas de muchas de las iglesias de hoy, pero aquí se trata de una época en que la plenitud del Espíritu Santo se estaba manifestando de una forma que anticipaba el día cuando se derramará sobre toda carne. Como en la oración conjunta de (Hch 1:24-25), hemos de suponer tal grado de inspiración y de mutua comprensión de la voluntad de Dios de parte de los reunidos, que, al elevar a una sus voces a Dios (Hch 4:24), la oración de todos resultó ser igual. Es posible pensar que un hermano sólo elevara la oración que hallara la aprobación espiritual de todos, pero las expresiones de Lucas no favorecen mucho este supuesto.

a) El reconocimiento del Dios soberano, Creador del Cielo y de la tierra, (Hch 4:24). En exacta consonancia con las circunstancias, la oración se dirige al “Soberano Dios”, Creador de cuanto hay en los cielos y la tierra, a cuyo Tribunal acuden sus siervos (se llaman a sí mismos sus “esclavos” en Hch 4:29) contra el fallo inicuo del Consejo de gobierno de la nación externa, que dejaba de ser en todo sentido el Israel de Dios. La revelación de Dios como Redentor y como “Padre nuestro” no anula el título fundamental de “Despotes” (Dios soberano) y Creador, a quien le corresponde ordenar todas las cosas en virtud de su misma naturaleza.

b) El reconocimiento del plan de Dios revelado en la profecía (Hch 4:25-28). La construcción gramatical de (Hch 4:25) resulta un tanto difícil, pero destaca muy claramente la verdad de la inspiración de los profetas por el Espíritu Santo, ya que éste habló por boca de su siervo David cuando redactó el **Salmo 2**. Todo el salmo merece detenido estudio, puesto que da la clave para la comprensión de los elementos proféticos en el Salterio, y aún echa luz sobre todas las profecías mesiánicas de todo el Antiguo Testamento. El salmista oye los rugidos de las gentes que se rebelan contra Dios, y ve cómo sus príncipes se reúnen en el vano esfuerzo de libertarse de lo que consideran ser las “ligaduras” del servicio del Altísimo, representado por el Rey de su elección. Pero el loco intento no puede prevalecer, ya que Dios ha puesto su Rey sobre Sión y ha publicado

su irrevocable decreto: *“Mi Hijo eres tú... te daré por herencia las naciones”*. El salmo termina con un llamamiento a los reyes y jueces de la tierra, quienes pueden ser bendecidos sólo por reconciliarse con el Hijo. Los breves versículos del salmo resumen la titánica lucha entre los rebeldes en la tierra contra Dios, su Creador y Soberano, quien ha determinado llevar a feliz fin sus designios en relación con los hombres por medio de su Hijo-Siervo.

Los cristianos reunidos perciben una faceta de la gran lucha en los acontecimientos que precedieron la Pasión. Pilato representaba el poderío de Roma; Herodes, rey de un sector de Israel, era vástago de una dinastía idumea, descendiente de los antiguos enemigos que rodearon a Israel en su tierra; el *“pueblo de Israel”* habló por boca del Sanedrín. Todos éstos tomaron consejo contra el Ungido, el Santo Siervo Jesús. La referencia a los procesos y consultas que resultaron en la condena y crucifixión de Jesucristo no agotan el sentido del salmo, pero sí enfocan luz sobre el odio insensato de los elementos rebeldes a la voz de Dios en la presencia de su Ungido. Pero en aquel caso, como en todos, los enemigos llegan a ser instrumentos involuntarios para *“hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que se hiciera”* (**Hch 4:28**) (**Hch 2:23**). El intento de rebelión es una locura tal que, en el fuerte lenguaje simbólico del salmo, *“el que mora en los cielos se reirá... luego les hablará a ellos en su furor...”*.

Los cristianos hallaron su refugio bajo la sombra del Omnipotente, y su consuelo y guía en los inspirados anuncios de los propósitos de Dios para el hombre, asegurados en la Persona del Ungido, en cuyas manos había entregado todas las cosas (**Jn 13:3**) (**Mt 11:27**). No había duda en cuanto al desenlace final de la lucha entablada con el Sanedrín, y los fieles proceden a presentar sus peticiones a la luz de las grandes verdades que recordaron en la presencia de Dios.

c) Se pide poder para la proclamación y el testimonio (**Hch 4:29-30**). La única frase que se aproxima un poco a una petición personal es la frase *“Ahora, Señor, mira sus amenazas”*, pero aun así no piden protección física frente al poder humano del tribunal. Es como si dijeran: “Señor, en cuanto a nuestras personas, no sabemos lo que más conviene para el adelanto de tu Reino. Cual Ezequías, extendemos las amenazas del enemigo en tu presencia, y tú sabrás cómo volverlas en bien para tu pueblo y para tu reino” (**Is 37:14**). La petición tiene dos fases muy relacionadas: que Dios les concediera valor y confianza al anunciar la Palabra, y que les fuesen concedidas las “credenciales” de señales y prodigios de la mano de Dios que probasen que obraban en el Nombre del Santo Siervo Jesús.

De nuevo vemos aquí el verdadero uso del milagro. El Sanedrín se hallaba revestido de toda la autoridad de su historia y prestigio, y, hasta cierto punto, en asuntos religiosos, podía contar con el apoyo de Roma. Al mismo tiempo los “legos indoctos” que se atrevieron a desafiar el tribunal, carecían en absoluto de toda autoridad humana para la consecución de su cometido. Piden, pues, que Dios les revista de autoridad mediante señales que diesen a conocer la potencia y la honra del Nombre de Jesucristo, cosa que les fue concedida, y que les capacitó para mantener el testimonio en Jerusalén todo el tiempo que Dios había determinado, y de tal forma que los judíos de la capital quedaron sin excusa cuando el testimonio apostólico pasó en su mayor parte de ellos a otros.

Más tarde (**Hch 5:12-16**) veremos la plena contestación a la maravillosa oración de los discípulos, y la manera en que sus “cartas credenciales” de parte de su Señor les capacitaban para cumplir su misión a pesar de la furia del Sanedrín.

3. El poder del Espíritu Santo renovado (Hch 4:31)

El Sanedrín seguía reuniéndose en su amplio salón, divididos sus miembros en sectas hostiles, perdiendo cada vez más su prestigio a causa de las deshonorosas maniobras de la casta sacerdotal, hasta verse envuelto por fin en las ruinas de la nación cuando los romanos destruyeron la capital. Más adelante notaremos otros hitos que señalan la historia de su degeneración (capítulos 7 y 23), pero aquí queremos subrayar el dramático contraste que presenta Lucas entre la reunión de la Iglesia, llena de poder, en estrecho contacto con el Trono de Dios, deleitándose en los planes de Dios, pidiendo y recibiendo las credenciales y el poder necesarios para su servicio; y las vacilaciones, temores e impotencia del histórico tribunal que, por rechazar al Hijo, no era más que un instrumento en las manos de Satanás. No queremos decir que toda nobleza y honradez había desaparecido de todos sus miembros, pero sí señalamos la ruina de la institución que, en lugar de llevar a la nación por los caminos de la obediencia, encabezada la oposición al Hijo-Heredero enviado a la Viña de Israel (**Mr 12:1-12**).

La renovación de grandes manifestaciones de poder espiritual en la Iglesia después de la oración en conjunto no ha de considerarse como “otro Pentecostés” o como “otro bautismo por el Espíritu Santo”. Ya hemos hecho constar el carácter único del Pentecostés, que hizo posible todas las sucesivas renovaciones de poder entre los discípulos, derramándose abundantemente sobre quienes adoptasen la debida actitud de abnegación propia, de identificación con la voluntad del Señor, y de aprecio por la Persona del Hijo-Siervo. El temblor de la casa es uno de los casos en que el mundo natural se mueve en simpatía con los movimientos espirituales determinados por Dios (**Mt 27:50-54**) (**Hch 16:25-26**) (**Is 6:4**). No hubo obstáculo alguno a los movimientos del Espíritu en los discípulos, quienes, por lo tanto, fueron llenos del Espíritu Santo y, según su petición, hablaron con toda confianza la Palabra de Dios. El fallo del Sanedrín no era más que una letra muerta hasta que Dios hubiese cumplido sus propósitos en Jerusalén.

Temas para meditar y recapacitar

1. En la sección que acaba de estudiar, recoja todas las referencias al Nombre del Señor Jesucristo (o del Hijo, etcétera), subrayando la importancia de la obra realizada en el Nombre por aquellos días en Jerusalén.
2. Dése un resumen del discurso de Pedro después de la curación del hombre impedido en sus líneas generales (**Hch 3:12-26**).
3. Discurra sobre el Sanedrín, y explique la ineficacia de su actuación frente a los apóstoles en la porción estudiada.
4. Analícese la oración conjunta de los discípulos (**Hch 4:24-30**), señalando su importancia y la manera en que fue contestada.

La primera iglesia en Jerusalén (Hechos 4:43-5:42)

Unidad, comunión y poder (Hch 4:32-37)

Hemos de considerar la sección que ahora estudiamos como la contestación conjunta de la Iglesia a las amenazas de las autoridades del pueblo, ya que se mantiene y se acrecienta el testimonio de los nazarenos en Jerusalén a pesar de que el Sanedrín había decretado oficialmente que tenía que terminarse. Frente a la falsa autoridad del Consejo prevalece la autoridad del Nombre de Cristo y la manifiesta operación del Espíritu Santo dentro de la nueva comunidad.

1. La unidad vital

Lucas vuelve a reseñar la bendición interna de la Iglesia antes de describir los triunfos máximos del testimonio de los apóstoles en Jerusalén, siendo fiel al principio de que Dios obra desde dentro hacia afuera, ya que una iglesia formalista o estéril no habría podido servir de base para el ataque contra los bastiones del falso judaísmo. *“La multitud de los que habían creído” (Hch 4:32)* es una manera de describir la “iglesia-comunidad” cristiana, de la cual dice Lucas que *“era de un corazón y de un alma”*. Con naturalidad echa mano a metáforas que corresponden a la vida humana para describir la vibrante unidad del organismo espiritual, ya que el *“corazón”* de un individuo, según el lenguaje bíblico, es el centro de sus afectos, deseos y decisiones, mientras que el *“alma”* (*“psuche”*), es su mismo ser. La Iglesia, por lo tanto, se portaba como si fuera un cuerpo, sano física y psicológicamente, libre de las tensiones que resultan de diversos *“complejos”*, impulsado por los mismos deseos e inclinaciones, y pronto a las mismas decisiones, ya que los ímpetus procedían del Espíritu, sin que se impusiera resistencia a su poder. La trágica excepción de Ananías y Safira, que veremos luego, no hace sino subrayar el grado en que la totalidad de la comunidad se dejaba llevar por la potencia del Espíritu Santo.

2. La comunidad de bienes (Hch 4:32,34,35)

De nuevo hallamos (Hch 2:44-45) que la pujante vida espiritual de los hermanos vence el egoísmo, haciendo posible la comunidad voluntaria de bienes que se apunta en (Hch 4:32,34,35). *“Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía”*, sino que cada uno estaba dispuesto a desprenderse gozosamente de sus posesiones y propiedades. El dinero se depositaba a los pies de los apóstoles, lo que quiere decir que ellos, siendo los guías espirituales de la comunidad, actuaban también como administradores de sus bienes. Más tarde se veía la imposibilidad de que el detalle de la obra material pesara sobre los hombros de los apóstoles-testigos de la nueva era (Hch 6:1-6), pero, por lo pronto, era natural que los creyentes llevaran a ellos el dinero que procedía de la venta de sus propiedades para que se cuidaran de la distribución.

Por el momento la manifestación en poder del Reino de Dios en la comunidad cristiana de Jerusalén producía importantes efectos sociales, ya que se vencía el endémico problema de la pobreza de algunos y la superabundancia de otros, no hallándose *“ningún necesitado entre ellos”*. No hay por qué repetir lo que ya adelantamos anteriormente sobre la vida comunal de la Iglesia en Jerusalén, pero sí reiteramos que dependía enteramente del alto grado de la manifestación de la potencia del Espíritu Santo, y que todo intento de imitarlo en las energías de la carne sería desastroso. El Espíritu dio en abundancia su primer fruto de amor (*“agape”*), que, durante esta época de plenitud, anuló el egoísmo, que es el principio contrario. El secreto se halla en (Hch 4:33): *“Abundante gracia era*

sobre todos ellos”. En el triste refluir de la marea alta del amor, los feos bajíos de la naturaleza carnal volvieron a aparecer en mayor o menor grado (**Hch 6:1**).

Es extraordinario que esta misma iglesia se hallara siempre sumida en una pobreza crónica después de la dispersión que se describe en (**Hch 8:1,4**), lo que dio a Pablo la oportunidad de excitar la generosidad de las iglesias gentiles a su favor (**2 Co 8-9**). Sin sacar más consecuencias del hecho, vemos por lo menos que Dios mantiene y extiende el testimonio suyo de muchas maneras, y que la felicidad de la vida comunal de la Iglesia en Jerusalén no era más que una de ellas.

3. El testimonio apostólico a la Resurrección (Hch 4:33)

“Con gran poder los apóstoles daban testimonio de la Resurrección del Señor Jesús” (**Hch 4:33**). Esta frase, intercalada en la descripción de la vida familiar de la Iglesia, llena de la gracia del Señor, señala la contestación a la petición concreta de (**Hch 4:29**), al par que pone de relieve una vez más que la Resurrección del Señor era el tema típico de la proclama apostólica de la época. Seguramente predicaban todas las grandes verdades de la Fe, hasta donde alcanzaba la revelación que habían recibido, pero el hecho de que el Mesías, rechazado y crucificado por el pueblo infiel, había vencido la muerte por su gloriosa Resurrección, daba fe a todo lo demás, infundiéndole vitalidad y poder. En las epístolas hallamos que todas las grandes doctrinas de la Fe cristiana se relacionan de una forma o de otra con el hecho de la Resurrección física, histórica y real del Señor Jesucristo, hasta tal punto que un credo en que no constara este hecho como piedra fundamental dejaría de ser cristiano (**1 Co 15:1-28**). En los patios del Templo, en todo lugar de reunión pública, por numerosas casas de la metrópoli del judaísmo, la proclamación de la Resurrección resonaba en vibrantes y poderosos acentos, con toda la autoridad del Dios que levantó a su Hijo de entre los muertos. He aquí la fuente de tanta bendición en las almas de quienes creían (**Hch 6:7**).

4. El ejemplo de Bernabé, (Hch 4:36-37)

Hemos de hacer caso omiso de la división de esta sección en capítulos, pues tanto la mención de Bernabé, como el trágico incidente del pecado de Ananías, vienen a ilustrar, de forma positiva y negativa, el estado de la Iglesia y el poder de su testimonio, que es el tema general de la narración de Lucas aquí.

El nombre de Bernabé quiere decir “hijo de consolación” o de “exhortación”, que, según el giro aramaico, es igual a “aquel que consuela”, o “aquel que exhorta”. Todas las referencias posteriores a este “hombre bueno” justifican el nombre, tanto si se traduce de una forma o de otra, y admitiendo por un momento el concepto de “categorías”, diríamos que Bernabé ocupaba el lugar más próximo a los apóstoles en el sentido especial de la Palabra. Sin ser “apóstol” en el sentido de ser uno de los encargados de completar la revelación escrita de Dios, compartía sus trabajos con verdadero espíritu apostólico. Su biografía se irá perfilando a través del comentario (**Hch 9:26-30**) (**Hch 11:20-26**) (**Hch 11:30**) (**Hch 12:25**) (**Hch 13:1-15:39**) (**1 Co 9:6**) (**Ga 2:1,9,13**) (**Col 4:10**); aquí, como nota preliminar, vemos que pertenecía a la tribu israelita de Leví, honrada sobre todas las demás por su privilegio de servir en el Templo; que era de la Dispersión, oriundo de la isla de Chipre, y que, teniendo una propiedad, la vendió para poner el precio en el fondo común administrado por los apóstoles. Otros muchos lo hacían, pero se escoge el caso de Bernabé por el hecho de ser un destacado siervo del Señor, cuya obra de fe y de amor se presenta como contrapartida al engaño y al egoísmo de Ananías y de Safira, sirviendo la referencia al mismo tiempo para introducir al lector a uno de los grandes instrumentos para la extensión del Evangelio desde Jerusalén hasta los extremos de la tierra.

En la antigüedad les era prohibido a los levitas poseer terrenos en Israel (**Nm 18:20**) (**Dt 10:9**), pero el caso de Jeremías (**Jer 32:7**) evidencia que, al confundirse la posesión tribal de la tierra, no se aplicaba la ley con rigidez, y probablemente quedó como letra muerta después del cautiverio babilónico y la Dispersión de una gran parte de la nación.

El juicio sobre Ananías y Safira (Hch 5:1-11)

I. Consideraciones generales

Los comentarios de los críticos liberales sobre esta porción son los que se podía esperar: la superstición, dicen, de los discípulos les hizo ver en la reprensión de Ananías por Pedro la causa de su muerte cuando falleció pronto después sin que hubiera relación alguna entre los dos incidentes. Que Pedro se olvidó de la naturaleza del nuevo siglo al proceder como Elías bajo el antiguo pacto (**2 R 1**), a pesar de la nueva orientación que Jesús había dado en tales casos (**Lc 9:52-56**).

Dados nuestros postulados, basados en una doctrina real de inspiración y en el preeminente valor de la vocación de los apóstoles, podemos hacer caso omiso de las petulantes críticas de ciertos eruditos; pero es también un hecho que muchos fieles creyentes han encontrado dificultades en el pasaje, algunos por no fijarse bien en la naturaleza del pecado del matrimonio y otros porque no entienden cómo un pecado tal pudiera ser visitado por el juicio fulminante que se describe.

Esperamos que los puntos que adelantamos aquí puedan servir de ayuda para los tales.

A) La venta de las propiedades y la generosa entrega del precio de ellas para el servicio de Dios en la Iglesia dependían enteramente de la voluntad de cada uno. Es muy importante la pregunta que Pedro dirigió a Ananías: *“Reteniéndola, ¿no se te quedaba a ti? Y vendida, ¿no estaba en tu poder?”* (**Hch 5:4**). Nadie forzaba a Ananías a vender su finca ni a entregar el precio a los apóstoles.

B) Fue el orgullo y el deseo de no quedar como una triste excepción entre todos, lo que impulsó a Ananías y a su mujer a idear un medio por el cual podían destacarse en la primera fila de la comunidad y, al mismo tiempo, tener reservas de dinero, ya que su fe, si de verdad eran creyentes, no llegaba al punto de desprenderse de todo y de vivir confiados en Dios como hacían sus hermanos. No se trata de un fallo momentáneo de fe o de amor, sino de una conjura, en escala pequeña, contra todo lo que significaba el testimonio de la Iglesia en aquellos tiempos.

C) Para lucirse como generosos y a la vez guardar sus reservas, tuvieron que mentir. Ananías *“mintió”* por el acto de depositar la cantidad haciendo ver que constituía el precio total de la venta (**Hch 5:2-3**), y Safira, al contestar la pregunta del apóstol, mintió descaradamente (**Hch 5:8**). No hay grados de culpabilidad entre los dos, ya que ambos se habían puesto de acuerdo para tentar al Espíritu del Señor (**Hch 5:9**).

D) Mintieron al Espíritu Santo, lo que equivalía a mentir a Dios (**Hch 5:3,4,9**), porque obraron en contra de toda la gran obra del Espíritu en la Iglesia, y *“tentar al Espíritu”* quiere decir que decían en efecto: *“A ver a dónde podemos nosotros ir con nuestros planes egoístas frente a las manifestaciones del Espíritu”*. Era el grave pecado de Israel en más de una ocasión en el Desierto (**Ex 17:12**) (**Dt 6:16**) (**Sal 78:18,41,56**) (**Sal 106:14**). En este acto, que constituyó a primera vista un pecado leve, hubo vanidad, ambición espiritual, falta de fe y de amor, y, sobre todo, según Pedro discernió por el Espíritu, el deliberado intento de engañar al Omnipotente. El precio, una vez entregado al Señor, no podía tocarse sin que cayeran en el pecado de Acán, que apropió para sí el *“anatema”*.

E) Tantas veces desde entonces se han cometido pecados mucho más escandalosos en la esfera de la profesión cristiana, sin que cayera juicio alguno especial sobre los pecadores, pero le ha placido al Dios de toda justicia hacer ver en los comienzos de la historia de la Iglesia lo que él piensa de los fallos morales y espirituales que afean el testimonio de su pueblo, al mezclarse obras satánicas (**Hch 5:3**) con las del Espíritu Santo en un solo medio ambiente. Es como los coches destrozados que los estadounidenses dejan a menudo en lugares peligrosos de las carreteras como aviso solemne para otros motoristas. Si alguno cree que “se ha salido con la suya”, a pesar de arruinar el testimonio por medio de sus carnalidades y egoísmos, que se acuerde de Ananías y de Safira.

F) Hay otras indicaciones en el Nuevo Testamento de que pecados especiales, que constituyen peligrosos estorbos para el testimonio de la Iglesia, pueden ser juzgados por medio de enfermedades físicas, o por la muerte misma, de modo que la narración no nos vuelve a un terreno apropiado únicamente al Antiguo Testamento, sino que se nos presenta una de las muchas pruebas de que el Dios de amor, tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento, es Dios del “santo amor”, o el “Dios santo del amor”, siendo su “ira” la fuerza incontrastable de su justicia frente al pecado. En Cristo hay perdón, pero no por eso deja Dios de ser el Dios de justicia, quien pagará a cada uno conforme a sus obras. Para otros casos de juicios físicos en el Nuevo Testamento véase (**Hch 13:9-11**) (**1 Co 5:5**) (**1 Co 11:30**) (**Stg 5:20**) (**1 Jn 5:16**).

2. El engaño de Ananías (Hch 5:1-6)

Notaremos las distintas fases de esta historia, sobre el fondo de las consideraciones generales del párrafo anterior. Ananías había consumado su pecado, conjuntamente con su mujer, y ahora, descaradamente, trajo a los pies de Pedro la parte que creía necesaria con el fin de mantener su prestigio frente a la congregación, habiendo puesto a buen seguro (en su pensamiento) la parte que él y su mujer “necesitaban”. En tiempos de la plenitud del Espíritu los acontecimientos no se hacen esperar, de modo que Pedro, percibiendo la verdad por la divina intuición del Espíritu, interrogó a Ananías en el acto: “¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo y sustrajeses del precio de la heredad?..”.

“No has mentido a los hombres, sino a Dios” (**Hch 5:3-4**). El fraude consistía en hacer ver que todo se había dedicado a Dios, y luego aprovechar y profanar el “*anatema*”, según lo hiciera Acán al principio de la vida nacional de Israel (**Jos 7**).

En lo humano, Pedro el apóstol se enfrenta con Ananías el defraudador de la ofrenda divina, pero detrás de Pedro se halla Dios, cuya presencia se hacía muy manifiesta a través de las poderosas operaciones del Espíritu Santo. Detrás de Ananías se hallaba el enemigo de Dios, el que “*pecó desde el principio*”, ya que Satanás había sembrado en el corazón de Ananías y su esposa el pensamiento del engaño (**Hch 5:3**). Ahora bien, Ananías no se presenta como el instrumento inanimado, llevado por fuerza por el poder del diablo, sino que el apóstol pregunta asombrado: “¿Por qué llenó Satanás tu corazón...?”, que puede escribirse: “¿Por qué dejaste que Satanás llenara tu corazón...?”. Se manifestaba a diario en aquellos días que una fuerza operaba en los discípulos: mejor dicho una Persona, que era mayor que los impulsos del mundo, y eran muy evidentes entonces los abundantes recursos del hombre de fe. Pero a Ananías le faltaba “el ojo sencillo”, sin el cual todo el cuerpo se llena de tinieblas (**Mt 6:22-23**).

De paso podemos notar que para Pedro, como para Cristo, Satanás era una persona real, jefe de un reino de tinieblas, y no la personificación del concepto del mal que los escritores de los libros apócrifos habían hallado en la literatura religiosa de Persia.

3. El juicio de Ananías (Hch 5:5-6)

Acán murió porque, tomando para sí el anatema que se había dedicado a Dios, “*turbó*” al pueblo de Dios en el momento de las grandes victorias que inauguraron la conquista de Canaán, convirtiendo en derrota lo que habría sido una fácil victoria en el caso de la ciudad de Hai (**Jos 7:25**). Ananías murió repentinamente delante de la compañía de los discípulos porque había dado muestras de aquel espíritu satánico que tantas veces había de trocar el hermoso testimonio de la Iglesia en vergüenza. El juicio aquí es físico, en relación con una combinación de circunstancias que afectaba el testimonio del pueblo de Dios en la tierra, imponiendo aquel temor de Dios que había de controlar y ordenar los triunfos de la Iglesia. El “*vino gran temor sobre todos los que lo oyeron*” del caso fue algo necesario, tanto por la comunidad misma, como para los enemigos, y para quienes querían ocupar un terreno neutral. Cuando Dios libra la batalla hay que estar con él o en contra de él, pero quien está en contra llevará su juicio. El juicio físico y ejemplar no prejuzga la cuestión de la salvación de Ananías, pues creyentes pueden pecar gravemente y luego pasar bajo las disciplinas de Dios precisamente con el fin de retornarles al camino. Pero Ananías había pecado contra una luz resplandeciente, y para quien escribe es más probable que se halle entre los apóstatas, aquellos cristianos nominales que participan de los privilegios y aun del poder de la compañía de los fieles, pero sin ser regenerados por el Espíritu; oirán por fin el fallo del Señor a quien despreciaron: “*Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*” (**Mt 7:21-23**).

4. El juicio sobre Safira (Hch 5:7-11)

Según el procedimiento expeditivo de aquellos días, los varones jóvenes de la compañía habían enterrado a Ananías, después de amortajarle. Es inútil preguntar por qué no fue avisada su mujer, pues nada sabemos de las circunstancias. Lo más probable es que algunos hermanos habían hecho el intento de hallarla, pero, por su ausencia de su hogar —¿habría ido fuera para esconder el dinero reservado?— no la hallaron. Lo que es cierto es que las providencias de Dios ordenaron tanto el retraso como el doble juicio, después de condenarse la mujer por su propia boca.

El tribunal era el de Dios, y los procedimientos, condenación y ejecución de la sentencia no ocuparon más que minutos. Pedro lanzó a Safira una pregunta directa que la colocó ante una disyuntiva única: confesar la verdad y pedir la misericordia de Dios, o aferrarse más en su pecado por mentir delante de todos y delante de Dios. “*¿Vendisteis en tanto la heredad?*”, preguntó Pedro, nombrando la cantidad que Ananías le había traído. “*Y ella dijo: Sí, en tanto*”. Era tentar a Dios según el sentido de la frase que examinamos arriba. Safira procuraba salir con lo suyo —tan mezquino y pobre— hasta en la presencia del Omnipotente. Pedro recalca el elemento grave de haberse puesto de acuerdo el matrimonio en su maldad, planeando y sosteniendo aquello que estaba abiertamente en pugna con el testimonio del Espíritu en la comunidad. La sentencia y su ejecución no se hicieron esperar. Los mismos varones jóvenes que sepultaron al marido enterraron a su compañera en la conjura contra Dios (**Hch 5:9-10**).

5. El Espíritu Santo es Dios

Como colofón doctrinal a la historia podemos notar que según las claras declaraciones de Pedro en (**Hch 5:3-4**), mentir al Espíritu Santo era mentir a Dios, que es una de las muchas pruebas bíblicas de la plena deidad del Espíritu Santo.

6. La Iglesia (Hch 5:11)

Al mencionar de nuevo el santo temor que cayó sobre quienes oyeron de la muerte de Ananías y Safira (**Hch 5:11**), Lucas emplea por primera vez la palabra “*ekklesia*” que llegará a ser el nombre por antonomasia del pueblo de Dios en esta era de gracia.

Escriturarios suelen hacer notar que en la Versión Alejandrina (la LXX) las voces “qahal” o “hedaj” significando la congregación de Israel, se traducen normalmente por “ekklesia”, pero algunas veces por “sunagoge”, deduciendo que el nuevo pueblo de Dios continuaba el testimonio de Israel, adoptando la misma designación. Es posible, sin embargo, que, en el primitivo uso cristiano, “ekklesia” no significara más que “una reunión” o “congregación”, ya que la compañía de los nazarenos se consideraba como una sinagoga (“kenishta” en arameo) con tendencias especiales dentro del cuadro total de Israel. Según se iba definiendo más la doctrina de la Iglesia —por el ministerio de Pedro en Cesarea, y luego, en sentido dogmático, por Pablo—, “ekklesia” se aplicaba no sólo a la iglesia local, ya separada de Israel, sino también a la totalidad del pueblo de Dios, el cuerpo místico de Cristo.

El apogeo del Testimonio en Jerusalén (Hch 5:12-16)

I. Las cartas credenciales de los apóstoles (Hch 5:12,15,16)

Lucas resume aquí un período de testimonio en Jerusalén que puede considerarse como la marea alta de la popularidad de los apóstoles y de la eficacia de su testimonio frente al pueblo judío, extendiéndose su influencia por lo menos hasta las ciudades cercanas a la capital. Recordemos “los dos poderes” que operaban a la sazón en Jerusalén, el del Sanedrín, y el de la compañía apostólica: aquél respaldado por su autoridad humana, y éste por el Nombre de Cristo y la potencia del Espíritu Santo. La petición de que Dios extendiese su mano para sanar, haciendo señales y prodigios en el Nombre de Jesús (**Hch 4:30**), fue contestada abundantemente hasta tal punto que se sacaba a los enfermos a la calle con el fin de que siquiera la sombra de Pedro cayese sobre ellos. Las buenas nuevas de la posibilidad de la curación de las enfermedades se extendían por las poblaciones cercanas, y cuantos acudían eran sanados. Se supone, como siempre, la operación de la fe en el individuo sanado. En cuanto a la estructura gramatical de este párrafo, hemos de enlazar (**Hch 5:12**) con (**Hch 5:15-16**), considerando las observaciones de (**Hch 5:12-14**) como parentéticas.

Los apóstoles no organizaron “una campana de curaciones”, sino que pidieron al Señor unas señaladas manifestaciones de su poder que hicieran posible la continuación del testimonio en Jerusalén, a pesar de la furia de los príncipes del pueblo. La porción que sigue (**Hch 5:17-42**) demuestra muy a las claras que habría sido imposible proseguir con la obra aparte de la profunda impresión hecha en la población por los “*prodigios*”, que revelaban una potencia que los judíos no podían por menos que comparar con la de Moisés, Elías, Eliseo, etc., quienes, en cierta crisis de la vida de Israel, también recibieron poder para realizar milagros. En otras épocas del servicio de Pedro no leemos de milagros, y sí de muchos sufrimientos que habían de llevarse con paciencia (**1 P 1:6-9**) (**1 P 2:11-25**); pero eso no significa que Pedro perdiera más tarde su poder, sino sencillamente que Dios ordena el testimonio de sus siervos de distintas maneras, según sus soberanos designios, y a los siervos les toca reconocer la voluntad de Dios en los diferentes tiempos y sazones.

2. El crecimiento de la Iglesia (Hch 5:12-14)

Quitada de en medio la “*turbación*” que habría causado el espíritu e intento de Ananías y Safira, el pueblo de Dios seguía manifestando una hermosa unanimidad de propósito y de obra, reuniéndose en el Pórtico de Salomón. Nos asombra el cuadro que se nos presenta en la breve frase de (**Hch 5:12**). Multitudes de nazarenos hacían servir los amplios pórticos orientales del Templo como su “capilla evangélica”, en un lugar controlado por la casa sacerdotal, su mayor enemigo en Jerusalén, y cerca de la sede del Sanedrín. Sin

duda seguían empleando las casas para las enseñanzas detalladas sobre la vida de Cristo, sobre el significado del Antiguo Testamento y sobre la doctrina ya revelada, pero los “plenos” de la Iglesia se celebraban en el área del Templo, caracterizándose precisamente por su testimonio al Cristo resucitado que el Sanedrín había prohibido. Es otra demostración de la eficacia de la “autoridad” que revestía a los apóstoles durante esta brillante época de su obra.

El sentido de **(Hch 5:14)** es bastante claro y nos hace ver que un gran número de verdaderos creyentes, tanto hombres como mujeres, se entregaban al Señor e iban ingresando en la Iglesia. Es igualmente claro el favor del pueblo en general que “ensalzaba” o “alababa en gran manera” a los apóstoles, debiéndose este favor principalmente al ministerio de sanidades. Pero no es tan claro el sentido de la frase que hallamos en **(Hch 5:13)**: “*de los demás, nadie se atrevía a juntarse con ellos*”. Algunos eruditos creen que puede haber corrupción del texto, pero como eso es solamente hipotético, hemos de pensar en un círculo de “simpatizantes” que, teniendo deseos de identificarse con los discípulos, quedaron al margen, fuese por miedo al Sanedrín, fuese por el “temor” que había caído sobre ellos después de la muerte de Ananías. Si es así, los versículos que tenemos delante señalan una división muy conocida en comunidades que escuchan la Palabra de Dios. Por una parte los sumisos acuden alegremente para recibir el don de la vida, gozándose luego en el privilegio de unirse con el pueblo de Dios; el “pueblo” alaba o critica según las modas del día; los indecisos vislumbran la gloria, pero quedan sin la bendición, recibiendo mayor condenación por su cobardía **(Ap 21:8)**.

Renovada persecución (Hch 5:17-42)

1. El arresto de los apóstoles (Hch 5:17-18)

Era inevitable que los “dos poderes” en Jerusalén volviesen a chocar, y que el Sanedrín realizara otro intento para imponer su autoridad. El favor del pueblo pesaba mucho, refrenando por algún tiempo la furia y el despecho de la casta sacerdotal, pero por fin los jefes tomaron la decisión de arrestar a los apóstoles. Como éstos operaban precisamente en el área del Templo, que estaba bajo la jurisdicción del Capitán del Templo, no había dificultad en localizar y aprehender a los “rebeldes”, quienes, de todos modos, no ofrecieron resistencia, ni intentaron sublevar los ánimos de la multitud. Suponemos que el arresto se efectuara por la tarde, con el propósito de que los apóstoles pasaran la noche en la cárcel pública, hallándose a mano para ser presentados como reos ante el Sanedrín el día siguiente.

2. La liberación nocturna (Hch 5:19-20)

Pero no dormía “el otro poder”, y a Dios le plugo seguir dando manifestaciones de la autoridad de sus siervos, de la protección que les envolvía y de su voluntad de que resonara aún “*la proclamación*” hasta en los patios del Templo. Envío un ángel (un “*ángel del Señor*”) durante la noche, y éste no sólo abrió las puertas de la cárcel para sacar a los apóstoles, sino que les dio la orden de volver precisamente a los pórticos del Templo con el fin de continuar el ministerio interrumpido por el arresto. Dios no había de librar a sus siervos del sufrimiento y de la vergüenza humana de la persecución **(Hch 5:40-41)**, pero les hizo invulnerables en cuanto a su ministerio. De nuevo recordamos la historia de Jeremías, quien padecía amarga persecución, pero sin que nadie pudiese dar fin a su ministerio en Jerusalén, cumpliéndose la garantía divina: “*He aquí yo te he puesto en este día como ciudad fortificada... como muro de bronce...*” **(Jer 1:18-19)**.

3. Un tribunal sin reos (Hch 5:20-26)

La historia que aquí se narra no necesita explicaciones. El Sanedrín se convoca normalmente en reunión plenaria (**Hch 5:21**), sin que nadie se dé cuenta de que los reos no están en el calabozo. Los alguaciles van en busca de ellos, hallan todo en buen orden, pero no hay presos dentro. Mientras que los jueces comentan alarmados el significado del hecho, enfrentándose de nuevo con la misteriosa potencia que rodeaba al Nazareno y a sus seguidores, llega un mensajero con la noticia que los reos están en su lugar acostumbrado, predicando en el Templo. No es difícil renovar el arresto, pero el Capitán del Templo se cuida mucho de no usar la violencia, pues ya sabe que los presos podrían levantar las masas. Pero de parte de los predicadores no hay resistencia; las distancias son cortas, y pronto todos los apóstoles se hallan delante del Consejo.

4. El interrogatorio ante el Sanedrín (Hch 5:27-28)

Según la costumbre, el sumo sacerdote presidía la sesión. Lucas no tiene por qué detallar procedimientos, y pasa en seguida a la acusación del presidente: “Habéis desobedecido las órdenes del Consejo, que prohibieron las enseñanzas en ese nombre”; lejos de someteros a la autoridad de este tribunal, habéis llenado la ciudad con vuestra doctrina. Más que eso, vuestra actividad es revolucionaria, pues quisierais traer sobre nosotros *“la sangre de ese hombre”*. La última frase demuestra el miedo de los príncipes, que sabían muy bien que las volubles masas, que en un momento habían clamado *“Crucifícale”* en cuanto a Jesús, podrían volver sobre el tribunal que le había sentenciado, pidiendo justicia frente a la injusticia anterior, ya que tantos creían que Jesús era el Cristo, resucitado de entre los muertos. Los príncipes se veían obligados a vencer a los apóstoles porque peligraba ya su propia autoridad y sus propias vidas. Claro está que los apóstoles obrarían en conformidad con el dicho del Maestro, *“Mi reino no es de este mundo”* (**Jn 18:36**), y no habrían de valerse de métodos demagógicos, pero señalamos aquí la postura y las preocupaciones del Sanedrín, que poco comprendía del poder espiritual del Reino de Dios.

Notemos la costumbre judaica —que aún persiste— de no emplear el Nombre de Jesús, quien es, para el presidente del Sanedrín *“ese hombre”*, y su Nombre, *“ese nombre”*.

El testimonio de Pedro (Hch 5:29-32)

Tenemos en estos versículos la defensa de todo el cuerpo apostólico, pero (**Hch 5:29**) indica que, una vez más, Pedro actúa como portavoz a favor de todos. Renueva la proclamación apostólica en términos muy concretos y claros, siendo el discurso un modelo de concisión y de eficacia.

1. La obediencia a Dios es fundamental (Hch 5:29)

Pedro reitera el principio fundamental de su ministerio, que ya anunció con toda claridad cuando anteriormente fue acusado ante el mismo tribunal (**Hch 4:19-20**).

2. Dos hechos antepuestos (Hch 5:30)

El Sanedrín, torciendo la ley y la justicia, había colgado a Jesús en el madero, en el árbol infamante de la crucifixión, que adquiere significado simbólico por la referencia al *“colgado en madero”* de (**Dt 21:22-23**) (**Ga 3:13**). En cambio, Dios le levantó para realizar en él su gran misión salvadora, y le glorificó por su diestra, ratificando el sentido de su obra y anulando la falsa sentencia del Sanedrín.

3. Dos hermosos títulos del Señor (Hch 5:31)

Dios exaltó a Jesús por su diestra (es decir, por una manifestación especial de su poder), para ser *“Príncipe y Salvador”*. De nuevo se nota la pugna entre “los dos poderes”. Los miembros del Sanedrín se llamaban “los príncipes” del pueblo, pero Pedro insiste en que el verdadero Príncipe es aquel a quien ellos entregaron a la muerte, y a quien Dios levantó con poder. Pero no se trata sólo de un “poder” inmensamente más eficaz que el del Sanedrín, sino de una potencia salvadora, pues el Príncipe es también Salvador, gracias a la obra que realizó en el madero. Aun delante del inicuo Sanedrín, Pedro no cesa de ofrecer la salvación. Ellos le trataban como reo, juzgado en rebeldía, pero él se porta como embajador del Rey de reyes, que anuncia la gloria y el poder de su Señor, y ofrece la salvación en su Nombre.

4. Dos aspectos de la salvación (Hch 5:31)

El arrepentimiento y la remisión de pecados se ofrecen aún a Israel. Todavía hay lugar para cambiar de rumbo, para el arrepentimiento sincero, ya que Dios vuelve a hacer oír su Voz de tantas maneras. Nos conmueve pensar que la oferta se hace precisamente a Israel, a pesar del trágico rechazamiento de su Mesías. Si el pueblo se humilla, y se coloca en actitud de sumisión frente a su Mesías, puede haber remisión de pecados, pues aun el crimen del rechazamiento fue expiado en la Cruz.

5. El doble testimonio (Hch 5:32)

Pedro no se halla acobardado por la posición que ocupa, ni por el peligro de muerte que le pesa encima, sino que afirma su propia categoría de testigo (juntamente con los demás apóstoles), y no sólo eso, sino declara que el testimonio de los testigos de Jesucristo es también el del Espíritu Santo, quien habla por su boca y les concede poder para llevar a cabo los prodigios en el Nombre de Jesús. Ya hemos notado que este doble testimonio del Espíritu Santo y de los apóstoles es uno de los grandes temas tanto del Evangelio de Juan capítulos 14 al 17 como del libro de Los Hechos.

6. El gran principio de la obediencia (Hch 5:32)

Pedro empezó su discurso insistiendo en la necesidad de la obediencia a Dios, por encima de toda pretendida obligación humana, y lo termina por insistir en que el don del Espíritu Santo depende también de la obediencia a Dios. Gracias a la obra de la Cruz, Dios puede dar el Espíritu Santo como medio para conseguir la salvación y como su fruto más precioso, pero la desobediencia del hombre impide que fluya su potencia por el cauce obstruido por la rebeldía, que es incompatible con el sentido mismo del Don que restaura la vida de Dios en el alma del que cree. Podemos meditar en el corolario del principio anunciado por el apóstol: cuanto más completa sea la obediencia, tanto más cumplidamente se manifestará el poder del Espíritu Santo en la vida del creyente.

7. La reacción del partido sumosacerdotal (Hch 5:33)

La valiente, tajante y poderosa defensa de Pedro enfureció a los consejeros de la casta sacerdotal, quienes hubiesen querido pronunciar la sentencia de muerte en aquel instante, a pesar de todos los riesgos inherentes en la probable reacción contraria de las multitudes. Pero los saduceos, aun siendo mayoría en el Consejo, no pudieron prescindir de la colaboración de sus colegas fariseos, y mayormente por ser éstos quienes mantenían contacto estrecho con el pueblo. Antes de que el tribunal llegara al extremo de una sentencia de muerte, Gamaliel pidió la palabra.

La intervención de Gamaliel (Hch 5:34-39)

1. Gamaliel el rabino

La secta de los fariseos se dividía en dos grupos, uno de los cuales reclamaba una observancia muy estricta de la Ley, según la tradición de los Ancianos, siendo el otro más comprensivo, dentro de la más estricta ortodoxia. El líder indiscutible del último grupo se llamaba Gamaliel el Mayor, y sus pronunciamientos se reverenciaban por todos, pasando a la posteridad. Él era el maestro de Saulo de Tarso. Se llamaba “rabbán”, “nuestro enseñador”, que era título superior a “rabbí”, “mi maestro”.

2. El sentido general de su argumento

Expertos en cuestiones judaicas nos hacen ver que la intervención de Gamaliel es una expresión típica de la filosofía farisaica, que subrayaba la soberanía de Dios, declarando que él no necesitaba la ayuda de los hombres y que éstos no tenían que hacer otra cosa sino obedecer, dejando los resultados en las manos divinas. Decía, pues, que Dios echaría luz sobre la naturaleza del movimiento de los nazarenos, pues sin su apoyo no podría durar. Si fracasara, como otros movimientos recientes, entonces se echaría de ver que era cosa de los hombres. Si fuera de Dios, prosperaría, y convenía que el tribunal evitase la posibilidad de pelear contra Dios.

3. Los alzamientos fracasados (Hch 5:36-37)

Como ejemplos en apoyo de su tesis, Gamaliel menciona en primer término un movimiento nacionalista o mesiánico bajo un tal Teudas, quien reunió una compañía de secuaces, que fue dispersada: seguramente por las armas de Roma. Flavio Josefo también alude a un alzamiento bajo un tal Teudas, pero en una fecha posterior a la de esta reunión del Sanedrín, de modo que no puede ser el que aduce Gamaliel. El nombre de Teudas era muy corriente y seguramente Gamaliel nos informa acerca de otro líder rebelde, diferente de aquel que menciona Josefo.

Ha habido discusiones sobre el alzamiento de Judas también, ya que Gamaliel lo sitúa en “*los días del censo*” (Hch 5:37). Pero la fecha de Judas corresponde al año 6, o sea, más tarde que el censo hecho por Cireneo, gobernador de Siria, al que Lucas hace referencia en (Lc 2:2). La solución del problema se halla en que el mismo gobernador ordenó otro censo cuando Arquelao fue destituido del poder, quedando incorporada Judea en la provincia de Siria, lo que provocó la rebelión de Judas. Llegó ésta a ser un movimiento considerable, del que salió la fanática secta de los celotes.

4. La flojedad de los argumentos de Gamaliel

Sentimos simpatía por el gran Rabbán, ya que frenó el odio homicida de los saduceos, y admitió como una posibilidad —si se comprobara por las providencias divinas— que el movimiento cristiano fuese de Dios. Con todo, como consejo del gran enseñador del judaísmo, es una manifestación más de la debilidad espiritual del sistema, y de la ceguera de los guías.

Gamaliel intervino en el proceso del Sanedrín para conseguir la protección parcial y condicionada de los apóstoles, después del ministerio de Juan el Bautista, después de las incontables maravillas de las obras de Jesús —“*Creedme, dijo él, por las mismas obras*”—, después de la prueba de la “*tumba vacía*”, de la que tendría Gamaliel abundante evidencia; después de los asombrosos acontecimientos del Día de Pentecostés, y teniendo a la vista los “*prodigios*” que Dios iba realizando en el Nombre de Jesús por las manos de los apóstoles. ¿Cuántas pruebas más necesitaba el Rabbán para comprender que la obra era de Dios? Cuando los príncipes de los sacerdotes preguntaron a Jesús

sobre su autoridad, les contestó por medio de otra pregunta: ¿Qué habían comprendido de la autoridad de Juan el Bautista? (**Mt 21:23-27**) Les indicó que si, como guías, no habían podido comprender la obra profética del precursor —evidente a todo el pueblo—, en vano les hablaría de su propia autoridad, tan manifiesta por el carácter de su ministerio. Dios ya había hablado por medio de su Hijo (**He 1:1**) y Gamaliel y sus compañeros no quisieron escuchar la Voz. Ellos tampoco aprovecharon la confirmación posterior de las providencias de Dios quien habló por medio de la destrucción de Jerusalén en el año 70, y por la extensión del Evangelio a través de todo el mundo.

5. La inconsecuencia del Sanedrín (Hch 5:40)

“*Convinieron*” los consejeros con Gamaliel, y aplazaron la sentencia de muerte, lo que, según la lógica del discurso de Gamaliel, indicaría que admitían la posibilidad de que la obra apostólica fuese de Dios. Pero al mismo tiempo condenaron a los apóstoles a ser azotados, seguramente por medio de los “*cuarenta azotes menos uno*” (**Dt 25:3**), reiterando la orden de no hablar más en el Nombre de Jesús. ¿Qué es lo que se dejaba, pues, a la prueba de las providencias de Dios? El Sanedrín volvió a oponerse oficialmente al Nombre a pesar de manifestar la debilidad de su posición. El hecho es que el Consejo quiso satisfacer su despecho y hacer ver que les quedaba un resto de autoridad por el castigo que aplicaron a los apóstoles, procurando disimular su derrota, puesto que “el otro poder” seguía operando y los mensajeros “no dejaban de enseñar y proclamar las buenas nuevas de Jesús, el Cristo, *“en el Templo y por las casas”*. Notemos que volvieron precisamente al Templo, al terreno sacerdotal, para proseguir su obra, como si nada hubiese pasado.

6. Gozosos en la tribulación (Hch 5:41-42)

Los apóstoles no sólo se resignaron al injusto castigo, sino que se gozaron por serles concedido el honor de padecer allí donde su Maestro había sido condenado, siendo hechos participantes de sus sufrimientos. En la época de la plenitud del Espíritu las aflicciones se volvieron en gozoso triunfo (**Fil 1:29**) (**Fil 3:10**).

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre la naturaleza del pecado de Ananías y Safira, haciendo observaciones sobre el castigo ejemplar que cayó sobre ellos.
2. Explique cómo los apóstoles podían continuar su ministerio en Jerusalén —hasta en los patios del Templo—, a pesar de la oposición del Sanedrín.
3. Hágase un resumen en sus propias palabras de la defensa de Pedro frente al Sanedrín (**Hch 5:29-32**).
4. Dé su opinión sobre la intervención de Gamaliel durante el proceso de los apóstoles que se detalla en (**Hch 5:26-42**).

Los siete administradores y el testimonio de Esteban (Hechos 6:1-15)

Consideraciones generales

Recordemos una vez más que Lucas describe la extensión del Evangelio según el programa señalado por el mismo Maestro en (Hch 1:8): a) la evangelización de Jerusalén, a pesar de ser la sede de los falsos guías del judaísmo que rechazaron y crucificaron a su Mesías; b) la de “*toda Judea*”, que se inició durante el ministerio de Pedro que acabamos de considerar; c) la de Samaria, que sin duda abarcaba la totalidad de Israel; d) la extensión del testimonio hasta los fines de la tierra.

Desarrollamos nuestro comentario sobre los capítulos 6 y 7 bajo el epígrafe “Una época de transición”, puesto que en ellos llegamos al momento en que la ciudad de Jerusalén se ha llenado del Evangelio, hasta el punto de que “*muchos de los sacerdotes obedecían a la Fe*” (Hch 6:7), y podemos deducir que todo corazón sediento de la vida y de la verdad había tenido su oportunidad de convertirse al Señor. Pero el momento de consumación es el de nuevos problemas, de una oposición fiera y pertinaz de parte del Sanedrín como también de un cambio de actitud en lo que se refiere a la generalidad de los habitantes, que da lugar (empezando con el martirio de Esteban) a una persecución que diezma la iglesia en Jerusalén tanto por los creyentes que mueren como por los que huyen, quedando la iglesia reducida a una compañía de “pobres”, muy apegados en general a los ritos de sus padres. Con todo, la transición señala el principio de la evangelización de todo Israel, gracias al valeroso testimonio de los esparcidos, de modo que con ella llegamos a las etapas segunda y tercera del programa señalado por el Maestro.

A nuestro ver el nombramiento de los siete administradores (evitamos a propósito el término “diácono”) no es de primera importancia en sí, ya que su obra en la comunidad cristiana de Jerusalén duró muy poco tiempo, siendo llamados los más destacados a otros trabajos. La importancia del incidente estriba en el hecho de que señala el auge de los “helenistas”, o sea, los judíos de habla griega, que habían de servir de enlace entre la época jerosolimitana (con su testimonio puramente judaico) y la extensión del Evangelio entre los gentiles. El poderoso ministerio de Esteban anticipa en parte el testimonio más amplio de tiempos aún futuros y señala la ruptura absoluta entre la Iglesia naciente y la religión oficial de la capital, a pesar de la fidelidad de los cristianos judíos a las formas externas del régimen anterior. Más tarde Pedro habrá de ser el instrumento para abrir la puerta de la Iglesia a los gentiles, pero podemos suponer que ni él ni sus colegas habían llegado aún a la plena comprensión del plan total de Dios para la evangelización del mundo, no entendiendo que la “cáscara” del judaísmo quedaba vacía de toda sustancia espiritual, de tal modo que el Templo hecho de manos se reemplazaba, como centro del testimonio de Dios en la tierra, por el espiritual, que era la Iglesia. Al parecer, Esteban había recibido más luz sobre el desarrollo del plan de Dios y por ello su claro testimonio contra la decadencia externa de la nación motivó la fuerte reacción en contra de su persona que le llevó al martirio. El más pertinaz de los perseguidores había de ser, andando el tiempo, el continuador de su mensaje.

I. Tensión entre los cristianos hebreos y los helenistas (Hch 6:1)

En la época de los comienzos del cristianismo, los judíos criados en Israel hablaban el arameo, mientras que los de la Dispersión se expresaban en griego, además de los idiomas propios de la región de su crianza. Los helenistas podían ser tan fanáticos o más

que los hebreos, pero con todo, el idioma no dejaba de ser una barrera entre ellos y sus hermanos criados en Judea, y **(Hch 6:9)** señala la existencia de sinagogas en Jerusalén para el uso de los judíos de la Dispersión que habían vuelto a Jerusalén. Por medio de la proclamación del Evangelio, tanto judíos del país como otros de la Dispersión se habían convertido, y el primer versículo del capítulo 6 nos hace ver que al menguarse aquel amor ardiente entre todos que había caracterizado los primeros días de la vida de la Iglesia, las diferencias entre judíos de distinta lengua y tradición llegaron a apuntarse también en la iglesia-comunidad de Jerusalén. El éxito siempre encierra sus propios peligros, aun dentro de la familia de Dios, y fue que *“como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos”* con referencia a la ayuda que se repartía entre las viudas. La mención de *“viudas”* parece señalar el principio del retorno a la vida familiar, pues si todo fuese comunal en el momento que tratamos, no habría existido diferencias entre las viudas y otras personas que viviesen del fondo común. Sea ello como fuere, el hecho es que hubo sospechas entre los hermanos helenistas de cierta parcialidad a favor de las viudas de habla aramea, o sea, *“las hebreas”*.

La solución apostólica (Hch 6:2-6)

1. El resumen de la situación

Los apóstoles se dan cuenta de la importancia de evitar roces dentro de la comunidad, y de manifestar la imparcialidad en la obra de administración. Al principio todo el dinero se había depositado *“a los pies de los apóstoles”*, como era natural, pero la complejidad de la administración de los fondos, debido al aumento en el número de los miembros de la comunidad, imponía una solución que dejara a los apóstoles libres para su labor primordial de recibir y transmitir la Palabra de Dios, sin estar sujetos a la parte material de *“servir a las mesas”*. Recomendaron a los hermanos (sin duda el asunto se trataba entre los líderes espirituales) que buscasen entre ellos siete hombres bien dotados y espiritualmente capacitados que pudiesen organizar la obra de administración, reservándose los Doce para su labor apostólica. No hay que pensar en “elecciones” en aquellos tempranos días de poder espiritual, pues el buen criterio de hermanos destacados no tardaría en seleccionar siete hermanos capaces, aceptables para todos. A éstos, los apóstoles pusieron sobre la obra **(Hch 6:3)**, señalando su identificación con ellos por la imposición de manos. En la opinión de quien escribe, muchos expositores han comentado este pasaje sin tener en cuenta la época en que se desarrolló, ni las condiciones especiales de la comunidad de Jerusalén de aquel entonces, llegando a ver en el nombramiento de los Siete el comienzo de un diaconato como jerarquía menor en la Iglesia, cuyas funciones se limitaban a lo material. Es preciso analizar los rasgos del relato dentro de una exacta perspectiva histórica, recordando que se trata de una época de transición en el momento de llegar a su fin el testimonio especial de la comunidad cristiana jerosolimitana, lo que impedirá que nos dejemos llevar por conceptos que son propios de fechas mucho más tardías.

2. La labor apostólica (Hch 6:2-4)

Vemos que los Doce, como cuerpo apostólico, continuaban su ministerio en Jerusalén hasta que el Espíritu Santo indicase la hora de iniciar una nueva etapa de su labor. No habían de dejar la Palabra de Dios para entregarse a tareas meramente administrativas, sino ocuparse en el ministerio de ella y en la oración. Este ministerio abarcaba el estudio minucioso del Antiguo Testamento con el fin de comprender su relación con la Edad del Espíritu, como también la “espera” en la presencia de Dios por la que podían recibir mensajes que correspondieran a la nueva dispensación. La Palabra así recibida había de pasarse a los discípulos, que era el nombre que más frecuentemente se aplicaba a los

creyentes en aquella época, para su edificación y la multiplicación del mensaje divino. Muestras del ministerio espiritual de Pedro se hallan en sus discursos y en sus dos Epístolas. Más tarde las revelaciones que recibiera Pablo como apóstol a los gentiles habían de completar la Palabra de Dios para la nueva época. Recuérdese lo ya escrito sobre el ministerio especial de los Doce en las notas sobre **(Hch 1:15-26)**.

3. Los “Siete” y su misión (Hch 6:3,5,8) (Hch 8:5-8)

La labor inmediata de los siete hermanos se ha notado ya, llamándose una “*diaconía*” en **(Hch 6:1)**, a la que corresponde el verbo “*diaconeo*” en **(Hch 6:2)**. Pero el uso de estos vocablos es muy extenso, aplicándose también al “*ministerio de la Palabra*” de los apóstoles en **(Hch 6:4)** de este mismo pasaje, y a variados servicios especiales por todo el Nuevo Testamento. Notamos que uno de ellos, Esteban, lejos de limitarse a los trabajos administrativos, se entregó también a una labor que incluía “*prodigios y señales entre el pueblo*”, hablando la Palabra con gran poder y acierto en las sinagogas de los helenistas **(Hch 6:8-10)**. Cuando la persecución había dispersado la comunidad, hallamos a Felipe en pleno ejercicio de su don de Evangelista en Samaria **(Hch 8:5-8)** y años más tarde se hace referencia a él, no como a un “diácono”, sino como “*Felipe el Evangelista, que era uno de los Siete*” **(Hch 21:8)**. Eran días de la plenitud del Espíritu, y “*donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad*”: aquella libertad que discierne la voluntad de Dios precisamente por haber vencido los locos impulsos de la carne **(2 Co 3:17)**. En este incidente, pues, no deberíamos ver más de lo que claramente se expone: frente a una necesidad administrativa en la iglesia-comunidad de Jerusalén, siete destacados hermanos fueron nombrados para proveer la oportuna solución, quedando después en libertad para llevar a cabo los trabajos que el Señor les señalase conforme al don que cada uno había recibido.

4. Las cualidades de los Siete (Hch 6:3-5)

La obra de los Siete (en la parte afectada por su nombramiento especial) había de ser administrativa, pero, no obstante, habían de ser “*varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría*”, y en el caso de Esteban se nota también que era “*varón lleno de fe y del Espíritu Santo*”. Aprendemos la importante lección de que no basta lo meramente humano en ningún aspecto de la Obra del Señor, y que toda obra material ha de transmutarse en un servicio espiritual, llevándose a efecto por el poder del Santo Espíritu de Dios. Así, Bezaleel y Aholiab fueron revestidos del Espíritu de sabiduría y de entendimiento para los trabajos artísticos que se precisaron en la construcción del Tabernáculo **(Ex 36:1-2)**, pues nada hay “común” si se relaciona con los pensamientos y designios del Altísimo.

5. El nombramiento de los Siete (Hch 6:3-6)

Muchos suponen que se hallan aquí los principios de la “iglesia democrática”, en la que una santa igualdad cristiana capacitaba a todos los miembros para una participación en las decisiones de la iglesia. De hecho los nombramientos de la Biblia —de personas que han de ser los instrumentos de Dios en el desarrollo de sus planes—, siempre proceden “desde arriba abajo”, y no “desde abajo hacia arriba”, como puede comprobar el lector que medite en el nombramiento de Abraham, de Moisés, de Josué, de David, de Isaías, de Jeremías, de los Doce, de Pablo, etc., aplicándose el mismo principio aun en el sublime caso del nombramiento del Sacerdote eterno **(He 5:4-6)**. Sería extraño, pues, que los pastores y diáconos en las iglesias cristianas fuesen nombrados por el voto de todos: un procedimiento que concede igual valor a la opinión del más ignorante y carnal de los miembros como a la del más espiritual y que mejor entienda las Escrituras. De hecho no hay excepción a la regla aquí, pues son los apóstoles del Señor que han de “poner” a los Siete sobre el ministerio, y son ellos quienes les aprueban y se identifican con ellos por la

imposición de manos (**Hch 6:3,6**). Las instrucciones de “*buscad, pues, entre vosotros siete varones de buen testimonio*” se dieron ante la “*multitud*”, pero toda analogía bíblica sugiere que los Siete se escogieron (eklegomai = “escoger”) por hermanos capacitados para discernir los dones, con la aprobación de la iglesia, pues toda idea de “elegir por votación” es un anacronismo en este lugar (**Hch 14:23**).

6. Los nombres de los Siete (Hch 6:5)

Los nombres de los administradores indican que todos se escogieron entre la sección helenista de la Iglesia, lo que manifiesta el buen sentido de todos, ya que la murmuración había surgido allí, como también la gracia de los creyentes de habla aramea, ya que no insisten en tener “representantes”. En el caso de Nicolás, se trataba de un “*prosélito de Antioquía*”, o sea, un gentil de nacimiento que había entrado plenamente en el redil del judaísmo antes de ser convertido. Por una parte apreciamos la sabiduría que nace de la plenitud del Espíritu Santo, y por otra notamos que empieza a extenderse un puente entre Israel y el mundo gentil, pues tales hombres han de ser los instrumentos en las manos de Dios para la presentación del Evangelio ante aquel mundo gentil que tan bien conocían, a pesar de ser ellos mismos judíos en el sentido racial o religioso.

El resumen de la primera etapa (Hch 6:7)

De vez en cuando Lucas hace un alto en su narración para resumir el progreso de la extensión del Evangelio en la etapa anterior, y, juntamente con (**Hch 6:7**), podemos notar otros epítomes en (**Hch 9:31**) (**Hch 12:24**) (**Hch 16:5**) (**Hch 19:20**) (**Hch 28:31**). El éxito de la labor apostólica durante la primera etapa se expresa por tres frases: a) la Palabra de Dios crecía, o sea, se daba a conocer más y más ampliamente; b) el número de los discípulos (creyentes) se multiplicaba mucho en Jerusalén, lo que señala el apogeo de la bendición que empezó con la conversión de las tres mil almas el Día de Pentecostés; c) una gran multitud de los sacerdotes obedecía a la fe, que es un indicio de la mayor penetración del Evangelio durante la evangelización de Jerusalén, pues es de suponer que sería más difícil que el mensaje llegara a la clase sacerdotal que a ninguna otra. Con todo, hemos de distinguir netamente entre los sacerdotes en general (recordemos el piadoso padre de Juan el Bautista), y la orgullosa casta sumosacerdotal, tan apegada a sus intereses materiales y financieros, que formaba una oligarquía tiránica, totalmente opuesta al Evangelio.

Tocaban a su fin los hermosos días de amplio testimonio en Jerusalén, apoyado por las muchas señales realizadas en el Nombre del Señor, y seguramente muchos discípulos habían de añorar después tan bendita época que fue cortada por la primera persecución general en la capital. Sin embargo, la etapa “iglesia-comunidad”, cuyo testimonio se restringía prácticamente a Jerusalén, no podía ni debía prolongarse indefinidamente. La ciudad rebelde había recibido, por la maravillosa gracia de Dios, otra oportunidad de rendirse ante su Mesías, y al mismo tiempo se habían sacado de tal cantera las primeras piedras vivas de la Iglesia. Los guías del pueblo endurecieron su corazón, siendo rebeldes aún contra toda luz que vino del Cielo por medio de Cristo y de sus siervos, sellando su condenación e iniciando el período de juicio que había de culminarse en la destrucción de Jerusalén por Tito y en la cruel supresión de la rebelión de Bar-Cochab (132 d.C.), que dio fin a la nación de Israel hasta nuestros días. Mientras tanto, la semilla de la Palabra había de esparcirse por los extensos campos de Israel, de Siria y del mundo romano en general. No hemos de lamentar el fin de la primera jornada, sino seguir con gozo el camino del testimonio ya trazado por el Maestro.

El testimonio de Esteban (Hch 6:8-15)

1. La esfera de su testimonio (Hch 6:9)

Esteban era judío helenista y, al ser llamado por el Señor para el cumplimiento de su testimonio especial —que rebasaba ampliamente los límites de su labor como uno de los administradores de la comunidad—, se dirigía a las congregaciones de los helenistas en Jerusalén. “*La sinagoga de los libertos*” (Hch 6:9) se componía de judíos helenistas, antes sujetos a la esclavitud, pero libres ya para organizar su propia sinagoga en la amada capital de la nación. La mención de los cirineos, alejandrinos y de judíos oriundos de Cilicia y de Asia, podría indicar que cada comunidad tuviera su propia sinagoga, y que Esteban discutía con todas ellas, pero lo más probable es que la “*de los libertos*” constituía el hogar religioso de todos los helenistas que se mencionan. Puesto que asistían a sus cultos los hombres de Cilicia, es probable que Saulo de Tarso fuese miembro de la congregación, y que fuese uno de los contrincantes de Esteban en las discusiones que surgieron allí. Quizás el proceso que culminó en la conversión del perseguidor de los cristianos empezara allí, bien que el fanático joven había de resistir tenazmente las primeras punzadas de su conciencia y los primeros rayos de luz que le vinieran por el ministerio de Esteban. A los judíos les agradaba la discusión, y podemos pensar en bastantes ocasiones cuando Esteban se enfrentara con los guías de la sinagoga, desarrollando sus argumentos sobre la base de las profecías mesiánicas cumplidas en la Persona de Jesús de Nazaret con sus consecuencias para la nueva era inaugurada por su Resurrección.

2. El poder de su testimonio (Hch 6:8,10)

Esteban era ya conocido como hombre “*lleno de fe y del Espíritu Santo*” (Hch 6:5) y, siendo movido por el Espíritu para una obra de testimonio que convenía al momento de transición que hemos notado, recibió poder para la realización de grandes prodigios y señales entre el pueblo. En relación con este ministerio se dice que se hallaba “*lleno de gracia y de poder*” (Hch 6:8). El Señor concedió estas “*cartas credenciales*” a su siervo en el momento en que dio principio a su testimonio en la sinagoga, revistiéndole de singular autoridad al declarar que Jesús era el Mesías y al recalcar la naturaleza del nuevo siglo de gracia. El resultado fue que los enemigos del Evangelio no pudieron resistir la sabiduría y el poder espiritual con que razonaba, pero, cegados por su fanatismo, no se rindieron ante la autoridad y poder del mensaje, sino que buscaron medios para quitar de en medio el testigo. Esteban es sobre todo un testigo, levantado por Dios al final de la primera etapa de la evangelización, llegando a ser, sin duda, medio de bendición para muchos y dejando al pueblo reacio y duro de cerviz sin excusa al rechazarle a él y al Maestro que predicaba. Un testigo es “*martus (marturos)*” en el griego, vocablo que después llegó a aplicarse exclusivamente a quienes testificaron por dar su sangre por su Señor, de donde procede nuestra voz “*mártir*”. Esteban llegó a ser el protomártir de la Iglesia, pero no perdamos de vista el valor de la totalidad de su testimonio, en su persona, su gracia, sus obras, sus miradas (Hch 6:15), sus mensajes, su espíritu perdonador (Hch 7:60) y su muerte violenta. Lo importante es que el siervo de Dios testifique por el poder del Espíritu, sea por su vida, sus obras, sus palabras o su muerte (Fil 1:20).

3. El mensaje del testigo (Hch 6:10-14)

En la próxima sección tendremos ocasión de analizar el largo discurso de Esteban ante el Sanedrín, que se llama su “*defensa*”, aunque en realidad llegó a ser una acusación dirigida contra los ciegos jefes de la nación. De todas formas, nos dará alguna idea de los conceptos que sin duda vertía con anterioridad al discutir en la sinagoga de los libertos. No hay referencia directa en nuestro pasaje a la sustancia de su testimonio, pero algo

podemos deducir de las acusaciones que se formularon contra él, primeramente con el fin de sublevar el ánimo de la multitud contra una persona estimada por sus obras de sanidad (**Hch 6:11-12**), y luego como cargo oficial delante del Sanedrín (**Hch 6:13-14**). Eran acusaciones falsas, es verdad, pero, como en el caso de parecidos testimonios en el proceso del Señor ante Caifás, tendrían alguna relación con lo que Esteban había dicho, si bien deformadas en su ausencia. Al decir que hablaba contra Moisés, contra Dios (que blasfemaba), contra el Templo y contra la Ley, alegando que Jesús de Nazaret había de destruir el Lugar Santo y cambiar las costumbres, se agarraban sin duda a enseñanzas sobre lo temporal de todo edificio hecho con manos, y sobre la naturaleza interna y espiritual del Nuevo Pacto, que anticipaban la doctrina que Pablo y el autor de Hebreos habían de exponer más tarde (**Ro 2:28**) (**He 8:7-13**). Esteban da muestras de una mente penetrante, de gran discernimiento espiritual y de aquel valor que, aborreciendo toda hipocresía, la descubre despiadadamente, conforme al ejemplo del Maestro. Por eso hallamos tantas analogías entre el testimonio de Esteban y el del Señor, como también entre las acusaciones que se formularon contra ambos. Notamos en ambos casos el odio especial de la multitud y de sus jefes (con el repentino cambio de parecer en el caso de la turba) y la manera en que la “defensa” se vuelve en acusación contra los jueces, además de la gracia y poder que manifestaron en su muerte y la petición por el perdón de la nación rebelde.

4. La oposición al testigo (Hch 6:9-15)

Algo se ha expuesto en el apartado anterior sobre la fiera oposición que se levantó contra Esteban, pero aquí hemos de notar la ceguera de los acusadores frente a las grandes obras del siervo de Dios y frente a la gracia y poder de su testimonio, que se hicieron visibles aun en su rostro según la evidencia de sus mismos jueces. Se refleja en la experiencia del siervo la enemistad de los endurecidos que resistieron “*la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*” y nos recuerda que ninguna evidencia bastará para convencer a hombres que buscan su propia gloria y no la de Dios, sin deseo alguno de someterse a la voluntad de Dios para distinguir entre doctrina verdadera y falsa (**Jn 5:44**) (**Jn 7:17**). El odio fratricida y fanático no para en los medios que ha de emplear con el fin de atacar al objeto de su ira insensata, y aquí los testigos son sobornados mientras que los jueces, al final del discurso de Esteban, recurren a procedimientos que se parecen más a un linchamiento que no a la aplicación de la tan decantada justicia de los judíos. Lo importante era terminar con un testimonio que les estorbaba, fuese como fuese. Desde este momento la multitud, antes tan favorable al testimonio de Pedro (**Hch 5:12-16**), se vuelve en enemigo de la Iglesia. Se empieza a ver que el mensaje de Jesús de Nazaret terminará con los privilegios que reclamaban los judíos por el solo hecho de su descendencia carnal de Abraham, y, cansándose aun de milagros, la multitud presta su apoyo a la política persecutoria del Sanedrín, aprendiendo a odiar el Nombre que tan poderosamente había obrado entre ellos.

Temas para meditar y recapacitar

1. Detalle las circunstancias que dieron lugar al nombramiento de los siete administradores, notando: a) el procedimiento que se empleó; b) la obra especial de los apóstoles; c) la libertad del Espíritu que se manifiesta en la obra de Esteban y de Felipe.
2. Discurra sobre Esteban como testigo, notando todos los factores posibles en cuanto a su persona, su poder y su mensaje que se hallan en el capítulo 6 de Los Hechos.

Discurso de Esteban y su martirio (Hechos 7:1-8:1)

Consideraciones generales

Es notable que tengamos en forma tan extensa el discurso de Esteban ante el Sanedrín, que, como hemos notado, ya no es tanto una defensa propia, sino la historia de la manera en que el “Dios de la gloria” se había manifestado al pueblo de Israel y de las reacciones adversas de la parte carnal del pueblo ante tales revelaciones. Las respuestas a las acusaciones de (**Hch 6:11,12,14**) se apuntan mediante la selección de los incidentes y los énfasis sobre ciertos aspectos de la obra de Dios y las actitudes del pueblo frente a ellos. Podemos suponer que Saulo mismo diera el relato a Lucas, quizá con la ayuda de apuntes de ciertos consejeros presentes que simpatizaran con el Evangelio, o que recibiesen luz entonces por medio del brillante testimonio del mártir.

No es fácil seguir el argumento de Esteban, aun cuando otros discursos en Los Hechos nos familiarizan con el método de subrayar importantes lecciones mediante una cuidadosa selección de incidentes de la historia de Israel, pero sin duda fue guiado por el Espíritu Santo en su presentación. Tuvo una ventaja inicial, ya que los consejeros del Sanedrín no pudieron negar su atención a un resumen de la “historia sagrada” de su nación, y, teniendo que escuchar por respeto a la Historia Sagrada, llegaron sin duda a apreciar perfectamente la intención de la selección y de los énfasis de Esteban, como se prueba por su violenta reacción al final del discurso. Esteban no intentó “defenderse” en el sentido de buscar una sentencia absolutoria, pero sí justificó la sustancia de sus enseñanzas anteriores por el resumen de la obra de Dios y las reacciones del pueblo. Antes de analizar brevemente el mensaje mismo, hemos de señalar las líneas generales y el significado de la presentación que, a primera vista, tanto nos extraña; veremos que contesta maravillosamente las preguntas que surgían de las acusaciones de los judíos: ¿Cómo revela Dios su gloria? ¿Cuáles son sus leyes y sus costumbres? ¿Qué es el Templo? ¿Quién es el Mesías-Salvador? ¿Qué hicieron los guías de la nación con la luz que recibieron?

1. Dios se revela por medio de sus obras

Tanto Esteban como su auditorio hostil estarían de acuerdo en principio al reconocer que Dios se había revelado por medio de sus obras, y especialmente a través de sus intervenciones en la historia de Israel. Todo cuanto había hecho (y lo que dejaba de hacer) encerraba lecciones, mensajes y revelaciones que se relacionan estrechamente con las profecías verbales. He aquí el principio básico que da sentido a la selección de incidentes históricos.

2. El pueblo carnal no había comprendido las intervenciones de Dios en su historia

Una de las claves más importantes para entender el discurso se halla en (**Hch 7:51**): *“¡Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo, como vuestros padres, así también vosotros”*. Movidado por pura gracia, Dios escogió a Abraham y confirmó su pacto con él, pero los patriarcas rechazaron al heredero José; los israelitas del cautiverio egipcio no entendieron que Moisés había de ser su salvador; la nación se volvió a la idolatría aun en el Desierto, etc. La culminación del proceso se halla en el rechazamiento del Justo por el mismo Sanedrín que estaba sentado para juzgar a Esteban (**Hch 7:52**).

3. Dios se revelaba en diversos lugares y variadas maneras

La edificación del Templo por Salomón pertenecía a una época muy tardía en la historia de Israel, y aun en el momento de inaugurarse la Casa el rey-edicador había reconocido que no era más que un símbolo de la presencia del Dios eterno e infinito en la tierra, puesto que no podía morar en obras hechas de manos de los hombres (**Hch 7:48**) (**1 R 8:27**). La misma verdad se confirmó por el profeta Isaías (**Is 66:1-2**). La Casa, pues, tenía su importancia simbólica para el tiempo preparatorio, pero no había de considerarse como algo necesariamente permanente, siendo notorias sus limitaciones como *“cosa hecha de manos de hombres”*.

En conformidad con este “hilo” del argumento, Esteban recalca que el Dios de la gloria se reveló primeramente a Abraham en Mesopotamia, lugar muy alejado de la Tierra Santa, siglos antes de levantarse el Tabernáculo o el Templo (**Hch 7:2-4**). El patriarca, tan favorecido por revelaciones del Dios de la gloria, no poseía nada en la tierra de Israel, sino que su fe se mantenía sobre la base de promesas que no podían cumplirse hasta después de las extrañas providencias del Señor al permitir que su pueblo pasara por el período de esclavitud en Egipto (**Hch 7:5-7**). De igual forma Moisés recibió su visión del “Ángel” (que se identifica con Jehová) en el desierto del Monte de Sinaí, manifestándose la *“gloria”* en una zarza. Con todo, el lugar que pisaba era *“tierra santa”*, puesto que Dios se manifestaba allí (**Hch 7:30-34**).

Las *“palabras de vida”* se dieron en el desierto, donde también Moisés hubo de levantar el Tabernáculo según el modelo celestial, pero no se señaló el lugar terrenal escogido para la casa hasta los tiempos de David y de Salomón (**Hch 7:44-47**).

4. Los profetas, perseguidos por los padres, profetizaban la venida del Justo (Hch 7:52-53)

Este hecho no sólo subraya el persistente rechazamiento de la Palabra de Dios por los jefes carnales de la nación, sino que indica que los santos del Antiguo Testamento esperaban una consumación que aún no había sido manifestada en sus días, y que correspondía a la esperanza mesiánica. Al llegar el Justo profetizado, el Instrumento que había de llevar a su consumación la obra que Dios inició durante el régimen anterior, los príncipes le habían entregado a los romanos para que fuese crucificado. En este punto Esteban llegó a la culminación de su mensaje acusador. Quizá tenía más que decir que enlazara aún más claramente los distintos hilos de su discurso, pero los sucesores de los asesinos de los profetas permanecieron fieles a la tradición de sus antecesores, rechinando sus dientes contra el testigo, dispuestos ya a lanzarse sobre él.

5. La visión de Esteban se relaciona íntimamente con su mensaje (Hch 7:54-56)

La gloria de Dios no se manifestaba en el fastuoso Templo de Herodes el idumeo, ni hubo nada en el Lugar Santísimo de aquel tiempo sino una piedra que ocupaba el sitio del Arca del Pacto, pero el mártir, elevando sus ojos al Cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús, que estaba a la Diestra de Dios. Es decir, su vista esclarecida por el Espíritu Santo, penetró en el verdadero santuario (**He 9:12,24**) para contemplar la consumación del proceso de la revelación del *“Dios de la gloria”*, ya que el Salvador, antetipo de todos los anteriores, había llevado a cabo su obra redentora, y había sido exaltado a la Diestra como *“el varón de tu diestra”* en cuyas manos prosperan todos los propósitos de Dios (**Sal 80:17-19**). Vio todo cuanto no habían querido ver los guías ciegos de la nación, quienes tomaron la visión como confirmación de la acusación de *“blasfemia”*. Las diversas manifestaciones de la gloria de Dios en la antigüedad, tan mal interpretadas por los asesinos del Mesías, no habían sido espejismos, ni el incierto brillo de fuegos fatuos, sino hitos en el camino que llevaba a la revelación de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo y a la exaltación de éste

al Centro de toda potencia, desde donde dirige su obra hasta que sean puestos todos sus enemigos debajo de sus pies.

El análisis del discurso

1. Dios se reveló a Abraham (Hch 7:2-8)

Esteban se dirige respetuosamente a los consejeros del Sanedrín y les recuerda el principio del largo proceso de revelación de la gloria de Dios por medio de Israel. El llamamiento de Abraham que se describe en **(Gn 12:1-3)**, confirmado por el pacto del capítulo 15, es un acontecimiento de primera importancia, tanto en la revelación que Dios quiso dar de sí mismo, como en el desarrollo del plan de la redención. Antes de aquella fecha Dios había tratado directamente con la raza humana, pero ahora escoge un instrumento que se forja por medio de revelaciones y experiencias muy especiales con el fin de que luego pudiera ser medio de bendición para todas las familias de la tierra. De la nación-siervo ha de surgir el Mesías-siervo, en cuyas manos todo llegará a su consumación. Como hemos notado ya, Esteban, en conformidad con su propósito general, insiste en que este gran principio del llamamiento y servicio de Israel tuvo lugar lejos de Israel, en Mesopotamia y en Harán, subrayando que la bendición se inició por medio de promesas que habían de recibirse por la fe. La profecía de la servidumbre en Egipto combina los relatos de los capítulos 12 y 15 de Génesis, y pone de relieve los extraños medios por los cuales Dios había de moldear la nación que, por fin, después del paso de siglos, le había de servir en la Tierra Prometida **(Hch 7:6-7)**. La mención del “*pacto de la circuncisión*”, **(Gn 17)** recuerda la separación del pueblo para el servicio de Dios; la señal, sin embargo, no era nada sin la realidad, de modo que Esteban, al fin de su alocución, declaró que los jefes que se sentaban a juzgarle, eran “*incircuncisos de corazón y de oídos*” igual que los guías carnales de la nación que les habían precedido **(Hch 7:51)**. El deber de los guías en todo tiempo era el de mantener en su pureza los principios espirituales de su pueblo como “*siervo de Dios*” en la tierra, y el discurso pone de manifiesto el terrible fallo en esta parte esencial de la mayoría de ellos.

2. Jacob, José y los patriarcas (Hch 7:8-19)

Después del nacimiento de Isaac, el hijo de la promesa, los fundamentos de la nación se colocaron por los hijos de Jacob, pero el tiempo de la peregrinación de los patriarcas en Israel fue brevísimo, ya que se impuso la necesidad de bajar a Egipto, lugar de la multiplicación del pueblo en el horno de aflicción. Dios, por lo tanto, seguía obrando fuera de Canaán.

La figura central de esta sección es José, cuya vida es una prefiguración de la de Cristo. Fue señalado por Dios como portavoz suyo desde su juventud, pero su gracia, sabiduría e inteligencia espiritual, lejos de encomendarle a sus hermanos, despertaron sus celos, hasta el punto de traicionarle y venderle a Egipto, donde Dios le bendijo y volvió el crimen en medio de bendición para los hermanos y sus descendientes. Tanto el rechazamiento de José por los celos maliciosos de los suyos, como la operación de las providencias de Dios para bendición a través de la maldad de los jefes del pueblo naciente, ilustran el tema de Esteban tal como lo hemos notado arriba, ya que las experiencias de José, tan perfecto en su paciente servicio y en su espíritu de perdón, se reprodujeron en un plano mucho más elevado en el caso del Mesías rechazado y ensalzado a la Diestra de Dios, donde seguía siendo único medio de bendición para quienes se sometieran a él.

Hay dos aparentes discrepancias en **(Hch 7:14-16)** entre el resumen de Esteban y el texto masorético de Génesis. Esteban sigue las cifras de la Versión Alejandrina al decir que setenta y cinco almas descendieron a Egipto, mientras que el texto masorético da el

número de setenta, pero ya hemos visto que dicha versión era la que se empleaba comúnmente entre los helenistas. La variación tiene poca importancia, pues sería fácil calcular el número de las familias, juntamente con la de José (ya en Egipto) de distintas maneras. La otra variación tiene que ver con el lugar donde se sepultaron Jacob y los patriarcas (**Hch 7:16**), que se describe así: *“Los cuales fueron trasladados a Siquem, y puestos en el sepulcro que a precio de dinero compró Abraham de los hijos de Amor en Siquem”*. Según el relato de Génesis, Jacob fue sepultado en Hebrón, en la cueva de Macpela que Abraham compró de Efrón el hitita (**Gn 23:16**) (**Gn 49:29-32**) (**Gn 50:13**). Aparte de esta referencia nada sabemos de la sepultura de los demás patriarcas, pero después de haberse conservado su momia en Egipto, José fue sepultado en el terreno comprado por Jacob en Siquem (**Jos 24:32**). Como se trata de los patriarcas en general, y Esteban resume lo que interesa para el tema que desarrolla, no es extraño que los dos lugares de sepultura no se distingan, combinándose los dos incidentes relacionados con su compra. La mención de Siquem (en la provincia de Samaria) pone de relieve una vez más que Jerusalén no era el único lugar sagrado en la estimación de los antiguos.

3. Moisés, el elegido de Dios, fue rechazado por muchos del pueblo (Hch 7:20-37)

El Éxodo es el momento culminante de los principios de la historia de Israel, ya que, al ser librado de la esclavitud de Egipto, adquirió por medio de aquella liberación su carácter de nación, llegando a ser un pueblo apartado para el servicio de Jehová. Su importancia explica la extensión de la narración de Esteban en esta parte. Pero la luz se enfoca en Moisés, quien Dios levantó como gobernador y libertador del pueblo *“con la mano del Ángel que le apareció en la zarza”* y en cuyo poder realizó *“prodigios y señales en la tierra de Egipto y en el desierto”* (**Hch 7:25-26**). Las providencias de Dios ordenaron de una forma muy especial la protección y la preparación del futuro caudillo, quien, como hijo adoptivo de la princesa egipcia, era *“enseñado en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras”* (**Hch 7:22**). A pesar de ello, al querer ayudar a sus hermanos, fue rechazado por ellos, y pasaron cuarenta años antes de que fuese comisionado por el Señor en el desierto (**Hch 7:25-36**). Notamos de nuevo que la gloria de Dios se manifestó en una zarza en el desierto, que llegó a ser *“tierra santa”* consagrada por la presencia manifestada de Jehová, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, quien interviene de nuevo para la salvación de su pueblo, habiendo escogido a Moisés según su soberana voluntad, y a pesar de la actitud del pueblo (**Hch 7:31-35**).

4. Moisés y el Profeta (Hch 7:37)

Por citar (**Dt 18:15**) Esteban enlaza a Moisés con el Mesías que había de ser levantado por Dios de igual forma que Moisés, es decir, por la soberanía de Dios, para la bendición del pueblo y a pesar de la actitud rebelde de éste. Quizá la profecía tenía en primer término un sentido general, con referencia al ministerio profético por el cual Dios había de bendecir a su pueblo, pero que se personaliza en el Profeta máximo, el Hijo por quien Dios había de dar su última palabra a Israel. La lección adquiere un valor contemporáneo, ya que la misión de Jesucristo, tan poderoso él en palabra y hechos, estaría en el pensamiento y en la memoria de todos (**Hch 3:22-23**).

5. Sinaí, la Ley y el Tabernáculo (Hch 7:38-45)

Moisés continuó su ministerio como siervo *“fiel en toda la casa de Dios”* (**He 3:2**), recibiendo la Ley, las palabras que podían ser de *“vida”* para las almas sumisas (que no significa que la salvación podía conseguirse por obras), y recibiendo las comunicaciones de Dios en lo alto de Sinaí. Esteban recuerda el terrible pecado del becerro de oro que reveló el corazón perverso del pueblo casi inmediatamente después de haber aceptado el Decálogo como norma de vida. En la ausencia de Moisés hicieron presión sobre el débil Aarón para que les preparara un “dios-becerro” que simbolizara (o sustituyera) a Jehová y

al profeta “perdido” (**Hch 7:38-41**). Pocos se dan cuenta del trágico “lenguaje” del becerro de oro que quebrantó el pacto legal casi en el momento de sellarse, descubriendo a fondo el corazón inicuo de la mayoría del pueblo. Pero Moisés ya había recibido el diseño del Tabernáculo y el orden de los sacrificios que prefiguraban la obra de expiación y de redención por medio de aquel que había de ser a la vez Sacerdote y Víctima propiciatoria; exclusivamente sobre la base de la Obra así simbolizada podía Dios manifestarse aún en medio de su pueblo.

Esteban pone de relieve el rechazamiento de las “*palabras de vida*” y el sentido íntimo de la adoración del becerro de oro, que fue recalcado siglos después por las contundentes palabras del profeta Amós (**Hch 7:42-43**).

Con todo, “*tenían nuestros padres en el desierto el Tabernáculo del Testimonio*” hecho conforme al diseño celestial (**Hch 7:44**), y la sola gracia de Dios, simbolizada por el sistema levítico, permitió que el pueblo fuese introducido en la tierra de Canaán bajo la guía de Josué (**Hch 7:45**). La lección es clara: desde el principio de la vida nacional de Israel, Dios había obrado en gracia por medio de su Palabra en la boca de sus siervos escogidos, a pesar del corazón perverso de la mayoría del pueblo, que se manifestaba en persistentes conatos de rebelión y en la constante propensión hacia cultos idolátricos.

6. David, Salomón y el Templo (Hch 7:46-50)

La gran misión de David, el ungido por Dios, fue la de establecer un Trono que llegara a ser eterno en la Persona del Hijo de David, como también la de recibir una revelación sobre el Templo que había de sustituir de forma más permanente el Tabernáculo como centro del verdadero culto. Los Libros de Crónicas presentan la historia de David y de sus descendientes exclusivamente desde este punto de vista. Al seguir el argumento de Esteban, quien enfoca luz sobre la utilidad meramente temporal de los “*templos hechos de manos*”, no hemos de caer en el error de subestimar los medios de revelación que Dios entregó a sus siervos Moisés y David, ya que tanto el Tabernáculo como el Templo eran modelos de realidades celestiales y señales de la presencia de Dios en la tierra. David, con toda razón, quiso edificar Casa para Jehová, y recibió el diseño para su construcción por revelación divina tan realmente como Moisés había contemplado el modelo del Tabernáculo en el Monte (**1 Cr 28:11-12**). Salomón también fue escogido para cumplir la voluntad de Dios al erigir el Templo, lugar que se llenó de la gloria del Señor (**1 Cr 28:10**) (**2 Cr 5:13-14**). La equivocación de los judíos carnales consistía en: a) creer que un culto externo podía agradar a Dios, error que había sido condenado por los profetas varias veces en el Antiguo Testamento; b) pensar que una cosa material podría ser “*Casa de Dios*” en sentido permanente, sin discernir que señalaba una consumación en el plano espiritual y eterno en el futuro; c) reservar para sí lo que había de ser “*casa de oración para todas las naciones*” (**Mr 11:17**), sin comprender que había de ser un testimonio que sirviera para extender el conocimiento de Dios a todas las familias de la tierra, las bendecidas por medio de Abraham y sus descendientes según la promesa original de (**Gn 12:1-3**). Hemos notado arriba el significado de la cita implícita de (**Hch 7:48**), como también la importancia de la que se saca de (**Is 66:1-2**) en el versículo 49.

7. El tema del Templo en el Nuevo Testamento

Es interesante trazar el tema del “Templo espiritual” en el Nuevo Testamento, que reemplaza la cáscara vacía del Templo de Herodes. Primeramente Cristo habló del “*Templo de su Cuerpo*” que los judíos habían de destruir, pero que él había de levantar en tres días (**Jn 2:13-22**). Como en el caso de Esteban, el tema se presenta en forma torcida, como acusación ante el Sanedrín (**Mt 26:61**). Entendemos bien que la gloria de Dios se manifestaba en el Verbo encarnado, hecho también Centro de la adoración de los hombres de buena voluntad (**Jn 1:14**) (**Jn 14:9**) (**2 Co 4:6**). Al ser él ensalzado derramó el

Espíritu Santo sobre los discípulos, formando la Iglesia que había de ser *“morada de Dios en el Espíritu”* y, por ende, el Templo desde donde se manifestara el resplandor de su gloria (**Ef 2:21-22**). La Iglesia verdadera y espiritual es el conjunto de todos los fieles, unidos éstos con la Cabeza, que es Cristo, que no puede verse de una forma visible y palpable, sino en la reunión de la iglesia local, la congregación de un grupo de fieles en determinado lugar geográfico. No es extraño, pues, que el apóstol Pablo recuerde a los corintios que conjuntamente constituían el *“templo de Dios”* en Corinto (**1 Co 3:16**). No sólo eso, sino que el cuerpo de cada creyente llega a ser *“templo”*, puesto que el Espíritu de Dios mora en él, y la gloria del Señor debe irradiarse de cada personalidad redimida (**1 Co 6:19**). En la Nueva Creación, manifestada en su plenitud, no habrá *“templo”* (“lugar separado”), *“porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero”* y *“el tabernáculo de Dios está con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios”* (**Ap 21:22**) (**Ap 21:3**). Con todo sería temerario deducir de la naturaleza espiritual del Templo ahora y en la Eternidad que el “Templo de Ezequiel” (Ezequiel capítulos 40 al 46) no puede ser un lugar real durante el reino del Mesías en la tierra, ya que la descripción detallada de él concuerda con otras muchas profecías parecidas que se refieren a la consumación de la obra de Dios en esta tierra, el *“mundo venidero”* de (**He 2:5**). Aún en esta dispensación del Espíritu, el Señor de la Iglesia se digna entregarnos sustancias materiales (el agua para el bautismo y el pan y el vino para la Cena del Señor) como símbolos de las grandes verdades de nuestra salvación, de modo que, en el marco de la historia de Israel y las naciones bendecidas en esta tierra, no sería extraño que un Templo llegara a ser símbolo externo de la presencia de Dios entre los fieles, apuntando lecciones sobre una pura adoración (**Is 2:2-3**), sin que por ello cesara de regir el principio de (**Jn 4:23-24**); los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad en todo lugar. La plegaria de Salomón (**1 R 8**), con todas las enseñanzas proféticas del Antiguo Testamento, muestra que los espirituales entendían siempre que el Templo sólo era el símbolo de la presencia de Dios, sin excluir ningún lugar desde donde los hombres pudiesen invocar a Dios en espíritu y en verdad. Las modalidades pueden variar, pero la esencia de la adoración y del modo de acercarse a Dios es siempre igual.

8. La peroración final (Hch 7:51-53)

Es posible que Esteban tuviera la intención de redondear más la aplicación de las lecciones que surgían de su resumen histórico por medio de unas referencias directas al cumplimiento de las profecías mesiánicas en Jesús, pero que las manifiestas señales de impaciencia y de ira en los rostros de sus jueces, que entendían bien que las flechas iban dirigidas a ellos (**Mr 12:6-12**), le forzaron a llegar a su peroración mientras que aún hubiera tiempo para ella. Lanza, pues, su acusación de la manera en que los padres habían resistido al Espíritu Santo por la dureza de su corazón, y por su incircuncisión espiritual, así también lo hacían los guías ciegos de Jerusalén, sentados para juzgarle. Sus antecesores habían perseguido y matado a los profetas que anunciaban la futura manifestación del Mesías, y los guías de aquella generación habían llegado hasta entregar y matar por manos ajenas al mismo Mesías. Se gloriaban en la Ley dada por ángeles, pero eran rebeldes a todo mandato divino. El reo pronuncia la condenación de Dios sobre quienes indebidamente ocupaban los escaños de los jueces, quedando éstos condenados por el testimonio de toda la Palabra, siendo su conducta igual a la de los rebeldes que siempre resistían la manifestación de la gloria de Dios a través de los siervos divinamente acreditados. Es evidente que Esteban se halla aquí en la línea de sucesión de los profetas que testificaban contra la iniquidad de los príncipes de pueblo.

La gloria de Dios revelada a Esteban (Hch 7:54-58)

Mientras que los jueces rechinaban los dientes contra el mensajero de Dios, éste, lleno del Espíritu Santo, tuvo una visión de la gloria de Dios, en la que Jesús, el Mesías rechazado por los hombres, estuvo en pie a la Diestra de Dios, denotando su posición y postura el ejercicio del poder ejecutivo del Trono en tan solemne momento. Describió la escena en alta voz: *“¡He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la Diestra de Dios!”*. El título del *“Hijo del Hombre”* es muy significativo, ya que es el Postrer Adán, el triunfador de parte de la humanidad, quien ocupa el lugar de autoridad en el Cielo, siendo evidente el paralelismo entre este testimonio y el del Señor Jesucristo — basado en la profecía de **(Dn 7:13-14)**— delante de Caifás y el mismo Sanedrín: *“Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo”* **(Mt 26:64)**. Los resultados inmediatos del testimonio y la visión son parecidos, ya que se toman como evidencia de blasfemia por los endurecidos, incapacitados éstos para ver visiones celestiales o discernir el verdadero sentido de la Palabra que pretendían honrar. Se taparon los oídos (¡ya bastante sordos a la Voz de Dios!) y se lanzaron sobre Esteban, arrebatándole fuera de la ciudad, donde le apedrearon, portándose en todo según el patrón de sus padres rebeldes que Esteban acababa de presentarles **(2 Cr 24:20-21) (Mt 23:35)**.

Recalcamos anteriormente que la visión es el clímax del mensaje, ya que Dios sigue manifestando su gloria a los fieles que le sirven y le honran, al par que los duros de corazón, que cumplen la voluntad del diablo en el nombre de la religión, se ciegan contra la gloria celestial y arremeten contra aquellos que hablan en el Nombre de Dios, cuyas vidas y testimonio constituyen en sí la condensación de su propia fanática incredulidad.

El martirio de Esteban (Hch 7:56-60)

El Sanedrín no tenía autoridad para aplicar la sentencia de muerte a los reos que condenaban ante su tribunal, como es evidente por su apelación a Pilato al exigir que Jesús fuese crucificado. ¿Cómo, pues, pudieron dar muerte a Esteban por el método judío de la lapidación sin el consentimiento del gobernador? Algunos eruditos han pensado en un intervalo entre la destitución de Pilato y la toma de posesión de su sucesor, que se aprovecha por el Sanedrín actuando como máxima autoridad de la nación en la ausencia del representante de Roma. Pero aquella fecha (36 d.C.) parece ser demasiado tarde para coincidir con el martirio de Esteban, y es posible que Pilato, estando ausente en Cesarea (su sede de gobierno), estuviese ajeno a esta crisis, y que los jefes de los judíos, sabiendo que la posición del procurador era muy insegura, tomaran las riendas en su mano en un momento de pasión, confiados en que Pilato no se atrevería a llamarles al orden.

La prisa, como hemos dicho ya, da la impresión de un linchamiento, pero hubo tiempo para extender por lo menos una capa de legalidad sobre el crimen, puesto que los testigos echaron las primeras piedras, mientras que el joven Saulo de Tarso guardaba su ropa exterior, constituyéndose hasta cierto punto en “presidente” del hecho. Sin duda su inteligencia privilegiada comprendía bien tanto el mensaje de Esteban, como su incompatibilidad con el judaísmo de su día. Comprometido aún con toda la fuerza de su poderoso temperamento en el intento de guardar las tradiciones de los padres contra la intrusión de la nueva religión de Galilea, justificaría el crimen como una medida necesaria para la conservación de la fe judaica. Por la actuación de los testigos, véase **(Dt 17:7)**.

Esteban invocaba al Señor, a quien veía tan claramente delante de su vista espiritual, cobrando fuerzas para orar en medio de la lluvia de piedras: *“¡Señor Jesús! ¡Recibe mi*

espíritu!". De nuevo notamos las analogías entre la muerte del Maestro y la del protomártir, que se destacan aún más cuando oímos a Esteban exclamar de voz en grito, con el poder que le viniera de arriba: "*¡Señor, no les tomes en cuenta este pecado!*". Igual que el Señor Jesús, incriminaba a los falsos guías del pueblo al par que amaba al pueblo mismo, intercediendo por él como el Señor lo había hecho. Tan sentidas intercesiones, que brotaron de los labios de tales intercesores, no son meras formas de hablar, sino que la bendición recae sobre los humildes de Israel y por fin las gloriosas promesas que fueron dadas incondicionalmente al pueblo se cumplirán en abundancia.

Feliz en medio del acto brutal del apedreamiento, Esteban "*durmió en el Señor*", frase que ya llega a ser la normal como descripción del paso de los cristianos a la presencia del Señor, donde descansan gozosa y conscientemente con él hasta la hora ya determinada de la resurrección (**Fil 1:20-24**) (**2 Co 5:6-9**).

Aparece Saulo de Tarso (Hch 8:1)

El hecho de que Saulo podía "*dar su voto*", contra los cristianos que sufrían en la primera persecución general de la Iglesia (**Hch 26:10**) y que consentía en la sentencia condenatoria de Esteban, guardando la ropa de los testigos como presidente del sangriento acto (**Hch 22:20**), llevando luego la dirección inmediata del intento de exterminar el cristianismo naciente en Jerusalén, nos hace pensar que sería reconocido como miembro del Sanedrín, por el hecho de ser rabino destacado de la secta de los fariseos. Su actuación aquí, como el jefe de la oposición a Cristo Jesús, es una dramática manifestación de la operación de las providencias de Dios, pues habría parecido una fantástica aberración de una mente desequilibrada si alguien hubiese señalado al fanático joven que dirigía el sangriento suceso como el verdadero sucesor del mártir que entregaba su espíritu a su Señor. Pero así fue, y hemos de ver en esta mención de Pablo, no sólo el enlace con la persecución que había de esparcir a muchos testigos por el ámbito de Israel (**Hch 8:1-8**), sino también el eslabón con la última etapa del programa de evangelización que Lucas reseña. Dios preparaba ya, por medios tan extraños, su "vaso de elección" para la predicación universal del Evangelio. Esteban rompió el cerco que limitaba el testimonio a Jerusalén; los perseguidos habían de llenar la Tierra Santa con el mensaje e iniciar el testimonio entre los gentiles (**Hch 11:19-21**); Saulo de Tarso, convertido en Pablo el apóstol, había de evangelizar y adoctrinar a los gentiles. Estamos en una época de transición, y los acontecimientos, ordenados por las providencias de Dios, han de realizarse rápidamente bajo el poderoso impulso del Espíritu Santo.

Temas para meditar y recapacitar

1. Haga constar cómo la selección de incidentes de la historia de Israel que Esteban presentó delante del Sanedrín justificaba su ministerio anterior, y probaba la falsedad en esencia de las acusaciones lanzadas contra él.
2. Describa la visión y el martirio de Esteban, haciendo ver: a) que constituye la culminación de su mensaje; b) que constituye el enlace entre el desarrollo anterior y posterior de la extensión del Evangelio.

El evangelio se extiende fuera de Jerusalén (Hechos 8:2-40)

El entierro de Esteban (Hch 8:2)

No siempre han recibido entierro honroso los mártires del Señor, pero en este caso quedaba aún algo del respeto que habían inspirado las grandes obras de Dios en Jerusalén por medio de sus siervos, bastante comprensión del valeroso testimonio del hombre lleno de gracia y del Espíritu Santo que era Esteban, para que las autoridades permitiesen que unos “*varones piadosos*” recogiesen el magullado cuerpo del mártir y que le diesen los debidos honores fúnebres según la costumbre de aquel tiempo, “*haciendo gran llanto sobre él*”. Es posible que debamos suponer que los “*varones piadosos*” fuesen judíos que pertenecían a la comunidad cristiana de Jerusalén, pero la forma de la frase subraya la piedad reverencial de los judíos, y el hecho de no emplearse el término “*hermanos*” o “*discípulos*” puede indicar que se trata de judíos que sabían apreciar el testimonio de Esteban sin estar unidos directamente con la Iglesia, lo que les daría más libertad de movimiento en un momento de crisis, cuando Saulo iniciaba la persecución sistemática de la Iglesia. En tal caso se comprendería mejor la “*gran lamentación*”, ya que los cristianos iban aprendiendo que el paso del mártir a la presencia de su Maestro señalaba un momento de triunfo y no de tragedia.

La persecución dirigida por Saulo (Hch 8:1-3)

I. La severidad de la persecución (Hch 8:1-3) (Hch 22:4) (Hch 26:10-11)

El fanatismo, la gran inteligencia y las asombrosas energías del joven Saulo, obrando como delegado del Sanedrín en este asunto, prestaron inusitada violencia y eficacia a la primera persecución de la Iglesia. Habían quedado atrás los días cuando los apóstoles, amenazados y aun azotados, pudieron volver a su predicación pública en los atrios del templo, alabados y alentados por la multitud. El clima de Jerusalén había cambiado al percibir la turba que el cristianismo había de minar su monopolio de privilegios religiosos, y la enérgica guía de Saulo echaba aceite sobre las llamas del fanatismo. Persiste de alguna manera (que los eruditos no aciertan a explicar) la libertad de movimiento de las autoridades judías, ya que Saulo no sólo registraba las casas, llevando a los santos (hombres y mujeres) delante de los tribunales de las sinagogas y del Sanedrín, haciendo que fuesen castigados con cárceles y azotes, sino que, en muchos casos por lo menos, logró que les fuese aplicada la última pena, como en el caso de Esteban. ¿Dónde estaba el poder de Roma, y por qué no salían los cohortes de la Torre de Antonia para reducir la autoridad del Sanedrín a sus debidos límites como en el caso de la visita de Pablo a Roma años más tarde? (**Hch 21:26-23:35**). Es un misterio que espera más datos históricos aún desconocidos. La catástrofe que cayó sobre la iglesia es un hecho, y habrá dado lugar a un sinnúmero de tragedias dentro de las familias de los creyentes, al par que terminó de una manera fulminante la primera y hermosa época del testimonio de la Iglesia en el mundo. Pablo no pudo borrar nunca de su memoria y de su conciencia su crimen al querer forzar a los santos a blasfemar el sagrado Nombre, y los gritos angustiosos de los hermanos y hermanas torturados habían de turbarle muchas veces en los recuerdos de las velas de la noche (**1 Co 15:9**) (**1 Ti 1:13**) (**Hch 22:4**) (**Hch 26:10-11**), agudizando aún entonces las punzadas del aguijón de la conciencia contra las cuales daba coces con tanta vehemencia antes de ver su visión del Señor (**Hch 26:14**).

2. Las limitaciones de la persecución (Hch 8:1)

La frase “*salvo los apóstoles*” nos da a entender que los Doce, a pesar de ser los guías reconocidos de la Iglesia, pudieron mantenerse en Jerusalén cuando otros tenían que huir a causa de la violencia de la persecución. Hemos de suponer una labor secreta para animar a la Iglesia perseguida, y es evidente que ellos creían que era la voluntad del Señor que aún permaneciesen y testificasen en la capital del judaísmo. Hallamos por lo menos a algunos apóstoles en Jerusalén muchos años más tarde (**Hch 15:4**), aunque es de suponer que no limitaban su obra a la ciudad, y tendremos más que decir sobre los viajes de Pedro más adelante.

La palabra “*todos*” en (**Hch 8:1**) ha de entenderse en sentido relativo y no literal, pues los perseguidos quedaron, con los Doce, y es probable que el furor del ataque se hubiese dirigido mayormente contra los creyentes helenistas, que simpatizaban con el ministerio y la actividad de Esteban, formando ya un puente que había de llevar el Evangelio a los gentiles. Los judíos piadosos, que cumplían fielmente todas las “*costumbres de los padres*”, aun después de reconocer a Jesús como su Mesías, no estarían tan expuestos al peligro como los creyentes helenistas con sus tendencias hacia la libertad y la universalidad.

3. Los resultados de la persecución (Hch 8:2-4)

No es siempre verdad que “la sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia” ya que España misma ofrece una ilustración de una persecución (la de los siglos XVI y XVII), tan feroz, tan persistente, tan bien organizada y apoyada tan firmemente por las autoridades civiles, que la luz del Evangelio fue totalmente apagada durante siglos, después de derramarse mucha sangre mártir. Pero si los discípulos hacen caso del sabio consejo del Maestro de huir a otra ciudad cuando se levanta persecución en la primera (**Mt 10:23**), y aún persisten oportunidades (y la voluntad) para testificar en otros lugares, sin duda la furia de los hombres que quieren exterminar la “*manada pequeña*” da por resultado que se extienda más. En el caso que estudiamos, la trágica persecución (desde el punto de vista humano) fue el medio que empleara el Señor de la mies para esparcir la Palabra del Evangelio ampliamente por Judea y Samaria, sin excluir las restantes provincias del país. Saulo, que había de ser tan buen estratega al extender el Evangelio por el mundo, se equivocó en los medios que utilizó al querer reforzar el judaísmo por el exterminio de los seguidores de Jesús de Nazaret, ya que “*los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio*”. Los instrumentos para cumplir la segunda etapa del programa de (**Hch 1:8**) no eran los líderes, los doctores y los grandes predicadores de la Iglesia de los primeros años, sino todo un ejército de creyentes anónimos que huían de la mano cruel de Saulo y de sus compañeros, pero sin dejar por ello de dar su testimonio a Cristo en todos los lugares adonde llegaban en busca de refugio. Sin duda la obra había de confirmarse por los apóstoles y sus colegas, como veremos más adelante, pero el Dios soberano escogió éstos y no otros para llevar a cabo su plan, y una vez más notamos la gloriosa libertad del Espíritu quien sopla como poderoso viento donde y como quiere. Grupos que salieron de Jerusalén con ocasión de esta misma persecución se hallan luego en la vanguardia de la evangelización de los gentiles (**Hch 11:19**), y en seguida se nota que las barreras anteriores entre Judea y Samaria no existen para la Iglesia (**Hch 8:1**) (**Hch 5:8**) (**Mt 10:5**).

La evangelización de Samaria (Hch 8:5-8,14-16,25)

1. Samaria y los judíos

El lector se acordará que los Evangelios reflejan la tensión que existía entre los judíos y los samaritanos, desdeñando los primeros todo trato con los últimos por considerarles una raza mezclada, impura y cismática. Aun los apóstoles habían de restringir su testimonio a las ovejas perdidas de la casa de Israel, evitando las tierras samaritanas, anteriormente a la Muerte y Resurrección de Cristo (**Mt 10:5-6**), seguramente por la imposibilidad de cumplir el cometido más amplio hasta que se hubiese colocado el fundamento para ello por medio de la Obra redentora de Cristo y el Descenso del Espíritu Santo. La enemistad latente entre el Norte de Canaán (del cual Efraín era la tribu más importante) y el Sur, donde predominaba Judá, data desde los tiempos de David, y quizá tuviera sus orígenes en la época de los Jueces. Las palabras del insurrecto Seba en (**2 S 20:1**) reflejan la tensión, que llegó a la ruptura abierta bajo Roboam, sometiéndose el Centro y el Norte del país a Jeroboam. Después de la destrucción de Samaria por los asirios, los reyes de Judá, Josías y Ezequías, intentaron extender su influencia por todo el país, restaurando en parte el culto de Jehová; pero los asirios habían llevado cautivos a los más destacados de los israelitas del Norte, reemplazándoles por gente de tierras distantes como Babilonia y Hamat. Por fin, los inmigrantes se mezclaron con los verdaderos israelitas, aceptando una forma oficial de culto a Jehová, pero fueron despreciados por los judíos que volvieron a Judea bajo Zorobabel según el decreto de Ciro, a causa de la preocupación que tenían éstos por conservar limpio el linaje de Israel. Por fin construyeron su propio templo cismático en el monte Gerezim, guardando celosamente su copia del Pentateuco (algo cambiado para ponerse a tono con sus pretensiones) hasta nuestros días. Los reyes asmoneos (siglo II a.C.) lograron subyugarles, pero el advenimiento de los romanos les dejó en libertad para seguir con su cisma, creyendo que era “su monte” donde los hombres habían de adorar a Jehová (**Jn 4:20**).

Este resumen de las interrelaciones de los judíos y los samaritanos es necesario para la comprensión de algunos de los aspectos de la evangelización de la región por Felipe, Pedro y Juan, ayudados, sin duda, por muchos otros testigos anónimos.

2. Felipe el Evangelista (Hch 8:5-8,12)

Entre los muchos hermanos que abandonaron Jerusalén para seguir testificando en otros lugares, Lucas destaca y nombra a Felipe: sin duda el Evangelista, ex administrador, con sus seis compañeros, de los fondos comunes de la comunidad cristiana de la capital, y no Felipe el apóstol como algunos han imaginado. Como Esteban, habría cumplido bien su tarea (quizás un tanto ingrata) de “*servir las mesas*”, mientras duraba la necesidad para ello, pero libre de sus deberes administrativos por la dispersión de la comunidad, pudo ejercer libremente su “carisma” de evangelista durante el tiempo de la expansión del Evangelio en Samaria, de la forma en que Esteban se había revelado como el testigo por excelencia en los momentos de transición de una época a otra. Acordémonos de que se le llama “*el evangelista*” en (**Hch 21:8**), que, juntamente con las actividades suyas que se refieren en este capítulo, nos hace saber que el Señor resucitado le había dado como “don” a la Iglesia para la presentación del Evangelio frente al mundo, o, mejor dicho, frente a los hombres y mujeres perdidos en el pecado de esta raza caída (**Ef 4:11**). Una cosa es “hacer la obra de evangelista” como Timoteo fue exhortado a hacer, a pesar de estar entregado primordialmente a una labor de pastoreo y de enseñanza (**2 Ti 4:5**), y otra es el ejercicio del don especial de evangelista, que capacita al siervo de Dios para presentar el mensaje de tal forma que las almas entiendan y lleguen a una decisión. El evangelista es el adalid de la Iglesia, y a menudo su don se relaciona con la labor del

misionero, aunque éste puede ser llamado a más variados trabajos en el frente de batalla. La obra de los dos debiera conducir a la fundación de iglesias locales, que a su vez sirven de bases para extender el Evangelio.

3. El mensaje de Felipe

Este capítulo es particularmente rico en frases que describen el mensaje que Dios da a los hombres. Los testigos anónimos *“anunciaban el evangelio”* (**Hch 8:4**), bien que la frase puede ampliarse, pues indica que *“anunciaban el evangelio de las Buenas Nuevas”*. Felipe, como un heraldo, les *“predicaba a Cristo”* (**Hch 8:5**). Los samaritanos también esperaban al Mesías (**Jn 4**), de modo que esta forma de presentar el mensaje fue muy adecuada a la ocasión. En (**Hch 8:12**) leemos que Felipe: *“les anunciaba el evangelio del Reino de Dios”*, que señala la amplitud de su mensaje. El mismo versículo recalca que *“anunciaba el evangelio del Nombre de Jesucristo”*, puesto que los samaritanos tenían que aprender que el poder salvador de Dios se manifestaba ya en el Nombre de Jesús el Mesías, el único dado a los hombres debajo de los cielos. El versículo 14 nos enseña que los samaritanos habían recibido *“la Palabra de Dios”*, que relaciona el Evangelio de Jesucristo con la totalidad de la revelación que Dios ha dado de sí mismo. Los apóstoles Pedro y Juan *“testificaron y hablaron la Palabra del Señor”*, además de *“evangelizar muchas poblaciones de los samaritanos”* (**Hch 8:25**), que subraya el elemento del *“testimonio”* del encargo original de (**Hch 1:8**). Para completar el tema, podemos anticipar un comentario sobre el testimonio de Felipe al eunuco de Etiopía, cuando, sentado en el carro, *“le anunció el evangelio de Jesús (como Centro de) las Buenas Nuevas”* (**Hch 8:35**), que pone todo el énfasis en la Persona del Salvador. Por fin Felipe, separado ya del nuevo convertido, *“anunciaba el evangelio en todas las ciudades (de la costa) hasta que llegó a Cesarea”* (**Hch 8:40**), que es extender ampliamente las Buenas Nuevas, como ya se había hecho en Samaria. Si el lector es predicador del Evangelio, puede reparar en las variadas riquezas del mensaje divino que se desprenden de las descripciones que acabamos de notar, evitando el error de creer que lo único que tiene que hacer es predicar un “Evangelio sencillo”, por el que se entiende generalmente la exhortación de *“creer y ser salvo”*, a menudo sin colocar anteriormente una firme base para la fe por medio de la proclamación de Cristo, su Obra, el Reino de Dios y la Palabra de Dios.

4. Las señales de Felipe (Hch 8:6-8)

Los milagros, que son señales de que obra por medio del mensajero una potencia sobrenatural, se conceden por Dios a sus siervos en los momentos en que éstos necesitan de forma especial unas credenciales que les den autoridad divina al inaugurar una nueva etapa de la Obra, o cuando necesitan la protección de tales prodigios. Felipe, judío de habla griega, proclamaba a los samaritanos cismáticos que Jesús, quien había realizado su obra en Galilea y Judea, siendo muerto y resucitado en Jerusalén, era el Mesías que esperaban, el Profeta que Dios había de levantar según la profecía de Moisés en (**Dt 18:15**). Tal mensaje estaba en pugna con la religión cismática de los samaritanos, quienes necesitaban la prueba de que Dios había autorizado a Felipe para proclamar las Buenas Nuevas en la Persona de Jesús. La Palabra y las señales se apoyaban mutuamente, de modo que las gentes *“escuchaban atentamente las cosas que decía Felipe, oyendo y viendo las señales que hacía”* (**Hch 8:6**). Como en otras ocasiones en Los Hechos, se destacan los milagros de curar a los paráliticos y de echar fuera a los demonios: quizá por abundar estos males y a la vez con el fin de ilustrar el poder del Evangelio frente a la debilidad del cuerpo paralizado, y la autoridad del Nombre de Jesús frente a los demonios, secuaces de Satanás. El poder manifiesto de la Palabra de Dios y del Nombre de Jesucristo, que sanaba a los cuerpos y libertaba a las almas, llenó la ciudad de gran gozo.

La ciudad podría ser la antigua Samaria, capital de la región, aunque no se llamaba así en la época que tratamos, puesto que Herodes el Grande había vuelto a edificarla, cambiando el nombre a Sebaste, ciudad muy helenizada. Algunos antiguos textos omiten el artículo definido en **(Hch 8:5)**, resultando que Felipe descendió a una ciudad de Samaria, sin determinar cuál fuese, que quizá concuerda mejor con la narración y las condiciones de la región.

5. El bautismo y el don del Espíritu Santo (Hch 8:12,14-17)

El hecho de que Felipe bautizara a los creyentes, y que no se produjeran en ellos las manifestaciones normales de haber recibido el Espíritu Santo hasta que Pedro y Juan hubiesen descendido de Jerusalén para imponerles las manos, ha dado lugar a variados comentarios, deducciones y discusiones. Es demasiado “fácil” deducir de este caso, con el otro excepcional de **(Hch 19:1-7)**, que se necesita una “confirmación” por las manos de un obispo después del bautismo con agua para que los creyentes reciban el Espíritu Santo, puesto que otros pasajes enseñan algo muy diferente, y hemos de preguntarnos cuál sea la norma apostólica, cuál la excepción y el porqué de la excepción. Recordemos que el Espíritu Santo cayó repentinamente sobre los ciento veinte discípulos reunidos en el aposento alto el Día de Pentecostés **(Hch 2:14)**, sin que ningún hombre actuara de intermediario, ni siquiera el apóstol Pedro. Pedro prometió el don del Espíritu Santo a las almas obedientes después de su primer mensaje, sin que haya indicio alguno de la imposición de manos **(Hch 2:37-42)**. Al abrirse la puerta del Reino a los gentiles en Cesarea, el Espíritu cayó sobre todos los que oían la palabra de Pedro, quien pregunta luego: *“¿Puede alguno negar el agua para que no sean bautizados éstos que han recibido, como nosotros, el Espíritu Santo?”* **(Hch 10:44-48)**. Así que los primeros convertidos de la gentilidad oyeron la Palabra con fe, recibieron en seguida la potencia del Espíritu, y luego, como consecuencia de ello, fueron bautizados por agua. Según el texto griego, y las traducciones exactas, Pablo pregunta a los doce discípulos de Juan el Bautista en Éfeso: *“¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?”*, lo que señala la “norma de Cesarea”. Extrañándole la ausencia de las manifestaciones del poder del Espíritu, encuentra que se hallan los doce discípulos en una posición especial, habiendo recibido el bautismo de Juan sin haber oído el Evangelio en su plenitud. Les dio la Palabra, y luego les impuso las manos y vino sobre ellos el Espíritu Santo **(Hch 19:1-7)**. Por **(1 Co 12:13)** sabemos que el bautismo del Espíritu y el “beber” del Espíritu es algo que corresponde a todos los miembros del Cuerpo de Cristo, y **(Ef 1:13)** declara que el creyente es sellado por el Espíritu al recibir la Palabra y creer: *“En él (Cristo) también vosotros (los gentiles), habiendo oído la palabra de verdad, el Evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”*. Pablo también declara a los santos en Roma: *“Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él”* **(Ro 8:9)**. Es contrario a la misma esencia de la revelación bíblica pensar que una bendición espiritual pueda ser recibida a través de un acto externo, bien que a menudo un acto externo puede simbolizar el acontecimiento interno.

Deducimos, pues, que la norma para la Iglesia, después del Descenso del Espíritu Santo, es que el alma que se entrega a Cristo al recibir la Palabra recibe el Espíritu Santo y participa en el “Bautismo” del Día de Pentecostés. En cuanto a la “imposición de manos”, este acto entraña el sentido esencial de una identificación a los diversos efectos que surgen de la situación. En este concepto general hallamos la causa de la excepción de la norma en el caso de los samaritanos que acababan de recibir el Evangelio de Cristo. Por siglos su raza había servido a Jehová “a su manera”, apartada de la verdadera revelación que vino por medio de los judíos **(Jn 4:22)** y que halla su cabida en las páginas del Antiguo Testamento. ¿Había de pasarse el cisma a la esfera de la Iglesia, formándose una Iglesia judaica y otra samaritana? Con el fin de conjurar el peligro, la consumación de

la otra tuvo que esperar la llegada de Pedro y Juan desde Jerusalén, lugar donde se había fundado la Iglesia. No había resistencia a la verdad de parte de los creyentes en Samaria, pero había de demostrarse que la Iglesia era una sola, y la imposición de manos de los apóstoles simbolizaba la identificación de los antiguos enemigos y su unión en un solo Cuerpo. Ya no había impedimento para la manifestación del Espíritu Santo, y (**Hch 8:18**) parece indicar que las señales fueron iguales que en el caso de los creyentes gentiles en la casa de Cornelio, pues la posesión del Espíritu era algo que Simón podía ver y comprobar (**Hch 8:18**).

Volviendo por un momento al caso de los doce discípulos de Juan en (**Hch 19:1-7**), percibimos una estrecha analogía con el de los samaritanos, pues existía el peligro de una religión fundada sólo en una parte del Evangelio, siendo la figura de Juan el Bautista más prominente quizá que la del Señor. De nuevo se retiene la manifestación de la plenitud del Espíritu hasta que el apóstol de los gentiles, comisionado por el Señor de la Iglesia, impusiera las manos en un acto de identificación y de comunión.

Los samaritanos fueron bautizados “*en el Nombre del Señor Jesús*”, pues el acto de ser sumergido en el agua les separaba de su antigua esfera del mundo y de una religión imperfecta, para trasladarles en símbolo al Reino de Jesucristo, Salvador y Rey, cuyo Nombre ya confesaban. Eran creyentes en el Dios verdadero, de modo que el acto de su bautismo significaba sobre todo su unión con Cristo, mientras que las naciones en general habían de ser bautizadas “*en el Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo*” (**Mt 28:19**).

6. La obra apostólica (Hch 8:14-25)

Tendremos ocasión de ver otras pruebas tanto de la autoridad apostólica al guiar las iglesias durante los primeros años, como de la operación del Espíritu que obraba en los corazones de sus siervos con toda libertad, sin las restricciones que surgen de las organizaciones y jerarquías eclesiásticas. Nada ni nadie podía impedir que Felipe ejerciera su don de evangelista en Samaria según la dirección y el poder que recibiera de lo Alto. Al mismo tiempo, los apóstoles en Jerusalén no se desentendían de este nuevo movimiento, puesto que la evangelización de los samaritanos podía entrañar peligros para la unidad de la Iglesia toda, como ya hemos considerado. Así que Pedro y Juan, en otra manifestación de su cordial colaboración, bajaron a Samaria, enviados por sus colegas, para la confirmación de la obra. Es implícito en el relato que reconocieron en seguida que Felipe había sido el instrumento para adelantar el Reino de Dios según el programa que el Maestro había señalado, de modo que su labor consistió en manifestar aquella identificación de los samaritanos con la autoridad apostólica concedida a los Doce por el mismo Señor, por medio de la imposición de manos. Relacionados los convertidos con el Hecho del Día de Pentecostés de esta forma simbólica, recibieron el Espíritu Santo. Quizá no es muy sabio preguntar si fuesen salvos o no los creyentes samaritanos antes de recibir la plenitud del Espíritu Santo, porque sólo Dios es el Escudriñador de los corazones. Habiendo creído de corazón en el Señor, y habiéndole confesado públicamente, es de suponer que sí, y como la regeneración ha de ser necesariamente obra del Espíritu Santo, habrían experimentado su obra en sus corazones. Lo que les faltaba era la manifestación de la plenitud del Espíritu por quitarse el obstáculo que ya hemos notado.

El lector hará bien en notar todos los aspectos de la obra de los apóstoles mientras quedaban con la Iglesia, y mientras que, por su guía, se iba cuajando su mensaje inspirado en las páginas de lo que ahora llamamos el Nuevo Testamento. Verá que toda “sucesión apostólica” ha de ser espiritual, pues se trata de recibir y pasar a otros el depósito de la verdad cristiana entregado a los apóstoles (**2 Ti 2:2**), a la que el verdadero

“sucesor”, se somete de todo corazón, exhortando a otros a la misma actitud. Es muy evidente la ausencia de todo intento de formar una jerarquía y una sucesión basada en el “cargo” de apóstol. En **(Hch 8:25)** les vemos hacer obra de evangelistas por los pueblos de Samaria al regresar otra vez hacia su base en Jerusalén.

7. El caso de Simón el Mago (Hch 8:9-13,18-24)

Las referencias en escritos del siglo II a Simón el Mago como gran enemigo del apóstol Pedro, y fundador de la herejía de los gnósticos, y de una secta en particular que se llamaba “los simonianos”, son confusas; quizá todas podrían surgir de la imaginación de personas algo crédulas y amantes de lo sobrenatural al leer la misma porción que tenemos delante. Que una secta de “simonianos” existía es un hecho, pero no hay seguridad de que fuese el fundador este Simón de Samaria, ya que el nombre era muy común. Nos limitaremos, pues, a unas breves notas sobre el personaje tal como se presenta aquí.

a) Era experto en la magia, que podía ser una mezcla de algunos conocimientos especiales de artes de prestidigitador y de ayuda satánica (véase el comentario sobre **Hch 13:6-12**), de modo que a los ojos sencillos de los samaritanos era “*la virtud de Dios que se llama Grande*”, frase que significa un especie de “Gran Visir” que ejerciera la potencia de Dios en la tierra.

b) Su ambición personal se trasluce de la frase: “*haciéndose pasar por algún grande*” (**Hch 8:9**).

c) La “*fe*” de este hombre, y su confesión de ella en el bautismo, surgieron de su comprensión de que una potencia mayor que la suya operaba por medio de las palabras y obras de Felipe (**Hch 8:13**). La historia posterior, con el diagnóstico de su condición por Pedro en (**Hch 8:20-22**), nos asegura que su profesión era falsa, sin que hubiera mediado la entrega de su voluntad al Señor.

d) A sus pobres ojos de mago carnal la imposición de manos, que aparentemente resultó en la plenitud del Espíritu, constituía el “secreto” más profundo de la obra de estos extraños magos de Jerusalén y por eso se le ocurrió ofrecer a Pedro dinero con tal que le entregara “la receta” para su repertorio de tretas. De ahí viene el vocablo “simonía” para designar la compra de cargos espirituales; ¡en este sentido Simón ha tenido una larga sucesión dentro de la esfera de la profesión cristiana a través de los siglos! Pero el pensamiento siquiera de que bienes espirituales puedan ser otorgados por Dios a base de dinero es algo horriblemente opuesto a toda verdad divina y motiva la severa condenación del apóstol: “*Tu dinero perezca contigo, porque pensaste obtener por precio el don de Dios*”. Recordemos la fulminante manifestación de juicio sobre Ananías y Safira, y aprendamos que por mucho que se multiplique este pecado, y por respetable que se haya hecho por la casuística de los hombres, Dios hizo constar por boca de Pedro desde el principio lo que él piensa de todo intento de negociar con su gracia.

e) Un hombre que piensa negociar con Dios y sacar ventajas para sí de su gracia no tiene parte alguna en el Reino, porque su corazón (sede de sus deseos, propósitos y voluntad) está corrompido. Sólo la sumisión a la Palabra y el desprendimiento de toda ambición propia podrían remediar la situación (**Hch 8:21-22**). La frase “*hiel de amargura y prisión de maldad*” hace eco de palabras del Antiguo Testamento (**Dt 29:18**) (**Is 58:6**), y señala tanto la fuente amarga de rebelión escondida en el corazón impenitente, como las cuerdas que sujetan el esclavo del pecado al servicio del diablo.

f) Creemos, con los comentaristas antiguos, que Simón no se arrepiente, y que por las frases, aparentemente humildes de (**Hch 8:24**) elude la necesidad de implorar él mismo a Dios el perdón de su maldad. No quiere verse personalmente en la presencia del Altísimo

como pecador penitente, sino que quiere que los “maestros” en tales materias rueguen por él, no para que sea perdonado, sino con el fin de que se libre del castigo. ¡He aquí otro error “simoníaco” que se ha multiplicado mucho y persiste hasta nuestros días!

La nueva misión de Felipe

1. La guía del siervo (Hch 8:26)

Seguramente muchos hermanos de discernimiento aconsejaron a Felipe que quedara en Samaria para confirmar las iglesias nacientes, especialmente en vista de los peligros de la presencia de Simón el Mago y de la posibilidad de que rebrotaran antiguos resabios cismáticos en aquella región. Felipe, sin embargo, estaba en contacto con su Señor, y obedeció en el acto cuando un ángel del Señor le dirigió a una región desértica, muy lejos del fructífero campo donde había sido tan bendecido en sus trabajos de evangelización. Sólo el Señor de la mies sabe dónde mejor pueden servir los obreros, y seguramente otros hermanos regaron la buena siembra de Felipe en Samaria, mientras que él había de seguir con su labor de evangelista en otras esferas; (**1 Co 3:6-8**) y las palabras del Señor en (**Jn 4:36-38**), con referencia precisamente a Samaria.

No hay necesidad alguna de suponer que el “ángel” fuese un mensajero humano, o que la frase indique únicamente la voz del Espíritu dentro de Felipe. Por la naturaleza de la misión que había de cumplir frente al eunuco, sólo Dios pudo conocer la necesidad, y coordinar los movimientos tanto del alma hambrienta como del siervo suyo; hay frecuentes menciones de las intervenciones angelicales para guiar a los siervos de Dios en momentos de crisis durante los años formativos del cristianismo, y el uso de tales mensajeros no anula la guía directa del Espíritu, sino sólo indica un método alternativo que Dios utiliza según sus soberanos propósitos (**Hch 8:29,39**). Nos es grato pensar que estos espíritus administradores están todavía al servicio de los herederos de la salvación (**He 1:14**). La mención del Ángel y del Espíritu del Señor con referencia al servicio de Felipe en este corto pasaje, nos recuerda (**Is 63:9-10**) en relación con Israel: “*El Ángel de su faz los salvó..., mas ellos fueron rebeldes, e hicieron enojar su santo espíritu*”, donde hay también mención de las dos agencias divinas, bien que en Felipe encontraron un instrumento dócil, y no rebelde.

2. El destino de Felipe (Hch 8:26)

“*Ve hacia el sur, por el camino que desciende de Jerusalén a Gaza, el cual es desierto*”. La antigua ciudad de Gaza, punto fuerte de los filisteos en tiempos antiguos, había sido destruida por el príncipe asmoneo Alejandro Janeo, en el año 93 a.C. Más tarde, los romanos edificaron una nueva ciudad más cerca del mar, pero el camino hacia Egipto pasaba más cerca de “Gaza desértica”, que es lo que significa la frase. Desde luego, la región en general es desierta o semi-desierta.

El etíope y sus inquietudes

1. Su país (Hch 8:27-29)

La Etiopía de la antigüedad no era idéntica con la Etiopía de hoy, sino que correspondía a la región del alto Nilo que se extiende desde las primeras cataratas en Asuán hasta la ciudad moderna de Kartún: área de gran interés hoy a causa de la construcción de la gigantesca presa de Asuán, lo que dejará debajo de las aguas una gran parte de este territorio antes llamado Nubia. Hoy es tierra muy inhóspita, pero los restos arqueológicos demuestran su antigua prosperidad. Los hijos de los reyes se guardaban de la vista de

sus súbditos, rodeados por el misterio de su supuesto origen del dios-sol, mientras que el poder se ejercía por la reina-madre, cuyo título era siempre Candace.

2. Su persona y su cargo (Hch 8:27)

Es muy probable que era realmente un eunuco, pues concuerda con las costumbres de la época que cortesanos que habían sufrido tal desgracia desempeñasen elevados cargos, y más tratándose del servicio de una reina. Siendo intendente de todos los tesoros de la Candace de la época, este eunuco sería uno de los personajes más poderosos del país.

3. Su viaje (Hch 8:27-28)

Desde Etiopía había tenido que descender del Sur al Norte por el valle del Nilo, siendo posible que hiciera una parte del viaje por agua, además de utilizar carros adaptados para viajes largos, más amplios y cómodos que los de guerra. Pasaría por el escenario de la civilización egipcia, en la que su propio país había jugado un papel predominante en algunas de las dinastías. Al llegar al Delta, a la altura de Memfis (ahora El Cairo), tomaría un camino hacia el nordeste que le llevaría a “Gaza desértica” y a Jerusalén.

Se hace constar claramente que había emprendido tan largo viaje “*para adorar*”, lo que presupone un conocimiento de las Escrituras del Antiguo Testamento y de la revelación que Dios había dado a Israel. No es probable que los judíos le admitieran como prosélito con todos los derechos por ser eunuco, aun cuando Dios había dado promesas especiales a los fieles que lo eran: “*Yo les daré lugar en mi Casa y dentro de mis muros, y nombre mejor que el de hijos e hijas...*” (Is 56:3-5). El asiduo lector de Isaías tuvo que haber leído esta promesa, que le habría servido de consuelo. No nos extrañe que hubiera alguien con conocimientos del Antiguo Testamento y contactos con Israel en país tan lejano, ya que los judíos viajaban por todas partes donde había alguna posibilidad de buenos negocios, y ya hemos notado que Etiopía tenía su importancia en aquel tiempo.

Nada sabemos de los resultados de su visita a Jerusalén, aparte del hecho de adquirir allí el rollo del profeta Isaías, pero todo el viaje revela las inquietudes de un alma que buscaba a Dios. No podemos suponer que su sed se satisficiera por el ritual del Templo de entonces, ni por las tradiciones de los Ancianos que enseñaban los rabinos de los fariseos. Nos preguntamos si llegara a saber algo de los “nazarenos” tan perseguidos por Saulo en los días de su visita. La luz de la revelación se enfoca en el etíope después de la visita, y mientras luchaba por entender la gran profecía del Siervo de Jehová que tanto sufría para ganar luego una gran victoria. Seguramente leía en alta voz, y con gran atención, habiendo dado órdenes al cochero que caminase despacio.

El encuentro entre el siervo de Dios y el etíope (Hch 8:29-39)

1. La voz del Espíritu (Hch 8:29)

Esta vez el Espíritu habla directamente al siervo obediente, que se hallaba en lugar tan solitario e ingrato, sin saber aún el porqué de su situación. La comitiva del magnate se acerca sin prisas. La Voz le manda acercarse al carro y, al obedecer, Felipe se da cuenta de que el potentado etíope está leyendo el rollo de Isaías. Con la confianza de quien se deja llevar por la guía del Espíritu Santo, Felipe entra en conversación preguntándole si entiende lo que lee. El espíritu humilde y sediento del lector se echa de ver en su respuesta: “*¿Y cómo podré entender si alguien no me enseñare?*”. Acto seguido invita a Felipe a que suba al carro para sentarse a su lado.

2. “¿De quién habla el profeta?” (Hch 8:32-34)

El capítulo 53 de Isaías es la consumación de varias profecías sobre el “Siervo de Jehová” diseminadas por los capítulos anteriores de la profecía, empezando con (Is 42:1). Israel era “siervo de Jehová” para mantener un testimonio a Dios en medio de las naciones paganas y para recibir y transmitir las Escrituras, con la bendita promesa de una consumación futura por medio del Mesías. Pero la nación en su totalidad no había cumplido su misión, aunque nunca faltaba el testimonio de un remanente fiel de almas piadosas en medio de ella. En la sección de Isaías que hemos indicado, otro Siervo fiel toma el lugar del infiel; ministra en humildad, pero por fin lleva a cabo su obra con éxito triunfal. La porción (Is 52:13-53:12) subraya los profundos sufrimientos que el Siervo padece por amor al pueblo, que comenta tristemente el hecho de haberle rechazado. Pocos de los judíos (ninguno según algunas autoridades) podían coordinar las muchas profecías de un Mesías que había de reinar gloriosamente con este lamento (mezclado con acentos triunfales) del Siervo que padecía, de modo que se preguntaba una y otra vez: “¿De quién habla el profeta, de sí mismo, o de algún otro?”. Hasta el día de hoy algunos contestan que el “Siervo” es Israel, o el profeta mismo que se identifica con los dolores de su pueblo; pero el Señor, al hacer la aplicación a sí mismo, señalaba la ceguera de quienes no habían comprendido que era necesario que el Mesías padeciera tales cosas antes de entrar en su gloria (Lc 24:25-26).

Aleccionados por el Maestro mismo, los discípulos aprendieron bien la lección, y citaban a menudo la gran profecía de Isaías 53, que de hecho es la gran cantera de conceptos para la formulación novotestamentaria de la doctrina de la muerte expiatoria y vicaria del Cristo (2 Co 5:21) (1 2:21-25) (1 P 3:18) (Fil 2:6-11).

El texto de los versículos 32 y 33 corresponde a la Versión Alejandrina de una parte de (Is 53:7-8), según la numeración de nuestras versiones que se basan sobre el texto masorético, lo que explica ciertas diferencias verbales. De todos modos el original ofrece dificultades a los traductores, aun tratándose del texto masorético. Podemos suponer que Felipe hiciera referencia también a los versículos 4 y 6 del mismo capítulo de Isaías, tan a propósito para explayar su gran tema.

3. “Le predicó a Jesús” (Hch 8:34-35)

Todo el incidente es un notable ejemplo de las operaciones de las providencias y la guía del Señor, pues no podemos imaginarnos porción más apta para la presentación de Jesús como Salvador que ésta que el etíope leía en aquel preciso momento en que Felipe se acercó al carro. El siervo de Dios estaba bien preparado para contestar la pregunta del magnate: el profeta no hablaba de sí mismo, sino de “Otro,” del Mesías que había de venir para sufrir la condena del pecado del hombre con el fin de libertarle y salvarle. Hacía muy poco tiempo que se había consumado el sacrificio del Cordero de Dios, mudo ante sus trasquiladores a causa de su voluntaria entrega a la muerte. Pedazos del madero se hallarían todavía en el montículo llamado Gólgota. Aún vivían miles de personas que habían presenciado un aspecto u otro del drama. Con fuego de verdadero evangelista, con hondos deseos por el alma que le escuchaba, lleno de amor para con aquel que había muerto por él, Felipe “predicó a Jesús”, el Cordero de Dios que llevó y quitó el pecado del mundo. Había sido arrebatado de entre los hombres por una perversión de la justicia, pero todo fue por “determinado consejo y providencia de Dios”, como también por la voluntad de la Víctima, con el fin de que hubiera otra “generación”, salvada, fruto del trabajo de su alma.

La frase “prosiguiendo ellos su camino” puede significar horas de estudio, de explicación y de exhortación, por medio de las cuales el eunuco, hombre de gran inteligencia es de suponer, pudo aprender los hechos y doctrinas más importantes de la Fe cristiana.

4. Fe y bautismo (Hch 8:36-39)

“La fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios” (Ro 10:17) y, a pesar de la brevedad de la narración, no cabe duda de que hemos de entender que el etíope manifestara una verdadera fe, apoyada sobre la Persona de Jesús, presentada a través de la predicación de Felipe. Sabía que el bautismo era la señal exterior que daba a conocer la entrega del ser a Jesús el Mesías, de modo que, al llegar la comitiva a un oasis en el desierto, preguntó: “¿Qué impide que yo sea bautizado?”. Quizá su condición de eunuco había impedido su bautismo como prosélito judío, pero en el Reino de Dios manifestado en Cristo no había nada que impidiera que pasara por las aguas del testimonio con tal que creyese.

Felipe le contestó: “Si crees de todo corazón bien puedes”. A lo que el etíope respondió: “Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios”. Esto llega a ser el “Credo” más antiguo de la Iglesia, el mínimo que había de confesarse antes de ser admitido al acto del bautismo y a la comunión visible de la Iglesia.

Todo indica aquí que el bautismo es un rito para personas que reciben la Palabra de una forma consciente y desean confesar su fe en Cristo Jesús. Además, el acto de bajar ambas personas al agua, tanto el convertido como el siervo de Dios que realizaba el acto, para subir luego del agua, da la impresión del bautismo por inmersión. Desde luego estas narraciones son de tiempos tempranos, cuando personas pasaban primeramente desde el campo del judaísmo, y luego del área del paganismo, a la Iglesia, y no hay claras noticias sobre la posición de los hijos de los creyentes. Se puede suponer que la situación cambia cuando de ellos se trata, por los privilegios de que disfrutaban, pero al criterio de quien escribe, todo cambio en el orden normal que repetidamente se ve en Los Hechos se basa sobre suposiciones, con aplicaciones poco lícitas de “analogías” con la circuncisión en la antigua dispensación, careciendo la práctica de bautizar a infantes de toda palabra firme en las Escrituras.

5. El evangelista y el convertido (Hch 8:39-40)

De nuevo nos sorprende la pronta separación del evangelista de la persona que había recibido la Palabra por su medio; en el caso de los samaritanos, eran muchas las personas dejadas, pero el caso es igual, ya que se espera que Dios siga obrando para confirmación de los niños en la fe por los medios que él escoja, a pesar de la ausencia física del evangelista. Felipe fue arrebatado por el Espíritu del Señor, y siguió su labor de evangelista en los pueblos de la costa hasta llegar a Cesarea, donde, al parecer, estableció su hogar, pues le hallamos allí con hijas mayores en el año 57 (Hch 21:8-9). Pero no deja de ser “Felipe el evangelista”, lo que nos hace suponer largas ausencias de casa al utilizar su carisma especial en otros distritos sin evangelizar.

El nuevo convertido no lloró la ausencia de su buen guía, sino siguió su camino hacia su tierra gozoso, sin duda experimentando la potencia del Espíritu Santo quien manifestaba ya en él su alegre fruto (Ga 5:22-23), y quien le había de guiar a toda verdad. Ireneo (en “Contra Herejías”) nos dice que llegó a ser misionero entre su pueblo, que sería lo más natural, aunque la referencia de Ireneo quizá no tenga más fundamento que tan lógica suposición.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre la evangelización de Judea y Samaria, como segunda etapa del mandato de (Hch 1:8), con referencia especial a la de Samaria. ¿Por qué hacía falta

que los apóstoles Pedro y Juan bajaran a Samaria antes de que los convertidos samaritanos recibiesen el Espíritu Santo?

2. Apúntense las lecciones más importantes que podemos aprender de la falsa profesión de Simón el mago, su bautismo y su pecaminosa petición.
3. Comente sobre la conversión del eunuco bajo los puntos de vista siguientes: a) su estado y sus inquietudes; b) el rollo que había adquirido y la porción que de él leía; c) su actitud frente a Felipe; d) su bautismo y su gozo.

La conversión de Saulo (Hechos 9:1-30)

Consideraciones generales

Es importante que hagamos un alto de vez en cuando para contemplar el amplio panorama de esta historia de los primeros tiempos de la Iglesia, como si fuera por medio de un telescopio, notando las etapas vencidas y por vencer en el desarrollo del plan divino para la extensión del Evangelio desde Jerusalén hasta los fines del mundo. Hemos notado que los capítulos 6 y 7 señalan la transición que pone fin al testimonio exclusivo de la iglesia-comunidad de Jerusalén; el huracán de fanática oposición a la predicación de Esteban, cuyo mensaje comenzó a minar el monopolio de los judíos, dio lugar a una persecución general organizada por el genio y el celo del joven rabino, Saulo de Tarso, que, a su vez, extendió el Evangelio por el testimonio de los esparcidos. En el capítulo 8, el Evangelio fue recibido por los samaritanos cismáticos como también por un magnate de Etiopía, temeroso de Dios. Soplan vientos de libertad espiritual por la tierra de Israel, pero aún no se vislumbra claramente que la consumación de la obra ha de ser la evangelización universal de los gentiles. Hemos de echar una mirada anticipada al capítulo 10, que narra la manera en que Pedro fue llevado a abrir la puerta del Reino a los gentiles en la casa de Cornelio, y notar que poco después se fundó una iglesia conjunta de convertidos judíos y gentiles en la gran ciudad de Antioquía en Siria, puente entre Oriente y Occidente. Proyectando la mirada aún más adelante, conviene tomar en cuenta que el capítulo 13 señala el principio de una obra sistemática de evangelización de los gentiles que el Señor encomendó en primer término a Bernabé y Saulo, quedando este último como el apóstol y maestro de los gentiles por excelencia.

En este extendido panorama, lleno de bendita esperanza para las naciones, hemos de situar la conversión y la comisión de Saulo, notando, antes de entrar en el detalle de este dramático acontecimiento, que él había de ser el gran instrumento, el vaso de elección, en las manos del Señor de la Iglesia y la mies, para llevar a cabo la última etapa, la de extender el testimonio de Cristo Jesús hasta los extremos de la tierra. Desde luego Dios iba preparando muchos otros instrumentos para tan vasta labor, pero había de corresponder a Pablo el “apostolado”, el privilegio de recibir tanto el contenido ampliado del mensaje de vida, como el plan para ocupar el territorio señalado; al mismo tiempo había de dar a la Iglesia su “constitución” por medio de la revelación del misterio que le era encomendado (**Ef 2-3**) (**Col 1:24-2:7**) (**1 Ti 1:12-17**) (**2 Ti 1:8-12**) (**Hch 26:16-20**).

Unas palabras del profesor F. F. Bruce (“The Book of the Acts”, pág. 209) enfocan clara luz sobre Pablo, como el “*instrumento escogido*” para tan magna obra: “Nos es imposible pensar cómo se habría extendido el cristianismo por el Imperio Romano aparte de la obra de Pablo. Él era por excelencia un instrumento escogido en las manos de Cristo, preparado para su gran cometido mucho antes de su conversión y, según su propia frase, apartado para él desde su nacimiento (**Ga 1:15**) (**Ro 1:1**). Había nacido “hebreo”, hijo de padres hebreos, recibiendo luego la mejor formación intelectual y religiosa que podía proveer el judaísmo contemporáneo; no sólo eso, sino que heredó también una buena medida de cultura helenística, además del privilegio tan estimado de la ciudadanía romana. Cuando, a su debido tiempo, Dios “*reveló a su Hijo en*” Saulo de Tarso, dedicó la totalidad de esta rica herencia, juntamente con sus destacadas cualidades naturales a la gran labor de la evangelización de los gentiles. Fue colocado tardíamente en el rango de los apóstoles, pero, a pesar de ello, pudo escribir más tarde: “*He trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo*” (**1 Co 15:10**).

Aleccionados en cuanto a la importancia del momento, pasaremos a la consideración del detalle del llamamiento de Saulo de Tarso.

El viaje de Saulo a Damasco (Hch 9:1-2)

1. Continúa la persecución

Saulo seguía “*respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor*”, recordando la expresión la embestida de los dragones fabulosos, cuya respiración era fuego mortífero que devoraba a sus víctimas. Es posible pensar que la misma violencia de su ataque contra quienes confesaban a Jesús como el Cristo tuviera una explicación psicológica, pues podría obedecer al esfuerzo de hacer callar la voz de su propia conciencia, o tranquilizar las dudas que habían empezado a formularse en los estratos más hondos de su alma, al haber oído y contemplado el testimonio fiel de gran número de los santos, en el amargo trance de su dolor y muerte. Acontecimientos como el de su conversión no se producen en un vacío psicológico y espiritual, y ya iba “*dando coces contra el aguijón*”.

2. La autorización para la extradición de refugiados nazarenos en Damasco

A primera vista parece extraño que Saulo pudiese pedir autorización del sumo sacerdote para buscar y traer a Jerusalén a los discípulos que habían huido a Damasco, fuera de las fronteras de Israel, pero es un hecho establecido que la jurisdicción del Sanedrín y de su presidente se extendía a ciertos efectos hasta los judíos de la Diáspora, siempre que no hubiera impedimento de parte de los gobernadores romanos; constan hechos históricos del uso de estos derechos, incluso el de la extradición; o sea, la devolución de refugiados, por medio de trámites oficiales, a su nación de origen. Hubo en Damasco una colonia de judíos de más de diez mil personas, que dispondría de varias sinagogas. Los discípulos no se separaban aún de tales sinagogas, de modo que allí Saulo podría buscar los refugiados y llevarlos a la capital.

De paso podemos notar la gran antigüedad de la ciudad de Damasco, que contaba con una larga historia aun en los tiempos de Abraham, y que todavía es la capital de Siria. En los años que interesan a nuestra historia era ciudad importante de la provincia romana conjunta de Siria-Cilicia, pero, por residir allí un gran número de árabes del reino árabe nabateo, el rey Aretas ejercía cierta autoridad sobre esta colonia por medio de un etnarca, llamado por Pablo en **(2 Co 11:32)** “*el gobernador del rey Aretas*”.

Sin duda Saulo presentía los perjuicios que afectarían los intereses del judaísmo si el mensaje del Nazareno, que se había proclamado con tanta potencia en Jerusalén, se extendiera por muchas de las sinagogas de la Dispersión, y por ende, la visión que le caracterizaba, unida con su infatigable energía, le impelían a cortar el mal antes de que se agravara más. Tal fue su pensamiento, pero había de aprender que existía un plan mucho más elevado y completo que el suyo, madurado ya en la Eternidad y manifestado en Cristo, que le forzaría a abandonar sus mezquinos proyectos para someterse a los designios del Omnipotente.

3. “Este Camino”

Los enemigos del Evangelio reconocían que los discípulos de Jesús seguían “*un Camino*” distinto de las normas del judaísmo oficial, petrificado éste en un ritual vacío y en unas tradiciones que desvirtuaban la Palabra. Es corriente que ciertas enseñanzas, que dan por resultado una manera característica de vivir y obrar, se denominen el “*camino*”, como por ejemplo el “Tao” de la China confuciana; pero quizá hallamos en el uso del vocablo en los Hechos un eco de la gran declaración del Maestro: “*Yo soy el Camino*”. Los cristianos hallan su Camino personificado en aquel que murió, resucitó y ascendió con el fin de

abrirles la puerta del Cielo. Hallamos el mismo término en **(Hch 18:26)** **(Hch 19:9,23)** **(Hch 22:4)** **(Hch 24:14,22)**.

El gran encuentro (Hch 9:3-9)

1. Lucas describe el encuentro

La historia de la conversión de Saulo se halla tres veces en los Hechos, dos en la boca del protagonista mismo **(Hch 22:3-16)** **(Hch 26:9-19)** y aquí, según la narra Lucas como historiador. Las distintas narraciones concuerdan en todo lo esencial, pero el detalle y el espacio que se dedica a las distintas fases del acontecimiento varían según la intención del relato. El hecho de no hallarse en la historia básica de nuestra porción ciertos detalles que refiere Pablo más tarde no debe echar duda sobre su autenticidad, pues sólo indica que Lucas se limita a los aspectos que interesan a esta fase de su narración. Los relatos se complementan y el cuadro total se destaca del estudio de todos ellos.

Suponemos que Saulo iría acompañado por una escolta digna de su misión y credenciales, pero es más probable que un rabino judío viajase a pie que no montado a caballo. Habían pasado por todo el valle del Jordán desde Jericó hasta las fuentes del río cerca del monte Hermón: una ruta que traería a la memoria de unos fieles israelitas muchos momentos —felices y desgraciados— de la historia de su nación. A través de pequeños estados que rodeaban la cordillera del Antilíbano y teniendo a la vista impresionantes paisajes, llegarían a la provincia de Siria. Quizá llegaron a vislumbrar las torres de Damasco, cuajadas de historia, antes de interrumpirse el viaje tan dramáticamente.

En el lugar del encuentro, Saulo se halló rodeado súbitamente de una luz brillante que vino del Cielo, y que, según su relato ante Agripa, fue más deslumbrante que el sol de mediodía: hora ésta de la visión. Pablo cayó en tierra, y de en medio de la luz oyó una voz que le decía: *“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”*. Sus otras referencias al suceso nos hacen saber que no sólo oyó la Voz, sino que vio al Señor en medio de la gloria celestial **(1 Co 15:8)**. Lucas sólo nota la breve conversación: *“¿Quién eres, Señor?”*, y la contestación: *“Yo soy Jesús, a quien tú persigues”* con el mandato de que se levantara para entrar en la ciudad donde recibiría instrucciones más amplias. Los acompañantes de Pablo quedaron mudos de terror, percibiendo el resplandor de la luz celestial, oyendo la voz, pero sin entender quizá las palabras articuladas **(Hch 22:9)**. Desde luego, no discernieron la Persona que hablaba, aunque es posible que entendiesen bien las respuestas de Saulo. El efecto de la visión sobre los acompañantes es parecido al que se nota en cuanto a una visión que recibió Daniel **(Dn 10:7)**. Habiendo recibido el mandato, y retirándose el Señor, Pablo se levantó, pero sin la vista de sus ojos, de modo que hizo su entrada en Damasco cogido de la mano de alguien que le llevara a la casa donde había de hospedarse, la de Judas en la calle llamada *“la derecha”*, que aún atraviesa toda la ciudad de Damasco.

Un rasgo de la narración de Lucas es la brevedad de la conversación entre el Señor y Saulo en el camino, y el papel preponderante de Ananías al hacer el primer contacto con Saulo, como portavoz de los términos detallados de su comisión.

2. El resplandor del Cielo (Hch 9:3)

Para Saulo, empapado de las narraciones del Antiguo Testamento, una luz más brillante que el sol a mediodía, que bajaba del Cielo, sólo pudo significar la *“gloria de Jehová”*: la gloria que señalaba una manifestación de la Presencia divina. Su Interlocutor, pues, era Jehová, a quien había querido servir, hasta el punto de violentar todos sus sentimientos

humanitarios. La declaración: *“Yo soy Jesús”* (**Hch 9:5**), señala un momento de intenso dramatismo. El Interlocutor divino, reconocido por Saulo como el Dios del Antiguo Testamento, se anuncia como Jesús, el perseguido por Pablo. En un momento de tiempo, pues, Saulo tuvo que identificar en su pensamiento y en su lealtad los dos Seres que había considerado como totalmente opuestos: Jehová, a quien adoraba y a quien anhelaba servir, y Jesús de Nazaret, a quien había considerado como un ser indigno, un Mesías impostor. No es de extrañar que perdiera la vista física durante algunos días; lo extraño es que pudiera sobrevivir a un golpe que alcanzó a lo más recóndito de su ser, destrozando en un instante todo el sistema de ideas, sentimientos, anhelos, amores y odios que había sido forjado a lo largo de los años por su gran inteligencia y fuerte personalidad, dentro del marco de su lealtad a las tradiciones de sus padres y su sincero deseo de servir a Jehová (**1 Ti 1:13**). La respuesta *“¿Qué quieres que haga?”* expresa el rendimiento de la fortaleza de su voluntad ante el Señor, quien se había dignado manifestarse a él, parándole en medio de su loca carrera de persecución. Saulo nunca volvió atrás, ni en su más íntimo pensamiento; desde aquel día del feliz Encuentro todo su vivir era Cristo, y el morir sería ganancia porque le llevaría a la presencia del Amado.

3. *“Yo soy Jesús, a quien tú persigues”* (Hch 9:5)

El Señor, rodeado de su gloria, se identifica plenamente con todos los miembros de su Cuerpo místico, sobre el cual el mismo Pablo había de dar enseñanzas tan preciosas en días futuros. Quien tocaba al menor de sus hermanitos, tocaba la niña del ojo de su Señor (**Mt 25:40,45**), de modo que Saulo había herido repetidamente al Señor a quien luego había de servir tan fielmente, siendo llamado a beber del mismo vaso amargo de sufrimientos de la mano de los compatriotas que él había presentado tantas veces a los discípulos de Jesús en Jerusalén.

4. Los días de tinieblas (Hch 9:8-9)

Pablo pasó tres días sin ver, sin comer ni beber, meditando el significado del encuentro. Su vida pasada se había hecho añicos, pero, dentro del aturdimiento del golpe, recibía consolación por medio del recuerdo del rostro de su Señor y fue fortalecido por una nueva visión que le preparó para la visita de Ananías (**Hch 9:12**). Sabía que el fin de lo antiguo significaba el principio de algo nuevo, prometedor de unas infinitas satisfacciones y goces, ya que el Mesías glorificado le había buscado y hallado.

La comisión del apóstol a los gentiles (Hch 9:10-19)

I. Ananías y Saulo

Por razones que hemos de considerar más abajo, el Señor resucitado no detalló los términos de la comisión de su nuevo siervo en el momento de la primera visión, sino que utilizó para completar la obra, a un hermano de Damasco, *“varón piadoso según la Ley, que tenía buen testimonio de todos los judíos que allí moraban”* (**Hch 22:12**). Ananías no dejaba las *“costumbres”* de su pueblo, pero a la vez conocía íntimamente al Señor, como es evidente por los términos de su conversación con él durante la visión que le fue concedida con anterioridad a su trascendental visita a Saulo de Tarso. Recibimos la impresión de que no era la primera vez que el Señor le había concedido comunicaciones, pues al instante de oír su nombre, contesta: *“Señor, heme aquí”*. Al recibir el mandato de acudir a Saulo, que ya oraba, expuso lo que sabía de tal hombre y de la naturaleza de la misión que le había llevado a Damasco, usando de una franqueza que nos recuerda la de Abraham al conversar con su Señor (**Gn 18:23-33**); pero no es una franqueza impertinente, sino la de un discípulo de limpio corazón y conciencia, acostumbrado a exponerlo todo delante del Maestro (**Hch 9:10,13-14**). Al reiterar el Señor sus propósitos

en cuanto a Saulo, Ananías acepta la misión, y, al acercarse al ex enemigo, le saluda con cariño fraternal: *“Hermano Saulo, , el Señor Jesús, que se te apareció en el camino... me ha enviado...”*.

2. El significado de la intervención de Ananías

Al detallar los términos de su comisión ante el rey Agripa, Pablo los englobó, dándoles su forma más completa, como si procedieran de la boca del Señor que se le apareció (**Hch 26:15-20**), ya que no venía al caso en aquella ocasión notar la intervención de Ananías como profeta y enviado del Señor glorificado. Frente a los judíos en los patios del Templo, sin embargo, destaca la figura de Ananías, ya que el papel que desempeñó este *“varón piadoso”* despertaría la simpatía de su auditorio hebreo. Lo que extraña a algunos es que hiciera falta un intermediario, o, en el caso de que fuese necesario, que el Señor hubiese escogido a este discípulo de Damasco, por otra parte desconocido, y no uno de los apóstoles. Desde luego la forma de entregarse la comisión no favorece para nada las ideas de algunos sobre la “sucesión apostólica”. Podemos discernir las razones siguientes:

a) Una razón psicológica y humana: Saulo había pasado por una experiencia que puede asemejarse a un poderoso movimiento sísmico en lo más profundo de su ser. Tres días de descanso le permitiría recobrase del “shock”, y, por su meditación sobre el significado de la Manifestación del Señor, se hallaba en mejores condiciones para recibir instrucciones en cuanto a su obra futura.

b) Una razón histórica, ya que Saulo, hasta el mismo momento de la visión, había sido el caudillo y organizador del movimiento persecutorio en contra de los discípulos del Señor. Convenía, pues, que su comisión le llegara precisamente por medio de uno de los despreciados nazarenos, con los cuales él había de unirse estrechamente desde aquel momento en adelante.

c) Una razón eclesiástica: Convenía que Saulo NO recibiera su comisión de las manos de los Doce, que eran apóstoles antes que él, sino del Señor directamente, sirviéndose de un discípulo que no podía ser considerado como “fuente de autoridad apostólica”. En los capítulos 1 y 2 de Gálatas Pablo se esfuerza por hacer ver la unidad de doctrina que existía entre él y los Doce, pero a la vez insiste en que el Señor le llamó por revelación especial, sin que tuviera que subir a Jerusalén hasta que así fuese conveniente por otras razones, y por revelaciones divinas. Los apóstoles que vio en Jerusalén *“nada nuevo le comunicaron”*, aunque le dieron las diestras de compañía, expresando así su comunión en su labor como apóstol para los gentiles. Pablo fue comisionado directamente desde el Cielo para un apostolado que se refería sobre todo a la extensión del Evangelio entre los gentiles, y a la formulación de la doctrina de la gracia, que abarcaba también la administración del *“misterio”* de Cristo y su Iglesia. Queda patente, pues, que toda la gracia “eclesiástica” no tenía que fluir a través de Pedro según la defectuosa interpretación de (**Mt 16:16-19**), que forma la base del sistema romanista y de otros de tipo episcopal.

3. Los términos de la comisión (Hch 9:15-16)

Para un análisis de la comisión en su forma más completa, véase el comentario sobre (**Hch 26:15-20**). Es seguro que Lucas nos abreva aquí el mensaje que recibiera Ananías para entregar a Saulo, pues sólo consta de los elementos siguientes: a) La declaración de que Saulo era un instrumento escogido (literalmente *“vaso de elección”*), a pesar de su peligrosa actividad anterior. b) Había de ser portaestandarte para llevar adelante el Nombre de Cristo, que es la manifestación de toda su autoridad y poder. c) Tal misión había de cumplirse en primer término con referencia a los gentiles, para quienes había de

ser apóstol por excelencia (**Ro 11:13**) (**1 Ti 2:7**). d) Habían de serle proporcionadas oportunidades de testificar ante reyes, lo que se cumplió mayormente durante sus períodos de cautiverio. e) No se excluyó el testimonio ante los hijos de Israel, y veremos que nunca dejó de seguir el orden divino, “*al judío primeramente y después al griego*”, siempre que hubiera colonias de judíos donde podía proclamar a Jesús como el Mesías. Sin embargo, su intento de testificar en Jerusalén fue rechazado con violencia, según la predicción del mismo Señor (**Hch 22:18-21**). f) El que había hecho sufrir a tantos santos, sería enseñado él mismo a soportar aflicciones sin cuenta al hacer prueba de su ministerio futuro.

A pesar de esta forma escueta de la comisión, los puntos antecedentes revelan todo lo esencial de la obra a la cual fue llamado Saulo. Es importante que nos fijemos en que había de seguir recibiendo revelaciones del Señor glorificado (**Hch 22:16**), quien había de guiarle e instruirle siempre, tanto en su labor de adalid entre los gentiles como en la entrega de la parte de la Fe apostólica que le correspondía.

4. La imposición de las manos de Ananías (Hch 9:17)

En el Apéndice sobre este tema damos nuestras razones por creer que la imposición de manos es el símbolo de identificación, lo que se ilustra bien aquí. El humilde Ananías, como hemos visto, no se hallaba en ninguna “línea de sucesión apostólica”, pero sí representaba el pueblo de Dios afligido, y en aquel momento obraba como profeta y enviado del Señor de la Iglesia. La imposición de manos, con el cariñoso saludo “*Saulo, hermano*” señalaban el fin de la época de separación y de oposición, y el principio de otra de estrecha comunión. Ananías fue enviado para que Saulo, según el propósito del Señor, recobrarla la vista y recibiera la plenitud del Espíritu Santo. El contacto de sus manos simbolizaba perfectamente el cumplimiento de su misión; fue el poder del Señor que hizo que cayesen las escamas de los ojos de Saulo, como señal externa de la nueva vista espiritual que fue otorgada, y por la autoridad del Señor recibió el Espíritu. Según la analogía de (**Hch 10:44-48**), la plenitud del Espíritu se habrá manifestado antes de su bautismo, y (**Hch 9:17**) asocia la renovada vista con aquella plenitud, notándose su bautismo (a las manos de Ananías es de suponer) como algo posterior. Más tarde Pablo había de dar lecciones magistrales sobre el simbolismo del bautismo; la formulación de tales lecciones había de esperar futuras revelaciones, pero sin duda Saulo llegó a darse cuenta muy pronto de su muerte y resurrección, su identificación con Cristo en todo cuanto significaba, apreciando las consecuencias para su vida y servicio que se desprendían de tan elevada doctrina (**Ro 6:1-11**) (**Col 2:12**).

El testimonio de Saulo en Damasco (Hch 9:19-25)

I. La predicación en las sinagogas (Hch 9:20-22)

Saulo no tuvo que esperar direcciones humanas para empezar a dar cumplimiento a su visión, bien que, como es natural, algunos años habían de pasar antes de que fuese manifiesto a todos que había sido escogido para ser apóstol en el sentido privativo de la palabra. Después de su bautismo volvió a comer, y, cobrando fuerzas físicas y espirituales, se identificó en seguida con los discípulos de Cristo en Damasco, por medio de los cuales ganaría importantes experiencias de la nueva vida cristiana. La pronta predicación de Jesús como Hijo de Dios no pudo por menos que llenar de asombro a los judíos en las sinagogas; nunca presentó las cartas credenciales del sumo sacerdote a los ancianos de los judíos, y, sin que mediara un intervalo que explicara cambio tan radical, empezó a establecer la Fe que había venido para destruir.

2. Jesús, Hijo de Dios y Mesías (Hch 9:20-22)

Al “cruzar la barrera” que antes le había impedido ver la hermosura de Cristo, el gran rabino, profundamente versado en la revelación preparatoria del Antiguo Testamento, e impresionado hasta las fibras más íntimas de su ser por su encuentro personal con el Señor celestial, pasó en seguida a una exacta comprensión de la Persona del Señor Jesucristo como Consumación de las promesas de las Escrituras. Aquí encontramos el título “*Hijo de Dios*” en la boca del perseguidor convertido, para quien, semanas antes, la confesión de Jesús como el Mesías había constituido pecado de blasfemia. Uniendo las declaraciones “*Jesús es el Hijo de Dios*”... “*Jesús es el Mesías*”, discernimos el germen de mucho de la cristología que Pablo fue llamado a exponer en sus Epístolas redactadas entre los años 50 a 64. Seguramente citaría, durante aquellos días de sus primeras discusiones con los judíos, la sublime profecía de (Is 9:6): “*Un Hijo nos es dado... y se llamará su nombre : Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz*”.

3. La visita a Arabia

En (Ga 1:15-17) Pablo declara que, después de la revelación recibida, no consultó con carne y sangre (es decir, con otros hombres) ni subió a Jerusalén para verse con aquellos que habían sido apóstoles antes que él, “*sino que fui —dice— a Arabia y volví de nuevo a Damasco*”. Lucas no hace mención de este viaje a Arabia, que no necesitaba ser muy largo, ya que Damasco se hallaba en los confines de la Arabia nabatea, como hemos tenido ocasión de notar. Algunos piensan en una temprana labor de evangelización que luego motivó la antipatía del etnarca del rey Aretas, quien colaboró con los judíos en su intento de matar a Saulo (2 Co 11:32-33). Todo es posible, pero parece ser que el argumento de Pablo en (Ga 1:17) exige que comprendamos que, al no consultar con otros apóstoles, se pusiera a la disposición del Señor con el fin de recibir su guía, su iluminación y sus instrucciones lejos del vaivén de la vida de la ciudad.

Combinando los dos pasajes la solución más razonable parece ser que Saulo pasó algún tiempo con los discípulos en Damasco e inició su ministerio en las sinagogas. En un momento no determinado buscó la tranquilidad de algún lugar cercano situado en Arabia nabatea, dedicándose por lo menos principalmente a la meditación y a la recepción de nueva luz. Es de interés notar los contrastes de (2 Co 11:21-12:10), pasaje que entrelaza las grandes visiones y revelaciones que Pablo recibió del Señor con las “*flaquezas*” de la carne y de las circunstancias, entre las que cita el ser bajado, en una canasta, de una forma un tanto ridícula, por la muralla de Damasco. Volvió luego a Damasco, continuando en seguida las discusiones con los judíos en las que éstos salían tan mal parados que se confabularon (entre sí y con los árabes) para matarle.

4. La fuga de Damasco (Hch 9:24-25)

Poco hemos de añadir a lo que ya hemos notado al combinar las narraciones de Lucas con las de Pablo en Gálatas y en 2 Corintios. No nos extraña que Saulo empezara a sentir tan tempranamente los efectos del odio homicida de sus compatriotas al testificar por Jesucristo con eficacia y poder. Si él mismo había buscado la muerte de tantos santos anónimos en Jerusalén, ¿cómo podría escapar él, siendo, según los judíos, un renegado y, lo que era más peligroso desde el punto de vista de ellos, un controversista de primer orden, temible adversario por lo tanto del judaísmo oficial?

La frase “*entonces sus discípulos, tomándole de noche, le bajaron por el muro...*” (Hch 9:25) indica que su labor en Damasco no había quedado sin fruto, puesto que algunos le consideraban ya como su padre espiritual.

Un hermano o un amigo debía de tener una casa empotrada en la misma muralla, con una ventana que daba para afuera. Las puertas de Damasco eran estrechamente

vigiladas, pero nadie había pensado en la salida de Saulo por una ventana; quizá se hallaba a una altura considerable del suelo, de modo que los amigos necesitaron la canasta y unas sogas para bajarle hasta el suelo, no sin el peligro de ser avistado por algún centinela. La proyectada entrada de Saulo el perseguidor en Damasco, contrastada con su entrada como ciego, además de su huida, al ser bajado por las murallas en una canasta, constituyen hitos que jalonan las etapas de la extraña historia que convirtió al jefe religioso, enemigo del Evangelio, en el vencido por la visión del Glorificado y luego en el valiente heraldo que proclamaba el Nombre de Jesús.

Saulo en Jerusalén (Hch 9:26-30)

1. Pablo describe su visita a Jerusalén

Hemos notado en la Introducción que Lucas, tan exacto en otras materias, no se preocupa por señalar de una forma precisa la duración de las distintas épocas de su narración. “*Muchos días*” habían pasado antes de que se tramase el complot en Damasco contra la vida de Saulo, que es una expresión muy vaga. En **(Ga 1:18)** Pablo señala un período de tres años desde su conversión hasta su primera visita posterior a Jerusalén, y, según el propósito de las referencias en su contexto, enfatiza que de los apóstoles sólo había visto a Pedro (con quien permaneció quince días) y Santiago. Desde luego, “*tres años*”, según el modo inclusive de contar, podría indicar un año entero y partes de otros dos. Pablo no determina la duración de su estancia en Jerusalén, ni dice nada acerca de sus actividades allí aparte de los quince días con Pedro, añadiendo solamente: “*Después fui a las regiones de Siria y Cilicia*” **(Ga 1:21)**.

2. Los primeros contactos con la Iglesia (Hch 9:26-27)

A Lucas le interesan los primeros contactos del ex perseguidor con los santos en Jerusalén. Naturalmente, le tenían miedo en el escenario de sus crímenes de loco fanatismo, pues sería fácil —en el concepto de los discípulos— que buscara contactos con la Iglesia solamente como espía, o como agente provocador que maniobrara con el fin de empeorar la situación de los perseguidos. Fue Bernabé, “*hijo de consolación*”, enterado exactamente del hecho de la conversión de Saulo y de su ministerio posterior en Damasco, quién se hizo responsable por él y le presentó a los apóstoles. En vista de la declaración de Pablo en **(Ga 1:19)** hemos de entender que los apóstoles mencionados eran Pedro y Santiago, no apareciendo otros en aquella ocasión por razones que ignoramos.

3. El testimonio frente a los helenistas de Jerusalén (Hch 9:28-29)

Saulo no pudo callar, y aun parece ser que pensaba que su testimonio sería notablemente eficaz allí donde los judíos conocían su historia como enemigo del Evangelio. No fue ello el caso, sin embargo, pues los ya endurecidos en contra del Evangelio no habían de admitir el testimonio del destacado renegado de la causa del judaísmo. Al querer continuar el testimonio de Esteban en las sinagogas de los helenistas, se iniciaron prontamente las confabulaciones con el intento de destruir tan potente enemigo. Como dijera el Señor en la visión en el Templo: “*No aceptarán tu testimonio acerca de mí*” **(Hch 22:17-18)**.

4. Se inician los años en Cilicia (Hch 9:30)

Los hermanos buscaron medios para sacar a Saulo de los peligros de Jerusalén, llevándole a Cesarea, desde donde se dirigió a su provincia nativa de Cilicia. En Tarso hallaría a su familia, y es posible que entonces fuese echado de casa y desheredado por ser nazareno, siendo indigno de una familia de la aristocracia judía de la gran colonia

establecida allí. En **(Fil 3:8)**, como detalle de una breve biografía espiritual, Pablo declara: *“Por amor del cual (de Cristo Jesús) lo he perdido todo, y lo tengo por basura para ganar a Cristo”*, y es probable que hemos de relacionar el momento de esta pérdida total de sus bienes con su regreso a Cilicia que se nota en **(Hch 9:30)** y en **(Ga 1:21)**.

Después de un período de años no fácil de precisar, Bernabé buscó a Saulo con el fin de que le ayudara en la edificación de la iglesia judaico-gentil de Antioquía en Siria, hallándole en Tarso **(Hch 11:25)**. No podemos suponer que un hombre como Pablo estuviese en silencio durante aquel tiempo, y es probable que durante estos años escondidos por las regiones de Cilicia y Siria (una sola provincia romana) se dedicase tanto a la preparación para el cumplimiento de su misión como al testimonio en las sinagogas. Si todo lo había perdido en lo material, su oficio de hacer tiendas le proveería de lo necesario para vivir. El Señor de la mies controlaba los movimientos de su siervo. Faltaban aún algunos acontecimientos antes de que el apóstol a los gentiles fuese llamado para principiar la evangelización sistemática de las tierras que mediaban entre Siria y Roma.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre el encuentro entre el Señor glorificado y Saulo el perseguidor en el camino a Damasco, relacionándolo con el plan general del libro.
2. Describa el papel que desempeñó Ananías en la entrega de los términos de su comisión a Saulo. ¿Por qué fue escogido Ananías para esta labor (tres razones)?
3. Describa la vida y el testimonio de Saulo desde su bautismo hasta su salida para Tarso.

Un remanso de paz y bendición (Hechos 9:31-43)

La iglesia en tierra de Israel (Hch 9:31)

Después de narrar los tremendos acontecimientos de la persecución de la Iglesia en Jerusalén y su dispersión, seguida por la conversión del perseguidor principal, Lucas llega a otro alto desde el cual otea el horizonte, resumiendo en breves palabras la posición de la Iglesia al final del período de transición. Por excepción (en todo el Nuevo Testamento) se emplea la palabra “*Iglesia*” en número singular por el conjunto de los fieles en un área territorial (Judea, Galilea y Samaria), puesto que según el uso normal, “*Iglesia*” indica la iglesia universal, el Cuerpo de Cristo, mientras que las congregaciones locales se denominan “*iglesias*” en plural. Este uso excepcional se explica si entendemos que Lucas está pensando mayormente en la antigua Iglesia en Jerusalén ya esparcida por Israel, bien que aumentada gracias a la adición de los que se habían convertido por el testimonio de los esparcidos.

1. Un período de paz

La conversión de Saulo, organizador y vitalizador de la persecución, había restado todo empuje y dinamismo del ataque. Es posible que otras circunstancias políticas hubiesen coadyuvado también para reducir la presión en contra de los nazarenos, quienes disfrutaron de un período de paz en Israel hasta la subida al poder de Herodes Agripa I en el año 41. Esta tranquilidad podría haber durado desde el año 35 (o aún desde el año 33) hasta el reinado de Herodes en Judea (41 a 44 d. C.), o sea, un mínimo de seis años hasta un máximo de once, si Herodes no iniciara la persecución hasta el año de su muerte.

2. Un cuadro de bendición

Libres de persecución, los creyentes en Israel se edificaban en su Fe, andaban en el temor del Señor y se multiplicaban por la consolación del Espíritu Santo. Su edificación subraya la bendición interna de compañías que ganaban en firmeza y en conocimiento de la verdad. Su “*andar*” en el temor del Señor (Jesús) les diferencia de sus vecinos judíos y paganos, pues reconocían en todo a Jesús como Señor, siendo “*hombres del Camino*” que él les había trazado. La multiplicación en la potencia del Espíritu Santo enfoca la luz sobre su testimonio, que dio hermoso fruto en la conversión de almas que se añadían a las iglesias, que no se olvidaban de su unidad como “*Iglesia*”.

Los viajes apostólicos de Pedro (Hch 9:32-43)

1. Extensos viajes y visitas por Israel (Hch 9:32)

La primera frase de este versículo debe traducirse: “*Aconteció que Pedro, visitando a todos*” y por ella tenemos noticias de la extensa labor apostólica de Pedro dentro del ámbito de Israel durante esta época de paz. Vemos a los apóstoles con frecuencia en Jerusalén, como sede principal de su obra, pero la corta sección que hemos de considerar echa luz sobre movimientos más amplios, que pueden considerarse como típicos. Es verdad que los esparcidos por la persecución llevaban la bendita Palabra consigo, lo que dio por resultado una hermosa expansión gracias al testimonio espontáneo de ellos. No por eso hemos de creer que los apóstoles permanecían pasivos e inactivos, pues de la manera en que Pedro y Juan bajaron a Samaria con el fin de conjurar posibles peligros que amenazaran la unidad de la Iglesia, predicando el Evangelio en el curso del viaje, así

llevaban a cabo una labor de orientación y de confirmación que habrá jugado un papel muy importante en la edificación de las iglesias que subrayó Lucas en **(Lc 9:31)**. La frase parece indicar una labor ordenada y que Pedro no dejara ningún grupo sin su visita correspondiente.

2. Una obra de poder en Lida (Hch 9:32-35)

Lida era un pueblo situado en un valle fructífero de la Sepela (los cerros que bordeaban la llanura de Sarón), empalme de un camino que bajaba hacia el sur con otro que enlazaba Jope (Jafa) con Jerusalén. Al llegar Pedro a Lida, halló a un hombre llamado Eneas, por supuesto entre la compañía de creyentes, que había sufrido una hemiplejía ocho años antes, quedando paralizado, postrado permanentemente en su cama, que sería una colchoneta de paja. Con suma brevedad Lucas describe el encuentro con Pedro, quien percibió que era la voluntad de Dios que Eneas fuese restaurado a la salud. El apóstol declaró un hecho: *“Eneas, Jesucristo te sana”*, y sobre la base del hecho le da un mandato que da prueba de su veracidad: *“Levántate y haz tu cama”* **(Hch 9:34)**: mandato que Eneas, aceptando con fe la declaración de su curación, obedeció en seguida. Podemos suponer que este milagro, con el del levantamiento de Tabita que se refiere a continuación, eran típicos de las *“señales”* que Dios obraba por medio de Pedro en distintos lugares de Israel en esta época, sin que por ello hayamos de creer que toda obra espiritual se iniciara por milagros.

3. Eneas y Jesucristo (Hch 9:34)

Pedro se limitaba a poner al enfermo en contacto con su Señor, siendo significativo el énfasis sobre el nombre personal, *“Eneas”*. puesto que la gracia de Dios en Cristo no se derrama de cualquier forma sobre las multitudes, sino que se encamina, por medio de la Palabra, hacia el hombre sumiso, siendo la Palabra el medio que produce el encuentro. No hubo resistencia de parte de Eneas, quien aprendió con gozo que Jesucristo le sanaba, dando prueba de su fe por su obediencia.

4. El fruto de la obra (Hch 9:35)

Los habitantes de Lida pudieron comprobar la realidad de la obra sanadora, viendo a Eneas andar y trabajar, libertado de su postración. Hemos de entender que Pedro anunciara también el Evangelio, señalando el sentido espiritual de la obra de poder. Así el milagro cumplió su cometido de despertar el interés, mientras que la palabra que presentaba a Cristo a las almas llegó a ser el medio de vida y de conversión. Es probable que los liditas hubiesen oído bastante del Evangelio ya por boca de los esparcidos, puesto que se hallaba el pueblo en el camino desde Jerusalén al mar.

5. Tabita vuelve a la vida en Jope (Hch 9:36-43)

El lugar del milagro. A una distancia de unos 16 Km. de Lida, se hallaba Jope, el puerto de mar más próximo a Jerusalén, que hoy en día, bajo el nombre Jafa, se halla un poco al sur de la floreciente ciudad hebrea de Tel Aviv.

La dramática historia. En Jope se había establecido ya una iglesia cristiana, en la cual se destacaba una hermana (se llama específicamente una discípula) notable por sus buenas obras, que consistían particularmente en hacer limosnas y en coser prendas para los pobres, con referencia especial a las viudas. Su nombre arameo, Tabita, quiere decir *“gacela”*, del cual Dorcas es la traducción griega. Durante la visita de Pedro a Lida, Tabita enfermó y murió, siendo lavado el cadáver según los ritos hebreos de la purificación de los muertos y colocado en una cama en un aposento alto. Lo normal habría sido que los hermanos procedieran pronto al entierro de Tabita en un país de clima normalmente cálido; pero sabían de la presencia de Pedro en Lida, de dónde habían venido noticias de

la curación de Eneas, y no quisieron sepultarla hasta que él viniera. No se dice que esperasen un milagro tan tremendo, pero se vislumbra la estimación muy especial en que tenían a Tabita unida con un espíritu de expectación que habría podido surgir de algún mensaje profético. Dos hermanos salieron, cuesta arriba, hacia Lida, con un mensaje urgente para Pedro: *“No tardes en pasar hasta nosotros”* (Hch 9:38). Pedro accedió en seguida, y hemos de recordar que estos siervos del Señor, llenos del Espíritu, estaban en contacto constante con su Señor. En frases breves, pero gráficas, Lucas nos hace ver cómo hicieron a Pedro subir al aposento alto; describe la escena del cadáver yacente rodeado de las viudas que lloraban la pérdida de su benefactora, enseñando las prendas de ropa exterior e interior (vestidos y túnicas), que Tabita les había hecho. Pedro tuvo que saber que la hora había venido para una manifestación especial del poder de Dios, y, como en otros casos en la Biblia, había de quedar a solas con la difunta con el fin de arrodillarse y orar. Recibió la confirmación de su Señor, de modo que, volviéndose al cuerpo dijo con toda naturalidad: *“Tabita, levántate”*. La primera señal de que el espíritu había vuelto al cuerpo fue el abrir de sus ojos, y luego, viendo la resucitada a Pedro, se incorporó. Los sencillos y gráficos detalles delatan las impresiones de un testigo ocular que diera la información a Lucas. Pedro dio la mano a Tabita, ayudándola a ponerse de pie para ser presentada viva a los santos y viudas que esperaban fuera. El Profesor F. F. Bruce nota que con una sola letra de diferencia en el arameo, Pedro había repetido el mandato que Jesús dio a la hija de Jairo: *“Talita qumi”*... *“Tabita qumi”*. Es de suponer que los pensamientos del discípulo volviesen a la casa de Jairo al seguir tan de cerca las pisadas del Maestro.

Este tipo de narración, que combina el dramatismo con la máxima naturalidad y sencillez, nos recuerda el que Lucas emplea para describir el levantamiento del hijo de la viuda de Naín (Lc 7:11-17).

6. Milagros de resurrección

Al llamar al espíritu otra vez al cuerpo de un ser fallecido el Maestro obraba directamente como *“Resurrección y Vida”* bien que oró ante la tumba de Lázaro con el fin de aleccionar a los circunstantes. Los profetas Elías y Eliseo fueron instrumentos para efectuar este milagro máximo, pero los dos se dieron a una lucha de intercesión ante Dios y se pusieron en contacto con el cadáver (1 R 17:19-24) (2 R 4:32-37). En la Sección introductoria notamos la peregrina idea de que Lucas deseaba conceder a Pablo el mérito de hacer los mismos milagros que Pedro, según la cual la curación del cojo de Listra corresponde a la curación de Eneas, y el levantamiento de Eutico corresponde al de Tabita. Admitimos un equilibrio artístico entre los hechos de Pedro y los de Pablo, pero rechazamos de plano toda idea de rivalidad o de “propaganda” a favor del “predilecto” como algo indigno del proceso de inspiración tan claramente visible en la magna obra conjunta de Lucas-Hechos. Siendo por igual apóstoles en el sentido privativo de la palabra, es natural que *“las señales de apóstol”* (2 Co 12:12) se manifestasen tanto en la obra de Pablo como en la de Pedro. Obraban en el Nombre de Jesucristo, y, al llegar los momentos que indicara el Espíritu Santo, hacían uso de las “credenciales” de las señales milagrosas. La señal máxima (en la esfera visible) era el levantamiento de un muerto, ya que la muerte corta fulminantemente toda esperanza humana.

7. El ejemplo de las buenas obras de Tabita (Hch 9:36,39)

El énfasis sobre la doctrina de la gracia (muy justificado por cierto), la mejora en los servicios benéficos de los estados, municipios e instituciones caritativas, y el miedo de ser engañados por impostores, han menguado el interés en llevar a cabo *“buenas obras”* entre los Evangélicos del siglo XXI, pero debemos recordar que las obras benéficas constituyen una de las manifestaciones primordiales de la obra de gracia del Señor

Jesucristo entre nosotros: *“Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la Fe” (Ga 6:10)*. En unos párrafos de gran interés el profesor F. F. Bruce subraya el espíritu generoso y caritativo que caracterizaba a los cristianos durante el siglo II (*“The Growing Day”*, págs. 46-50), y termina la sección con estas significativas palabras: *“Cuando procuramos explicar el aumento en el número de cristianos durante aquellos días, a pesar de la hostilidad de los medios oficiales, debemos considerar como factor primordial la impresión que una conducta tan desprendida habrá producido en el ánimo de la población gentil”*. Hemos de testificar por medio de las obras, cual Tabita al dedicar su dinero y tiempo al bien de los pobres. Si falta este testimonio, nuestras muchas palabras sonarán a hueco: *“Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios” (He 13:16)*. Siempre hallaremos ocasiones si nos interesa testificar por el Señor de toda gracia mediante las buenas obras.

8. El testimonio de la vida renovada (Hch 9:42)

Los milagros no constituían un fin en sí, sino que probaban, en épocas cuando los siervos de Dios habían de iniciar una nueva etapa de su Obra, que él los había enviado. El levantamiento de Tabita abrió una puerta para Pedro en la ciudad de Jope, de tal forma que *“muchos creyeron en el Señor”*. La iglesia llegó a ser potente y mantuvo su testimonio a través de muchos siglos.

9. Los movimientos de Pedro (Hch 9:43)

Hemos visto que la breve sección que abarcan los versículos 32 a 43 del capítulo 9 abre una ventana que nos permite apreciar la obra apostólica de Pedro, aunque por otra parte no corresponde al plan del libro tratar más de sus viajes. Esta finalidad justifica plenamente la inclusión de la porción que hemos venido estudiando, pero cumple además otro propósito, ya que las providencias de Dios y la guía del Espíritu Santo van llevando a Pedro hacia el escenario del gran acontecimiento que será el tema del capítulo siguiente: la apertura de la puerta del Reino de Dios a los gentiles en igualdad de condiciones respecto a los judíos. Lucas no pierde de vista su plan y va jalonando el camino de Pedro a Cesarea, donde pronto habrá de entrar en una casa gentil para anunciar las riquezas de Cristo. Desde Harnack en adelante, los escriturarios han señalado el significado de **(Hch 9:43)**, que revela que el judío ortodoxo, que era Pedro, se digna posar en la casa de Simón curtidor, toda vez que el oficio de curtidor se consideraba inmundo para los judíos estrictos, a causa de la necesidad de manejar los cuerpos muertos de animales. Pedro no pone objeciones en este caso, lo que nos hace suponer que los horizontes de su mente van ensanchándose como preparación para recibir la gran verdad: lo que Dios había limpiado, él no había de llamarlo inmundo.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre el amplio ministerio de Pedro en Israel a la luz de la sección **(Hch 9:32-43)**.

Se abre la puerta del Reino a los gentiles (Hechos 10:1-11:18)

Un momento trascendental

La separación de Abraham y de sus descendientes de entre las naciones según el proceso que se detalla en los capítulos 12 a 35 del Génesis, no obedeció a ningún acto de favoritismo de parte de Dios, sino a la necesidad de preparar un vaso que sirviera para contener y transmitir el conocimiento del Dios verdadero, allanando así el camino para la venida del Salvador, en medio de un mundo que se volvía en su casi totalidad a la locura de la idolatría. El fin del proceso había de ser la bendición de todas las familias de la tierra (**Gn 12:3**) (**Dt 7:6-8**) (**Am 9:7**). La necesaria barrera se erigió mediante las promesas especiales hechas a Abraham, junto con el pacto y el rito de la circuncisión (**Génesis 12, 15 y 17**). Pensemos también en la prohibición posterior de casarse con mujeres extranjeras, en las experiencias del pueblo en Egipto, en el Éxodo, en la entrega de la Ley, en el sistema levítico y en las “*costumbres*”, entre las cuales se destacaban la prohibición de comer la carne con sangre, o sacrificar animales ceremonialmente inmundos. Una y otra vez los mismos israelitas habían abierto brechas en la pared intermedia por su constante propensión a la idolatría —la fornicación espiritual del Antiguo Testamento—, que no se curó hasta después del cautiverio babilónico. Tal falta de separación arruinaba su testimonio al único Dios verdadero y a su plan de Redención (**Sal 80:8-16**) (**Is 5:1-7**). Por otra parte, a pesar de las admoniciones de Moisés y de los profetas, se consideraban superiores a los demás pueblos por el hecho de su elección, despreciando a los “*incircuncisos*” y aborreciendo sus costumbres, sobre todo después de conseguir una separación externa más perfecta después del cautiverio.

Huelga explicar que los hijos carnales y desobedientes de Abraham nunca podían disfrutar de las bendiciones espirituales de la promesa que dependían de la sumisión y la fe, pero nunca faltaba una simiente santa —el resto fiel— que mantenía enhiesto el testimonio en medio de la nación en gran parte apóstata. Más tarde, Pablo había de explicar que dos clases de personas podían ser consideradas como “*hijos de Abraham*”: los circuncidados que andaban en las pisadas de fe de Abraham, y aquellos que, no habiendo conocido la Ley, participaban, no obstante, en la fe del patriarca (**Ro 4:12-17**); compárese con el argumento de (**Ro 9:6-8**).

Para la formación de la Iglesia, pueblo espiritual de Dios, fue preciso derribar la “*pared intermedia de separación*” (**Ef 2:11-18**), pero es una solución demasiado simplicista creer que desde aquel momento Israel, como nación escogida, desaparece de los consejos de Dios. Históricamente no ha desaparecido, sino que, por un milagro etnológico, persiste como raza aparte hasta el día de hoy. Si un judío se convierte, ingresa en la Iglesia, perdiendo con ello su carácter judío en el sentido religioso; pero el mismo acto de separación manifiesta muy a las claras la existencia del pueblo del cual ha salido. Proféticamente quedan muchas predicciones y promesas por cumplir que se garantizaron a la simiente de Abraham por reiterados juramentos de Dios y que en manera alguna pueden aplicarse a la Iglesia sin hacer violencia a toda norma exegética, entregándose el comentarista a las fantasías de la “*espiritualización*”, que es igual si se llama así, o si se emplea el término moderno de la “*idealización*”, o la “*sublimación*”.

Muchos lectores de la Biblia conceden la debida importancia al descenso del Espíritu Santo en Jerusalén, pero pasan muy por encima el gran acontecimiento de Cesarea que

se narra en este capítulo. Desde luego, no hemos de restar importancia al gran suceso del Día de Pentecostés, que comentamos ampliamente en su lugar, pero sí queremos subrayar la relevante importancia del descenso del Espíritu sobre creyentes gentiles en la casa de Cornelio en Cesarea, ya que los fieles de entre las naciones llegan a participar plenamente en cuanto significaba el Día de Pentecostés, e ingresan en el Reino y en la Iglesia en igualdad de condiciones con los judíos. El capítulo 10 es una especie de extensión del capítulo 2, dando alcance universal a lo que sucedió tan maravillosamente cuando el Espíritu Santo cayó sobre los ciento veinte en el Cenáculo y sobre los tres mil creyentes después. Recordemos que ningún israelita negaba que un gentil podía ser salvo, siempre que dejara de ser gentil en el sentido religioso, pasando por la “puerta” de Israel por medio de la circuncisión, por un acto de bautismo por inmersión y por ponerse bajo el sistema legal. En este capítulo llegamos a la etapa del desarrollo del plan de Dios que había de ser en grado sumo una piedra de tropiezo para los judíos: los gentiles, igual que los judíos, habían de entrar en el Reino de Dios sólo por medio del arrepentimiento y la fe. Los judíos habían de “rebajarse” para aceptar las consecuencias de su condición de pecadores —que exigía la Redención que se ofrecía en Cristo—, mientras que los gentiles no necesitaban para nada el sistema judaico para salvarse de igual manera (**Hch 11:15-17**) (**Hch 15:7-9**) (**Ro 3:22,27-30**) (**Ga 2:14-17**). Se cumple la verdad germinal que ya anunció el Buen Pastor: *“Yo soy la puerta; el que por mí entrare será salvo..., también tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño y un Pastor”* (**Jn 10:8,9,16**).

Los instrumentos y las circunstancias se detallan en este capítulo. Las providencias del Señor, la intervención angelical, la voz interna del Espíritu, la manifestación de la plenitud del Espíritu en los creyentes gentiles: todo combina de forma tal que la voluntad de Dios queda claramente manifestada. El cristianismo adquiere su verdadero carácter universal y se marca otro hito en el camino hacia la predicación mundial de las Buenas Nuevas. Pablo, el instrumento escogido, medita, ora y se esfuerza en Cilicia. Pronto podrá entrar por la puerta que había de abrir Pedro, el portavoz de los Doce, el que disponía de las llaves del Reino de Dios en la tierra, siendo la “llave” la palabra de Dios en su boca, inspirada por el Espíritu, y confirmada por la maravillosa combinación de circunstancias que hemos de considerar a continuación.

La preparación de Cornelio (Hch 10:1-8)

I. La persona de Cornelio (Hch 10:1,22)

La unidad fundamental del ejército romano era la legión de 6.000 soldados que se dividía (por lo menos teóricamente) en diez cohortes de 600, encabezadas por tribunos. Una sexta parte de la cohorte constituía una compañía bajo el mando de un centurión, que llevaba las responsabilidades de un capitán de los ejércitos modernos, pero, habiendo ascendido de las filas, su categoría social correspondía más bien a la de un sargento. La eficacia de las legiones romanas dependía en gran parte de la prudencia, la experiencia, la fidelidad y el valor de los centuriones. Parece evidente que Cornelio —centurión de un cuerpo afamado (la cohorte llamada la Italiana) y ciudadano romano con toda probabilidad — tenía medios económicos más amplios y una consideración social más elevada que lo que normalmente correspondía a los oficiales de su clase (**Hch 10:7,8,22,24**). Es notable que todos los centuriones que se mencionan en el Nuevo Testamento son personas dignas y varios de ellos dan muestras de discernimiento espiritual.

Era “piadoso y temeroso de Dios” (**Hch 10:2**), frase que indica que pertenecía religiosamente a la clase de los “temerosos de Dios”, quienes, sin dar el paso decisivo de la circuncisión, frecuentaban las sinagogas, escuchaban la Palabra de Dios y limitaban

sus costumbres de comer y beber hasta el punto de no escandalizar a los judíos, hallando en el Antiguo Testamento la pureza moral y el elevado monoteísmo que faltaban por completo en su medio ambiente pagano.

Cornelio no sólo aceptaba la posición de *“temeroso de Dios”* como norma externa, sino que se entregaba a la oración privada, especialmente a la sagrada *“hora de nona”*, la hora del sacrificio vespertino. Siendo rico, podía y quería desprenderse de lo suyo en bien de los pobres, pensando especialmente en los de Israel, lo que le había dado su buena fama por toda la nación (**Hch 10:2,22**). Llega a ser el ejemplo por excelencia de los gentiles que buscaban a Dios, de quienes dice Pablo en (**Ro 2:7-11**): *“(Dios da) vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria, honra e inmortalidad... pero gloria, honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego; porque no hay acepción de personas para con Dios”* (**Hch 10:34-35**). No se salvaba por las oraciones ni por las buenas obras, pero éstas daban prueba de su determinación de buscar a Dios y hacer su voluntad, lo que hizo posible que Dios bendijera por medio de Cristo, según el principio universal: *“el que busca, halla”*.

2. El testimonio de Cornelio (Hch 10:7,24)

Cornelio no se contentaba con buscar la verdad y la vida por sí mismo, sino que influyó poderosamente en ciertos miembros de su casa que también temían a Dios; es de suponer que participaban en su fe y su esperanza no sólo el ordenanza suyo, sino también los dos criados domésticos que envió a Jope, pues se les ve completamente identificados con la intención y propósito de su jefe. La posición de Cornelio como centurión, además de la fama de recios y duros que tenían los oficiales de su clase, hace resaltar aún más esta dulce y piadosa influencia suya en el hogar. No sólo eso, sino que la compañía de parientes y amigos íntimos que pudo reunir en su casa para escuchar a Pedro (**Hch 10:24**) constituía evidencia palmaria de que había sabido extender su influencia en un círculo numeroso en Cesarea por medio de su palabra y vida. Esta piadosa compañía toma aquí el lugar de los ciento veinte en el Día de Pentecostés y el atrio de la casa de Cornelio corresponde al aposento alto en Jerusalén, pues sobre aquellos hombres (y mujeres probablemente) cae el Espíritu Santo en esta *“extensión del Día de Pentecostés”*.

3. La visita del ángel (Hch 10:3-8)

Al hacer comentarios sobre la guía que recibió Felipe al ser enviado al etíope, notamos que los mensajes angelicales solían complementar los impulsos internos del Espíritu Santo, y la divina *“conveniencia”* de esta guía doble (juntamente con la de otra clase de visión) se echa de ver también en este capítulo. La hora de la visita correspondió a la hora de oración al sacrificarse el holocausto de la tarde en el altar del Templo, cuando también se quemaba incienso en el altar de oro delante del Velo (**Lc 1:8-13**). Mas tarde Cornelio describe al ángel como *“un varón en vestidura resplandeciente”*: impresión que concuerda bien con las descripciones de parecidas apariciones angelicales tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (**Lc 24:4**) (**Hch 1:10**).

4. El mensaje del ángel (Hch 10:4-6)

Absorto en sus oraciones —¿pedía más luz sobre su camino?— Cornelio se sorprendió al oír pronunciar su nombre en un tono que se diferenciaba del de toda voz humana; levantando la cabeza, vio claramente al ángel de Dios, al *“varón en vestiduras resplandecientes”*. Sintió el temor natural ante una manifestación de poderes celestiales, y podemos pensar que el ángel trajera consigo algo del ambiente del Cielo que produjera un efecto más que magnético sobre un hombre que se hallaba todavía en el cuerpo. La respuesta al llamamiento fue muy natural: *“¿Qué es, Señor?”*, Oyó de la boca del ángel

que sus oraciones y limosnas, presentadas de un corazón sincero, habían subido cual incienso del altar de oro delante de Dios, hablando un lenguaje de adoración y de súplica más elocuente que toda petición meditada y pronunciada retóricamente. Pedía luz sobre el camino, no tanto por las palabras que pronunciaba en la presencia de Dios —que no faltarían— sino por la actitud de toda su vida. En las Escrituras los ángeles no son figuras decorativas, motivos de vagos sentimientos religiosos, sino mensajeros de Dios que dan sus breves instrucciones a los hombres y pasan en seguida a otros servicios.

Si se nos permite la expresión, parece ser que están dotados de un gran sentido práctico. Aquí el mensajero celestial consuela a Cornelio y procede en seguida a señalarle la manera de ponerse en contacto con Pedro, que había de ser el siervo que iluminara su mente y su corazón de parte de Dios: *“Envía, pues, ahora hombres a Jope, y haz venir a Simón... Pedro; es huésped de otro Simón, curtidor, que tiene su casa junto al mar”*. Las señas son completas, como si se tratara de enviar una carta por correo: “Sr. D. Simón Pedro, en casa de Simón Curtidor, Paseo Marítimo, Jope”. Habiendo dado las señas del mensajero que había de continuar la tarea de guiar a Cornelio a toda verdad, el ángel se fue en seguida.

5. La pronta obediencia de Cornelio (Hch 10:7-8)

Cornelio no perdió tiempo recordando la maravilla de la visita angelical, sino que se sintió movido por el mismo sentido práctico que había caracterizado al mensajero de Dios. Lo importante era conocer la verdad, y ya tenía las señas completas del siervo ordenado por Dios para comunicársela. *“Envía hombres a Jope”*, había dicho el ángel, y *“en cuando se fue el ángel, Cornelio llamó a dos criados suyos y a un ordenanza piadoso y, habiéndoles explicado todo, los envió...”*. ¡Que buena es la obediencia pronta y exacta cuando Dios nos hace saber su voluntad! Como el otro piadoso centurión de **(Mt 8:9)**, sabía lo que suponía estar bajo autoridad y reaccionó con la presteza de un militar disciplinado.

La preparación de Pedro (Hch 10:9-16)

I. Pedro como “vaso de elección”

Nos atrevemos a aplicar al portavoz de los Doce la designación de Pablo que el Señor comunicó a Ananías: *“vaso de elección”* o, en lenguaje más corriente, *“el instrumento escogido”*, ya que por nombramiento divino él, y sólo él, fue el llamado para abrir la puerta del Reino a los gentiles. No podía ser otro por las razones siguientes:

a) Al bendecirle después de su confesión de Jesús como el Mesías, el Hijo del Dios viviente, el Maestro le había dado las *“llaves”* del reino de los cielos en la tierra **(Mt 16:16-20)**. Por la Palabra de Dios en su boca había de *“atar”* y *“desatar”*: cosa que había hecho ya en el Nombre de Cristo en Jerusalén, y ahora ha de repetir en Cesarea, ciudad predominantemente gentil. La comisión del Maestro concretó un propósito eterno en cuanto a este siervo de Dios.

b) El que abriera la puerta a los gentiles no podía ser judío helenista, so pena de caer bajo sospecha de seguir sus propias inclinaciones a favor de sus compañeros de lengua. Tampoco pudo ser un judío celoso de la Ley, que no sería instrumento apto para establecer los primeros contactos con creyentes gentiles sobre el fundamento único y común de Jesucristo. Había de ser un buen judío ortodoxo, guardador hasta aquella fecha de las costumbres de la nación, y, a la vez, un siervo de Dios suficientemente experimentado para poder distinguir la guía del Señor y dar el tremendo paso de llevar el Evangelio a la gentilidad.

c) Veremos que a Pedro le repugnaba aún *“lo inmundo”*, pero, a la vez, sus contactos con judíos de la Dispersión, con los samaritanos, con grupos de creyentes en pueblos predominantemente gentiles, le habían *“ablandado”* hasta el punto de que cediera cuando Dios le enseñara claramente que era su voluntad que entrara en una casa gentil. Ya hemos visto que un hebreo muy estricto apenas se habría hospedado en la casa de un curtidor.

d) Además, Pedro era hombre de gran corazón, apto para sentir las *“compasiones de Cristo”* al percibir el angustioso gemido del inmenso mundo gentil.

2. La preparación por la oración (Hch 10:9)

Pedro sentía profundamente las responsabilidades de su cargo apostólico, e insistía en que él y sus compañeros habían de atender de continuo a la oración y al ministerio de la Palabra (**Hch 6:2,4**). De acuerdo con este ministerio de oración y de intercesión, se había retirado a la azotea de la casa del curtidor a la hora de sexta (mediodía). No era una de las horas fijadas para la oración en el programa religioso judío, pero hay noticias en el Antiguo Testamento de hombres piadosos que oraban tres veces al día, con mención del mediodía (**Sal 55:17**) (**Dn 6:10**). Pedro tenía delante, además, el ejemplo del Maestro, que se apartaba para la oración en numerosas ocasiones y mayormente cuando se acercaban momentos de crisis. Es probable que Pedro presentía la proximidad de acontecimientos cruciales aún escondidos en el seno del porvenir, deseando prepararse para ellos en la presencia de Dios.

3. La preparación por medio de la visión (Hch 10:10-16)

El hambre de Pedro. Seguramente le molestaba a Pedro el hambre que sintió tan inoportunamente al disponerse a orar, pero tal fue la necesidad que le apremiaba que no tuvo más remedio que pedir que le preparasen algo para comer. Todo tenía su parte en el plan, pues, al esperar las vituallas, le sobrevino un éxtasis, con su correspondiente visión, que, en el plano psicológico, se relacionaba con sus ganas de comer. Cuidemos mucho, sin embargo, de no buscar causas naturales que *“expliquen”* la visión, puesto que es Dios quien ordena todas las circunstancias y predispone a su siervo para la debida comprensión del mensaje por medio de su hambre física y la visión que surgió de ella.

El éxtasis y la visión. La voz castellana *“éxtasis”* corresponde exactamente a la griega y significa un estado psicológico que supera la razón normal. Un hombre está *“fuera de sí”* en sentido bueno, ya que puede recibir mensajes divinos. Desde luego puede haber éxtasis que corresponden a estímulos satánicos también, pero de ellos no tratamos aquí. La visión (**Hch 10:17**) es *“horama”* en el griego, que significa *“algo visto”*, con referencia en general a una visión que trasciende la vista normal. El estado de éxtasis hizo posible que Pedro viera la visión.

El gran lienzo que descendía (**Hch 10:11**). Quizá la vista de Pedro había descansado anteriormente con interés y deleite en la gran vela latina de algún barco que entraba o salía del puerto, cogida por las puntas en el aparejo, e hinchada por la brisa marítima. En su éxtasis la vela se había transformado en el *“gran lienzo”* cogido por las puntas que descendía del cielo abierto: garantía del origen divino del mensaje que simbolizaba. Pero las ideas del *“lienzo”*, y del *“hambre”* se confunden, pues el extraño vaso se halla lleno de toda clase de animal, reptil y ave. Algunos de aquellos animales serían limpios según las disposiciones de Levítico 11, siendo rumiantes con la pezuña dividida, mientras que otros pertenecían a las categorías prohibidas. Una Voz, que Pedro reconoció como la de su Maestro, le dio el sorprendente mandato de matar aquellos animales para satisfacer su hambre: cosa que repugnaba al judío ortodoxo, no sólo porque se trataba de una mezcla de animales limpios e inmundos, sino por la imposibilidad de sacrificarlos de la forma

llamada “*kosher*” que no deja sangre alguna en la carne. La reacción de Pedro es típica del hombre y no se hace esperar: “*Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás*” (**Hch 10:14**); compárese con la protesta de Pedro en (**Jn 13:8**). La Voz reprendió tanto la desobediencia (en el desarrollo de la visión) como la actitud que revelaba, pues: “*Lo que Dios limpió, no lo llames tu común*”. La triple reiteración del descenso y de la declaración subrayó el carácter categórico del mensaje divino.

“*Lo que Dios limpió...*” (**Hch 10:15**). Esta declaración merece detenido estudio, pues sirve de clave para la comprensión de todo el incidente. Las distinciones entre los animales limpios (que se podían comer si se sacrificaban según las reglas ceremoniales) y los inmundos, había servido de lección útil para los israelitas en el régimen preparatorio, pues les hacía ver la necesidad de disciplina y de obediencia, sin dejar de tener una importancia higiénica en días cuando no eran posibles las precauciones modernas del matadero. Los fariseos, siguiendo la tradición de los Ancianos de Israel, habían añadido la regla de no comer sin antes lavarse ceremonialmente las manos (**Mr 7:3**), recalcando hasta tal punto el valor externo de las costumbres que dejaban de percibir muchas de las hondas lecciones de la Ley. Al reprender su hipocresía, el Señor —y es Pedro que lo hace constar por la pluma de Marcos—, declaró que nada que entraba en el cuerpo del hombre podía contaminarle, ya que pasaba por los procesos fisiológicos, sin tocar la parte moral. Lo grave era lo que salía del “*corazón*”: sede de los afectos, deseos y de la voluntad. Marcos, al dictado de Pedro, y en fecha posterior al acontecimiento de Cesarea, añade este comentario a las enseñanzas del Señor: “*Dijo esto declarando limpias todas las viandas*” (**Mr 7:19**). En Cristo se ha pasado de lo externo hasta lo interno, donde se manifiesta lo que es el hombre y donde se decide (por su actitud frente a Dios) lo que ha de ser su destino eterno.

La frase “*lo que Dios limpió*” tiene por fondo y base la Cruz, donde se cumplieron las sombras pasadas, expiándose todo pecado y toda impureza moral. En la aplicación, Pedro tuvo que trasladar tan profundo principio, declarado con inusitada solemnidad, a la esfera de los hombres, y, ayudado por la Voz del Espíritu y por la luz que brotaba de la coordinación de las providencias de Dios, llegó a hacerlo perfectamente, a pesar de su protesta original, pues en presencia de Cornelio declaró: “*Dios me ha mostrado a mí que a ningún hombre llame común o inmundo*”. El mandato (traducido en toda su amplitud) había sido: “*Lo que Dios limpió, no tienes que seguir tratándolo como algo común* (sin utilidad en el plano divino)”, y Pedro, al ver la compañía de gentiles en la casa de Cornelio, comprendió que había purificación para todos los hombres por la Sangre de Cristo, de modo que los sumisos podían entrar en el Reino, fuesen judíos o gentiles.

La gran decisión de Pedro (Hch 10:17-24)

I. Perplejidad y reflexión (Hch 10:17-18)

Del modo en que Saulo tuvo que cambiar todo su modo de pensar en cuanto a Jesús de Nazaret, Pedro lo hubo de hacer en esta ocasión con referencia a su modo básico de pensar, que tenía por centro la obra de Dios por medio de Israel según se revelaba en su historia, la Ley, los sacrificios y costumbres. No es fácil para nosotros adentrarnos en su mente y comprender su perplejidad al tener que rectificar normas que, hasta entonces, le habían parecido sagradas e inalterables, a pesar de vislumbrarse el cambio en germen en las enseñanzas del Maestro. La nueva luz se enfocaba sobre todo en el gran Acto de purificación, y no dudamos de que Pedro ya empezaba a discernir el valor infinito y universal del Sacrificio de la Cruz.

2. La coordinación de las obras de Dios y la Voz del Espíritu (Hch 10:17-20)

El sabio predicador había escrito: *“cordón de tres dobleces no se rompe pronto”* (Ec 4:12), y Dios concedió a Pedro una cuerda testifical irrompible, compuesta de tres hebras: la visión, la coordinación de sus providencias y la voz interna del Espíritu Santo. Mientras que reflexionaba sobre la visión, aún perplejo en cuanto a su significado, los mensajeros de Cornelio empezaron a preguntar por él delante del postigo de la casa. Al resonar sus voces —oyéndose fácilmente desde la azotea— se hizo oír otra Voz dentro del ser del apóstol: *“He aquí, tres hombres te buscan. Levántate, pues, y desciende, y no dudes de ir con ellos, porque YO los he enviado”* (o *“sin dudar de que yo les haya enviado”*). El YO es enfático, y Dios hace oír su Voz directamente, confirmando con gran solemnidad lo que iba revelando por medio de visiones preparatorias y por la coordinación de los movimientos de los hombres, que se ajustaban exactamente al programa divino. Como dijera Pedro después de completar toda la evidencia: *“¿Quién era yo para que pudiese resistir a Dios?”*.

3. La obediencia y la decisión de Pedro (Hch 10:21-24)

Seguramente Pedro había de seguir reflexionando mucho sobre los acontecimientos de aquel día, sometiendo las lecciones de su experiencia a la luz de las Escrituras y a la de las enseñanzas de su Maestro, volviendo aún a tropezar en un punto relacionado con la comunión entre judíos y gentiles (Ga 2:11-21); pero la *“perplejidad”* había desaparecido, y empezó a obrar con el pleno conocimiento de que las antiguas barreras entre judíos y gentiles en el ámbito del Reino se habían derrumbado. No sólo bajó la escalera externa de la casa —que le llevaría directamente desde la azotea al postigo— con el fin de preguntar a los mensajeros el por qué de sus voces, sino que, enterado de la causa, que no pudo por menos que relacionar con la revelación de la voluntad de Dios que acababa de recibir, hizo entrar a los gentiles y los hospedó. Antes de entrar él como huésped en la casa de Cornelio, ya había quebrantado la *“costumbre”* por recibir a tres gentiles en la casa donde él se hospedaba.

El mismo espíritu de obediencia a lo revelado por Dios le hace ponerse en camino con los tres mensajeros el día siguiente, encaminándose a Cesarea para dar el Evangelio a una compañía de gentiles: una distancia de como 48 Km. por la costa en dirección norte.

Los *“cuatro días”* que formaron el marco temporal de estos acontecimientos, según la referencia de Cornelio en (Hch 10:30), son *“inclusives”*, y los occidentales contaríamos tres días justos: a) Cornelio recibió su visión a la hora novena, o sea, a las tres de la tarde, y envió a sus siervos en seguida en dirección a Jope, pasando ellos la primera noche en el camino. b) El segundo día Pedro recibió su visión en la azotea a la sexta hora (a mediodía) y en seguida después llegaron los mensajeros a la casa de Simón el curtidor. Pedro les hizo entrar, y pasaron la segunda noche en su lugar de hospedaje en Jope.

c) El día siguiente (a una hora no determinada) partieron, juntamente con algunos hermanos de Jope, hacia Cesarea, pasando la tercera noche en ruta, para llegar a la casa de Cornelio a las tres de la tarde, justamente tres días después de la visión angelical que dio principio a la cadena de sucesos que venimos considerando.

4. La prudencia de Pedro (Hch 10:23,45) (Hch 11:12)

El apóstol sabía muy bien que si le había costado tanto comprender la lección tan claramente destacada por Dios, a otros hermanos celosos de las costumbres de sus padres, que no habían pasado por su experiencia, les costaría más aún. Por eso se proveyó de testigos sacados de entre los creyentes de Jope (circuncidados, desde luego) quienes podían enterarse paso por paso de lo que Dios iba revelando y obrando. Tal testimonio le sería de inapreciable valor al dar cuenta de sus hechos ante los hermanos

de Jerusalén (**Hch 11:12**), y nosotros podemos aprender la lección de que la obediencia que debemos a toda revelación divina no excluye la prudencia al darla a conocer ante quienes quizá se hallan atados aún a tradiciones respetables que no pueden soltar en un momento dado. Un testimonio conjunto de hombres piadosos constituye también “*las tres hebras*” de una cuerda testifical que no se rompe fácilmente.

El encuentro entre el apóstol y los gentiles (Hch 10:24-33)

1. La preparación espiritual de Cornelio y de sus amigos (Hch 10:24,33)

“Y Cornelio les estaba esperando, habiendo convocado a sus parientes y a los amigos íntimos”... “*Todos nosotros estamos aquí, en la presencia de Dios, para oír todo lo que el Señor te ha ordenado*”. El piadoso centurión no había perdido el tiempo durante los tres días de espera, sino que había comunicado a su círculo de siervos y amigos (que ya escuchaban la Palabra del Antiguo Testamento) que había de llegar un enviado de parte de Dios a fin de completar el mensaje. Su corazón anhelaba la luz que sabía que recibiría y había sabido expresar su esperanza de tal forma frente a sus parientes y amigos que todos se hallaban congregados con el solo propósito de recibir la Palabra de Dios por boca de Pedro. El apóstol no había de hallar oposición alguna en un ambiente tan distinto en lo externo de aquel que conocía, sino almas sedientas del agua de vida, dispuestas a someterse a la revelación que anhelantes esperaban.

2. Un centurión romano a los pies de un pescador galileo (Hch 10:25)

La palabra griega “*proskuneo*”, traducida por “*adorar*” en (**Hch 10:25**), significa un acto de homenaje y de reverencia ante una persona reconocida como superior, que pasa a significar “*adoración*” cuando el hombre se postra delante de su Dios. Cornelio era monoteísta inteligente que no había de tributar a Pedro lo que correspondía a Dios; sin embargo, sentía profundamente la superioridad de un mensajero señalado por Dios, en cuya boca se hallaba la revelación divina, frente a él mismo, un gentil que había de recibir la verdad anhelada del apóstol. El hecho de que Pedro rechazara la reverencia, alzándole y diciendo: “*Yo mismo también soy hombre*”, no anula el sentido profundo de la escena, ya que Cornelio era un romano rico, representante de las legiones del Imperio —la fuerza mayor en la esfera humana de aquella época—, mientras que Pedro era pescador, oriundo de la provincia algo despreciada de Galilea, hablando hasta el arameo con acento nortecoño (**Mt 26:73**), y seguramente manejando el griego defectuosamente.

Las categorías del Reino invierten los términos de la sociedad humana, siendo primeros los últimos y ensalzados quienes se humillan. Cornelio comprendió que la Palabra de Dios en la boca de Pedro se revestía de potencia infinitamente mayor que la de los decretos del César.

3. Explicaciones mutuas (Hch 10:26-33)

Pedro explica lo difícil que era para un judío ortodoxo entrar en relaciones personales, aparte de asuntos de negocio, con los gentiles: dificultad que estribaba mayormente en las leyes de alimentación, ya que cualquier comida en la casa del incircunciso podría ser “*abominación*” para el judío religioso, ansioso de no quebrantar las costumbres de su pueblo. Cornelio explicó la visitación angélica, terminando su relato con las palabras que ya hemos meditado: “*todos estamos aquí, en la presencia de Dios, para oír todo lo que el Señor te ha ordenado*”.

El discurso de Pedro (Hch 10:34-43)

1. Los gentiles oyen el “Kerugma”

El lector haría bien en volver a leer el resumen de los puntos principales de la proclamación apostólica que señalamos antes de comentar el discurso de Pedro en el Día de Pentecostés. Verá que los mismos temas se tratan cuando el apóstol proclama las Buenas Nuevas delante de gentiles, pero, como es natural, la referencia al testimonio profético es mucho más breve.

Muchos expositores han señalado que este breve resumen del mensaje de Pedro en Cesarea se parece a un bosquejo del Evangelio según Marcos, ya que principia (después del exordio) con el bautismo de Juan, subraya el bautismo del Siervo para su misión, pasando a las grandes obras que realizó, para llegar a su culminación con la entrega del Mesías a la muerte de Cruz. Se halla también el testimonio a la Resurrección y la gran comisión de predicar las Buenas Nuevas. Si, como se cree, el segundo Evangelio contiene las enseñanzas de Pedro sobre el ministerio del Señor, redactadas por la pluma de Marcos, este parecido es lo que podríamos esperar.

2. El preámbulo (Hch 10:34-35)

Antes de proclamar la Palabra de Cristo a un auditorio de gentiles, Pedro, “*abriendo su boca*” —expresión que se reserva para un anuncio de inusitada solemnidad—, da a conocer la verdad que acaba de aprender por medio de las experiencias del día anterior: a) que Dios se interesa en todos los hombres, sin manifestar parcialidad; b) puede aceptar, por lo tanto, a personas como Cornelio que le temen y se someten a la Palabra, obrando la justicia según la luz que su conciencia haya recibido. Es una aplicación de los principios de **(Ro 2:7-11)** que citamos en los primeros párrafos de esta lección.

3. La Palabra enviada a Israel (Hch 10:31-38)

La nueva luz que buscaba Cornelio hallaba su foco en la Persona y Obra de Jesús de Nazaret, del cual tendría alguna noticia, pero sin saber la importancia primordial de la intervención de Dios en los asuntos de los hombres en la Persona de su Hijo. La Palabra de las Buenas Nuevas se encarna en una Persona y la Obra que había llevado a cabo. Todas las frases de estos versículos merecen nuestro estudio, aunque la construcción es algo inconexa en el griego. a) Dios anunció la paz por medio de Jesucristo, ya que el rebelde podría ser reconciliado y convertido en hijo de Dios. No sólo eso, sino que podría hallar la paz de la conciencia y la tranquilidad en medio de la loca y cruel agitación de la vida. b) Jesús de Nazaret no era sólo una Voz de Dios, sino el “*Señor de todos*”; título que se hace eco de las enseñanzas de **(Jn 13:3)** **(Mt 11:27)**, pues Dios había entregado todos los asuntos de los hombres en las manos de su Hijo. c) La Palabra fue enviada en primer término a los hijos de Israel, extendiéndose desde Galilea hasta hacerse oír en todo Israel, que es lo que significa la “*tierra de los judíos*” aquí **(Hch 10:27,29)**. Pedro insiste en que el mensaje de la Resurrección había de ser proclamado también “*al pueblo*” **(Hch 10:42)**.

4. La Obra de Jesús de Nazaret (Hch 10:37-38)

La proclamación de la paz fue ilustrada y confirmada por medio de grandes obras de gracia y de poder. a) El ministerio fue precedido por el bautismo que Juan predicó al preparar el corazón de los humildes para la manifestación del Mesías. b) El Mesías fue revestido de la potencia del Espíritu Santo al iniciar su misión, que no sólo recuerda el descenso del Espíritu sobre Jesús al subir de las aguas del Jordán, sino también hace eco de las profecías de Isaías sobre el Mesías-Siervo, ungido para el cumplimiento de su

gran misión de salvación y de juicio (**Is 42:14**) (**Is 61:1-3**). c) Jesús anduvo de un lugar a otro siempre haciendo bienes, notándose especialmente que libraba a los oprimidos del diablo. Sus obras de gracia y de poder constituían sus credenciales, manifestando quién era y la naturaleza de la misión que había de realizar. Según el lenguaje del antiguo canto cristiano que Pablo reproduce en (**1 Ti 3:16**), aquel que fue manifestado en carne fue también justificado por el Espíritu, ya que tales obras evidenciaban que *“Dios era con él”*.

5. El testimonio apostólico (Hch 10:39)

Se destaca de nuevo el importante tema de los testigos apóstoles, quienes sólo podrían dar fe de la realidad de la Vida y la Obra de Cristo. Por esta declaración Cornelio pudo comprender por qué Pedro había de venir desde Jope para hablarle, ya que era portavoz de los Doce, el más destacado de los testigos que habían presenciado todas las cosas que hizo Jesús en la tierra de los judíos y en Jerusalén. Los mismos hombres se mencionan como testigos de la Resurrección en (**Hch 10:41**).

6. La muerte de Jesús en un madero (Hch 10:39)

La referencia a la Muerte de Jesús *“en un madero”* es brevísima, pero quizá no tenemos aquí más que una nota que Lucas recogiera de sus fuentes y que resumiera explicaciones más extensas sobre el misterio central de la Palabra que envió Dios a los hombres (**Hch 10:36**). a) Se nota la culpabilidad de los jefes del pueblo —*“a quien también mataron”*—, destacándose la escueta frase contra el fondo de la obra de quien sólo hacía bienes. b) *“Colgándole en un madero”* resume la vergüenza de este fin paradójico y trágico de una vida que manifestaba la presencia y el poder de Dios. Bien sabía el centurión romano todo el horror del proceso de crucifixión que se resumía en aquella frase técnica *“en madero”*, pero no comprendería aún el misterio que se desprende de la comparación de (**Dt 21:23**) con (**Ga 3:13**), ya que el *“colgado en madero”* se hallaba bajo la maldición de Dios a los ojos de los hebreos, siendo necesario precisamente que el Inocente llevara aquella maldición para conseguir la libertad de los infractores de la Ley, malditos a causa de su desobediencia. De las cinco veces que la frase se emplea en el Nuevo Testamento con referencia a la Cruz, tres corresponden a la palabra o a la pluma de Pedro (**Hch 5:30**) (**1 P 2:24**), y en este versículo (**Hch 10:39**). Pablo lo emplea en (**Hch 13:39**), y es el que saca el recóndito sentido de (**Dt 21:23**) por la cita de (**Ga 3:13**).

7. La Resurrección de Jesús y su manifestación a los testigos (Hch 10:40-41)

La referencia a la Resurrección es también muy breve en este resumen del discurso de Pedro, pero la misma brevedad de las frases yuxtapuestas que describen tanto la Muerte como la Resurrección del Señor enfatizan la revocación divina del fallo de los hombres en contra de Cristo: *“ellos le mataron, colgándole en un madero..., a éste levantó Dios al tercer día”*. El fallo no sólo fue revocado, sino trastrocado, ya que el Hombre colocado como reo en el madero por la iniquidad de los hombres fue levantado por la potencia de Dios, con énfasis sobre la intervención de DIOS. Momentos después Pedro declarará que el reo de los hombres es Juez de vivos y muertos por nombramiento divino (**Hch 10:42**).

Hemos visto ya que los Doce eran los *“testigos de la Resurrección”* por excelencia, ya que toda la Obra anterior del Cristo habría sido anulada sin el hecho comprobado de su Resurrección de entre los muertos. Los versículos 40 y 41 destacan la manifestación del Resucitado, no a todo el pueblo, sino a testigos que Dios había elegido de antemano para el cumplimiento de tan importante cometido. Sin duda su elección arranca de los designios eternos de Dios, confirmada por el nombramiento de los doce cuando el Maestro *“llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él; y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar...”* (**Mr 3:13-15**).

La realidad de la manifestación del Resucitado se subraya de una forma muy práctica aquí: *“nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos”*; no se trataba, pues, de una visión concedida en momentos de éxtasis, sino de un trato social reanudado a intervalos durante el período de cuarenta días y en muy variadas circunstancias. Es Lucas quien nota que el Señor resucitado pidió *“algo de comer”* con el fin de mostrar que no era meramente un espíritu, sino la misma Persona de antes de la Pasión, con cuerpo resucitado, pero real (**Lc 24:37-43**); por la frase de Pedro aquí podemos suponer que aquella ocasión no fue la única en que el Resucitado se dignó comer con los suyos (**Jn 21:9-13**). Lo importante para Cornelio y su compañía fue el testimonio de un testigo, autorizado por un mensaje celestial, que había presenciado todos los aspectos del ministerio de Cristo en la tierra, quien podía dar fe de la intervención redentora de Dios en la historia del mundo. No hay razones suficientes para que nadie hoy en día rechace el mismo testimonio que llega a nosotros por medio de la Palabra escrita.

8. La proclamación apostólica (Hch 10:42)

Este versículo hace eco de la gran comisión que dio el Señor a los suyos al fin de los cuarenta días de prueba y cuyas distintas facetas se hallan en (**Mt 28:18-20**) (**Mr 16:15-16**) (**Lc 24:46-59**) (**Jn 21:15-17**) (**Hch 1:8**). Los dos verbos que corresponden al mandato del Señor a los suyos deberían traducirse por *“proclamar al pueblo”* y *“dar solemne testimonio”* de que era aquel que Dios había constituido Juez de vivos y muertos. Acerca de la *“proclamación”*, no es necesario añadir nada a lo mucho que hemos expuesto anteriormente. Nos llama la atención, sin embargo, que habían de dar solemne testimonio del hecho de que Dios había nombrado al Crucificado como Juez de vivos y muertos, y recordamos que Pablo enfatizó el mismo hecho al fin de su discurso delante de los gentiles del Areópago: *“por cuanto ha establecido un día en que va a juzgar al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle resucitado de los muertos”* (**Hch 17:31**). En tales circunstancias habríamos esperado el ofrecimiento de la salvación primero, y la mención del día de juicio después, pero los dos apóstoles, en el proceso de inspiración, sienten la necesidad de declarar a los gentiles que Dios había fijado ya el clímax que había de dar fin a las vueltas del acaecer de la historia, llenas de los devaneos de los hombres, que no habían de durar para siempre. El día del juicio, en las manos del Resucitado, había de reafirmar la responsabilidad personal de todo hombre delante de su Dios. El tema del perdón se presenta después, dentro de esta perspectiva que apunta hacia el Trono de Juicio.

9. El testimonio profético incluye el perdón (Hch 10:43)

Muchos de los gentiles que escuchaban a Pedro serían *“temerosos de Dios”* y, por lo tanto, tendrían alguna idea de las promesas mesiánicas del Antiguo Testamento. No habría sido propio dar en detalle la interpretación de pasajes como el Salmo 16 o Isaías 53, pero sí vino bien la afirmación de que todos los profetas testificaron del Cristo de una forma o de otra, fuese por oráculo o por figuras. No dijo otra cosa el Maestro a los discípulos de Emaús cuando les declaró en todas las Escrituras las cosas referentes a sí mismo (**Lc 24:47**).

Nos extraña más que Pedro llegara al tema de la remisión de los pecados por el poder del Nombre de Cristo, a favor de todo creyente, a través de su mención del testimonio mesiánico de los profetas. Es posible que esta relación obedezca a las exigencias del resumen, pero también es posible que Pedro recordara pasajes del Antiguo Testamento —mesiánicos en su intención—, que ofrecían el perdón al arrepentido que buscara a Dios: *“Yo, yo soy el que borró tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados”*... *“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas... mas Jehová cargó en él*

el pecado de todos nosotros” (Is 43:25) (Is 53:6). De todos modos, tanto el testimonio profético como el del mismo Señor durante su ministerio terrenal y el de los apóstoles al proclamar las Buenas Nuevas de perdón, constituyen facetas de una sola Palabra de vida, encarnada en el Salvador y manifestada a través de todas las Sagradas Escrituras.

Pedro era apóstol del Nombre de Jesucristo, como hemos visto por los comentarios sobre los capítulos 3 a 5, y es natural que, en la casa de Cornelio, vuelva a presentar el Nombre revestido de toda su autoridad salvadora como medio para recibir la remisión de los pecados. Pedro quería que los oyentes comprendiesen que Cristo mismo estaba allí para bendecirles y salvarles por su Nombre y por su Palabra en la boca de tan autorizado testigo. A éste daban su testimonio los profetas de antaño, y a éste Pedro da su testimonio también, escondiéndose detrás de su Señor.

El descenso del Espíritu Santo sobre creyentes gentiles (Hch 10:44-48)

1. La recepción de la Palabra (Hch 10:44)

La extensión de la bendición del Día de Pentecostés no se hizo esperar, pues la compañía de gentiles, sumisa y preparada, recibió la Palabra que Pedro les presentó de tal forma que antes de terminar él su alocución, el Espíritu Santo cayó sobre todos aquellos que oían el mensaje, con señales evidentes de su presencia y poder. Desde luego la Palabra oída había sido recibida con obediencia y fe también, haciendo posible esta gran consumación de los acontecimientos de los cuatro días (Hch 11:17).

2. El don del Espíritu Santo (Hch 10:45-46)

El paralelismo con el Día de Pentecostés es exacto, pues el Don celestial cayó sobre corazones preparados sin la mediación de ningún acto externo, como la imposición de manos o el bautismo. Sólo operaba la Palabra presentada y la fe que la recibía. Los creyentes, llenos del Espíritu, hablaban lenguas y engrandecían a Dios, igual que los judíos del Aposento Alto (Hch 2:4,11), ante el gran asombro de los testigos que habían acompañado a Pedro desde Jope. Sin duda esperaban que los gentiles fieles habían de recibir alguna bendición, pero no les había pasado por la imaginación que *“también sobre los gentiles había de ser derramado el don del Espíritu Santo”*. Podemos notar de nuevo la yuxtaposición del don de lenguas y el impulso de engrandecer el Nombre de Dios que fue evidente en (Hch 2:4,11).

3. El derrumbamiento de la pared intermedia de separación

Los griegos que querían ver a Jesús en la víspera de su Pasión oyeron misteriosas palabras acerca del Grano de Trigo que había de morir antes de producir abundante cosecha. Nos gusta pensar que llegasen a comprender el significado de la figura en su propia experiencia como también el de la profunda declaración: *“Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Jn 12:23,24,31,32)*. El sentido se aclaró hermosamente en la casa de Cornelio, cuando el Señor, levantado primero en la Cruz, y siendo exaltado luego en su Resurrección y Ascensión, atrajo a sí mismo a romanos y griegos que hasta aquel momento habían sido extraños de Israel y extranjeros a los pactos de la promesa. Se cumplió en ellos primeramente la declaración de Pablo a los efesios: *“Pero ahora, en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz (Hch 10:36) que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz” (Ef 2:11-15)*.

4. El bautismo por agua (Hch 10:47-48)

Es del todo razonable considerar como normativas las experiencias de los fieles en el Día de Pentecostés y en la extensión del significado de tan glorioso día a los gentiles que recibieron la Palabra en Cesarea, ajustando los casos excepcionales de **(Hch 8:12-17)** y **(Hch 19:1-7)** a la norma, y no intentando basar doctrinas y prácticas sobre las excepciones. Aquí unas almas preparadas y deseosas de recibir más luz, escuchan el mensaje apostólico, entregado en el poder del Espíritu Santo por Pedro; no habiendo oposición alguna en sus almas, reciben la Palabra con fe y en el mismo momento el Espíritu les llena de su plenitud. Después de una clara manifestación de que poseen ya el Espíritu, Pedro pregunta: “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados éstos que han recibido al Espíritu Santo también como nosotros?”. El apóstol hace constar que la posesión del Espíritu da derecho al bautismo por agua, y no a la inversa. No había voz que se levantase contra tan obvia deducción de modo que los nuevos creyentes, llenos del Espíritu, fueron bautizados en el Nombre de Jesucristo. Así se mantiene intacto el significado del bautismo que Pablo subraya en **(Ro 6:1-5)**: el creyente murió al pecado en Cristo y halla la vida nueva por su unión de fe con Cristo resucitado. El sello del bautismo se coloca sobre la realidad de la unión del creyente con su Salvador y Señor, en todo el sentido de su Muerte y Resurrección.

El bautismo es “*en el Nombre de Jesucristo*” (“*en to onomati Iesou Christou*”), ya que los convertidos pasaron de una adhesión incompleta al judaísmo a la esfera donde regía el Nombre (la autoridad o el poder) de Jesucristo.

5. Los días de confirmación (Hch 10:48)

Cornelio y su compañía sentían la necesidad de ser edificados en la Palabra, de modo que rogaron al apóstol que quedara con ellos algunos días. Seguramente Pedro aprovecharía el intervalo para instruirles más exactamente sobre la Persona y el ministerio del Señor Jesucristo, juntamente con las explicaciones de rigor sobre las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento. Se estableció una iglesia en Cesarea que llegó a ser célebre durante los siglos posteriores, y por **(Hch 21:9-14)** sabemos que Felipe el Evangelista tenía allí su base, no faltando dones proféticos, hasta en las hijas de Felipe. Se nos presenta otro ejemplo de la necesidad, no sólo de la predicación del Evangelio, sino de la plenitud del Espíritu Santo y de la confirmación de los santos en la Palabra si las iglesias han de cumplir los elevados cometidos que Dios les ha asignado en la tierra.

Reacciones en Jerusalén (Hch 11:1-18)

I. Las discusiones con “los de la circuncisión” (Hch 11:11-3)

Sin duda Pedro esperaba que se suscitasen preguntas en Jerusalén sobre el paso inaudito que había dado en Cesarea, y se cuidó bien de llevar consigo a “*estos seis hermanos*” de Jope, como testigos imparciales, a su regreso a la capital del judaísmo **(Hch 11:12)**. Este incidente, colofón de la apertura de la puerta del Reino a los gentiles en Cesarea, es de importancia considerable, ya que inicia la gran lucha entre el nuevo concepto sobre la Iglesia que Dios iba revelando y las tendencias judaizantes de un sector de los creyentes judíos, que admitían que los gentiles podían ser salvos, pero sólo al pasar por la puerta de Israel al Reino. Pedro había roto el tabú por entrar en casa de hombres incircuncisos y comer con ellos y que así lo hubiera hecho el portavoz de los apóstoles causaba escándalo en la iglesia de Jerusalén. Podemos imaginar que hasta los demás apóstoles y ancianos quedaban perplejos frente al caso hasta oír la explicación de Pedro.

2. El informe de Pedro (Hch 11:4-11)

Notamos que Lucas, que sabe condensar años de trabajos en pocas palabras cuando así conviene a su propósito, comprende la necesidad de la reiteración de incidentes cruciales que jalonan el desarrollo del plan divino en Los Hechos. Así la conversión de Saulo se repite tres veces, y aquí Lucas detalla el informe exacto que Pedro presentó en Jerusalén sobre la guía del Señor que le había inducido, no sólo a entrar en la casa de un gentil, sino a bautizar a creyentes incircuncisos en el Nombre del Señor Jesucristo. Si bien lo pensamos, le era imposible explicar un cambio tan radical de norma y de método aparte de una narración detallada que hiciera a sus oyentes, los guías de la Iglesia en Jerusalén, seguir paso por paso el mismo camino de revelación y de comprensión que él había atravesado en Jope y en Cesarea.

El resumen es exacto, inteligente y persuasivo. Como ya hemos comentado los detalles, sólo resta que notemos que Pedro empezaba a hablar cuando el Espíritu Santo cayó sobre los convertidos gentiles (**Hch 11:15**), lo que indica que habría desarrollado mucho más la doctrina de su discurso sin la bendita interrupción de la manifestación del Espíritu. También es interesante el recuerdo de las palabras del Señor: *“Juan bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo”* (**Hch 11:16**) con (**Hch 1:5**); se deduce que Pedro consideraba que la experiencia de la compañía de la casa de Cornelio corría pareja con la de los ciento veinte en el Aposento Alto, lo que viene a confirmar el concepto del acontecimiento como una extensión del Día de Pentecostés.

3. La base de la decisión de Pedro (Hch 11:17)

Frente a sus colegas de Jerusalén, Pedro reitera la misma razón fundamental que le llevó a bautizar a los gentiles que había adelantado en la casa de Cornelio: *“Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios?”*. Sólo Dios puede conceder el don del Espíritu Santo, y lo hace a quienes se unen con Cristo por medio de una fe vital. Pedro había de ser obediente, presto a seguir el camino que iba señalando la luz divina, por extraño que pareciera a los hermanos judíos en aquellos momentos.

4. La comprensión de los guías en Jerusalén (Hch 11:18)

La narración de Pedro, apoyada por el testimonio de los seis hermanos de Jope, hizo callar a los objetantes, que no sólo admitieron el hecho, sino que glorificaron a Dios al ver que había dado a los gentiles *“arrepentimiento para vida”*. Eso no quiere decir que la admisión de los creyentes gentiles en la Iglesia cesaba de presentar sus problemas, sino que la obra de Dios, al abrirles la puerta de fe por medio de Pedro, se había reconocido por los guías espirituales de Jerusalén. Los procesos por medio de los cuales se van venciendo viejos prejuicios y arraigadas tradiciones son largos y complicados, y sobre todo si se hallan envueltos con el espíritu partidista que aprovecha verdades parciales al intentar establecer posiciones carnales. Los menos comprensivos llegaron a formar el bloque *“judaizante”*, que había de dar mucho que hacer al apóstol Pablo más tarde, pero podemos alabar al Señor por el hecho de que las doctrinas fundamentales de la justificación por la fe y la santificación por el Espíritu llegaron a adquirir mayor nitidez de expresión en las Epístolas a los Gálatas y a los Romanos precisamente porque fueron formuladas en medio de la lucha con *“los de la circuncisión”*.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre Cornelio como ejemplo de un gentil que, *“perseverando en el bien hacer, buscaba gloria y honra e inmortalidad”* (**Ro 2:7-11**).

2. Discurra sobre la preparación de Pedro, señalando todos los elementos que le indujeron por fin a bautizar creyentes incircuncisos en el Nombre de Jesucristo.
3. Se ha llamado la bendición de los gentiles en la casa de Cornelio "*una extensión del Día de Pentecostés*". Explique esta frase y justifique su empleo.

La fundación de la iglesia en Antioquía (Hechos 11:19-30)

Se establece una nueva base de operaciones misioneras

Esta sección será breve, ya que no se presenta en ella ninguno de los grandes acontecimientos, conocidos por todos, tales como la conversión de Saulo, la predicación de Pedro en la casa de Cornelio o la liberación de Pedro de la cárcel. Con todo, los pocos versículos que hemos de comentar son de gran importancia para la comprensión del plan literario de Lucas que refleja el gran designio del Señor de la mies que iba preparando a sus siervos y llevándoles hacia el cumplimiento de su obra universal. La fundación de la iglesia en Antioquía de Siria se enlaza con la amplia predicación del Evangelio en Israel que siguió el martirio de Esteban (**Hch 8:1-4**), pero los esparcidos salen ahora fuera de los límites de la tierra santa para testificar ante los judíos residentes en los países vecinos. Por fin, en Antioquía, el mensaje llega a los gentiles, fundándose una iglesia constituida por convertidos de ambas razas y que ha de servir como base para la extensión del Evangelio hacia el Occidente. Los distintos hilos del designio divino van entrelazándose aquí hasta hacer visible el diseño característico de la Iglesia y de la evangelización universal. Pronto Pablo, reconocido como apóstol a los gentiles, entrará por la puerta abierta por Pedro, utilizando como base la iglesia que se forma por el sencillo testimonio de los dispersos a raíz de los acontecimientos de antaño en Jerusalén, cuando Saulo era aún el jefe de la oposición al movimiento nazareno.

Nuestra porción enlaza el gran acontecimiento de Cesarea con la inauguración de los viajes misioneros al principio del capítulo 13, y cautiva la atención ver de qué modo el Espíritu Santo mueve los personajes, conocidos o anónimos, sobre el escenario que se prepara por las providencias de Dios; sobre todo debemos notar la libertad y el poder de sus operaciones dentro del buen orden que evita el peligro de un individualismo anárquico.

El principio del testimonio a los gentiles en Antioquía (Hch 11:19-21)

I. El testimonio de los esparcidos (Hch 11:19)

Habríamos agradecido a Lucas algunas notas sobre la cronología de estos importantes acontecimientos y movimientos. Por la manera —casi casual— en que hace referencia a la dispersión de los fieles en Jerusalén a la época de la persecución dirigida por Saulo, uno podría imaginar que se trataba de algo reciente cuando algunos llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía; de hecho, sin embargo, hemos de situar la conversión de Saulo sobre el año 33 (o 35), llegando aquí a las fechas del reinado de Herodes Agripa I, que no gobernó sobre todo Israel hasta el año 41. Si el viaje de Bernabé y de Saulo a Jerusalén llevando las contribuciones de los santos de Antioquía corresponde al año de la muerte de Herodes en 44, y los sucesos desde la primera predicación a los gentiles en aquella ciudad hasta entonces ocuparan, digamos, unos dos años, hemos de situar la fundación de la iglesia en 42, es decir, nueve o diez años después de la conversión de Pablo. Tengamos en cuenta, sin embargo, que algunos eruditos favorecen la fecha 35 o aún 36 para la conversión de Pablo, lo que acortaría este intervalo que parece demasiado largo. Con todo (**Hch 11:19**) señala necesariamente un período prolongado durante el

cual las olas que recibieron su primer impulso por medio de la persecución en Jerusalén, iban llegando poco a poco a las tierras que rodeaban Israel, incluyendo la isla de Chipre, con la que había comunicaciones fáciles.

Por varios años el testimonio se limitaba a los judíos, y es de suponer que los nazarenos permaneciesen en las sinagogas siempre que no fuesen echados de ellas. El marco general de este movimiento gradual de testimonio entre los israelitas, siempre más amplio, se señala por **(Hch 9:31)**, texto que comentamos en su lugar. Por entonces no había oposición organizada al mensaje, que no excluye reacciones desfavorables dentro de las colonias dispersas de los judíos.

2. La Palabra llega a los gentiles (Hch 11:20-21)

Es de suponer que los varones de Chipre y de Cirene (judíos helenistas) habían recibido noticias de la predicación de Pedro en la casa de Cornelio, con la formación de una iglesia de judíos y de gentiles en aquella ciudad, pues no es probable que evangelizaran a los incircuncisos sin ninguna autorización, siquiera indirecta. Las comunicaciones costeras, por tierra y mar, entre Cesarea y Antioquía eran fáciles y frecuentes, y lo que se dio a conocer públicamente en la iglesia de Jerusalén no había de callarse entre los judíos helenistas de la Dispersión. La nueva nota que resuena aquí, pues, no es que los gentiles pudiesen recibir la Palabra, sino la popularización de esta evangelización fuera de los límites de Israel. Los creyentes judíos podrían haber pensado que tal novedad requería aún la dirección clara de los apóstoles con el fin de obviar posibles peligros posteriores de confusión o de división. El hecho es, sin embargo, que el Espíritu Santo no hizo provisión para una solemne confirmación de la extensión de la obra comenzada en Cesarea, sino que impulsó a unos hermanos anónimos (en cuanto a esta historia) a “charlar” con sus conocidos griegos en Antioquía del gran hecho de la manifestación y la obra redentora de Jesucristo. El verbo griego “*laleo*” no excluye la debida solemnidad de la predicación del Evangelio, pero admite la conversación particular.

3. Antioquía, escenario del nuevo movimiento

La consideración de un mapa de la zona hará ver que Antioquía servía de puente entre el Oriente y el Occidente. Había sido fundada la ciudad en el año 300 a. C. por Antíoco Nicator, heredero de la región siríaca del imperio de Alejandro Magno, sirviéndole de capital para su reino. Era rival de Alejandría, capital de los reyes ptolomeos de Egipto, hasta su incorporación en el Imperio de Roma en el año 64 a. C., cuando fue hecha ciudad libre y capital de la provincia conjunta de Siria y de Cilicia. Por los tiempos que tratamos se consideraba como la tercera ciudad en importancia del Imperio, sobrepasada únicamente por Roma y Alejandría. Era una ciudad hermosa, alegre, culta, gran emporio comercial, punto de enlace entre las civilizaciones y sistemas cúlticos del Este y del Oeste. Por desgracia su notoriedad como ciudad inmoral igualaba su fama como centro de cultura y de comercio, hallándose a corta distancia de la ciudad el santuario de Dafne, donde los inmundos ritos de la diosa fenicia Astarte seguían celebrándose bajo la tutela de Afrodita y de Apolo. He aquí el lugar que escogió la providencia de Dios para el establecimiento de una iglesia donde se había de manifestar que la “pared intermedia” ya no separaba a los judíos y gentiles en la sagrada comunión de la Iglesia.

4. El mensaje que se anunció a los gentiles (Hch 11:20)

Los hermanos evangelistas predicaron a los gentiles “*al Señor Jesús*” o “*a Jesús como Señor*”. Es significativo que no anuncian a Jesús como el Mesías, cosa propia para los judíos, sino que subrayan el hecho de que Jesús, que había llevado a cabo una obra en Israel que le señalaba como el Enviado de Dios, era el Señor a quien tenían que someter sus vidas. Compárese notas sobre el mensaje de Pedro en la casa de Cornelio **(Hch**

10:36,42), y sobre las expresiones de Pablo en (Hch 17:30-31). Sin duda le anunciaban como Salvador también, pero de todas formas la breve indicación del mensaje típico de este movimiento nos hace ver que el Espíritu Santo enseñaba a sus siervos a adaptar sus métodos a las necesidades de los oyentes. ¡Cuánta paz y bendición no recibirían los creyentes de Antioquía al doblegar la rodilla ante el verdadero Señor de todos, después de su vana búsqueda de la verdad entre *“muchos dioses y muchos señores”* (1 Co 8:5)!. Hay indicios de que muchos gentiles reflexivos del primer siglo deseaban recibir una Palabra pura de parte de Dios, y tales manifestaciones de una extendida *“hambre y sed de justicia”* constituyeron una parte de la preparación providencial con miras a la proclamación universal del Evangelio.

5. La bendición sobre el mensaje (Hch 11:21)

“La mano del Señor era con ellos y un gran número de almas creyeron y se convirtieron al Señor”. El momento para la bendición de los gentiles había llegado, y la *“mano del Señor”*, —frase antropomórfica muy al estilo del Antiguo Testamento cuando se señala una manifestación especial del poder de Dios— obró eficazmente por medio de *“los hermanos evangelistas anónimos y compañía”*, de modo que *“un gran número”* se salvó al creer el mensaje y convertirse al Señor, dejando los inmundos *“dioses”* y *“señores”* del paganismo. Nos gustaría saber el número más exactamente, pero veremos abajo que la presencia de la comunidad cristiana produjo reacciones en la abigarrada sociedad antioqueña que indican el fuerte impacto de una comunidad considerable. Podemos pensar por lo menos en centenares de creyentes como fruto de esta espontánea campaña de evangelización, tan ricamente bendecida por el Señor.

La confirmación del testimonio a los gentiles en Antioquía (Hch 11:22-26)

I. La visita de Bernabé de parte de la iglesia de Jerusalén (Hch 11:22-24)

Las noticias de la evangelización *“popular”* de los gentiles de Antioquía llegaron a oídos de la iglesia jerosolimitana, y las reacciones de los hermanos de la iglesia más antigua son muy aleccionadoras. Podemos suponer que había allí varios apóstoles en el momento de considerar lo que convenía hacer frente a un movimiento que no estaba aún plenamente autorizado, pero quizá la palabra *“iglesia”*, se emplea con el fin de que el incidente no pierda su carácter ejemplar para la orientación de todas las iglesias a través de todos los tiempos en cuanto a sus mutuas relaciones. Por una parte la iglesia tenía el deber de preocuparse frente a un movimiento que podría ser el resultado de la guía del Espíritu, o podría no pasar del atrevimiento de hermanos entusiastas y mal aconsejados. Su condición de *“iglesia madre”* no le concedía autoridad alguna para llegar a una determinación sin mayor evidencia sobre el carácter del suceso, ya que todas las congregaciones habían de someterse al señorío de la Cabeza de la Iglesia y la guía del Espíritu Santo. Pero tampoco pudo *“lavarse las manos”* frente a manifestaciones que podrían afectar todo el futuro del testimonio de Cristo y las condiciones de la comunión entre las iglesias. La decisión fue excelente y ejemplar: enviaron a Bernabé, hombre de probado valor y de gran discernimiento, para que se formase un criterio propio sobre el terreno y que informara a la iglesia en Jerusalén según lo que viera y oyera. De hecho suponemos que luego informara sobre el caso a quienes le enviaron, pero Lucas no da importancia al aspecto protocolario de la visita, sino que se limita a describir el desarrollo de la obra del Espíritu Santo, considerando la llegada de Bernabé como un hito más que va marcando el camino a seguir.

2. El carácter y la obra de Bernabé (Hch 11:23-24)

Bernabé aparece por tercera vez en escena, habiéndose destacado en los primeros días de la iglesia-comunidad de Jerusalén (**Hch 4:36-37**) y de nuevo cuando introdujo a Saulo, ya convertido, al círculo apostólico de Jerusalén (**Hch 9:27**). El generoso “*hijo de consolación*” era “*varón bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe*”: muy apto por tanto para discernir la realidad y el poder de las operaciones del Espíritu en relación con este nuevo testimonio entre los gentiles. Su corazón rebotó de gozo al ver las evidencias de la gracia de Dios, e inició un ministerio de exhortación y de confirmación de los creyentes en su fe. El tema principal de su exhortación puede traducirse literalmente como sigue: “*que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor*”. El propósito era bueno, y el principio había sido excelente, pero necesitaban seguir adelante. Las exhortaciones de Bernabé cayeron en terreno abonado y resultaron en aún mayor bendición, “*agregándose una gran multitud al Señor*”.

3. Bernabé busca a Saulo como colaborador en la obra de enseñanza (Hch 11:25-26)

Bernabé sabía gozarse en la obra de los hermanos anónimos —gracia no muy común en nuestros días de flaqueza espiritual— y también reconocía sus propias limitaciones frente a la tremenda oportunidad que se presentaba en Antioquía. Sin duda percibía por el Espíritu que la obra, a pesar de ser tan floreciente, no era más que un paso hacia la evangelización universal de las naciones y, conociendo a Saulo íntimamente, tenía que saber que el Señor, por boca de Ananías de Damasco, le había comisionado para una labor especial entre los gentiles. He aquí el colaborador que necesitaba: mayormente en el lugar que prometía convertirse en la puerta abierta que diera entrada a vastas regiones gentilicias.

4. Los años escondidos de Saulo (Hch 11:25)

El verbo “*anazeteo*” que se emplea para la búsqueda de Saulo implica que Bernabé tenía que esforzarse por dar con su amigo. Notamos anteriormente que habían pasado años desde la conversión de Saulo y su ida a Tarso (**Hch 9:30**), y es natural que sintamos curiosidad por saber lo que hiciera el apóstol a los gentiles, ya comisionado por el Señor, durante aquel periodo que no ha dejado huella en la historia de Lucas. Es de suponer que el intento de reunirse con su familia después de “*hacerse nazareno*”, en tan marcada contradicción con su carrera anterior, suscitara serios conflictos familiares durante los cuales lo “*perdió todo*” en sentido material según su indicación autobiográfica en (**Fil 3:8**). Hay referencias a numerosos sufrimientos en (**2 Co 11:23-27**), y todos ellos no pueden colocarse fácilmente dentro del marco de la historia posterior de Pablo, siendo posible que padeciera algunos durante los “*años escondidos*”. No es probable que predicase a los gentiles antes de que la puerta fuese abierta a ellos por Pedro en Cesarea, pues tocaba al Espíritu Santo ir señalando las etapas; aun cuando Saulo sabía perfectamente que el Evangelio había de declararse por su boca a los incircuncisos, no había de anticiparse al programa divino. Sin duda anunciaba el Evangelio, pues siempre sentía tal carga —“*¡Ay de mí si no predicare el Evangelio!*”— pero muchas sinagogas había en Cilicia y es de suponer que seguiría el mismo método que adoptó en Damasco y en Jerusalén. Si antes de la visita de Bernabé llegara a saber que la puerta se había abierto a los gentiles, es posible que emprendiese una labor entre ellos antes de la importante fecha que nos ocupa en este lugar; pero eso no pasa de ser una suposición.

Sin duda los “*años escondidos*” constituían un periodo preparatorio, como los años de Moisés en el desierto, y quizá recibiera entonces muchas de las sublimes revelaciones que menciona en (**2 Co 12:1-7**).

5. Las enseñanzas de Antioquía (Hch 11:26)

Pablo era apóstol y maestro de los gentiles (**2 Ti 1:11**) (**Col 1:25-29**) (**Ef 3:2-10**), de modo que empezaba a ejercer en Antioquía el don que le correspondía exactamente tanto por la comisión recibida del Señor de la Iglesia como por la gracia especial del Espíritu Santo, compartiendo con Bernabé la labor de enseñar a mucha gente durante todo un año. Bernabé comprendió que a la exhortación tenía que añadirse un ministerio ordenado de la Palabra si la gran iglesia en Antioquía había de ser confirmada en la fe, y su propósito se realizó plenamente a través de su colaboración con el maestro especialmente señalado por Dios para tal labor. Después del intervalo que supone la breve visita a Jerusalén, hallamos a los dos, reunidos con otros siervos de Dios, funcionando como “*profetas y maestros*”, ministrando al Señor con ayunos, llegando a ser aquella reunión de varones espirituales el centro receptor que pudo captar las órdenes de parte de Dios que habían de poner en marcha las campañas para la evangelización de los gentiles (**Hch 13:1-4**). Si iglesias locales han de ser bases para la amplia extensión del Evangelio y escuelas de sana doctrina, no basta que les anime un buen espíritu de evangelización, ni siquiera que los hermanos sean capaces para exhortarse mutuamente. Se requiere la enseñanza ordenada de la Palabra, con la preparación de maestros que sepan exponer exacta y abundantemente los tesoros de las Sagradas Escrituras.

6. El nombre de “Cristianos” (Hch 11:26)

Los antioqueños de entonces tenían facilidad para aplicar apodos aptos y graciosos a la gente, de modo que no es de extrañar que fuesen ellos quienes primeramente llamasen “*cristianos*” a los creyentes. Dentro del círculo de la Fe, hasta aquella fecha y después, se designaban éstos por los nombres de “*discípulos*”, “*santos*” o “*fieles*”. El populacho tenía que darse cuenta de la presencia entre ellos de una nueva comunidad de personas, entusiasta y activa, en la que siempre se hablaba de Cristo. Pues serán hombres de Cristo —comentaban— y les llamaremos “*cristianos*”. Notemos que el honrado nombre de “*cristiano*” tuvo su origen fuera de la Iglesia y de hecho siempre se emplea en el Nuevo Testamento desde el punto de vista de los extraños (**Hch 26:28**) (**1 P 4:16**). Se halla en los escritos de Josefo, Plinio, Tácito y Suetonio, con una confusión —quizás intencionada— con “*chrestiano*”, de “*Chreston*” (“*útil*”), nombre que se daba con frecuencia a los esclavos. Las referencias extra-bíblicas son despectivas frente a una comunidad caracterizada por costumbres extrañas y de origen vergonzoso, ya que su Fundador murió crucificado, pero con el paso del tiempo ser “*cristiano*”, “*hombre de Cristo*”, llegó a revestirse de mayor honra que la codiciada categoría de ser ciudadano del Imperio de Roma.

La visita de Bernabé y Saulo a Jerusalén (Hch 11:27-30) (Hch 12:25)

I. La visita de los profetas (Hch 11:27)

Hacia el fin del año de enseñanza —una época que podemos suponer de mucha bendición para todos los fieles de la gran iglesia y de preparación frente a los trabajos especiales del porvenir— algunos profetas descendieron de Jerusalén a Antioquía. Recordemos que en aquel tiempo los profetas hablaban mayormente por inspiración directa del Espíritu Santo, a los efectos de la edificación y dirección de las iglesias, toda vez que el canon del Nuevo Testamento —que había de cuajar la esencia de la enseñanza apostólica— no estaba completo, ni siquiera se había empezado a redactar en la forma en que ha llegado a nosotros. Pablo recalca el aspecto de edificación de las profecías en (**1 Co 14:1-25**), pero no se excluía la predicción de acontecimientos futuros

cuando tal guía se necesitaba por las iglesias. El movimiento de ciertos profetas de sitio en sitio persistía aún en la fecha de la redacción del escrito llamado el “*Didache*” a principios del siglo segundo, cuyo autor recomienda varias pruebas para distinguir entre los falsos y los verdaderos; con todo, la revelación extática se hacía cada vez menos frecuente y útil cuando los siervos de Dios podían hablar o ministrar según la facultad que Dios les daba, conforme a los oráculos (la Palabra) de Dios, basando sus mensajes sobre la revelación escrita de todas las Sagradas Escrituras del Antiguo y del Nuevo Pacto (**1 Co 13:8**) (**1 P 4:11**) (**Jud 1:3**).

2. La profecía de Agabo (Hch 11:28)

En medio de una sesión solemne de la iglesia, uno de los visitantes de Jerusalén, un profeta bien conocido, llamado Agabo (**Hch 21:10-11**), se levantó y por medio de un mensaje profético anunció que había de caer una gran hambre sobre todo el mundo. Lucas nota que se cumplió la profecía en los tiempos de Claudio César, quien asumió la púrpura en el año 41 d. C. Ha habido bastante discusión sobre el cumplimiento de esta profecía y la frase “*por todo el mundo habitado*” (“*oikoumene*” = Imperio Romano aquí). Lo cierto es que el reinado de Claudio fue notable por varias hambres desastrosas, más o menos extensas, que en su totalidad habrán afectado prácticamente a todo el Imperio, lo que señala el cumplimiento general de la profecía, que fue pronunciada con finalidades prácticas. La efemérides se nota aquí, no tanto por la importancia que tuviera en sí, sino porque dio lugar a que se forjara otro eslabón en la cadena de acontecimientos que propagara el Evangelio a través de aquel mismo “*oikoumene*”, que había de padecer tanta necesidad física.

3. La misión que Bernabé y Saulo realizaron en Jerusalén (Hch 11:29-30)

Los insignes enseñadores de la iglesia en Antioquía habrían subrayado frente a la congregación el hecho de la unidad espiritual de toda la Iglesia, aunque no hemos de suponer que Pablo estuviese en posesión entonces de toda la doctrina que luego habría de exponer en la Epístola a los Efesios. Es evidente que los cristianos antioqueños se sentían unidos con sus hermanos en Jerusalén: lugar desde donde había procedido la bendita Luz que inundaba sus almas, y sin duda Pablo veía la manera de aprovechar las necesidades de los santos en Jerusalén para reforzar los lazos entre los cristianos judíos —los más de ellos aún apegados a las costumbres de sus padres— y los creyentes gentiles que entraban libremente por aquella época en el rebaño de Cristo sin pasar por el sistema judaico. Comprendería bien las posibilidades de penosas tensiones futuras que quería obviar en la medida de lo posible; hasta el fin se “*acordaba de los pobres*” de Judea, tanto por la deuda del amor cristiano como por hallar en ello el medio de manifestar la unidad de la Iglesia toda.

De paso notamos que (**Hch 11:29**) encierra lecciones de valor permanente en cuanto a la comunión de los creyentes entre sí. Todos habían de comprender que si un miembro padecía, todo el Cuerpo padecía conjuntamente, disponiéndose a prestar la ayuda posible a los necesitados; así, los discípulos de Antioquía determinaron enviar socorro a Jerusalén, donde se suponía que la carestía había de producir efectos más desastrosos que en Antioquía, que disponía de variados recursos gracias a su enlace con múltiples regiones. Anticiparon la necesidad futura, no esperando hasta que los hermanos jerosolimitanos pasaran hambre antes de socorrerles. No sólo eso, sino que cada uno daba según la prosperidad material que el Señor le había concedido. Cada uno, pues, se ejercía delante de Dios, y cada uno aportaba de lo suyo según el Señor le había prosperado, según los grandes principios que Pablo había de poner de relieve en una ocasión futura cuando animó a los hermanos gentiles a enviar alivio a Jerusalén; todo nos

provee de un hermoso ejemplo que orienta a los santos en cuanto a su comunión práctica con sus hermanos en todo tiempo **(1 Co 16: 1-4) (2 Co 8-9)**.

Los embajadores principales que habían de llevar la ayuda a Jerusalén eran Bernabé y Saulo, tanto por lo que representaban en la iglesia de Antioquía como por la conveniencia de que mantuviesen frecuentes contactos con la iglesia en Jerusalén y con los apóstoles que allí se encontraron. Sir William Ramsay piensa que esta visita aquí coincide con la que detalla Pablo en **(Ga 2:1-10)**, cuando Pablo *“expuso delante de ellos el Evangelio que predicaba entre los gentiles”*, hablando especialmente con Santiago, Pedro y Juan, quienes no obligaron al gentil Tito a que fuese circuncidado y reconocieron la *“gracia”* que Dios había concedido a Pablo en su apostolado a los gentiles. Para quien escribe, y a pesar de la gran autoridad de Ramsay, rubricada modernamente por escriturarios de la categoría de F. F. Bruce, el tiempo de la visita aquí, que se presenta como una misión de comunión fraternal, no puede corresponder a Gálatas 2 por cuanto los acontecimientos aún no se habían madurado hasta tal punto; leemos de *“Bernabé y Saulo”*, dándose la precedencia al primero, sin que el apostolado gentilicio de Pablo fuese demostrado claramente hasta bien adelantado el primer viaje **(Hch 13:13)**. Además esta visita coincide con la persecución herodiana siendo suficientemente precisa la nota cronológica de **(Hch 12:1)** *“en aquel mismo tiempo”* (*“kat ekeinon ton kairon”*), como también la referencia a su retorno inmediatamente después de la historia de la liberación milagrosa de Pedro. Tal fecha (44 d. C.) no conviene a la teoría de Ramsay, ya que la referencia cronológica sobre la visita de **(Ga 2:1)** (*“después de catorce años”*) exige una fecha más tardía para la decisiva consulta con los apóstoles, teniendo en cuenta que el año 33 (ó 35) es la fecha de la conversión que, al añadir los catorce años del intervalo que Pablo menciona, nos lleva al año 47 (49) aproximadamente, y no a la fecha 44 d. C., que es la de la muerte de Herodes. Por argumentos que se basan sobre interpolaciones en el texto, y otras presuposiciones bastante endebles, Ramsay atrasa la fecha de la visita de socorro hasta el año 46, suponiendo, además, que Bernabé y Saulo administraban ellos mismos la ayuda de Antioquía en la forma de alimento, y eso por un período prolongado. Nada de eso se deduce de la lectura sencilla del texto que tenemos delante, puesto que la ayuda se envió *“a los ancianos por mano de Bernabé y Saulo”*, que indica, como es natural, que los ancianos actuaron como administradores en su propia comunidad —¿podemos imaginar los problemas si la administración diaria se hubiese hecho por extraños!—, a quienes Bernabé y Saulo entregaron, no el alimento mismo, sino el dinero. Nos parece bastante superficial alegar que el dinero no sería útil en Jerusalén, y lo que se necesitaba era algo que comer, porque el sentido claro del pasaje es que los antioqueños anticipaban la necesidad futura, y de todas formas los judíos siempre han sido peritos en la esfera bancaria y económica, de modo que, disponiendo de dinero, no les faltaría medios para hacerse con trigo donde quiera que se vendiera.

El texto, pues, no indica más que una visita breve, a los efectos de una obra de amor fraternal, despachándose el asunto con los ancianos de la iglesia. Los contactos con la iglesia y con cualquier apóstol que estuviera allí serían interesantes sin duda, pero la visita coincide con la persecución herodiana, que fue dirigida particularmente contra los apóstoles, siendo decapitado Jacobo Boanerges y encarcelado Pedro, para esconderse después en un lugar desconocido; tal período de peligro y de crisis no parece ser la ocasión propicia para las amplias discusiones con Jacobo, Pedro y Juan que se describen en el capítulo 2 de Gálatas. Y sobre todo reiteramos que el tema del apostolado de Pablo a los gentiles no había *“madurado”* aún hasta el punto de necesitar las aclaraciones asociadas con la visita y las *“diestras de compañía”* que se dieron a Bernabé y a Pablo en cuanto a su conocida labor entre los gentiles: asuntos que, a nuestro ver, habían de tratarse necesariamente en fecha posterior al primer viaje misionero. ¿Cómo pudo ser

anterior todo aquello al mandato del Espíritu en **(Hch 13:1-4)** que señaló el principio de una nueva época?

El único resultado de la visita que nota Lucas que tuviera relación directa con la futura obra sistemática entre los gentiles es la adhesión a los misioneros de Juan Marcos, primo de Bernabé; decisión que tuvo su resonancia después, pero sobre un plano inferior al de la colaboración apostólica **(Hch 12:25)**.

Nota final. Más importante que las dudosas cuestiones de la cronología de esta época es la maravillosa manifestación de la libertad y el poder de las operaciones del Espíritu Santo en la fundación de la iglesia en Antioquía, dentro del marco de las providencias de Dios que, después de aparentes demoras, coordina tanto las circunstancias como los movimientos de los siervos escogidos y debidamente preparados, como espiritual “trampolín” para la inauguración de la etapa final del gran plan de **(Hch 1:8)**; la evangelización sistemática de los gentiles y el desarrollo de la Iglesia en su forma típica y permanente. El capítulo 12, lleno de interés dramático como revelación del poder del testimonio de Pedro, se reviste de un carácter parentético en cuanto a este plan total, que vuelve a tratarse en el momento eje del mandato del Espíritu que hallamos en **(Hch 13:1-4)**.

Temas para meditar y recapacitar

1. Describa con detalle las circunstancias de la formación de la iglesia en Antioquía en Siria, señalando su importancia en relación con el plan total del libro de Los Hechos.
2. ¿Por qué subieron Bernabé y Saulo a Jerusalén sobre el año 44 d. C.? Del incidente total, sáquense lecciones sobre: a) la unidad de la Iglesia y la comunión práctica de los santos; b) el ministerio profético en los tiempos apostólicos.

La liberación de Pedro y la muerte de Herodes (Hechos 12:1-25)

Consideraciones generales

En la Introducción notamos el paralelismo que subraya Lucas entre el testimonio y la obra de los apóstoles Pedro y Pablo. Guiado por el Espíritu Santo, el autor de Los Hechos da fin a los “Hechos de Pedro” por una narración de gran interés en sí, y que, además, señala el fin de las dos primeras etapas de la comisión y el plan de **(Hch 1:8)**. Jerusalén había sido amplia y poderosamente evangelizada, con el resultado de que allí se había formado una gran iglesia que no sólo constituyó el fruto de los trabajos apostólicos de Pedro y de los apóstoles en general, sino que llegó a ser la base para la evangelización de todo Israel, gracias al testimonio de los dispersos a causa de la persecución, sin olvidar la obra de confirmación que realizó Pedro (y otros por lo que podemos suponer) de la cual se nos presenta un ejemplo en **(Hch 9:31-43)**. No sólo eso, sino que la obra de Pedro, operando desde la sede de Jerusalén, sirvió para abrir la puerta de salvación a los gentiles **(Hch 10)**. Además el extendido testimonio de los dispersos, según el pasaje que meditamos en la sección anterior, dio lugar a la evangelización “en masa” de gentiles en la gran ciudad de Antioquía en Siria.

La actitud de las multitudes jerosolimitanas se echó de ver claramente en la ocasión del martirio de Esteban, pero es posible que los apóstoles, gracias a sus muchas obras de sanidad, conservasen cierta aureola de popularidad. El breve reinado de Herodes Agripa I, marca el fin de este resto del favor popular, ya que su ataque, que va dirigido contra los líderes de la Iglesia, es del agrado de los judíos.

Se ha hecho ver que todos los sectores de Israel llegaron a rechazar al Señor resucitado tan decididamente como habían repudiado a Jesucristo durante su ministerio en Israel. Primeramente los saduceos, secta de los de la casta sacerdotal, se opusieron a los discípulos y querían dar muerte a los apóstoles. Gamaliel, él “rabán” fariseo, retuvo su mano, pero el período del testimonio de Esteban marca la reacción contraria de la secta farisaica, la de *“las tradiciones de los padres”*, que vieron amenazadas por las enseñanzas de Esteban. Su joven líder, Saulo, encabezó la persecución general que afligió y dispersó buena parte de la congregación de Jerusalén, pero que inició la evangelización de la totalidad de Israel. Quedaron los herodianos, el partido —no podemos aplicar la designación de “secta” a una minoría tan secularizada y política— que aceptaba el dominio de Roma de buen grado con tal de salvaguardar los restos de una autonomía nacional y que admitía la creciente helenización de la Tierra Santa. En la persona de su jefe, el nieto de Herodes “el grande”, asumen el liderato de la oposición a los nazarenos y con mayor habilidad política que los enemigos anteriores, quieren desvirtuar el movimiento por aniquilar sus guías. De modo harto literal Herodes quería “decapitar” la secta nazarena, ignorando que su Cabeza se hallaba a la Diestra de Dios, desde donde había de suscitar todos los dones que necesitaran los suyos en la tierra. Aún habrá testimonio al Nombre de Cristo en las casas de Jerusalén y seguirán viviendo allí muchos seguidores de Jesús el Mesías, *“celosos de la Ley”*, pero la porción que estudiamos marca el fin de una época y de nuevo los habitantes de Jerusalén han alzado su voz diciendo: *“Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos”*. Los días del cumplimiento de su trágica e impía obsecración se acercan a pasos agigantados.

La historia es conocidísima por su valor didáctico y ejemplar, observando R. B. Rackham: “La historia también sirvió de lección para la Iglesia por ilustrar la potencia de la oración, por ser una parábola de esperanza frente a obstáculos aparentemente insuperables y por constituir un tipo de la resurrección. En último término, el colofón, que narra el juicio sobre Herodes, destaca un caso ejemplar de la retribución divina. Además del obvio paralelismo con el proceso de Jesús ante el tribunal de Herodes Antipas, los detalles y giros lingüísticos nos recuerdan la historia del fracaso de Pedro, tanto en Getsemaní como en la casa del sumo pontífice. Así Pedro como Pablo, recoge lo que sembró y la manera de su liberación debe compararse con la de Pablo y Silas en Filipos”.

En cuanto al tema de la retribución, podemos notar que el triunfo del humilde siervo de Dios, que descuella en dramático contraste con el desastroso fin del tirano, perseguidor de la Iglesia, anticipa el mensaje total del libro del Apocalipsis que describe el fin de toda rebelión y la prosperidad y bendición eternas de los fieles.

El rey perseguidor (Hch 12:1-5)

Herodes Agripa I, era hijo de Aristóbulo, hijo a su vez de Herodes, fundador de la dinastía herodiana, por su esposa Mariamne, princesa de la familia asmonea (descendientes de los Macabeos, que asumieron el poder real). Por lo menos, sangre israelita corría en sus venas a pesar de ser idumea la familia herodiana, lo que le ayudaba a granjearse el favor de los judíos. Su abuelo había ordenado la ejecución de su padre cuando era niño, en consecuencia de lo cual su madre le envió a Roma para su debida protección. Se crió entre la familia imperial, llegando a ser muy amigo de Gaio, el futuro emperador Calígula. Su vida fue disoluta y aventurera, pero era “listo” y cuando su amigo Calígula asumió la púrpura, le fueron entregadas las provincias del Norte de Israel con título de rey. Estando en Roma cuando murió su protector, persuadió al Senado a elegir a Claudio, quien agradecido, le entregó todos los dominios de su abuelo, empezando su reinado sobre todo Israel en el año 41 d. C. Se declaraba amigo de los romanos, pero sea por inclinación o por astucia, sabía hacer valer su condición de judío de religión y nieto de Manamne, esforzándose con más éxito que su abuelo por congraciarse con los judíos. Observando que tanto los jefes del judaísmo como el populacho se habían vuelto contra los nazarenos, vio la posibilidad de agradarles con medidas persecutorias que nada le costaban. Josefo nos dice que no era sanguinario ni cruel por naturaleza, pero, desprovisto de toda conciencia y lleno de orgullo y de ambición, no dejaba de emplear los medios violentos normales en su siglo para adelantar sus planes. Empezaba, pues, a “echar la mano”, para afligir a “algunos de la iglesia”, que, aparentemente, equivale a los líderes de la misma.

Clemente de Alejandría conserva una tradición que habla de una denuncia de Jacobo “Boanerges”, parecida a la que se lanzó contra Esteban, pero Herodes la trató como una acusación política y obrando en consecuencia, él mismo le condenó y sentenció a que fuese decapitado como reo de Estado. La aprobación de los judíos le animó a buscar el más destacado de los apóstoles, creyendo que así podría enervar el misterioso movimiento nazareno.

El Señor y sus siervos (Hch 12:1-4)

I. La muerte de Jacobo y la liberación de Pedro

Nada sabemos del detalle de la obra de Jacobo, hermano de Juan, pero el hecho mismo de que Herodes procediese en primer término contra él, nos hace pensar que había

llevado a cabo una labor de adalid, conocida entre el pueblo y notada por los jefes del judaísmo. Inducido a ello por su madre, y en compañía de su hermano, había solicitado un puesto principal en el Reino (**Mr 10:35-45**). No sabía lo que pedía, pero juntamente con los Doce, aprendió más tarde que el Reino se fundaba sobre la Cruz y la Resurrección del Rey; él mismo se avergonzaría de su ambición carnal, pero mantuvo firme la declaración que hizo en aquella ocasión de que podía compartir el vaso y el bautismo de su Señor, resultando ser el primero de los apóstoles que sellara su testimonio con su sangre.

Nos sorprende el contraste entre los casos de Jacobo y de Pedro, puesto que el Maestro permitió que el tirano terminase súbitamente el servicio del primero en la tierra, mientras que envió a un ángel para librar a Pedro de una suerte parecida. El misterio mismo es la lección que hemos de aprender, ya que nada sabemos de los designios de Dios en cuanto a sus siervos e ignoramos por completo las razones celestiales que determinan el por qué uno pueda glorificarle mejor por el martirio y otro por medio de una prolongación de su servicio en este mundo. Nos basta saber que el Maestro, todo sabio y omnipotente, dispone soberanamente de las vidas y del servicio de los *“comprados por sangre”* y nuestra sabiduría consiste en dejar los planes en su mano al par que nos ponemos en reserva a su disposición. Estamos seguros de que la sangre de Jacobo llevaría fruto para el adelanto del Reino de Dios del mismo modo que el continuado ministerio de Pedro fue de bendición para multitudes. Todo ha de contemplarse dentro de la perspectiva eterna.

La brevísima referencia al martirio de Jacobo por la pluma del escritor inspirado se halla en vivo contraste con las detalladas martiriologías que empezaron a estar de moda durante el siglo segundo, y que abrían la puerta al error de que la muerte de un mártir encerraba méritos que podían beneficiar, no sólo a aquel que entregaba su vida, sino a otras almas también. La actitud de los apóstoles era completamente distinta, y se ajusta a las expresiones tan espirituales y naturales de Pablo en (**Fil 1:20-25**) (**2 P 1:4**).

La intercesión de la iglesia (Hch 12:5,12)

Antes de considerar las experiencias de Pedro en la cárcel debemos notar otro factor que destaca Lucas en su narración. No sólo hemos de fijarnos en un ambicioso tirano que se sienta sobre el trono usurpado de David, dispuesto a aprovecharse de los siervos de Dios como peones en su complicado juego político; ni sólo debemos notar con agrado la entrega total de éstos a la voluntad de su Dueño, sino que deberíamos considerar también a la Iglesia, la congregación de fieles, que se sentía íntimamente enlazada con Pedro, su enseñador y guía por una parte, y con su Señor a la Diestra de Dios, por otra. No podían valerse de ninguna intriga o influencia que moviera el corazón de Herodes, pero sí podían y querían exponer todo su afán, con todos sus deseos, delante del Trono de Dios en el Nombre de Jesucristo. Su oración, al reunirse en la casa de María, era *“ferviente”*, significando el vocablo griego algo que *“se extiende con fuerza”*, que denota la intensidad del movimiento suplicatorio hacia Dios. La intercesión de los santos nos recuerda que el principal Actor en este drama no era Herodes, ni el sumo sacerdote, ni Pedro, ni apóstol alguno, sino el Omnipotente, que nunca abandona en último término su gobierno de los reinos del mundo, aun cuando éstos actúan por el impulso inmediato de Satanás.

Muy superficialmente algunos comentaristas han acusado a los hermanos de poca fe en sus oraciones, ya que se sorprendieron cuando Rode anunció la presencia de Pedro delante del postigo. Creemos que la iglesia de Jerusalén, compuesta por hermanos que habían contemplado maravillas sin cuenta, mostrándose fuertes en medio de los fuegos de la persecución, y quienes, según (**Hch 12:5**), dirigían sus súplicas a Dios con toda

intensidad espiritual, era iglesia de fe por excelencia. Habían orado por Jacobo, y sabían que la muerte suya había sido un bendito traslado a la presencia de su Señor. Oraban por Pedro, seguros de que Dios había de ser glorificado por medio de su siervo, fuese por vida o por muerte, pero no podían saber la manera en que Dios había de obrar, y siendo hombres y mujeres normales, se sorprendieron al hallar al preso, guardado celosamente por todos los recursos de un poderoso monarca, delante de la puerta de la casa de María. ¡Que Dios nos dé la fe de los hermanos de Jerusalén, que sabían que el trance de la muerte no tenía mayor importancia en sí, anhelando que Dios fuese glorificado o por la partida o por la permanencia de sus siervos!

Pedro en la cárcel (Hch 12:5-6)

Herodes no quería correr riesgo alguno en cuanto a su célebre preso, considerado como adalid de los nazarenos, de modo que tomó todas las precauciones posibles para evitar cualquier huida. Tendría muy presente que, a pesar de que los nazarenos no se organizaban militarmente, ni aprovechaban los medios normales de la política y la intriga, se hallaban miembros de la “secta” en todas partes, en distintos medios sociales, mostrando siempre un valor indomable cuando se trataba de su Fe. Le era necesario, pues, proveer contra toda eventualidad, y la posibilidad de que tuvieran adeptos o amigos aun dentro de las fortalezas del Estado.

Quizá Herodes escogería la Torre de Antonia como prisión para Pedro por considerarse como inexpugnable, bien que algunos escriturarios hacen notar que había también otra cárcel real dentro del casco de Jerusalén. Pedro fue guardado en una celda interior, confiándose su custodia a cuatro cuaterniones de soldados, que quiere decir que cuatro soldados le vigilaban en cada una de las cuatro velas (tres horas) de la noche. De estos cuatro dos estarían dentro de la celda con él, echado uno a cada lado del preso, y éste en medio. Las cadenas, según la costumbre romana, unirían la muñeca derecha de Pedro a la del soldado a su derecha, y la muñeca izquierda a la del guardián a la izquierda. No había grillos en sus pies. Los otros dos soldados se estacionaban fuera de la celda, delante de la puerta interior. Es difícil imaginar seguridad mayor, pues si un soldado se dejara comprar o influir a favor del preso, aún había de contar con su compañero. Y si por circunstancias imposibles de imaginar, dos de ellos favoreciesen la huida del preso, quedaron los dos guardianes de afuera, además de la garantía de las puertas reforzadas que cerraban toda salida a la calle. Aparte de una intervención celestial era imposible que el preso se evadiese.

I. El sueño de Pedro (Hch 12:6)

El día siguiente, pasadas ya las solemnidades del período pascual, Herodes había de sacar a Pedro a público juicio, condenación y muerte, todo lo cual se indica por el verbo “*proago*” de (Hch 12:6). Quizá el apóstol pensaba que había llegado la hora profetizada por el Señor cuando otro había de ceñirle y llevarle a donde él no quisiera (Jn 21:18), aunque distaba mucho de ser viejo aún. No había de ser así, pues le quedaron muchos años de servicio, bajo sentencia de muerte violenta, antes del “*éxodo*” predicho por el Maestro (2 P 1:14). De todas formas había podido tomar sobre sus labios las palabras de Pablo, escritas desde una cárcel en una época posterior: “*Será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte... teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario...*” (Fil 1:20-24). Desde tiempos remotos, expositores han hecho ver que Pedro sabía poner por obra su propia exhortación que, años después, había de dirigir a los santos en el Norte de Asia Menor: “*Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros*” (1 P 5:7). Habiendo echado la carga sobre el Señor, y deseando serle agradable por la vida

o por la muerte, pudo dormir sobre la dura colchoneta de la cárcel con el profundo sueño de un niño. He aquí el triunfo del siervo de Dios sobre toda clase de circunstancias que Pablo nota en **(1 Co 3:21-23)**.

2. Los días de Azimos (Hch 12:3-4)

Se celebraba la Pascua propiamente dicha en la noche del día 14 del mes Nizan, a la que seguían los siete días de los “ázimos”, o sea, el período cuando sólo era permitido comer pan sin levadura; por extensión, este período también se llamaba “*la Pascua*” (**Lv 23:5**). De paso, estos dos usos, uno más limitado y otro más extenso, del término “*Pascua*” echan luz sobre las aparentes discrepancias entre los relatos de los Sinópticos y Juan en cuanto al momento en que el Señor celebró la Pascua con sus discípulos. El odio de los jefes de los judíos contra Jesús el Cristo era tal que violaron la época más sagrada de su calendario religioso con tal de aprovechar la oferta de Judas que facilitaba el prendimiento de Jesús de noche, lejos de la multitud que comía del cordero pascual, haciendo posible que presentasen al Cordero de Dios como reo convicto por el Sanedrín la mañana siguiente. Herodes no sentía la misma urgencia y pudo hacer alarde de su respeto por tan sagradas fechas demorando la condenación pública y la ejecución hasta pasados los ázimos. Por extrañamiento que parezca a la mentalidad occidental, la muerte por decapitación, como preso político (compárese el martirio de Juan el Bautista) se consideraba más vergonzosa entre los judíos que no la lapidación, aunque no llegaba a inspirar el horror del método de crucifixión.

La liberación de Pedro (Hch 12:7-10)

I. La misión del ángel (Hch 12:7-10)

La historia es hermosa, y llamamos la atención sobre dos aspectos principales:

a) Los detalles tan naturales y gráficos de la narración, que delatan un testimonio más o menos directo, pues se conserva la impresión del testigo ocular. Hemos de pensar, pues, que Lucas recibiera el relato directamente de los labios de Pedro (cosa muy posible) o sin más intermediario que Juan Marcos, intérprete de Pedro. La manera en que el ángel tuvo que darle un golpe a Pedro en el costado para despertarlo, señalando cada paso del proceso de vestirse y prepararse, estando Pedro ofuscado aún por el sueño, no se consideraría digno de mención por un historiador separado de los hechos por una larga transmisión oral. Pedro tuvo que ceñir su túnica interior, que se soltaba por la noche y se recogía para los trabajos del día. Al obedecer el mandato del ángel y levantarse, las cadenas se le cayeron de las manos, y entonces pudo calzarse las sandalias (que serían alpargatas, en contraste con el buen calzado de cuero de los pudientes) y echarse el amplio manto que se había quitado para dormir. El ángel siguió controlando la situación paso por paso, y podemos suponer que los guardas se hallaban bajo la influencia de un sueño sobrenatural. Pasaron a la puerta por en medio de los guardas (cuyos ojos embargados nada vieron) y, atravesando dos piezas, llegaron al mayor obstáculo material, la puerta reforzada de hierro que daba a la calle. Ésta se les abrió “automáticamente”, recordando la manera en que un ángel quitó la piedra de la tumba vacía de Cristo que había parecido una montaña en la imaginación de las piadosas mujeres que se dirigían hacia ella. El ángel siguió ejerciendo su celestial tutela hasta después de haber atravesado una calle, cuando, habiendo cumplido su misión, se fue. Pedro, “*vuelto en sí*”, bien pudo hallar la casa de María y buscar otro lugar donde esconderse sin más ayuda angelical. Al leer la porción “lo estamos viendo”, y el milagroso acontecimiento viene a ser tan natural como nuestros movimientos al andar por nuestra casa y las calles próximas a ella.

b) La clara evidencia de una intervención sobrenatural. Extraña mucho que buenos expositores puedan tomar en consideración siquiera la posibilidad de que el mensajero fuese humano. Las condiciones de seguridad que Lucas recalca excluyen por sí la posibilidad de que un hombre hubiese podido vencer tantas dificultades, relacionadas con la percepción de tantos guardias, por muy encumbrado que fuese. Las cadenas “se cayeron” al mandar el ángel a Pedro que se levantase. Pasaron los dos entre soldados como si no estuviesen, y la puerta de hierro no se abrió tras un forcejeo con llaves y cerrojos, sino “automáticamente”.

Además la narración es típica de las intervenciones angélicas bíblicas —nada tenemos que decir del desarrollo malsano de la angelología entre los judíos de la secta de los fariseos del período intertestamentario—, empleándose el término “*un ángel del Señor se presentó*”, que corresponde a su partida en (Hch 12:10): “*y luego el ángel se apartó de él*”, que son como frases técnicas que se utilizan frecuentemente para describir intervenciones celestiales. Notemos también la luz que resplandeció en la habitación y la evidente preocupación del autor por apuntar el dramático contraste entre el golpe del ángel que despertó al hombre fiel con el fin de libertarle, y el otro golpe judicial del ángel (¿el mismo?) con el cual hirió al orgulloso rey para su condenación y terrible muerte (Hch 12:23).

2. Las reacciones de Pedro (Hch 12:7-17)

Hemos notado que Pedro se hallaba ofuscado por el sueño al ser despertado por el ángel, pero a la vez era siervo de Dios acostumbrado a discernir lo celestial y pronto para obedecer mandatos divinos. ¡El siervo fiel no hallará dificultad en obedecer a Dios, aun cuando se halle medio dormido! Después de desaparecer el ángel y hallarse en plena calle, Pedro piensa en primer término en los maravillosos caminos de Dios: “*Ahora entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel y me ha librado de la mano de Herodes, y de todo lo que el pueblo de los judíos esperaba*” (Hch 12:11). En seguida después pasa a las decisiones prácticas que ha de tomar. Es muy evidente por esta narración y por otras semejantes, que Dios no envía a sus mensajeros para realizar lo que sus siervos pueden cumplir por las naturales provisiones que corresponden a su vida aquí abajo, por la razón de que la constante expectación de intervenciones angelicales introduciría un factor degenerativo en sus vidas, pues confiarían en lo milagroso en lugar de dedicarse a los arduos trabajos que nos son tan necesarios con el fin de mantener un buen espíritu de disciplinado esfuerzo. Pedro se halló solo en la calle, como si el ángel le hubiese dicho: “Yo he cumplido mi misión según mis instrucciones; ¡ahora te toca a ti!”. Compárese con (Hch 10:3-7) y notas en el pasaje de referencia.

El apóstol comprendió que su primer deber, tanto por amor a sus hermanos como para la buena marcha de la obra en Jerusalén, había de ser el de avisar a la familia cristiana, notificándola de que sus oraciones se habían contestado de modo maravilloso. Para eso se dirigió a la casa de la hermana María, donde estaba seguro de hallar a hermanos reunidos. Después le correspondió meditar sobre su propia posición, pudiendo suponer que el silencio en la celda que acabó de dejar duraría hasta el cambio de guardia, es decir, tres horas como máximo. Después empezaría la búsqueda y las indagaciones, de modo que le convenía ponerse a salvo cuanto antes. Por eso abrevió la visita a los hermanos, indicando la necesidad de guardar silencio, y después “*se fue a otro lugar*” (Hch 12:17). Mucho se ha escrito sobre tan sencilla frase, y con poco sentido, pues el “*otro lugar*” podría ser cualquier sitio donde no le habían de buscar los soldados de Herodes. Los cristianos habían pasado ya por un período de severa persecución, de modo que ya tendrían escondrijos preparados para las huidas, probablemente en las montañas de Judea, que se prestaban admirablemente a tales finalidades según la experiencia de todos los patriotas, desde David hasta Bar Cochar. Que “*el otro*

lugar” fuese Roma “no pega ni con cola”, según el dicho popular castellano, y nos extraña que expositores con un mínimo sentido histórico lo hubiesen tomado en consideración. ¡Hay que colocarlo en el plano de la “visita” de Santiago “Boanerges” a España y el viaje marítimo del sarcófago del mismo a Santiago de Compostela!

La casa de María, madre de Juan Marcos (Hch 12:12-17)

1. La iglesia en la casa de María (Hch 12:12-14)

Estos versículos echan una luz interesante sobre la vida de la Iglesia en Jerusalén en la época que tratamos, pero hemos de distinguir cuidadosamente entre las deducciones bien fundadas y otras ideas posibles que no admiten prueba, y es importante que tales posibilidades no se afirmen como si fuesen hechos garantizados. Lo claro es que muchos hermanos se habían reunido en la casa de María para orar por Pedro, y que éste se dirigió allí como al lugar más apropiado para hallar hermanos de responsabilidad. No podemos equivocarnos mucho, pues, si deducimos que María prestaba su casa para reuniones de la Iglesia, y en el caso de haber otros lugares de reunión (algo muy probable), éste sería el centro más importante de la obra por entonces. Sacamos la impresión de una casa amplia, ya que muchos hermanos cabían en ella y se entraba al patio por medio de un postigo y un pasillo (*“ten thuran tou pulonos”*). Además, María tenía por lo menos una criada, llamada Rode. Por omitirse toda referencia al dueño de la casa, no es muy arriesgado suponer que María fuese viuda, y se declara que era la madre de Juan Marcos y pariente de Bernabé. Además de estos hechos, o deducciones verosímiles, existe la posibilidad de que la Iglesia en Jerusalén no se había mudado de casa y que en el aposento alto de la casa de María cayese el Espíritu sobre los ciento veinte reunidos. Tan interesante suposición sugiere otra: que la casa a donde Pedro se dirigió no sería otra que aquella donde se celebró la Santa Cena *“en la noche en que Cristo fue entregado”*.

2. Pedro delante del portal (Hch 12:12-17)

Sin duda, Rode actuaba de portera aquella noche, estacionándose en el vestíbulo, cerca del postigo exterior, pues no sería conveniente que los hermanos que acudiesen a una reunión secreta tuviesen que llamar fuerte para ser oídos. Al hacer una llamada discreta, el apóstol diría algo como: “Abrid de prisa, que soy yo, Pedro”. Al oír su voz, Rode se excitó tanto que corrió adentro para anunciar las buenas nuevas a la compañía antes de abrir la puerta exterior a Pedro, lo que dio lugar a la escena tan familiar y natural de **(Hch 12:14-16)**. *“Estás loca”* podría usarse en la conversación familiar como equivalente de “¡No seas tonta!”. Al abrir la puerta tuvieron que convencerse de que, de veras, era Pedro mismo que llamaba y no un *“ángel”* o *“fantasma”*, que usara su forma o voz. Rápidamente contó a los hermanos lo más esencial de su liberación, dejándoles el encargo de hacerlo saber a Jacobo (el hermano del Señor) y a los hermanos. Suponemos que los demás apóstoles estaban ya “en otros lugares”, habiendo huido de las pesquisas de los soldados de Herodes, quedando sólo Santiago, quien no dejó de ser “persona grata”, en Jerusalén por muchos años gracias a su vida austera y su fiel cumplimiento de todas las “costumbres de los padres”. Los *“hermanos”* serían quizá los ancianos de la iglesia, no siéndoles aconsejable que acudiesen a reuniones concurridas mientras que Herodes iba buscando los líderes del movimiento nazareno.

3. “Es su ángel” (Hch 12:16)

La exclamación de los hermanos al insistir Rode en que, efectivamente, Pedro se hallaba delante de la puerta, echa luz sobre la creencia en el “ángel de la guarda”, pensándose que no sólo protegía a los santos, sino que podía asumir su forma. Ya hemos notado de

paso que es necesario distinguir entre la verdadera angelología que se deduce de los escritos canónicos y las ideas extravagantes que se habían desarrollado entre los judíos por influencias persas durante los siglos anteriores al nacimiento de Jesucristo. En muchos lugares del Antiguo Testamento, empezando con **(Gn 16:7)**, el “Angel” es una manifestación de Dios, o sea, una teofanía; pero la idea de ángeles que sirven o representan a los escogidos de Dios se destaca claramente de las palabras del Señor en **(Mt 18:10)**: “*Sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos*”. Recordemos también las consoladoras palabras de **(He 1:14)**: “*¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?*”. Véanse también **(Gn 28:16) (Dn 3:28) (Dn 6:22) (Dn 10:12-14)**.

Los guardas delante del tirano (Hch 12:18-19)

1. Mueren los inocentes

Todo es contraste en este capítulo, y la agitación, llena de asombro y terror dentro de la fortaleza, cuando la guardia de relevo halló que los soldados dormían en su sitio, con las cadenas en sus muñecas, pero sin el preso, se contrasta vivamente con el gozoso asombro de la familia cristiana en la casa de María al ver a Pedro libre y sano. Después de las interrogaciones de rigor, Herodes llegó a la conclusión de que alguna confabulación había favorecido la evasión del preso. De todas formas él estaba enojado, y las vidas de unos soldados eran baratas en los círculos militares y palaciegos de Roma como también en los reinos subordinados a ella, de modo que dio rápida orden de que fuesen llevados al lugar de ejecución. Nada se nos dice de la desilusión de los jefes de los judíos, pero ya habían tenido experiencias extrañas de cómo presos nazarenos salían de cárceles sin que se supiera jamás los medios empleados, y algunos se acordarían del misterio, jamás solucionado, de la tumba vacía **(Hch 5:17-25) (Mt 28:11-15)**.

La muerte de un rey perseguidor (Hch 12:20-23)

1. Herodes y los fenicios (Hch 12:20)

En las “Antigüedades de los judíos” (XIX, 8:2), Flavio Josefo describe el fin de Herodes Agripa I en términos que vienen a confirmar y a suplementar la historia según la narración de Lucas en este lugar. No menciona, sin embargo, la causa pendiente entre Herodes y los fenicios, sino que relaciona la visita del rey a Cesarea con unas celebraciones en honor del César. Desde luego no hay nada discrepante en ello, siendo probable que los de Tiro y Sidón hubiesen aprovechado tales celebraciones con el fin de sellar la paz con Herodes de una forma pública. Este, por enfadado que estuviera, no habría podido hacer guerra contra los fenicios por cuanto el territorio de ellos se incluía en la provincia romana de Siria, gobernada por un procónsul; en cambio, disponía de armas económicas que podrían ser muy eficaces, según la indicación de Lucas en **(Hch 12:20)**: “*porque su territorio era abastecido por el del rey*”. Los fenicios habitaban la franja de territorio entre el Líbano y el mar, posición que favorecía el comercio, pero que les dejaba desprovistos de campos trigales; dependían, por lo tanto, de la campiña de Galilea para su abastecimiento, como en los tiempos de Salomón e Hiram **(1 R 5:9-11)**.

2. Las intrigas de las cámaras reales (Hch 12:20)

Sin duda los fenicios “ganaron” a Blasto, camarero mayor del rey, por medio de sobornos, reforzando esta pequeña pincelada el contraste entre la sana atmósfera de oración y de amor fraternal de la iglesia y el ambiente de violencia, intriga y de injusticia que rodeaba al rey, ambicioso y sin escrúpulos a pesar de sus públicas manifestaciones de religiosidad.

Hasta asuntos de gran trascendencia pública se arreglaban por los jefes de las cámaras reales, interviniendo a menudo la favorita del monarca. Herodes se había criado con Calígula en los palacios imperiales del Tíber, notorios entonces por las maniobras de infames princesas y favoritas reales, de modo que el indicio de cómo se arreglaba la cuestión pública con los fenicios no sólo revela su verdadero carácter, sino que refleja las costumbres palaciegas de la época.

3. El día de gala y de juicio (Hch 12:21-22)

Josefo nos hace saber que las festividades en honor del César se celebraron en el teatro. El segundo día Herodes había de arengar a las multitudes desde su trono temprano. Por las referencias de Lucas podemos pensar que había de dirimirse el asunto de los fenicios en el momento culminante de la fiesta, al inaugurar los juegos del día. El monarca se había revestido de un magnífico manto de hilo de plata, que, al reflejar los primeros rayos del sol, producía tal efecto de sublimidad y de majestad en la multitud, que muchos empezaron a aclamarle como dios y no hombre. Por el testimonio de Lucas podemos pensar que esta explosión de entusiasmo se produjo después del discurso, relacionándose con la gratitud de los fenicios. Josefo habla de un bicho de mal agüero que se le apareció al rey antes de sufrir un ataque de dolor agudo en el vientre que reveló el mal que determinó su muerte después de cinco días de terribles padecimientos. En nuestro relato no se notan malos agüeros, sino que Lucas nos hace ver al Rey de reyes en el fondo, que miraba por su honra, enviando al ángel para cumplir una misión de juicio en la persona del rey, judío y monoteísta de religión, quien se atrevió a aceptar honores divinos a la manera de los reyes paganos. El médico diagnostica también la enfermedad: la de ser comido de gusanos, que había sido también la suerte de Antíoco Epifanes, empedernido enemigo del pueblo de Dios, según el escrito apócrifo 2 Macabeos 9:25.

“Sic transit gloria mundi” (“Así pasa la gloria del mundo”) es un tema tan antiguo como los comienzos de la literatura humana, pero raras veces se ha ilustrado con tanto poder dramático como en el sencillo relato de Lucas, tanto más efectivo por cuanto se abstiene de emplear los recursos normales de la retórica. El príncipe ambicioso, un intrigante hábil y con suerte, había subido a un trono de importancia considerable, y aún codiciaba más. Reinó sobre el norte de Israel por siete años, pero su reinado no duró más de tres años sobre todo el país. La religión de Israel no le era más que una de las armas de su arsenal de intrigas que servían para conseguir sus fines, y ciego al suave brillo del testimonio de Jesucristo y de sus discípulos, se convirtió en fiero perseguidor de ellos, hallando en su cruel campaña otro medio diplomático más para complacer a los judíos y confirmar su reino. Infiel a su profesión religiosa, incurrió en la blasfemia al aceptar honores divinos, recibiendo en su persona el juicio que correspondía a su vida y sus crímenes.

En cambio, Pedro, revistiéndose de su humilde capa y calzándose sus alpargatas, salió ileso de una fortaleza inexpugnable para cumplir un apostolado que ha dejado bendita mella en millones de vidas, influyendo indirectamente en la historia de las naciones. Sólo los historiadores profesionales sabrían algo de Herodes Agripa I, si no fuera por su relación de antagonismo con el apóstol pescador, pero el nombre de éste es conocido dondequiera que exista algún conocimiento del cristianismo. Nos acordamos del gran dicho del compañero en el apostolado de Pedro: *“El que hace la voluntad de Dios permanece para siempre”* (1 Jn 2:17).

El Reino y los reinos (Hch 12:24)

Judea volvió a ser provincia romana después de la muerte de Herodes Agripa I, aunque su hijo Herodes Agripa II fue compensado más tarde con algunos de los dominios

norteños, trozos desgajados del reino de su padre. Pero el persistente sueño de la dinastía herodiana —del dominio sobre todo Israel— se esfumó para siempre después del juicio de Cesarea. En aquella misma ciudad Pedro había abierto la puerta del Reino de los Cielos a los gentiles, y como resumen del período que siguió la muerte del perseguidor, Lucas comenta sencillamente: *“Pero la Palabra del Señor crecía y se multiplicaba”*.

La tiranía y la injusticia no siempre ocuparán los tronos de este mundo y por fin las huestes del Cielo cantarán: *“¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu Nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado”* (Ap 15:4).

El fin de la misión de Bernabé y Saulo en Jerusalén (Hch 12:25)

Como prólogo a la liberación de Pedro durante la persecución herodiana —quizá de breve duración por la intervención divina que hemos comentado—, Lucas notó la subida a Jerusalén de Bernabé y Saulo; y, como epílogo de ella nos hace ver que, habiendo cumplido su ministerio de entregar la ayuda de los cristianos antioqueños a los ancianos de Jerusalén, regresaron a su esfera de servicio, llevando consigo a Juan Marcos. El orden de los nombres —Bernabé y Saulo— indica que el apostolado de Pablo no había sido manifestado públicamente todavía, manteniéndose la precedencia del antiguo cristiano, Bernabé, tan eminente a causa de sus dones y sus trabajos en la Iglesia de la época. No perdamos nuestro sentido en la perspectiva de los acontecimientos, evitando la tentación de ver en estas fechas lo que pertenece a un período posterior de la revelación ordenada y progresiva de los propósitos de Dios.

I. El ministerio de Juan Marcos (Hch 12:25)

La biografía espiritual de Juan Marcos es de sumo interés, tanto por sus principios, por el tropiezo que disolvió el compañerismo de Pablo y Bernabé, como por los indicios de una plena rehabilitación que sirve para animar a todo siervo de Dios que se ha visto postergado a causa de un mal paso, pero cuyo corazón se humilla delante de Dios y persiste en el deseo de obedecer y servir al Señor de la gloria. Aquí no nos corresponde más que notar que salió del cálido ambiente cristiano y espiritual de la casa de su madre, María, habiendo sido testigo de los principios del cristianismo desde el punto de vista de un joven que se hacía hombre, concibiendo entusiásticos deseos de servir, sin saber aún lo que era el duro aprendizaje y la larga disciplina que sólo pueden formar al ministro de la Palabra que quisiera estar preparado para toda buena obra (**2 Ti 3:17**). Se ha dicho que su tropiezo posterior (**Hch 13:13**) es propio de “un hijo mimado de una viuda rica”, y puede ser que haya algo de verdad en el dicho, ya que las grandes ventajas de ser criado en un ambiente espiritual, sin problemas personales, ni materiales ni espirituales, se contrapesan por las desventajas de la ausencia de las pruebas juveniles que fortalecen el espíritu y lo entrenan para las duras tareas que no faltarán en el camino del servicio.

Con todo, no hemos de despreciar el entusiasmo juvenil de Juan Marcos, que se encendería al oír de los éxitos espirituales que habían coronado ya los trabajos en Antioquía de su primo Bernabé y su compañero Saulo, evidentemente tan dotado, tan sabio en la Palabra y tan lleno de la visión de la obra a realizar. Fuego tiene que haber, juntamente con una visión que lleve al joven a la decisión de dedicar su vida al Señor, aun cuando todo ello necesite luego una confirmación que vendrá a lo largo de las arduas jornadas del servicio. A María le costaría mucho ver salir al amado hijo, y él sufriría al abandonar el dulce hogar de Jerusalén, hogar también de la Iglesia. Después de los

fracasos, las pruebas y los triunfos se vio que el joven había sido verdaderamente llamado por el Señor.

Temas para meditar y recapacitar

1. Describa la liberación de Pedro y destaque las lecciones espirituales que discierne en esta historia.
2. Describa la iglesia de Jerusalén en esta época, haciendo uso de todos los detalles que se hallan esparcidos por el capítulo 12.

La primera expedición misionera de Pablo con Bernabé (Hechos 13:1-52)

La estrategia misionera de Pablo

Hemos visto cómo las olas sucesivas de la proclamación del Evangelio llegaron hasta la gran ciudad gentil de Antioquía, dando por resultado la formación de la primera iglesia cristiana de carácter predominantemente gentil. De la manera en que Jerusalén había servido de base para la evangelización de Israel y Siria, Antioquía había de cumplir la misma función en la primera etapa de extender la proclamación hacia el Occidente. Pero la palabra “base” ha de entenderse a la luz de la historia que sigue, y no hemos de pensar en términos del esfuerzo misionero organizado de nuestros tiempos, puesto que mucho menos dependía de la “base” geográfica o eclesiástica en la labor apostólica. La verdadera “base” era el Cielo, la Diestra del Trono de Dios, donde se hallaba el “Director” de la obra; por lo tanto, al formarse cada nueva iglesia local, ésta tenía que servir de “base” para extender el Evangelio por la región inmediata. El epígrafe de este párrafo es “la estrategia misionera de Pablo”, pero hemos de entender más bien “la estrategia del Espíritu Santo” quien apartó a Pablo y a sus compañeros como instrumentos idóneos a fin de que cumplieran en la tierra lo que había dispuesto la divina sabiduría del Cielo. El Espíritu Santo *“apartó”* a dos hombres, uno apóstol ya, y el otro participante destacado de los trabajos apostólicos desde el principio, y los *“envió”* para el servicio de llevar el Evangelio de una forma ordenada a las ciudades gentiles. Llegamos aquí a la última etapa del programa de **(Hch 1:8)**, por la que el Evangelio se lleva a los extremos de la tierra. El “método” consistía en dirigirse a los grandes centros de comunicación de las provincias romanas que ocupaban las regiones que ahora denominamos Asia Menor y Grecia. Como primer paso en la evangelización de una ciudad, Pablo y Bernabé se presentaban en la sinagoga de los judíos, aprovechando allí su privilegio de rabinos para anunciar a Jesús como Mesías, después de la lectura de la Ley y de los profetas. Así eran fieles al orden divino, *“al judío primeramente y también al griego (gentil)”* **(Ro 1:16)** y al mismo tiempo los primeros convertidos eran hombres conocedores del Antiguo Testamento y de vida piadosa, fuesen judíos de raza, prosélitos o “temerosos de Dios” que asistían a la sinagoga sin llegar a la circuncisión. La presencia de tales convertidos ayudaba mucho a dar estabilidad espiritual y moral a las primeras iglesias entre los gentiles. El testimonio de la sinagoga duraba más o menos tiempo, según la violencia de la reacción contraria de los judíos endurecidos; pero cuando se producía la inevitable separación ya se había formado una iglesia local, agregándose muchos convertidos gentiles al núcleo original de judíos y prosélitos.

Pablo y sus compañeros se esforzaban por dar toda la enseñanza posible a la naciente iglesia local, pero no era posible ni era necesario que quedasen allí más allá del tiempo preciso para la fundación de la iglesia, ya que el Espíritu Santo moraba en el nuevo *“templo”* **(1 Co 3:10-17)**, capacitando a sus nuevos siervos tanto para la obra interna de ministerio **(1 Co 12-14)** **(Ro 12:3-8)** como para la extensión del Evangelio por el distrito inmediato **(Hch 13:49)** **(1 Ts 1:8)**. Los recién convertidos, pues, adelantándose rápidamente en el conocimiento del Señor y de la Palabra, llegaban a ser también “misioneros” en la región donde habían recibido la luz.

Mientras tanto, Pablo y sus colegas pasaban a otros grandes centros, y si bien el impulso inmediato que daba lugar a la evangelización de los gentiles partía generalmente de la oposición que levantaban los judíos incrédulos, el movimiento constante formaba parte del

plan que habían recibido del Señor. Después de una década de trabajos muy intensos, siguiendo siempre el plan que luego veremos en operación, Pablo pudo escribir a los cristianos en Roma: *“Desde Jerusalén y por los alrededores hasta Ilírico (ahora Albania) todo lo he llenado del Evangelio de Cristo” (Ro 15:19).*

El esfuerzo misionero mundial de los dos últimos siglos, que ha partido mayormente de la Gran Bretaña (y naciones asociadas con ella), los Estados Unidos y de algunos países de Europa, es digno de todo encomio; pero ¡cuánto más no habrían conseguido los siervos de Dios si hubiesen seguido los métodos de Los Hechos de los Apóstoles (modelo permanente) que no aquellos otros que idearon, de formar sociedades misioneras en los respectivos países, que luego enviaran misioneros allende los mares, fundando éstos “estaciones misioneras” en las regiones adonde iban, de las que luego dependía la extensión del Evangelio por zonas muy limitadas! En las recientes campañas de alfabetización, el renombrado Dr. Laubach ha conseguido sus mejores éxitos por el principio de: “El que aprende, enseñe a otro”, multiplicando así el número de profesores; pero ¡tantas veces el esfuerzo misionero se ha limitado a los misioneros mismos, a algunos obreros entrenados por ellos muy tardíamente, y a las instituciones (escuelas, hospitales, etcétera) que han fundado!. De este modo, al principio mismo del viaje, “la nave evangelista” echa ancla en determinado puerto en lugar de proseguir adelante, impulsada por los vientos del Espíritu. Hemos de volver a aprender que cada creyente es un testigo en quien reside el Espíritu Santo y cada iglesia local debe ser “base de operaciones” para extender el Evangelio.

El apartamiento de Bernabé y de Saulo para la evangelización de los gentiles (Hch 13:1-4)

I. Los “profetas y doctores” de la iglesia en Antioquía (Hch 13:1)

De este pasaje se han recogido muchas ideas superficiales que no descansan sobre una buena exégesis de lo que verdaderamente dice. El énfasis aquí recae sobre varios “*profetas y doctores*” (enseñadores de la Palabra) que ejercían su ministerio en la gran iglesia en Antioquía, no sólo por medio de la enseñanza pública, sino también por darse a la oración con ayuno. Sabían que lo más importante no era la tarea en sí, sino estar en contacto con Dios, con el fin de dejarse llevar por el Espíritu Santo y recibir su potencia. Este compás de espera antes de la iniciación de la evangelización sistemática de los gentiles, nos recuerda el prólogo de Los Hechos, cuando los apóstoles y los fieles esperaban en el aposento alto hasta que fuesen revestidos de poder para dar principio a su testimonio en Jerusalén (**Hch 1:4,5,8,12-14**). Hemos de entender, sin duda, que tanto Saulo como Bernabé y los demás de los guías y ministros de la Palabra que se nombran, sentían ya el peso de “la carga” de la evangelización de los gentiles y, comprendiendo que había llegado otro momento crucial en el curso de la extensión de la proclamación del Reino, deseaban conocer claramente la voluntad del Señor en cuanto a ella. No nos olvidemos de que, antes de formarse el canon del Nuevo Testamento, los “profetas” recibían comunicaciones directas de Dios, reconociéndose éstas como palabra del Señor por los espirituales de las iglesias.

Los nombres que se mencionan ilustran la universalidad de la Iglesia y la ausencia absoluta de toda idea “nacional” o “regional” en el ministerio de la Palabra durante aquellos felices días de la plenitud del Espíritu. Simón, que llevaba el apodo de “Niger” (negro), sería un judío de la Dispersión, a juzgar por el nombre hebreo de “*Simón*”, y habría adquirido su apodo a causa de su tez morena. Algunos han conjeturado que podría ser el “*Simón de Cirene... padre de Alejandro y de Rufo*”, que llevó

la cruz del Señor (**Mr 15:21**), toda vez que Marcos le menciona a él y a sus hijos como si fuesen conocidos en la Iglesia a la época de la redacción del Evangelio. Lucio era un nombre muy corriente, equivalente a Lucas, pero no hay por qué procurar establecer la identidad de este ministro de la Palabra con Lucas el autor de Los Hechos. Era natural de Cirene, importante provincia del norte de África. Manaén (del nombre hebreo Manahem = Consolador) se había criado juntamente con Herodes Antipas, el reyezuelo de triste fama que dio la muerte a Juan el Bautista. “*Suntrophos*” no necesita tomarse literalmente como “*hermano de leche*”. Procedía, pues, de la aristocracia de Galilea y del ambiente herodiano, que no deja de ser origen extraño para uno de los “*profetas y doctores*” de la Iglesia en Antioquía, pero Dios talla las piedras de su Iglesia después de haberlas sacado, según sus providencias, de cualquier cantera humana (**Jn 1:42**).

Ya hemos tenido ocasión de ver que Bernabé, sin ser “apóstol” en el sentido restringido de la Palabra, había sido compañero de trabajos de los apóstoles y delegado suyo desde el principio. Saulo había sido comisionado por el Señor hacía trece o catorce años y, además de la labor que le hemos visto llevar a cabo en Damasco y en la iglesia de Antioquía, se había entregado sin duda a amplios trabajos en la provincia de Cilicia antes de ser llamado por Bernabé.

Para la debida comprensión de lo que sigue, es esencial que nos acordemos de la categoría de Saulo y de Bernabé, puesto que eran ya dos de los siervos de Dios más destacados de la Iglesia de aquella época, entregados desde hacía mucho tiempo a la obra de Dios sobre un plano muy elevado. Nada podían “recibir”, pues, de sus colegas en la Iglesia de Antioquía en el sentido de “ordenación” o de “encomendación a la obra” en sentido general, de modo que cuanto leemos se relaciona con el cometido especial y vital de su misión a los gentiles.

2. La voz del Espíritu (Hch 13:2)

En cierta ocasión, mientras que los profetas y enseñadores de la Palabra ayunaban, lo que implica también la oración y la espera en la presencia del Señor, el Espíritu Santo dijo: “*Apartadme ahora a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado*”. Sin duda el Espíritu Santo hablaría por medio de uno de los profetas; pero, siendo todos llenos del Espíritu, tuvieron perfecta conciencia de que se trataba de un mandato divino. Según entendemos, todos sentían preocupación en cuanto a la continuación y la extensión de la obra entre los gentiles, indicando la voz del Espíritu de forma incontrovertible que los instrumentos para ella habían de ser Bernabé y Saulo. La salida de estos siervos de Dios suponía una grave pérdida para la iglesia —recordemos la reseña de su ministerio en (**Hch 11:22-26**)—, pero los guías espirituales de la grey no pensaban sino en cumplir el mandato del Señor.

3. La imposición de las manos y la despedida (Hch 13:3)

El versículo 4 nos hace saber que Saulo y Bernabé salieron “*enviados por el Espíritu Santo*”, pero tocaba a los guías espirituales imponerles las manos y despedirles. Nada se dice aquí de la iglesia en general; pero, por el hecho de que, al regresar, dieron cuenta a toda la congregación del cumplimiento de la misión para la cual habían sido encomendados (**Hch 14:26-27**), podemos deducir que los guías comunicaron a la compañía de los fieles el hecho del apartamiento de Bernabé y de Pablo para su labor especial y que la imposición de manos se hiciera delante de todos, participando éstos por su presencia y comunión. Pero si de verdad deseamos percibir la operación del Espíritu en aquellos días, es importante fijarnos en el hecho de que eran los hombres que se dedicaban a un ministerio de oración y de enseñanza quienes recibieron la orden del Espíritu y la pusieron por obra. Nada de esto podía ser de la competencia de los carnales, ni aun de los hermanos sencillos cuyas mentes y corazones estaban embargados de los

negocios de esta vida. La iluminación y la autoridad proceden desde arriba, del Trino Dios, quien hace saber su voluntad a quienes se ponen en condiciones para averiguarla. La iglesia en general puede y debe reconocer lo que Dios hace por medio de tales guías.

El sentido fundamental de la imposición de manos es el de la identificación. El profesor F. F. Bruce escribe: “Es evidente que la imposición de manos en este caso no impartió calificaciones a Bernabé y a Saulo que no poseían ya, pero por ese medio la iglesia de Antioquía, a través de sus guías, expresó su comunión con Bernabé y Saulo, reconociéndoles como sus delegados”. Quizá “delegados” es una palabra demasiado fuerte aquí, ya que salieron como apóstoles del Señor y no de los hombres; la iglesia no pudo hacer más que reconocer lo que Dios hacía, asociándose con el plan divino en un espíritu de estrecha comunión.

4. Oración y ayuno en la Iglesia apostólica (Hch 13:2-3)

El Señor no creía propio que los suyos ayunasen mientras que tuviesen consigo “*a/ esposo*”, pero predijo que vendrían días, los días de su ausencia, en que de verdad ayunarían (**Mr 2:19-20**). Por lo demás, y frente al falso ayuno de los fariseos, inculcaba el “ayuno verdadero” de quien esté dispuesto a subordinarlo todo a la voluntad del Padre (**Mt 6:16-18**) (**Lc 18:12**). Es Indudable que los guías de la Iglesia apostólica ayunaban, por lo menos en ciertas circunstancias, como medio para poder darse mejor a la oración y recibir mensajes proféticos; pero no se nos dice si el ayuno fuese total o parcial. Además de los versículos que comentamos, donde hallamos la indicación más clara de esta costumbre, podemos notar (**Hch 14:23**), que señala “*oración con ayunos*” en la ocasión del nombramiento de los ancianos de la iglesia de Antioquía en Pisidia. No se sabe si los ayunos que menciona Pablo, como parte de sus sufrimientos en el ministerio del Evangelio, fuesen voluntarios o forzosos debido a la falta de alimento (**2 Co 6:5**) (**2 Co 11:27**). Guiados por el invariable sentido del Nuevo Testamento podemos estar seguros de que los ayunos en las iglesias eran completamente voluntarios, sin revestirse de “mérito” alguno, considerándose solamente como medio para orar mejor. Lo vital es la oración real y verdadera en el Espíritu (**Jud 1:20**).

Bernabé y Saulo en Chipre (Hch 13:4-12)

1. Enviados por el Espíritu Santo (Hch 13:4)

Por su gran importancia recalcamos otra vez que el “Director” de la misión era el Espíritu Santo, quien sólo pudo habilitar a sus siervos con el fin de enviarles a su nueva esfera de servicio, bien que el mandato se reveló también a los guías de la iglesia local donde servían y fue reconocido por la iglesia. Tendremos muchas ocasiones de comprobar la dirección clara y efectiva del Espíritu durante las grandes expediciones misioneras de Pablo.

2. Seleucia, Salamina y Chipre (Hch 13:4-5)

Seleucia era el puerto de Antioquía, situado unos ocho kilómetros al norte de la desembocadura del río Orontes. Allí se embarcaron Bernabé y Saulo para pasar a Salamina, puerto e importante centro comercial al Este de la isla de Chipre. Bernabé era chipriota, y quizá se les ofrecía una puerta abierta de testimonio entre sus conocidos. Nada se nos dice de los resultados de sus trabajos, pero sí notamos que proclamaron el Evangelio en las sinagogas de los judíos, iniciando así el método de dar comienzo a su testimonio entre los judíos de la Dispersión que Pablo había de continuar en todas las ciudades que visitara. El carácter de la misión de Bernabé y Saulo nos lleva a suponer

que hubo también repercusiones entre los gentiles, pero el silencio de Lucas hace imposible que dogmaticemos sobre el particular.

La célebre isla de Chipre ("Kittim" en el Antiguo Testamento) era provincia proconsular romana a la sazón, aunque había sido antes incorporada a la provincia de Cilicia. Como siempre, Lucas da el título correcto al "*procónsul Sergio Paulo*" (**Hch 13:7**).

3. Pafos (Hch 13:6-12)

Lucas no nos da indicio alguno de tiempo, pero suponemos que los apóstoles se trasladaron bastante pronto al otro extremo de la isla, donde se hallaba la capital, Pafos, ciudad que se hallaba a unos doce kilómetros de la antigua "Pafos", célebre en los mitos y leyendas de Grecia como centro cáltico de una diosa siria que luego se identificara con la Afrodita de los griegos. El mismo culto inmundo continuaba en la ciudad nueva donde los siervos de Dios proclamaron a Cristo.

4. El testimonio ante el procónsul Sergio Paulo (Hch 13:6-12)

Los eruditos nos dicen que Sergio Paulo había sido uno de los procuradores del río Tíber durante el reinado de Claudio, siendo adelantado al proconsulado de Chipre después. No sabemos cómo llegara a interesarse en el mensaje de los apóstoles, pero el hecho de que escuchara al mago Elimas nos hace pensar que le sugestionaban las cuestiones religiosas, atrayéndole quizá los cultos esotéricos del Oriente. Sea ello como fuere, se enteró de la predicación de Bernabé y Saulo (quien ya se llama Pablo) y tomó la iniciativa en llamarles. Quizá se había producido un choque anterior entre los heraldos de la Luz y el emisario del reino de las tinieblas, pues el primer hecho que se nota, al llegar ellos a Pafos, es que "*hallaron a cierto mago, falso profeta judío, llamado Barjesús*" (**Hch 13:6**).

Normalmente los embajadores de Cristo se hallan ante gobernadores como reos acusados de fomentar tumultos, o de enseñar una religión no autorizada en el Imperio de Roma, pero en este caso son los invitados del representante de Roma.

En vista de la faceta apologética de Los Hechos, que se nota en la Introducción, es natural que Lucas se preocupara en narrar este encuentro entre Pablo y el procónsul, subrayando el efecto favorable producido en éste. De aquí en adelante el interés se habrá de centrar en la evangelización de las masas y en la formación de iglesias locales, hasta que Pablo vuelva a dar su testimonio ante concilios y gobernantes desde el capítulo 22 en adelante.

5. Barjesús o Elimas

"*Elimas*" no traduce el nombre "*Bar-Jesús*" ("*hijo de Jesús*") sino que equivale a "mago", siendo una especie de título oficial que adoptó en el ejercicio de su tenebrosa profesión. Los "*magos*" eran originalmente una casta sacerdotal de Media (**Mt 2:1**), pero el término había sufrido un proceso degenerativo, llegando a aplicarse a personas como Simón el mago, o a este Elimas, que se dedicaban a embaucar a la gente por sus subterfugios y pretendidas revelaciones (**Hch 8:9-11**). Pablo le denuncia como "*hijo del diablo*" (**Hch 13:10**), que nos da a entender que se dejaba llevar por espíritus satánicos al querer prestigiarse frente a los crédulos y buscar la manera fácil de llenar sus bolsillos de dinero.

En el palacio del procónsul se libra una lucha dramática entre el Reino de Luz y el de las tinieblas. Pablo, "*lleno del Espíritu Santo*" (**Hch 13:9**), percibe claramente el carácter y la obra del emisario de Satanás y al ver que quiere estorbar que Sergio Paulo escuche la Palabra de Dios, le denuncia en términos tajantes (**Hch 13:10**). El falso obrador de "*señales*" recibió una "señal de juicio" en su propia persona, y aquel que quería vendar los ojos espirituales de quienes buscaban la Luz, quedó él mismo sin luz, buscando por todos lados quién le llevase por la mano. El juicio fue "*por algún tiempo*", pero su

naturaleza sobrenatural, como señal de la intervención divina en juicio, fue patente a todos. Es el único milagro de juicio de que tenemos noticia en el ministerio de Pablo, y el pasaje puede compararse con **(Hch 5:1-11)** en el ministerio de Pedro y con **(2 R 2:23-24)** en el de Eliseo. Los únicos milagros de juicio del mismo Señor no cayeron sobre personas, sino sobre los cerdos de Gadara y la higuera estéril y simbólica. Pocos son los milagros de juicio, y muchísimos los de gracia y de misericordia, pero aquellos pocos son de gran importancia, puesto que nos recuerdan el triunfo final de la justicia de Dios sobre todas las fuerzas del mal. Nótese que los salvos en el Cielo alaban a Dios por sus juicios en la tierra **(Ap 19:1-3)**.

6. La fe del procónsul (Hch 13:12)

Muchos expositores expresan la opinión de que Sergio Paulo sólo llegó a admitir la superioridad de la doctrina y del poder de Pablo frente a los engaños de Elimas, pero a quien escribe le parece evidente que Lucas se ocupa en reseñar uno de los triunfos del Evangelio durante esta primera etapa de la misión especial de Pablo y de Bernabé. Una “fe a medias” no merecería destacarse. Se dice que Sergio “creyó”, y es significativo que no quedase maravillado sólo ante el milagro, sino “de la doctrina del Señor” **(Hch 13:12)**, lo que demuestra una buena comprensión de lo fundamental del testimonio apostólico. No sólo eso, sino que Pablo reprendió a Elimas porque “*procuraba apartar de la fe al procónsul*” **(Hch 13:8)**, frase que tendría poco sentido si no hubiera entonces el principio de una verdadera obra espiritual en el corazón de Sergio Paulo: obra que fue confirmada por la señal realizada precisamente con tal fin.

Como apoyo al hecho de una verdadera conversión, podemos notar que Sir William Ramsay halló inscripciones que le convencieron de que varios miembros de la familia de Sergio Paulo eran cristianos (“Bearing of Recent Discoveries on the Trustworthiness of the N.T.”, pp. 150 y ss.).

7. “Sergio Paulo” y “Pablo”

“Pablo” es la forma española de “Paulus”, de modo que se nota este nombre del apóstol por primera vez precisamente cuando daba su testimonio ante un romano distinguido que se llamaba también “Paulus” **(Hch 13:9)**. Lo más probable, sin embargo, es que se trate de una coincidencia, ya que el apóstol, como ciudadano romano, habría tenido siempre una apelación triple, compuesta del “*praenomen*”, “*nomen gentile*” y “*cognomen*”. Tanto en su caso, como en el de Sergio, “Paulus” es el “*cognomen*”, que se prestaba bien para su trato con los gentiles. “Sergio” es el “*nomen gentile*”, o de la estirpe del gobernador.

El viaje de Pafos a Antioquía de Pisidia (Hch 13:13-16)

I. Pablo y su compañía (Hch 13:13)

La frase traducida por “Pablo y sus compañeros” se empleaba con frecuencia para un jefe y el bando de hombres que le seguía e indica que Pablo había pasado a ejercer un verdadero liderato espiritual con respecto a esta compañía de siervos de Dios. Va sin decir que él no ambicionaba el puesto de caudillo, sino que el Espíritu Santo iba señalando el hecho por sus poderosas operaciones en su siervo, reconociendo los espirituales la visión, llamamiento, dones y capacidades del apóstol. Evidentemente, el mismo Bernabé, con la gracia y la sabiduría que le caracterizaban, comprendía que su amigo y colega había de llevar a cabo la misión para la cual Cristo le había comisionado, pasando él mismo a un segundo lugar de servicio con gracia y humildad. Quizá los músicos que más agraden al Maestro son los que saben tocar el “segundo violín”, ¡y cuánto escasean en la orquesta del ministerio de la Iglesia!

2. El viaje a Antioquía de Pisidia (Hch 13:13-14)

Por un mapa, el lector verá que los siervos de Dios tuvieron que embarcar en Pafos para cruzar el mar en dirección a la provincia de Panfilia. Se menciona “*Perge de Panfilia*”, pero probablemente tuvieron que desembarcar en Atalia, ya que Perge se hallaba a unos kilómetros tierra adentro sobre el río Cestro. Panfilia era una de las provincias costeras de lo que ahora llamamos Asia Menor o Turquía, pero los misioneros fueron guiados a seguir adelante, en dirección norte, hasta llegar a Antioquía de Pisidia. En el interior de Asia Menor se halla una extensa meseta (a la manera de España), de la cual la agreste sierra del Tauro forma el límite sur. El texto dice escuetamente: “*Atravesando (la región) desde Perge, llegaron a Antioquía*”; pero para ello tuvieron que atravesar una cordillera difícil y empinada, dejando las buenas condiciones de la costa para internarse en una región agreste y atrasada. Antioquía de Pisidia era una población considerable, punto estratégico sobre la gran ruta romana que atravesaba Asia Menor desde el Oriente hasta la provincia de Asia. Era colonia romana y el centro administrativo y militar más importante de la región. Pablo se siente atraído a esta ciudad por ser centro de movimiento, sabiendo que, según su plan estratégico en el avance del Evangelio, un testimonio vivo en Antioquía sería el medio no sólo de evangelizar el distrito inmediato, sino también de extender las Buenas Nuevas a puntos muy distantes. Todo parece indicar que el viaje a Antioquía de Pisidia es la “puesta en marcha” del plan estratégico revelado a Pablo, y que no obedeciera a las exigencias imprevistas de una enfermedad, como en el comienzo de la obra entre las iglesias de Galacia (**Ga 4:13**).

El atento lector no confundirá esta ciudad, Antioquía de Pisidia, de relativa importancia, con la gran urbe que era Antioquía en Siria, de donde habían sido encomendados los apóstoles a su labor especial. Abundaban las ciudades y pueblos con este mismo nombre debido a que varios de los reyes de Siria (del período postalejandrino) se llamaban Antíoco. Siempre se llama “*Antioquía de Pisidia*” (“frente de Pisidia”) aunque, en la época que tratamos, no se incluía en la provincia de Pisidia, sino en la región étnica de Frigia y en Galacia como provincia administrativa de Roma. El viaje de Pablo ha de llevarle por varias regiones pobladas por gentes diferenciadas por su raza e idioma (tales como Frigia, Pisidia, Licaonia e Isauria), pero incluidas todas en la provincia romana de Galacia, una creación administrativa que hacía caso omiso de consideraciones étnicas. Los verdaderos gálatas, descendientes de los galos, vivían en el norte de la provincia.

3. El abandono de Juan Marcos (Hch 13:13)

En Perge “*Juan (Marcos)*” se apartó de ellos y volvió a Jerusalén. La referencia aquí es escueta, pero no cabe duda de que la partida del joven pariente de Bernabé constituyera un verdadero acto de desertión de la causa, ya que se contrasta con el propósito de los misioneros de seguir adelante hasta el corazón de Asia Menor. Además, se ha de entender a la luz de la triste separación posterior de Pablo y Bernabé, motivada precisamente por las consecuencias de esta defección (**Hch 15:36-40**), siendo imposible que el apóstol pusiera en entredicho a Juan Marcos si les hubiese dejado sólo por legítimas razones de salud o de familia. Nada se dice de sus motivos, pero podemos suponer que se había desilusionado por no corresponderle más que un servicio humilde, o que había esperado ver mayores resultados y como joven que era, se impacientaba. Podría ser también que se disgustara al ver que su venerado pariente había llegado a ser socio de segunda categoría, comparado con Pablo, en la empresa misionera. Probablemente se había criado con esmero y con una sobra de atenciones de parte de su madre, María, dueña de la gran casa de Jerusalén, y que su entusiasmo por la obra del Señor se había enfriado al tener que pasar por circunstancias difíciles, viéndose privado de las comodidades de su hogar. Delante se alzaba la áspera sierra del Tauro y el nuevo líder proyectaba un arduo viaje al interior de un país que prometía poco. No entendía todo

eso y faltándole humildad, comprensión y denuedo, se embarcó para Siria en camino a su amado hogar en Jerusalén. Con todo, Juan Marcos no desaparece de la historia bíblica y llega a ser el ejemplo por excelencia de un siervo de Dios que puede claudicar por un momento y todavía volver a tomar el difícil camino del retorno, del humilde y renovado esfuerzo, hasta dar buena prueba de sí delante del mismo apóstol Pablo, siendo también escogido por Dios para presentar una de las facetas de la Vida del Dios-Hombre en el Evangelio que lleva su nombre (Col 4:10) (2 Ti 4:11) (Flm 1:24) (Hch 12:12).

En la sinagoga de Antioquía de Pisidia (Hch 13:14-43)

1. La importancia de la Dispersión

En Salamina los apóstoles habían aprovechado los cultos de las sinagogas para proclamar la Palabra de Dios, pero no se detallan sus métodos y no sabemos nada de los resultados. Por primera vez, en esta ciudad romana de Antioquía se nos permite ver la manera en que Pablo se acercaba a su pueblo y cómo procuraba presentar su mensaje a sus compañeros de raza y de religión. El discurso en la sinagoga puede tomarse como modelo de tantos otros que pronunciara en muchas otras sinagogas, antes y después de esta fecha.

Es muy notable la manera en que los israelitas tenían que cumplir su misión nacional, tanto si querían como si no. Bajo la guía de hombres de Dios como Moisés, Josué, Josafat, etcétera, daban un testimonio directo al mundo de lo que era el culto del solo Dios y de la naturaleza de su Reino. Al ser castigados por su rebeldía fueron diseminados por todo el mundo, pero, llevando consigo las Escrituras y reuniéndose para la lectura de ellas en las sinagogas, dieron testimonio de la existencia de una revelación divina de justicia y de santidad muy por encima de las religiones contemporáneas. No sólo eso, sino que, al extenderse el Evangelio que como nación habían rechazado, no podían impedir que las sinagogas fuesen puntos de partida para la proclamación del mensaje. Es probable que una buena proporción de los convertidos de estas expediciones de Pablo saliesen de las filas de los “temerosos de Dios”, los gentiles del tipo de Cornelio, que sin circuncidarse, escuchaban y estudiaban las Escrituras, ofreciendo sus corazones terreno abonado para la siembra de las Buenas Nuevas del Mesías Salvador, sin el estorbo de los fuertes prejuicios raciales de los judíos.

2. El culto en la sinagoga

Las sinagogas eran los lugares de reunión en cualquier localidad donde había una colonia de judíos, hallándose su origen en la necesidad de congregarse para escuchar la Ley durante el cautiverio babilónico. La institución llegó a ser imprescindible y abundaban las sinagogas aún en Jerusalén bajo la sombra del Templo, al uso de diferentes comunidades. Una plataforma con un atril facilitaba la lectura de las Escrituras, y había bancos provistos para el auditorio. Probablemente había una galería especial donde las mujeres podían escuchar detrás de celosías. Los ancianos de las sinagogas eran figuras destacadas de la colonia, y de entre ellos se nombraban los “*presidentes*” (mejor que “*príncipes*”), los encargados de mantener el buen orden y señalar al predicador. El “servidor” de la sinagoga cuidaba de la limpieza, y quizá hacía de maestro de escuela elemental para los niños durante la semana. La parte más importante del culto consistía en la lectura de la Ley (el Pentateuco) que se dividía en 154 porciones, escogidas según un programa trienal, añadiéndose un pasaje apropiado de los profetas. Era normal que hubiera un discurso después de la lectura.

Pablo y Bernabé asistieron al culto en la sinagoga el primer sábado después de su llegada a Antioquía de Pisidia, y los presidentes, viendo a dos forasteros presentes, de

aspecto digno, les invitaron cortésmente a que dieran alguna palabra de exhortación al pueblo (**Hch 13:15**). No tenían idea alguna de lo revolucionario que sería la “*palabra de exhortación*” de Pablo.

El discurso de Pablo en la sinagoga (Hch 13:16-41)

El mensaje de Pablo tiene por finalidad la presentación de la Persona y la Obra de Jesucristo como la consumación preordinada por Dios de su obra a través de la historia de Israel. Es muy rico en matices y en temas, tanto que no podemos hacer más que bosquejar su contenido, esperando que el lector estudioso “siga las pistas” que se van señalando.

1. La historia de Israel hasta el tiempo de David (Hch 13:17-22)

En las notas sobre la defensa de Esteban (**Hch 7**) notamos el por qué de las reseñas de la historia de Israel frente a auditorios judíos, como introducción a la Proclamación y solamente reiteramos aquí que fue el mejor método posible para captar la atención de la congregación de la sinagoga. Las referencias eran conocidas y amadas, y no sólo eso, sino que los judíos estaban acostumbrados a la idea de que Dios se revelara a través de la historia de su pueblo.

Notamos que Pablo no menciona ni el pacto abrahámico ni la entrega de la Ley —quizá para no verse envuelto en seguida en una serie de cuestiones delicadas que no tenía tiempo a resolver—, sino que recuerda la manera en que Dios iba obrando según un propósito antes determinado. Así Dios escogió y ensalzó al pueblo a pesar de hallarse como extranjeros en Egipto. Lo único que cuenta del Desierto es que Dios los soportó, antes de destruir en su favor siete naciones, para darles la tierra en posesión. Es probable que los 450 años que se mencionan en (**Hch 13:19**) abarcan, además de la época de los jueces, el período de las peregrinaciones de Israel antes de que fuese instalado en la tierra por el reparto de Josué. Los jueces (caudillos) también eran un don de Dios a favor de su pueblo, pero este resumen apunta hacia algo más elevado y permanente, ya que por medio de Samuel (factor positivo en la elección del rey verdadero) y a través del reinado de Saúl (factor negativo y de contraste) se llega a David, rey conforme al corazón de Dios, en quien pudo cumplir sus designios de establecer tanto un reino como el Templo como centro de adoración en la tierra.

2. La persona y obra de David (Hch 13:22-23)

Las referencias a David constituyen el eje del primer movimiento del discurso, ya que enlaza las obras anteriores de Dios con el levantamiento del Hijo de David. Notemos: a) Su levantamiento fue obra de Dios “*para cumplir todos sus deseos*” o designios (**Hch 13:22**). b) A pesar de sus fallos personales, Dios halló en David aquella actitud de sumisión a su voluntad que faltaba tan trágicamente en la actuación de Saúl (**Hch 13:22**) (**1 S 13:14**). c) No lo menciona Pablo aquí, pero (**Hch 13:34**) todo oyente judío se acordaría de que Dios confirmó con David un pacto que estableció un reino eterno, cuyas características más fundamentales solamente podrían cumplirse por medio del Mesías, Rey eterno (**2 S 7:11-17**) (**Sal 89:19-37**). Tal siervo fue levantado y aprobado por Dios, sirviendo a su generación según la voluntad de Dios (**Hch 13:36**).

3. La primera mención de Jesús el Salvador (Hch 13:23)

Dios sigue obrando, y Pablo llega a la estupenda declaración de que había traído a Israel un Salvador, llamado Jesús, del linaje de David. Todo ojo en la sinagoga se abriría desmesuradamente y todo oído prestaría la máxima atención... ¿nuevas de maravilloso gozo para la nación?... ¿la herejía nazarena?... ¿un arrebató de locura?... ¿qué

significaba un anuncio tan inaudito?... Persiste el tema de un Dios que obra a favor de su pueblo, ya que el que levantó a David, también trajo (o levantó) a este Mesías Salvador, hijo de David. Quizá Pablo insinuaba una analogía entre la obra de este Salvador y la de David, quien salvó a Israel de la anarquía de los tiempos de los últimos jueces, librando la nación de la opresión de los pueblos circundantes y llegando a ser el instrumento para realizar el ideal de un Reino de Dios en la tierra de Canaán. El hermoso título mesiánico de Salvador concuerda bien con el tema de las benditas operaciones de Dios a favor del pueblo.

4. El testimonio de Juan el Bautista (Hch 13:24-25)

Pablo no pasa a detallar la obra del Mesías Salvador sin antes hacer mención especial de la proclamación de su precursor, Juan el Bautista. Si nos situamos en el lugar de Pablo al llegar a este punto de su presentación del Mesías ya venido, comprenderemos el porqué del énfasis sobre el testimonio de Juan. El apóstol Pedro, al proclamar el mensaje al pueblo en el Día de Pentecostés y en ocasiones sucesivas, podía apelar a lo que sus oyentes mismos sabían de la Persona y la obra de Jesús de Nazaret, pues en Israel nadie podía negar su poderosa obra sanadora que, juntamente con sus enseñanzas y los extraños sucesos de su Muerte y Resurrección, había dejado honda huella a pesar de la propaganda contraria de los líderes del judaísmo. Los judíos en Antioquia de Pisidia nada sabían de aquella evidencia inmediata y contundente, pues sólo habrían penetrado en su región unos rumores sobre un pretendido Mesías crucificado por Poncio Pilato. La aportación del testimonio de Juan el Bautista, pues, se revestía de gran valor, puesto que el pueblo en general le había aceptado como profeta y su buena fama habría llegado a las sinagogas de la Dispersión. Es implícita la analogía con Samuel, pues como el profeta-levita discernió y ungió al verdadero rey David por revelación divina, de igual modo el profeta-sacerdote Juan había señalado al Mesías Salvador: un hecho evidencial de valor considerable, a pesar del rechazamiento de Jesús por el Sanedrín.

En breves palabras Pablo subraya los varios rasgos del ministerio de Juan: a) Juan pregonó a todo el pueblo y era notorio que había sido reconocido como profeta. b) Su mensaje llamaba al pueblo al arrepentimiento, según el significado de su bautismo. El pueblo, pues, se hallaba en un estado de pecado nacional, y necesitaba el Mesías Salvador (**Hch 13:25**). c) Juan había declarado que él no era el Mesías, sino que éste, era tan glorioso que el precursor no era digno de desatar el calzado de sus pies, venía “*en pos de él*”, o sea, Juan esperaba la manifestación inminente del Mesías (**Hch 13:25**). d) “*Mas cuando Juan terminara (cumpliera) su carrera...*” no quiere decir que diese este testimonio un poco antes de morir, sino al llegar al momento culminante de su misión, cuando había de señalar al Rey, cuya venida había pregonado.

5. El cumplimiento de las Escrituras mesiánicas en Jerusalén (Hch 13:26-30)

Pablo llega ahora al punto más difícil de su mensaje, pues ha de demostrar cómo el Crucificado podía ser el Mesías Salvador. ¿Se habría equivocado Juan? ¿Vendría otro para cumplir las profecías del precursor?. El apóstol hace un alto, y vuelve a dirigirse solemnemente a su auditorio, usando la fórmula de: “*Varones hermanos, hijos del linaje de Abraham, y los que entre vosotros teméis a Dios*”. Quería que le prestaran toda su atención tanto los judíos de raza como los gentiles, temerosos de Dios, pues la Palabra de esta salvación había sido enviada a todos ellos. Sigue el énfasis sobre la obra salvadora de Dios. Tiene que continuar con el difícil tema del rechazamiento de Jesús por los judíos de Jerusalén, bajo la guía de sus jefes. La condenación de éstos es rotunda, pero se insinúa la “*disculpa de la ignorancia*” a la manera de Pedro en (**Hch 3:17**) y se mantiene el respeto posible ante el prestigioso Sanedrín (**Hch 13:27**). La culpabilidad de los jefes en Jerusalén era manifiesta: a) Porque no querían “*conocerle a él*”, a pesar de la

gloria de su Persona y Obra, y contra el claro testimonio de Juan el Bautista. b) Porque no entendían *“las voces de los profetas”*, a pesar de la lectura de sus escritos cada sábado. c) Por haber condenado al Mesías Salvador, a quien Dios había levantado a la manera de sus siervos del Antiguo Testamento, sin hallar en él causa de muerte. d) Por utilizar a un gobernador gentil para la consecución de sus viles designios, pidiendo a Pilato que le matase.

Pero Pablo no quiere poner de relieve la culpabilidad de los príncipes, sino el hecho del cumplimiento de las Escrituras por medio de tan trágico rechazamiento: *“al condenarle — dice—, las cumplieron”*, dando realidad al gran tema profético del Siervo-Mesías que había de sufrir vicariamente a favor de su pueblo.

El tema es tan importante que Pablo, tras la mención de la entrega de Jesús por los jefes judíos a Pilato, vuelve a decir: *“Y habiendo cumplido todas las cosas que de él estaban escritas, quitándolo del madero lo pusieron en el sepulcro”*. Los consejeros del Sanedrín, como consecuencia de su misma ceguera y malicia, habían sido los ejecutores de la voluntad de Dios, revelada en la Palabra profética, en cuanto a la Muerte expiatoria del Cordero de Dios. La consonancia de la doctrina de Pablo y de Pedro es exacta, ya que éste había declarado: *“A éste (Jesucristo), entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos (los romanos) crucificándole” (Hch 2:23)*. Es el ejemplo supremo del gran principio de que Dios, en sus providencias, aprovecha hasta la maldad de los impíos para el adelanto de sus designios de bendición a favor de los sumisos.

6. La sepultura (Hch 13:29)

Pablo resume la historia de la Muerte, el descendimiento de la cruz y la sepultura del Señor en **(Hch 13:29)**, y no tiene por qué detenerse en descripciones detalladas de lo que hiciera José de Arimatea y Nicodemo al bajar el sagrado Cuerpo del madero con el fin de darle honorable sepultura. Se engloba el Acontecimiento total, siendo responsables los jefes judíos de todo el acto. El significado de la mención especial de la sepultura es que señala la realidad del hecho de la Muerte preparando el terreno para la proclamación del hecho triunfal de la Resurrección. Nos recuerda el resumen del Evangelio que dio Pablo en la Epístola a los Corintios: *“Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Co 15:3-4)*. En el fondo de todos estos pasajes se halla el gran documento profético, la última canción del Siervo de **(Is 52:13)** y **(Is 53:12)**, en la que se destaca una referencia específica a la sepultura del Siervo que sufrió **(Is 53:9)**.

7. La Obra de Dios en la Resurrección del Mesías (Hch 13:30-37)

En dramático contraste con la maliciosa y criminal entrega del Cristo a Pilato por los judíos de Jerusalén, Pablo enfatiza: *“Mas Dios le levantó de los muertos” (Hch 13:30)*. Recordemos que el tema predominante de Pablo en este discurso, el hilo que da continuidad y unidad a todo él, es el de la obra salvadora de Dios a favor de su pueblo. Con la declaración que acabamos de citar, el apóstol llega al punto culminante de esta divina obra, ya que, a fin de cuentas, toda obra secundaria se confirma y recibe validez por la del Resucitado.

En relación con el gran hecho de la Resurrección, que cambió la aparente derrota en victoria y demostró cómo el Crucificado podía ser el Mesías esperado, Pablo recalca los puntos siguientes:

a) El testimonio apostólico de los Doce garantiza el hecho, ya que personas conocidas y dignas de toda confianza vieron a Cristo en muchas ocasiones después de su

Resurrección. Su testimonio ante el pueblo continuaba (**Hch 13:31**). Aquí Pablo distingue entre su propio ministerio y el de los Doce como testigos éstos de la Resurrección.

b) El testimonio se extendió por la proclamación de Pablo y Bernabé a los judíos de Antioquía (**Hch 13:32**).

c) La Resurrección del Mesías está íntimamente relacionada con *“la promesa hecha a nuestros padres”*, puesto que la antigua promesa quedaría sin cumplimiento si no se hubiese realizado la Muerte expiatoria y la Resurrección del Mesías según las Escrituras (**Hch 13:32**). Este tema es prominente en la defensa de Pablo ante Agripa, años más tarde (**Hch 26:6**).

d) La prueba profética de la Resurrección se adelanta en (**Hch 13:33-36**) y notamos que, además del Salmo 16 que Pedro utilizó en el Día de Pentecostés (**Hch 2:25-28**), Pablo cita brevemente del Salmo 2 y de (**Is 55:3**).

La prueba profética no podía faltar en la proclamación del Evangelio ante auditorios judíos y ya hemos comentado la gran importancia del Salmo 2 como reseña profética de la oposición de las fuerzas mundanas contra Dios y su Cristo, con el cumplimiento de la obra total del Ungido a pesar de *“amotinarse las gentes”* (**Hch 4:25-28**). Los judíos conocerían bien todo el salmo y quizá no hallarían tan difícil como nosotros la expresión *“Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy”*. El tema es la unción del Rey y, en el pensamiento de los orientales, este acto (nos referimos por el momento a las costumbres de las gentes en general) determinó una nueva relación entre el monarca y los dioses, pudiendo decirse que el rey “nació” como tal por el acto de la unción. *“Yo te he engendrado hoy”* no tiene que relacionarse, por lo tanto, ni a la Encarnación, ni a la Resurrección, sino al acto declarativo de Dios que coloca a su Hijo-Siervo en el Trono, en despecho de toda la oposición y la malignidad de los hombres inspirados por Satanás.

Debemos leer todo el contexto de (**Is 55**), de donde se saca la breve cita de (**Hch 13:34**), para ver cómo Dios promete abundantes dones a su pueblo sobre una base de pura gracia, que pueden resumirse en las *“santas y fieles promesas a David”*, es decir, en el pacto del Reino que ya hemos notado. De nuevo el pensamiento fundamental es que tales bendiciones no podían ser derramadas sobre el pueblo aparte de la obra de expiación a favor del pueblo pecador, seguida por la Resurrección del Mesías, que sólo garantiza *“la promesa hecha a Israel”*.

Del Salmo 16, ya comentado en (**Hch 2:25-28**), sólo haremos constar que el tratamiento que Pablo le da es igual a la explicación de Pedro. Ambos hacen ver que el pleno cumplimiento no corresponde a David, ya que éste murió y vio corrupción, mientras que el Santo salió de la tumba en la plenitud de una vida de resurrección. He aquí, pues, el cumplimiento final.

Es probable que la frase con la cual Pablo termina su prueba profética, *“mas aquel a quien Dios levantó, no vio corrupción”*, no sea meramente la reiteración del hecho de la Resurrección del Señor de entre los muertos, sino la continuación del pensamiento que Jesucristo es el último y el mayor de todos los instrumentos de salvación que Dios había levantado en el curso de la historia de Israel, siendo eterno su ministerio a favor de su pueblo (**He 7:23-27**).

8. La obra de Jesucristo, el Mesías (Hch 13:38-39)

Hasta este punto Pablo ha venido expresando la Obra de Jesucristo en términos de salvación, pero ahora, después de presentar el gran hecho redentor de la Muerte y de la Resurrección del Cristo, detalla más las bendiciones de *“la palabra de esta salvación”*: a) En Cristo se anuncia la bendita nueva de la remisión de pecados (**Hch 13:38**) que tanto

necesitaba el pueblo, cuyo estado espiritual Juan el Bautista había diagnosticado tan exactamente. “Remitir” es “enviar lejos”, sin que sean tomados en cuenta los pecados, puesto que el Cordero de Dios los ha llevado y quitado. b) Mediante Cristo los creyentes podían ser justificados: cosa imposible a la Ley de Moisés, que exigía lo recto sin proveer el poder para cumplir sus ordenanzas. El versículo 38 no quiere decir que la Ley de Moisés justificaba de ciertas cosas y que la fe en Cristo fuera medio de justificar al creyente de las restantes, pues el giro algo extraño no significa más que la incapacidad total de la Ley como medio de justificación en contraste con la suficiencia absoluta de Cristo de hacerlo, ya que él ofreció al Trono de Dios una perfecta satisfacción en cuanto a todos los pecados. Esta perfecta apropiación hace posible la justificación de quienes acuden con fe sencilla a Cristo con el fin de apropiarse lo que él realizó por medio de la Obra cumbre de todos los siglos. He aquí, pues, un pequeño resumen de la gran doctrina de la justificación por la fe que Pablo habrá de exponer en detalle en Gálatas capítulos 2 y 3 y en Romanos capítulos 3 y 4. Hemos notado la coincidencia entre la Proclamación, fuese por la boca de Pedro o de Pablo, pero se entrevé aquí una doctrina fundamental que formaba parte principal de la temática de Pablo al cumplir su misión como “mayordomo de los misterios”.

9. El solemne aviso frente a los menospreciadores (Hch 13:40-41)

Habacuc amonestaba a los rebeldes de su día por anunciar una obra de juicio nacional (**Hab 1:5**). Pablo recoge sus palabras, y tras haber señalado con tanta claridad y poder la gran obra salvadora de Dios, que llegó a su consumación en Cristo, termina por dar un solemne aviso sobre una obra de juicio que alcanzará a los menospreciadores de la gracia de Dios. Los hombres quisieran jugar con las ofertas de misericordia del Omnipotente, suponiendo que por fin no será muy duro con ellos; pero han de aprender que la obra de juicio que alcanzará a los menospreciadores tan real como la obra de salvación que éstos despreciaron: Dios no puede ser burlado.

Los resultados del sermón (Hch 13:42-52)

I. Una ola de interés (Hch 13:42-43)

El poderoso testimonio de Pablo puede calificarse de “sensacional”, en el verdadero sentido de la palabra. Podemos imaginar el revuelo después de que uno de los presidentes hubiese dado fin al culto como tal, viéndose los apóstoles rodeados por muchas personas interesadas, mientras que otros miembros del auditorio formaban corros para comentar de diversos modos el anuncio de la venida del Mesías y de las bendiciones que se ofrecían en su Nombre. Hay mención de “*muchos de los judíos*”, que significaba, sin duda, la minoría de los fieles que, cual Simeón y Ana, esperaban la consolación de Israel y, por ende, reconocieron el mensaje apostólico como Palabra de Dios. La frase “*piadosos prosélitos*” es un poco especial y podría significar verdaderos prosélitos, ya circuncidados y judíos de religión, que guardaban aún su sencillez y cuyo corazón se abría ante el mensaje de vida; o podía ser un modo algo diferente para designar a los “*temerosos de Dios*” que no se habían circuncidado, a quienes Pablo se había dirigido expresamente dos veces durante su mensaje (**Hch 13:16,26**). Es evidente que la Palabra del Evangelio se recibía con gozo especial por los gentiles que asistían a las reuniones de las sinagogas buscando algo más elevado que las supersticiones e inmundicias de los sistemas paganos de religión, y que los tales, en muchos lugares, llegaban a formar el núcleo de las nacientes iglesias cristianas. Los sencillos de corazón “*siguieron*” a los apóstoles, y fueron exhortados a perseverar en la gracia de Dios. Así se iban colocando las primeras “*pedras vivas*” sobre el fundamento de Cristo.

2. La oposición inevitable (Hch 13:44-52)

La noticia de la extraordinaria reunión celebrada en la sinagoga el sábado cundió por todos los estratos sociales de la ciudad, despertando vivo interés en los forasteros y su mensaje, hasta tal punto que el sábado siguiente, *“casi toda la ciudad”* se juntó para oír la Palabra de Dios. La sinagoga, por amplia que fuese, resultaría insuficiente para tal multitud; la mayoría de los judíos, cegados por su sistema, se llenaron de celos, y —quizá por boca de algunos de los presidentes de la sinagoga— contradecían a los apóstoles, blasfemando, lo que indica que lanzaban insultos contra el precioso Nombre. El Maestro había predicho las consecuencias de la proclamación de su mensaje en el mundo, con referencia especial a los judíos (**Mt 10:16-42**) (**Mt 24:9-10**) (**Lc 12:49-53**), pero la amarga separación, causa de tanto dolor de corazón y de tribulación para algunos, motivó la formación del núcleo de una nueva iglesia local, agregándose luego los gentiles en la medida en que el Evangelio se daba a conocer entre ellos.

Hay evidencia de que el judaísmo en Frigia no mantenía *“las costumbres de los padres”* en toda su pureza, pero eso no impedía la reacción hostil al Evangelio, motivada no sólo por el fanatismo, sino también por los celos y los intereses creados.

3. El testimonio a los gentiles (Hch 13:46-49)

Pablo y Bernabé no se acobardaron frente a las olas de oposición, sino que analizaron públicamente la situación así creada. Era necesario proclamar el mensaje primeramente a los judíos, pero, al rechazar ellos la voz de Dios, los mensajeros se hallaron libres para dirigirse positivamente a los gentiles (**Hch 13:46-47**). Los incrédulos habían evidenciado que no eran dignos de la vida eterna al oponerse al testimonio que los apóstoles dieron con la manifiesta potencia del Espíritu Santo, firmando, por decirlo así, su propia sentencia de muerte eterna (**Hch 13:46**).

Los misioneros citaron (**Is 49:6**), versículo que se halla en una de las *“canciones del Siervo”*, en el que el Siervo-Mesías recoge la antorcha del testimonio de las manos paralizadas del Siervo-Israel, asegurándole Dios que no sólo había de levantar de nuevo a las tribus de Jacob sino que llegaría a ser luz también para los gentiles y medio de salvación hasta los fines de la tierra. Había de cumplir una doble misión: la de restaurar a Israel y la de extender la luz y la salvación entre todas las naciones. El rechazamiento del Evangelio por los judíos de Antioquía enfatizó la necesidad y la conveniencia de *“volver a los gentiles”*, sin que por eso Pablo se olvidara jamás en otros lugares de su obligación de presentar a Cristo en primer lugar al pueblo escogido.

Los judíos se escandalizaron porque los predicadores ofrecieron la bendición del Evangelio en igualdad de condiciones a gentiles y a judíos, pero lo que fue motivo de resentimiento entre los últimos fue ocasión de gran gozo para los primeros, pues *“los gentiles oyendo esto se regocijaban, y glorificaban la palabra del Señor”* (**Hch 13:48**).

4. El rollo de la vida (Hch 13:48)

La declaración de que *“creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna”* ha llenado a algunos lectores de perplejidad, y aún de dudas, al pensar si quizás ellos se hallasen o no entre los “preordinados” para la salvación. Este no es el lugar para desarrollar el tema de la predestinación, pero sí podemos traducir más exactamente el texto, ya que el participio *“tetagmenoi”* se emplea en los papiros para indicar *“los inscritos”* en algún libro o registro. Todos cuantos se hallan *“en Cristo”* son escogidos *“en él”* desde antes de la fundación del mundo (**Ef 1:4**), y la misma verdad se expresa por la figura de un rollo, o libro de vida, en el que se hallan inscritos los salvos (**Lc 10:20**) (**Fil 4:3**) (**Ap 13:8**). No estamos autorizados para deducir del hecho de la preordinación de los creyentes en Cristo que exista otra preordinación individual para la condenación; nos toca

a todos escuchar el Evangelio que ofrece la vida eterna a *“todo aquel que cree”* y ninguna alma sumisa necesita temblar ante los sabios, justos y misericordiosos designios del Omnipotente.

5. La difusión del Evangelio (Hch 13:49)

“La palabra del Señor se difundía por toda aquella provincia”, que señala el éxito de los métodos de los apóstoles. No necesitaban ellos mismos gastar tiempo en infinidad de viajes por los llanos y las sierras en busca de aldeas y caseríos. Los mismos convertidos se encargaron de ello, y seguramente gran parte de esta extensa labor evangelizadora se realizaba en el curso de los movimientos normales de los cristianos, quienes *“charlaban el Evangelio”* mientras seguían sus ocupaciones normales. Véase el primer párrafo de esta sección, *“La estrategia misionera de Pablo”*.

6. Persecución y salida de Antioquía (Hch 13:50-52)

Sir William Ramsay nos informa que las mujeres de esta región de Frigia-Pisidia solían destacarse en los asuntos públicos de la ciudad, ejerciendo una influencia sobre ellos que era desconocida en las ciudades de Grecia. Es probable que algunas de las mujeres distinguidas de Antioquía solían asistir a los cultos de la sinagoga y por eso prestarían oído a lo que los presidentes incrédulos les dijeran sobre las peligrosas herejías de los visitantes. Por medio de las mujeres, los jefes de los judíos ganaron el oído de sus maridos, los dirigentes de la vida civil de la colonia romana, lo que no excluye la posibilidad de influencias más directas, ya que los judíos desde siempre han manejado los asuntos financieros de las regiones donde residen. Fuese por un medio, fuese por otro, los elementos oficiales de la ciudad se pusieron de parte de los judíos y ordenaron la expulsión de los misioneros (**Hch 13:50**). El gesto de los apóstoles al sacudir el polvo de la ciudad de sus pies puso de manifiesto la grave responsabilidad de quienes rechazaban el Reino; era, sin duda, una señal bien conocida de condenación y de separación, habiendo sido recomendado por el mismo Señor a los Doce en el caso de que cualquier ciudad rechazase tanto a ellos como el celestial mensaje que proclamaban (**Mt 10:14**).

7. El camino a Iconio (Hch 13:51-52)

Fuese por el impulso de la persecución, fuese por verse cumplida su misión en Antioquía, los apóstoles no habrían tardado en tomar la ruta romana que salía al Este en dirección a Iconio, pues ya hemos visto que les tocaba a ellos fundar las iglesias y equipar las bases de testimonio, pasando luego a otros puntos estratégicos.

Los nuevos discípulos habían aprendido mucho en poco tiempo, y en lugar de amedrentarse, o pasar el tiempo lamentando la pérdida de sus amados maestros, *“estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo”*: muy animados, pues, para el cumplimiento de su propia obra como testigos en la localidad. De estos versículos, juntamente con (**Hch 14:22-23**), sacamos la impresión de iglesias de buen temple espiritual, bien forjadas en el horno de aflicción, dotadas de buenos guías que el apóstol pudo nombrar en el curso del viaje de regreso; en vivo contraste, la impresión que sacamos de la Epístola a los Gálatas sobre las iglesias que *“tan pronto”*, o *“tan súbitamente”* se habían apartado de la sana doctrina por la influencia de unos indignos enseñadores judaizantes es muy diferente, lo que no deja de ser una consideración que hemos de tener en cuenta al estudiar la cuestión de si la Epístola se dirigiera a estas mismas iglesias del sur de la provincia romana de Galacia o a otras fundadas en la Galacia étnica durante el segundo viaje de Pablo.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre el verdadero significado y la importancia de la “*separación*” de Bernabé y Saulo para una misión especial según se describe en **(Hch 13:1-4)**.
2. Hágase un resumen de la Obra efectuada por los misioneros en la isla de Chipre **(Hch 13:4-12)**.
3. Dé un resumen del discurso de Pablo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, notando su importancia como modelo de la presentación del Evangelio frente a los judíos de la Dispersión.

Establecimiento de iglesias durante el primer viaje misionero de Pablo (Hechos 14:1-28)

Consideraciones geográficas

Una mirada a un mapa bíblico orientará al estudiante sobre la posición de la ciudad de Iconio con respecto a Antioquía de Pisidia. Los misioneros, al alejarse de Antioquía, donde por el momento se había terminado su obra, seguirían la carretera romana en dirección este-sudeste, evitando aquella otra que les habría llevado directamente a Listra en dirección sudeste. Iconio (modernamente “Konia”) era también un centro militar romano por la misma razón que Antioquía: por hallarse en un punto estratégico de la carretera principal que atravesaba el corazón de Asia Menor desde el Oriente al Occidente. Más tarde, bajo el emperador Adriano, había de ser reconocida como colonia romana.

Los testimonios antiguos sobre las relaciones regionales y étnicas de Iconio son algo confusos, pero hoy en día los eruditos creen que de hecho pertenecía a Frigia (dentro de la provincia administrativa de Galacia en la época que tratamos) a pesar de que algunos autores clásicos la situaban en Licaonia por hallarse próxima a las fronteras de dicha región. Inscripciones en lengua frigiana que se han hallado sobre el terreno determinan la cuestión, y Lucas mismo presenta a los misioneros como huyendo de Iconio en dirección a *“Listra y Derbe, ciudades de Licaonia”*, lo que confirma la diferencia que acabamos de apuntar.

Sin llegar a la importancia de Antioquía, Iconio no dejaba de ser un centro importante, tanto militar como comercialmente, hallándose allí una numerosa colonia de judíos.

Lucas presenta a Antioquía y su comarca, Iconio (sin mención de su comarca), Listra y Derbe con su comarca, como distritos administrativos dentro de la parte sur de la provincia romana de Galacia, que ofrecían campos de trabajo aptos para los misioneros; allí evangelizaron, fundando iglesias que luego habrían de extender el Evangelio por los contornos. El hecho de que Lucas nada dice de la evangelización de un distrito alrededor de Iconio no indica que la iglesia no cumpliera su función como antorcha dentro de su región, pues selecciona casos típicos, dejando que el lector infiera que el desarrollo de la Obra fuese análogo en otros centros. Tanto el distrito alrededor de Antioquía como el de Listra y Derbe se conocían como comarcas oficiales (“partidos”), señaladas por los romanos a los efectos de su administración. Sir William Ramsay cree que Pablo, ciudadano romano, criado en Tarso, conocido centro de cultura helenista, sólo quería evangelizar dentro de tales áreas organizadas por Roma. Cita el hecho de que el apóstol vuelve atrás al llegar a la parte de la región de Licaonia que caía dentro del reino de Antíoco (rey protegido por Roma). Ya hemos considerado a Pablo de Tarso como el hombre mejor preparado para presentar el Evangelio al mundo grecorromano que tan bien conocía, pero es posible que Ramsay exagere la importancia que Pablo concediera a su ciudadanía romana, ya que la daba a conocer sólo cuando importaba mucho hacerlo para la defensa o el adelanto de la Obra. Los términos de su autobiografía en **(Fil 3:4-7)** se limitan a su estirpe israelita, a su celo como fariseo por las tradiciones de sus padres y a su cumplimiento externo de la Ley. Un rabino fariseo, por mucho que conociera el mundo grecorromano, siempre lo tendría por enemigo, de modo que no podemos deducir de los movimientos de Pablo más que la aplicación de su sabia táctica al aprovechar las facilidades que le prestaban las rutas romanas, la medida de orden que prevalecía bajo su régimen —muy relativa desde ciertos puntos de vista— y el hecho de hablarse el griego

por personas más o menos educadas en los pueblos y poblaciones de alguna importancia del Este del Imperio. Es natural que evitara pueblos escondidos, sin importancia estratégica, donde los habitantes no entenderían más que su idioma local; éstos podrían ser evangelizados por los convertidos de los centros importantes. Pero no hemos de confundir móviles que atañían a su plan estratégico con otros de orden sentimental o de predilección personal, ya que Pablo, como apóstol, se sentía deudor a *“griegos y a no griegos a sabios y a no sabios”*, sin dejar de anteponer, siempre que le fuese posible, los derechos primordiales de los judíos a los de los gentiles (**Ro 1:13-16**).

El viaje de regreso por la ruta anterior —en lugar de atravesar la sierra del Tauro por el puerto llamado “las Puertas de Cilicia”, cerca de su ciudad nativa de Tarso—, obedeció a la necesidad de confirmar las iglesias ya fundadas, según veremos en su debido lugar, de acuerdo con un propósito que se destaca a través de toda su obra misionera.

La obra en Iconio (Hch 14:1-6)

En la sección anterior pudimos apreciar el detalle de la obra típica que realizaron los misioneros en la Antioquía de Pisidia, y muy especialmente el cuidadoso resumen que Lucas presenta del mensaje de Pablo en la sinagoga. El historiador no estuvo presente personalmente en aquella ocasión, pero se ve claramente que consideraba la entrada del Evangelio en Antioquía, con la formación allí de una iglesia de creyentes sacados tanto del judaísmo como de la gentilidad, como un hito importante de las jornadas del apóstol, de cuyos labios —o apuntes— recibiría la exacta y detallada información que luego plasmó en su relato. Lucas ya supone que el lector estará al tanto de los métodos de Pablo, lo que le permite abreviar los relatos sucesivos, además de omitir toda referencia a campañas que habrían podido ser igualmente importantes si se piensa en el número de almas convertidas y de iglesias fundadas, pero que no revelaron ninguna norma nueva ni ilustraron la marcha del Evangelio hacia Roma.

1. Unos comienzos fructíferos (Hch 14:1)

De nuevo el testimonio se inicia en la sinagoga, por las mismas razones que ya consideramos en el caso de Antioquía. ¡Cuánto esforzado trabajo y cuánto denuedo frente a la inevitable oposición judaica se hallan implícitos en la sencilla frase: *“Y hablaron de tal modo que creyó una gran multitud, así de judíos como de griegos”*! Sobre todo la expresión *“de tal modo”* señala la operación del Espíritu Santo por medio de los mensajeros que anunciaron el Evangelio como *“potencia de Dios para todo aquel que cree”*.

2. Oposición, perseverancia y señales (Hch 14:2-3)

Podemos suponer que el *“denuedo”* de los misioneros se necesitaba desde el principio frente a la oposición normal a la predicación del Evangelio de Cristo en la sinagoga, pero Lucas subraya en (**Hch 14:2**) un movimiento organizado por los judíos incrédulos (*“refractarios”* o *“recalcitrantes”* da el sentido mejor) con el fin de excitar y enconar los ánimos de los gentiles, no sólo contra lo que llamarían *“doctrinas heréticas”*, sino contra los hermanos mismos, que sin duda sufrían las consecuencias de la ola de persecución en sus cuerpos y sus circunstancias.

El principio de (**Hch 14:3**), *“por tanto se detuvieron allá bastante tiempo”*, tiene su lógica espiritual a pesar de que algunos eruditos no ven la relación con el versículo anterior. Nosotros habríamos dicho: *“A pesar de la persecución permanecieron allí bastante tiempo”*, pero Lucas escribe desde el punto de vista divino, viendo que tanto la bendición como el movimiento de fiera oposición podrían determinar la prolongación de la estancia

de los siervos de Dios hasta que hubiesen terminado su jornada de trabajo en Iconio. La Palabra se extiende por diversos medios, y lo importante es poder discernir el tiempo para quedar o el momento de huir.

Hallamos aquí una de las pocas notas sobre los milagros realizados por Pablo y sus compañeros. Ellos seguían hablando con denuedo y *“el Señor... daba testimonio a la Palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por las manos de ellos señales y prodigios”*. Al meditar en el ministerio de Pedro y de sus colegas en Jerusalén hicimos ver que “épocas milagrosas” suelen producirse con el fin de armar a los siervos de Dios de credenciales y de poder frente a las potencias enemigas que quieren estorbar la entrada de la Palabra. Es natural, pues, que Dios concediera señales de sanidad en Iconio —es de suponer que los prodigios fuesen curaciones—, para que sus siervos pudiesen hacerse fuertes contra la campaña de odio y de calumnia que los judíos refractarios habían levantado en contra suyo. Al mismo tiempo las curaciones ilustraron la *“Palabra de gracia”*, tan diferente de la caricatura de ella que presentarían los judíos a las autoridades. Los milagros pueden constituir *“las señales de un apóstol”* (2 Co 12:12), pero siempre en combinación con la Palabra, que es válida por sí misma, si es acompañada o no por ilustraciones milagrosas.

3. División, un complot y una huida (Hch 14:4-7)

Por una parte, la maliciosa campaña de los enemigos producía sus tristes efectos de cerrar oídos a la Palabra y de excitar los ánimos en contra de los misioneros y los hermanos; por otra, la misma Palabra, reforzada por medio de obras de gracia, llegaba a los corazones y convertía las almas. Una vez más se cumplió la penetrante predicción del Maestro: *“¿Pensáis que he venido para dar paz en la tierra ? Os digo: No, sino disensión. Porque de aquí en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres...”* (Lc 12:51-52). O la luz ha de prevalecer del todo, o las tinieblas han de ahogarla totalmente, o ha de haber división entre quienes reciben la Luz y quienes prefieren quedar en las tinieblas. Tal fue el caso en Iconio, y comentándose el Evangelio ya por toda la ciudad —la persecución es a veces buena propaganda—, *“unos estaban a favor de los judíos (los incrédulos) y otros a favor de los apóstoles”*. Sacamos la impresión de que la división afectó a todos los estratos de la sociedad de Iconio.

Podemos suponer que los judíos de Antioquía habían enviado agentes para coordinar la oposición de las colonias judaicas en contra de los misioneros, como lo hicieron más tarde en Listra. Sea ello como fuere, tanto los judíos incrédulos como los gentiles tomaron parte en un complot que tuvo por finalidad afrentar y apedrear a la compañía apostólica. La mención de los gobernantes aquí y la insinuación de que se pensaba en la muerte por lapidación parece indicar que los judíos habían formulado una acusación de blasfemia ante sus propias autoridades de la sinagoga, esperando que fuese admitida por los gobernantes gentiles, quienes no habrían podido prestar su apoyo a un mero movimiento hostil de la turba con miras a un linchamiento.

Hay épocas en que los siervos de Dios han de mantener su testimonio en determinado lugar sin moverse y hay otras en que la oposición produce tanta confusión y cierra tan herméticamente las puertas, que lo más sabio es huir: no para salvar la piel, sino para seguir testificando en otros lugares donde quedan puertas abiertas. De nuevo es el mismo Señor de la mies que señala las tácticas a seguir: *“Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas... cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra...”* (Mt 10:16,23).

Los apóstoles, avisados en cuanto al peligroso complot que los enemigos urdían, salieron a tiempo por la carretera del Sur, en dirección a Listra, dejando Frigia y pasando a la región de Licaonia, en la parte que se administraba directamente por los romanos.

El testimonio en Licaonia (Hch 14:6-21)

1. Los misioneros en Listra (Hch 14:7)

La curación del hombre impedido en Listra, con sus dramáticas consecuencias, ocupa la mayor parte de la porción que tenemos delante y absorbe la atención del lector; pero la sencilla frase: “*y allí predicaban el Evangelio*”, o “*seguían predicando el Evangelio*”, resume todo aquello que Lucas no tiene por qué detallar, ya que puede entenderse que el desarrollo de la obra en Listra seguiría más o menos el patrón de Antioquía y de Iconio. El hecho de ser Listra una población de importancia comercial, y teniendo en cuenta que los judíos en Antioquía pudieron ejercer allí considerable influencia (**Hch 14:19**), nos hace pensar que existía allí una colonia judía con su sinagoga correspondiente. En tal caso, hemos de suponer un período de predicación que empezaría dentro de la sinagoga y que luego saldría fuera de ella, sea por necesidad, sea por el propósito fijo de los apóstoles, dando lugar a la formación de una iglesia importante, con su presbiterio y sus dones proféticos, según se echa de ver posteriormente cuando Timoteo fue encomendado a la Obra del Señor precisamente por la iglesia de Listra (**Hch 16:1-3**) (**1 Ti 1:18**) (**1 Ti 4:14**) (**2 Ti 1:14**) (**2 Ti 3:10-15**).

El milagro se realizó a la vista de las gentes, lo que nos hace suponer que Pablo había hallado oportunidades para testificar en la plaza. El hombre mismo —que podría o no ser un mendigo—, había oído la Palabra hasta el punto de tener fe para ser sano.

En un momento de excitación los habitantes de Listra dieron sus gritos “*en lengua Licaonia*” (**Hch 14:11**), pero no hemos de suponer que nadie hablara el griego allí. Se trata de unas condiciones lingüísticas algo complejas. Los licaonios hablarían su propio idioma entre los suyos siempre, pero los más educados o quienes habían viajado o hecho negocios serían bilingües, expresándose con más o menos facilidad, según su cultura y sus contactos anteriores, en el idioma griego, tan extendido por toda la parte oriental del Imperio. Los misioneros, pues, podían desarrollar una extensa labor valiéndose del griego, pero tropezaban a veces con la dificultad de hallarse en una región donde se hablaba con preferencia un idioma que desconocían.

2. El milagro de sanidad (Hch 14:8-10)

Si no todos los licaonios entendían los mensajes de los misioneros, que pronunciaban en griego, todos pudieron comprender algo de la potencia que se echó de ver en la “*señal*”, cuando el hombre cojo fue restaurado hasta el punto de poder ponerse de pie de un salto y empezar a andar. Es verdad que muchos interpretaron la señal en términos de sus falsas tradiciones idolátricas, pero no hemos de suponer que no hubo nadie en la ciudad que no viera la relación entre el mensaje de los siervos de Dios y la obra de gracia y de poder que efectuaron.

Muchas veces se han señalado los puntos de semejanza entre este milagro de sanidad y aquel que obró Pedro en el Nombre de Jesús delante de la Puerta Hermosa del Templo (**Hch 3:1-8**), y hemos hecho breve referencia a las teorías que suponen que Lucas se esforzaba por poner a su héroe, Pablo, a la altura de Pedro, reduplicando las circunstancias y las victorias de éste en las experiencias y obra de Pablo. Admitimos que existe un paralelismo, pero lo hallamos muy natural, ya que los dos siervos de Dios actuaban como apóstoles, bien que en distintas esferas, siendo su mensaje igual como también el poder de Dios que en ellos operaba. Si uno u otro se diera cuenta de que fuese la voluntad de Dios que sanara a un cojo, las circunstancias tendrían que ser, sobre poco más o menos, iguales. En los casos de referencia se recalca el estado desesperado del paciente frente a la ciencia médica de aquellos tiempos, llamando Sir William Ramsay las

tres frases de Lucas aquí “tres golpes de martillo”: “...cierto hombre imposibilitado de los pies..., cojo de nacimiento..., que no había andado jamás...”. Los dos apóstoles fijan su vista en el enfermo, empleándose el mismo verbo griego en los dos casos. Aquí, sin embargo, se hace mención especial de la fe del cojo, que hace posible su sanidad: lo que se supone en el caso del impedido en el Templo, pero que no se hace constar. El mandato, “¡Levántate!” es igual, como es natural, pero no se nota que Pablo diera la mano al cojo, y no hace uso de la frase “en el Nombre de Jesús de Nazaret”: de gran efecto en el caso del sanado por Pedro, pues suscitaría el recuerdo de tantas obras de sanidad realizadas por Jesucristo en Israel. Los dos se hallan completamente sanados, bien que la descripción es más expresiva en **(Hch 3:7-8)**.

No hace falta repetir lo que ya se ha expuesto sobre el valor y la función del ministerio de las obras de poder, y remitimos al lector a las notas sobre **(Hch 5:12-16) (Hch 8:6-7) (Hch 14:3)**.

3. La reacción de los licaonios (Hch 14:11-13)

“Demasiado éxito” tuvo la señal, pues la gente que la había presenciado, al ver al cojo de nacimiento levantarse y andar normalmente al mandato de uno de los dos forasteros, ambos de porte distinguido, llegaron a la conclusión que los dioses se habían dignado visitar su ciudad, siéndoles más fácil llegar a tal suposición por cuanto eran politeístas, pareciéndose mucho los dioses del panteón griego (aceptado con modificaciones por los habitantes de Frigia y de Licaonia) a seres humanos, de iguales pasiones pero con poderes extraordinarios. Todos los comentaristas recuerdan una leyenda que se transmitía precisamente en aquella región sobre una visitación en forma humana de los dioses Zeus y Hermes (llamados Júpiter y Mercurio por los romanos), quienes, después de haber sido rechazados bruscamente por los habitantes en general, hallaron una acogida cortés en el hogar de un buen matrimonio llamado Filemón y Baucis. La simpática historia ha llegado a ser parte del patrimonio literario mundial por hallar eco en “Las Metamorfosis”, de Ovidio. No sólo eso, sino que los arqueólogos han hallado santuarios en Licaonia dedicados precisamente a aquellos dioses conjuntamente, todo lo cual viene a demostrar que el ambiente religioso de Listra se prestaba admirablemente a fomentar la ilusión de que Zeus y Hermes hubiesen descendido allí en semejanza de hombres. Nos sale al paso otra prueba de la exactitud de Lucas como historiador, pues, ¿quién habría podido combinar tantos elementos fieles al color local de un distrito no muy conocido si no se basara su relato sobre información que correspondiera exactamente al lugar y al momento que describe?

Zeus era “padre de los dioses”, cuya autoridad residía más bien en su propia persona, servida por otras divinidades inferiores como Hermes, mensajero de los dioses, patrón del comercio y de la elocuencia. Los listrianos, ilusionados por la idea de una visitación divina, consideraban que Bernabé, de porte sobrio y más callado que Pablo —según se supone— sería Zeus, mientras que el apóstol, siempre activo y elocuente, había de ser Hermes. No parece ser que en lo físico Pablo reflejara mucho de la hermosura de la célebre estatua de Hermes por Praxíteles, pero una multitud, excitada por una ilusión, no había de fijarse muy detenidamente en las facciones de su “dios”.

4. El intento de ofrecer sacrificios a los misioneros (Hch 14:13-14)

A la entrada de la ciudad se hallaba un templo dedicado precisamente a Zeus, cuyo sacerdote (o sacerdotes) vio la posibilidad de sacar buena partida de la imaginada “visitación”, sin importarle demasiado quizá que fuese verdadera o supuesta con tal que diera fama al santuario y que aumentara las contribuciones de los devotos de Zeus. Él mismo, pues, tomó la iniciativa de traer toros, adornados con las guirnaldas de rigor, a fin de ofrecer sacrificios a los “dioses”.

Es de suponer que Pablo y Bernabé tardaran algo en reaccionar por no entender los gritos en la lengua licaonia, no echando de ver el significado de tanto vocerío y movimiento hasta serles indicado que se colocasen convenientemente para el acto del sacrificio. Como buenos hebreos, quedaron horrorizados ante el intento de implicarles en un acto blasfemo y rasgaron sus vestidos en un dramático gesto de protesta y de dolor. Lejos de subir a algún estrado, se lanzaron en medio del pueblo para dirigirles la palabra como hombres entre otros hombres. La multitud y los sacerdotes paganos quedarían desilusionados, pero tuvieron que escuchar el mensaje de quien no era Hermes, supuesto mensajero de dioses creados por la imaginación de los hombres, sino el apóstol de Jesucristo, Dios manifestado en carne.

5. El mensaje de Pablo a los licaonios (Hch 14:14-18)

Es seguro que, en un momento de crisis, Pablo actuaría como portavoz de los dos siervos de Dios, resultando ser bastante más difícil su cometido que el de Pedro en los atrios del Templo después de la curación del cojo allí; además de la dificultad de que no todos entenderían bien el griego, los listrianos carecían de toda idea del Dios único y omnipotente revelado por medio del Antiguo Testamento. Pedro pudo hablar del Dios de Abraham, seguro de despertar olas de simpatía y de comprensión en su auditorio; pero Pablo había de proclamar al Dios verdadero frente a idólatras ignorantes y atrasados, que ni siquiera habían tenido la preparación filosófica que facilitó en algo la tarea de dar a conocer a Dios más tarde ante los sabios atenienses del Areópago. Su discurso —muy abreviado aquí por supuesto— es una maravilla de adaptación, y resulta ridícula la crítica de que no llega hasta presentar el Evangelio. Como introducción a posibles mensajes posteriores, Pablo no pudo hacer otra cosa sino aprovechar el intento de sacrificio como trampolín para presentar la idea fundamental de un Dios creador, el Dios que era Fuente de los bienes que disfrutaban los licaonios: conceptos que podían revestirse de algún significado aun tratándose de personas tan limitadas y extraviadas en cuanto a lo religioso y lo espiritual.

a) El preámbulo del mensaje (**Hch 14:15**). *“varones... ¿por qué hacéis esto? Nosotros también somos hombres semejantes a vosotros”*. Hacía falta deshacer primero la idea de una visitación de unas divinidades por recalcar que los predicadores eran hombres de igual naturaleza que los licaonios, siendo por lo tanto sacrílego el acto de culto que querían ofrecerles y una ofensa contra el Dios verdadero que habían de proclamar.

b) Hombres con un mensaje (**Hch 14:15**). No eran dioses, pero sí mensajeros encargados de una proclamación divina, que tuvo por tema la necesidad de volver las espaldas a las *“vanidades”* —término netamente antiguo testamentario al aplicarse a la nulidad de los dioses falsos— y buscar al Dios vivo y verdadero.

c) El mensaje del Dios viviente y Creador (**Hch 14:15**). Pablo solía ser prudente en sus predicaciones, evitando el peligro de herir las susceptibilidades de los devotos de los sistemas de idolatría, aun odiándolos —compárese el testimonio del escribano de Éfeso (**Hch 19:37**)—, pero no por eso dejaba de declarar la falsedad de los dioses *“muertos”* al dar a conocer el poder y la gloria del Dios viviente *“que hizo el cielo y la tierra y la mar y todo lo que en ellos hay”*. Habla como para niños, recalcando las diferentes esferas de la obra creadora del Dios único, que no tiene rival en ningún sector de la Creación. Tal concepto fue una novedad para los paganos, quienes siempre consideraban que diferentes dioses controlaban distintas zonas y esferas del universo, disponiendo de las fuerzas con ellas relacionadas. La proclamación del Dios verdadero constituía un *“evangelio”*: buenas nuevas de la posible liberación de *“la esclavitud bajo los rudimentos del mundo”* (**Ga 4:3**) (**Col 2:20**). La manera de la liberación quedaba para explicaciones posteriores.

d) El mensaje del Dios bondadoso y Dador (**Hch 14:17**). ¿Qué terreno común podía el apóstol hallar entre los términos de su divino mensaje y la comprensión de los ignorantes idólatras de Listra? Su ciudad era centro de amplias áreas agrícolas, que producían los frutos normales del Oriente Medio, ordenándose mucho de la vida de sus habitantes por la sucesión de las estaciones y las temporadas de las diferentes cosechas. “...*si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento de alegría nuestros corazones*”. La antigua religión de Licaonia era una versión de la tan extendida y horrenda “religión de la naturaleza”, cuyos ritos de fecundidad rebajaban la dignidad de la mujer y destrozaban la vida del hogar. Frente a esta degradación del significado de la naturaleza, Pablo ofrece la revelación de un Dios Creador, que manifiesta sus buenas providencias en el campo, manteniendo los intrincados factores que hacen posible la vida del hombre en la tierra.

e) El mensaje del Dios de la paciencia (**Hch 14:16**). Dios mantuvo su “*testimonio*” en la tierra por medio de las lecciones primordiales de sus obras (**Ro 1:19-20**); por los impulsos de la conciencia que discernía el bien y el mal, siquiera en sus líneas generales (**Ro 2:14-15**) (**Ro 2:7-10**); por sus amplias providencias al ordenar las esferas y los tiempos de los hombres (**Hch 17:26-27**); por conceder los bienes de la Naturaleza como se nota en (**Hch 14:17**); por despertar los profundos anhelos de los hombres que contemplaban todas sus providencias con el fin de que buscasen la gloria, la honra, la inmortalidad y la vida eterna (**Ro 2:7-11**). Con todo, no hubo intervención directa durante las generaciones anteriores al mensaje del apóstol, dejando Dios que los hombres siguiesen sus propios caminos, a la débil luz (fuera de Israel) de su revelación general que sirvió para que los hombres siquiera “*palpando, puedan hallarle*” (**Hch 17:27**). La “filosofía de la historia” aquí y en el discurso frente al Areópago es idéntica, aunque simplificada en este lugar como conviene a la sencillez y la ignorancia de los oyentes.

f) El mensaje del Dios que llama a la conversión (**Hch 14:15**). Habríamos esperado que Pablo terminase recalcando el fin de los tiempos de paciencia y del aparente descuido, haciendo un llamamiento al arrepentimiento, ya que Dios había señalado el día de salvación y de juicio en Cristo. Pero no llega ni al tema del Hombre designado por Dios como Juez como en el mensaje frente al Areópago, quizá porque notaba señales de una falta absoluta de comprensión de parte de quienes se molestaban al ver cómo se desvanecía la esperanza de una “visitación celestial”, que habría llevado implícita en sí una promesa de bienes materiales tanto para el Templo de Júpiter como para los listrianos en general. Hubo dificultad en persuadir a las gentes que desistiesen de su intento supersticioso, y sin duda quedaron desilusionadas y desorientadas, no sabiendo qué hacer con “*dioses*” que no querían serlo. Sospechamos que la reacción posterior en contra de los apóstoles se motivó en gran parte por esta desilusión, como también por las maniobras del sacerdote que se veía defraudado de sus esperanzas de pingües beneficios.

6. El “dios” de ayer es apedreado hoy (Hch 14:19-20)

Los judíos de Antioquía tuvieron que andar unos 150 kilómetros para “meter baza” en los asuntos de Listra. La llegada de la embajada hebrea evidencia el contacto íntimo entre las colonias judaicas y apoya nuestra tesis de que los apóstoles habían efectuado una labor considerable en Listra antes del milagro, tanto en la sinagoga como fuera de ella. No podemos fijar el período de tiempo que mediara entre el intento de adoración y el cambio radical en la actitud de la multitud. Lucas abrevia dentro del compás de unas cuantas palabras procesos que necesitaban su tiempo de incubación, con el fin de pasar rápidamente a los factores significativos que quería subrayar. Psicológicamente la reacción no es tan extraña como parece, pues se trata de multitudes inestables, fácilmente movidas por estímulos de orden sentimental; patriótico o material. En Listra

muchos habían oído y aceptado la Palabra de Dios, pero las meras “*multitudes*”, que habían sufrido el desengaño de ver rechazado su entusiasta e ignorante culto, se prestaron a los manejos de unos demagogos que supieron tocar los resortes más adecuados para sus fines. Los judíos de Antioquía obrarían seguramente a través de sus compatriotas de Listra, conocedores del ambiente, y quizás hallasen un extraño aliado en el desengañado sacerdote del templo de Júpiter.

Con notable brevedad —tan distinta de la prolijidad encomiástica de las martirologías del siglo siguiente—, Lucas nota que los judíos que habían venido con el intento de estorbar la obra apostólica tuvieron notable éxito en lo externo, ya que persuadieron fácilmente a las gentes a que apedreasen a aquel que hacía poco querían adorar como dios. No sabemos cómo se libró Bernabé. El hecho de que Pablo fuese apedreado significa o que los judíos persuadieron a las autoridades gentiles de que el asunto caía dentro de su jurisdicción, o que las autoridades se hacían ciegas frente a un acto de linchamiento en el que el apóstol fue gravemente herido por pedradas en la plaza pública. Lucas nota que el cuerpo, que suponían cadáver ya, fue arrastrado fuera de la ciudad, lo que apoya más bien la segunda hipótesis. Al redactar la 2 Epístola a los Corintios, Pablo nota este atropello como la única ocasión en que fuese apedreado (**2 Co 11:25**); sin duda se incluye también entre las “*persecuciones y padecimientos*” que sobrevinieron al apóstol en Listra y el distrito según el conocimiento personal de Timoteo (**2 Ti 3:10-11**).

7. Pablo recibe ayuda de Dios y sigue su camino (Hch 14:19-20)

La veleidad, crueldad e indiferencia de los listrianos no son excepcionales, sino comunes a todos los sistemas paganos. Apedrearon al hombre que no les había hecho sino bien y por medio de quien se había manifestado la potencia de Dios. No contentos con ello, arrastraron el magullado cuerpo fuera de la ciudad, donde lo dejaron por muerto, lo que, en su intención, significaba que quedaría a la merced de los chacales y de los buitres, los enterradores de los pobres y de los ajusticiados en aquellos tiempos del auge de la civilización romana. Hechos acontecidos recientemente en países paganos, a mediados de este siglo XX, demuestran que el “corazón” del paganismo es siempre igual, quedando patente que tantos de los beneficios de la civilización occidental manan directa o indirectamente del cristianismo.

La multitud se fue, para celebrar el suceso del día en las tabernas con chistes y excesos de vino. Pero “*los discípulos rodearon a Pablo*”, con deseos de serle de ayuda si quedara en él alguna chispa de vida, o de darle un entierro cristiano si había fallecido bajo los terribles impactos de las piedras. No hacía falta ni el entierro ni los cuidados especiales, pues Pablo, que no había muerto, pudo levantarse y entrar (de noche quizá) en la ciudad. No se trata de un milagro de resurrección, pero sí de una intervención milagrosa por la cual Dios reanimó a su siervo físicamente, pues normalmente tal experiencia, tanto por los efectos de las pedradas como por el “shock” nervioso, habría determinado meses de enfermedad. Lucas no hace mención ni del asombro de los hermanos ni de sus exclamaciones, sino que añade sencillamente: “*y al día siguiente salió con Bernabé para Derbe*”. Habría sido un viaje bastante largo aun para un hombre en la plenitud de sus fuerzas, pero Pablo, por el suministro de la gracia especial de Dios, lo realizó después de un cruel apedreamiento. Aquel día también Pablo habrá oído la voz del Señor diciéndole: “*Bástate mi gracia: mi poder se perfecciona en la debilidad*”.

8. La obra en Derbe (Hch 14:21)

Según sus normas de redacción, Lucas abrevia la descripción de obras que se parecen a otras anteriores del mismo viaje. Derbe era ciudad fronteriza en el límite del distrito de Licaonia galática, cerca del moderno pueblo turco de Zosta. Sabemos por un solo versículo que los apóstoles predicaron el Evangelio y que hicieron muchos discípulos allí:

que viene a ser la verdadera traducción, y no “y enseñaron a muchos”. Suponemos, pues, que se observó el orden de siempre: la entrada en la sinagoga, el interés y la conversión de bastantes judíos y temerosos de Dios, la extensión de la obra a los gentiles, seguida por la oposición de judíos incrédulos. Pero quedaron “los discípulos”, formando otra iglesia cristiana en una ciudad fronteriza situada en la gran ruta del Oriente al Occidente, levantando la antorcha de su testimonio en medio de las densas tinieblas del paganismo circundante.

El viaje de regreso (Hch 14:21-28)

Ya hemos hecho constar nuestro criterio de que si Pablo y su compañía hicieron un alto en Derbe, volviendo luego por la misma ruta que acababan de andar, no fue por falta de deseos de predicar en el Reino de Antíoco —estado bajo la protección de Roma pero no administrado directamente por la metrópoli—, sino por la necesidad de confirmar las iglesias nacientes y proveer para su gobierno como elemento constante en toda la estrategia misionera del apóstol.

I. La visita de confirmación a Listra, Iconio y la Antioquía pisidiana (Hch 14:22-23)

Lucas no necesita detallar las visitas a las tres principales iglesias fundadas por separado, ya que los siervos de Dios se dedicaron a la misma obra en las tres:

a) Corroboraron los ánimos de los discípulos (**Hch 14:22**). No se implica que los apóstoles notaran ninguna debilidad especial, pues ya hemos observado la madurez de estas iglesias de Frigia y de Licaonia, ganada en la escuela de la aflicción. Lo que se destaca es una etapa necesaria en la vida de todo creyente y de toda iglesia local: la de la confirmación de la obra iniciada por la predicación del Evangelio, y que se lleva a cabo mediante la alimentación espiritual y los primeros ejercicios de niños en Cristo. El futuro desarrollo de la vida de una iglesia se determina en gran parte por las experiencias de los primeros meses de su existencia, y de modo análogo la vitalidad del creyente depende en gran parte de las enseñanzas y ejemplos que recibe durante el período que sigue su conversión. Los gozosos comienzos tienen que confirmarse, o establecerse, iniciando la transición desde el entusiasmo de los primeros tiempos hasta la madurez y el discernimiento espiritual que deben caracterizar las épocas sucesivas. Los medios normales son la exhortación, la enseñanza de la Palabra, la compañía de los santos, que debe proveer buenos ejemplos de lo que ha de ser la vida cristiana.

b) Exhortaban a la perseverancia en la Fe, especialmente en vista de que “es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el Reino de Dios” (**Hch 14:22**). La Fe aquí puede escribirse con mayúscula por tratarse de la totalidad de la doctrina cristiana, en la que los hermanos habían de perseverar a pesar de la presión de muchas tribulaciones. Los siervos de Dios de la época apostólica no sabían nada de los derechos que conceden los estados democráticos a todas las creencias, ni de la protección que otorgan a las tales con tal de que no ofendan contra el orden moral o propaguen ideas subversivas. El nuevo reino de luz había de establecerse en medio del reino de tinieblas, el de Satanás, y el Señor mismo había anunciado que el resultado, hasta el triunfo final, sería “*espada*” y no “*paz*”. Si un cristiano no sufre nada en absoluto por su Fe, bien puede preguntarse si de verdad mantiene un testimonio eficaz en el mundo que rechazó fulminantemente a su Señor, porque “*el discípulo no es mayor que su Señor*”, y no puede ni debe esperar que pueda zafarse de las aflicciones que se acumularán sobre quien primero abrió el Camino. Desde luego la frase aquí no significa que las aflicciones sean el medio por el cual entramos en el Reino, al que se entra por la única puerta de la sumisión

de la fe; pero la oposición del mundo contra quien busca el Reino es tal, que *“sufre violencia, y los valientes lo arrebatan”* (Mt 11:12).

c) Constituyeron ancianos en cada iglesia (Hch 14:23). Ya hemos leído de los *“ancianos”* (*“presbuteroi”*) de la iglesia en Jerusalén, y se supone que el gobierno de comunidades locales por medio de hermanos destacados pasó con mucha naturalidad de las sinagogas a las iglesias cristianas, pero con importantes diferencias en cuanto a las calificaciones de los guías, pues los ancianos cristianos se distinguen por los carismas que reciben del Espíritu Santo y por las obras que a ellos corresponden. Los mismos servidores de la iglesia se llaman *“obispos”* (episcopoi = sobreveedores), término griego que señala la vigilancia de los ancianos en bien de la congregación frente a los peligros de afuera y de adentro. El uso del término *“pastores”* no es tan frecuente, pero un estudio de (Hch 20:17,28) con (1 P 5:1-4) establece la identidad entre *“ancianos”*, *“sobreveedores”* y *“pastores”*, recalcando la primera designación su madurez espiritual (no han de ser neófitos); la segunda, su labor de *“vigilar”*, y la tercera, su obligación de cuidar y pastorear la grey.

d) El modo del nombramiento de los ancianos (Hch 14:23). Se han sacado varias deducciones del verbo *“cheirotoneo”* (nombrar o designar) que ocurre en este versículo, según las tendencias eclesiásticas de los comentaristas. Nosotros quisiéramos comprenderlo en el ambiente de la era apostólica, recordando que las decisiones se realizaban entonces por la potencia del Espíritu Santo, lo que nos aleja tanto de toda idea de una *“sucesión apostólica”* por la imposición de manos, como también del método de votación por la *“iglesia democrática”*. El verbo tiene el significado de *“señalar por la mano”* y dentro de una compañía de ciudadanos libres de alguna ciudad griega podría significar *“votar”*. Al mismo tiempo se emplea para la designación de personas subordinadas por la voluntad de uno de sus superiores, y ya hemos visto, al considerar el nombramiento de *“Los Siete”* de (Hch 6:1-6), que en las Escrituras la potencia y la autoridad siempre proceden desde arriba hacia abajo, o sea, la fuente de ellas es Dios quien manifiesta su voluntad por medio de sus siervos espirituales. Véanse también las notas sobre (Hch 13:1-4). Creemos, pues, que el Espíritu Santo había obrado en ciertos hermanos de las iglesias recientemente fundadas, de tal forma que evidenciaban ya, por medio de su celo, su discernimiento, sus trabajos y su cuidado de la grey que habían recibido el carisma del pastoreo. Pablo y sus colegas, hombres llenos del Espíritu Santo, podían discernir lo que el Espíritu Santo había hecho, y previo consultas como es de suponer, señalaron a los *“ancianos”* que de hecho lo eran ya por la prueba de sus obras. La frase: *“cheirotoneantes de autois presbuterous kat' ekklesian”*, en la que hemos subrayado el pronombre *“autois”* *“para ellos”*, significa por sí que los miembros de las iglesias no escogieron ellos mismos a sus guías, sino que los escogieron los apóstoles con miras al bien de los creyentes. Con todo se supone la presencia y el reconocimiento de la iglesia en un asunto que tanto les interesaba, pues sería imposible que un *“anciano”* o *“pastor”* llevara a cabo su delicado cometido si no tuviera el apoyo de todos los hermanos sanos y fieles de la congregación. La oración con ayuno de (Hch 14:23) se relaciona precisamente con el nombramiento de los guías, lo que subraya la solemnidad de designar a quienes habían de pastorear la iglesia bajo las órdenes del Príncipe de los pastores, y nos recuerda cómo el Maestro pasó una noche en oración antes de nombrar a los Doce (Lc 6:12-16). En una solemne reunión de oración encomendaron a los creyentes *“al Señor en quien habían creído”*, pidiendo especialmente quizá que el poder del Señor descansase sobre la obra de los ancianos, que constituían tanto el corazón como el cerebro de la iglesia local.

2. De Antioquía de Pisidia hasta Antioquía de Siria (Hch 14:24-25)

A Lucas le agradaba notar los puntos que tocaba Pablo en sus viajes, aun cuando no se realizaran grandes obras en ellos, y mayormente si eran puertos de mar. Desde Antioquía de Pisidia cruzaron la sierra en sentido inverso al de su primera entrada en Frigia, llegando a la provincia costera de Panfilia, parando esta vez con el fin de predicar la Palabra en Perge; es de suponer que los misioneros habrán dado su típico mensaje en la sinagoga antes de pasar al puerto de Atalia, desde donde barcos partían con frecuencia para Siria y Egipto. Algunos programas de trabajo tendrían que adaptarse a las condiciones de navegación de entonces, pues los viajes marítimos solamente se efectuaban en verano.

3. Los informes en la iglesia de Antioquía (Hch 14:26-28)

El regreso de Pablo y Bernabé a Antioquía habrá sido motivo de gran alegría para la iglesia, desde donde habían sido encomendados a la obra que acababan de realizar. En el terreno personal los creyentes antiguos se gozarían mucho al renovar sus fraternales contactos con los amados enseñadores de antaño, y seguramente éstos hallarían nuevas almas convertidas al Señor durante su ausencia. Pero aún mayor sería el gozo de todos, en aquellos tiempos de plenitud, al comprobar que, a través de innumerables trabajos y apuros, Pablo y Bernabé habían recibido tal ayuda de Dios que habían podido cumplir su misión, siéndoles concedido abundante fruto entre los gentiles durante la primera expedición por sus tierras. No hay nada que indique que la iglesia exigiera informes por ser la “iglesia madre”, ni que pretendiera autoridad alguna sobre las nuevas iglesias en Frigia y Licaonia, pero sí deseaba participar plenamente, con espíritu fraternal, en todo lo que el Señor iba realizando por medio de sus siervos escogidos, gozándose además al comprobar la contestación a tantas y tantas oraciones que habían presentado al Trono en apoyo de los enviados por el Espíritu con su propia comunión y encomendación. ¿No vale la pena procurar volver a tales normas y reanimar tal espíritu de testimonio y de comunión espiritual y fraternal en el servicio del Maestro en nuestros tiempos? El Señor es el mismo, el campo tan necesitado como siempre, y él no ha señalado cambio alguno en las normas que reveló a los apóstoles.

4. Otro período en Antioquía de Siria (Hch 14:28)

Tanto psicológica como espiritualmente los apóstoles necesitaban un período de comunión y de refrigerio en el seno de una amada iglesia ya formada y bien enseñada, antes de volver de nuevo a sus trabajos pioneros por las provincias del Imperio. Sin duda volvieron al servicio de antes, pero seguramente sin “hacerse indispensables”, preocupándose más bien por la labor de enseñanza y de orientación que capacitara a muchos más a ver su visión y cumplir su obra, según el principio tan fundamental que exploya Pablo en **(2 Ti 2:2)**: *“Lo que has oído de mí... esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros”*.

5. Nota adicional sobre la confirmación de las nuevas iglesias

El hecho de que los misioneros no podían ni querían permanecer más allá de cierto tiempo en las iglesias recientemente formadas, no implica que éstas quedaban desamparadas. En primer término la actuación apostólica se basaba sobre la convicción de que el Espíritu Santo habitaba en cada congregación de fieles, que constituía tanto su “Templo” —los edificios no deberían llamarse “templos” en esta dispensación— como su base de operaciones **(1 Co 3:16-17) (1 Co 12:1-30) (1 Ts 1:6-8)**. En segundo término, los apóstoles, misioneros y maestros de los primeros tiempos no perdían contacto con las iglesias locales, como si fueran islas separadas de las demás, reconociendo que su misma existencia dependía del hecho fundamental de la Iglesia Universal, lo que

implicaba la necesidad de una constante comunión y ayuda mutua. Pablo y sus compañeros ayudaban en la labor de la confirmación de la obra en las iglesias locales por los métodos siguientes: a) Intercedían constantemente por los santos en muchos lugares **(1 Ts 1:2-3) (Col 1:3-4)**. b) Menudeaban sus visitas personales, según el padrón del viaje de regreso de la primera expedición misionera que acabamos de meditar. c) Los apóstoles y sus colaboradores consultaban conjunta y constantemente sobre el desarrollo del testimonio en las diversas iglesias, y según las necesidades que se desprendían de las noticias que llegaban de ellas, animaban a obreros a visitarlas **(1 Ts 3:1-3) (1 Ti 1:3) (Tit 1:5)**. d) Los apóstoles redactaban cartas de exhortación, reprensión y de enseñanza que suplementaban el ministerio oral, algunas de las cuales han llegado a nosotros como las Epístolas, reconocidas como “palabra inspirada”, que forma parte esencial del canon del Nuevo Testamento. Los siervos de Dios tomaban en cuenta lo que Dios hacía dentro de cada iglesia local por medio de los carismas concedidos por el Espíritu Santo, pero sin perder el sentido de responsabilidad frente a las necesidades que surgían. Todos los misioneros comprenderían lo que Pablo llamó *“mi preocupación por todas las iglesias”* **(2 Co 11:28)**.

Temas para meditar y recapacitar

1. ¿Por qué es tan breve la narración de los principios de la obra en Iconio comparada con la de Antioquía de Pisidia? Señálense los rasgos más importantes de la inauguración de la obra en Iconio, indicando lo que podemos suponer por los detalles ya dados en cuanto a otros lugares.
2. Hágase un análisis del discurso de Pablo frente a los paganos de Listra, subrayando cómo se adaptaba al caso de referencia.
3. Discurra sobre los métodos de Pablo para la confirmación de las iglesias locales que iba fundando.

¿Han de ser circuncidados los convertidos gentiles? (Hechos 15:1-35)

Consideraciones generales

1. La posición de los judaizantes

Los apóstoles en general, juntamente con los hermanos destacados de Jerusalén y las iglesias de Judea, habían aceptado el hecho del ingreso de los creyentes gentiles en la Iglesia después de que Pedro había narrado con detalle la manera en que Dios le había guiado por medios inequívocos a predicar el Evangelio en la casa de Cornelio, viendo él y sus compañeros judíos de Jope cómo Dios había derramado el Espíritu Santo sobre quienes aceptaron la Palabra en aquella ocasión, en la que observaron un enlace con el gran acontecimiento anterior del Día de Pentecostés (**Hch 11:1-18**). A nosotros nos puede sorprender que tuviera que haber discusiones sobre la posición de los creyentes gentiles después de tan clara manifestación de la voluntad de Dios; pero situaciones que se han creado a través de los siglos, con sus correspondientes modalidades y estados de ánimo, suelen adquirir tal consistencia que cambios radicales no pueden producirse sino a través de dolorosas luchas, en las cuales muchos malentendidos, disfrazados de verdades seculares, resisten la luz que viene por una nueva revelación de Dios. Los espirituales y humildes entre los creyentes hebreos verían en el relato de Pedro un paso adelante en el curso del cumplimiento del plan total de Dios para la bendición de los hombres y se gozarían en el ensanchamiento del Reino. A otros, sin embargo, les parecía imposible que los creyentes gentiles pudiesen ser admitidos en la Iglesia en igualdad de condiciones con los judíos, pues tal ingreso “sin más ni más” les parecía indicar que Dios se había olvidado de la elección del pueblo de Israel, de las reiteradas promesas de bendiciones específicas pronunciadas a favor de la descendencia de Abraham, de su pacto con este patriarca, del significado del Éxodo y de la entrega de la Ley, de las muchas profecías que confirmaban las promesas de bendición final aun después de manifestarse el fracaso del testimonio nacional de Israel. Su actitud frente a la nueva situación sería la siguiente: “Evidentemente los gentiles que creen pueden entrar en el Reino, como entran los prosélitos en la comunidad de Israel, pero como requisito esencial para ello tendrán que unirse al pueblo de la promesa mediante la circuncisión, para luego someterse a la Ley y a las costumbres, ya que Dios mismo ordenó todo ello desde los principios de nuestra historia. Es verdad que pueden unirse al Mesías; pero ya que quieren allegarse al Mesías de Israel, tendrán que colocarse sobre el mismo terreno que nosotros como Resto Fiel de la nación escogida”.

2. La base del gran cambio

Todo ello parecía muy razonable, pero quienes así razonaban —los judaizantes— se olvidaban de varios factores de importancia esencial:

a) Abraham había sido llamado desde el primer momento, no sólo para ser bendecido en su persona y en la de sus hijos, sino con el fin de ser hecho bendición para todas las familias de la tierra (**Gn 12:3**); Israel se había olvidado de su misión universal, a pesar de las reprensiones y exhortaciones de los profetas.

b) Israel, en su parte oficial, acababa de rechazar a su Mesías, y, por lo tanto, había sido rechazado por Dios como su instrumento especial en la tierra durante la época de la Iglesia (**Ro 11**).

c) El Dios-Hombre, víctima y sacerdote a la vez, había realizado ya el gran hecho único del ofrecimiento de sí mismo en sacrificio para terminar con el pecado en la consumación de los siglos (**He 9:26**). Este hecho no pudo por menos que determinar cambios de fondo en la administración de la gracia de Dios, ya que la obra más fundamental prefigurada en el Antiguo Testamento había llegado a su cumplimiento en la Muerte y la Resurrección del Señor Jesucristo. A Pablo le fue concedida la revelación plena del significado de esta dispensación de la Iglesia, sin que por eso dejase de percibir que las antiguas ramas del “*olivo*” —arraigado éste en las antiguas promesas y pactos—, aun siendo cortadas y rechazadas judicialmente ahora, podrían ser injertadas de nuevo en el mismo “*olivo*”, volviendo Israel a ser medio de plena bendición para el mundo en el porvenir (**Ro 11:17-32**).

3. El aumento en el número de las iglesias gentiles después del primer viaje

La cuestión sobre si los gentiles habían de circuncidarse o no sólo llegó a ser acuciante después del primer viaje misionero de Pablo y de Bernabé. Por la época de la predicación en casa de Cornelio, y aun cuando se fundó la iglesia predominantemente gentil de Antioquía en Siria, la Iglesia en su gran parte consistía de hijos de Abraham, y la bendición gentilicia parecía ser algo marginal al propósito general de Dios. Los creyentes hebreos aún esperaban que el Evangelio había de prevalecer entre sus compatriotas, a pesar de la enemistad de los jefes nacionales de entonces. Las abundantes bendiciones que acompañaron el primer viaje, con la formación de iglesias gentiles libres de todo contacto con las sinagogas, además del persistente rechazamiento del Evangelio por los judíos de la Dispersión, pusieron de manifiesto que se había inaugurado otra época, viendo los judaizantes, con razón, que la Iglesia iba perdiendo su carácter judaico. Eso les parecía inadmisibles, de modo que empezaron a luchar con el fin de judaizar a los creyentes gentiles como paso inicial para su introducción en una Iglesia que concebían solamente como el Resto Fiel de Israel, destinado a triunfar, ya que había venido el Mesías. La lucha de Pablo con los enseñadores judaizantes llega a ser una de las notas dominantes del servicio del apóstol durante los años sucesivos, hallando su máxima expresión en la Epístola a los Gálatas: exposición vibrante y magistral de la doctrina de la gracia frente al sistema legal, de la fe en contraste con las obras y de la potencia del Espíritu en lucha vencedora contra toda manifestación de la carne.

4. Lo fundamental y lo secundario

Es muy necesario que entendamos que todos los apóstoles estaban de acuerdo en lo que concernía a la doctrina, comprendiendo todos desde el informe que Pedro dio de su visita a Cornelio (**Hch 11:1-18**) que tanto los gentiles como los judíos habían de salvarse por la fe en la Persona de Cristo y en vista de su Obra redentora. En el pasaje que sigue es Pedro quien resume hermosamente el aspecto doctrinal de la cuestión (**Hch 15:7-12**) y lanza una fuerte negativa a la doctrina judaizante. Los creyentes gentiles no habían de ser circuncidados ni colocados bajo el sistema legal. Pero quedaba la cuestión de la convivencia mutua de los creyentes que procedieran de un campo o de otro, además de la necesidad de evitar una conducta de parte de los convertidos gentiles que podría parecer escandalosa frente a los judíos en las ciudades de las provincias donde había de llevarse el Evangelio, impidiendo el avance del Reino. El acuerdo que Jacobo formuló, y que se envió luego como carta circular a las iglesias de Siria-Cilicia, no es, como creen algunos, “una transacción” por la que Pablo cedió algo a los hermanos que seguían “*las costumbres*” en Jerusalén, sino una recomendación a los creyentes gentiles exhortándoles a que tomasen en cuenta la conciencia judaica sobre el comer de cosas ofrecidas a ídolos, comidas que no se habían limpiado de su sangre, etc., limitando su libertad en Cristo en los intereses de la comunión general. El acuerdo no difiere en sustancia de las hermosas exhortaciones que Pablo había de dar años más tarde a los

corintios y a los romanos sobre la misma cuestión (1 Corintios capítulos 8 y 10; Romanos capítulo 14).

La cuestión de la circuncisión se debate en Antioquía (Hch 15:1-5)

Hemos de recordar que más tarde Jacobo había de desautorizar formalmente (**Hch 15:24**) a aquellos hombres que bajaron desde Jerusalén a Antioquía enseñando a los creyentes gentiles: *“Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos”* (**Hch 15:1**). Con todo, los judaizantes deseaban echar cierta capa de autoridad apostólica sobre sus enseñanzas por el hecho de venir de Jerusalén, lo que las hacía más verosímiles, ya que Jacobo seguía celosamente las costumbres judaicas; de hecho se trata del primer ataque fuerte del partido judaizante contra la libertad espiritual de los creyentes de la gentilidad. La muestra de sus enseñanzas que Lucas nos da en la frase ya citada enfatiza su carácter autoritario y dogmático, y podemos imaginar el efecto que produciría en el seno de una iglesia numerosa, la mayoría de cuyos miembros eran incircuncisos. ¡Después de haber disfrutado de tantas de las bendiciones de la nueva vida en la potencia del Espíritu Santo, resultaba ahora —según pretendían estos enseñadores de Jerusalén— que ni siquiera eran salvos! Es natural que Pablo y Bernabé se levantasen airados al ver la confusión y el dolor que se iba produciendo entre la querida grey de Antioquía, enfrentándose con los falsos enseñadores *“con no poca contienda y debate”*.

Es de suponer que la autoridad de Pablo y Bernabé, llamados para ser los enseñadores de la iglesia en Antioquía desde los primeros días, habría bastado para tranquilizar a los creyentes allí, ya que la congregación aceptaría su fallo. Pablo, sin embargo, y con él los líderes espirituales de la iglesia, no pensaban solamente en el bienestar interno de la comunidad cristiana de Antioquía, sino en el bien de toda la Iglesia, cuya unidad doctrinal y práctica se veía amenazada por las maquinaciones de los judaizantes. No sólo eso, sino que Pablo era plenamente consciente de su misión como apóstol de los gentiles y había recibido un *“depósito”* de verdades reveladas que había de entregar a los santos por el imperativo insoslayable del impulso del Espíritu Santo. Era el campeón levantado por Dios para tales luchas, que habían de asegurar la pureza del Evangelio; sabía, pues, que hacía falta que se ventilase la cuestión crucial en Jerusalén, que se manifestase la armonía doctrinal entre los apóstoles y que hubiese medio para asegurar que las iglesias alrededor de Antioquía no estuviesen a la merced de otras embajadas judaizantes de Jerusalén que pretendieran obrar según el criterio de los apóstoles y los ancianos de la primera iglesia cristiana.

Detrás de la decisión de que Pablo y Bernabé subiesen a Jerusalén que se nota en (**Hch 15:2**), hubo una revelación que Pablo mismo había recibido según los términos de su propia misión apostólica (**Ga 2:2**).

I. El viaje a Jerusalén (Hch 15:3)

Pablo, Bernabé y sus acompañantes —debidamente despedidos por la iglesia— debían haber seguido la costa de Siria y de Fenicia, pasando entre la cordillera del Líbano y el mar, para desembocar luego en la llanura de la costa galilea, internándose quizá por la de Jezreel, siguiendo luego la ruta más directa que atravesaba Samaria en dirección a Jerusalén. No hay mención de las iglesias en Galilea, pero sin duda existían y en todas partes donde hallaban congregaciones referían las buenas nuevas de la conversión de los gentiles. El gozo que eso produjo es evidencia de que los judaizantes no habían establecido su influencia sobre las iglesias de las provincias de Israel, por lo menos en la época de que tratamos.

2. Una buena acogida de parte de la iglesia en Jerusalén (Hch 15:4)

La acogida en Jerusalén fue cordial, vislumbrándose una reunión de toda la iglesia, con la presencia tanto de los apóstoles que se encontrasen en la capital como la de los ancianos de la iglesia. Delante de esta compañía, Pablo y Bernabé pudieron dar amplios informes sobre el viaje de evangelización que acababan de realizar: hito que señalaba una nueva época en la historia de la Iglesia. Suponemos que el efecto sería bueno y que la mayoría de los creyentes en Jerusalén se gozarían al oír de una obra tan evidentemente del Señor.

3. El principio de las discusiones (Hch 15:5)

Fuese al final de la reunión de bienvenida y de información misionera, fuese durante los días sucesivos, los judaizantes hicieron pública manifestación de su tesis: “Aquellos creyentes en Frigia, Licaonia, etc., han manifestado buenos deseos, pero es necesario que den otro paso más, pues deben asociarse con el pueblo escogido por medio de la circuncisión, sometándose a la Ley”. Al principio de esta sección analizamos el origen del movimiento judaizante, de modo que no es preciso volver sobre el tema aquí.

El desarrollo de la sesión plenaria (Hch 15:6-29)

En vista de que el asunto pendiente se había planteado por los portavoces de los judaizantes, los apóstoles y ancianos convocaron una sesión pública de la iglesia para tratarlo. Aparentemente, era Jacobo quien presidía, notándose la intervención de Pedro y de los misioneros antes de que Jacobo formulase su resumen y proposición. La referencia a la iglesia en **(Hch 15:22)** manifiesta su presencia y su aprobación; pero, como siempre, el debate se llevaba adelante por los guías.

Lejos de pensar que es imposible concordar los detalles que Pablo nos da de esta visita en **(Ga 2:1-10)** con el relato de la sesión pública hecha por Lucas aquí, el que escribe no puede imaginar de qué modo se llegaría al debate general, con su rápida y satisfactoria conclusión, si no hubiera habido antes unas consultas privadas entre Pablo y los apóstoles que se hallasen en Jerusalén. Ya hemos hecho constar nuestra convicción de que la visita a Jerusalén, brevemente notada en **(Hch 11:30)** con **(Hch 12:35)**, no pudo ser la ocasión para los intercambios de **(Ga 2:6-10)**, porque el momento no se prestaba a ellos y sobre todo porque la posición de Pablo como apóstol de los gentiles no se había confirmado aún por las obras del Santo Espíritu a través del instrumento ya escogido. En el momento de esta visita después del primer viaje y la plena confirmación de la comisión de Pablo, las conversaciones entre Jacobo, Pedro, Juan y Pablo, con la presencia de Bernabé, se hacen imprescindibles; de ellas salen las “*diestras de compañerismo*” que los apóstoles de Jerusalén dieron a Pablo y Bernabé por reconocer que habían sido llamados a la extensa obra entre los gentiles, mientras que Pedro se dedicaba preferentemente a extender el Reino entre sus compatriotas.

Antes de abrirse el debate público, los líderes habían llegado a un buen acuerdo sobre la cuestión doctrinal, aclarándose también el delicado asunto de las interrelaciones entre los Doce y el apóstol comisionado por el Señor resucitado, sin la intervención de ellos. Lo que quedaba por hacer era manifestar públicamente la clara doctrina de la gracia, que todos los apóstoles habían recibido o aprobado por obra del Espíritu Santo, procediendo luego a unas recomendaciones que aliviaran la tensión entre los creyentes de origen judío y gentil sobre cuestiones mayormente secundarias —veremos la excepción más tarde— y que resolverían el problema de la comida en común de todos los hijos de Dios de la familia de la Fe.

I. La intervención de Pedro (Hch 15:7-11)

Hubo un período de *“mucha discusión”* durante el cual algunos hermanos expondrían diferentes pareceres que dependerían de la medida de su comprensión de la *“consumación”* de la Cruz y las características de la época de la Iglesia. Muchos hallarían difícil la entrada directa de los creyentes gentiles en la Iglesia, aun cuando no fuesen judaizantes intransigentes, sino solamente buenos cristianos judíos que procuraban ver cómo la nueva situación concordaba con las enseñanzas y ejemplos del Antiguo Testamento. Tengamos en cuenta que nos hallamos aquí en un período de transición, en el que el Señor iba revelando su voluntad en la medida que los suyos podían recibirla; tanto era así que Pablo mismo *“cumplía las acostumbres”* cuando se hallaba en un medio ambiente judío (**1 Co 9:20**) (**Hch 18:18**) (**Hch 21:26-27**). Por fin, Pedro puso fin a la discusión humana con el propósito de recalcar por medio de un breve discurso, radiante de sencillez, de sensatez y de poder, lo que Dios había hecho por medio de él, en el caso de Cornelio, subrayando las lecciones de la gracia con una clarividencia que no se supera ni siquiera en las enseñanzas de Pablo, el apóstol de la gracia.

a) El hecho histórico (**Hch 15:7**). Pedro, el portavoz de los Doce tanto durante el ministerio del Señor como después del día de Pentecostés, a quien Cristo había entregado las *“llaves”* de la Palabra que abrirían el Reino tanto a judíos como a gentiles, recordó a la compañía cómo Dios le había escogido para que por su boca los gentiles oyesen el Evangelio y creyesen. La frase traducida *“hace algún tiempo”* se refiere a la visita de Pedro a la casa de Cornelio, con un reflejo, quizá, de la comisión que el Señor le diera en Cesarea de Filipo (**Mt 16:16-19**). Si suponemos que Cornelio se había convertido en 35 a 37 d.C., y que las consultas de Jerusalén se celebraron en el año 48 d.C., hubo un lapso de como once a trece años, lleno de grandes trabajos y notables acontecimientos, lo que justifica la frase *“desde antiguos tiempos”*, o *“desde los primeros tiempos de la Iglesia”*.

Dios había ordenado la visita a la casa de Cornelio precisamente *“para que los gentiles oyesen y creyesen”*, sin que se hablara de otros requisitos y sin que ninguna revelación posterior hubiese cambiado el sentido de la revelación que Pedro había recibido. Los resultados del viaje misionero de Pablo y Bernabé no eran sino la multiplicación de los frutos de la semilla que Pedro sembró en Cesarea. Era evidente, pues, que las consideraciones que los judaizantes sacaban del Antiguo Testamento tendrían que interpretarse a la luz de la revelación que los apóstoles iban recibiendo en los comienzos del Nuevo Siglo.

b) El significado del don del Espíritu en Cesarea (**Hch 15:8-9**). Dios, el Conocedor de los corazones, había concedido el máximo don del Espíritu Santo a aquellos gentiles que recibieron la Palabra con tanta sencillez en la casa de Cornelio, y así *“dio testimonio”* por medio de un hecho de envergadura celestial de su propósito de bendecir a todo creyente, gentil o judío. Pedro señala el hecho de que no hubo diferencia entre la experiencia de la compañía gentil en Cesarea y la de los ciento veinte en el Aposento Alto. En el fondo se hallaba la Obra de la Cruz. Almas se inclinaron en sumisión y fe ante Dios, aceptando con sencillez la palabra que llevó a sus corazones el poder purificador del Sacrificio, haciendo posible que se llenasen del Espíritu Santo. Lo que Dios había hecho, los judaizantes no lo podían deshacer.

c) Se ha sacudido el yugo imposible de llevar (**Hch 15:10**). El *“yugo”* aquí es el sistema legal que los judaizantes querían colocar sobre los hombros de los nuevos convertidos de la gentilidad. Con gran sensatez y de perfecto acuerdo con las enseñanzas de Pablo sobre la Ley y la Gracia, Pedro hace notar que ni aquella generación de judíos ni otra alguna en la historia pasada había podido soportar el peso del yugo legal, en el sentido de

guardar sus preceptos y así hallar la vida; nadie llegaba a la meta del perfecto cumplimiento de todos los requisitos y, por lo tanto, todos se hallaban condenados como infractores de ella. Si los judíos y los judaizantes creían que habían cumplido la Ley, entonces se habían formado un criterio muy indigno de lo que era la justicia de Dios, además de un concepto orgulloso, necio e hipócrita de sus propios esfuerzos en la esfera moral. Concuera con las expresiones de Pedro en este versículo el penetrante análisis del gran error de los judíos legalistas que Pablo dio a los romanos: *“Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios” (Ro 10:3)*. La Ley es santa y justa y buena, siendo una manifestación de lo que Dios requiere; pero frente a la debilidad de la carne, ella misma se hace débil, a pesar de su tiranía, de modo que su función —además de una necesaria instrucción en justicia— es la de *“dar el conocimiento del pecado”*, destrozando toda suficiencia propia con el fin de que el hombre aprenda que *“el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree” (Ro 10:4)*.

Un intento de imponer el *“yugo”* sobre los cuellos de los creyentes gentiles sería *“tentar a Dios”*, o, dicho de una forma familiar los judaizantes procuraban llegar hasta donde pudiesen en la defensa de una posición humana y nacional, en la energía de la carne, con la determinación de rechazar las revelaciones que Dios iba dando. La base de la perfecta obra de expiación hecha en la Cruz se había colocado ya, lo que, en el lenguaje de Pablo, hacía posible la justificación del creyente de todo pecado. Compárese la referencia que Pablo hace al *“yugo de servidumbre”* en **(Ga 5:1)** y cotéjese la doctrina que Pedro expone en este lugar con las grandes enseñanzas de Pablo en Gálatas capítulos 2 y 3 junto con Romanos capítulos 3, 4 y 10.

Algunos expositores evangélicos se esfuerzan por equiparar el *“yugo legal”* al conjunto de los reglamentos que los rabinos cargaban sobre la cerviz de los judíos según la Tradición de los Ancianos. Tales hermanos temen que los creyentes de hoy caigan en el antinomianismo por creer que son libres de las obligaciones de la Ley. Pero las grandes enseñanzas de Pablo, con las muy concordantes de Pedro, no se desarrollan frente a los sistemas rabínicos, ni el más duro de Shammai ni el más indulgente de Hillel, sino que colocan al hombre frente a las sublimes e inflexibles normas de Dios según se reflejan en la ley espiritual donde se percibe claramente el fracaso vergonzoso de los mejores de los hombres a la luz de las divinas exigencias, quedando como única y bendita respuesta a ellas la Obra de Cristo, quien, como Hijo del Hombre, cargó con toda la culpabilidad del pecado y mató la muerte muriendo. Después las *“justas demandas de la Ley”* —que hallaron tan perfecta respuesta en Cristo— se cumplirán también en los creyentes que *“no andan conforme a la carne sino conforme al Espíritu” (Ro 8:3-4)*.

d) Salvación por la sola gracia del Señor Jesús **(Hch 15:11)**. El fin del breve discurso de Pedro es precioso, pues este siervo de Dios, grande por ser humilde, levanta el tema del día muy por encima del *“slogan”* de los judaizantes —*“los creyentes gentiles tendrán que circuncidarse para ser salvos”*— y exclama: *“Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos”*. Lejos de reclamar precedencia alguna por razones raciales, invierte los términos y hace ver que los judíos han de entrar por el camino de la gracia y de la fe que tantos gentiles pisaban ya. Si es justificada nuestra suposición de que Pedro había aceptado con humildad la reprensión de Pablo en Antioquía **(Ga 2:11-21)** en una fecha anterior a su mensaje aquí, hallaríamos en su sencillo y penetrante exordio un reflejo de una expresión de Pablo en aquella oración: *“Nosotros, judíos de nacimiento y no pecadores de entre los gentiles, sabiendo (por el Evangelio) que el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será*

justificado” (**Ga 2:15-16**). Los dos apóstoles insinúan que los judíos habían de aprender el camino de la fe al ver cómo se salvaban los gentiles, colocándose todos sobre el mismo nivel de “pecadores”.

2. Las lecciones de las experiencias de Pablo y de Bernabé (Hch 15:12)

Pablo y Bernabé referían, no sólo las bendiciones espirituales que Dios había concedido durante su viaje de evangelización, sino también las señales y prodigios que él había hecho por sus manos. Los judíos estaban acostumbrados a discernir los atributos y la voluntad de Dios a través de sus obras, aceptando la prueba de señales, de modo que las poderosas intervenciones de Dios por medio de sus siervos en el curso de su evangelización de judíos y de gentiles dejaría honda mella en su ánimo. Muchos hermanos que antes pensaban que Pablo y Bernabé se habían extralimitado al acercarse tan directamente a los gentiles volverían a meditar el significado de las manifiestas obras de Dios. Notamos que tanto el discurso de Pedro, como el de Pablo y Bernabé, se basaron sobre tales intervenciones que iban sellando el testimonio de sus siervos entre los gentiles, confirmando la Palabra por medio de señales manifiestas. En la “reunión de bienvenida” los misioneros habían referido los incidentes de su expedición misionera con el fin de animar a todos los hermanos a alabar a Dios. Durante la sesión de debate público, vuelven sobre el tema de lo que Dios había hecho con el fin de subrayar su valor probatorio en esta nueva etapa de su programa.

3. El resumen y la recomendación de Jacobo (Hch 15:13-21)

a) La personalidad de Jacobo. Jacobo (Santiago) Boanerges ya había pasado a la presencia del Señor por medio del martirio (**Hch 12:2**), y no hay que confundirle con Jacobo “hermano del Señor” (**Ga 1:19**). Después de su oposición a Jesús, conjuntamente con los demás hermanos del Señor, Jacobo se rindió delante de Jesucristo crucificado y resucitado, recibiendo de él una manifestación especial (**1 Co 15:7**). Por tal encuentro, por ser el encargado de escribir una Epístola (la de Santiago), por estar asociado con Pedro y Juan en funciones apostólicas según la narración de Pablo en (**Ga 2:9**), y por la destacada obra que realizaba en Jerusalén, donde fue alabada su vida santa no sólo en la comunidad cristiana sino también entre los judíos en general, hemos de pensar que había recibido del Señor una comisión apostólica en el sentido privativo del término. Además de las referencias ya dadas, véanse también (**Hch 12:17**) (**Hch 21:18**). En su epístola se describe como “*Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo*” (**Stg 1:1**). Tanto aquí como en (**Hch 21:18-25**) le vemos como presidente de las sesiones de la Iglesia, bien que el ejercicio ocasional de la presidencia no implica el cargo jerárquico de “obispo”. Su vida austera, con el cumplimiento de las costumbres del pueblo, le prestarían prestigio singular ante el partido judaico estricto en la iglesia, de modo que fue muy apropiado que fuese él quien resumiera las conclusiones de los apóstoles y ancianos, formulando la sugerencia que luego había de presentarse a las iglesias en forma de una carta.

b) Jacobo expone un principio luminoso (**Hch 15:14**). Primeramente el apóstol hizo referencia a lo expuesto por Pedro (la forma hebrea de su nombre, “*Simón*”, es muy apropiada a este contexto), por ser de fundamental importancia lo que Dios había hecho en Cesarea. Fue la primera vez después del llamamiento de Abraham que Dios había vuelto a tratar con los gentiles como parte del desarrollo de su plan de salvación, exceptuando lo que hubiera hecho a favor de individuos o por medio de ellos. El propósito de esta visitación divina se señala muy claramente por Jacobo: “*Para tomar de ellos (los gentiles) pueblo para su Nombre*”. Las naciones no habían de convertirse como tales, sino que el Evangelio había de sacar de entre ellas a los salvos que pasarían a engrosar el pueblo espiritual de Dios, la Iglesia, a través de este período que hallará su consumación en lo que llama Pablo “*la plenitud de los gentiles*” (**Ro 11:25**).

c) Jacobo halla verdades concordantes en **(Am 9:11-12)**. *“Las Palabras de los Profetas”* de las cuales Jacobo toma su cita, equivalen a lo que nosotros llamamos “Los Profetas menores” para distinguir sus breves escritos de los más extensos de Isaías, Jeremías y Ezequiel. Concretamente Jacobo acude a **(Am 9:11-12)**, versículos que deberían leerse dentro de su contexto original. El lector haría bien en repasar las notas sobre **(Hch 2:16-21)**, ya que señalan la tendencia de los escritores del Nuevo Testamento de citar libremente de la Versión Alejandrina (la griega) con el fin de discernir principios importantes en profecías que no pierden por ello el sentido original que una sana exégesis hallará por el escrutinio del pasaje original. Si se trata de un cumplimiento literal de alguna profecía determinada, entonces la cita también es literal, pero en el proceso de la inspiración los apóstoles del Nuevo Pacto bien podían notar analogías espirituales entre la profecía primaria y la situación que querían ilustrar, sin que su método justifique la tendencia de espiritualizar (“idealizar” es igual) profecías concretas que contienen promesas que Dios ha jurado que cumplirá en beneficio de su pueblo Israel.

Cualquier intento de interpretación de la cita que tenemos delante ha de tomar en cuenta los factores siguientes:

1) El contexto de la profecía de Amós señala la dispersión de Israel a causa de sus pecados, siendo *“zarandeado”* el *“grano”* en los procesos de juicio. Pero por eso mismo el verdadero *“grano”* se ha de conservar, según las múltiples profecías que garantizan la permanencia de un Resto Fiel de Israel, núcleo de una nueva nación redimida que más tarde servirá al Señor.

2) *“El Tabernáculo de David”* **(Hch 15:16)** **(Am 9:11)** no puede significar otra cosa sino *“la casa de David”*, o sea su Trono y dinastía, establecidos por el pacto incondicional y eterno de **(2 S 7)**. Por la rebelión de sus descendientes, la *“Casa”* había sido reducida a una pobre *“tienda”*, pero había de ser restaurada en el Hijo de David.

3) Amós se dirige al reino norteño que, para su mal, se había separado de la casa de David, pero la profecía de ser puesta en pie la *“tienda”* no puede significar otra cosa que la restauración del Trono davídico para toda la nación.

4) Asociada con esta restauración Amós discernió proféticamente una amplia bendición para los gentiles, empezando, según el texto hebreo, con Edom. Habrá naciones que serán llamadas por el Nombre del Señor, dice Amós, y Jacobo ve cómo *“el resto de los hombres”* buscarán al Señor. Tales son las obras de Dios, quien hace conocer estas cosas desde el siglo, o, según otros textos, quien *“hace todas estas cosas conocidas por él desde el siglo”*.

Vista en su contexto original, la profecía es una de las muchísimas que predicen la dispersión judicial de Israel con su recogimiento después de una crisis última, pasando luego a ser medio de gran bendición para todo el mundo: tema profético que Pablo confirma con las palabras: *“Si su transgresión es la riqueza del mundo, y su defección la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más su plena restauración?... si su exclusión es la reconciliación del mundo ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos?”* **(Ro 11:12,15)**.

¿Cómo se prestaba la cita de tal profecía como confirmación de que Dios había abierto la puerta de la Iglesia a los gentiles en igualdad de condiciones con los judíos, y que sobre aquellos no se había de imponer el yugo de la Ley? Se destaca, desde luego, la intención divina de bendecir a los gentiles que invocaran su Nombre, pero según el contexto original ésa se lleva a cabo por medio de la bendición de Israel y el levantamiento de la Casa de David. Creemos que la relación es parecida a la de la cita de Joel por Pedro en Hechos capítulo 2. No podía pasar por la mente de los apóstoles entonces que Dios no había de

cumplir sus promesas especiales para con Israel, y mucho menos cabía en el pensamiento de Jacobo, quien nunca quiso separarse de su nación, siendo increíble que pensara que las bendiciones prometidas a ella se hubiesen “sublimado” en la esfera espiritual de la Iglesia. Sin embargo sabían que la gran obra fundamental, que garantizaba todas las múltiples bendiciones divinas, se había efectuado ya en la Cruz de tal modo que un nuevo Día había amanecido. Vislumbraban la gloria de la bendición universal del Reino en manifestación a través de las obras que Dios iba realizando sobre la base de la Cruz. Todos los compartimientos de la Casa de Dios no habían de abrirse para formar un vasto salón sin diferenciaciones, pero sí se veía la unidad del plan de Dios de tal forma que los apóstoles podían gozarse en la consumación “en potencia” de cuanto Dios había ordenado. Lo lejano y lo cercano se tocaban, y aunque la bendición de los gentiles en el ámbito de la Iglesia no cumplía “*las Palabras de los Profetas*”, no dejaba de ser concordante con ellas.

d) La recomendación de Jacobo (**Hch 15:19-21**). La batalla se había ganado en todo cuanto se refería a la doctrina de la gracia y a la libertad de los creyentes gentiles, pero quedaba pendiente un problema práctico que presentaba dos facetas: el testimonio de los cristianos gentiles frente a los judíos de la Dispersión y el problema de su comunión con los convertidos de entre los judíos, especialmente en lo que se refería a comer en común.

Por su recomendación, Jacobo no vuelve a poner a los creyentes gentiles bajo la Ley, sino que nota algunas cosas que los judíos, a causa de su estricta crianza monoteísta y su práctica desde niños de las leyes alimenticias de Levítico 11, habían de considerar necesariamente como “*abominaciones*”. Tales eran: los alimentos que se habían ofrecido ritualmente a los ídolos, siendo vendidos luego en los mercados; la fornicación (véase apartado abajo); lo estrangulado, o sea carne de animales matados sin que se diera lugar a escurrirse toda la sangre; el comer de la sangre misma en la forma que fuese. Los judíos “*tenían conciencia del ídolo*”, de modo que lo ofrecido ante él era inmundo y el comerlo idolatría. El cristiano “*fuerte*” podría pensar de otra manera, considerando que el ídolo no era nada (una “*vanidad*” según un concepto muy del estilo del Antiguo Testamento) y por eso, siendo la carne la provisión de su Padre Dios, podría comer de ella (**1 Co 8:4-13**). Por fin ha de prevalecer el criterio del “*hermano fuerte*” y, de todos modos, andando el tiempo el tipo de problema tenía que cambiar; por lo pronto, sin embargo, se pedía a los creyentes gentiles que tuviesen respeto para las conciencias de sus hermanos judíos. El comer de la carne con sangre se había prohibido bajo el pacto noético (**Gn 9:4**), con la evidente intención de ilustrar lo sagrado de la vida del hombre. Más tarde la sangre llegaba a ser “*la vida dada en expiación*” y se aumentó el respeto que se había de tener frente a ella (**Lv 17:1-11**). Según las lecciones que ya vimos al estudiar el capítulo 10, comprendemos que todo lo material se ha limpiado por la eficacia del gran cumplimiento de toda figura en el Calvario, pero Pablo, aun siendo él mismo “*fuerte*”, también aconsejaba que se mantuviera un respeto cariñoso frente a las conciencias débiles, según vimos en la parte introductoria de esta sección.

Las costumbres más libres de los creyentes gentiles en cuestiones de comida podrían escandalizar a los judíos y producir pésimo efecto en sus medios al formarse iglesias en las ciudades del Imperio, puesto que los reglamentos del Pentateuco se leían constantemente en las sinagogas (**Hch 15:21**). Los judíos recalcitrantes habían de oponerse al Evangelio de todas formas, pero no había por qué provocarles ni darles ocasión para vilipendiar el Evangelio.

Por otra parte, pocos de los convertidos judíos podrían librarse del todo de las hondas impresiones de su crianza israelita, repugnándoles también a ellos lo ofrecido a los ídolos y la carne no purificada de su sangre. Era importante que los hermanos de origen judío y gentil comiesen juntos como señal externa de su comunión en Cristo (**Ga 2:11-14**), de

modo que, con el fin de que no se levantara una barrera entre quienes estaban unidos en Cristo, los judíos habían de aprender a ser menos estrictos en detalles no esenciales, mientras que los gentiles tenían el privilegio de ejercer una consideración cariñosa y hermanable frente a los prejuicios que los judíos no podían vencer aún.

Extraña ver el pecado de fornicación puesto en esta lista de cosas secundarias que podrían escandalizar a los judíos, puesto que la impureza sexual estaba prohibida a todos por ser incompatible con la profesión cristiana (**1 Co 6:9-20**). Hay dos consideraciones que podemos adelantar, sin que ninguna de las dos resuelva completamente el problema:

1) Los gentiles del mundo de la época consideraban como algo normal la fornicación y muchos excesos sexuales se asociaban con distintos sistemas idolátricos. Había moralistas que condenaban el vicio, pero los escritos del primer siglo testifican de un relajamiento moral muy generalizado. Los creyentes gentiles, pues, tenían que aprender algo nuevo al ingresar en las iglesias y sin duda costaba muchas luchas implantar normas elevadas en cuanto a la pureza sexual y la fidelidad en el matrimonio, como comprendemos por las exhortaciones de (**1 Ts 4:3-7**) (**1 Co 5-6**) Quizá por eso muchos cristianos de las generaciones sucesivas reaccionaron hacia el otro extremo de la glorificación de la virginidad. Con todo, es difícil pensar que se prohibiera la fornicación meramente para no escandalizar a los judíos.

2) La palabra que se emplea es la normal para fornicación, pero algunos escriturarios han pensado que podría indicar aquí contravenciones de los reglamentos levíticos en cuanto al casamiento de personas dentro de los grados de parentesco prohibidos, lo que escandalizaría a los judíos sin que fuese un pecado para los gentiles. Podría ser, aunque el asunto no es claro. Desde luego, hemos de formar nuestro criterio en cuanto a normas morales de las iglesias apostólicas por el conjunto de la evidencia de las epístolas apostólicas. Aparte del punto difícil que hemos mencionado, la recomendación de Jacobo viene a ser igual que las exhortaciones que Pablo dirige a los creyentes “*fuertes*” con el fin de que respeten en amor a las conciencias débiles.

La redacción y el envío de la carta (Hch 15:22-29)

I. Los redactores de la carta y los mensajeros (Hch 15:22-23)

El consejo de Jacobo tuvo por resultado que los apóstoles y ancianos, con el consentimiento de toda la iglesia, redactasen una carta para las iglesias de Antioquía y de la provincia Siria-Cilicia, enviándola, no sólo por la mano de Pablo y de Bernabé, sino también por medio de Judas, llamado Barsabás, y Silas (Silvano). Los dos eran “*hombres eminentes entre los hermanos*”, destacados por su testimonio y ministerio en Jerusalén. De Judas, llamado Barsabás, nada más sabemos (no se debe confundir con José Barsabás de (**Hch 1:23**)), pero volveremos a ver mucho más de Silas, ya que llegó a ser el fiel compañero de Pablo durante el segundo viaje, nombrándose juntamente con Pablo y Timoteo en las cartas a los tesalonicenses, como también en la primera del apóstol Pedro. Expertos en la materia creen que pueden discernir trazas de su cultura y de su dominio del griego helenístico en el lenguaje de las epístolas que acabamos de mencionar. Los dos mensajeros de la iglesia de Jerusalén eran profetas, de modo que podían confirmar con toda autoridad el contenido de la carta frente a cualquier maniobra de los judaizantes que intentara desacreditarla.

Los redactores se vuelven a mencionar en la introducción de la carta, que, según el modelo epistolar invariable de entonces, hace mención de los autores de ella antes de pasar a nombrar los receptores. Ya hemos visto que la autoridad es la de los apóstoles en Jerusalén, con los ancianos, teniendo éstos el apoyo y aprobación de toda la iglesia (**Hch**

15:22). La frase al principio de la carta puede ser traducida de la siguiente manera: “los apóstoles y los hermanos ancianos”, o sea, los apóstoles conjuntamente con los hermanos que guiaban la Iglesia, quienes habían de garantizar la veracidad del acuerdo frente a toda pretensión de parte de los judaizantes perturbadores que pudieron tratar de basar sus enseñanzas en una autoridad dentro de la iglesia de Jerusalén, de donde habían salido.

La sensatez, la sabiduría y la sensibilidad a la guía del Espíritu Santo de los apóstoles en todo este asunto ofrecen un hermoso modelo a seguir por los guías de las iglesias a través de los siglos. Se verá, sin embargo, por las consideraciones antecedentes, que es preciso huir de conclusiones rápidas y superficiales, siendo preciso basar cualquier deducción o aplicación sobre un examen riguroso de lo que verdaderamente sucedió en cada uno de los pasos. La carta en sí llega a ser un encargo en su parte práctica, algo menos que un mandato y algo más que una exhortación, que es lo que correspondía a la ocasión. Los apóstoles podían afirmar la doctrina que iban recibiendo del Señor y los ancianos de Jerusalén podían desautorizar a quienes habían salido de ellos, pero las recomendaciones formularon una medida de prudencia, calculada a promover la comunión cristiana frente a una situación que, con el tiempo, perdería su importancia; convenía, pues, que personas que podían aconsejar con toda autoridad diesen el encargo, sin que llegase a ser un mandato válido y obligatorio a la Iglesia en general por toda su historia posterior.

El lector atento verá que tales consultas no tienen nada que ver con los llamados “Concilios de la Iglesia” de tiempos posteriores, y por eso hemos preferido evitar el término. Opera el mismo espíritu que ya vimos en los comienzos de la obra entre gentiles en Antioquía (**Hch 11:22-24**); la iglesia más antigua no se lavaba las manos en cuanto a asuntos que interesaban a la Obra en general, ni tampoco reclamaba una autoridad jerárquica sobre las nuevas iglesias que iban naciendo por la predicación de la Palabra en la potencia del Espíritu Santo. La guía del Espíritu se discierne por diversas maneras durante esta época de transición, manifestándose por el impulso directo que daba lugar a oráculos proféticos, por la obra indirecta que llevaba a buen fin las discusiones de los hermanos que tenían que considerar los factores de nuevas situaciones en la presencia del Señor, toda ella dentro del marco de las providencias de Dios que determinaban el tiempo y lugar de las etapas del programa total. Por eso los apóstoles y los hermanos ancianos pudieron escribir: “*porque ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros*” (**Hch 15:28**).

2. Los receptores de la carta (Hch 15:23)

Fijémonos bien en que los apóstoles y los hermanos ancianos no redactaron una Epístola general a todas las iglesias, sino que se limitaron a dirigirse a “*los hermanos de entre los gentiles que están en Antioquía, en Siria y en Cilicia*”. Ya sabemos que Siria y Cilicia formaban una sola provincia administrativa romana, teniendo a Antioquía por su centro natural. Podemos pensar que había por aquella región bastantes hermanos que debían su conversión a los trabajos de Pablo durante los “años de silencio”, pero sobre todo la iglesia de Antioquía había cumplido su cometido como “base de operaciones” según la estrategia del plan misionero de aquellos tiempos apostólicos, llegando a fundarse un número considerable de iglesias por los trabajos de muchos siervos del Señor y por el testimonio individual de un gran número de hermanos anónimos. Como las recomendaciones tenían que ver con el comportamiento individual de los gentiles frente a las sensibilidades de los judíos, dentro y fuera de la Iglesia, la carta se dirigió a los hermanos de entre los gentiles y no a las iglesias compuestas por los creyentes de ambas razas.

Por aquel entonces los propagandistas judaizantes procuraban penetrar con su mensaje legalista en el distrito más a mano: la provincia de Siria-Cilicia, de modo que los hermanos de Jerusalén querían cortar el mal allí, sin comprometer a los siervos de Dios en otras regiones donde quizá no surgiría el problema o donde podría surgir con otras modalidades. Con todo, la carta sería de ayuda inestimable entre las iglesias recién fundadas en la región vecina de Licaonia y Frigia, de modo que Pablo y Silas hacían entrega de ella al llevar a cabo su labor confirmatoria allí en los comienzos del segundo viaje (**Hch 16:1-4**). En cambio, cuando el mal se extendió a las iglesias de Galacia propiamente dicha, la región étnicamente galática del Norte de la provincia romana de Galacia, Pablo, al atajar el mal por su carta a los gálatas, no hizo mención del encargo de la iglesia en Jerusalén, puesto que allí, en una región remota donde se hallaban iglesias que él solo había fundado (sin excluir sus colaboradores desde luego), no había por qué citar el encargo de Jerusalén, sino que hacía falta recalcar su propia autoridad como apóstol a los gentiles, basada en la comisión que Dios le había concedido precisamente para fundar iglesias y enseñarles las doctrinas que por revelación había recibido. Véase su argumento en (**Ga 1:11-2:21**).

3. El contenido de la carta (Hch 15:24-29)

La carta se redactó sobre la base de lo tratado en las consultas que ya hemos estudiado, incorporando mayormente las recomendaciones de Jacobo, de modo que podemos resumir muy concisamente su contenido, ya que acabamos de estudiar los puntos relevantes de ella:

a) Son desautorizados formalmente los judaizantes que predicaban la necesidad de la circuncisión de los convertidos gentiles (**Hch 15:24**).

b) Delegados de gran autoridad espiritual se envían como portadores de la carta, juntamente con Pablo y Bernabé, con el fin de confirmar personalmente el criterio de los apóstoles y hermanos ancianos de Jerusalén (**Hch 15:25,27**).

c) Se intercala un merecido encomio de Bernabé y Pablo. El orden de los nombres corresponde al ambiente de la iglesia en Jerusalén, donde Bernabé era tan conocido y apreciado, y no implica intento alguno de postergar a Pablo, ya reconocido como apóstol enviado a los gentiles. La carta les señala como misioneros modelos, *“hombres que han expuesto su vida por el Nombre de nuestro Señor Jesucristo”*, siendo amados por los hermanos en Jerusalén. De paso podemos notar que aún salen misioneros dispuestos a arriesgar sus vidas por el Señor Jesucristo, como aquellos cinco jóvenes hermanos americanos que murieron alanceados por los aucas en las selvas de Ecuador, en enero del año 1956. ¡Cuántos hermanos no habrán entregado su vida, o sus cuerpos y mentes a lo que es peor que la muerte, tras la fatídica “cortina de bambú” en la China roja! No podemos contar siempre con las libertades religiosas, que son propias de los regímenes democráticos, pues no constituyen sino una fase, quizá pasajera, de las condiciones en que se ha de propagar el Evangelio en el mundo.

d) La guía del Espíritu Santo (**Hch 15:28**). En el último párrafo notamos de qué modo el Espíritu Santo iba manifestando su voluntad durante aquellos días de transición y de la confirmación del Evangelio. No es un atrevimiento loco ni una petulancia fuera de lugar la frase *“ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros”*, ya que el Maestro había prometido el testimonio doble del Espíritu Santo y de los apóstoles para la extensión del Evangelio y la entrega a la Iglesia de la *“Fe que ha sido una vez dada a los santos”*, de modo que los apóstoles en Jerusalén, conjuntamente con los hermanos ancianos, no hacen sino recordar el hecho de que el Espíritu Santo llevaba a cabo sus operaciones a través de ellos, iluminando su comprensión y guiándoles a las decisiones que correspondían a aquel momento (**Jn 14:26**) (**Jn 15:26-27**) (**Jn 16:13**) (**Hch 5:32**) (**Jud 1:3**).

e) Las medidas de abstención en vista de las costumbres judaicas, que parecían necesarias con el fin de evitar escándalos frente a los judíos en general y fomentar la comunión entre los creyentes judíos y gentiles, se trataron al considerar (**Hch 15:20-21**). Podemos notar el tono de “encargo” más bien que de mandato apostólico en la frase: “*de las cuales cosas si os guardáreis, bien haréis*”.

f) El saludo final se reduce al mínimo —“*Pasadlo bien*”—, puesto que la carta va dirigida a muchísimos hermanos gentiles anónimos de la región Siria-Cilicia y no a una iglesia determinada o a hermanos conocidos.

Consuelo y bendición en Antioquía (Hch 15:30-35)

No sabemos cómo ni dónde solía reunirse la iglesia en Antioquía, pero podemos pensar, quizá, en que utilizara la amplia casa de algún hermano pudiente en la que cupiera mucha gente tanto en los atrios como en las habitaciones que daban sobre ellos. De todas formas (**Hch 15:30**) señala el momento de la reunión de la iglesia en tal sitio o en otro, congregándose los hermanos con mucha expectación. Quizá ya corría el rumor que las noticias serían buenas. Cuando oyeron las recomendaciones tan sensatas y espirituales de la carta, con la desautorización formal de los perturbadores judaizantes, los hermanos gentiles darían un gran suspiro de alivio y el corazón de todos los sencillos se alegraría “*regocijándose por el consuelo*” de no tener que someterse a ningún sistema legal, sino sólo a los necesarios postulados del amor cristiano.

Pablo y Bernabé continuaban su ministerio de enseñanza en la iglesia que tan bien conocían, entretanto que se manifestara la voluntad del Señor en cuanto a otra expedición misionera.

Temas para meditar y recapacitar

1. Reseñe la posición general de las iglesias cristianas en la fecha que precede inmediatamente al llamado “Consejo de Jerusalén”, notando el impacto del aumento en el número de los creyentes gentiles sobre los creyentes judíos en general juntamente con el principio de la campaña de los judaizantes.
2. Describa el desarrollo de las consultas en Jerusalén tal como se hallan en el capítulo 15, notando especialmente: a) la reafirmación de la doctrina; b) la evidencia de las obras de Dios; c) la solución práctica frente a las sensibilidades judaicas.

Comienzo del segundo viaje misionero (Hechos 15:36-16:11)

Consideraciones generales

I. Los términos “viajes” o “expediciones”

Se ha objetado con alguna razón que la división de la gran labor de Pablo durante los años 45 a 57 en “viajes”, que tienen su punto de partida en Antioquía de Siria, y su fin en Israel, no pasa de ser una designación algo arbitraria, ya que los trabajos son continuos, y en la medida en que van estableciéndose otras bases de operaciones en nuevas e importantes regiones se va perdiendo la idea de Antioquía como el centro del esfuerzo misionero entre los gentiles, de la manera en que Jerusalén perdió su importancia primordial después de la evangelización de Israel. El verdadero “Centro” es la Diestra de Dios, desde donde el Señor de la Mies y Cabeza de la Iglesia dirige las operaciones de sus siervos. Su Nombre es igualmente potente en Jerusalén, Antioquía, Macedonia, Corinto o Éfeso, y en todas partes el Espíritu Santo hace sentir sus poderosos impulsos, sin la necesidad de comunicar con los antiguos centros con el fin de que éstos controlen o coordinen el avance del Evangelio y la formación de las iglesias locales. Se ha de entender, pues, que si retenemos los antiguos términos de “primer viaje”, “segundo viaje”, etc., es porque son muy conocidos, porque en alguna parte hemos de hacer altos en el comentario y porque, aun cuando sea casualmente, no dejan de responder a sucesivas etapas de la obra del apóstol que llevan su propio sello distintivo.

El segundo viaje pasa por tres etapas sucesivas que se distinguen fácilmente en el relato de Lucas: a) la confirmación de iglesias en Cilicia, Licaonia y Frigia, fundadas o durante el primer viaje o por la expansión espontánea de la Obra; b) la nueva obra en Macedonia, después de la visión del *“hombre de Macedonia”* que termina con el testimonio en Berea (**Hch 16:9**) (**Hch 17:10-15**); c) la extensión del Reino en la provincia de Acaya, al Sur de Grecia, empezando con la visita a Atenas y pasando a su centro principal en Corinto. Al final del viaje, Pablo vuelve a Jerusalén y a Antioquía, después de una visita preliminar a Éfeso (**Hch 18:18-21**).

En todas las jornadas de tan extendidos viajes, realizados mayormente a pie y muchos en circunstancias de dificultad y de peligro, hallaremos en operación los grandes principios que informaron la estrategia misionera de Pablo según el análisis que dimos de ella como preludeo del apartamiento de Bernabé y Saulo en (**Hch 13:1-4**). Importantísimo es lo que hacía Pablo mismo, ayudado por sus buenos colaboradores; pero aún más importante es lo que podía realizar el gran ejército de testigos anónimos, gracias a la manera tan sabia en que Pablo desbrozaba el terreno.

En el capítulo que nos ocupa hallamos claros indicios de cómo el Espíritu controla los planes del siervo, no para cambiar las normas ya determinadas por la sabiduría divina, sino con el fin de indicar las esferas y el momento señalado en el programa de Dios para ocuparlas. El gran apóstol no es, ni quiere ser, otra cosa sino *“el esclavo de Jesucristo”* (**Ro 1:1**).

La disensión entre Pablo y Bernabé (Hch 15:36-39)

1. Un principio desanimador

De buena gana eliminaríamos los versículos 36 a 39 de las heroicas gestas de los apóstoles, pues nos apena tener que presenciar, aun a través de nuestro texto y después del lapso de tantos siglos, una fuerte desavenencia entre dos siervos del Señor, adalides tan eminentes en la extensión del Evangelio, tan abnegados y tan bendecidos, como lo eran Bernabé y Pablo. Las notas biográficas sobre Bernabé le han presentado como el espejo mismo de bondad, de generosidad, de fe y de sabiduría. Pablo se ha visto como carácter fuerte y dinámico, desde luego, pero a la vez como hombre de gran corazón y de exquisita sensibilidad. Hombre a hombre los buenos compañeros habían llevado a cabo grandes proezas en el Reino de Dios, que marcaron época, y siempre les hemos visto unidos en los lazos de una íntima colaboración. Bernabé había presentado a Saulo a la iglesia en Jerusalén en la ocasión de la primera visita a la capital; más tarde le había colocado en la hermosa esfera de la naciente y creciente iglesia de Antioquía, donde el apóstol pudo desarrollar sus dotes como enseñador en tanto que el Espíritu apartase a los dos como sus instrumentos para sembrar la buena semilla a manos llenas por las tierras de los gentiles. A pesar de todo ello, por una diferencia de criterio sobre el servicio de Juan Marcos, primo de Bernabé, los dos colegas se separan después de una contención tan violenta que se expresa en el griego por el término que, transliterado, es nuestro vocablo “paroxismo”.

2. La razón que pudiera acompañar a ambos

Hemos puesto de relieve la tristeza del incidente, que no dejaba de ser un mal testimonio frente a la gran iglesia de Antioquía —que tanto debía a ambos siervos de Dios—, pero hemos de notar también que en cierto sentido los dos tenían razón, puesto que la lucha no surgió de consideraciones personales, sino de la manera en que cada uno interpretaba los principios cristianos que convenía aplicar al caso de Juan Marcos. Recojamos, pues, esta “miga” de consuelo viendo que los móviles de los dos son elevados, y que Dios podía seguir utilizando tanto a Bernabé como a Pablo, bien que el primero desaparece desde aquel momento de la narración de Lucas, que se ciñe a la labor del apóstol a los gentiles al llevar la antorcha del Evangelio hacia el Occidente.

3. Las razones de Pablo

La posición que adopta Pablo es clara. Había mucha labor que realizar en condiciones que no dejarían de ser difíciles y a veces penosas. El joven Juan Marcos les había abandonado en Panfilia, por las razones que fuesen, y no había continuado con ellos en la obra. Si lo había hecho una vez, podría volver a hacerlo, y, por lo tanto, a Pablo *“no le parecía bien llevar consigo al que se había apartado de ellos”* (Hch 15:38). El apóstol podía sospechar que Bernabé se dejara influir por cuestiones de parentesco, no queriendo desairar a su primo, ya que se apresuraba a invitar a Juan Marcos a que reemprendiera la labor que había abandonado, antes de la prueba de rigor, y razonaría como sigue: “Sin duda es posible que se rehabilite, si de verdad se ha arrepentido de su mal paso; pero sólo su perseverancia en trabajos humildes a través de un tiempo prolongado podrá asegurarnos sobre el hecho. Demos tiempo al tiempo hasta que todo se vea claro”.

4. Las razones de Bernabé

En cuanto a Bernabé, no consta más que el hecho de que quería llevar con ellos a Juan Marcos, y que resistió todas las razones de Pablo en aquella ocasión. Seguramente veía el asunto desde otro punto de vista, y podemos imaginar que, habiendo tenido mucho

contacto con su joven primo durante el intervalo entre los dos viajes, había llegado a la convicción de que no sólo se había arrepentido de su tropiezo, sino de que Juan Marcos tenía aptitudes muy especiales para la Obra. “¿Qué impide, diría, que le utilicemos de nuevo? El Señor no apaga *“el pábilo que humea”*, sino que lo limpia, gozándose en la renovada luz del testimonio; por llevarle con nosotros podemos animarle y hacerle bien, y sin duda sus servicios nos serán de inapreciable valor”. Así razonaría “el hombre bueno”, el pastor de almas, que anteponía el cordero que tenía delante a las exigencias del tremendo combate que les esperaba. Escondidos detrás de los buenos móviles de ambos podrían haber mediado oscuros movimientos del alma que se alimentaban de la carne, impulsados por roces pasados, apenas perceptibles, pero que habían dejado su rastro en la subconsciencia de ambos, pues eran hombres y no ángeles, a pesar de que su vida normal manifestaba hermosamente hasta qué punto tenían la carne y el pecado como crucificados para mejor servir a su Señor en la potencia del Espíritu.

El caso es que, después de la desavenencia, la Obra del Señor fue mejor servida por los trabajos que los dos llevaron a cabo separados el uno del otro, que no por un intento de soldar artificialmente lo que se había despegado: lo que no deja de ofrecernos una lección de sabiduría práctica en cuanto al tema de la colaboración de los siervos de Dios en nuestra época.

5. Juan Marcos

Por fin Juan Marcos pudo rehabilitarse, lo que también justificó a Bernabé en la parte personal del asunto, pues no había errado al creer que el joven había vuelto humildemente al camino del servicio, con ánimo de perseverar hasta el fin. Pablo mismo llegó a apreciar su trabajo valioso y constante, deseando tenerle consigo en la última gran crisis de su propio servicio en la tierra (**Col 4:10**) (**Fim 1:24**) (**2 Ti 4:11**). La mención de Bernabé como colaborador de Pablo en fechas posteriores —véase (**1 Co 9:6**)— parece indicar que Pablo y él llegaron a renovar su servicio en común en alguna época.

Los comienzos del segundo viaje (Hch 15:39-41)

1. Su propósito inmediato

La proposición de Pablo a Bernabé había sido: *“Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la Palabra del Señor, para ver cómo están”* (**Hch 15:36**). Por (**Hch 15:41**) comprendemos que Pablo y Silas pasaron por Siria y Cilicia corroborando las iglesias. Por lo tanto, el propósito primordial del apóstol fue el de confirmar lo que ya habían realizado, esperando, sin duda, que el Señor hubiese aumentado el número tanto de los discípulos como de las iglesias. Más tarde alzó los ojos sobre nuevos campos, siendo guiado por fin a regiones que no había contemplado entrar tan tempranamente; pero no fue menos importante la confirmación de la obra pasada que la iniciación de nuevas etapas del desarrollo del plan total.

De paso notamos que Bernabé tomó consigo a Juan Marcos, según su intento fijo, yendo con él a Chipre, donde, seguramente, podían recoger fruto del viaje anterior y levantar más obra sobre los buenos fundamentos de entonces. Un hombre del calibre moral y espiritual de Bernabé no había de desperdiciar lo mucho que el Señor le había enseñado por medio de Pablo durante el primer viaje.

2. El nuevo compañero (Hch 15:40)

Pablo sabía el valor del compañerismo en la Obra, y se comprende que ya había tratado mucho con Silas (Silvano), uno de los *“hombres eminentes entre los hermanos”* que habían sido los portadores de la carta de Jerusalén a Antioquía, confirmando su mensaje

por medio de su propio ministerio profético. Este hermano, destacado en Jerusalén, pero a la vez ciudadano romano (**Hch 16:37**), da muestras de ser hombre culto, influyendo probablemente en el buen estilo del griego helenístico de las cartas a los tesalonicenses y en la primera de Pedro. Hay frecuentes menciones de su servicio hasta la época de la evangelización de Corinto, siendo probable que él quedara allí al salir Pablo de la ciudad para ir a Jerusalén (**Hch 18:18**). En (**1 P 5:12**) se le ve como “*el hermano fiel*” que colaboró más tarde con el apóstol Pedro. Era compañero idóneo para tomar el lugar de Bernabé como íntimo ayudador de Pablo. Más tarde no se habla tanto de un colaborador especial, sino que vemos a Pablo rodeado de un número de los tales, que es natural en vista del avance de la obra, lo que traía sus inevitables complicaciones, para la solución de las cuales Dios levantaba diversos dones. La iniciativa de esta colaboración con Silas durante el segundo viaje partió de Pablo como es natural, ya que “*le escogió por compañero*” (**Hch 15:40**). Hemos de entender que Silas había comprendido la gran importancia de la obra en las provincias y que él mismo sentía el llamamiento del Señor conjuntamente con el profundo anhelo de apoyar al apóstol en la realización de su sublime cometido.

3. El paso por Siria y Cilicia (Hch 15:41)

Recuérdese la íntima relación que existía entre Antioquía y la provincia conjunta de Siria-Cilicia. Ya hemos expresado la opinión de que las iglesias en ella —probablemente numerosas— tendrían un origen doble: el que correspondía a los trabajos de Saulo de Tarso durante los “años escondidos”, antes de ser llamado por Bernabé, y el que surgía del espontáneo esfuerzo misionero de la floreciente iglesia en Antioquía, desde donde partirían muchos “misioneros anónimos”, pues no es de suponer que fallara la norma allí mismo donde los discípulos habían sido entrenados por adalides como Pablo y Bernabé. Las circunstancias de la fundación de las iglesias variarían considerablemente en cada caso, según las soberanas operaciones del Espíritu Santo y los medios que él quería utilizar; pero todas ellas necesitaban ser corroboradas y confirmadas en la fe. No se menciona aquí la entrega de la carta de los apóstoles y ancianos de Jerusalén, a pesar de que iba dirigida directamente a los hermanos gentiles de la región: quizá por la sencilla razón de que ya la habían recibido por medio de mensajeros enviados anteriormente desde Antioquía.

El llamamiento de Timoteo (Hch 16:1)

1. El paso a la región licaónica

Esta vez Pablo y sus compañeros —podía haber otros hermanos además de Silas— caminaron por tierra y, habiendo atravesado Cilicia (la provincia donde se encontraba Tarso, ciudad natal de Pablo), tuvieron que cruzar la sierra del Tauro para llegar a Licaonia, donde darían primeramente con Derbe y después con Listra (**Hch 14:20-21**). El elevado puerto montañoso llamado el “Puerto Ciliciano” les proveía de un camino arduo pero practicable que les llevaría desde las fértiles llanuras de Cilicia hasta la meseta un tanto árida de Licaonia.

2. La persona y el testimonio de Timoteo (Hch 16:1-2)

Lucas no detalla la labor de confirmación que se llevó a cabo en las conocidas iglesias de Derbe y Listra, que seguiría el patrón normal, sino pasa en seguida a notar la incorporación a la compañía apostólica del joven Timoteo. Este hermano había de ser el colega más íntimo y constante de Pablo, hallándose su nombre con mucha frecuencia y en variados contextos de Los Hechos y de las Epístolas. En un sentido fue un hallazgo inesperado que suplió prontamente la falta de Juan Marcos de la forma en que Silas había

sustituido la de Bernabé, como indica la exclamación de **(Hch 16:1)**: “*Y, he aquí, había allí cierto discípulo llamado Timoteo*”. Tengamos en cuenta, sin embargo, que la compañía apostólica no estaba jerarquizada como algunos piensan, pues el “servidor” que se esforzara, que diera muestras de dones espirituales, de sabiduría y de tesón, cumpliría siempre las misiones adecuadas a sus capacidades y obra. Por ende, hallamos a Timoteo asociado con Pablo y Silas en la redacción de las cartas a los tesalonicenses representando al apóstol en cometidos de extremada dificultad y delicadeza. Hemos de guardarnos contra la leyenda, un tanto peyorativa, que nos quiere presentar a Timoteo como el joven tímido, muy fiel por cierto, y muy consagrado, pero de poco ánimo, que necesitaba mucho que el apóstol le exhortara constantemente. Nada se nos dice de su edad al ser llamado por Pablo, pero entre los judíos no era normal que delicados trabajos se entregaran a jóvenes neófitos, de modo que debía tener por lo menos de veinticinco a treinta años. Antes de dirigirle Pablo la segunda Epístola que lleva su nombre, Timoteo había llevado una parte principal de la labor de colaboración con el apóstol por quizá dieciséis años, siendo el enviado y el representante de Pablo en graves crisis e importantísimas misiones. Siempre se situaba como “*hijo*” frente al apóstol, y éste no dejaba de aconsejarle, como es natural; pero las exhortaciones fueron precisas no sólo para Timoteo, sino para todos en días aciagos, cuando se iban multiplicando problemas tanto fuera como dentro de las iglesias. Timoteo llegó pronto a ser adalid cristiano sabio y esforzado, de segundo rango sólo después de los apóstoles del Señor **(1 Ts 3:2-6) (Fil 2:19-23) (1 Ti 1:3)**.

Suponemos que Timoteo, su madre y su abuela **(2 Ti 1:5)** se hubiesen convertido al Señor durante la primera visita de Pablo a Listra. Lo cierto es que, después de la partida de éste de la ciudad, el joven hermano se esforzaba en el servicio del Maestro de tal forma que los discípulos, no sólo de Listra, sino también de Iconio, daban de él buen testimonio. Ya había dado muestra, pues, de su temple y de su celo por la Obra del Señor, allí en el distrito donde vivía, que es el primer paso para un servicio más amplio. Cuando Lucas escribe: “*Quiso Pablo que éste fuese con él*” **(Hch 16:3)**, comprendemos que el apóstol no obró movido por ningún capricho, sino que escogió a un colega que ya había dado prueba de sí y en quien se habían manifestado capacidades y dones nada comunes.

3. El solemne apartamiento de Timoteo

Debemos complementar la breve mención que Lucas hace aquí del llamamiento de Timoteo por referencias que se hallan al mismo suceso en las Epístolas que Pablo le dirigió más tarde, a la luz de las cuales comprendemos que su encomendación a la Obra se revistió de gran solemnidad:

a) Profetas pronunciaron mensajes inspirados que indicaron que era la voluntad de Dios que fuese así separado **(1 Ti 1:18)**.

b) Los ancianos admitieron los mensajes de los profetas que concordaron con su propia experiencia del joven obrero, de modo que el presbiterio le impuso las manos como acto externo que reconoció el don que el Espíritu había concedido, expresando asimismo su identificación con el llamamiento **(1 Ti 4:14)**.

c) Pablo también le impuso las manos, lo que se relaciona con el don que recibió, quizá por darle en aquel momento un solemne encargo en espíritu profético **(2 Ti 1:6)**. Puede haber referencia a la misma ocasión en **(2 Ti 2:2)**: “*lo que has oído de mí por ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles...*”, pues el “*don*”, no consistía en una facultad esotérica que confería categoría superior a Timoteo, sino que era el “*depósito*”, el encargo del ministerio de la Palabra, que había de transmitir a su vez a otros.

4. La circuncisión de Timoteo (Hch 16:3-4)

Que Pablo hubiese circuncidado a Timoteo ha sorprendido a muchos, y a primera vista su decisión parece discrepar de su actitud frente a la circuncisión que hemos estudiado en el capítulo anterior y que se destaca tan claramente en su Epístola a los Gálatas: *“He aquí, yo Pablo os digo que si os circundáis, de nada os aprovechará Cristo” (Ga 5:2)*. Al hacer referencia a la visita a Jerusalén, cuando los judaizantes querían hacer circuncidar a Tito, exclama: *“A los cuales ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del Evangelio permaneciese con vosotros” (Ga 2:3-5)*. ¿Por qué rechaza la circuncisión en unas circunstancias, negando rotundamente que Tito fuese circuncidado, como algo esencial para la pureza del Evangelio, para luego tomar él mismo la iniciativa en la circuncisión de Timoteo? ¿Era inconsecuente Pablo, predicando una cosa y practicando otra? Así lo decían sus enemigos (**Ga 5:11**), pero Pablo no nos da la impresión de ser un hombre vacilante, sino todo lo contrario.

Hemos de tener en cuenta que el mismo hecho pudo revestirse de un significado muy diferente según las circunstancias del caso y los móviles que lo determinaron. Tito y los creyentes de Galacia eran gentiles que habían aceptado a Cristo a raíz de la predicación de Pablo. Si aceptaban la hipótesis de los judaizantes sobre la necesidad de la circuncisión después de haber sido salvos y llenos del Espíritu por la sola fe, entonces anularían en efecto toda la obra anterior que Dios había realizado en ellos, manifestando que era insuficiente. Aun si pensaban que la circuncisión había de hacerles “más salvos”, o “más santificados”, no dejaban de menospreciar la predicación de Cristo y la obra del Espíritu Santo en ellos. El caso de Timoteo es muy distinto. Era israelita de madre y por su crianza, siendo su padre griego. Se hallaba, pues, en una posición anómala racialmente, no siendo ni judío ni griego. Dentro de la Iglesia el asunto no tenía importancia, pero la tendría, y mucha, cuando quisiera dar su testimonio por Cristo en alguna sinagoga o en cualquier contacto que tuviera con los hebreos. Todo ello se indica escuetamente por la frase explicativa de (**Hch 16:3**): *“Pablo... le circuncidó por causa de los judíos que había en aquellos lugares, porque todos sabían que su padre era griego”*.

Nos gustaría saber más detalles de cómo su madre, Eunice, siendo judía, había llegado a casarse con un gentil, no apareciendo su marido para nada en la historia, lo que podría significar que había muerto. También sería interesante informarnos sobre el porqué Timoteo, que se había criado como judío piadoso, conociendo las Escrituras, no había sido circuncidado de niño. Quizá su padre lo prohibiera mientras estaba en vida. De todas formas la iniciativa de Pablo no pasa de ser otra manifestación del sabio reconocimiento del “problema judío”, que no podía por menos que estar presente en la Iglesia en los primeros años, y que llevaba implícito en sí la necesidad de no escandalizar a los hebreos. Por eso la carta de Jerusalén aconsejaba la limitación voluntaria de la libertad de los creyentes gentiles en cuanto a su comida, hallándose todo ello en conformidad con las normas de acción que Pablo expresó en elocuentes palabras en (**1 Co 9:19-21**): *“Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley, a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (no estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley”*.

La entrega de la carta y un resumen (Hch 16:4-5)

1. La entrega de la carta en Licaonia y Frigia (Hch 16:4)

“Y al pasar por las ciudades, les entregaban las ordenanzas que habían acordado los apóstoles y los ancianos que estaban en Jerusalén, para que las observasen” (Hch 16:4). Lucas ha mencionado anteriormente las dos ciudades de la región licaonia-galática, Derbe y Listra, y nota que la compañía sigue pasando por ciudades antes evangelizadas, que habían de incluir necesariamente Iconio y Antioquía de Pisidia, ya que el propósito del viaje hasta aquel punto era el de visitar a los hermanos donde antes habían anunciado la Palabra (Hch 15:36). El punto es interesante, puesto que la región (o regiones) mencionadas en la continuación del viaje han de ser diferentes (Hch 16:6), llevándonos a campos nuevos, a no ser que Lucas se repite, que no es su costumbre.

El sur de la provincia romana de Galacia era bastante asequible a compañías de judaizantes proselitistas, de modo que venía bien hacer entrega allí de las decisiones de los apóstoles y ancianos en Jerusalén, que haría casi imposible que prevaleciese la doctrina judaizante en aquella región bajo el pretexto de que sus emisarios eran de verdad los autorizados por Jacobo y los demás, y no el advenedizo Pablo. Este hecho se relaciona estrechamente con la debatida cuestión de quiénes eran los receptores de la Epístola a los Gálatas.

2. Un alto y un resumen (Hch 16:5)

Nos extraña un poco encontrar aquí uno de los característicos resúmenes de Lucas en medio de lo que llamamos “el segundo viaje”; pero si meditamos un momento, nos daremos cuenta de que se trata de un alto entre dos etapas de la Obra. Geográficamente, Pablo y sus colaboradores salen del área de su trabajo anterior y se colocan ante nuevos campos de trabajo; doctrinal y eclesiásticamente, el momento induce a un alto, lleno de alabanzas al Señor, en vista de que se había ganado la primera fase de la batalla contra los judaizantes, llevando la carta de Jerusalén sosiego y paz a muchos corazones antes perturbados e inciertos a causa de las doctrinas e insinuaciones de los judaizantes, especialmente en lo que se refiere a los amplios territorios que mediaban entre Antioquía en Siria y Antioquía de Pisidia. Lucas hace ver que las visitas confirmatorias del apóstol y sus colegas no habían sido en vano, de modo que, en un ambiente de tranquilidad, fortalecidas en la Fe, las iglesias aumentaban en número de día en día, con referencia no sólo a los miembros de las iglesias ya formadas, sino a la fundación de nuevos grupos por la obra de los “misioneros anónimos ilimitados”.

Un periodo de incertidumbre (Hch 16:6-8)

1. ¿Fundó Pablo iglesias en Galacia propiamente dicha o no? (Hch 16:6)

Leemos: “Y pasaron por la región de Frigia y de Galacia”. Si no se hace referencia a más de una región, entonces es la parte del distrito étnico de Frigia que se incluía dentro de la gran provincia administrativa romana, con fronteras mayormente artificiales, que se llamaba “Galacia”; pero acababan de salir de aquella región (Antioquía, Iconio, etc.). Si se indican dos regiones, habrán proseguido los misioneros su viaje por la región de Frigia que no estaba incluida en la provincia de Galacia y luego pasarían por partes de la provincia de Galacia donde los habitantes eran gálatas de raza, descendientes de tribus celtas que se establecieron allí durante el tercer siglo a.C., pasando a ser parte del Imperio de Roma en el año 25 a.C. Las ciudades más importantes de la Galacia étnica eran Pesino, Ancira y Tavia. En el segundo supuesto fue al atravesar dicha región que le sucedió al apóstol la enfermedad que menciona en (Ga 4:13) y que motivó de forma

imprevista la predicación a los gálatas; en este caso los receptores de la carta serían estos gálatas de raza de la parte norte de la provincia romana. Si no cabe en este lugar una labor extensa de evangelización entre los tales, entonces hemos de quedar con la teoría de que los gálatas que tan pronto se hallaron en peligro de caer en la trampa del judaísmo eran aquellos de la parte sur de la provincia.

Poco se puede fundar sobre el texto de Lucas aquí, ya que le interesa señalar de paso un período de incertidumbre en cuanto a los movimientos de Pablo y su compañía durante el cual el Espíritu prohibió la predicación en Asia y Bitinia, llevándoles por fin a Troas y de allí a Macedonia, que es el área que le interesa, puesto que la proclamación del Evangelio allí lo lleva hacia el Occidente. No todo se determina por este texto, por lo tanto, ya que hemos de tener en cuenta que Lucas “deja mucho en el tintero” y muchas referencias en las Epístolas indican acontecimientos acaecidos durante los trece años de los viajes de Pablo que no hallan cabida en su libro; era importante que la historia no se hiciese interminable y difícil de manejar y que se limitara al desarrollo del programa de **(Hch 1:8)**. Cabe la posibilidad, pues, de “huecos” llenados de sucesos importantes, como lo sería una campaña de evangelización más al norte de Galacia, sin que Lucas se viera obligado a hacer mención de ella. Rozamos aquí con una de las cuestiones más intrincadas y discutidas del fondo histórico de Los Hechos y de las Epístolas. Desde luego la cuestión apenas afecta la labor de la exposición de la Palabra, pues las lecciones fundamentales tanto de Los Hechos como de la gran Epístola a los Gálatas son iguales si resulta que los gálatas de la carta son los étnicos del norte o los frigios y licaonios del sur, que se incluían entonces en la provincia administrativa de Galacia.

2. Planes del apóstol y órdenes del Espíritu (Hch 16:6-8)

Como siempre, Pablo estaba “*mirando las regiones*” y, a la luz de su exacto conocimiento del mundo grecorromano, procuraba aquilatar la importancia estratégica de las provincias que podrían ser campos blancos para la siega. Ocupando el litoral occidental de lo que ahora llamamos “Asia Menor” (políticamente Turquía), se hallaba la provincia de Asia, en la que los romanos habían agrupado varios grupos étnicos y que penetraba profundamente tierra adentro, llegando al centro de Asia Menor. El estudiante ha de recordar que los términos modernos de “Asia” como vasto continente, y de “Asia Menor” como península que se proyecta hacia el Occidente, no se conocían en la antigüedad, siendo las divisiones del Imperio de Roma las que nos interesan en el estudio de Los Hechos. La provincia de Asia de entonces incluía el antiguo reino de Lidia, famoso en la historia, como también las ciudades de la costa oriental del mar Egeo, con sus numerosas islas, donde la civilización griega había brotado potente siglos antes del apogeo de la gloria de Atenas, sufriendo un eclipse cuando la región fue ocupada por los persas. Era una de las provincias más importantes y prósperas del Imperio romano de aquel entonces, y es natural que Pablo fijase su atención en ella. Más tarde había de gozarse en la realización de su propósito **(Hch 19)**, pero aún no había llegado el momento para ello en el programa de Dios, notando Lucas escuetamente: “*Les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la Palabra en Asia*” **(Hch 16:6)**. No sabemos de qué modo el Espíritu hiciera entender su prohibición: quizá por un mensaje profético.

Hacia el Norte, en la costa sur del mar Negro, se hallaba la provincia de Bitinia, otra región de gran importancia comercial y cultural. ¿Quizá la prohibición con respecto de Asia les impulsaba hacia Bitinia? Animados por este pensamiento, iban pasando por los distritos fronterizos de Misia, parte norteña de Asia, “*mas el Espíritu de Jesús no se lo permitió*” (versión R. V. de 1909). En orden cronológico, las “prohibiciones” son anteriores al paso por las regiones de Frigia y de Galacia, que resultaría más claro si leyésemos: “*Y habiéndoles sido impedido por el Espíritu Santo... atravesaron la región de Frigia y Galacia*”.

Es notable que el Espíritu se llama aquí no sólo el “*Espíritu Santo*”, sino también el “*Espíritu de Jesús*” —compárese con **(Ro 8:9)**, “*Espíritu de Dios*”... “*Espíritu de Cristo*”). Los apóstoles marchaban en pos del gran “*Apóstol de nuestra profesión*” en la gran labor de abrir nuevas sendas para la Palabra, y es apropiado que el Espíritu se llamase “*de Jesús*” en su labor de guiar a sus siervos por medio de prohibiciones antes de señalarles positivamente la ruta a seguir.

Es importante recordar que el Espíritu no reprendió al apóstol por meditar planes que estaban dentro de la estrategia general que había aprendido precisamente por la iluminación del Espíritu, sino que ejercía su divina prerrogativa de señalar las etapas del programa divino.

Si hubo o no paréntesis en Galacia antes de las prohibiciones, lo que interesa a nuestra historia es que la compañía apostólica no tuvo más remedio que tomar el camino hacia Troas, pasando por Misis, que, aun siendo oficialmente parte de la provincia de Asia, se distinguía bien de ella en el parecer de los griegos; y Lucas era griego, reaccionando como tal aun en las descripciones de las unidades geográficas. Troas era puerto del norte de Asia que miraba hacia el Occidente, y como tal constituía un jalón de la ruta luminosa que Lucas va trazando por la guía del Espíritu.

El llamamiento a Macedonia (Hch 16:9-11)

1. La ciudad de Troas

Troas era puerto importante, término de las rutas marítimas procedentes de Macedonia y principio de las terrestres que salían hacia el Oriente, además de ser puerto de escala para barcos que pasaban del mar Negro al mar Egeo y al Mediterráneo. A unos kilómetros se hallaba el emplazamiento de la célebre fortaleza de Tróade, cuyo sitio y destrucción fueron cantados por Homero para gloria de la raza griega. Más tarde se hallaba una iglesia floreciente en la ciudad moderna **(Hch 20:5-12)**.

2. La visión (Hch 16:9)

Por fin, después de una sucesión de indicaciones negativas que ponían a prueba la paciencia de los siervos de Dios, ansiosos de cumplir su gran misión de evangelizar a los gentiles, Pablo recibió guía positiva del Señor, viendo en visión nocturna a un varón que reconoció como macedonio (¿por su manera de vestir?), que le rogaba diciendo: “*Pasa a Macedonia y ayúdanos*”. El creyente sencillo reconoce que Dios tiene muchas maneras de guiar a los suyos, y no le extrañará que Pablo fuese orientado por medio de una visión, que él sabría interpretar bien por la plenitud del Espíritu profético que llenaba su ser **(Hch 22:17-21) (Hch 27:22-26)**. Al ser completado el canon de las Escrituras, esperamos normalmente hallar nuestra guía en ellas, pero no excluimos la posibilidad de que Dios utilice medios auxiliares según su soberana voluntad, siempre que se pongan a prueba con la Palabra inspirada, y que “sueños y visiones” de personas inestables no se acepten fácilmente como guía del Señor. Nos parecen pueriles las ideas que han adelantado algunos, imaginando que Lucas mismo sería el “*hombre macedonio*” que había llegado a Troas con el fin de rogar a Pablo que visitase su provincia. Basta notar que la visión era de noche y que encerró un mensaje tanto para Lucas como para los demás, ya que comenta: “*En seguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciásemos el Evangelio*” **(Hch 16:10)**. Tales teorías surgen del deseo de eludir lo sobrenatural, pero el creyente sencillo comprende que “lo sobrenatural” es de la esencia misma de la intervención de Dios en este mundo al enviar a su Hijo y anunciar el Evangelio.

Notemos la pronta obediencia que señala el versículo que acabamos de citar. Si Dios por fin les había indicado el campo, les tocaba subir en el primer barco que salía desde Troas para Macedonia.

3. La presencia de Lucas (Hch 16:10)

Las sencillas palabras: “(nosotros) procuramos partir... dando por cierto que Dios nos llamaba...” (Hch 16:10), con el cambio de pronombre de la tercera persona (“él... ellos”) a la primera del plural (“nosotros”) bastan para hacernos ver que Lucas se unió a la compañía apostólica en Troas, no como un nuevo convertido o un hermano neófito, sino como un siervo de Dios ya conocido que tomaba su parte tanto en las decisiones como en el ministerio (véase capítulo introductorio). La descripción detallada de la obra de evangelización en Filipos se halla en marcado contraste con el breve resumen del segundo viaje que hemos venido meditando hasta este punto, y delata la presencia del testigo ocular.

4. Un viaje próspero a Macedonia (Hch 16:11-12)

No siempre ayudan los vientos a los siervos de Dios, aun cuando se hallan plenamente en la línea de su voluntad, pero en este caso la frase “con rumbo directo a Samotracia” indica un viaje rápido, con viento en popa. Así llegaron en un día de navegación a la célebre isla de Samotracia, donde seguramente pernoctaron, arribando el día siguiente a Neápolis, puerto para Filipos. En un viaje en sentido inverso de Filipos a Troas en una fecha posterior, la compañía tuvo que invertir cinco días para cubrir la misma distancia (Hch 20:6).

Al desembarcar en Neápolis los misioneros se hallaban en Tracia, ya que este puerto no se incluyó en la provincia de Macedonia hasta más tarde. Un viaje corto les llevó a Filipos, dentro ya de la provincia que les interesaba. Macedonia era el reino de Alejandro Magno, despreciado como inculto por los puros aticistas de Acaya, pero base, sin embargo, de las grandes campañas militares por las cuales el joven Alejandro, uno de los generales más destacados de la Historia, destruyó el Imperio Persa, haciéndose dueño de los vastos territorios que se extendían desde el mar Adriático hasta el río Indus. Sus conquistas llevaron la civilización griega por todas partes del Medio Oriente, lo que explica que el Nuevo Testamento, escrito mayormente por hebreos, se redactó desde el principio en griego, la lengua franca de las tierras orientales del Imperio romano.

Los siervos de Dios no intentaron realizar obra en Neápolis, sino que se adentraron en seguida en territorio macedonio, según los términos de su llamamiento, llegando a la ciudad de Filipos.

Fundación de iglesias en Filipos, Tesalónica y Berea (Hechos 16:12-17:15)

La primera etapa de la obra en Filipos (Hch 16:12-15)

1. Filipos, colonia romana

Parece ser que Lucas conocía bien el distrito, y describe Filipos como “*primera ciudad de la provincia de Macedonia y una colonia*”. No era oficialmente cabeza del distrito en que se hallaba, ni mucho menos capital de la provincia; pero quizá Lucas escribe desde el punto de vista de sus habitantes, que consideraban que su ciudad era superior a Anfípolis, la cabeza oficial de la región. No hay duda en cuanto a su importancia, hallándose cerca del término oriental de la célebre ruta egnaciana que enlazaba Roma con el Oriente, siendo enriquecida, además, por unas minas de oro. Cerca de allí, los sucesores de Julio César derrotaron a Bruto y sus compañeros, quienes habían dado muerte al César impulsados por su ideal republicano. Los veteranos de la famosa y decisiva batalla habían sido recompensados por alocaiones en Filipos, que recibió entonces la distinción de ser hecha colonia romana, o sea, un pequeño reflejo de la gran metrópoli en medio de tierras extrañas. Por eso los magistrados se llamaban “strategoí” (pretore) y los alguaciles “rhabdouchoi” (lictore), según el modelo de Roma. Hallamos un eco del orgullo de los “ciudadanos romanos” en las acusaciones de **(Hch 16:21)**.

2. Los primeros frutos (Hch 16:13-15)

El lector sabe bien que Pablo solía empezar su testimonio en las ciudades que visitaba por asistir a la sinagoga de los judíos, aprovechando el primer sábado posible. En Filipos no había sinagoga, no hallándose allí los diez varones judíos que eran precisos para constituir una congregación hebraica. Durante los pocos días de espera **(Hch 16:12)**, los misioneros se habían enterado de que unas mujeres judías (o “*temerosas de Dios*”) solían reunirse en un “*proseuche*” (“*lugar de oración*”) fuera de las murallas y junto al río, de modo que, al llegar el sábado, fueron allí para orar con ellas. Supongo que Pablo, el rabino, leería las Escrituras y que luego hablaría con las piadosas mujeres en forma familiar (el verbo es “*laleo*”). Con todo, el mensaje sería el de siempre: las profecías mesiánicas cumplidas ya en la Vida, Muerte y Resurrección de Jesucristo.

Después del dramático prelude a la obra de Macedonia, parecería un anticlímax la reunión familiar en la que los siervos del Señor explicaban la Palabra a un grupo de mujeres, pero de hecho se dio principio allí a una de las obras más notables de toda la carrera del apóstol —pensando en la totalidad del testimonio en Macedonia— y la que mayor gozo y consuelo le había de proporcionar, puesto que las hermanas y hermanos macedonios habían de recibir con admirable sencillez su mensaje, mostrando luego un singular afecto a su persona, una comprensión exacta de su misión y un profundo aprecio de su obra apostólica. Las primicias de Filipos habían de convertirse en las hermosas cosechas de almas convertidas y abnegadas que se vislumbran por la lectura de las epístolas dirigidas más tarde a los filipenses y tesalonicenses, juntamente con las referencias a los hermanos macedonios en **(2 Cor 8-9)**.

3. Lidia, vendedora de púrpura (Hch 16:14-15)

Entre las piadosas mujeres del “*lugar de oración*” pronto se destacó una llamada Lidia, vendedora de púrpura, oriunda de la ciudad de Tiatira, que se hallaba entre Sardis y

Pérgamo, en la provincia de Asia. Se deduce de su forma de obrar que ella dirigía su propio negocio, siendo cabeza de su casa, lo que parece indicar que sería viuda, o, con menos probabilidad, soltera. Por ser la extracción del tinte de púrpura un proceso técnico y costoso, es probable que aquella mujer excepcional manejara intereses considerables, pero no por eso se dejaba dominar por el afán del lucro, ya que, siendo gentil de nacimiento, asistía a la sinagoga o *“lugar de oración”* como *“temerosa de Dios”* por apreciar la Palabra del Antiguo Testamento que allí se leía. Su caso fue análogo, dentro de las diferencias naturales impuestas por el sexo, al de Cornelio, en Cesarea. Sin duda había sinagoga en su ciudad natal, pero, no hallando ninguna en Filipos, se reunía con las pocas mujeres que buscaban a Dios. Todas las frases que la describen en **(Hch 16:14-15)** son especialmente importantes porque señalan los pasos de la entrada en el Reino de la primera convertida, por medio de Pablo, del continente que luego había de llamarse Europa.

a) Era temerosa de Dios, o sea, asistía a las sinagogas y se adaptaba a la vida de los judíos en lo posible, sin declararse como prosélita; tal actitud muestra que buscaba la verdad, habiendo reconocido la superioridad de la revelación del Antiguo Testamento sobre todos los sistemas del paganismo.

b) Escuchaba la Palabra con atención. Aquella mujer de discernimiento, llena de deseos espirituales, apreciaría el valor y el tremendo significado del mensaje de Pablo, comprendiéndolo a la luz de la revelación del Antiguo Testamento que ya conocía. Se trataba de un alma muy preparada, y en ella se cumplió el gran principio de **(Ro 10:17)**: *“La fe viene por el oír y el oír por la Palabra de Dios”*, o, remontándonos a las enseñanzas del Maestro mismo, la vendedora de púrpura *“tenía oídos para oír”*.

c) El Señor le abrió el corazón. *“Abrir el corazón”* es una hermosa metáfora que indica que los deseos espirituales inclinaron su voluntad a una clara decisión por Cristo, avivándose en ella el amor al Señor. Se podía decir con igual razón que *“Lidia abrió su corazón”* o que *“el Señor le abrió el corazón”*, ya que nada puede realizar el hombre o la mujer en el trance crucial de su conversión sin el auxilio de la gracia, pero al mismo tiempo es la persona misma quien tiene que dar entrada al Señor, que está a la puerta y llama **(Ap 3:20)**.

d) Fue bautizada juntamente con su *“familia”* **(Hch 16:15)**. Igual que Cornelio, Lidia había influido en el ánimo de quienes constituían su *“familia”*, o sea, el conjunto de personas bajo su cuidado y a su servicio. Como en otros casos, estas personas también escucharon la Palabra, y por ende, cuando ella fue bautizada, dando pública confesión de su fe en el Mesías-Salvador, los suyos pudieron acompañarla en el mismo acto de obediencia. Como siempre, el bautismo sigue la conversión, o el *“abrir del corazón”* ante la presentación del Señor en su Palabra.

e) Puso su casa a la disposición de los siervos de Dios **(Hch 16:15)**. El *“lugar de oración”* no podía ser base permanente para la obra cristiana, aunque seguían visitándolo los misioneros **(Hch 16:16-17)**, y la amplia casa de una mujer acomodada sería de inestimable valor para la extensión de la obra. Parece ser que Pablo no se dejó convencer en seguida; pero ante los persistentes ruegos de Lidia y la hermosa expresión de su deseo de consagrar su casa a su nuevo Dueño —*“Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor”*—, cedió, aceptando una oferta que tan obviamente surgió de un acto de verdadera consagración al Señor. Después del encarcelamiento de los apóstoles les era natural *“entrar en casa de Lidia”* para despedirse de los hermanos antes de emprender su marcha a Berea **(Hch 16:40)**. La iglesia de Filipos fue honrada y bendecida por los trabajos de varias destacadas siervas del Señor **(Fil 4:2-3)**.

Las lecciones que podemos aprender de la narración de la conversión de Lidia se resaltan del análisis de **(Hch 16:14-15)** que acabamos de hacer. Sólo añadiremos que si más creyentes *“presentaran sus cuerpos en sacrificio vivo al Señor”*, según la exhortación de **(Ro 12:1)**, habría también abundancia de capillas y hogares a la disposición de las iglesias y de los siervos del Señor para todos los efectos del adelanto de su Obra en nuestros tiempos... ¡y quizá menos televisores!

Persecución de parte de los gentiles en Filipos (Hch 16:16-24)

I. Persecuciones

Durante el período representado por Los Hechos las persecuciones contra los cristianos solían originarse en las colonias hebreas a causa de los judíos incrédulos, quienes disponían de medios para influir en el ánimo de los gobernantes de los gentiles en contra de los siervos de Dios. En Filipos faltaba el elemento judío, pero el diablo supo valerse de las supersticiones, la avaricia y el orgullo de los *“ciudadanos romanos”* de este lugar con el fin de despertar fiero antagonismo en contra del Evangelio. La Epístola a los Filipenses revela un estado latente de oposición a la familia de la Fe a pesar de la ausencia inmediata de judíos recalcitrantes **(Fil 1:28-30)**.

Recordando la finalidad apologética de Los Hechos (véase capítulo introductorio), no nos extrañará que Lucas subraye que esta explosión de ira persecutoria de parte de los gentiles duró poco en su etapa inicial, haciéndonos ver al final de la narración cómo los magistrados visitan a los presos con el fin de rogarles que salgan pacíficamente de la ciudad, reconociendo tácitamente que, como ciudadanos romanos, podían seguir la religión que quisiesen.

2. La esclava poseída del espíritu pitónico (Hch 16:16-18)

La persecución tuvo un origen extraño que no deja de ilustrar la vida y las costumbres de la época, como también las maniobras de Satanás y los límites que Dios pone a ellas. La obra seguía su curso, teniendo por sus dos polos el *“lugar de oración”* y la casa de Lidia; los abundantes frutos de ella hacen suponer que Pablo y Silas pudieron mantenerse en Filipos bastante tiempo antes de producirse el dramático incidente que puso fin a su presencia personal en la colonia: nótese la frase *“muchos días”* en **(Hch 16:18)**. Al ir y volver del lugar de oración, los misioneros se cruzaban frecuentemente con una esclava que hablaba bajo la influencia de un espíritu perverso, a la manera de los *“médium”* de los espiritistas. Se creía en aquellos tiempos que tales expresiones procedían del dios Apolo, cuyo símbolo en el santuario de Delfi era una pitón, o sea, una serpiente mitológica, y de ahí surgió la designación de *“espíritu pitónico”*. Obedeciendo un impulso incontrolable, la muchacha seguía a los siervos de Dios diariamente, gritando: *“Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian un camino de salvación”* (R.V. 1909). Es importante notar que falta el artículo definido, de modo que no debe traducirse su *“testimonio”* como si anunciaran los apóstoles el camino de salvación. Al diablo no le importa que el Evangelio sea considerado como un camino de salvación entre otros, pero no puede aguantar que sea presentado como el único. Con todo, extraña el elemento de verdad que encerraba el testimonio de un espíritu de las huestes satánicas, y el reconocimiento de los misioneros como *“siervos del Dios Altísimo”*, título que se emplea más en el Antiguo Testamento —y aun en escritos gentilicios— que no en el Nuevo Testamento. Sea ello como fuere, Pablo —como su Maestro durante su ministerio terrenal— no podía soportar testimonios de tal procedencia, y muy perturbado por la insistencia de la muchacha, que podría envolver la pureza del Evangelio con las mentiras y

suciedades del paganismo y con las operaciones de demonios, terminó por proceder al exorcismo del espíritu: *“Te mando en el Nombre de Jesucristo —dijo al espíritu— que salgas de ella”*. El resultado fue instantáneo: *“y salió en aquella misma hora”* (**Hch 16:18**). El milagro de sanidad es exactamente análogo a aquellos que el Maestro obraba frente a los afligidos por el diablo, con esta diferencia: el Señor de todos obraba por su propia potestad, mientras que sus siervos hacían uso de su poderoso Nombre, que representaba su presencia con ellos en toda su autoridad y poder. De nuevo insistimos en que el creyente sencillo ha de aceptar estas narraciones tal como se presentan en la Palabra —ciertamente con todos los visos de verosimilitud— sin rebajarse a sí mismo, ni el valor de la Palabra inspirada, por buscar “explicaciones” naturalistas que sólo enturbian lo que en sí es muy claro si aceptamos los datos de la Palabra inspirada con humildad de corazón.

3. Una explosión de violencia (Hch 16:19-22)

Con sutil ironía, Lucas escribe: *“Y salió (el espíritu) en aquella misma hora. Pero viendo sus amos que había salido la esperanza de su ganancia, prendieron a Pablo y a Silas...”*. Con el demonio había salido una fuente de riquezas, ya que los supersticiosos y engañados filipenses pagaban bien los mensajes del espíritu pitónico que suponían fuese el de Apolos. Los amos de la esclava serían, probablemente, los miembros de una pandilla de los sacerdotes degenerados —agregados a diferentes cultos y santuarios— que abundaban en la época, a quienes poco les importaría el portento, con la manifestación de la operación de una potencia divina, y mucho menos el hecho de que la pobre muchacha había sido restaurada a una vida normal, quedando libre su personalidad humana de la sujeción del demonio. La avaricia podía más que toda consideración espiritual, humanitaria o lógica, y los amos no veían más que la intervención de un grupo de judíos, predicando un mensaje que se hallaba en fuerte contraste con su modo de proceder, quienes les habían originado una considerable pérdida tanto de dinero como de prestigio, de modo que lo importante era quitar de en medio a los extranjeros antes de que hiciesen otro milagro. Quizá ya se había apuntado el antagonismo esencial entre la idolatría en su forma más crasa y el mensaje de vida por medio de Jesucristo, de modo que los amos estarían preparados para organizar un acto de venganza. Después del milagro podemos imaginar que se produjeran unos momentos de asombro, seguidos por unas rápidas consultas de los enemigos entre sí, y luego la decisión de prender a Pablo y a Silas con el fin de llevarles ante el tribunal de los magistrados en el foro de la ciudad.

Los amos eran lo bastante astutos para saber que el exorcismo en sí, que había libertado a la esclava del espíritu pitónico, no llevaría mucho peso ante la justicia de Roma, de modo que idearon unas acusaciones que justificaran su ira y forzasen a los magistrados a tomar medidas drásticas. Estaban tan bien ideadas las acusaciones que reiteramos nuestro pensamiento de que no pudieron haber surgido improvisadas en aquel momento; estaban bien meditadas de antemano por personas que “veían venir” algo que hiciera posible la denuncia de los misioneros ante las autoridades.

Discernimos varias facetas en las acusaciones de (**Hch 16:20-21**), y son dignas de estudio puesto que, años más tarde, cuando se había puesto de manifiesto la incompatibilidad entre el cristianismo y la religión de Roma, consideraciones no muy diferentes de éstas influyeron en el ánimo de muchos romanos de distinción, llevándoles a apoyar la persecución de los cristianos como una medida necesaria para la protección del Estado contra ideas subversivas.

a) *“Estos hombres siendo judíos”*. En la ausencia de una colonia influyente de judíos en la ciudad, los enemigos del Evangelio pudieron empezar por remover el espíritu antisemita tan extendido por el Imperio en aquellas fechas y que perdura hasta nuestros días en grado mayor o menor en el área del mismo Imperio, que, desde ciertos puntos de vista,

nunca ha dejado de existir por entero. Desde luego este caso se distingue de todos los demás que Lucas presenta, puesto que, en general, eran precisamente los judíos incrédulos quienes promovían las persecuciones. Más tarde los romanos comprendieron perfectamente que el judaísmo y el cristianismo eran dos religiones netamente delimitadas.

b) *“Alborotan nuestra ciudad”*. Sin duda la presencia y el ministerio de los misioneros ya había surtido sus efectos en Filipos, aceptando algunos el mensaje con agrado, mientras que otros protestaban contra las nuevas doctrinas que suponían cierto desprecio frente a las divinidades antiguas, por muy diplomática que fuera la predicación. Las discusiones y disputas podían representarse como alteraciones del orden público, frente a las cuales los oficiales romanos siempre se mostraban muy sensibles.

c) *“Enseñan costumbres que no nos es lícito recibir ni hacer, pues somos romanos”*. El judaísmo era “religio licita” en el Imperio, bien que se vigilaba estrechamente la cuestión del proselitismo. En general, Roma era muy tolerante en materias religiosas, admitiendo las divinidades orientales en su “panteón” sin mayores dificultades, siempre que quedasen todas supeditadas al culto del emperador, que tenía más bien significado político al subordinar toda actividad al poder supremo del Imperio. Pero los acusadores de los apóstoles notaban algo diferente en la predicación del Evangelio y ya veremos en el caso de Tesalónica que la proclamación de un reino espiritual se prestaba a confusiones, pues personas carnales no podían por menos que pensar que se trataba de algún sistema de gobierno que rivalizaba con el de Roma. La sumisión a la Persona de un Reo ajusticiado por el gobernador Poncio Pilato no sería “lícita” para los “romanos” de la provincia, siempre más susceptibles en cuanto a su categoría y privilegios que aquellos de la metrópoli. En la ausencia de una colonia judía, los filipenses tendrían poca idea de la tolerancia oficial que concedía a los judíos el derecho de celebrar los sencillos cultos, llegando hasta eximirles de la adoración del emperador. La enfática declaración *“¡Somos romanos!”* resumió el quisquilloso orgullo de los romanos de una colonia muy alejada de la capital, y bastaría para inflamar el patriotismo —mal entendido— de los filipenses.

Los diferentes elementos de la acusación constituyeron una receta tan bien dosificada de prejuicios, de orgullo y de medias verdades que sirvieron igualmente bien para excitar la violenta oposición de la multitud en contra de los siervos de Dios como para cegar los magistrados hasta el punto que creyeron ver la necesidad de aplicar un castigo inmediato y ejemplar a los perturbadores del orden sin el menor intento de abrir una investigación sobre el caso según el procedimiento legal establecido.

4. Falla la justicia romana (Hch 16:22-24)

Recordemos que, según la constitución de una colonia romana, los magistrados se llamaban *“pretore”* y los alguaciles *“lictore”*, y serían éstos seguramente los encargados de desnudar y azotar a Pablo y a Silas.

Al parecer, la violencia de la multitud, secundada por la precipitación de los magistrados, impidieron que Pablo y Silas presentaran defensa alguna. Lo más sencillo habría sido el grito de *“¡Romanos somos!”*, pero, a juzgar por la evidencia que tenemos, Pablo nunca quiso hacer valer los derechos de su ciudadanía romana hasta verse *“in extremis”*, o para la protección de los santos **(Hch 16:35-39) (Hch 22:25-29)**. No se hace mención de otros siervos del Señor, de modo que podemos suponer que los amos de la muchacha prendieron solamente a Pablo y a Silas en concepto de jefes del bando, siendo posible también que se destacaran por su vestido hebreo, a diferencia de los hermanos griegos de la compañía.

Contra los cánones más elementales del procedimiento legal, los pretores hicieron arrancar los vestidos de Pablo y Silas a tirones, mandando luego que fuesen azotados con varas. Según la declaración de Pablo en **(2 Co 11:25)** pasó por tal suplicio tres veces antes de redactar la carta de referencia, pero nada sabemos de las circunstancias de los otros dos casos. Se ha de distinguir este castigo del más terrible del látigo romano que padeció el Señor y que Pablo estuvo a punto de sufrir más tarde en las circunstancias que veremos al comentar **(Hch 22:22-29)**. Con todo, el ser azotado con varas por unos brutales lictores, sobre el cuerpo desnudo, no dejaba de ser un cruel padecimiento y una “afrenta”, según lo describe Pablo en **(1 Ts 2:2)**. De hecho era la multitud excitada y desbordada que juzgó el asunto por instigación de unos hombres malos y avariciosos, quedando muy mal la tan decantada justicia romana en todo este proceso.

Tratando a los misioneros como perturbadores del orden, los magistrados, después de presenciar el inmerecido castigo de las varas, ordenaron que los presos fuesen guardados con toda seguridad, pendientes otras medidas. El carcelero —hemos de entender más bien el director de la cárcel, quien podría ser un centurión retirado—, en vista de órdenes tan estrictas, hizo meter a los apóstoles en el calabozo interior, sujetando sus pies en el cruel cepo de la época: instrumento conocido en otras épocas también, por medio del cual era posible extender exageradamente las piernas, añadiendo el suplicio de una malísima postura al dolor de los azotes sin curar.

Dios habla por el terremoto y por la Palabra (Hch 16:25-34)

1. El griterío de los hombres y la Voz de Dios

Lucas nos ha hecho oír, a través de su gráfica narración, la extraña voz de un demonio que hablaba por boca de una esclava, los estridentes gritos de los amos, defraudados de su sucio lucro, con la algarabía de la multitud excitada y ciega, además de los precipitados e injustos mandatos de los magistrados asustados ante el tumulto; al mismo tiempo ha notado que los misioneros no pudieron hacerse oír en medio de tanta confusión y bullicio. A veces parece ser que prevalecen hasta tal punto las broncas voces de los hombres rebeldes a Dios que el testimonio de los santos queda ahogado y que Dios mismo se encierra en un mutismo inexplicable frente a la tribulación de los suyos. Esta narración nos recuerda que cuando haya pasado la loca algarabía de los hombres, como violenta y dañina tormenta, la voz del testimonio cristiano persistirá y seguirá operando con tranquila potencia. Al mismo tiempo Dios reserva su derecho de intervenir, bien que sólo su infinita sabiduría puede determinar cuándo lo ha de hacer de forma dramática y manifiesta como en el caso que nos ocupa.

2. Las oraciones y los cánticos de Pablo y Silas (Hch 16:25)

Suponemos que el cruel padecimiento arrancaría algún gemido inevitable de dolor de la garganta de los mártires, pero la historia sagrada no los menciona. A pesar de sus dolores y la terrible incomodidad de su postura, los siervos de Dios reaccionaron y, por su gracia, pudieron presentarle a él la causa que no habían querido escuchar los hombres. En contacto con el Trono de Dios por medio de sus oraciones, y seguros de la presencia de su Señor por la fe, se animaron hasta el punto de elevar sus cánticos cristianos de alabanza al Señor, y eso con voz tan fuerte que los demás de los presos los oyeron, a pesar del espesor de las paredes de los calabozos. No sabían en lo más mínimo cómo Dios obraría, pero estaban seguros de que él volvería en bien la penosa experiencia con tal de que ellos echasen toda la carga sobre él, buscando en primer término su gloria y la extensión de su Reino.

Fue sobre la medianoche cuando los siervos de Dios se entregaron a su extraño concierto sagrado, y quizá la autoridad que luego tuviera Pablo sobre los presos se explica en parte por la impresión que éstos habían recibido al notar que los forasteros del calabozo interior eran tan diferentes de sí mismos, intuyendo algún poder celestial por ellos desconocido.

3. La voz de Dios en el terremoto (Hch 16:26)

Esta vez plugo a Dios intervenir por medio de un terremoto que sacudió los mismos fundamentos de la cárcel, abriendo las puertas, sueltas ya de sus marcos, rompiendo los cepos y librando a todos los presos de sus cadenas. Generalmente, Dios habla a sus siervos por medio de la *“voz apacible y dulce”* y no por fuego ni por movimientos sísmicos (**1 R 19:11-13**), pero de vez en cuando le place hablar a su favor por medio de manifestaciones de poder que sacuden las obras de los hombres, anticipando por un breve momento la hora cuando *“aún una vez más, dice el Señor, y conmoveré no solamente la tierra sino también el cielo... y esto “aun una vez” indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las inconmovibles”* (**He 12:26-29**).

4. Las reacciones del guardián de la cárcel (Hch 16:27-30)

El guardián de la cárcel fue despertado de su sueño por el estruendo del terremoto y sus efectos inmediatos; como buen oficial romano, su primera preocupación fue la de mirar por la seguridad de los presos. Con horror comprobó que las puertas estaban abiertas, lo que suponía, en buena lógica, que los presos habían huido. Sin que tuviera culpa alguna, había sido infiel a su cometido y había faltado a su deber. Para un oficial romano no quedaba más que una solución: el suicidio. Él se hallaba en la relativa claridad de afuera, de modo que nada podía apreciar de lo que pasaba dentro de la cárcel, mientras que Pablo pudo percibir su gesto al sacar la espada de su vaina con el pensamiento de quitarse la vida. El apóstol tuvo tiempo para evitar la tragedia por el grito: *“¡No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí!”*. El oficial dejó su intento, pidió luces, y cuando sus servidores se las trajeron, se lanzó dentro de la cárcel, lleno de asombro, temblando, preso de temor, pero percibiendo a la vez un rayo de esperanza.

5. Un mensaje de salvación (Hch 16:30-31)

No es muy atrevido suponer que el carcelero tuviera nociones sobre quiénes eran sus presos y cuál había sido su mensaje anterior a los padecimientos del día anterior. Había podido comprobar su digno comportamiento durante la prueba, y quizá sabía del reiterado grito de la muchacha endemoniada, insistiendo en que aquellos hombres eran siervos del Dios Altísimo y que enseñaban un camino de salvación. Ahora, bajo la impresión del terremoto, atónito ante la autoridad de dos presos que habían sabido controlar la explosiva situación de una cárcel llena de presos y abierta a los cuatro vientos, se encontraba sintiendo nacer una esperanza que no se atrevía a formular claramente. Dios había hablado, señalando como mensajeros suyos a aquellos presos cuyos dolores él mismo había aumentado por la rígida aplicación de las órdenes que recibió de los magistrados. Él, oficial romano, sabía que había de hallar orientación y salvación a los pies de estos mensajeros de Dios. Se postró ante ellos, y, al sacarles fuera, con tono de sumo respeto, y hasta de reverencia, exclamó: *“Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?”*. Nos es imposible sondear todo lo que encerraba la conocidísima pregunta del carcelero. Sin duda necesitaba orientación frente a la crisis angustiosa en que se encontraba, viendo que sólo la autoridad de estos misteriosos hombres controlaba la situación. Pero seguramente se habían despertado en él anhelos de vida y de perdón, vagamente sentidos anteriormente. La palabra *“salvación”*, que hacía eco del grito de la pitonisa, le afectó en lo más íntimo de su ser. Si otra cosa no sabía, no se le escapaba que necesitaba salvarse.

Pablo supo darle inmediatamente la esencia del Evangelio en una frase lapidaria: *“Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, tú y tu casa”*. Fue un principio, una soga que se echa al hombre que se ahoga, quedando para más tarde la explicación del sentido pleno de la *“salvación”* y la presentación de la Persona del Salvador Jesucristo.

6. Palabra, benevolencia y comunión (Hch 16:32-34)

En el patio de la cárcel se hallaría un pozo con agua para lavar las heridas de los mensajeros, y allí primeramente Pablo y Silas *“le hablaron la Palabra del Señor, a él y a todos los que estaban en su casa”* (Hch 16:32). Nos gustaría saber lo que habían hecho los presos y si ellos pudieron aprovechar la predicación del Evangelio en el patio; pero Lucas no nos dice nada de eso, sino que se limita al hermoso epílogo del relato del encarcelamiento y de los dramáticos sucesos de la noche, por lo cual un oficial romano y todos los miembros de su casa recibieron la Palabra y fueron bautizados. El primer mensaje sería la ampliación del texto anterior, y, una vez aclarada la esencia del Evangelio, el oficial se acordó de la necesidad de cuidar de los cuerpos magullados de los siervos del Señor por medio de los cuales había recibido tanto bien, lavándoles las heridas y aplicando sin duda aceite y bálsamo.

El paso siguiente fue el de su bautismo con todos los suyos; de nuevo recalamos que no existe base alguna para creer que el acto del bautismo se extendiera más allá del círculo que había escuchado y recibido la Palabra, siendo los creyentes quienes podían asociarse con su Salvador mediante el bautismo por agua.

Estos versículos señalan otro paso más. Tras la primera predicación, el cuidado de los mártires y el bautismo de los convertidos, el oficial hizo que Pablo y Silas subiesen a su propia casa, que quizá ocuparía un piso por encima de la cárcel, donde mandó que les trajesen comida. Un acto tan necesario y natural se convirtió en una hermosa ocasión de comunión durante las altas horas de aquella noche tan accidentada. Seguramente los siervos de Dios continuaban suministrando a los nuevos creyentes la comida espiritual de la Palabra, mientras que el rostro del carcelero, un poco antes espejo de desesperación, radiaba el gozo del Señor al darse cuenta de que la salvación había llegado a su casa: *“Y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios”*; de haber salido del reino de las tinieblas a la luz admirable del Reino de Cristo.

7. Los caminos de Dios

Hagamos un alto aquí para meditar por un momento en los diversos medios que Dios emplea para llevar almas a la luz. Si podemos pensar, siguiendo la analogía de los casos que se presentan en los Evangelios, que la esclava libertada del espíritu pitónico llegara a ser salva, tenemos en este capítulo el detalle de tres casos de conversión, entre otros muchos que se infieren pero que no se describen. Lidia recibió la Palabra en la tranquilidad del lugar de oración, meditándola, aprobándola y sometiéndose a ella con firme y sosegada decisión. La muchacha fue libertada por un mandato hecho en el Nombre de Jesucristo en medio de un tumulto, ignorada y despreciada por la multitud una vez que había dejado de ser un espectáculo frente a su malsana curiosidad. El carcelero tuvo que ser despertado por medio de un terremoto, llegando al fin de sí mismo y a la decisión de buscar la salvación en Cristo en medio de una cárcel arruinada, en las altas horas de la noche, improvisándose una *“reunión de evangelización”* en el patio del edificio y a la luz de las antorchas. Pero el Centro del mensaje era Cristo en los tres casos, y todos los convertidos recibieron la Palabra con sumisión y fe. Recordemos que los *“accidentes externos”* de la conversión de las almas pueden variar muchísimo, y no todas pasan por las mismas experiencias, pero la esencia del proceso y su resultado final son siempre iguales.

Pablo reclama sus derechos de ciudadanía (Hch 16:35-40)

Durante la noche, los magistrados de Filipos habían tenido tiempo para meditar bien, y lo que les pareció tan claro en el momento del alboroto se hacía dudoso durante las horas de las meditaciones nocturnas, cuando se acordarían que habían procedido al castigo sin haber iniciado siquiera una investigación de los hechos. Luego fueron despertados, asustados por el terremoto, y más tarde empezaron a recibir informes sobre el daño hecho a la cárcel y sobre el extraño proceder de los nuevos presos. Había algo raro en todo ello, y, tras consultas, determinaron libertar a los hombres, enviando un mensaje brusco a tal efecto por conducto de los lictores. El carcelero se alegró de ello, pero Pablo veía la conveniencia en este caso de no salir “encubiertamente”, dejando a los discípulos a la merced de otra ola de oposición irracional. Decidió hacer valer sus derechos como ciudadano romano, juntamente con los de Silas, seguramente con el fin de crear un ambiente de respeto alrededor de la naciente comunidad cristiana. Exigió, pues, que acudiese la máxima autoridad de la colonia romana a la casa del carcelero con el fin de sacarles honrosamente, como manifestación pública del fallo de justicia en que había incurrido el día anterior. Los pretores temieron al saber que se trataba de ciudadanos romanos que podían apelar al procónsul romano de la provincia contra el abuso de poder, aviniéndose a ir hasta la prisión para rogar a Pablo y a Silas personalmente que saliesen de la ciudad, sin duda por miedo a nuevos alborotos. Los apóstoles no se negaron a marcharse, cosa que convenía a la iglesia naciente, pero tampoco salieron apresurados por la Vía Egnacia como quienes tuviesen que huir, sino que fueron primero a la casa de Lidia, con el fin seguramente de consolar a los hermanos y despedirse de ellos con oración. Es muy probable que el amado Lucas quedara en Filipos para pastorear la grey, y que él fuera “*el compañero fiel*” de **(Fil 4:3)**, llevando la iglesia a aquella madurez espiritual que la caracterizaba según las referencias posteriores a la iglesia de los filipenses.

Se ha hablado mucho y de diversas maneras sobre el proceder de Pablo que acabamos de notar, y aún sobre toda la cuestión de su ciudadanía romana. A nuestro parecer Sir William Ramsay concede demasiada importancia a la categoría de Pablo como ciudadano de Tarso y del Imperio, imaginando un apego a Roma y a la civilización grecorromana que cuadraría muy mal con el rabino fariseo convertido en apóstol del Señor y adalid de la Iglesia. La única ciudadanía a la cual Pablo concedía verdadera importancia era la del Cielo **(Fil 3:20)**, considerando al fuerte Imperio de hierro como la quintaesencia del “*mundo*”. Con todo, su cultura griega, su aprecio de las garantías de un orden relativo que ofrecía el Imperio, su comprensión de que el cristiano había de dar a César lo que era de César, le llevaban a valerse de su ciudadanía cuando hacía falta para el avance de la obra, pero sin darle mayor importancia desde el punto de vista carnal. En cambio otros expositores se han escandalizado frente a la actitud de Pablo ante los magistrados en esta ocasión, extrañándose de que hiciera valer tales derechos humanos en vista de su propia enseñanza sobre la separación del creyente del mundo y la necesidad de desechar toda confianza humana. He aquí el otro extremo que olvida el principio de que el creyente puede usar del mundo sin abusar de él, siempre que su anhelo sea el de glorificar a Dios en todo **(1 Co 7:31)**. De nuevo insistimos en la necesidad de aprender de los apóstoles, sin criticarlos, a no ser que la Palabra misma subraye claramente que habían caído en algún error humano, como en el caso del apartamiento de Pedro de los creyentes gentiles en Antioquía **(Ga 2:11-14)**. La frase inglesa que corresponde al “*término medio*” es “*el áureo punto medio*”. ¡Lástima que más expositores no busquen este precioso “*punto de oro*”, situado en el fiel de las balanzas de la verdad, en lugar de lanzarse tantas veces a soluciones extremas, en las que fuertes “*acciones*” son seguidas por “*reacciones*” igualmente desproporcionadas! No hay nada de aburrida mediocridad en las Sagradas

Escrituras, pero se halla mucho sentido común santificado por la luz que brota de arriba. Compárese con **(Hch 22:25-29)**.

La fundación de la iglesia en Tesalónica (Hch 17:1-9)

1. Los apóstoles se trasladan a Tesalónica (Hch 17:1)

Las Epístolas a los Tesalonicenses arrojan mucha luz sobre la escueta narración del principio de una gran obra que ocupa los primeros nueve versículos del capítulo 17, y recomendamos al estudiante que vuelva a leer las Epístolas en relación con el comentario sobre este breve relato.

Guiados por el Espíritu, Pablo y Silas, después de despedirse de la iglesia en Filipos, con las espaldas doloridas aún por los azotes recibidos en aquella ciudad, emprenden la marcha a lo largo de la Vía Egnacia en dirección sudeste, pasando por las importantes ciudades de Anfípolis y Apolonia, sin hacer un alto considerable hasta llegar al gran puerto de Tesalónica, situado a la cabeza del golfo del mismo nombre y en posición muy estratégica en relación con las principales rutas terrestres y marítimas; tanto es así que su importancia se ha reconocido desde que fue ampliado por el rey macedonio Casander, en 315 a. C. hasta el día de hoy cuando sigue siendo un puerto de consideración, llevando el nombre de Salónica, una forma abreviada de Tesalónica.

Los romanos habían concedido los derechos de “ciudad libre” a Tesalónica, por lo que gozaba de cierta autonomía bajo un gobierno de oficiales llamados “*politarcas*”: designación que se halla en **(Hch 17:6)** y que se confirma por la evidencia arqueológica. Desde luego todos los gobernantes indígenas se hallaban bajo la autoridad del procónsul de la provincia, quien representaba al César y el Senado. En tal ciudad había de nacer una de las iglesias más vigorosas de la época apostólica.

2. Los tres sábados en la sinagoga (Hch 17:2-3)

A pesar de todos los peligros que entrañaba la costumbre de empezar la obra en nuevas ciudades en la sinagoga, Pablo veía tantas ventajas en este método —amén del cumplimiento del principio “*al judío primero*”— que volvió a presentarse en la de Tesalónica el primer sábado de su estancia en el gran puerto, aprovechando la relativa libertad que se concedía a los visitantes para abrir las Escrituras. En **(Hch 17:2)** se recalca el debate, método tan apreciado por los judíos, que Pablo aprovecha para demostrar los dos puntos que necesitaban saber los hebreos: a) que era necesario, según las Escrituras, que el Mesías padeciese, que muriese y que resucitase de entre los muertos; b) que Jesús de Nazaret, el tema de su mensaje, era el Mesías profetizado, alegando Pablo, seguramente, como en Antioquía de Pisidia, que los hechos de la Vida, Muerte y Resurrección de Jesús constituían prueba palmaria del cumplimiento de las profecías mesiánicas que había citado. Lucas no necesitaba dar más informes sobre los mensajes y los argumentos, ya que había redactado un extenso resumen del discurso en Antioquía de Pisidia como muestra de la manera en que Pablo se acercaba a los judíos de la Dispersión.

No hemos de entender que el ataque contra Pablo se produjera inmediatamente después de los “*tres sábados*”, pues hemos de suponer necesariamente un lapso de tiempo entre **(Hch 17:4)** y **(Hch 17:5)**. Los filipenses habían tenido tiempo de enviar socorro material al apóstol dos veces **(Fil 4:16)** y el número de los hermanos y la estabilidad de la iglesia al redactar Pablo su primera carta es prueba de una extendida y fructífera labor, en la que muchos gentiles se habían convertido después del testimonio en la sinagoga.

3. La violenta reacción de los judíos recalcitrantes (Hch 17:5-10)

Los judíos de Tesalónica, rebeldes al Mensaje, se distinguieron tristemente por la violencia de su oposición a los apóstoles y a los creyentes. Algunos de los judíos de la sinagoga habían creído, con un gran número de temerosos de Dios, que incluían bastantes señoras distinguidas de la ciudad, de modo que los judíos incrédulos temían el fin de su influencia sobre un sector considerable de las personas religiosas de la ciudad si no lograban cortar el mal de raíz y prontamente. Los celos constituyen uno de los resortes más trágicamente potentes de las acciones humanas, y los judíos incrédulos, llenos de celos, estaban dispuestos a todo. Pocas veces acusaba Pablo a su propia nación, teniendo conciencia quizá de los crímenes que él mismo había perpetrado, movido por el mismo ciego fanatismo religioso que les caracterizaba a ellos, pero no puede por menos que estallar en una amarga queja frente a la persistente malicia de los judíos enemigos de Tesalónica: *“los cuales mataron al Señor Jesús y a sus propios profetas, y a nosotros nos expulsaron; y no agradan a Dios, y se oponen a todos los hombres, impidiéndonos hablar a los gentiles para que éstos se salven; así colman ellos siempre la medida de sus pecados, pues vino sobre ellos la ira hasta el extremo” (1 Ts 2:15-16).*

Es probable que los judíos no podían actuar tan directamente sobre los politarcas en Tesalónica como lo habían hecho en Antioquía de Pisidia, a causa de la conversión de bastantes mujeres influyentes que podrían actuar eficazmente en defensa de los apóstoles. Pero no por eso dejaron de buscar medios para forzar a los politarcas a proceder en contra de los siervos de Dios, basándose en dos consideraciones: las autoridades no podían permanecer pasivas ni ante alborotos ni frente a denuncias presentadas por “delatores”. Por eso tuvieron que buscar la ayuda de pandillas de hombres ociosos que deambulaban por la plaza —equivalentes a los gamberros de hoy—, sobornándoles seguramente y animándoles a atacar la casa de Jasón, un convertido distinguido que había puesto su casa a la disposición de los siervos de Dios y donde esperaban prender a Pablo. Luego, con el fin de echar una capa de legalidad sobre el alboroto que ellos mismos habían provocado, formularon las denuncias que pusieron en boca de los delatores: *“Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá; a los cuales Jasón ha recibido; y todos estos contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús”.*

Los politarcas eran responsables ante el procónsul por el buen orden de la ciudad, siendo muy sensibles los romanos a motines de cualquier clase. Además, la acusación se había redactado de tal forma que los magistrados, por mucho que quisieran, no podían pasarla por alto.

4. Jasón ante los politarcas (Hch 17:5-10)

Prevenidos a tiempo, probablemente por medio de las señoras principales creyentes, los hermanos habían podido esconder al apóstol, blanco como siempre de la ira de los judíos y de la multitud. No hallándole a él en la casa de Jasón, hicieron responsable de todo a éste, su huésped, arrastrándole delante de los magistrados. La acusación se había redactado con astucia y consistía en tres elementos:

a) Que los propagandistas cristianos eran notorios perturbadores de la pax romana: lo que tenía ciertos visos de verosimilitud, ya que la predicación del Evangelio provocaba la violenta enemiga de los judíos, y aun a veces de los gentiles como en el caso de Filipos.

b) Que contravenían los decretos del César por proclamar una religión que no era autorizada: punto que había de revestirse de gran importancia durante los años sucesivos.

c) Que proclamaban otro rey llamado Jesús; denuncia que se fundaba en la predicación del Reino de Dios.

Suponemos que los politarcas actuaban con poca gana, sabiendo algo —quizá por sus mismas mujeres— del carácter noble de los predicadores y de la categoría espiritual de su mensaje; como los judíos acusadores no habían podido presentar delante de ellos al “reo”, sino solamente a su hospedador, se limitaron a tomar medidas que podrían garantizar el buen orden en la ciudad, con miras a satisfacer cualquier preocupación del procónsul de la provincia. Jasón sería una figura conocida y respetada en la ciudad, adinerado probablemente. De él y de “otros” tomaron fianzas, haciéndoles responsables por el buen orden y luego los soltaron. Las fianzas podrían ser fuertes cantidades de dinero, y se pregunta: ¿De qué salió fiador Jasón aquel día? Algunos escrutarios han pensado que tenía que garantizar que Pablo saliese de la ciudad y de que no volviese a ella durante determinado período, lo que constituiría el obstáculo que Satanás había interpuesto que le impedía volver por entonces en persona para consolar a sus queridos hijos en la fe y confirmar su testimonio (**1 Ts 2:17-18**). Sea ello como fuere, Pablo y Silas tuvieron que salir de su escondrijo de noche, dejando la nueva iglesia bajo el cuidado de sus ancianos, con la ayuda quizá de algún colaborador de la compañía apostólica cuya presencia no se destacaría tanto. Luego, como veremos, Timoteo había de ser el mensajero del apóstol, llevando sus preciosas cartas a la amada familia cristiana, confirmando también a los santos por su propio ministerio.

Los judíos nobles de Berea (Hch 17:10-15)

I. Unos comienzos tranquilos (Hch 17:10-12)

A setenta kilómetros de Tesalónica, hacia el Oeste, se hallaba la ciudad de Berea, que no carecía de importancia, pero que se hallaba algo apartada de la gran ruta Egnacia. Pablo y su compañía no desistían de su empeño por anunciar la Palabra, a pesar de todos los padecimientos y tensiones experimentados desde el principio de su labor en Macedonia. Tampoco cambiaban de plan, pues de nuevo aprovecharon el primer sábado para exponer la Palabra en la sinagoga. Los judíos de la colonia de Berea se diferencian de todas las demás congregaciones de las sinagogas de la Dispersión visitadas por Pablo, ya que había entre ellos muchas personas —una mayoría, al parecer— de ánimo noble, vocablo éste que significa primordialmente “bien nacido”, y, por una extensión natural de su sentido, “bien criado” o de espíritu comprensivo. Viendo que Pablo basaba su mensaje sobre las profecías del Antiguo Testamento —entendidas en sentido amplio—, además de ciertos hechos históricos con referencia a la Vida y Obra de Jesucristo, obraron conforme a su buena disposición, dedicándose a examinar cada día las Escrituras “*para ver si estas cosas eran así*”. Este estudio humilde de la Palabra tenía que dar por resultado una rápida cosecha de almas convertidas al Señor: “*Así que creyeron muchos de ellos, y mujeres griegas de distinción, y no pocos hombres*” (**Hch 17:12**). En un principio los griegos que creían, tanto hombres como mujeres, se hallarían entre los “temerosos de Dios”, que formarían un puente que extendiera el Evangelio más tarde a los gentiles en general.

2. Las maniobras de los judíos de Tesalónica (Hch 17:13-15)

Las noticias de la buena recepción del Evangelio en Berea llegaron a Tesalónica, llenando a los creyentes de gozo y excitando el odio rabioso de los judíos recalcitrantes. En varias ocasiones hemos notado los estrechos lazos entre las comunidades judías de la Dispersión, y no faltarían incrédulos en la sinagoga de Berea también que sirviesen de base para las maliciosas maniobras de los hebreos de Tesalónica. Lucas abrevia mucho aquí, por ser archisabido el proceso. Por sobornos, por saber tocar los resortes de las

supersticiones y prejuicios de los gentiles, los “invasores” lograron excitar y perturbar la multitud, de modo que, en vista del feo cariz que iban tomando las circunstancias, parecidas a las de Filipos y de Tesalónica, los hermanos se apresuraron a llevar a Pablo hacia el mar, quedando Silas y Timoteo por un breve espacio para confirmar la obra en Berea (**Hch 17:15**).

3. Los movimientos de Pablo y de sus colegas (Hch 17:15)

No está claro si los hermanos que conducían a Pablo le llevaron al puerto de mar más próximo para embarcar allí con rumbo a Atenas, o si le llevaron primeramente en dirección al mar para despistar cualquier persecución, acompañándole luego por la ruta normal, por tierra, a Atenas. Poco importa, pero es interesante combinar el relato de Lucas con las referencias en las Epístolas a los Tesalonicenses, con el fin de seguir los movimientos de Pablo, Silas y Timoteo en la época que siguió a la salida precipitada de Berea.

a) Pablo dejó a Silas y a Timoteo en Berea al ser llevado él mismo a Atenas por los hermanos de Berea, por quienes, a su regreso, envió un recado urgente rogando a sus colegas que se reuniesen con él cuanto antes (**Hch 17:15**).

b) Al recibir este mensaje, Silas y Timoteo se dirigieron a Atenas, donde hallaron a Pablo (**1 Ts 3:1-2**).

c) Pablo envió a Timoteo a Tesalónica para la ayuda de la iglesia allí en su aflicción, quedando él solo en Atenas (**1 Ts 3:1-3**). Al mismo tiempo envió a Silas a otro punto en Macedonia, probablemente Filipos (**Hch 18:5**).

d) Después de su estancia en Atenas y el discurso ante el Areópago, Pablo fue solo a Corinto (**Hch 18:1**).

e) Silas y Timoteo volvieron de Macedonia a Corinto (**Hch 18:5**) con (**1 Ts 3:6**).

f) Desde Corinto, Pablo redactó y envió por mano de Timoteo la primera carta a los tesalonicenses y más tarde la segunda. Probablemente estas cartas quedan como las primeras de Pablo que se han conservado, y los primeros escritos del Nuevo Testamento en orden cronológico.

Temas para meditar y recapacitar

1. Hágase un resumen del segundo viaje, describiendo la ruta y notando las ciudades y distritos visitados, desde la salida de Pablo y Silas de Antioquía en Siria hasta la llegada de Pablo a Atenas.
2. Compare los comienzos de la Obra en Filipos con los de Tesalónica, destacando los puntos de semejanza y de contraste.

Pablo en Atenas (Hechos 17:16-34)

El apóstol Pablo en Atenas

I. Observaciones generales

La presencia de Pablo en Atenas y la presentación en la capital cultural de Grecia del Evangelio por el apóstol a los gentiles, se reviste de una fuerza dramática y emotiva que se ha dejado sentir por los lectores de Los Hechos a través de los siglos. En otras secciones del libro hemos presenciado el choque entre el adalid de la Cruz y el judaísmo fanático; entre el mensajero de Cristo y el paganismo ignorante de los habitantes de Listra. Más adelante consideraremos el impacto del Evangelio en el ambiente de la crasa superstición oriental de *“Diana de los Efesios”*. Aquí, sin embargo, el apóstol, judío de nacimiento, romano por su ciudadanía, conocedor de la civilización griega, se halla frente a frente con los representantes en su día de lo más granado del pensamiento helénico. Con la sabiduría de quien, en el cumplimiento de su misión, se hace todas las cosas para todos, busca los posibles puntos de contacto entre los conceptos de los filósofos y el mensaje celestial, pero después ha de escribir: *“¿Dónde está el sabio?, ¿dónde el escriba?, ¿dónde el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?” (1 Co 1:20)*.

Atenas. Nadie disputa la enorme importancia de la capital griega en el desarrollo de la civilización occidental, que es la que conocemos, siendo ésta una síntesis de la cultura griega, del orden de Roma y de los conceptos religiosos (bien que en forma degenerada en su mayor parte) que brotaron en Israel, sea en la esfera del judaísmo o en la del cristianismo. Los mismos romanos, tan orgullosos de su organización imperial y su potencia militar, comprendieron bien su inferioridad frente a los griegos en el terreno de las artes, la cultura y la filosofía, contentándose con asimilar y reproducir las ideas geniales que habían brotado en la pequeña península helénica que habían conquistado con sus armas.

Recordemos que Grecia, en su período clásico, no era una nación homogénea, sino más bien un área lingüística y cultural, que se ocupaba por “ciudades-estados”, o reinos de distinta constitución, ubicados en ambas orillas del mar Egeo, llegando hasta el talón de la península italiana que se denominaba “Grecia magna”. Entre estos estados, Atenas llegó a destacarse en el siglo V a. C. tanto por su valor al rechazar la invasión persa como por la perfección del desarrollo de sus artes, letras y filosofía: período inigualado en la historia de las civilizaciones.

Recordemos también que de Atenas procedió el concepto de la “democracia”, ya que todos los ciudadanos libres participaban por medio de sus votos en el gobierno de la ciudad. Después de las conquistas de Filipo el macedonio, y las mayores de su celeberrimo hijo Alejandro el Magno, Atenas perdió su libertad política, pero mantuvo su prestigio como metrópoli de la civilización helénica. Los romanos quedaron tan impresionados ante los altos valores de la ciudad que no sólo la declararon “libre”, sino que fue considerada oficialmente como “aliada” de Roma y no como un estado sujeto.

La visita de Pablo se sitúa a mediados del primer siglo, cuando la gloria de Atenas no resplandecía ya con su antiguo fulgor. Sus artistas copiaban las obras de los maestros del período clásico, y allí donde próceres intelectuales como Sócrates, Platón y Aristóteles habían pronunciado palabras grávidas de profundo sentido, destinadas a influir en el pensamiento de los sabios a través de los siglos, no se hallaron sino “escuelas” de

filosofía de quilates muy inferiores y el prurito ateniense de “*buscar alguna cosa nueva*”, frase que equivale a la “última novedad”, fuese intelectual, filosófica o cültica.

2. Pablo contempla la ciudad (Hch 17:16)

Podemos suponer que Pablo no había planeado esta visita a Atenas, sino que su presencia allí obedeció a la necesidad de salir de Macedonia con el fin de evitar más alborotos en aquella región, que bien habrían podido impedir el desarrollo de las iglesias nacientes. Esperaba la llegada de sus colegas Silas y Timoteo, pensando quizá en las oportunidades que había de ofrecer la ciudad cosmopolita de Corinto, o en la posibilidad de continuar la gran obra en Macedonia (**1 Ts 2:17-18**). Pero mientras tanto se paseaba por las calles de la famosa ciudad, cobijada bajo la sombra de la Acrópolis —cerro adornado de magníficos templos y monumentos mundialmente famosos, y conservados entonces en buen estado—, pensando, no tanto en el valor artístico de lo que veía, sino en lo que representaba en términos de idolatría, pues casi todo el derroche de arte giraba en derredor de los símbolos de falsas divinidades, que impedían que la mirada de los hombres llegase al Dios verdadero. No hemos de suponer que Pablo estuviese desprovisto de sentido estético, pero sobre todo fue celoso por su Dios, de modo que su espíritu fue “*provocado*”, viendo cómo la ciudad estaba llena de ídolos. Como llamativo nenúfar, la hermosa Atenas abría sus pétalos sobre el cieno de la corrupción de múltiples cultos idolátricos, albergue de demonios, llamados todos ellos “*abominaciones*” por los profetas de Israel, cuyas candentes palabras acudían sin cesar a la memoria del “*hebreo de los hebreos*” que era Pablo.

Al mismo tiempo, el discurso ante el Areópago demuestra que no se encendió en él la ira ciega y fanática, sino que sabía comprender lo mejor del pensamiento griego y buscar en él algún elemento afín que sirviera de punto de partida para anunciar a los atenienses la Persona y las providencias del Dios Creador.

3. El ágora de Atenas (Hch 17:17)

En la sinagoga de los judíos (quizá no muy importante en Atenas) Pablo cumplió su misión de siempre, anunciando a Jesús como el Mesías, pero el interés del relato se centra en sus primeros contactos con los griegos en el ágora, o plaza de la ciudad, centro de la vida social e intelectual. Allí los maestros de más o menos solvencia solían reunir a sus discípulos bajo pórticos bellos y acogedores, desarrollando sus pláticas y discusiones, mientras que no faltaban nunca los corrillos de ociosos que se ocupaban de las cuestiones del día. Le era fácil al apóstol, pues, adherirse a estos grupos con el fin de llevar la conversación hacia el tema único: la intervención de Dios en los asuntos de este mundo en la Persona de Jesucristo.

4. Las “escuelas” rivales de epicúreos y estoicos (Hch 17:18)

Estas dos escuelas filosóficas se fundaron alrededor del año 300 a. C. y en la época que tratamos monopolizaban casi por completo el pensamiento de Atenas y del mundo grecorromano, con olvido de los sistemas anteriores, mucho más elevados, de Platón y de Aristóteles. Los epicúreos no negaban la existencia de los dioses, y nada hacían para reformar la religión popular y supersticiosa, pero sus filósofos sostenían una teoría materialista de la constitución del Universo, como compuesto de átomos indestructibles y eternos, que entraban en todas las múltiples formas de la materia y de la vida. Pensaban que la finalidad de la vida del hombre era la de buscar el “placer”, no por satisfacer sus pasiones, sino por buscar una vida de tranquilidad egoísta, libre hasta lo posible de toda perturbación, dolor y miedo. Los estoicos eran panteístas, o sea, pensaban que el único “dios” era el “alma” del Universo, que daba vitalidad a todo, pero que carecía de personalidad y de trascendencia. La facultad principal del hombre era su “razón”, por la

que tenía que buscar una vida conforme con la naturaleza, haciéndose independiente, suficiente para sí mismo, controlando con mano fuerte su vida emocional. Insistían en el estricto cumplimiento del deber hasta el punto de que si uno llegase a perder su dignidad personal lo mejor que podía hacer (según ellos) era salirse del mundo por medio del suicidio. Sus maestros no dejaban de enseñar algunos conceptos elevados y bellos, pero el ensalzamiento del “yo”, con el orgullo humano consiguiente, interponía una vasta distancia entre el estoicismo y la verdad del Evangelio. Pablo pudo apelar a algún elevado concepto estoico de la divinidad que discrepaba de su doctrina panteísta, que negaba toda personalidad a Dios.

De las conversaciones en el ágora, Lucas recoge un comentario francamente insultante para Pablo, y otro que muestra algún deseo de entender mejor su mensaje. “¿*Qué querrá decir este palabrero?*”, preguntaban despectivamente algunos. La palabra traducida por “palabrero” formaba parte del “argot”, ateniense de la época, y podía significar un vagabundo de las plazas. Aquí, sin embargo, es probable que hemos de entender un “charlatán” que recogía retales de filosofía ajena para explayarlos luego sin saber lo que decía. Otros, escuchando a medias, oían algo de “Jesus”, confundiendo el nombre quizá con “iasis” (sanidad), enlazado con “anastasis” (resurrección), creyendo que se trataba de dos divinidades nuevas que Pablo quería presentar.

Pablo ante el areópago (Hch 17:19-34)

I. El Areópago (Hch 17:19-22)

La palabra en sí quiere decir “el cerro de Marte”, con referencia al hecho de que, en sus principios, este célebre Consejo ateniense se reunía en la altura dedicada al dios Marte. En el primer siglo, sin embargo, celebraba sus sesiones en lugar más céntrico. En la remota antigüedad, el Areópago había sido el Consejo supremo de la ciudad, de tipo aristocrático, pero su autoridad se había cercenado durante el auge de la democracia en Atenas. Los romanos, respetuosos ante el prestigio de tan famosa institución, habían restaurado la autoridad del tribunal en toda cuestión religiosa, literaria y artística, por lo que llegó a ser, en la época que tratamos, la sede oficial del helenismo, siendo sus miembros figuras señeras en la vida religiosa y culta de la metrópoli de la civilización. A este Consejo le correspondía extender “licencias” para conferenciantes y maestros, al par que consideraban la conveniencia o no de la introducción de nuevas formas de religión; fue natural, por lo tanto, que Pablo, quien, según los atenienses, presentaba “nuevas divinidades”, tuviese que comparecer delante del tribunal para justificar su labor.

La pregunta “¿*Podremos saber qué es esta nueva enseñanza de que hablas?*” tuvo que haberse formulado por delegados del Areópago que habían sido enviados para investigar el caso del maestro extranjero, entrañando la invitación (u orden) de comparecer delante del Consejo. El versículo 21 es parentético, pues Lucas describe con algo de ironía la curiosidad superficial de los atenienses y los visitantes que pasaban temporadas en la ciudad, buscando la “última novedad” en lugar de ocuparse de las verdaderas y profundas cuestiones filosóficas.

Por encima de este conjunto de circunstancias, discernimos la operación de la Providencia divina que ordenó que el adalid del Evangelio de Cristo diera su testimonio, no sólo ante autoridades militares, judiciales y gubernativas, sino también ante el más elevado tribunal de la cultura griega.

2. El plan general del mensaje

Al lector evangélico de hoy le extrañan algunos de los términos del discurso de Pablo en esta ocasión, pues habría esperado una presentación más clara del Evangelio en el sentido de subrayar la salvación del alma por medio de la Obra de Cristo. Hasta hay algunos que piensan que fue una “equivocación”, por querer adaptarse Pablo a las condiciones de Atenas: actitud que repudió —según estos críticos— al llegar a Corinto, diciendo: *“Cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado”* (1 Co 2:1-2). Pero es muy arriesgado, siguiendo criterios puramente subjetivos, acusar a los apóstoles comisionados por Cristo de “equivocaciones”, a no ser que el Espíritu Santo lo señale claramente. Lucas, por el Espíritu, redacta este resumen del discurso de Atenas para nuestra enseñanza y guía frente a hechos y circunstancias que raras veces se toman en consideración, de modo que es una parte integrante de la revelación escrita de Dios, y si sus términos se han de citar como “Palabra inspirada”, es un contrasentido mantener que Pablo “se equivocara” en todo su testimonio frente al Areópago. Más sencillo y seguro es ver en este incidente la manera en que el apóstol aprovechaba las circunstancias que se presentaban, haciéndose todas las cosas para todos para ganar a algunos. Toma en cuenta las ideas de los epicúreos y los estoicos (particularmente de estos últimos) para señalar la necesidad de elevar la mirada al Dios Creador, que era también el de la Providencia, en vivo contraste con los conceptos pueriles de la idolatría, con el fin de hacer a todos entender que había llegado una nueva época en la que Dios quería hablar claramente a todos los hombres por medio del Varón que había señalado como Juez, habiéndole revestido de autoridad por medio del hecho comprobable de la Resurrección de entre los muertos. El discurso forma una maravillosa introducción al Evangelio al uso de hombres criados en la cultura griega, y si hubiesen aprovechado este principio, sin duda Pablo habría pasado a los otros aspectos del Mensaje que nos son más familiares. Lo que nos toca a nosotros es aprender, cual discípulos, las grandes verdades que Dios nos ha revelado por medio de su siervo.

3. El exordio: el altar dedicado a un dios no conocido (Hch 17:22-23)

En sus paseos por la ciudad, Pablo se había fijado en un altar —entre tantos que se dedicaban a divinidades específicas— que llevaba la sencilla inscripción: *“Al Dios no conocido”*. Según se desprende de algunos testimonios extrabíblicos, se trataba de un intento de apaciguar a cualquier divinidad asociada con aquel lugar que no hubiese sido identificada en las leyendas de la raza y que podría sentirse ofendida con resultados desastrosos para los atenienses si no se levantara nada en su honor. Pablo ve en este intento de propiciar hasta dioses desconocidos la prueba de que los atenienses eran *“muy religiosos”*, empleando una palabra que también podía aplicarse a la “superstición”. La historia confirma que la filosofía griega era impotente frente a la religión popular y supersticiosa de sus tiempos y que de verdad Atenas estaba “llena de ídolos”. El apóstol aprovecha el lema del altar, con su ingenua confesión de ignorancia sobre las divinidades, para presentar al Dios verdadero, ignorado por los atenienses.

4. El Dios creador (Hch 17:24-25)

Los escritos de Platón, entre otros, podían haber preparado la mente de los pensadores griegos para reconocer por lo menos una “Inteligencia Suprema”, pero las escuelas de moda en el primer siglo no habían seguido la pauta trazada por el gran filósofo. Con todo, la proclamación de un Dios que había creado el Universo y todas las cosas que en él se hallan, siendo por lo tanto Señor del Cielo y de la tierra, como también el Autor y Origen de la vida de todas las criaturas animadas, no sonaría a disparate en los oídos de los

sabios del Areópago; más aún, muchos se sentirían atraídos por esta clara expresión de un monoteísmo puro, tanto más satisfactorio que el materialismo estéril de los epicúreos y la nebulosa “alma universal” de los estoicos. Podemos imaginar que más de un areopagita asentiría con la cabeza a lo que el predicador judío proclamaba.

Pablo saca la consecuencia que un Dios Soberano, Creador y vivificador de todas las cosas, *“no habita en templos hechos de manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo”*. Es verdad que se había levantado un Templo en Jerusalén, según planos dados a David por inspiración divina, pero los espirituales en Israel comprendían bien que no era *“Casa de Dios”* en el sentido de que el Omnipotente necesitara una morada en la tierra, sino un símbolo que Dios proveyó en su gracia para recordar su presencia en medio de su pueblo. Así el mismo Salomón, el encargado de levantar la Casa, preguntó delante del Señor: *“¿Es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?” (1 R 8:27-28)*. Con todo, Dios podía “mirar” la casa y estar atento a las oraciones que se elevaran en relación con la verdad que representaba. Por lo tanto, el simbólico edificio que Dios mandó levantar en Jerusalén no mengua en manera alguna el altísimo concepto de los hebreos sobre un Dios único y soberano, trascendental e inmanente a la vez. Tal concepto vino por revelación, pues el mejor pensamiento filosófico de los griegos había sido singularmente ineficaz frente a la superstición y la idolatría.

5. El Dios de las providencias, frente a sus criaturas (Hch 17:26-28)

Al meditar el concepto de un solo Dios, Soberano y Creador, el hombre pensador pasa inevitablemente a preguntar: *“¿Cuál será la relación que existe entre el Dios único y el hombre?”*. En esta sección de su discurso, Pablo contesta la obligada pregunta haciendo constar que Dios hizo descender toda la raza humana de un solo hombre, ordenando, además, las épocas de su historia y las esferas de la habitación de los distintos sectores de la raza. Tal orden no procedía de un destino ciego, sino que tenía una finalidad providencial a fin de que los hombres *“buscaran a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle”*, y Pablo añade: *“Aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros”*.

Eran ideas de altura, que habían de producir un efecto favorable en muchos de los areopagitas, conocedores de las enseñanzas de Platón y de Aristóteles. Aquí vislumbramos facetas de la revelación divina que rara vez tenemos ocasión de meditar y, a la vez, se nos presentan interesantes problemas de interpretación que sirven luego para abrir nuevos horizontes de comprensión espiritual.

La unidad de la raza (**Hch 17:26**). Traduce la Versión H. A. *“E hizo (descender) de un solo hombre todas las gentes”*. No hay conflicto aquí entre las declaraciones de la Biblia y los asertos de los antropólogos, ya que éstos, por razones biológicas y psicológicas, insisten en la unidad de la raza por encima de todas las diferencias, para ellos más bien superficiales, que se observan entre las razas blancas, negras, amarillas y cobrizas. Doctrinalmente esta unidad de la raza, como descendida de una pareja, tiene gran importancia, ya que Pablo, en otro lugar, enfrenta la antigua solidaridad de pecado de la raza adámica, que resultó en ruina, con la nueva solidaridad en el Postrer Adán, que quita el pecado y hace posible que todo aquel que quiere pueda hacer efectiva por la fe su unión con Cristo para bendición (**Ro 5:12-21**) con (**1 Co 15:45-49**).

El orden de los tiempos (**Hch 17:26**). Ante la multitud ignorante de Listra, Pablo había hablado de la sucesión de las estaciones del año como evidencia del cuidado providencial de Dios frente al hombre (**Hch 14:17**); pero seguramente el *“orden de los tiempos”* en este discurso encierra un concepto más elevado refiriéndose a las grandes épocas de la

historia. Es verdad que la actividad de Satanás, al ordenar su “kosmos”, graba un sello característico de mal y de rebelión sobre el curso de todas las civilizaciones, pero no deja de ser verdad también que el Altísimo tiene la última palabra, limitando los procesos del mal y haciendo que todo adelante por fin su plan total de juicio, de justicia, de redención y de restauración, hasta que todo sea reunido en Cristo (**Dn 4:25**) (**Tit 1:2-3**) (**Ef 1:9-10**).

Los límites de la habitación de los hombres (**Hch 17:26**). Las razas no se han distribuido por la faz de la tierra impulsadas por meras coincidencias o por la presión de necesidades materiales, sino que las providencias de Dios han intervenido en este asunto de capital importancia para el hombre. Ya en los capítulos 10 y 11 del Génesis tenemos en resumen el origen de los grandes movimientos; el llamamiento de Abraham, con la formación del “pueblo-siervo”, de Israel, introduce un factor que había de servir de eje para la distribución de los hombres desde aquel momento en adelante, según el principio de (**Dt 32:8**): “*Cuando el Altísimo hizo heredar a las naciones, cuando hizo dividir a los hijos de los hombres, estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel, porque la porción de Jehová es su pueblo; Jacob la cuerda de su heredad*” o (“*la heredad que le tocó*”). La “*cuerda*” se empleaba para designar la suerte de las heredades (**Sal 16:6**); la parte que se puede llamar “normativa”, pues, corresponde a Israel, pero los beneficios del orden territorial de Dios alcanzan a todas las familias de la tierra.

“*Palpando*” para hallar a Dios (**Hch 17:27**). Dios ha mantenido un orden relativo en el mundo, aun después de la Caída y antes de establecer su Reino perfecto, con el fin de impedir que todo degenera en puro caos, lo que hace posible, además, que los hombres puedan buscarle dentro del defectuoso gobierno humano pero también bajo las providencias divinas. La plena luz sólo irradia del rostro del Verbo encarnado, pero había existido una medialuz crepuscular que iluminaba las grandes obras de Dios, revelando su “*eterna potencia y divinidad*”. No faltaba tampoco la voz de la conciencia, que, juntamente con las operaciones de la providencia de Dios en el mundo, invitaban a los hombres a buscar algo “más arriba” (**Ro 1:18**) (**Ro 2:16**). Romanos capítulo 2 indica la posibilidad de que algunos, “*perseverando en bien hacer, buscasen gloria, honra e inmortalidad*”: no por sus obras, desde luego, sino porque sus obras evidenciaban que su corazón estaba dispuesto a recibir la revelación que Dios les diera, lo que haría posible que recibiesen más luz, como en el caso de Cornelio (**Hch 10:1,2,34,35**). La responsabilidad personal de cada uno queda delante de quien sólo puede escudriñar los corazones; lo que hace Pablo aquí es señalar las características de las edades anteriores a la misión del Hijo de Dios al mundo y que tocaron a su fin al ser proclamada la venida del “*Varón que Dios había designado*”. Los humildes, por la mano de la fe, podían tocar al Dios que no estaba lejos de ninguna de sus criaturas, pero se trataba de “*palpar*” en medio de la luz incierta del crepúsculo de la revelación de Dios por medio de sus obras.

“*En él vivimos*” (**Hch 17:28**). En este versículo, Pablo cita primeramente una frase de Epiménides, un poeta estoico, “en él vivimos y nos movemos y somos”, añadiendo una cita más de otro poeta estoico, Erato, de Cilicia, la propia tierra de Pablo: “Porque de él también somos linaje”. De paso podemos notar que Pablo estaba bien versado en la literatura clásica si podía utilizar así citas de poetas de segundo orden, de modo que, si bien reaccionaba enérgicamente contra los males de la idolatría, no fue por la ignorancia de un judío fanático, sino por su comprensión de los funestos errores espirituales que se escondían bajo la faz sonriente del helenismo.

Por otra parte, nos extraña su uso de estas citas, ya que, en su texto original, hacían referencia a Zeus, principal de los dioses de la mitología griega, tan distinto del concepto hebreo del Dios único, Creador de todo y Fuente de toda vida. Con todo, y dejando aparte la escoria del paganismo, el concepto de un dios supremo apuntaba ya en la dirección del monoteísmo, sobresaliendo la idea de un Ser que todo lo dirigía en último término y en

quien sólo hallaban los hombres su vida y sostén. Pablo no duda en aprovechar el concepto embrionario e incompleto de los poetas estoicos con el fin de elevarlo al plano de la revelación de la Persona y Obra del solo Dios a quien proclamaba; de todos modos las conocidas citas no podían menos que despertar la simpatía de su auditorio, quitando algunos de los prejuicios en contra del predicador judío.

El apóstol, pues, subraya la relación esencial de los hombres con su Creador, siendo él la fuente y Origen de su ser, y Sustentador por sus santas energías de toda vida y movimiento de la criatura, lo que impone sobre todo la obligación de buscarle y servirle. Pero estas palabras han de considerarse a la luz de otros pasajes bíblicos, y no han de servir como base para la frase —casi siempre equivocada en su intención— de que “todos somos hijos de Dios”. Todos somos criaturas de Dios y no tenemos existencia aparte de él, pero la palabra “hijo” se eleva en el Nuevo Testamento a un plano muy alto, significando una “comunidad de vida esencial y espiritual”: de la que el hombre disfrutaba en su inocencia, que se perdió en la Caída y que ahora sólo se puede volver a poseer mediante el contacto de fe con el Hijo-Salvador. Por eso Cristo, frente a los judíos que querían matarle, les negó el derecho de llamarse “hijos de Dios”, indicando que no llegaban siquiera a ser “hijos de Abraham”, ya que su actitud e intenciones obedecían a móviles completamente ajenos tanto a la vida de Dios como a la sumisión y fe del patriarca, hallando su origen en la rebelión de Satanás de quien habían llegado a ser “hijos” (**Jn 8:38-44**). El Nuevo Testamento, pues, limita la frase “hijos de Dios” a quienes reciben a Cristo por la fe, siendo entonces renacidos por la voluntad del Padre y las energías del Espíritu de Dios (**Jn 1:12-13**) (**Jn 3:3-8**).

6. La gran crisis de la humanidad (Hch 17:29-31)

La Deidad no puede plasmarse dentro de las obras artísticas de los hombres (**Hch 17:29**). Pablo no pierde de vista la parte práctica de su exposición, y tras los elevados conceptos de la Deidad que ha adelantado, vuelve a recalcar el grave error de la idolatría al tratar de representar a un Ser único y espiritual, Creador y Sustentador de todas las cosas, por obras de arte trabajadas en metales y piedras preciosas, pues éstas, aun cuando sean obra de un Fidias o Apeles, no hacen más que dar plasticidad a la imaginación del artista, que nada puede saber de la realidad de Dios. La idolatría tiende a rebajar progresivamente la sensibilidad espiritual de los adoradores, ya que rinden culto al producto de la mente depravada de un pecador, y luego se asemejan al objeto de su culto, iniciándose el funesto “espiral descendiente” que describe Pablo en (**Ro 1:18-32**). En este lugar Pablo no analiza el proceso, sino que se esfuerza por elevar la mirada de personas inteligentes a considerar al Creador en su espiritualidad y eternidad, diciendo en efecto: “Si la raza por su naturaleza pertenece a Dios, es obligación moral buscarle espiritualmente, comprendiendo que lo material, por artístico que sea, es completamente inadecuado para representar lo divino” (**Hch 17:29**).

El clímax del mensaje (**Hch 17:30-31**). En los versículos 30 y 31 el apóstol llega al punto culminante de su alocución. Dios “*disimulaba*” o “*miraba por encima*” los tristes tiempos de la luz crepuscular del auge de la idolatría, nacida de los perversos razonamientos del hombre caído, pero ya había comisionado a Pablo y sus colegas a proclamar una crisis de juicio y de redención en la historia de los hombres. Los complicados sistemas del culto pagano, dando por fruto las depravadas costumbres morales y sociales de entonces, no podían permanecer incólumes para siempre, siendo ajenos a cuanto exigía la verdadera relación entre Dios y sus criaturas, de modo que Dios había fijado un Día de Juicio en el cual todo el proceso histórico, además de todo ser humano con ello relacionado, había de ser examinado y juzgado con absoluta justicia. La historia no consistía en una sucesión sin fin de ciclos análogos, sin solución de los problemas relacionados con la vida de la humanidad en el tiempo y el espacio, según el pensamiento de algunos de sus filósofos,

sino que desembocaba a una crisis por la intervención del Árbitro moral del Universo, Él había designado el Juez, quien, enlazado ya con la humanidad, era el “Varón” cuya excelsa categoría se evidenciaba por el hecho de haber sido levantado de entre los muertos. En vista de esta intervención de Dios en la historia, convenía que los hombres se arrepintiesen al oír el anuncio de estos nuevos tiempos y el cambio de época. Tal es el resumen del final del mensaje en la forma en que lo tenemos, seguramente abreviada.

Los sabios frente al concepto del juicio (**Hch 17:30-31**). Los sabios de Atenas habrían seguido con interés el desarrollo general del discurso hasta este punto, a pesar de ciertas declaraciones que ponían en evidencia la flaqueza tanto del sistema epicúreo como del estoico, puesto que la altura filosófica de todo era evidente. Pero la fase culminante exigía una decisión frente al mensaje divino, contenía conceptos ajenos a toda su manera de pensar y vivir, y no pudo por menos que levantar oposición a no ser que los oyentes buscasen seriamente el camino de luz. ¿Qué era aquello de “arrepentirse”? Los epicúreos buscaban la tranquilidad humana dentro de lo material, y si bien querían frenar las pasiones, no era por considerarlas como malas, sino sólo con el fin de evitar su secuela de turbaciones e inconvenientes. Si la voz de la conciencia les molestaba, su filosofía les impelía a ahogarla. ¡Cuán inconveniente les sería apreciar el pecado como una ofensa contra un Dios de justicia! Los estoicos que se gloriaban en su propio valor y entereza de ánimo, ¿habían de confesar sus pecados como mujeres asustadas? ¡Cuán difícil es que los ricos en sabiduría humana entren en el Reino de los Cielos! Dionisio y algún otro, conscientes ya del fracaso íntimo de sus vidas en lo moral y espiritual, vislumbraron un rayo de esperanza hasta en el pensamiento del arrepentimiento y del juicio; pero entre los demás se iniciaba ya la carcajada de la incredulidad burlona.

¿Y qué habían de pensar en cuanto a un Día de juicio universal para todos los hombres? Según las leyendas griegas, las divinidades intervenían con harta frecuencia en la vida de personajes importantes, pero desempeñando un papel muy semejante al de los hombres mismos, diferenciándose de los mortales solamente por la superioridad de sus fuerzas o de su hermosura, pero siendo dominados por todos los vicios de la sociedad terrenal. La Parca podía perseguir a quienes habían traspasado ciertas normas sociales y religiosas, pero no figuraba en parte alguna el concepto de un Trono de Justicia frente al cual los hombres tendrían que dar cuenta de sus obras en sentido moral.

Los filósofos ante el Varón resucitado (**Hch 17:31**). ¿Y quién sería aquel “Varón” establecido por Juez, acreditado, según este extraño filósofo judío, por haber resucitado de entre los muertos? Dionisio y los humildes que creyeron habían de escuchar cosas maravillosas acerca de él, pero los otros no tenían interés alguno en un Mesías hebreo, repugnándoles la idea de “*la resurrección de entre los muertos*”. Admitirían gustosos la supervivencia del alma en el sentido nebuloso e impersonal de su filosofía, pero para ellos lo material era algo inferior, la cárcel del espíritu, y nada sabían del alto concepto de la personalidad completa del hombre compuesta de cuerpo, alma y espíritu, creada a la imagen y semejanza del Dios único, quien quería bendecirla y conservarla para toda la Eternidad.

A nosotros nos extraña el anuncio del Día de Juicio en lugar del de la gracia y de la Redención, pero enfatiza la crisis que había de cambiar los tiempos de ignorancia en otros de responsabilidad y de oportunidad. De hecho la enseñanza apostólica insistía a menudo en la obra de juicio que Dios había encomendado en las manos de su Hijo, quien era además el “*Hijo del Hombre*”, constituido como Juez perfecto por ser Dios y Hombre a la vez (**Dn 7:13**) (**Jn 5:27**) (**Mt 13:41-45**) (**Mt 24-25**) (**Hch 10:42**). La obra de juicio es el anverso de la medalla de la Obra de Redención, pues el Dios de amor y de gracia salva a los humildes por medio de la obra de justicia ya realizada por el Redentor, quien tiene necesariamente que implantar su Reino sobre una base firme de rectitud.

Los tiempos de ignorancia (**Hch 17:30**). La frase *“Dios pasó por alto”* (*“miró por encima”*) los tiempos de ignorancia ha de entenderse en su contexto y a la luz de otras Escrituras. No quiere decir, desde luego, que durante aquellos tiempos Dios había arrinconado los eternos principios de justicia, sino que no había llegado aún la hora en el programa divino para manifestar el pecado en toda su fealdad con el fin de efectuar la limpieza y ofrecer el perdón por medio de la Obra de la Cruz. Cada uno sería juzgado según los principios que ya hemos meditado, pero, en cuanto a la historia de la raza, Dios no había intervenido directamente. Hallamos algo análogo en (**Ga 4:3-5**) donde se trata de la esclavitud de los hombres, sea bajo la Ley, sea bajo los *“rudimentos del mundo”*, hasta la hora de la liberación por medio de Cristo: *“Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo; mas cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos”*. En este pasaje también se habla de tristes siglos de silencio hasta llegar el momento determinado por Dios para que interviniera por medio del Hombre de su elección, nacido de mujer, que era también el Hijo eterno; pero, tratándose de enseñanzas dentro del círculo cristiano, se subrayó el hecho de la Redención y no la crisis del juicio.

Los filósofos frente al evangelio (Hch 17:32-34)

1. Las reacciones de la mayoría (Hch 17:32-33)

Sin duda, en estos versículos Lucas insinúa que el Evangelio no fue comprendido en general por los sabios de Atenas, que formaban la *“aristocracia intelectual”* del mundo grecorromano, pero no vemos la repulsa fulminante que algunos han deducido de este pasaje. Algunos se burlaban al oír hablar de la resurrección de entre los muertos, pero también algunos creyeron, y podemos pensar que la reacción de la mayoría se representa por el dicho evasivo: *“Te oiremos acerca de esto otra vez”*. Habían quedado impresionados por el extraño y elocuente discurso, comprendiendo que Pablo distaba mucho de ser un mero *“palabrero”* y tenían bastante interés para querer oír más de sus doctrinas en otra sesión del Areópago. Aparentemente, el apóstol no quiso aprovecharse de esta invitación, pero sin duda el hecho de darla indica que muchos percibían algo importante y excepcional en lo que Pablo había expuesto. Sin embargo vislumbraban en el mensaje tantos factores ajenos a su manera de pensar y que entrañaban hondos peligros para las costumbres de la patria, de las cuales eran los guardianes oficiales, que pocos se atrevían a seguir la pista luminosa que el apóstol había señalado, cumpliéndose lo que más tarde Pablo había de escribir a los corintios en cuanto a la vocación cristiana: *“No sois muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles”* (**1 Co 1:26**). Es probable que Pablo les mirase de forma que expresara su poca estima por la sabiduría de este mundo y su compasión por las almas cegadas por ella y *“salió de en medio de ellos”*.

2. La fe de los pocos (Hch 17:34)

Pero algunos *“sabios”* había en las iglesias y Dionisio, areopagita de Atenas, era uno de ellos ya que sólo entraban en el Consejo hombres de reconocida posición y destacados méritos frente a la sociedad. Los otros que se adhirieron a Pablo pertenecían probablemente a los mismos círculos cultos, sin que se diga que fuesen miembros del Areópago. Extraña la mención del nombre de una mujer, Dámaris, ya que las mujeres casadas atenienses no solían presentarse en lugares públicos y se ha pensado que podría pertenecer a la clase de *“heteras”*, mujeres cortesananas, que a veces eran cultísimas y ejercían gran influencia en los círculos sociales y políticos de la ciudad.

3. El Templo verdadero

Nada se dice aquí de la formación de una iglesia en Atenas, pero, habiendo un grupo de convertidos, la “*iglesia*”, según la sencillez de aquellos tiempos, ya existía, pues el número era lo de menos y lo importante era la declaración del Señor: “*Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos*” (Mt 18:20).

Temas para meditar y recapacitar

- I. Haga un resumen del discurso de Pablo ante el Areópago, notando los puntos que subraya en cada sección y la manera en que se adaptaba cada uno al auditorio.

Pablo en Corinto (Hechos 18:1-22)

Pablo funda la iglesia en Corinto (Hch 18:1-22)

1. La ciudad de Corinto

El estudiante debe examinar cuidadosamente un mapa bíblico, notando que Grecia se dividía en dos provincias: la del Norte, que se llamaba Macedonia, y la del Sur, que era Acaya. Esta última se dividía además en dos zonas naturales: la característica península del Peloponeso, y la que lindaba con Macedonia por el Sur, pasando la frontera norteña en dirección general del Oeste al Este, unos kilómetros al Sur de Berea. El istmo de Corinto unía el Peloponeso con la sección norteña de la provincia de Acaya y la capital en sí se hallaba en el istmo, mirando hacia el Oeste. Lequeo, sobre el golfo de Corinto, recibía el tráfico marítimo que procedía del Oeste, mientras que Cencreas, sobre el golfo Saronico, era puerto para el Este. Ahora un canal corta el istmo, pero en el primer siglo embarcaciones ligeras podían ser arrastradas de un puerto a otro para evitar el rodeo del Peloponeso. La posición clave de Corinto, como centro comercial y punto estratégico, es obvia por una consideración del mapa. La ciudad era la rival de Atenas, ganándola en importancia comercial, pero sin llegar nunca a su nivel como centro cultural y artístico. Sus fortunas fluctuaban según el curso de las frecuentes guerras entre los estados griegos, pero su peor hora fue cuando L. Munio, general romano, la arrasó como castigo por haber participado en una rebelión general de los estados griegos en contra de Roma. Quedó en ruinas durante un siglo justo, después del cual fue reedificada y declarada ciudad libre por Julio César en 46 a. C., recobrando rápidamente su importancia de antaño, gracias a su posición privilegiada.

Igual que su rival, Atenas, fue respaldada por una Acrópolis, coronada ésta por el magnífico templo dedicado a Afrodita, centro de ritos lascivos que ayudaban a dar a Corinto su mala fama como foco de depravación moral. Contra este fondo es menester leer los capítulos 5 y 6 de la Primera Epístola a los Corintios.

Pablo anhelaba continuar la obra del Señor en Macedonia, pero el gran estratega cristiano no podía por menos que meditar en la importancia de fundar una iglesia cristiana en Corinto, ciudad cosmopolita y puerto de paso para miles de personas procedentes de todas las extensas provincias del Imperio. Acabada, pues, su breve misión en Atenas, y frente a la imposibilidad de volver por entonces a Tesalónica, dirigió sus pasos a la capital de Acaya, uno de los nudos de comunicaciones más importantes del Mediterráneo.

2. El encuentro con Priscila y Aquila (Hch 18:1-3)

Pablo llegó a Corinto *“en debilidad y mucho temor y temblor”* (1 Co 2:3), que podría haber sido motivado por el poco éxito del gran esfuerzo en Atenas, como piensan algunos, pero más probablemente por causas físicas, psicológicas o familiares que ignoramos por completo. De todas formas, su Maestro ya le tenía preparado el consuelo y auxilio que tanto necesitaba, poniéndole en contacto en seguida con un matrimonio piadoso y animoso cuya amistad y colaboración habían de endulzar muchas horas de sufrimiento y facilitar el éxito espiritual de muchas nobles empresas. Aquila y Priscila eran judíos, naturales de la provincia de Ponto (al Sur del mar Negro), fabricantes de tiendas de pelo de cabra, como lo era Pablo. Antes de la fecha de su encuentro con el apóstol, el emperador Claudio había decretado la expulsión de los judíos de la metrópoli —una medida que se repetía a intervalos, pero cuyos efectos solían durar poco— y el matrimonio había escogido la ciudad de Corinto como su base hasta que el Señor les

enseñase otro camino. Poco pensaban que los sufrimientos que les originó la expulsión, con las probables pérdidas materiales, habían de ser compensados con creces por hallar en su camino al apóstol comisionado por el Señor para administrar los “*misterios*” del Evangelio y de la Iglesia. El hecho de que el marido y la mujer siempre se nombran juntos —alguna vez se emplea la forma de “Prisca” para ella, precediendo a menudo el nombre de la esposa— y que podían trasladarse fácilmente desde Roma a Corinto, desde allí a Éfeso y luego otra vez a Roma, nos hace pensar en un matrimonio sin hijos —o sin hijos pequeños— y que Priscila fuese dotada de una capacidad poco común, participando activamente en toda la obra cristiana que se les presentaba. Se lee de “*la iglesia en su casa*” tanto en Éfeso como en Roma, que indica claramente que ponían su residencia —y quizá su taller— al servicio del Señor y de los hermanos.

Es probable que Pablo hiciera los primeros contactos con Priscila y Aquila en la sinagoga, adonde acudía los sábados según su costumbre. Pronto se dieron cuenta de que eran del mismo oficio y, comprendiendo el matrimonio el valor del ministerio de Pablo, formularon planes para trabajar juntos, proveyendo así para las necesidades materiales. A la vez, el taller se convirtió en aula que se consagraba a la más elevada enseñanza de la Palabra, pues sin duda Pablo procedía según las normas que dio a Timoteo (**2 Ti 2:2**), entregando el precioso depósito de la verdad del Evangelio a sus hermanos fieles, quienes, a su vez, podían enseñar a otros.

En cuanto a los trabajos manuales de Pablo, no debe extrañarnos que un apóstol, que había sido un distinguido rabino hebreo, que era ciudadano romano y más particularmente de la ciudad de Tarso, ganara su pan trabajando con las manos al par que predicaba y enseñaba la Palabra, puesto que los rabinos judíos —por lo menos en teoría— no querían recibir recompensa en metálico por sus enseñanzas, prefiriendo mantenerse a sí mismos mediante un oficio manual. Sabemos que Pablo desempeñaba su oficio de fabricante de tiendas en Tesalónica, Corinto y Éfeso, sin rehusar la comunión práctica que le enviaban de vez en cuando los hermanos de Macedonia. En Corinto tenía empeño especial en no recibir apoyo material de los corintios, subrayando a la vez que normalmente aquellos que predicaban el Evangelio deberían vivir también del Evangelio (**1 Co 9**). Quizás existía en Corinto, más que en parte alguna, el peligro de que se le considerase como jefe de una nueva religión dispuesto a enriquecerse a costa de sus adeptos: peligro que estaba determinado a conjurar por no aceptar ayuda alguna de la iglesia allí. Lo importante es que el apóstol estaba completamente libre siempre para llevar a cabo su cometido, subordinando toda otra consideración a la realización de la misión que había recibido del Señor.

Recomendamos al lector que complete la biografía de Priscila y Aquila estudiando las referencias siguientes: (**Hch 18:1-3,18,24-28**) (**1 Co 16:19**) (**Ro 16:3-5**) (**2 Ti 4:19**). Es posible que hubiesen recibido el Evangelio ya en Roma, en cuyo caso habrían podido colaborar con Pablo desde sus primeros encuentros en Corinto.

3. El testimonio en la sinagoga (Hch 18:4-8)

Ya sabemos la manera en que Pablo discutía en las sinagogas, lo que nos hace pensar que presentaría el mensaje en Corinto en la forma de siempre, tratándose de hebreos, afirmando: que el Mesías profetizado era el Hijo de Dios; que había de sufrir, morir y resucitar antes de establecer su Reino; que los hechos, bien probados de la Vida, Muerte y Resurrección de Jesucristo evidenciaban que él era el Mesías, ya que había cumplido las profecías.

Al comentar (**Hch 17:14-15**) hicimos un resumen de los movimientos de Pablo, Silas y Timoteo, haciendo referencia a este versículo (**Hch 18:5**), que señala el momento del regreso de los colegas de Pablo de su primera visita a Macedonia. Los términos del

versículo parecen indicar que las buenas nuevas del progreso espiritual de sus amados hijos en la fe en Macedonia actuaron como tónico sobre el espíritu cansado y probado del siervo del Señor, quien cobró ánimos para un testimonio más vigoroso en la sinagoga, juntamente con sus compañeros de milicia, dando por resultado el conflicto de siempre. La oposición de los judíos recalcitrantes en este caso se revestía de un carácter especialmente violento, hasta el punto de que sus blasfemias provocaron una reacción indignada de parte del apóstol, quien, en la última sesión en la sinagoga —es decir, cuando el conflicto había llegado a hacer imposible la continuación de la proclamación eficaz del Evangelio— sacudió su ropa diciendo: *“Vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza ; yo, limpio; desde ahora me iré a los gentiles”* (Hch 18:6).

Algunos expositores han querido ver en este dramático gesto la indicación de un cambio en la estrategia de Pablo, deduciendo que desde entonces no había de tratar de presentar su mensaje a los judíos en primer lugar. De hecho su intención de ir a los gentiles, dejando los hebreos, se limitaba a Corinto, donde los judíos recalcitrantes habían tenido amplia oportunidad de aceptar a Jesús como su Mesías Salvador, y, habiéndole rechazado, Pablo se hallaba libre para dirigir todos sus esfuerzos hacia la evangelización de los sectores gentiles. Más tarde había de dar su típico testimonio frente a los judíos en Éfeso, Jerusalén y Roma, y podemos suponer que seguía el orden divino —*“al judío primeramente y también al griego”* (Ro 1:16)— hasta el fin de su carrera. La separación de los creyentes —judíos, temerosos de Dios y gentiles— para formar una congregación que se reunía en la casa de Ticio Justo no difiere de la trayectoria de la obra en la Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra, Tesalónica, etc.

4. “Las primicias de Acaya” (Hch 18:6-8) con (1 Co 16:15) (1 Co 1:14-16)

Al principio de su ministerio en Corinto el apóstol se hallaba en un estado de debilidad, pero no por eso dejó de predicar a *“Jesucristo, y a éste crucificado... no con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y con poder”*. De este modo obró como *“perito arquitecto”* colocando bien el único fundamento de la iglesia, a Jesucristo (1 Co 2:1-5) (1 Co 3:10-11). ¡Cuántos mensajes vitalizados por la potencia del Espíritu Santo resonaron primeramente en la sinagoga y luego en la casa de Ticio Justo! ¡Cuántas almas se rindieron durante aquellos primeros meses a los pies del Salvador, Jesucristo crucificado y resucitado, tan claramente presentado por su mensajero, Pablo! Los nombres de la gran mayoría están escritos en el Cielo, sin hallar cabida en la Palabra escrita que nosotros manejamos. Sin embargo sabemos que creyó Crispo, presidente (anciano mayor) de la sinagoga con toda su casa (Hch 18:8), y huelga decir que Ticio Justo, temeroso de Dios, aprendió el Camino antes de poner su casa a la disposición de la iglesia. Por referencias en la Primera Epístola a los Corintios sabemos que Estéfanos y su familia constituyeron *“las primicias de Acaya”*, o sea, los primeros convertidos por el ministerio de Pablo y juntamente con ellos se hallaba Gayo, quien había de ser el hospedador de Pablo al pasar éste tres meses en Corinto durante su tercer viaje (Ro 16:23); sabemos por la misma referencia que también ofrecía su casa a la iglesia. Sir William Ramsay pensó que Gayo podría ser el praenomen de Ticio Justo (Gaius Ticius Justus), en cuyo caso era huésped de la iglesia desde su separación de la sinagoga. Entonces, o un poco más tarde, *“Erasto, tesorero de la ciudad”* se unió a la congregación (Ro 16:23), contándose entre los *“pocos nobles”* según el mundo de la comunidad (1 Co 1:26). Además de estos hermanos, distinguidos en la sociedad o por su servicio en la iglesia, *“muchos de los corintios, oyendo, creían y eran bautizados”* (Hch 18:8).

El hecho de que la mayoría de los creyentes en Corinto se hubiese convertido del paganismo, siendo quizá reducido el núcleo de los cristianos que eran judíos por nacimiento o *“temerosos de Dios”* antes de su conversión, explica el porqué de los

muchos problemas que luego surgieron en el seno de la iglesia y que motivaron las dos cartas a los corintios: además de otras que no se han incluido en el sagrado canon de las Escrituras. Para “palpar” el ambiente de esta numerosa iglesia debemos leer las dos Epístolas mencionadas repetidas veces, recordando que no todos eran díscolos y que no todos necesitaban reprensiones. La biografía de los “buenos” suele ser corta y Pablo no tenía necesidad de pasar mucho tiempo alabándoles cuando era urgente cortar los males que habían surgido de la poca disciplina, del espíritu partidista, de las rebajadas normas morales y de la introducción de errores doctrinales entre ciertos sectores de una iglesia que quizá creció demasiado deprisa y donde los griegos, amantes de la retórica y de la ostentación, daban más importancia a los dones “llamativos”, mayormente al de las lenguas, que no a la consolidación de la obra por medio del ministerio edificante de la Palabra en un ambiente de amor no fingido. Con todo, nosotros, que meditamos la Palabra escrita en este siglo XXI, hemos de considerarnos como deudores de los hermanos carnales de Corinto, ya que el apóstol, al corregir sus errores, plasmó en su primera carta un cuadro de lo que debía ser la iglesia local que aún nos sirve de patrón, además de extenderse en una larga y profunda exposición de la doctrina de la resurrección corporal (**1 Co 15**). Además, la rebeldía de los díscolos dio lugar a la maravillosa presentación de lo que constituye el verdadero ministerio cristiano en los capítulos 3 a 6 de la segunda Epístola: tesoro inigualado en todo el rico caudal de las Escrituras.

5. El Señor consuela y anima a su siervo (Hch 18:9-11)

Los hombres “*importunos y malos*” que Pablo menciona en su segunda carta a los tesalonicenses, escrita desde Corinto, urdían ya su complot y preparaban los medios que consideraban como los más adecuados para echar a Pablo de la ciudad (véase el apartado siguiente); pero esta vez el apóstol no había de huir de noche para salvar la vida y librar la iglesia naciente de inconvenientes, como había sucedido tantas veces antes. Cuanto mayor era la ciudad, menos influencia tendrían los judíos en proporción a su número y ya hemos visto que no se les miraba bien en Roma por entonces. Sobre todas estas circunstancias fluctuantes, el Señor había determinado que su siervo había de acabar su misión en paz en aquel lugar donde tenía “*mucho pueblo*”. Pablo no sólo necesitaba consuelo y ánimo, sino también guía y orientación en cuanto a sus planes para el futuro, y en este caso el mismo Señor se dignó revelarse a él durante la noche por medio de una visión, dándole claras direcciones: “*No temas, sino habla y no calles*”. He aquí la primera fase del mensaje. Pablo tenía que proseguir con su ministerio en Corinto, sin pensar en salir para otros lugares por entonces y sin preocuparse por las amenazas de los muchos enemigos. “*Yo estoy contigo y nadie pondrá sobre ti la mano para hacerte mal*”. En este caso Pablo había de ser librado hasta del daño físico que tantas veces había sido llamado a padecer en el servicio del Maestro, renovando el Señor la garantía de su presencia con su valeroso siervo. “*Yo tengo mucho pueblo en esta ciudad*”. Nosotros, quizá, no hemos formado una opinión muy elevada del valor de la iglesia en Corinto, pero el Señor la consideraba como su pueblo (“*laos*”, generalmente reservado para el pueblo de Israel), el pueblo que había comprado con su sangre. Quizá Pablo se acordó del profundo interés que el Señor manifestó en su pueblo en Corinto al exhortar a los santos “*fuertes*” de allí que ordenasen su modo de vivir, aun en cosas secundarias, para el bien “*del hermano por quien Cristo murió*”.

El designio del Señor, con la constancia del siervo, dieron por resultado una permanencia prolongada en Corinto, pues Pablo pudo quedar allí un año y medio enseñando la Palabra (**Hch 18:11**). La última frase parece indicar una labor de enseñanza continua y profunda, parecida a la que Pablo y Bernabé habían llevado a cabo en Antioquía de Siria, lo que nos recuerda de nuevo la inmensa importancia de la confirmación de las iglesias por medio de

la enseñanza metódica y ordenada de la Palabra si han de mantener su propio testimonio a través de los años y a la vez servir de bases para llevar el mensaje a otros lugares. Sin duda Dios había levantado muchos dones en la iglesia (**1 Co 1:3-9**), pero la extensión de la labor del misionero en determinado sitio dependerá de lo que el Señor le indique. La iglesia numerosa en una de las mayores ciudades del Imperio necesitaba un cuidado más prolongado de parte del apóstol mismo que no las iglesias plantadas durante el primer viaje y veremos luego que Éfeso necesitaba una estancia aún más extendida. Con todo, llegó por fin el momento de partir: esta vez no por la presión del enemigo, sino porque el apóstol sabía que había cumplido la primera etapa de su servicio en Corinto.

6. La acusación de los judíos ante Galión (Hch 18:12-17)

Siendo Corinto la capital de la provincia romana de Acaya, los judíos enemigos se vieron bajo la necesidad de llevar la denuncia a su tribunal, donde, como se ve claramente por el curso de los acontecimientos, carecían de influencia especial. Fuese por falta de pericia, fuese porque el ambiente en Corinto no se prestaba a ello, los judíos acusadores no formularon una acusación basada en supuestos desórdenes o en un movimiento subversivo que proclamaba como rey a uno llamado Jesús —compárese con (**Hch 17:6-7**). Se limitaron a procurar hacer valer sus derechos como mantenedores de una “religio licita”, alegando que Pablo y los suyos obraban de una forma ilegal ya que no se conformaban al patrón del judaísmo oficial, la única autorizada por Roma. Tras la formulación de la acusación, Pablo, siendo el acusado, había de hacer su defensa, pero el procónsul le paró, pronunciando en seguida su fallo: no se trataba de crímenes, sino de cuestiones internas de la religión judaica, que para él eran “*cuestiones de palabras y de nombres y de vuestra ley*” (**Hch 18:15**). ¡Que se preocupasen ellos de sus interminables debates! ¡Él, como procónsul romano, tenía cosas más importantes de hacer! Quizá había tenido conocimiento personal de los alborotos producidos por los judíos en Roma y que habían motivado el decreto de expulsión de Claudio, no queriendo verse envuelto en tales asuntos. Si su emperador había expulsado a los hebreos de Roma recientemente, él les despacharía de delante de su tribunal en el Ágora de Corinto. Tanta era su indiferencia frente a los judíos que cuando los antisemitas del día aprovecharon la ocasión para golpear a Sóstenes —sucesor de Crispo como presidente de la sinagoga—, él hacía la vista gorda y les dejaba hacer. ¡Había de enseñarles de una vez que no volviesen a llevar sus aburridos debates rabínicos delante de su tribunal!

7. La sentencia de Galión (Hch 18:14-16)

La actitud de Galión y su rápido fallo se revisten de más importancia de lo que se aprecia a primera vista. En efecto, había rehusado considerar a los cristianos como un movimiento separado del judaísmo, afirmando que era solamente una secta de una religión que, aun siéndole antipática, se hallaba protegida por su condición de “religio licita”. En su opinión, pues, los cristianos participaban de la misma protección. Acaya era la provincia más importante de toda la región del mar Egeo, siendo su procónsul la autoridad máxima después del mismo emperador. El fallo de Galión, pues, servía como norma en tan delicada cuestión hasta que hubiera nuevas directrices de Roma y es probable que facilitara la pacífica extensión del Evangelio durante los años sucesivos, tanto en Asia como en las dos provincias de Grecia. Antes de que Roma cambiase de parecer, el Evangelio había echado hondas raíces en todos los territorios que rodeaban el mar Egeo.

8. La personalidad de Galión

Galión era español, nacido en Córdoba y hermano del célebre filósofo y estadista Séneca. Su nombre original era Marcos Annaeus Novatus, pero, al llegar a Roma, fue adoptado como miembro de la familia de L. Junius Gallio, de donde viene el nombre “*Galión*” en el

relato de Lucas. Era figura distinguida en los círculos aristocráticos de Roma y su hermano subraya la dulzura de su carácter que hacía que fuera apreciado por todos. No podríamos deducir tal cosa de su actuación en el incidente que acabamos de analizar, pero ya hemos visto que con toda probabilidad había concebido fuertes prejuicios contra los judíos antes de oír su acusación. La frase tan citada: “*a Galión nada se le daba de ello*” no ha de interpretarse como la indiferencia ante toda cuestión vital de un hombre mundano y aburrido, sino como la manifestación de su desprecio ante las notorias maquinaciones de los judíos.

Quedamos, sin embargo, un tanto desilusionados ya que hubiésemos querido saber cómo Pablo hubiese desarrollado su testimonio ante el refinado español romanizado, hermano del filósofo estoico que escribió frases que pueden compararse con algunas bíblicas.

9. Galión y la cronología de Los Hechos

El versículo (**Hch 18:12**), “*siendo Galión procónsul de Acaya*”, nos ofrece uno de los pocos puntales sobre los cuales podemos descansar una cronología razonable para el desarrollo histórico de los incidentes de Los Hechos, ya que existen escritos que afirman que Galión fue nombrado procónsul en el año 51. Por lo tanto la misión de Pablo en la ciudad se realizó por los años 51 a 52 con toda probabilidad. Esta fecha, con la de la muerte de Herodes Agripa I (44 d. C.), son los ejes alrededor de los cuales giran los cálculos y suposiciones de los escriturarios al intentar la formulación de la cronología de los viajes del apóstol Pablo. Veremos más tarde que otra importante fecha, bien que menos segura, es la del relevo de Félix como gobernador de Judea.

10. El fin del segundo viaje (Hch 18:18-22)

Según la promesa del Señor en la visión que recibió Pablo, éste pudo llegar tranquilamente al término de su primera estancia en Corinto, saliendo de la ciudad cuando creyó ser la voluntad del Señor que subiera a Jerusalén, antes de emprender otros viajes de confirmación e iniciar la gran obra en Éfeso. Se despidió de los hermanos —podemos imaginar una sesión plenaria de la iglesia reunida para escuchar las últimas exhortaciones del apóstol y para encomendarle al Señor en oración— con el fin de ir por vía marítima a Cesarea.

Se mencionan, sin embargo, dos escalas y dos compañeros de viaje. Primeramente Pablo se hizo rapar la cabeza en Cencreas, en relación con algún voto de nazareo: probablemente una forma modificada de (**Nm 6:1-21**), según la práctica de los judíos de la época. Llevando consigo a Priscila y Aquila, arribó a Éfeso, donde dejó a sus amigos, quienes habían de quedar allí algunos años, permitiéndose solamente una visita a la sinagoga donde hubo interés para escuchar más. La prisa de embarcar en alguna nave conveniente para llegar a Cesarea parece relacionarse con el término del plazo del voto ya mencionado. El nombre de Jerusalén no se escribe en (**Hch 18:22**), pero se puede deducir con toda confianza que subió desde Cesarea hasta Jerusalén, antes de pasar a Antioquía en Siria, pues de otra forma el desembarco en Cesarea carecería de sentido.

11. El voto del apóstol (Hch 18:18)

Este voto del apóstol ha dado lugar a muchas discusiones pero Lucas menciona el hecho como algo muy natural. Huelga, pues, que hagamos esfuerzos —según un texto latino antiguo— de hacer ver que era Aquila quien se trasquiló en Cencreas. Hemos tenido ocasión de notar que Pablo no prohibía a los creyentes del judaísmo que guardasen las costumbres de sus padres, siempre que no procurasen imponer tal yugo sobre los gentiles. Él mismo estaba dispuesto a hacerse judío para ganar a los judíos, y nada le impedía que se ligara con un voto nazareo: quizá como acción de gracias por la protección que el Señor le había otorgado en Corinto. Reiteramos que Los Hechos cubren

un período de transición, durante el cual la Iglesia, compuesta en grado creciente por creyentes gentiles, ocupaba el escenario, quedando progresivamente más rezagada la comunidad cristiana de Jerusalén que tendía a considerarse como el Resto Fiel de Israel que había reconocido y aceptado a su Mesías. Desde luego no había dos Iglesias en ningún momento, pero hubo un desarrollo necesario en cuanto a la comprensión de lo que era la Iglesia. Los creyentes de Jerusalén no veían nada incompatible entre su profesión cristiana y los actos de la ley ceremonial y sólo la providencia de Dios en la destrucción del Templo (70 d. C.) puso fin al testimonio de los cristianos “celosos de la Ley”. Pablo no enseñaba a nadie que tomara sobre sí un voto nazareo, pero si en algún momento de crisis se sintiese movido a renovar una práctica de su juventud, que no tenía mayor trascendencia ni ligaba a nadie más, estaba en completa libertad de hacerlo. Volvemos a subrayar la necesidad de acordarnos de que los apóstoles habían sido elegidos y llenados del Espíritu con el fin de enseñarnos a nosotros, de modo que nos toca aprender de ellos y no criticarles; hemos de recordar que nosotros vivimos en otra época, que no es transicional, en la que el predominio del elemento gentil en la Iglesia es casi absoluto. Como en el caso de la circuncisión de Timoteo, las circunstancias y las intenciones prestan un color muy distinto a actos que se parecen mucho en su forma externa. Pablo acababa de ser animado por una renovada visión de su Señor y se hallaba lleno del Espíritu Santo y ¿quiénes somos nosotros para criticarle? Basten estos hechos para que reconozcamos humildemente que si Pablo hizo un voto nazareo, trasquilándose la cabeza de nuevo cuando el plazo tocó a su fin en Jerusalén, ofreciendo sin duda los sacrificios de rigor, se habrá sentido con plena libertad de hacerlo y que estaba dentro de la voluntad del Señor, aun cuando un creyente de la gentilidad no tenía por qué hacerlo y pecaría gravemente si lo intentara.

De paso, la ofrenda de sacrificios de sangre en este caso y en el de **(Hch 21:22-27)**, muchos años después de la Cruz, y por la voluntad del apóstol inspirado para revelar cual ningún otro el valor completo del Sacrificio de Cristo, hecho una vez para siempre, echa una luz interesante sobre la posible renovación de tales sacrificios en el Templo milenal **(Ez 45:18-20)** que tanto escandaliza a muchos expositores. Obviamente, Pablo no concedía más que un valor conmemorativo a tales ofrendas, y si se ofrecieron en esta dispensación por el apóstol de los gentiles, bien podrán presentarse con igual sentido durante el futuro Reino de gloria en la tierra.

Temas para meditar y recapacitar

- I. Describa la estancia de Pablo en Corinto. ¿Cuáles, a su parecer, son los rasgos más destacados y significativos de aquellos dieciocho meses?

Pablo en Éfeso (Hechos 18:23-19:40)

Consideraciones generales

De nuevo hemos de recordar al lector que Lucas selecciona para su historia las fases de la obra de Pablo que tienen por fin el establecimiento de nuevas bases que faciliten la extensión del Evangelio en Asia Menor y por los alrededores del mar Egeo, abreviando muchísimo la labor de confirmación; en esta época el apóstol vislumbra la ampliación de su labor que le llevará a Roma: hito en el camino hacia el Imperio Occidental que deseaba evangelizar también.

1. El significado de la obra en Éfeso

El nombre que se destaca en las dos fases del relato del tercer viaje es el de Éfeso, tratándose no sólo de la fundación de la gran iglesia en dicha ciudad según el relato en la sección que tenemos delante, sino también del importante mensaje de Pablo a los ancianos de la Iglesia que estudiaremos en la sección siguiente. El Evangelio triunfa en Éfeso y en Asia, pero a la vez es la época de grandes dificultades en la iglesia recién fundada de Corinto, a las que corresponde la redacción de las dos Epístolas canónicas, con una (o quizá dos) más dirigida a la misma iglesia, que no se ha conservado. Hubo una breve visita a la misma iglesia que no se narra (**2 Co 2:1**) (**2 Co 12:14**) y (**2 Co 13:1-2**), además de una creciente preocupación por el estado de las iglesias de Galacia que admitían a los falsos doctores judaizantes. No sólo eso, sino que el período de trabajo en Éfeso se asocia con luchas y sufrimientos agudos y persistentes que Lucas no refiere, ya que quiere poner de relieve el triunfo del Evangelio en tan fuerte bastión de Satanás: énfasis que habría perdido su fuerza dramática si hubiese narrado en detalle las experiencias personales de Pablo, que hemos de deducir tanto de su mensaje a los ancianos como por el estudio de las cartas escritas desde Éfeso a los corintios (**1 Co 15:30-32**) (**2 Co 1:8**).

2. La extensión del testimonio por la provincia de Asia

Al mismo tiempo, por la sabia y persistente aplicación de los métodos de la estrategia misionera que hemos detallado repetidas veces en este Comentario, las Buenas Nuevas se extendieron por toda la provincia de Asia, resultando en la fundación de las iglesias de Colosas, Laodicea e Hierápolis, del Valle del Lico, como también, según suponemos, las de Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis y Filadelfia (Apocalipsis capítulos 2 y 3). La alarma de Demetrio en vista de la extensión del Evangelio “*en casi toda Asia*” (**Hch 19:26**) es un tributo involuntario a la importancia de la gran labor de Pablo y de sus colegas durante esta época, como resultado de la cual la provincia de Asia llegó a ser uno de los principales bastiones de la Iglesia durante los siglos sucesivos.

En su lugar veremos que Lucas hace un alto para considerar el poderoso crecimiento de la Palabra en Asia, pasando en seguida a la mención de los planes inmediatos de Pablo que le habían de llevar fuera de las regiones del Oriente del Imperio (**Hch 18:20-21**) hasta Roma. Llegamos, pues, al fin de las tres célebres expediciones misioneras para pasar al cumplimiento del apostolado de Pablo por medios más extraños.

3. La ciudad de Éfeso

Pérgamo era la capital de la provincia romana de Asia, pero Éfeso era por mucho la ciudad más importante, destacándose por su movimiento comercial, por su cultura y, más

tristemente, por sus prácticas mágicas y por el cercano gran Templo de Diana, una de las maravillas del mundo.

La ciudad misma fue situada a cinco kilómetros de la desembocadura del río Caister, en la costa occidental de la provincia. En los tiempos de Pablo fue dotada de un buen puerto artificial, que hacía competencia con el de Mileto, un poco más al sur. Buenas rutas facilitaban las comunicaciones de Éfeso con todas partes de Asia y con las demás provincias de la unidad geográfica que nosotros llamamos Asia Menor, como también con Siria y el Este. Las rutas marítimas enlazaban el puerto con Grecia y con Roma, más allá al Oeste.

Como una de las doce ciudades jónicas, había sido un gran centro de cultura griega desde tiempos remotos, pero pasó al poder del reino de Lidia en 560 a. C., y tres años más tarde participó en la suerte de Lidia al ser conquistado este reino por los persas. Recobró su carácter griego bajo Alejandro Magno y sus sucesores, pasando a ser parte de la provincia romana de Asia en el año 190 a. C. Podemos comprender el interés de Pablo en fundar una iglesia misionera en tal lugar, siendo tan evidente la importancia de la ciudad como nudo de comunicaciones desde donde el Evangelio había de extenderse por toda la región. Los planes que no pudieron cumplirse en el curso del segundo viaje (**Hch 16:6**) se han de realizar ampliamente durante la tercera expedición, abriendo el Espíritu Santo de par en par la puerta que antes había cerrado.

4. El Templo de Diana

Una antigua tradición pagana y oriental declaraba que la diosa de la tierra había nacido en Éfeso; los griegos asociaron la tradición con su diosa Artemisa (Diana), aunque, de hecho, Diana de los efesios, diosa madre, representada por imágenes antiestéticas con muchos pechos, distaba mucho de la exquisita diosa cazadora de las leyendas griegas sobre Artemisa. El hecho es, sin embargo, que la superstición se hizo muy popular, levantándose una serie de templos en honor de la diosa, siete de los cuales habían sido destruidos por fuego, reemplazándolos el inmenso e intrincado templo de la época de la visita de Pablo, que medía 130 por 65 metros y servía no sólo como centro de idolatría, sino también como un banco donde los efesios depositaban su dinero. Los sacerdotes (eunucos) se enriquecían enormemente, no sólo a causa de las peregrinaciones hechas al santuario, sino también por el valor de sus extensos terrenos y el rendimiento de sus negocios. Como es natural, muchas otras personas vivían a la sombra de este templo y cuanto significaba, incluso Demetrio y los artesanos de su gremio, que fabricaban sus templecillos de plata, pequeños santuarios, vendiéndolos con pingües ganancias a los peregrinos.

Éfeso se sentía honrada por ser guardiana del Templo de Diana (**Hch 19:25**), o, más literalmente, “barredora” del templo. Una parte considerable de la vida y de la prosperidad de la ciudad dependía de la superstición dominante, con los ingresos turísticos que de ella dependían.

Una labor confirmatoria (Hch 18:23)

I. Una temporada en Antioquía (Hch 18:23)

Después de la visita privada a Jerusalén, durante la cual dio fin a su voto nazareo, Pablo se dirigió a Antioquía en Siria, su amado hogar espiritual, donde había sido apartado para su especial labor, quedando, como dice Lucas con su acostumbrada vaguedad cronológica, “algún tiempo”. Nuestra imaginación tiene que suplir los detalles de la hermosa comunión, las exhortaciones, los consejos, las enseñanzas, los reportajes que

habrán llenado la temporada en Antioquía. Sin duda salió fortalecido en espíritu y viendo más claramente el camino a seguir.

2. Un recorrido por la región de Galacia y Frigia (Hch 18:23)

No hay duda en cuanto al propósito de la primera etapa del tercer viaje de Pablo, pues iba donde ya había plantado obras *“confirmando a todos los discípulos”*. Todas las iglesias tendrían sus problemas y verían delante de sí nuevas oportunidades, de modo que las visitas del apóstol les servirían de precioso estímulo, abriendo delante de ellos nuevas perspectivas de servicio y de testimonio.

La ruta del viaje no es tan clara. Este asunto no tiene mayor importancia, ya que nosotros, como Lucas mismo, deseamos llegar a Éfeso para presenciar la inauguración de una de las obras de mayor envergadura de toda la admirable carrera del apóstol. Con todo, nos interesa considerar lo que hay detrás de la frase: *“salió recorriendo por orden la región de Galacia y de Frigia”*. No dejaría de visitar ninguna de las iglesias que se hallaban en su ruta por Cilicia, Licaonia galática y Frigia galática, bien conocidas por las narraciones anteriores. *“La región de Galacia y Frigia”* se relaciona quizá con la labor *“de paréntesis”* que notamos al considerar (Hch 16:6), en cuyo caso *“la provincia de galacia”* es la verdadera Galacia del Norte, la Galacia étnica, y Frigia la parte de esta extensa área racial que no caía dentro de los términos de la provincia romana de Galacia. Todo ello cuadra bien con la descripción paralela de este viaje en (Hch 19:1), donde leemos que Pablo llegó a Éfeso *“después de recorrer las regiones superiores”*, o sea, la meseta del centro de Asia Menor, antes de tomar la fácil ruta que le llevaba hacia el Oeste por el valle del Lico. La referencia en (Ga 4:14) menciona la primera visita que resultó ser de mucha bendición y gozo, a pesar de ocasionarse por una enfermedad, y presupone otra ocasión, que sería la de esta visita, cuando tomaron a mal que les dijera la verdad al percibir los principios del error judaizante (Ga 4:15-16). Si Lucas hubiese sospechado que su brevedad habría de dar lugar a tantas lucubraciones de parte de tantos escriturarios al paso de los siglos, quizá nos habría complacido por extenderse un poco más, haciendo constar los nombres de algunos de los pueblos de la ruta, añadiendo alguna indicación de la duración de este extenso viaje de confirmación. Faltándonos tal ayuda, dejamos a Pablo en las vagas *“regiones superiores”* para dar consideración a un incidente interesante, no exento tampoco de problemas, que tuvo lugar en Éfeso antes de su llegada.

Un paréntesis: Apolos en Éfeso y Corinto (Hch 18:24-28)

I. La persona y preparación de Apolos (Hch 18:24-25)

Mientras que Pablo proseguía su ardua labor pastoral en el corazón de Asia Menor, se les presentó a sus queridos amigos y colaboradores Priscila y Aquila, quienes le esperaban en Éfeso, una hermosa ocasión de ser útiles a la causa del Señor. Durante un culto en la sinagoga se sorprendieron al ver levantarse un rabino, de porte distinguido, quien enseñaba con exactitud las cosas referentes a Jesús, apoyando su testimonio por medio de abundantes citas del Antiguo Testamento, pero sin llegar a redondear su importante mensaje con claras referencias a la consumación de la Obra de Cristo y al descenso del Espíritu Santo. Se trataba de un judío erudito y culto (vocablos que expresan el sentido de *“logios”* mejor que *“elocuente”*) de Alejandría, gran centro de erudición griega, como también de la mayor tradición helenista del judaísmo, lugar de origen de la célebre Versión Alejandrina del Antiguo Testamento.

La erudición de Apolos, que así se llamaba el predicador, con la elocuencia que tanto fascinaba a sectores de la iglesia de Corinto más tarde, armonizaban bien con el

ambiente alejandrino, ciudad del filósofo judío Filón; pero nos preguntamos de qué modo había podido ser instruido con exactitud en el camino del Señor y haber recibido conocimientos de la Persona de Jesús, sin haber llegado a aprender la plenitud de la doctrina cristiana, conociendo sólo el bautismo de Juan (**Hch 18:25**). Nada se sabe de los principios de la evangelización de Alejandría, pero se hallaba una iglesia cristiana allí muy tempranamente, fundada, con toda probabilidad, por siervos de Dios que ya conocían la doctrina de la Resurrección y la venida del Espíritu Santo. No es probable, pues, que hubiera sido instruido en su ciudad natal, y notamos también que se le describe como natural de Alejandría, sin decir que había procedido de allí en el momento de esta historia.

Doctrinas exactas, pero incompletas, acerca de Jesucristo podrían hallar su origen en Galilea, extendiéndose luego por creyentes que habían conocido los comienzos de la Obra del Señor sin haber sido instruidos en cuanto a la consumación de la Resurrección. No sabemos hasta dónde llegaban los “exactos” conocimientos de Apolos, pero sabemos que faltaba algo, y aun bastante, ya que Priscila y Aquila tuvieron que comunicarle la doctrina que ellos habían recibido del apóstol Pablo. La frase “*de espíritu fervoroso*” de (**Hch 18:25**) no indica la plenitud del Espíritu Santo, sino el fervor del espíritu de Apolos al contar en la sinagoga lo que sabía de Jesús.

2. La labor de enseñanza de Priscila y Aquila (Hch 18:26)

El piadoso matrimonio pudo gozarse llevando al sabio predicador a su casa —siempre a la disposición del Señor y de los suyos— con el fin de exponerle más exactamente el Camino de Dios. Ya hemos notado que los conocimientos de Apolos eran exactos en sí, pero incompletos, de modo que es fácil figurarnos la sustancia de la enseñanza que Priscila y Aquila presentarían en su casa y que Apolos escucharía embelesado: el significado pleno de la Cruz y de la Resurrección, el hecho del descenso del Espíritu Santo, el simbolismo del bautismo cristiano, la verdadera naturaleza de la Iglesia como Cuerpo de Cristo compuesto de creyentes de entre los judíos y gentiles, etcétera. Habían aprendido de un maestro excelente, y, siendo discípulos aptos y aprovechados, estarían muy capacitados para aleccionar a su vez a tan distinguido alumno, según la norma de (**2 Ti 2:2**).

De paso hallamos implícita en estas frases la humildad del hombre erudito, quien tenía un corazón de niño unido a la inteligencia de un sabio, pudiendo así recibir la revelación que sólo se abre ante los niños espirituales (**Mt 11:25-26**). Aprovechó de tal forma las enseñanzas, que se destacó casi en seguida como uno de los enseñadores más apreciados y útiles al Maestro de los tiempos apostólicos, compartiendo y suplementando los trabajos de los apóstoles mismos.

Nada se dice aquí del bautismo de Apolos, y muchos expositores, fundándose en este silencio, creen que no volvió a bautizarse. Unos versículos más abajo, sin embargo (**Hch 19:4-5**), leemos que los doce discípulos que sólo sabían del bautismo de Juan fueron bautizados en el Nombre del Señor Jesús al oír el Evangelio en su plenitud, obviamente por la dirección del apóstol mismo. Su posición fue igual a la de Apolos, de modo que suponemos que éste también fue bautizado en el Nombre, o que debiera haberlo sido. El silencio en este caso no prueba nada, y las deducciones de muchos expositores se deben más al horror al “anabaptismo” (la repetición del bautismo) que no al sentido de este pasaje juntamente con el siguiente.

3. Apolos en Corinto (Hch 18:27-28)

La iglesia en Corinto pasaba por tiempos difíciles y es probable que los daños internos causados por tendencias que habían surgido durante la ausencia de Pablo, habrían sido mayores aún si los hermanos no hubiesen recibido la visita de Apolos. Quizá tuvo él

negocios particulares que realizar en Corinto (**Hch 18:27**), que explicaría su deseo de ir a Acaya. De todas formas, notamos que ya hubo un grupo de hermanos que se habían reunido en torno a Priscila y Aquila en Éfeso (**Hch 18:27**) —y distinto de los doce discípulos que hallara Pablo más tarde—, que le animaron a visitar la iglesia en Corinto, proveyéndole de cartas de presentación para los hermanos corintios.

Fue bien recibido en la gran urbe y su ministerio fue de gran provecho para los creyentes, a la vez que se distinguía por su elocuente y vehemente presentación de Jesús como el Mesías frente a los judíos, haciendo buen uso de los Escritos Sagrados, que tan bien conocía (**Hch 18:27-28**). El hecho de que sectores díscolos de la iglesia en Corinto adoptaran luego el nombre de Apolos como banderín de partido (**1 Co 3:4**) no indica en lo más mínimo que este siervo del Señor fomentara un espíritu partidista en la gran iglesia griega, ya que Pablo le reconoce como colaborador que regaba la semilla que él mismo había sembrado, pasando luego a ilustrar sus enseñanzas sobre la mayordomía de los apóstoles por referencias tanto a Apolos como a sí mismo (**1 Co 3:6**) (**1 Co 4:6**). Más tarde Pablo quiso que volviera a Corinto, lo que no tuvo a bien hacer en aquel momento, reservando la visita para otra ocasión (**1 Co 16:12**), que ilustra muy a las claras el espíritu de colaboración que existía entre los apóstoles y sus colegas, complementando cada uno la labor de sus compañeros. De paso podemos notar que Pablo, el apóstol, pudo rogar lo que le pareciera conveniente para Apolos en relación con Corinto, sin que sus ruegos se convirtiesen en mandatos de tipo autoritario. Podemos suponer que, en general, el ruego de un apóstol determinaría el movimiento de cualquier siervo de Dios que formaba en tan bendita compañía de colaboradores en la Obra; pero, con todo, cada uno era siervo de Dios consciente de su propia responsabilidad y no siervo de un hombre, ni siquiera del apóstol Pablo.

Los comienzos de la obra de Pablo en Éfeso (Hch 19:1-10)

I. Pablo halla los doce discípulos (Hch 19:1-3)

Es un error pensar que la Obra en Éfeso empezara con la instrucción y el bautismo de los doce discípulos, quienes, cual Apolos, solamente conocían el bautismo de Juan, pues ya hemos visto por el incidente de Apolos que existía un grupo de “hermanos”, fruto sin duda del testimonio de Priscila y Aquila durante la larga ausencia de Pablo, que había adquirido suficiente personalidad para poder escribir una carta de presentación a favor de Apolos a la numerosa iglesia de Corinto. Habríamos esperado que Lucas escribiera: “Pablo, después de recorrer las regiones superiores, llegó a Éfeso donde se reunió con Priscila, Aquila y los hermanos”, recogiendo el hilo de la historia tal como se dejó en Éfeso en (**Hch 18:19-21**). Hemos de aprender una vez más que el historiador solamente recoge unos cuantos hilos de la complicada urdimbre de los principios del cristianismo, quedando muchos factores sin mencionar y muchos problemas históricos sin resolver. ¿Cómo es que Pablo pudo hacer contacto con este grupo sin antes saludar a sus amigos y colaboradores? ¿Por qué no habían hecho contacto estos doce hombres con Priscila y Aquila, como lo había hecho Apolos, a través de los cultos en la sinagoga? Si fuesen discípulos de Apolos, como algunos suponen, el misterio se haría más oscuro todavía. Es mejor pensar en distintas corrientes de predicación y de instrucción que partieron de Galilea, encauzadas por los judíos creyentes que habían salido del Norte de Israel antes de aprender la “consumación” de la Obra del Señor. Las providencias de Dios pusieron a Pablo en contacto con estos doce hombres, siendo vanas todas las especulaciones sobre el “cómo” del encuentro. Lo único seguro es lo que se saca del análisis del incidente, y el hecho de que no habían estado en contacto con otros creyentes en Éfeso antes de la fecha de su encuentro con Pablo.

2. “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?” (Hch 19:2)

Pablo notó en seguida que los doce hombres, a pesar de hablar familiarmente de Jesús, no poseían la plenitud de la vida cristiana. No anduvo con rodeos, sino que les hizo una pregunta de importancia vital, que había de revelar necesariamente su estado. El lector verá que Pablo esperaba que cada verdadero creyente recibiese el Espíritu Santo cuando había creído; la traducción exacta de **(Ef 1:13)** enseña la misma verdad. Los doce discípulos no sabían nada del asunto. Tanto por el Antiguo Testamento como por el ministerio del Bautista sabían necesariamente que el Espíritu había de ser dado por medio del Mesías, pero lo que les faltaba era el conocimiento de la consumación del hecho en el Día de Pentecostés.

3. “¿Qué bautismo recibisteis?” (Hch 19:3-5)

Era concepto conocidísimo entre los judíos que el bautismo por inmersión señalaba el traslado del candidato de una esfera a otra. Los prosélitos recibían tal bautismo al aceptar los postulados del judaísmo, pasando de la gentilidad al terreno religioso de Israel; los bautizados por Juan demostraban que se unían con el resto fiel, arrepentido y expectante que renunciaba la mera religiosidad judaica y aguardaban al Mesías; los creyentes en Jesús aceptaban todo cuanto significaba el Nombre, pasando de cualquier otra esfera a la de la Iglesia de la cual él es Señor. ¿A qué esfera se habían trasladado estos doce discípulos que creían lo que habían recibido, pero sin saber que la Obra del Mesías se había consumado mediante el derramamiento del Espíritu Santo? He aquí lo que quería saber Pablo. La contestación puso de manifiesto que no habían pasado del terreno de los fieles expectantes que esperaban al Mesías según las enseñanzas de Juan, habiendo recibido, además, alguna instrucción sobre el ministerio del Señor Jesucristo.

Pablo les dio una clara explicación del significado del bautismo que habían recibido, pasando a hablar de la necesidad de la fe en Jesús ya plenamente revelado: *“cuando oyeron esto, fueron bautizados en el Nombre del Señor Jesús”* **(Hch 19:4-5)**. No bastaba el símbolo de la expectación de almas israelitas contritas; fue preciso el símbolo de la identificación con aquel que murió y resucitó por ellos **(Ro 6:1-10)**, única base para la plena manifestación del poder del Espíritu Santo. Creyentes del siglo XXI deberían perder el miedo al “anabaptismo”, que surgió no sólo de los excesos de algunos así llamados de la época de la Reforma, sino mucho más de las calumnias que se amontonaron sobre muchos fieles hermanos que tuvieron la temeridad de entender que la Reforma debería amoldarse completamente al patrón del Nuevo Testamento. Lutero y Calvino sacaron a luz grandes verdades bíblicas, pero también construyeron sistemas eclesiásticos en los que las verdades bíblicas se mezclaron con ciertas conveniencias religiosas y políticas, lo que les hizo mirar de reojo a los sencillos hermanos que insistían en fundar iglesias autónomas, llegando Lutero a la persecución de quienes bautizaban a creyentes sólo por serlo, sin conceder valor al bautismo de infantes. Debemos hacer caso omiso de la mera tradición eclesiástica, enfatizando la posición bíblica: el verdadero creyente, unido por su entrega personal de fe al Señor que murió y resucitó en su lugar, simboliza el gran hecho de su unión vital con Cristo al ser bautizado *“en el Nombre del Señor Jesús”*, saliendo de la esfera que sea para ingresar en la de la Iglesia verdadera y espiritual.

4. La extensión de la Obra del Día de Pentecostés (Hch 19:6)

En escala muy reducida se repite aquí lo que hemos considerado en el caso de los creyentes samaritanos y de los gentiles en la casa de Cornelio. La Iglesia fue bautizada una vez para siempre por el Espíritu Santo, de modo que las personas que se unen a ella por su unión con Cristo reciben el Don celestial. En el caso de los samaritanos y de los doce discípulos de este pasaje, hubo un impedimento en cuanto a la manifestación de la plenitud del Espíritu, debido en un caso a la posibilidad de un espíritu cismático y en el

otro a la falta de una comprensión completa de la Persona y Obra de Cristo. En los dos casos la imposición de manos apostólicas fue símbolo de la identificación de tales personas y esferas con la Iglesia de Cristo redimida y bautizada por el Espíritu, motivando las manifestaciones de plenitud que antes faltaban. Repetimos aquí lo que hicimos constar en otro lugar sobre la inutilidad de preguntas como: ¿Eran salvos antes? o ¿tenían el Espíritu Santo antes? No se trata de la íntima relación del alma con Dios, quien es *“rico para con todos los que le invocan”* (Ro 10:12), sino de la manifestación de la plenitud del Espíritu en la esfera de la Iglesia.

5. La labor en la sinagoga (Hch 19:8-9)

En la ocasión de su breve visita anterior a Éfeso, Pablo había hallado una recepción favorable en la sinagoga (Hch 18:19-21) y el incidente de Apolos muestra que Priscila y Aquila no habían roto toda relación con sus hermanos de raza. El hecho de que el matrimonio fiel había podido continuar su testimonio entre los judíos por tanto tiempo, que Apolos había podido dar sus elocuentes mensajes en la sinagoga probando que Jesús era el Mesías, y que Pablo halló posible permanecer en la sinagoga tres meses más antes de la inevitable ruptura con los recalcitrantes, es evidencia de que muchos judíos en Éfeso estaban dispuestos a escuchar el mensaje mesiánico; es de pensar que cuando por fin Pablo apartara a los discípulos de la sinagoga donde, una vez más, la Palabra no se podía hacer oír, llevaría consigo a un número considerable de judíos y temerosos de Dios convertidos que formarían el núcleo de la iglesia local.

Notamos que su ministerio entre los judíos se describe de este modo: *“discutiendo y persuadiendo acerca del Reino de Dios”*. Las discusiones —sobre cómo se habían de entender las profecías— eran normales al dar a conocer el Evangelio en las sinagogas, pero es nueva la frase: *“persuadiendo acerca del Reino de Dios”*, que nos deja vislumbrar una mayor amplitud de ministerio en la sinagoga antes de la separación, hallándose un eco de este tema del Reino en el discurso de Pablo frente a los Ancianos (Hch 20:25).

Los incrédulos endurecieron el corazón, y no sólo resistieron ellos mismos la verdad del Evangelio, sino que calumniaron el Camino en pública sesión de la sinagoga, que es lo que significa *“delante de la multitud”*; podemos suponer que la asistencia normal a la sinagoga se había aumentado mucho gracias al interés levantado por las discusiones y predicaciones de Pablo. De nuevo el testimonio se había entregado en primer lugar a los hebreos, sacándose de entre ellos un buen “resto fiel”, cuyas normas morales y cuyo conocimiento de las Escrituras serían de inestimable valor al desarrollarse la vida normal de la iglesia local compuesta de creyentes de ambas razas.

6. Las sesiones en el aula de Tirano (Hch 19:9-10)

En el mundo grecorromano abundaban centros sociales provistos de baños públicos, con sus salas para gimnasia y también con aulas para la enseñanza, donde conferenciaban filósofos o daban lecciones de matemáticas los maestros. Un tal Tirano dirigía uno de estos establecimientos, utilizándolo sin duda desde temprano por la mañana hasta las once, cuando sus clientes o alumnos irían a sus casas para comer y luego echar la siesta. No tendría inconveniente, pues, en ceder a Pablo y a los hermanos el uso de su “escuela” durante las horas cuando normalmente no se aprovechaba. Mientras que los clientes de Tirano se divertían o discutían, Pablo estaría en el taller de Aquila y Priscila ejerciendo su oficio con el fin de cubrir los gastos de su compañía (Hch 20:33-35), pasando después a su ministerio público. Sin duda el celo de los cristianos les disponía para aprovechar las horas del día que los mundanos dedicaban a interminables comidas y largas siestas.

No hemos de entender que el aula de Tirano fuese el hogar de la iglesia, sino más bien el lugar de la pública demostración de lo que era el Evangelio, como indica el verbo *“discutir”*

(Hch 19:9). Es probable que la congregación partiera el pan en la casa de Priscila y Aquila y sabemos por el discurso de Pablo a los ancianos que enseñaba “*públicamente y por las casas*” **(Hch 20:20)**. Hemos hecho varias referencias al discurso de despedida a los ancianos que estudiaremos más tarde, y que por su gran importancia como “*fondo*” al breve resumen que Lucas nos da del ministerio en Éfeso aquí debe leerse conjuntamente con los versículos que tenemos delante. Recordemos también lo que se expuso arriba sobre las muchas aflicciones del apóstol que corresponden a este período de su vida, por otra parte tan ricamente bendecido por el Señor.

7. La duración de ministerio en Éfeso (Hch 19:10)

A primera vista hay una contradicción entre el período de dos años de **(Hch 19:10)**, y el de tres años que se nota en **(Hch 20:31)**. Probablemente no se incluyen aquí los tres meses del ministerio en la sinagoga de **(Hch 19:8)**, de modo que si el período total pasaba de los dos años —que señala únicamente el período de las enseñanzas en el aula de Tirano— entonces llegamos a los tres años según la manera inclusive de calcular los orientales el paso del tiempo, redondeando a menudo los números.

8. El éxito del ministerio en Éfeso (Hch 19:10)

“*Así continuó por espacio de dos años, de modo que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús*”. Aquí y en **(Hch 19:20)** Lucas compendia los gloriosos resultados de los múltiples y persistentes trabajos de Pablo y de sus colaboradores en Asia, notando una “saturación” de una amplia provincia con la Palabra que raras veces se ha conseguido en la historia de la evangelización. No es de extrañar que se levantara luego una ola de oposición, y comprendemos por qué fue necesario que Dios reforzara las manos de su embajador por medio de señalados milagros, haciendo posible que el Evangelio se extendiera y que sus siervos fuesen protegidos en una ciudad que era notoria como sede de varias y tenebrosas operaciones satánicas. El que rechazaba el Evangelio en Asia no podía alegar que nunca lo había oído, pues el Mensaje se proclamaba y suscitaba comentarios hasta los últimos rincones de tan extenso e importante territorio.

La Palabra acompañada de grandes señales en Éfeso (Hch 19:11-20)

I. El poder del Nombre de Jesucristo se manifestó en Éfeso (Hch 19:11-12)

Éfeso era ciudadela de Satanás, no sólo en lo que se refiere al Templo de Diana y las nefastas obras asociadas con él, sino también por ser la escuela y sede más notoria de artes mágicas en el oriente del Imperio. En tal ciudad el enemigo podía desplegar imponentes fuerzas del mal en contra del Evangelio, además de utilizar el odio fanático de los judíos incrédulos. Fue conveniente y necesario, pues, que el embajador del Reino de Dios pudiese exhibir sus “credenciales” que daban prueba manifiesta de su autoridad como enviado del Cielo contra la fuerza y las intrigas de todos los secuaces del diablo. Por eso Pablo recibió poder para obrar milagros (“*potencias*” en el griego) hasta el punto de que enfermos fueron curados sólo por tocar pañuelos que habían ceñido su cabeza o delantales que utilizaba en su trabajo de fabricante de tiendas **(Hch 19:11-12)**. Nos parecen raros los medios, que pueden compararse con las curaciones hechas por la sombra de Pedro durante la crisis decisiva del Evangelio en Jerusalén **(Hch 5:12-16)**, pero hemos de entender el poder del Nombre de Jesucristo en todo ello, como es evidente por el caso mismo, por otros en Los Hechos y por el mal uso que los siete hijos de Esceva querían hacer del Nombre de Jesús **(Hch 19:13-14)**. Repetimos aquí lo que se

ha hecho constar en otros lugares análogos: que los milagros no son normales —en cuyo caso perderían su carácter de señales—, sino medios extraordinarios que Dios concede para acreditar a sus siervos frente a fuerzas de otra forma incontrastables o al iniciar una nueva etapa de su obra que necesita la manifestación de la aprobación divina. Fue preciso que el ministerio de Pablo en Éfeso fuese prolongado con el fin de extender el Evangelio por toda la provincia de Asia, de modo que Dios le proveyó de esa fortaleza inexpugnable de armas especiales y de credenciales de máxima autoridad, como requería tan gran cometido frente a formidables fuerzas visibles y escondidas.

2. El Nombre es para los siervos del Señor (Hch 19:13-17)

Es curioso y aleccionador el incidente de los hijos de Esceva y sin duda Lucas lo incluye aquí en contraste con las “*mayores obras*” que los siervos del Señor realizan en su Nombre durante su ausencia (**Jn 14:12-13**). Pero el Nombre se ha dejado sólo para el uso de los siervos fieles que anhelan hacer la voluntad del Padre en el adelanto de su Reino. Veremos, además, que el curioso fallo tuvo gran repercusión en los círculos de Éfeso influenciados por la magia, de modo que llegó a ser importante, no tanto por su interés intrínseco, sino también por los efectos que produjo. Muy a pesar suyo, los hijos de Esceva se convirtieron en los mejores propagandistas del Evangelio en Éfeso.

Los magos y exorcistas de la ciudad concedían gran importancia a nombres y fórmulas que, según las ideas contemporáneas sobre la magia, podrían poner en operación poderes ocultos. El mismo hecho de que la reverencia algo supersticiosa de los hebreos les impedían el uso claro del Nombre de Jehová, despertaba el interés de los magos del paganismo por conocerlo. Pablo y varios de sus compañeros eran judíos, de modo que los exorcistas pensaban que “*Jesús*” sería el Nombre prepotente que les permitiría controlar a los demonios a la manera de Pablo. Compárese con el caso de Simón el Mago (**Hch 8:12-20**).

La descripción de estos siete exorcistas ambulantes como “*hijos de un judío, sumo sacerdote, llamado Esceva*” (**Hch 19:14**) es muy extraña, pues de manera alguna pudo ser Esceva el “*sumo sacerdote*”, príncipe del pueblo judío en Jerusalén. Quizá se trata de una familia judía de costumbres degeneradas, de ascendencia sacerdotal, cuyo jefe se anunciaba como “*sumosacerdote*” a los efectos de sus embustes. El profesor F. F. Bruce comenta que si tal forma de puntuación hubiese sido conocida en griego, Lucas habría escrito “*sumosacerdote*” entre comillas.

Frente a un endemoniado, los siete proceden a su exorcismo utilizando su nueva fórmula: “*Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo*”; pero el espíritu maligno, conociendo para dolor suyo el potente Nombre de Jesús, no concedía valor alguno a su uso en boca de los extraños a la vida de Jesucristo: “*A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?*”. Irritado por el intento de controlarle por un mero subterfugio, se echó sobre los pretendidos exorcistas —utilizando el cuerpo de su pobre víctima— pudiendo más que los siete y forzándoles a huir maltrechos y desnudos.

El incidente, por su carácter escandaloso, no podía esconderse y los comentarios se extendieron como reguero de pólvora por todos los círculos de Éfeso, tanto judíos como griegos. Enfocó la atención de todos en las verdaderas obras de poder de Pablo, levantó así más interés en el mensaje que explicaba, y puso de relieve el carácter sagrado del Nombre de Jesús, elevándolo a un nivel muy por encima de los misteriosos nombres y fórmulas mágicas tan en boga en la ciudad. Por todo ello: “*tuvieron temor todos ellos y era magnificado el Nombre del Señor Jesús*”.

El diligente lector notará el estrecho paralelismo que existe entre esta etapa de la obra de Pablo y la proclamación del Evangelio en Jerusalén, sede del judaísmo muerto, donde

Pedro y sus compañeros fueron protegidos por medio de “*potencias*” realizadas en el Nombre hasta concluirse la etapa de oportunidad para los jerosolimitanos.

3. Los “nombres falsos” son quemados públicamente en Éfeso (Hch 19:18-19)

El pavor del Nombre veraz había caído sobre muchos del gremio de magos en Éfeso, lo que les habría inducido a escuchar el Mensaje de vida. Los muchos que creyeron confesaron sus malas artes y tretas en público, y para mayor señal de su sinceridad hicieron una hoguera con sus rollos, quemando los nombres falsos en honor del excelso Nombre de Jesucristo. He aquí una señal muy evidente de que habían sido “*rescatados de la potestad de las tinieblas y trasladados al Reino del Hijo*” (**Col 1:13**). El acto señaló el auge del triunfo del Evangelio en la ciudad de tinieblas y algún curioso estimó el valor de los rollos quemados, hallando que llegaba a cincuenta mil monedas de plata, lo que representa varios miles de euros en la moneda de hoy. Cuando los creyentes sacrifican considerables intereses materiales por el honor del Nombre de su Señor se puede exclamar con Lucas: “*¡Así crecía y prevelece poderosamente la Palabra del Señor!*” (**Hch 19:20**).

Planes de gran envergadura (Hch 19:21-22)

La amplia extensión del Evangelio por toda Asia señalaba el fin de la labor pionera del apóstol en el Oriente, aquella labor que consideraba ser la suya por antonomasia. Se halla libre, pues, para meditar en sus planes para los años sucesivos de trabajos apostólicos, y si bien la frase “*Pablo se propuso en el Espíritu ir a Jerusalén*” podría indicar el ejercicio de su propio espíritu delante del Señor, es más probable que tengamos aquí una indicación de la guía del Espíritu Santo, tan manifiesta en todas las etapas del servicio del apóstol. Este alto que Lucas hace aquí para hablar de los planes del apóstol debe compararse con (**Ro 15:18-29**), pasaje escrito un poco más tarde en Corinto y que también resume lo que creía ser la voluntad de Dios para su vida durante los años sucesivos. Se señalan tres etapas en el desarrollo de estos planes, que son como sigue:

a) Recorrer las provincias de Macedonia y Acaya (toda Grecia), sin duda para confirmar las muchas iglesias fundadas en sus viajes anteriores, ayudándolas a solucionar sus problemas. Las Epístolas a los Corintios, que corresponden a estas fechas, muestran lo graves que podían ser los problemas internos de algunas iglesias. Al mismo tiempo quiso dar cima a su plan de recoger las ofrendas de las iglesias gentiles para llevarlas a la iglesia de Jerusalén.

b) Visitar Jerusalén, que era ya costumbre suya después de ciertos años de trabajo misionero en las provincias del Imperio; esta vez, sin embargo, se relacionaba estrechamente con el propósito que hemos mencionado de llevar personalmente a Jerusalén la generosa ayuda de las iglesias de las provincias. Concedía mucha importancia a esta labor por la que dio cumplimiento a la petición de los apóstoles en Jerusalén de que se acordase de los pobres (**Ga 2:10**), y que había de ser, en su pensamiento, una manera práctica de mantener la debida comunión cristiana entre iglesias de origen tan distinto (**Ro 15**) (**1 Co 16**) (**2 Co 8-9**).

c) Llegar hasta Roma, metrópoli del mundo gentil, donde podría confirmar en fe y doctrina a una iglesia que tenía por fuerza que desempeñar un papel predominante en el desarrollo de su plan estratégico en cuanto al mundo grecorromano. Las expresiones de (**Ro 15:24,28**) revelan que ya pensaba en una labor pionera en la parte occidental del Imperio que correspondiera a la ya realizada en el sector oriental, considerando que España —tan romanizada ya— había de constituir la primera etapa de la campaña occidental.

En los capítulos que restan de Los Hechos veremos cómo la providencia de Dios concedió a Pablo el cumplimiento parcial de sus planes, utilizando al mismo tiempo la enemiga de los hombres con el fin de enderezar su camino hacia los reyes y gobernadores, ante quienes había de testificar según los términos de la comisión que se le dio por medio de Ananías.

Pablo despachó a Timoteo y Erasto a Macedonia para tratar de asuntos relacionados con su próximo viaje, y por **(2 Co 2:12-13) (2 Co 7:6,13,14)** sabemos que Tito había sido enviado por aquella época a Corinto con instrucciones de unirse con el apóstol en Troas. El encuentro se produjo en otra parte, pero sin duda tuvo por objeto preparar la visita de Pablo a Corinto.

Se levanta violenta oposición al “Camino” en Éfeso (Hch 19:23-40)

1. El alboroto en Éfeso (Hch 19:23-40)

Lucas pone fin a su relato del ministerio de Pablo en Éfeso narrando detenidamente el alboroto provocado por los plateros de la ciudad que veían amenazado su sostén material a causa del éxito del Evangelio en la ciudad y la provincia de Asia. Con anterioridad hemos notado que Pablo sufrió mucho en Éfeso, pero su historiador omite toda mención de estas crisis, pasando a un acontecimiento público en el que Pablo no participó de forma directa. ¿Cuál es el principio de selección que ordena el desarrollo de la historia de Lucas aquí? Probablemente hemos de entender que da por comprendidos los muchos sufrimientos del apóstol, de los cuales ha dado muestras anteriormente, interesándole presentar las reacciones del judaísmo y de las distintas fuerzas del Imperio frente a la proclamación del Reino de Dios. Hemos visto a Pablo afrontar una y otra vez los ataques de los judíos recalcitrantes; le hemos visto frente al paganismo crudo de Listra, en Licaonia; ha testificado ante los sabios del Areópago de Atenas; ha atacado grandes fortalezas satánicas en los puertos griegos de Tesalónica y de Corinto; en Éfeso ha vencido los poderes mágicos en el Nombre del Señor, pero queda el gran poder del culto de Diana de los efesios, el alma de la sociedad de Éfeso. Por una referencia a la sabia reticencia de los siervos de Dios que hallamos en el discurso del escribano **(Hch 19:37)**, sabemos que Pablo no se lanzaba a ataques furibundos contra la divinidad tutelar de la ciudad que quería evangelizar, pero, con todo, la proclamación de Jesucristo como único Salvador y de Dios como el solo Dios verdadero, no pudo por menos que apartar a todo creyente del ámbito cúlrico de Éfeso. El golpe había de ser mortal y es natural que los intereses creados procurasen levantar una ola de fanatismo con el fin de desterrar al embajador de Dios de la ciudad. Se pusieron en movimiento demasiado tarde, pues la labor fundamental de la evangelización de Asia se había realizado ya, y, aun saliendo Pablo, quedaron miles de hermanos activos en la provincia que podían continuar la gran obra que se hallaba ya en pleno desarrollo. Con todo, el objeto de Lucas se realiza plenamente a través del vívido cuadro que nos presenta del surgir de rancios prejuicios, ridículas supersticiones y violentos fanatismos, cuando los resortes que mueven las masas se tocan por las hábiles manos de hombres que se sienten lastimados en sus intereses a causa de la predicación del Evangelio. ¡Cuántas veces se ha reproducido la misma escena en sus rasgos esenciales durante la proclamación mundial de la Palabra!

2. “Diana de los efesios”

Ya hemos notado que la divinidad tutelar de Éfeso se llamaba Artemisa (o Diana según los romanos), sin que se apreciara semejanza alguna entre ella y la Artemisa de las leyendas griegas. “*La imagen caída de Zeus*” que menciona el escribano **(Hch 19:35)**

sería probablemente un meteoro, y como nada se sabía del origen de tales piedras entonces era fácil que se rodeara de supersticiosa reverencia. La imagen ya descrita sería esta misma piedra toscamente labrada para representar la madre de la naturaleza. Se habían constituido complicadas jerarquías de sacerdotes y sacerdotisas en relación con el culto de la diosa, reinando la corrupción moral propia de los cultos de la naturaleza y de la fertilidad. Como es corriente en tales casos, el culto de la divinidad fue localizado, vinculándose con el patriotismo de los efesios: *“¡Es nuestra diosa, Diana de los efesios, y nuestra ciudad es la guardiana de su Templo!”*.

3. Demetrio y los plateros (Hch 19:23-29)

Es probable que Demetrio fuese el presidente del gremio de los plateros que hacían los templecillos de Artemisa, ya que fue él quien convocó a sus compañeros para exponerles el riesgo que corría su negocio a causa de la predicación del Evangelio. Notemos que empieza sin ambages por tocar el móvil que más certeramente había de enfurecer a sus compañeros de oficio: *“de este oficio obtenemos nuestra riqueza”* (Hch 19:25). Luego hace un análisis a su manera de la predicación de Pablo y los resultados de ella: decía el apóstol que no eran dioses los hechos con las manos, y con tal “error” había extraviado a mucha gente no sólo en Éfeso, sino en casi toda Asia (Hch 19:26). Guarda como clímax el tema de la posible ruina de la gran diosa Artemisa, no sin otra referencia al peligro en que se hallaba el oficio de los fabricantes de modelos del santuario (Hch 19:27). Los ingredientes de la embriagante copa fueron sabiamente dosificados, de tal forma que la reunión de los plateros se terminó en un alboroto preliminar, con el consabido grito de *“¡Grande es Diana de los efesios!”*, extendiéndose los disturbios luego a toda la ciudad. El cuadro de cómo demagogos interesados pueden levantar las masas es exacto y pintado en colores veraces y vivos. Probablemente Lucas recibió los detalles de Aristarco o Gayo, compañeros del apóstol, cuyas vidas peligraban aquel día (Hch 19:29). Las masas se precipitaron hacia el teatro con el fin de ventilar la cuestión, ¡aun sin saber cuál era la cuestión que habían de ventilar!

4. La escena en el teatro (Hch 19:30-40)

Según el testimonio de los arqueólogos, el teatro de Éfeso tenía cabida para 25.000 personas, siendo el lugar donde se celebraban las asambleas de carácter público convocadas por los oficiales efesios llamados *“asiarcas”*, *“magistrados”* en (Hch 19:31). La ciudad era *“libre”*, manteniendo sus propias instituciones hasta donde fuese compatible con la autoridad máxima del procónsul romano de la provincia.

Los únicos personajes que de verdad actúan aquí son por una parte, la turba fanatizada y enloquecida, que gritaba sin saber lo que quería, animada solamente por la idea de que peligraba la honra de su diosa como también la de ellos mismos, los efesios, que eran sus guardianes; y por otra el oficial que se llama *“el escribano”*. Éste era el secretario del cuerpo de asiarcas, responsable de mantener los contactos entre dicho cuerpo del gobierno indígena y el procónsul, siendo, por lo tanto, la máxima autoridad en la ausencia de éste. Por fin controla la situación mediante un discurso hábil y despacha la multitud.

Los otros factores son confusos, como lo es también la actuación y el significado de las demás personas que se mencionan.

Pablo quería entrar en el teatro, sin duda con el fin de presentar el Evangelio mediante una autodefensa. Habría sido muy interesante saber de qué manera hubiera hablado frente a la multitud fiera, pero los discípulos (se entiende los hermanos destacados de la iglesia local) no le permitieron arriesgar así su vida y su actuación fue apoyada por varios de los asiarcas que eran amigos de Pablo (Hch 19:30-31). Era evidente el peligro de un

linchamiento por la turba desbordada si vieran delante de sí a la persona que les había sido descrita como el enemigo principal de su diosa.

Gayo y Aristarco, compañeros de Pablo, fueron arrebatados por la multitud, y es de suponer que fueron llevados al teatro, pero nada más sabemos de su caso. Es evidente que el Señor guardó sus vidas de las pasiones de la masa.

Alejandro el judío. Algunas personas de la multitud creyeron que un cierto Alejandro tendría alguna cosa que alegar, empujándole los judíos hacia delante, quizá con la idea de justificarse a sí mismos y para aprovechar la ocasión en perjuicio del Evangelio. De todas formas, el misterio de la presentación de este personaje queda sin aclarar, pues el solo hecho de que Alejandro fuese judío, miembro de una raza tradicionalmente opuesta a la idolatría, bastaba para que los efesios le hiciesen callar por sus continuos y desaforados gritos de “¡Grande es Diana de los efesios!”. No teniendo otra cosa que decir, siguieron clamando lo mismo durante dos horas, hasta que el escribano, suponiendo que empezaba a operar el cansancio natural que resultaba de tanto gritar y de la frustración de no conseguir nada, subió a la tarima con el fin de dirigirles la palabra. Ya hemos notado que era efesio, la máxima autoridad del pueblo, de modo que su presencia y gestos bastaron para acallar el griterío.

5. El discurso del escribano (Hch 19:35-40)

El oficial anónimo era gran psicólogo, evidentemente acostumbrado a manejar multitudes por halagar sus prejuicios para luego insinuar peligros y por fin, sencillamente, mandarlas a casa. He aquí la esencia de su intervención, que analizamos con algo más de detalle con el fin de notar algunos rasgos de interés general.

a) Era notorio —decía el magistrado— que Éfeso era la ciudad guardiana de la diosa, de modo que un hecho tan evidente debería mantenerse con dignidad y tranquilidad y no con escandalosas asambleas ilegales.

b) Los hombres contra quienes gritaban, los siervos de Dios en general y Pablo en especial, no habían cometido sacrilegio con respecto a la Artemisa efesia, ni la habían insultado. El punto es interesante, pues pone de manifiesto la prudencia apostólica frente a los arraigados sentimientos de las personas que querían evangelizar, en marcado contraste con épocas posteriores cuando los cristianos se deleitaban en insultar a las falsas divinidades, precipitando por ello un martirio prematuro en muchos casos.

c) Demetrio y su gremio tenían abiertas las vías legales para la presentación de cualquier querrela ante las audiencias, o aun delante de los procónsules, de modo que podían defender sus personas y legítimos intereses sin alborotar la ciudad. De paso la mención de “*procónsules*” (en el plural) es interesante, y quizá refleja un momento crítico en la historia de la provincia, ya que el procónsul Silano había sido envenenado por instigación de Agripina, madre de Nerón, funcionando dos oficiales como “*procónsules*” hasta el nombramiento del sucesor de Silano. Por eso el magistrado emplea la vaga frase, “*procónsules hay*”.

d) Si el asunto fuese de importancia general, sería posible ventilarlo en “*asamblea legal*”, o sea, la asamblea de todos los ciudadanos libres de Éfeso que funcionaba dentro de la constitución de la ciudad libre (**Hch 19:39**).

e) Por fin el magistrado recalcó el peligro de que la tumultuosa reunión fuese representada delante de los romanos como un acto sedicioso, ya que era completamente irregular y sin justificación legal.

“Y habiendo dicho esto, despidió la asamblea” (“*he ekklesia*” en el griego). He aquí el pacífico fin de tanta tempestad humana, gracias a la habilidad de un oficial que supo

intervenir prudentemente en el momento oportuno. Sin embargo, no hemos de creer que la tormenta había sido ficticia, pues Pablo, sus colegas y los hermanos habían corrido grave peligro. Podría no haber sido entonces cuando Pablo “*si como hombre batallé en Éfeso contra fieras...*” (1 Co 15:32), pero es seguro que las “*fieras*” andaban sueltas aquel día, surgiendo de los bajos fondos de antiquísimas y diabólicas tradiciones, dispuestos a devorar a cualquiera que insinuara un solo movimiento en contra de su diosa protectora. Quedamos agradecidos al arte de Lucas que supo intercalar este incidente, que no repercutió inmediatamente en la Obra, ni para bien ni para mal, pero que revela a lo vivo un aspecto fundamental del mundo grecorromano en los años en que el Evangelio se iba extendiendo hacia el Occidente.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre la ciudad de Éfeso y su importancia como base en el avance del Evangelio alrededor del mar Egeo.
2. Escribanse breves notas sobre: a) Apolos; b) los doce discípulos que Pablo halló en Éfeso; c) los siete hijos de Esceva; d) la hoguera de los rollos mágicos; e) el alboroto provocado por Demetrio.

Pablo en Grecia, Troas y con los ancianos de Éfeso (Hechos 20:1-38)

Consideraciones generales

El ministerio de Pablo en Éfeso ha llegado a su fin y lo que resta de la tercera expedición se ha de dedicar a una labor de confirmación, sin excluir la posibilidad de una salida para Ilírico que Lucas no menciona. Detrás de las breves referencias del historiador a las visitas de confirmación a las iglesias, hemos de suponer muchos momentos críticos que llegamos a comprender en parte por la lectura de porciones como 2 Corintos capítulos 1, 2 y 7. Recae sobre el apóstol la solicitud por todas las iglesias y su gran corazón hubiese querido enseñarlo todo a los niños en la fe, apoyar a todos por medio de la intercesión y acudir a todos los sitios donde padecían las ovejas a causa de sus propias debilidades, por la intrusión de lobos o por las malas mañas de falsos pastores. El ministerio de Pablo que Lucas historia en nuestra sección puede dividirse en cuatro etapas: a) El recorrido por las iglesias de Macedonia y Acaya (**Hch 20:1-6**); b) los incidentes en Troas (**Hch 20:7-12**); c) las jornadas desde Troas a Mileto (**Hch 20:13-16**); d) el discurso frente a los ancianos de Éfeso reunidos en Mileto, con la despedida posterior (**Hch 20:17-38**).

El discurso en Mileto añade uno más a la hermosa serie de mensajes apostólicos que Lucas conserva en Los Hechos, distinguiéndose de los demás por dirigirse en privado a los pastores de una iglesia local. Ante ellos Pablo puede descubrir su corazón como siervo de Dios, como ministro de la Palabra y como pastor de almas, de modo que hallamos en el resumen que Lucas ha pasado a nosotros no sólo una revelación del servicio interior del gran apóstol, sino también un ejemplo insuperable de lo que debe ser el pastoreo de las almas, expuesto a la consideración de todo hermano que se cree llamado a dedicarse al ministerio de la Palabra; por lo tanto suplementa de modo admirable todas las demás actividades públicas de los apóstoles del Señor.

Después de esta sección cambia el tipo de ministerio que Pablo ha de realizar. Se apresura hacia Jerusalén, ligado por imperativos espirituales que no todos los expositores han comentado con simpatía; allí perderá la libertad de su persona, pero desempeñará con dignidad y poder su misión de “embajador en cadenas” ante algunos de los grandes de la tierra. Todo estaba incluido en el plan de Dios para su siervo, habiéndose detallado en los términos de la comisión que le fue comunicada días después de su encuentro con el Señor en el camino a Damasco. Miles de sus hijos en la fe, muchos entrenados por él mismo, seguirían llenando con el Evangelio toda la región que abarca desde Jerusalén hasta Ilírico, mientras que el adalid pasaría tiempos de angustia y horas de reposo, sirviendo a Dios como embajador, ministrando delante del Trono como intercesor y redactando varias Epístolas que han llegado a ser parte esencial de la Palabra de Dios escrita.

El recorrido por Macedonia - Acaya - Macedonia, hasta Troas (Hch 20:1-6)

I. La salida para Macedonia (Hch 20:1)

Pablo empieza a dar cumplimiento al plan que iba madurando según las indicaciones de (**Hch 19:21-22**), saliendo hacia Macedonia tras una última exhortación a los hermanos de

Éfeso. Por las notas que hallamos en **(2 Co 2:12-13)** sabemos que su ruta le llevaba primeramente a Troas, donde esperaba hallar a Tito de regreso ya de una visita a la inquieta iglesia de Corinto. El apóstol halló una puerta abierta en Troas, pero, no encontrándose con Tito según lo que había previsto, le faltó la necesaria tranquilidad de espíritu para entrar por ella entonces, pasando en seguida a Macedonia con el fin de acelerar el encuentro con su colega. En todo ello vemos su honda preocupación por el bien espiritual de la iglesia en Corinto. Halló a Tito en algún punto de Macedonia y aparentemente las noticias que traía eran buenas, por lo menos en su parte principal, de modo que no hubo impedimento para la visita apostólica a la ciudad donde tanto había trabajado **(2 Co 2:14-16)** **(2 Co 7:5-16)**. De paso podemos notar que muchos eruditos creen que la segunda carta a los Corintios, tal como aparece en nuestras versiones, ha sufrido algún trastrueco de material, ya que el pasaje señalado **(2 Co 7:5-16)**, que escribía a raíz del encuentro con Tito, respira optimismo y confianza, dando lugar a una visita a Acaya (en especial a Corinto) que parece ser feliz. En cambio, los capítulos 10 a 13 de la segunda Epístola vuelven a manifestar la profunda aflicción de Pablo frente a la intrusión de falsos apóstoles en la iglesia de Corinto. Es posible que se trate de una carta, o porciones de una carta, que anteceda cronológicamente los primeros capítulos de la segunda Epístola. Poco depende de ello en cuanto a la exégesis, pero cualquier lector estudioso de la segunda Epístola se sorprenderá por los cambios bruscos que quizá se explican por las consideraciones anteriores. La cuestión nos interesa aquí por el hecho de que hemos de deducir la “historia interna” de los últimos meses en Éfeso y del viaje por Troas y Macedonia por recoger las alusiones pasajeras pertenecientes al caso de 2 Corintios.

2. Un recorrido por Macedonia (Hch 20:2)

En el breve compás de este versículo se encierra una labor intensa y quizá extensa. Es evidente que Pablo pudo cumplir su propósito de visitar las iglesias de Macedonia, tan amadas por su buen testimonio y su espíritu generoso. Se trata principalmente de Filipos, Tesalónica y Berea, pero podemos suponer que muchas otras iglesias se habían fundado en el intervalo por el testimonio, las visitas y la predicación de los “misioneros anónimos” de los varios centros, pues la Palabra de Dios se había divulgado ampliamente desde Tesalónica a los pocos meses de su formación **(1 Ts 1:7-8)**, y se trata ahora del año 57, unos siete años después de sus principios.

La frase “*después de recorrer aquellas regiones*” ofrece la posibilidad de viajes pioneros hasta la costa del Adriático, más allá de Macedonia por la provincia de Ilírico, pues parece un tanto extraño que Pablo, al escribir a la iglesia en Roma desde Corinto inmediatamente después de este recorrido, mencionara Ilírico como el límite de su labor de adalid en el Oriente si nunca hubiese estado allí personalmente **(Ro 15:19)**.

3. Pablo en Acaya (Hch 20:2-3)

El término “Grecia” al final del versículo 2 significa la parte sur del país, o sea, la provincia de Acaya, y el centro principal de la obra realizada durante los tres meses de referencia sería Corinto. Hubiésemos deseado que Lucas nos diera una descripción detallada de la recepción del apóstol en la gran iglesia después del intercambio de cartas y visitas que revelan problemas de alguna importancia; pero el historiador no hace más que mencionar la duración de la visita (tres meses) y pasa luego a notar el complot de los judíos que indujo a Pablo a cambiar su ruta de regreso a Jerusalén, pasando de nuevo por Macedonia y Troas.

Sin embargo recibimos luz sobre la visita de una fuente inesperada, ya que la Epístola a los Romanos fue redactada en Corinto durante los tres meses de estancia en Acaya, siendo legítimo sacar de ella algunas deducciones en cuanto a las condiciones que Pablo

encontrara. La redacción de la Epístola a los Romanos es la más ordenada de cuantos escritos envió Pablo a las diferentes iglesias, y toda ella nos hace suponer que la dictara con una tranquilidad de espíritu que habría sido imposible en medio de la triste confusión de luchas partidistas y actitudes rebeldes; este detalle nos hace pensar que duraba aún el buen estado notado por Tito en **(2 Co 7:5-16)**. Su huésped era Gayo, de Corinto, quien no ha de confundirse con el Gayo de Derbe **(Hch 20:4)**, y ya hemos notado la posibilidad de que se trate de (Gayo) Ticio Justo, mencionado en **(Hch 18:7)**. Febe, diaconisa de Cencreas, había de ser la portadora de la carta, mientras que el hermano Tercio actuó de amanuense. Varios hermanos se unen con Pablo en sus saludos a los hermanos de Roma, incluso Erasto, tesorero de la ciudad, lo que indica que el Evangelio había penetrado hasta las más elevadas esferas oficiales de Corinto **(Ro 16:1-2,21-23)**.

Pablo pide la intercesión de los hermanos en Roma en relación con sus planes inmediatos, siendo **(Ro 15:18-32)** un pasaje que echa mucha luz sobre los últimos capítulos de Los Hechos.

Una de las razones que motivó la visita de Pablo a Corinto entonces fue la de dar cima a la colectación de las ofrendas de las iglesias gentiles para la iglesia de Jerusalén, extrañándonos que Lucas refiera tan poco sobre un propósito que Pablo llevaba constantemente sobre su corazón por esta época de su servicio **(1 Co 16:1-4) (2 Co 8-9) (Ro 15:25-28)**.

4. Un complot y un cambio de plan **(Hch 20:3-5)**

Quizá Pablo quiso llegar a Jerusalén para la Pascua, aprovechando algún barco de peregrinos que saliera del puerto de Cencreas. Si tal fuese el caso, los judíos habrían podido tramar un complot para darle muerte al subir a bordo, o en algún momento después de que el barco se hiciese a la mar. Sea ello como fuere, se enteró de la confabulación y decidió salir (quizá de noche) por la conocida ruta que le llevaba en dirección norte hacia Macedonia. Por la prolongación del tiempo que había de invertir en el viaje, no podría llegar a Jerusalén hasta la fiesta de Pentecostés, lo que determinó que celebrase la Pascua en Filipos. Es notable que Lucas, siendo griego, hiciera mención especial de esta Pascua en Filipos, llamándola *“los días de los panes sin levadura”* **(Hch 20:6)**, que es frase netamente hebrea; deducimos que Pablo no dejaba en olvido las costumbres de su pueblo en tal época, pues Filipos era una ciudad puramente gentil, de modo que la referencia tiene que ser a la celebración que ordenara el apóstol.

Sin duda las providencias de Dios cambiaron en bendición la malicia homicida de los judíos, puesto que el cambio de ruta dio otra ocasión a Pablo para reforzar su obra en Macedonia; hemos de notar también la importancia del discurso en Mileto que se debe a este rodeo por Macedonia y las costas de Asia antes de emprenderse el viaje a Siria y Jerusalén.

La lista de los colaboradores de Pablo, con mención de su procedencia, que Lucas presenta en **(Hch 20:4)** es algo especial, relacionándose quizá con el envío de los donativos para la iglesia en Jerusalén, siendo los hermanos nombrados los delegados que las iglesias habían señalado para tal fin **(1 Co 16:3-4) (2 Co 8:16-24)**. De paso podemos notar que los delegados son oriundos de Macedonia, de Licaonia-galática y de Asia, sin mención de ninguno de Acaya (Corinto); pero es posible que los delegados corintios hubiesen podido seguir una ruta más corta, uniéndose con Pablo en Mileto o en otro lugar conveniente. No es probable que Corinto, ya sosegada, dejara de hacer su contribución en una ofrenda a la que Pablo concedía tanta importancia.

Vuelve a aparecer la primera persona plural del pronombre en **(Hch 20:5)**, lo que indica que Lucas se unió con la compañía apostólica en Filipos, siguiendo luego a Jerusalén.

Quedó con Pablo para la celebración de la Pascua en Filipos, disfrutando de la simpática comunión de los amados hermanos allí, mientras que los otros delegados se adelantaron, seguramente con el propósito de preparar la visita de Pablo a Troas. Recordemos la probabilidad de que Lucas mismo fuese *“el hermano cuya alabanza en el Evangelio se ha divulgado por todas las iglesias”*, designado además por ciertas iglesias (las de Macedonia es de suponer) como compañero de viaje de Pablo al subir a Jerusalén (**2 Co 8:18-19**). Desde este punto Lucas no se separa del apóstol —a no ser por breves períodos— hasta su llegada a Roma, hallándose además con su amigo en la última etapa de su servicio, antes de su martirio (**2 Ti 4:11**).

Servicio y un milagro en Troas (Hch 20:6-12)

1. El viaje a Troas (Hch 20:6)

Sea a causa de vientos contrarios, sea por visitas a hermanos en Neápolis, el viaje de Filipos a Troas se prolongó durante cinco días (compárese con el rápido viaje en sentido contrario mencionado en **(Hch 16:11)**). En Troas Pablo se reuniría con los hermanos que le habían adelantado, además de hacer una visita de siete días a la iglesia allí. No sabemos cómo se había fundado esta iglesia, pero el silencio mismo es testimonio elocuente a la inmensa labor callada de aquellos tiempos que daba comienzo a centenares de iglesias en las regiones afectadas por la labor de Pablo como adalid.

2. El Partimiento del Pan el primer día de la semana (Hch 20:7)

“El primer día de la semana, reunidos los discípulos para partir el pan”, escribe Lucas con la naturalidad de quien hace mención de una costumbre bien establecida, aun siendo ésta la primera clara indicación de que las iglesias solían reunirse en tal día, concediendo importancia especial al cumplimiento del mandato del Maestro: *“Haced esto en memoria de mí”*. El mero acto de comer para alimentarse no sería motivo para convocar una reunión; el término que emplea Lucas concuerda bien con la frase esencial que describe el acto de recordación en **(1 Co 11:23-24)** y paralelas, como también aquella que hallamos en **(Hch 2:42)**. Anteriormente, Pablo había exhortado a los corintios a que apartasen sus ofrendas *“el primer día de la semana”* (**1 Co 16:2**), lo que en sí lo señala como día especial en la vida de las iglesias; la costumbre de reunirse las iglesias en tal día —confirmada por escritos del segundo siglo— no es más que la continuación natural de las reuniones de los discípulos en el día de la Resurrección y una semana después, en las que el Señor resucitado se dignó manifestarse a los suyos (**Jn 20:19,26**).

Como gentil que era, Lucas calcularía los días desde el alba hasta ponerse el sol y no desde la puesta del sol hasta el día siguiente, a la manera de los judíos. Esta reunión, pues, que se convocó para el Partimiento del Pan, corresponde a la tarde del domingo, quizá con el fin de facilitar la asistencia de los hermanos esclavos o de otros que se hallarían sujetos durante las horas normales del trabajo, pues no había fiesta semanal para los trabajadores en aquellos tiempos.

No sabemos si los hermanos hubiesen celebrado la Santa Cena antes de las disertaciones de Pablo, o si hemos de entender que el acto se demoró para dar lugar a sus mensajes, no celebrándose por fin hasta después del milagro de resurrección obrado en Eutico (**Hch 20:11**); de todas formas, queda bien definida la costumbre de las iglesias de reunirse para celebrar el Partimiento del Pan cada primer día de la semana.

Por las reprensiones y exhortaciones de **(1 Co 11:18-34)** sabemos que la iglesia de Corinto había tenido la costumbre de comer el *“ágape”* primero, pasando luego al Partimiento del Pan, en circunstancias poco dignas de la solemnidad del acto. El apóstol

reiteró la importancia primordial de la Cena del Señor, que había de celebrarse con toda solemnidad, recomendando que comieran el alimento normal en sus casas. Aquí, por lo que podemos deducir de las breves frases de Lucas, Pablo y los demás *“partieron el pan”* como ordenanza del Señor primero, pasando a *“tomar alimento después”*, lo que concuerda perfectamente con el énfasis del pasaje de 1 Corintios capítulo 11.

3. Un accidente fatal que se vuelve en bien (Hch 20:7-12)

“Pablo, les enseñaba, habiendo de salir al día siguiente; y alargó el discurso hasta la medianoche” (Hch 20:7). Hemos de evitar comentarios superficiales y “graciosos” sobre “sermones largos” que inducen al sueño con resultados fatales, que no faltan ni siquiera en comentarios que pretenden ser serios. Recuerde el lector que se trata de los tiempos apostólicos, y que el apóstol Pablo cumplía la comisión que había recibido del Señor resucitado. Había de partir el día siguiente, pensando que quizá no volvería nunca más a visitar la iglesia en Troas. Urgía, pues, entregarles la Palabra que él había recibido del Señor. Lejos de arrepentirse de haber hablado hasta que Eutico durmiese y cayese de la ventana, volvió a *“hablar largamente”* después del accidente, del milagro, del Partimiento del Pan y de la comida. Para Pablo el vivir era Cristo, pudiendo decir con toda sinceridad: *“Una cosa hago; olvidándome ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil 3:13-14)*. Lucas simpatiza con el pobre muchacho, repitiendo dos veces que estaba sobrecargado de sueño, pero tanto él como todos los hermanos de la reunión nocturna considerarían un grandísimo privilegio perder una noche de sueño con tal de poder aprovechar las profundas e inspiradas enseñanzas y exhortaciones del apóstol Pablo. Es una verdadera necedad interpretar los incidentes de aquellos tiempos heroicos a la luz de la fluctuante y débil llama de nuestro cristianismo cómodo y raquíptico del siglo XXI. ¡Más vale que intentemos rectificar nuestro pobre testimonio, amoldándolo al patrón apostólico!

La reunión se celebró en el amplio tercer piso de la casa de algún hermano pudiente y tuvo que iluminarse por muchas antorchas o *“lámparas”*. El hecho de sentarse el joven Eutico en el antepecho de la ventana, que carecería de cristales, indica que la pieza se hallaba abarrotada de gente, y podemos suponer que la atmósfera se viciaba a causa del aliento de tantas personas y el humo de las antorchas. Es probable que Eutico había tenido que trabajar todo el día, de modo que, por grande que fuese su interés en el mensaje de Pablo, no pudo resistir el sueño que le embargaba, cayendo por fin desde el tercer piso hasta el suelo del exterior con resultados fatales.

No se trata de que Eutico quedase aturdido y sin conocimiento por el efecto del golpe, sino, según la frase del médico Lucas, *“fue levantado muerto” (Hch 20:9)*. Pablo bajó enseguida y se precipitó sobre el cadáver, percibiendo por su esclarecido espíritu profético que Dios había de conceder la renovación de la vida. Después del milagro pudo decir, para consuelo de los hermanos, y quizá de los familiares del joven: *“No os alarméis, pues está vivo”*.

Lucas nota el profundo alivio —tan natural y humano— de la familia cristiana al recibir al joven con vida (Hch 20:12), pero lo que pone de relieve es el ministerio del apóstol, que no dejaba de entregar a otros lo que había recibido del Señor, ¡ni siquiera después de una muerte y una resurrección (Hch 20:11)!

De Troas a Mileto (Hch 20:13-16)

La costa de la provincia de Asia (ahora la región occidental de Turquía) es sumamente irregular, abundando en ella las penínsulas, cabos, golfos y rías, bordeándola además un

gran número de islas pequeñas y grandes, muchas de ellas muy célebres en la historia del pueblo griego. La costa había sido la cuna de la cultura jónica, elemento esencial de la civilización helénica.

Una mirada al mapa, hará ver que Pablo pudo ir a pie desde Troas hasta Asón con buenas esperanzas de llegar a tiempo para subir a bordo cuando llegara el velero. Se trataba de un atajo y, quizá los vientos contrarios impedirían el progreso del barco. Podría haber mediado alguna razón especial que indujera al apóstol a dar un paseo de unos veinte kilómetros después de una noche de predicaciones y servicio, pero lo más probable es que necesitaba unas horas de tranquilidad, alejado aun de sus amados compañeros, con el fin de meditar y aliviar la tensión nerviosa, ayudado por los espléndidos panoramas de una costa famosa por su belleza natural. Su deseo —y aun su determinación— de estar a solas en medio de la naturaleza es una pincelada más que ayuda a completar el retrato de Pablo, destacando tanto la humanidad como la delicada sensibilidad del adalid, que a veces parecía vivir sobre un plano espiritual tan elevado que se distanciaba de lo normal de los hombres: aun de los *“hombres en Cristo”*.

I. Mitilene, Quío, Samos y Mileto (Hch 20:15-16)

A Lucas le fascinaban los nombres de los lugares asociados con el drama histórico de los pueblos antiguos, no pudiendo por menos que notar algunos que jalonaban el lento paso del barco por las azules aguas del mar Egeo. Ahora acompaña a Pablo, de modo que toma nota de las jornadas, dejándonos detalles de esta ruta en una narración que se contrasta marcadamente con el seco resumen de algunas de las etapas de los viajes del apóstol cuando estaba lejos de su amigo.

Mitilene era la ciudad más importante de la célebre isla de Lesbos. Quío y Samos eran islas pequeñas, pero famosas en los anales de la historia helénica. Desde Samos no tuvieron que hacer más que rodear la península de Trogilio (descansando allí según algunos textos) para llegar al puerto de Mileto, en el golfo de Latonia, donde desembocaba el río Meander. Habían dejado a Éfeso atrás hacia el nordeste, no haciendo escala allí su barco, lo que convenía al plan de Pablo de no demorar con el fin de llegar a Jerusalén para la fiesta de Pentecostés (**Hch 20:16**).

Mileto era cuna antiquísima de la filosofía griega, pero sufrió graves daños durante las guerras con Persia. Recobró mucho de su importancia comercial en los tiempos del Imperio romano. Éfeso se hallaba a 48 Km. al nordeste y hemos de suponer que Pablo había enviado mensajeros a los ancianos de Éfeso con antelación para que bajasen a Mileto a tiempo de recibirle; se supone además que el barco hizo escala algo prolongada en Mileto, lo que daría ocasión para las consultas entre el apóstol y los ancianos.

Pablo y los ancianos de la iglesia de Éfeso (Hch 20:17-38)

I. Los ancianos y sus funciones

Pablo no quería detenerse en la ciudad de Éfeso, donde los “compromisos” habrían determinado una demora considerable. Al mismo tiempo no quería pasar de largo sin ofrecer alguna ayuda a la iglesia fundada en medio de tantos peligros y tan grandes manifestaciones del poder divino. Por eso rogó a los guías de la iglesia que se encontrase con él en Mileto. El mensaje que les dirige puede considerarse, desde cierto punto de vista, como el clímax del prolongado ministerio de Éfeso y la provincia de Asia, revistiéndose de gran interés e importancia por ser el único que se conserva que Pablo dirigiera a los guías de los rebaños, aunque exhortaciones parecidas se hallan esparcidas por doquier en las Epístolas.

Pocos escriturarios modernos, sea cual fuera su afiliación eclesiástica, niegan el hecho de que las iglesias de la era apostólica —por lo menos aquellas que Pablo fundara— se regían, bajo la soberanía del Señor de la Iglesia y del Espíritu Santo, por un cuerpo de “Ancianos” (“*presbuteroi*”) que también se denominaban “obispos” o “sobreveedores” (“*episcopoi*”). Eran también los “pastores” llamados a cuidar del rebaño (**Hch 20:28**) (**Ef 4:11**) (**1 P 5:1-4**). Las personas eran las mismas, pero las designaciones variaban según las diferentes facetas de su testimonio y obra. El gobierno de la congregación por los “*presbuteroi*” halla sus raíces en la sinagoga, puesto que parecía natural a los hebreos que los hombres de edad y de experiencia cuidasen de la parte espiritual de la sinagoga. El término “*episcopoi*” es de origen griego, y pone de relieve, no tanto la madurez espiritual de los guías, sino su obligación de vigilar por el bien del rebaño, previniendo contra peligros desde afuera y desde dentro. La designación de “*pastores*” es más dulce, recalcando la labor de guiar y cuidar las ovejas, proveyéndolas del alimento conveniente. Una comparación de los versículos 17 y 28 de este capítulo demuestra que no había un solo “obispo” en Éfeso, sino varios ancianos-sobreveedores-pastores, que habían sido nombrados por Pablo y reconocidos por la iglesia, ya que se sabía exactamente quiénes habían de acudir a Mileto para la entrevista con Pablo. Detrás de Pablo operaba el Espíritu Santo hasta tal punto que el apóstol pudo decir a estos hermanos: “*Mirad por vosotros y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la Iglesia del Señor*”: palabras que recalcan la solemne responsabilidad de los guías, quienes no habían de disfrutar de un cargo, sino cumplir la ardua labor de pastoreo.

2. Las líneas generales del discurso (Hch 20:18-25)

Pablo no pensaba entonces que había de volver a ver a sus hijos en la fe del Oriente, aunque es probable que Dios dispusiera las circunstancias de otra manera más tarde (**2 Ti 4:20**). De todas formas muchos años habían de pasar antes de que el “padre” pudiese aconsejar directamente a sus hijos en la fe y a sus colaboradores en la Obra del Señor en Asia. Les exhorta, pues, y les amonesta con toda solemnidad, recalcando su propio ejemplo como siervo de Dios entre ellos durante los dos o tres años de su ministerio en Éfeso. Tal como él había sido entonces, ellos deberían ser durante los años de su ausencia, coincidiendo la labor que él había realizado con la que ellos habían de cumplir si de veras querían ser fieles pastores de la grey. En los versículos 18 al 21 les pone delante el ejemplo de su ministerio, tan completo y variado. En el pasaje (**Hch 20:22-27**) domina el pensamiento de la consumación de su propia carrera, mayormente en vista de los peligros que le acechan durante la etapa que tenía delante. Los versículos siguientes, (**Hch 20:28-31**), contienen un solemne aviso sobre los peligros futuros que habían de surgir en Éfeso vislumbrados por su ojo de vidente. El tema cambia a la necesidad de la generosidad cristiana en todos los aspectos en (**Hch 20:32-35**), y de nuevo puede poner delante de ellos su propio ejemplo.

Al examinar estas secciones en mayor detalle nos adentraremos en las intimidades de la vida espiritual de las iglesias en la época apostólica, y haremos bien en fijar nuestra atención en el ejemplo a seguir.

3. El ministerio de Pablo en Éfeso (Hch 20:18-21)

Huelga decir que Pablo no insiste en el carácter ejemplar de su propio ministerio con el fin de ensalzarse a sí mismo a los ojos de los ancianos, pues en todo era “*esclavo de Jesucristo*”, bajo la obligación del servicio. Habla de sí mismo por la sencilla razón que un ejemplo vivido vale más que muchas exhortaciones que se profieren en el vacío. Quedamos asombrados ante la plenitud del ministerio y maravillados al contemplar la entera consagración del siervo a su Señor y a su obra. El lector debe leer y releer las

palabras mismas del apóstol, pues la misma riqueza de tan elevado ejemplo impide un análisis completo de la sección.

Humildad y lágrimas (**Hch 20:19**). No se consideraba como el fundador de una filosofía, despotricando en las aulas de Tirano para el asombro de las multitudes, sino como el ministro del Señor que siempre sería *“siervo inútil”* por el hecho de que la deuda de amor a su Señor fue inconmensurable. Las lágrimas no son lamentaciones producidas por el dolor de las aflicciones, ni muchísimo menos lágrimas de despecho porque los hombres no le concedían lo que imaginaba merecer, sino una honda asociación con Cristo en la titánica lucha (*“agonía”*) contra el mal, el mundo, la carne y el diablo, unida con la profunda simpatía de quien sabía *“llorar con los que lloraban”*.

La presión de las pruebas, (**Hch 20:19**). *“Y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos”*. He aquí el revés del brillante paño que presentaban los triunfos del Evangelio en el capítulo 19. Los judíos no podían influenciar a los magistrados en Éfeso en contra de Pablo, pero urdían sin cesar complots que ponían en constante peligro su vida, utilizando cualquier medio con el fin de quitarle de en medio. Pablo era hombre al fin, y la tensión nerviosa debió ser tremenda.

La fidelidad del ministerio (**Hch 20:20**). *“Nada que fuese útil he rehuido de anunciaros”, “no he rehuido de anunciaros todo el consejo de Dios” (Hch 20:20,27)*. A Pablo le importaba poco que sus mensajes gustaran o no a los hombres. Había recibido su comisión del Señor de la gloria, comprendiendo que el valor de la Palabra no consistía en su popularidad frente a tal o cual auditorio, sino en su origen divino. Producía su efecto en los hombres lo mismo si la recibían como si la rechazaban, pues era la Palabra que les juzgaba a ellos, no admitiendo Pablo que ellos fuesen aptos para juzgar a la Palabra. *“Todo lo útil”, “todo el consejo de Dios”,* y si queremos saber más de la sustancia de este ministerio completo y fiel, no tenemos que hacer otra cosa sino empaparnos de sus Epístolas, que encarnan y expresan la multiforme sabiduría que había recibido por revelación divina.

La variedad de los métodos (**Hch 20:20-21**). Pablo predicaba, exhortaba y enseñaba *“en público y por las casas”*. La parte pública se llevaba a cabo mayormente en la sinagoga al principio y en el aula de Tirano después, pero quedaba la necesidad de ponerse en contacto con las familias y los grupos, donde el siervo de Dios podía aplicar su mensaje a los individuos. Las casas de creyentes y amigos servían admirablemente para este ministerio familiar y detallado. Uno llega a cavilar a veces sobre la utilidad de “capillas” e “iglesias” de piedras y ladrillos, pensando que además de la ayuda que indudablemente prestan a la Obra del Señor, se ha de tomar en cuenta los perjuicios que surgen de ellas, ya que tantos cristianos se hunden en la pasividad de una vida negativa, creyendo que es el deber de los profesionales proveerles de ciertas dosis de la Palabra, según su gusto, desde el púlpito, sin pensar ni por un momento en que su propio hogar debería ser centro también de testimonio y de obra cristiana: un lugar donde el Espíritu Santo pudiera llevar a cabo sus poderosas operaciones en las vidas de hombres y mujeres. Admitamos la conveniencia de “lo público” como predicación frente al mundo, pero no perdamos de vista ni por un momento que el ministerio de la Palabra debe complementarse por una extensa labor privada que se vaya infiltrando en todas las células de la vida familiar y social de las naciones. Pablo no sólo variaba sus métodos, sino también cambiaba de auditorios, ya que testificaba solemnemente tanto a judíos como a griegos. El Evangelio es el único remedio para los males de toda alma humana, de modo que el predicador ha de saltar por encima de todas las barreras con tal de llevar el mensaje salvador a todos.

El tema clave del ministerio (**Hch 20:21,24-25**). Ya hemos notado la riqueza del ministerio de Pablo, que presentaba *“todo el consejo de Dios”,* pero eso no excluye facetas

relevantes del mensaje que pueden considerarse como claves que sirven para la buena comprensión de todo lo demás:

a) *“Testificando... acerca del arrepentimiento para con Dios y de la fe en nuestro señor Jesucristo” (Hch 20:21)*. Sería inútil exponer profundas doctrinas ante una persona que no se había arrepentido de sus pecados, buscando a Dios y volviendo las espaldas a la vida antigua. Dios ha provisto además una salvación completa por medio del Señor Jesucristo, quien solo llevó a cabo la Obra de Redención en la Cruz. El alma contrita, pues, ha de colocar su entera confianza en la Persona del Salvador, enlazándose por medio de una fe vital con aquel que murió y volvió a vivir. He aquí la fe salvadora en el Señor nuestro, Jesucristo.

b) Pablo define su mensaje como *“el Evangelio de la gracia de Dios” (Hch 20:24)*, puesto que su intervención redentora en la Persona de Cristo halla su impulso en su gracia, en aquel favor, nacido de su amor, que busca el bien de todos los seres que ha creado, proveyendo los medios para su salvación y glorificación. Se apunta aquí el contraste fundamental con las religiones sacramentales y de obras, fundadas sobre la idea de que el hombre puede acercarse a Dios por los medios que él mismo llega a idear, presentando a Dios algo que le agrada y que facilite el camino al Cielo.

c) Su mensaje constituía, además, la proclamación del Reino de Dios (**Hch 20:25**) puesto que invitaba a los súbditos rebeldes de Dios a que depusieran su orgullo, que dejaran de buscar otros “señores” que no eran el Dios único y Creador, aceptando la oferta de perdón y de reconciliación por medio de la cual podrían pasar del reino de las tinieblas al Reino del Amado Hijo. Este es el aspecto más amplio de la predicación del Evangelio.

Los verbos que expresan el ministerio de Pablo en este discurso son los siguientes: *“servir al Señor” (Hch 20:19)*; *“anunciar”* o *“declarar” (Hch 20:20,27)*; *“enseñar” (Hch 20:20)*; *“testificar” (Hch 20:21,24)*; *“amonestar” (Hch 20:31)*; *“encomendar al Señor” (Hch 20:32)*. Y todo ello se asocia una y otra vez con el ejemplo que Pablo daba de cuanto enseñaba. Hay un refrán castellano que reza: “Una cosa es predicar, y otra dar trigo”. Pablo sabía hacer ambas cosas a la vez.

4. La carrera de Pablo (Hch 20:22-27)

Ya hemos tenido ocasión de notar que se trata en estos meses de una fase crítica de la carrera del apóstol, cuando se acababan las grandes expediciones misioneras y se avecinaba el período de los encarcelamientos y del testimonio delante de los grandes de la tierra. Muchos expositores han creído que Pablo subió a Jerusalén movido por una especie de terquedad, determinado a ir él mismo para llevar los fondos a los santos pobres de Jerusalén, rehusando cambiar de proceder ni siquiera frente a mensajes proféticos que prohibían el viaje. A nuestro ver este criterio es equivocado por varias razones de peso:

a) El sufrimiento y el testimonio frente a gobernadores y reyes se habían predicho desde el principio de su llamamiento, siendo elemento esencial de su comisión (**Hch 9:15-16**).

b) El apóstol era tan “profeta” como el que más, habiéndole sido concedido, no sólo el don profético, sino también el llamamiento apostólico. Podía equivocarse como hombre, pero recibía clara luz del Señor sobre toda cuestión de doctrina y práctica, llegando sus escritos a tener categoría de “Palabra inspirada”. No fue posible, pues, que se engañara sobre el significado de la próxima fase de la carrera que había recibido del Señor. Notemos la forma de su declaración aquí, en el momento de dar instrucciones inspiradas a los ancianos de Éfeso: *“Ahora, he aquí, ligado yo en espíritu”,* —igual que en (**Hch 19:21**) creemos que la referencia es al Espíritu Santo o el Espíritu que operaba poderosamente sobre el suyo propio—, *voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de*

acontecer; salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús para dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios” (Hch 20:22-24).

Pablo, pues, estaba perfectamente enterado de que le esperaban encarcelamientos y tribulaciones en Jerusalén, pero por encima de todo ello comprendía los términos de su comisión apostólica. Un hombre llevado por mera terquedad no puede declarar en medio de un solemne testimonio dado en el poder del Espíritu Santo: *“Pero en manera alguna estimo mi vida como preciosa para mí, con tal que acabe mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús”.*

c) Reiteramos lo que hicimos constar sobre la supuesta “equivocación” de Pedro y de sus compañeros al nombrar a Matías como duodécimo apóstol en lugar de Judas: que nosotros tenemos que aprender de los apóstoles, dejando de someter a éstos a nuestras capciosas críticas, a no ser que la Palabra misma señale en ellos algún error humano.

Los planes futuros de Pablo (**Hch 20:25**). Es evidente que Pablo no esperaba ver más a sus hijos en la fe en Éfeso, debido a los planes que maduraba para la evangelización del Occidente después de las visitas a Jerusalén y a Roma. Sin embargo, las referencias a Mileto y a otros sitios del Oriente que hallamos en 2 Timoteo (su última carta) muestran que hubo cambio de plan, impuesto probablemente por la intromisión de falsos enseñadores en las iglesias que había fundado. No hay claras noticias de la evangelización de España que proyectaba, pero sí de Creta (**Tit 1:5**). No es seguro, sin embargo, que Pablo hubiese vuelto a la misma ciudad de Éfeso, adonde envió a Timoteo más adelante (**1 Ti 1:3**). Nuestra interpretación del versículo 25 depende del alcance de su visión profética en el momento de dirigirse a los ancianos, y lo cierto es que, en términos generales, su servicio entre ellos había tocado ya a su fin.

La mención de que no había de verles más motiva la “protesta” o defensa del (**Hch 20:26**), declarando Pablo que se hallaba limpio de la sangre de todos los hombres por haberles anunciado claramente todo el consejo de Dios, sin parcialidades y sin someterse a las limitaciones que atan a quienes buscan el favor de los hombres. ¡Ojalá que nosotros, los siervos de Dios que estudiamos este gran ejemplo, pudiéramos hacer la misma declaración delante del Maestro de nuestro servicio y frente a todos nuestros hermanos!

5. Los guías y el rebaño (Hch 20:28-31)

Los pastores. No hace falta repetir lo que dedujimos arriba sobre las designaciones y el cometido de estos siervos de Dios. Pablo les avisa que no podrán pastorear la grey si no miran primeramente por ellos mismos, manteniendo aquel contacto con el Príncipe de los pastores que sólo les podrá capacitar para atender a las necesidades de las ovejas. ¡En cuántas ocasiones la ruina del rebaño ha empezado precisamente por los fallos de los guías llamados a cuidarlo! El apóstol preveía que después de su partida se habían de levantar hombres que hablarían cosas perversas aun dentro de las filas de los mismos presbíteros, que obrarían con fines partidistas y movidos por las ambiciones del “cargo” (**Hch 20:30**). A pesar de la flaqueza humana, lo que era de Dios había de prosperar en las manos de los fieles que pastoreaban la grey según el ejemplo del Pastor Hermoso de (**Jn 10**).

Según su carácter de “*episcopi*” (“vigilantes”), éstos tendrían que luchar también contra los “lobos” que harían incursiones desde afuera (**Hch 20:29**), y quizás hemos de entender sobre todo los enseñadores de doctrinas falsas, tales como los gnósticos, más bien que a

los perseguidores del Imperio Romano que en tiempos futuros habían de diezmar el rebaño.

Con todo, no hemos de dejarnos llevar por impresiones pesimistas al leer estas solemnes amonestaciones y predicciones. Es verdad que, andando los siglos, la lámpara del testimonio de Éfeso fue quitada de su lugar (**Ap 2:5**), pero no sin haber dado su brillo en medio de las tinieblas del paganismo para la bendición de miles de almas durante muchos siglos; los “*vencedores*” habían de comer del árbol de vida que está en medio del Paraíso de Dios. La historia de Éfeso nos recuerda que hemos de considerar la trayectoria del testimonio de las iglesias locales dentro de la perspectiva de la Eternidad, sin fijarnos demasiado en las fluctuaciones que pudiera sufrir en un determinado punto geográfico.

Al imperativo “*mirad por vosotros*” en (**Hch 20:28**) corresponde el otro “*velad*” de (**Hch 20:31**), por el que Pablo inicia la última fase de sus exhortaciones y encomendaciones.

6. Dios y el rebaño (Hch 20:28)

El cometido de los ancianos se revestía de tanta importancia y solemnidad por cuanto habían sido colocados por el Espíritu Santo como pastores de la iglesia de Dios, que él había adquirido con su propia sangre. Quedamos, pues, con la extraordinaria expresión de “*la sangre de Dios*”, que podría concebirse como una especie de abreviatura de la doctrina de la Trinidad y de la Encarnación, siendo la Víctima del Calvario Dios verdadero manifestado en carne. Hallamos un caso parecido en la frase (impropia en sí) de (**1 Co 2:8**): “*crucificaron al Señor de la gloria*”. Hay otra posibilidad que señala el Prof. F.F. Bruce y otros eruditos: la frase griega (“*dia tou haimatos tou idiou*”) puede traducirse: “*por la sangre del Suyo propio*”, o sea, por la sangre del Único, o del Amado de Dios, según la norma de algunos términos análogos de afecto que se han hallado en los papiros. El hecho fundamental del sublime precio de la redención de cada iglesia local se destaca por igual de todos modos, y recordamos la expresión de Pedro: “*Fuisteis rescatados... no con cosas corruptibles como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros*” (**1 P 1:20**).

Volveremos a subrayar que sólo el Espíritu Santo puede colocar a los guías que han de dirigir rebaños comprados por precio tal. Si alguien ocupa un “cargo” que se llama el de “*pastor*” o de “*anciano*” o de “*obispo*”, sin haber recibido el carisma del Espíritu y sin dedicarse con humildad y celo a la labor de pastoreo según la guía de la Palabra, no pasa de ser un usurpador que comete sacrilegio al manejar carnalmente las cosas sagradas del Templo de Dios, y eso sin hacer distinciones entre un determinado sistema eclesiástico u otro, dentro de la confusión que reina hoy en día en lo que se llama la Iglesia Visible.

7. Encomendación y ejemplo (Hch 20:32-35)

El tema del ejemplo del apóstol durante su ministerio en Éfeso sigue hasta el fin, pero en la última fase de su discurso se asocia con su encomendación de los ancianos “*a Dios y a la Palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados*” (**Hch 20:32**). No se trata de meras frases de amable despedida, basadas en una cortesía banal o en las costumbres de la época, pues Pablo intercedía de todo su corazón por los santos y por sus guías, presentándoles constantemente delante del Trono. Él se marchaba, de modo que no podían contar más con sus sabios y afectuosos consejos. Pero habían de llevar a cabo su cometido en la presencia del Señor a quien servían; el que era poderoso para cumplir su propósito en cuanto a cada uno de ellos, como también en cuanto a su responsabilidad como “*presbiterio*” de la iglesia en Éfeso. En sus manos, pues, les encomendaba el apóstol, pensando al mismo tiempo en el

momento en que tomarían posesión de su herencia entre los santificados ya preparada para todos los fieles siervos de Dios.

El ejemplo en este caso es el del abnegado servicio de Pablo que, lejos de buscar ganancias materiales por medio de sus destacados servicios, había provisto para su sostén y el de sus compañeros por medio de los trabajos de sus propias manos al ejercer su oficio conjuntamente, es de suponer, con Aquila y Priscila. Por todo ello, dice: *“En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados y recordar las palabras del Señor Jesús —inéditas en cuanto a los cuatro Evangelios canónicos— que dijo: más bienaventurado es dar que recibir”*. Hallamos aquí la explicación de su insistencia al trabajar con las manos siempre que fuese posible, pues quería dejar delante de las iglesias tan excelso ejemplo del gozo y de la felicidad de poder dar a otros abundantemente, tanto de lo espiritual como de lo material, a costa de los esfuerzos propios. No por eso hemos de olvidar sus mismas enseñanzas sobre los medios normales para el sostén del obrero y de la necesidad de que cada hermano trabaje con las manos —o la cabeza— para proveer lo necesario y tener de sobra para la Obra de Dios y las necesidades e los demás.

Aparte de las manos del mismo Señor, llenas de gracia, es dudoso si en toda la historia de la Iglesia se hayan levantado otras de siervo de Dios alguno que derramaran tantas bendiciones como las de Pablo (**Hch 20:34**). Era mayordomo de grandes tesoros, gracias a sus destacadas dotes naturales y espirituales y a las revelaciones que había recibido del Señor, pero lo derramaba todo, no guardando nada para sí, llegando a aquel extremo ejemplar de mantenerse a sí mismo y a colegas que podríamos considerar de menos categoría por medio de un trabajo manual duro e ingrato. No todos son llamados a los mismos métodos, pero todo siervo de Dios debe contemplar el ejemplo dado y procurar beber en los mismos celestiales manantiales de la gracia divina.

8. La despedida (Hch 20:36-38)

Agradecemos mucho a Lucas las sencillas y certeras pinceladas de este cuadro final de las horas de comunión con los ancianos de Éfeso, ya que ilustran hermosamente las bendiciones de la intimidad de la familia cristiana. Las exhortaciones y los solemnes avisos se han terminado, y Pablo, rodeado de sus hijos en la fe y amados colegas en la obra, cae de rodillas con toda naturalidad para orar con todos ellos (**Hch 20:36**), seguramente encomendándoles al Señor en oración según el sentido de la última fase de su discurso.

Los varones se hallan muy conmovidos, sobre todo por pensar que no habían de ver más el rostro de su amado maestro, echándose sobre su cuello para darle el efusivo abrazo oriental. Algunos piensan en Pablo como el severo teólogo, siempre preocupado por la sana doctrina y la disciplina, pero Los Hechos y las Epístolas, bien estudiados, le revelan no sólo como el cuidadoso “padre” que dirige los pasos de sus hijos, sino también como la madre tan llena de tierno amor como *“la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos”* (**1 Ts 2:7**). Por eso el apóstol despertaba en sus hijos espirituales, no sólo la reverencia que correspondía a su obra y a sus sublimes enseñanzas, sino también el tierno afecto que evocaba su disposición tan inclinada (en Cristo) al amor que *“es sufrido, benigno, que no tiene envidia... que no busca lo suyo, que no se irrita... que se goza en la verdad... que todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera y todo lo sufre”* (**1 Co 13:4-7**).

Con los ojos arrasados aún por las lágrimas, la pequeña compañía pasa por las calles de Mileto y desciende al puerto, no dejando a Pablo hasta verle embarcado; y aun podemos pensar que los hermanos no dejaron el muelle hasta que la vela latina de la embarcación desapareciera detrás del promontorio, señalando su desaparición el fin de una época tanto para ellos como para el apóstol.

Temas para meditar y recapacitar

- I. Intente la descripción del siervo de Dios según el modelo que se destaca del discurso de Pablo frente a los ancianos de Éfeso.

Viaje de Pablo a Jerusalén (Hechos 21:1-26)

Las características del nuevo período

1. Las diversas facetas de la comisión de Pablo

A riesgo de alguna repetición, recordamos al lector que la comisión que el Señor dio a Saulo por boca de Ananías abarcaba diversos aspectos de la labor que el nuevo apóstol había de llevar a cabo: “...para llevar mi Nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel” (Hch 9:15). Desde el capítulo 13 hasta el final del 20, Lucas traza el cumplimiento de la labor apostólica frente a los gentiles. En su desarrollo Pablo actuaba como adalid, abriendo puertas y señalando caminos por los cuales otros habían de pasar con el fin de continuar la obra iniciada por él. Anteriormente al apartamiento de los dos misioneros en Antioquía (Hch 13:1-4), Pablo había querido testificar frente a su propia nación, sobre todo en Jerusalén (Hch 9:26-30), pero la animosidad de sus compatriotas en la capital pronto acortó su ministerio, bien que nunca dejaba de anunciar a Cristo en las sinagogas de la Dispersión.

En el curso de las tres expediciones no habían faltado ocasiones para testificar ante diversas autoridades, romanas e indígenas, al ser llevado ante sus tribunales a causa de las acusaciones de los judíos; pero el testimonio de Pablo ante ellos surgió incidentalmente de su amplia labor en las provincias, no llegando a ser su rasgo dominante. Después de su llegada a Jerusalén, con la rápida pérdida de la libertad personal, el apóstol tendrá oportunidades de testificar de nuevo a los jerosolimitanos —en medio de gran turbación— y luego presentará el mensaje de vida ante gobernadores, reyes y otros destacados personajes de la vida política y social de Israel. Suponemos que su encarcelamiento en Roma le habrá proporcionado aún mayores oportunidades de esta clase. El fruto de este extraño ministerio es conocido en el Cielo, pero, a pesar de que poco podemos colegir de sus resultados por la narración de Lucas, es sabido que el Evangelio llegó al palacio de los Césares durante el primer siglo y no podemos por menos que pensar que el fruto que allí se recogió se relaciona con el cumplimiento de esta faceta de la labor apostólica de Pablo. Por lo menos sabemos que constituyó parte integrante de su comisión y que su historiador dedica una parte considerable de sus anales a la labor del “embajador en cadenas”. El maestro había predicho que al ser llevados sus discípulos ante reyes y gobernadores les serviría como medio de testimonio (Lc 21:12-13) de modo que no nos ha de extrañar la aparente “pérdida” de los años de cautiverio si a través de ellos el mensaje apostólico llegara a esferas normalmente inasequibles a la predicación del Evangelio.

2. La convicción de Pablo

Pablo estaba convencido de que esta etapa de su ministerio había de cumplirse, a pesar de vislumbrar lo que le había de costar en términos de padecimientos físicos y morales. Según nuestro pensamiento, había recibido del Señor alguna indicación clara del camino a seguir, de modo que iba “ligado en el Espíritu” aun si fuese a la muerte (Hch 20:22). Los mensajes proféticos que le avisaban que no subiera a Jerusalén reflejaban claramente los peligros del viaje sin que por ello anularan la revelación que Pablo mismo había recibido del Señor que ordenaba su servicio futuro (Hch 21:10-14).

3. El rostro afirmado para subir a Jerusalén

R. B. Rackham y otros expositores han señalado la analogía entre este viaje de Pablo y aquel otro de su Maestro cuando *“afirmó su rostro para subir a Jerusalén”* desde Galilea, sabiendo que le esperaba allí la angustiada consumación de su Obra (**Lc 9:51**). Aceptamos la analogía como interesante, viendo cómo le es permitido a Pablo seguir hasta cierto punto en las pisadas de su Señor, ya que él también afirma su rostro para la consumación de su carrera, en medio del sufrimiento y del dolor, siguiendo la ruta que le llevaba a la misma fatídica ciudad rebelde, convertida por entonces en la *“Jerusalén actual, que, junto con sus hijos está en esclavitud”* (**Ga 4:25**), sin dejar que nada ni nadie le desviara del camino de la voluntad de Dios. Está bien que el discípulo siga en pos de su Señor; pero mencionamos la analogía con todas las salvedades que exige tanto la excelsitud de la Persona que subió a Jerusalén desde Galilea como la naturaleza de la Obra que allí realizó en la crisis máxima de todos los siglos. El triunfo de Pablo, que consiguió a través de graves pruebas y aflicciones, fue una pequeña parte de los despojos de la Victoria de la Cruz y de la Resurrección que el *“Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión”* logró una vez para siempre (**He 3:1**) (**He 12:1-3**).

Desde Mileto a Jerusalén (Hch 21:1-14)

1. Por vía marítima a Tiro (Hch 21:1-3)

La separación de los ancianos de Éfeso en Mileto había sido penosa para todos, pero les fue preciso seguir adelante. El barco se hizo a la vela con rumbo a Cos en primer término, haciendo escala en Rodas antes de llegar al puerto de Pátara en Licia. Cos y Rodas son islas cuajadas de historia en la punta sudeste de Asia Menor, mientras que Pátara (con el puerto vecino de Mira) era un puerto apto para los enlaces marítimos entre Asia, Siria, Fenicia y Egipto. En Pátara dejaron el barco que les había traído desde Troas para tomar otro que iba a Tiro directo, lo que nos hace suponer que sería de tamaño considerable ya que las embarcaciones más pequeñas no solían perder de vista la costa. Los vientos de primavera eran favorables y todo parece indicar un rápido viaje a Tiro, sin incidentes, durante el cual avistaron a la isla de Chipre a babor.

2. La familia cristiana en Tiro (Hch 21:3-6)

Tiro y Sidón eran dos célebres puertos que daban fama al pequeño país costero de Fenicia (ahora el Líbano) durante los siglos que precedieron las conquistas de Alejandro el Magno. La historia de los fenicios rozaba para bien y para mal con la de los israelitas en diversas ocasiones, lo que explica el lugar prominente que ocupa en las profecías de Isaías y de Ezequiel (**Is 23**) y (**Ez 26-28**). En la época que tratamos, Tiro no era más que la sombra de la soberbia ciudad de los siglos XI a IV a. C., pero retenía aún una importancia limitada como puerto para Fenicia y el sur de Siria.

El lector se acordará de que algunos de los esparcidos a causa de la persecución inaugurada por el martirio de Esteban llegaron hasta Fenicia, predicando el Evangelio sólo a los judíos en la primera época (**Hch 11:19**). Sin duda la obra fue extendiéndose luego a los gentiles y Pablo ya había tenido oportunidades de conocer las iglesias de esta costa al subir desde Antioquía a Jerusalén para el llamado Concilio (**Hch 15:3**). Es probable, pues, que tuviera amigos en la iglesia en Tiro, y como el barco había de permanecer allí siete días a causa de las operaciones de la descarga, el apóstol y sus compañeros tuvieron tiempo suficiente para unirse con *“los suyos”*.

Los discípulos de Tiro —se entiende aquellos que tuviesen dones proféticos— repitieron los avisos contra el viaje a Jerusalén, y al parecer los mensajes se distinguían por su

claridad y solemnidad: *“Y ellos decían a Pablo por el Espíritu, que no subiese a Jerusalén”* (Hch 21:4). La prohibición parece contundente en este caso, pero ya hemos notado el sentido limitado de las profecías que ha de subordinarse a la evidente iluminación especial que Pablo había recibido sobre el asunto de la consumación de su carrera.

3. La cariñosa despedida en la playa (Hch 21:5)

Podemos suponer lo que sería el ministerio del apóstol entre los hermanos de Tiro y el calor de la manifestación de la comunión cristiana. Lucas, que pasa por alto grandes acontecimientos al abreviar sus narraciones según las exigencias de su plan, hace un alto aquí para describir la despedida que se celebró en la playa, notando especialmente que las mujeres estuvieron presentes, con sus hijos, cuando todos se pusieron de rodillas para la oración. Se destaca aquí una escena familiar, tierna y conmovedora, y agradecemos a Lucas esta pequeña “ventana” que nos permite contemplar la vida de familia de las iglesias de la época apostólica. Sin duda buscaron un rincón tranquilo de la playa, no lejos del muelle donde el barco estaba amarrado. Todos estarían de rodillas, levantando los varones las manos al Cielo mientras que las mujeres inclinaban sus cubiertas cabezas al suelo (1 Ti 2:8-9). Oraciones llenas de poder habrán subido al Trono a favor de Pablo, quien por fin tendría que dar por terminados tan sagrados momentos levantándose para dirigirse al puerto. Las despedidas se harían por medio de abrazos orientales en el caso de los varones, no faltando las lágrimas como en la reciente despedida de Mileto. Dentro de algunos momentos los creyentes del lugar, juntamente con los compañeros de Pablo, estarían envueltos en el movimiento y agitación del puerto, ensordecidos por la gritería de los marineros que ejecutaban las maniobras de zarpar para Tolemaida, pero quedaría el recuerdo de las amadas personas de los siervos de Dios, de los vibrantes mensajes que habían sido expuestos en la potencia del Espíritu Santo, habiéndose reforzado los lazos del amor fraternal por la semana de comunión. Lo entendemos todo muy bien, pues los factores esenciales de la vida humana no han variado a pesar de la profunda mutación del escenario de las actividades de los hombres durante el período que media entre el siglo I y el XXI. Lo que precisamos es volver a beber en los manantiales del poder espiritual de los tiempos apostólicos.

4. Un día en Tolemaida (Hch 21:7)

Posteriormente Tolemaida se llamaba Acre, puerto antiquísimo que cobró celebridad durante las Cruzadas. Un poco más al sur se encuentra el promontorio del monte Carmelo, con Jaifa en la bahía. Por el relato de Lucas sabemos que la compañía apostólica permaneció un solo día en Tolemaida, pero no sabemos si la prisa fue debida a que el barco tuviera que zarpar rápidamente para Cesarea o si desde allí prosiguieron su viaje por tierra. De todas formas sabemos que Pablo se apresuraba con el fin de estar en Jerusalén para la fiesta del Día de Pentecostés.

Los saludos a los hermanos son evidencia de otra iglesia local formada en Tolemaida.

5. La estancia en Cesarea (Hch 21:8-14)

Cesarea. Sabemos ya que esta ciudad costera era la capital de la provincia romana de Judea-Samaria. No sabemos si Cornelio se hallaba aún allí, pero seguramente estaba en pie la amplia casa donde él y sus amigos fueron bautizados por el Espíritu Santo: los primeros gentiles que pasaron directamente a la Iglesia en igualdad de condiciones con los creyentes hebreos. El apóstol a los gentiles, llamado por Dios aun antes de abrirse la puerta del Reino a los incircuncisos, se halla ahora en el mismo lugar geográfico donde el Señor había ordenado el paso que hacía posible su labor apostólica universal. El viaje de Cesarea a Jerusalén sería corto y rápido, de modo que Pablo podría calcular bien las

restantes etapas de su programa y sacamos la impresión de una estancia tranquila en la casa de Felipe antes de emprender la marcha a la capital del judaísmo.

6. La casa de Felipe el Evangelista (Hch 21:8)

Otros enlaces con tiempos anteriores se hallaban en Cesarea, ya que volvemos a hallar allí a Felipe el Evangelista, uno de los siete administradores de la iglesia-comunidad de Jerusalén y posteriormente evangelista muy bendecido por Dios, quien llegó precisamente a Cesarea después de su encuentro con el tesorero de la reina Candace de Etiopía (**Hch 8:40**). Habían pasado veinte años o más y aún seguía siendo “*Felipe el evangelista*”, designación que supone una labor extensa de evangelización. La mención de las hijas es evidencia de que era hombre casado con cuatro hijas por lo menos, pero, sin duda, su casa en Cesarea sería su base de operaciones al extender la Palabra por Israel. Quedamos con deseos de saber más de la iglesia en Cesarea, pero quizá sea significativo que la figura que se destaca en este relato es la de un evangelista y no la de un pastor, bien que suponemos que la iglesia estaría provista de los dones normales de las familias cristianas de aquella época. El don de evangelista nos recuerda que toda iglesia ha de evangelizar o perecer, que es contraproducente que se limite a nutrirse o a protegerse, pues se vitaliza precisamente por el esfuerzo de extender las fronteras del Reino por todos los medios a su alcance.

Las exigencias de su labor no impedían que Felipe y los suyos ejercieran el privilegio de la hospitalidad, ya que recibieron a Pablo y su compañía en su casa.

7. Las hijas de Felipe que profetizaban (Hch 21:9)

Hemos tenido ocasión de notar que los profetas del Nuevo Testamento recibían mensajes directos de Dios a la manera de los profetas del Antiguo Testamento, hasta que se puso a la disposición de las iglesias en forma escrita la enseñanza apostólica que completaba el canon de las Sagradas Escrituras. Se habla generalmente de varones profetas, pero la breve mención de profetisas aquí nos hace saber que algunas hermanas también recibían este importante don (**1 Co 11:5**). La Iglesia subapostólica se fijaba mucho en el hecho de que eran vírgenes las que profetizaban, pero de hecho no existe relación alguna entre el ejercicio del don profético y la virginidad, ya que Débora era mujer casada (**Jue 4:4**) y Ana, otra profetisa, era viuda (**Lc 2:36-38**). Aquí no se hace mención de que diesen mensajes sobre el viaje de Pablo, pero el silencio del texto no es prueba que no lo hubieran hecho. El mayor interés de esta referencia a profetisas estriba en que Pablo prohibía a las mujeres que hablasen en las reuniones públicas de la “*iglesia reunida*” (**1 Co 14:34**), no admitiendo tampoco la enseñanza de mujeres, por lo menos en la presencia de varones capacitados para darla (**1 Ti 2:11-15**). Al mismo tiempo admite que mujeres puedan orar y profetizar en algún sitio (**1 Co 11:5**) y aquí le vemos en una casa donde hay cuatro doncellas que no sólo tenían el don, sino que profetizaban. Frente a datos que parecen ser, hasta cierto punto, contradictorios, y deseando respetar todo mandato apostólico como normativo, debemos pensar que el extenso ministerio de las hermanas —que se menciona muchas veces en el Nuevo Testamento, como en (**Ro 16:1-4,6,12**) (**Fil 4:2-3**)— se ejercía primordialmente entre personas de su propio sexo o en lugares y condiciones que no suponía tomar la precedencia sobre el varón, alcanzando la prohibición especialmente las reuniones oficiales de iglesias debidamente formadas.

Hay referencias a las hijas de Felipe en los escritos de Polícrates y Papías, recogidas por el historiador Eusebio, por las que hemos de entender que se trasladaron posteriormente a Hierápolis en la provincia de Asia; donde, según estas tradiciones, alcanzaron una edad avanzada, siendo fuente de muchos datos sobre los primeros tiempos de la Iglesia. Tales tradiciones suelen transmitirse en un ambiente de ambigüedades, pero es digno de notar que aquí hallamos a Lucas, cuidadoso investigador de los primeros tiempos de la Iglesia,

en la compañía de personas que fueron consideradas posteriormente como “autoridades” en la materia. Más tarde, durante los dos años del encarcelamiento de Pablo en aquella misma ciudad, hallaría el historiador muchas oportunidades de hacer contacto con tales testigos de valor excepcional, que habrían podido pasarle los tesoros de sus recuerdos, plasmándolos él por escrito con la facilidad y exactitud que le caracterizaban.

8. La profecía de Agabo (Hch 21:10-14)

Otro antiguo amigo, el profeta Agabo, reaparece en el escenario, cumpliendo sus altas funciones proféticas exactamente como le vimos hacer al final del capítulo 11 cuando predecía el hambre que había de afligir el mundo en el tiempo del Emperador Claudio. Han pasado muchos años desde entonces, pero este siervo de Dios, acreditado portavoz del Señor, se halla en su lugar frente a la crisis que se avecina.

Su profecía se expresa no sólo verbalmente sino también por medio de un sencillo acto simbólico que recuerda varios de los mensajes e ilustraciones de Ezequiel (**Ez 4-5**). El cinto (o faja) de Pablo, con el cual Agabo enlazaba sus propias manos y pies, hablaba elocuentemente de la pérdida de libertad que esperaba el apóstol en Jerusalén. Pero el profeta se limita a predecir los resultados del viaje sin dirigir mandato alguno a Pablo. Son los hermanos de su compañía y del lugar que le ruegan que no suba a la capital (**Hch 21:11-12**).

La contestación de Pablo es la de siempre: “¿*Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, mas aún a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús*”. Los hermanos entonces dejan sus afligidas súplicas y exclaman: “*¡Hágase la voluntad del Señor!*”. Lo que el apóstol había de hacer no obedecía a ningún capricho personal sino que se efectuaba en el Nombre del Señor; comprendiéndolo los buenos hermanos, a pesar de sus lágrimas, reconocen la voluntad del Señor en todo, ya que estarían acostumbrados en aquellos tiempos heroicos a que Dios podía avanzar su Reino o por la vida o por la muerte de sus siervos.

9. La última etapa del viaje (Hch 21:15-16)

El mapa señala el sentido general de la ruta desde Cesarea a Jerusalén, que pasaba primeramente por las fértiles llanuras de Sarón para internarse luego entre las bajas serranías, cubiertas de olivares y de viñas, de la Sepela, subiendo por fin a las montañas un tanto áridas de la región central de Judea. Los viajeros utilizaron, sin duda, la excelente carretera romana que enlazaban las dos ciudades.

Siendo Mnasón el hermano que había de brindarles hospitalidad en Jerusalén, es probable que el versículo 16 debe leerse según la variante de un buen número de textos griegos: “*Y vinieron también con nosotros de Cesarea algunos de los discípulos, trayendo consigo a uno llamado Mnasón, de Chipre, discípulo antiguo, con quién nos hospedaríamos*”. Por “*discípulo antiguo*” hemos de entender, probablemente uno de los convertidos durante los primeros años de la Iglesia en Jerusalén. No se contaría entre los muchos “*celosos de la Ley*”, ya que estaba dispuesto a dispensar generosa hospitalidad a una compañía que incluía varios creyentes de la gentilidad. Su casa sería amplia, como la de María en tiempos anteriores.

El versículo 15 nota el sencillo detalle del arreglo de los equipajes, de lo cual deducimos que la sencillez de la vida oriental (o griega) del primer siglo no libraba a los siervos de Dios enteramente del problema del equipaje que tanto complica la vida de los misioneros del siglo XXI. Recordemos que cumplían la delicada misión de llevar cuantiosas sumas de las iglesias de los gentiles a la iglesia en Jerusalén.

Pablo y la iglesia en Jerusalén (Hch 21:17-26)

1. Rasgos del período de transición

Varias cuestiones un tanto difíciles surgen del encuentro de Pablo con Jacobo y los ancianos de Jerusalén, especialmente la proposición que le hicieron de que tomara sobre sí los gastos de los cuatro nazareos, asociándose con ellos en su purificación ceremonial. Expositores acreditados han culpado tanto a Jacobo por la sugerencia como a Pablo por amoldarse a ella, pero reiteramos aquí lo que hicimos constar al notar el voto de Pablo mismo que se menciona en **(Hch 18:18)** nosotros vivimos en una época de la historia de la Iglesia cuando la inmensa mayoría de los miembros de ella son de origen gentil, lo que dificulta mucho nuestra comprensión de las actitudes y costumbres de los cristianos de origen judío durante los primeros años de la Iglesia. Es evidente que la mayoría de los cristianos judíos aún “*guardaban las costumbres*” de su pueblo, bien que podemos suponer que tenían libertad en el Señor de no hacerlo si hubiesen querido y que sólo los judaizantes se sometían a tales costumbres en sentido legalista. Los cristianos judíos de habla griega comprenderían mejor su libertad cristiana y la universalidad de la Iglesia, pero “*decenas de millares*” de judíos creyentes en Judea eran “*celosos por la ley*” **(Hch 21:20)**, frase que significa no sólo una conformidad con las prácticas religiosas de su nación sino también un celo total o parcialmente judaizante.

Más tarde se había de escribir la Epístola a los Hebreos, que llevó el proceso de la revelación del Nuevo Pacto en esta parte a su consumación; después de su redacción siguió a corto plazo la destrucción del Templo, que fue fallo de las providencias de Dios en igual sentido de libertad en vista de la Obra consumada del Calvario. Después, los judíos creyentes, celosos de la Ley, quedaron como una secta más o menos herética al margen de la Iglesia universal, pero en el momento de la visita trascendental de Pablo a Jerusalén los millares de cristianos judíos formaban un ala considerable de la Iglesia, de modo que hemos de hacer el intento de entender no sólo la libertad personal de Pablo en cuanto a “*las costumbres*”, sino también su evidente afán de que no se resquebrajara la unidad de la comunidad total cristiana.

2. Una bienvenida cordial (Hch 21:17)

“*Cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con gozo*”. A pesar de las prevenciones de los judaizantes y los temores de los guías, los hermanos —los destacados de la congregación es de suponer— dieron una bienvenida cordial y hasta gozosa a Pablo y su compañía, que incluía delegados de iglesias gentiles. Por lo tanto no hemos de exagerar las dificultades de comprensión que existieran, porque los guías espirituales reconocían con alegría la gran obra que Pablo realizaba como apóstol a los gentiles.

3. Una reunión oficial (Hch 21:18-25)

El día siguiente de la llegada se celebró una reunión oficial en la que participaron Pablo y los suyos (los delegados de las iglesias) por una parte, y Jacobo y todos los ancianos de la Iglesia en Jerusalén por otra **(Hch 21:18)**. De nuevo notamos que Jacobo recibe mención especial, y es de suponer que él presidiera la reunión. Los demás apóstoles estarían ausentes, ya que nada se dice de ellos. Discernimos varias etapas en el “orden del día”, notando primeramente los informes de Pablo sobre la Obra de Dios en las provincias, seguidos, por supuesto (y aunque Lucas no lo nota), de la entrega de las ofrendas; después Jacobo y el presbiterio pasaron a la consideración del problema que la presencia de Pablo suscitaba entre la masa de creyentes “*celosos de la Ley*”.

a) Los informes de Pablo (**Hch 21:19-20**). El informe fue detallado y extenso, ya que Pablo iba refiriendo *“una por una las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por su ministerio”*. Las discusiones siguen aproximadamente el mismo patrón que las del capítulo 15, en las que se intercalaron los informes de los apóstoles entre el mensaje de Pedro y la solución del problema de entonces. Los hermanos que habían recibido a Pablo con gozo bien pudieron *“glorificar a Dios”* con toda sinceridad al escuchar el relato de las maravillas de la evangelización de los gentiles. El problema no se producía entre los guías espirituales de la grey, sino entre las multitudes que creían en Jesús el Mesías, sin dejar por eso de sentir un celo fanático por Israel y sus costumbres.

b) El análisis de la situación (**Hch 21:20**). Los ancianos procedieron —quizá un poco apresuradamente— a informar a Pablo sobre su problema íntimo. No sabemos si hemos de tomar la frase *“millares”* en sentido literal, o como una de las frases que Lucas empleaba con cierta vaguedad para representar grandes números. El hecho es igual: los presbíteros tenían que contar con la presencia en Jerusalén de fuertes números de creyentes en Jesús el Mesías que mantenían una fanática devoción a los ritos hebreos y que habían sido mal informados —el griego indica un intento de instrucción sistemática de parte de los perturbadores— en cuanto a las actividades de Pablo en las provincias del Imperio. Quizá la fiesta próxima de Pentecostés había atraído a muchos de estos judíos creyentes de la región judaica a la capital. La tendenciosa información que promovía la peligrosa actitud entre las masas de los nazarenos consistía en que Pablo enseñaba a los judíos de la Dispersión a *“apostatar de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos, ni observen las costumbres”* (**Hch 21:21**). Desde luego el rumor era falso, pues Pablo ni siquiera enseñaba a los creyentes judíos que dejaran las costumbres de su raza y aun hizo circuncidar a Timoteo para evitar penosas confusiones. Aún más, al permitirlo, él mismo se portaba como judío piadoso, sin sacrificar por ello un átomo de la doctrina cristiana de la cual era administrador. Se comprende que sus enemigos habían confundido deliberadamente sus enseñanzas a los creyentes gentiles, que de manera alguna habían de circuncidarse so pena de *“vaciar de Cristo”* (**Ga 5:2-6**), con su actitud frente a los creyentes de su propia raza que se hallaban libres en lo secundario y, en general, respetaban las costumbres de sus padres. Ya hemos visto que tal período de transición había de terminar pronto, pero en este momento aún persistía.

Quizá los ancianos temían una asamblea tumultuosa de los *“celosos de la Ley”* en protesta contra la presencia de Pablo y los hermanos gentiles en la iglesia, lo que habría destruido todo el valor de la hermanable y generosa embajada de buena voluntad de parte de las iglesias de la gentilidad.

c) El remedio propuesto (**Hch 21:23-25**). Los guías en Jerusalén no creían que la multitud escucharía ni las explicaciones de Pablo ni las de ellos mismos sobre el caso. Hacía falta, a su parecer, que los creyentes judíos viesan a Pablo cumplir *“las costumbres”* públicamente por ofrecer sacrificios en relación con un voto nazareo. Una manifestación tal de piedad judaica había de disipar todas las dudas según el parecer de los ancianos.

Eruditos discuten bastante sobre los detalles del acto que los ancianos recomendaron a Pablo, ya que no hay información sobre votos nazareos que podían cumplirse en siete días (**Hch 21:27**), siendo treinta días el período mínimo. Lo más probable es que los cuatro hombres llegaban al fin de su período de “promesa” y que aquí se trata de las ceremonias que daban fin a su voto, a pesar de que el período de siete días queda sin explicación. Lo más importante es que el gesto de costear las ceremonias de purificación de los nazareos, lo que suponía pagar por las víctimas, era conocido entre los judíos como una manifestación de gran piedad y de devoción, refiriendo Josefo un acto parecido por el cual Herodes Agripa I quiso congraciarse con el pueblo. Pablo, al asociarse con los cuatro hombres —cabe la posibilidad de que él también llegara al fin de un período

semejante como en el caso de (**Hch 18:18**)— había de purificarse ceremonialmente y se pensaba que la demostración bastaría para probar que “*él también andaba ordenadamente, guardando la Ley*” (**Hch 21:24**). Lucas no menciona las reacciones de Pablo, pero, desde luego, no había nada en la proposición que violara su propia conciencia ni que constituyese una contravención de su norma de hacerse judío a los judíos para ganar a los judíos (**1 Co 9:20**). Aun es posible que la sugerencia tuviera éxito en cuanto a las multitudes de creyentes en Jerusalén, resultando de ella una mejora en las relaciones entre ellos y sus hermanos gentiles. Las dificultades que surgieron, poniendo en peligro la vida de Pablo, no se originaron entre los “*celosos de la Ley*” dentro de la Iglesia, sino entre unos judíos incrédulos de Asia, como veremos a continuación.

d) El recuerdo de la decisión anterior (**Hch 21:25**). Jacobo y los ancianos no querían que nadie pensara que sus precauciones frente a los creyentes más o menos judaizantes dentro de la comunidad cristiana de Judea afectara en lo más mínimo el principio establecido en las discusiones anteriores sobre la libertad de los creyentes gentiles, pues quedaba en pie la decisión oficial que éstos no habían de ser sometidos a ordenanzas, sino que sólo se les enseñara en aquel período de transición de que no hiriesen los escrúpulos de sus hermanos judíos dentro de la Iglesia, ni que escandalizaran a los judíos de la Dispersión por costumbres que tenían por abominables. Las precauciones contra posibles disturbios internos provocados por rumores falsos acerca de Pablo no afectaban para nada la posición de los guías en Jerusalén frente a sus hermanos gentiles.

4. Pablo y los nazareos (Hch 21:26)

Recomendamos al lector que repase (**Nm 6:1-21**) para traer a su memoria los reglamentos en cuanto a quienes tomaban sobre sí votos de nazareo, pues los mismos ritos se cumplirían, por lo menos en forma modificada, durante los siete días en que Pablo acompañaba a los hermanos cuyas ofrendas costeaba. Suponemos que no es necesario avisar contra una confusión entre “*nazareo*” en el sentido de Números capítulo 6 y “*nazareno*” que, según el término que empleaban los judíos, señalaba a cualquiera que seguía al Profeta de Nazaret. La “*notificación del cumplimiento de los días*” que Pablo dio en el Templo sería el aviso oficial a los sacerdotes encargados de tales asuntos de que habían de llevar a cabo los sacrificios y demás ordenanzas en las fechas señaladas.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre la llegada de Pablo a Jerusalén, notando las diferentes etapas de su contacto con los guías de la Iglesia allí. ¿Le parece justificada la sugerencia de los ancianos en cuanto a Pablo y los hermanos con voto nazareo?

El apóstol Pablo: embajador en cadenas (Hechos 21:27-40)

El nuevo ministerio de Pablo

El viaje a Jerusalén y los contactos con la iglesia allí constituyen el prelude de la nueva forma del ministerio del apóstol que notamos ya al principiar la exposición de la última sección. De **(Ef 6:20)** recogemos el hermoso título de “*embajador en cadenas*” que caracteriza la obra de Pablo desde el momento de su prendimiento hasta el fin del relato de Lucas: período de aproximadamente cinco años. El apóstol no se hallará libre para proyectar extensas expediciones, bajo la guía del Espíritu Santo, con el fin de extender el Reino de Dios entre los gentiles. Llevando la cadena del cautivo irá adonde determinen diferentes oficiales del Imperio; pero por encima de la limitada autoridad de los grandes de la tierra las providencias divinas ordenarán los movimientos del apóstol, haciendo surgir preciosas oportunidades para testificar ante el pueblo, el Sanedrín, gobernadores y reyes. Por otra parte, tanto en Cesarea como en Roma, Pablo podrá recibir a sus amigos con toda libertad, lo que supone que le será posible animar y orientar a sus colaboradores, quienes llevarán sus enseñanzas orales y escritas por todas partes.

1. Las etapas del nuevo ministerio

Desde **(Hch 21:27)** hasta el fin del libro **(Hch 28:31)** podemos discernir distintas etapas del ministerio del “*embajador en cadenas*”:

- a) Frente a la multitud fanatizada en los patios del Templo, donde se le proporciona a Pablo, el ex rabino perseguidor, su mayor oportunidad de testificar ante los judíos en Jerusalén, ratificándose en consecuencia de ella el rechazamiento de parte de éstos tanto de la persona del apóstol como de su mensaje.
- b) Frente al Sanedrín, la aristocracia religiosa y sacerdotal del pueblo.
- c) Ante el tribunal de los gobernadores Félix y Festo en Cesarea.
- d) Ante el rey Herodes Agripa II, acompañado de importantes elementos de la aristocracia de Israel.
- e) En medio de las aciagas circunstancias del viaje a Roma, frente a la tripulación y pasajeros del barco primero y a los habitantes de la isla de Melita después.
- f) Frente a la colonia judía en Roma y (aunque Lucas no lo detalla) delante del tribunal del César.

El resumen anterior pone de relieve la importancia de la labor de esta época y explica en parte el tratamiento detallado que Lucas da a ella. A este período corresponden las Epístolas a los Filipenses, a los Efesios, a los Colosenses y a Filemón, y hemos de suponer un amplio ministerio epistolar además de los escritos que han sido recogidos en el canon. Pablo no se consideraba como arrinconado e inútil, sino que pedía las oraciones de los santos: “*a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del Evangelio, por el cual soy embajador en cadenas...*” **(Ef 6:19-20)**.

2. La fecha del arresto

Según la mayoría de los escriturarios de confianza hemos de fechar el arresto en el año 57 d. C., y la fiesta de Pentecostés suele caer en mayo. Han pasado veintisiete años

desde que el Espíritu Santo cayó sobre los ciento veinte discípulos en un aposento alto de la misma ciudad, iniciando la vida y el testimonio de la Iglesia *“que es su Cuerpo”*.

3. El detallado relato de Lucas

Volvemos ahora sobre algunas de las razones que indujeran a Lucas a describir este período de la vida del apóstol con tanto detalle cuando había abreviado muchas etapas de los viajes que aparentemente requerían un tratamiento más amplio por la luz que habría echado sobre los métodos misioneros de Pablo y la organización interior de las iglesias:

a) Lucas era testigo ocular de los acontecimientos. La inspiración del Espíritu Santo no excluye factores personales. El testimonio de Pablo en medio de tantos padecimientos dejó honda mella en el alma y el recuerdo de su amigo Lucas, quien se hallaba casi constantemente con él como compañero y ayudante: circunstancia que le impulsó a presentar un cuadro acabado de esta época.

b) El siervo del Señor testifica en medio de los vaivenes de la vida. Es importante que veamos al siervo de Dios, no sólo proclamando el Evangelio frente a multitudes, instruyendo a sus colegas o dictando sus Epístolas, sino como un hermano que pasa por circunstancias que le afectan personalmente, como afectarían a cualquier miembro de la confraternidad cristiana. ¿Cómo se porta un apóstol cuando le llevan preso, cuando pasa por los aciagos días que preceden un naufragio, cuando hay que encender lumbre en la playa como protección contra el frío? Según el relato de Lucas, tan llano y fascinador a la vez, Pablo sale muy bien de la prueba puesto que las operaciones del Espíritu de Dios se manifiestan con igual potencia en circunstancias que en sí pueden clasificarse como poco “apostólicas”, como cuando dirige la palabra a los sabios del Areópago, o a los rabinos del Sanedrín, o a las multitudes griegas o judías. Aprendemos la importante lección de que el misionero ha de testificar en toda suerte de circunstancias, hablando por su ejemplo cuando los hombres logran cerrarle la boca, igualmente dispuesto a recoger leña si viene al caso como para predicar o redactar. El retrato total que Lucas nos presenta del apóstol sería incompleto sin las pinceladas, sencillas o dramáticas, de esta sección.

c) La sección se relaciona con la finalidad apologética de Los Hechos. Recuerde el lector el propósito apologético —entrelazado con otros de mayor categoría espiritual— que Lucas tenía delante al escribir al Excelentísimo Teófilo. Quiso dar a conocer la Fe cristiana, no sólo en su esencia espiritual, sino también en sus relaciones sociales, morales y legales. En la fecha de redactar su obra el poder de Roma aún protegía a los cristianos de la fanática oposición de los judíos —bien que con gesto despectivo frente a una manifestación más de las “supersticiones orientales”— y Lucas puede subrayar también la respetuosa actitud de Pablo, el ciudadano romano, frente a las instituciones del Imperio. Aprovechándose del ejemplo de Pablo, Lucas se esforzaba por deshacer la especie tan difundida entonces de que los cristianos formaban una sociedad secreta y subversiva en la que se practicaba toda suerte de abominaciones.

d) Esta sección redondea el libro como obra artística. Una novela habría tenido que señalar el resultado de la apelación de Pablo a César, detallando el desenlace y terminando el “suspense”, fuese por su liberación o su martirio. Pero Lucas no se proponía escribir ni una novela ni una biografía, sino historiar la extensión del Reino desde Jerusalén a Roma por la obra del Espíritu Santo quien se valió principalmente de los trabajos de los dos destacados apóstoles Pedro y Pablo. El amplio testimonio de Pablo en Roma, aun como preso, satisfizo las exigencias de su plan, y, después de notarlo, Lucas pudo soltar la pluma. Para los cristianos del primer siglo la muerte física llegaba a ser algo incidental, completamente subordinado a la consumación del testimonio de los siervos de Dios. Lo importante era que Cristo fuese engrandecido por medio del cuerpo, fuese en vida o en muerte.

El tumulto en el templo y el arresto de Pablo (Hch 21:27-40)

1. Los judíos de Asia (Hch 21:27-29)

Con el paso de algún día más Pablo habría terminado su parte en los ritos de la limpieza de los nazareos, según el plan de los ancianos, pero Dios había de permitir la irrupción de una de las muchas olas del fanatismo judío que había de trocar el buen propósito en peligro de muerte. Es probable que la asociación de Pablo con los nazareos hubiese logrado la finalidad propuesta en cuanto a pacificar a los “celosos de la ley” que se encontraban dentro de la comunidad cristiana, pero le expuso a ser observado y atacado por los judíos incrédulos.

No nos extrañe que los promotores del alboroto fuesen algunos judíos de Asia, ya que el descollante éxito de la labor del apóstol en Éfeso (**Hch 19**) no pudo por menos que excitar la furiosa oposición de los judíos de aquella ciudad, quienes atribuían a la labor de Pablo la ruina parcial de su feudo anterior (**Hch 19:9**). Pablo no sería conocido de vista por los judíos de Jerusalén, pues veinte largos años habían pasado desde que él había actuado de dirigente del partido más fanático de la capital. En cambio, la obra en Asia era reciente, lo que permitió que los judíos que habían subido de aquella región para celebrar la fiesta reconocieran en seguida al odiado adalid de la “secta nazarena”. Conocerían además a Trófimo, hermano oriundo de Éfeso, quien había sido colaborador destacado de Pablo en su ciudad natal. Los judíos de la Dispersión no se distinguían siempre por la pureza de sus costumbres, como hemos tenido ocasión de notar, pero a menudo la misma distancia de su sede religiosa aumentaba su amor al Templo, símbolo entonces de todos los valores religiosos y nacionales de Israel, atizando la llama de su fanática determinación de guardarlo inviolable.

Según el versículo 29, ya habían visto a Pablo pasearse por la ciudad con Trófimo, un hermano gentil. Más tarde le vieron en el sagrado rincón del Templo reservado a los nazareos y sin detenerse para más investigaciones, supusieron que Pablo había metido a Trófimo dentro del patio reservado para los israelitas. El propósito de eliminar a Pablo existía ya; la combinación de circunstancias que acabamos de notar brindó a los judíos de Asia la ocasión de excitar el ánimo de la multitud jerosolimitana para la consecución de tal fin.

2. El escenario del prendimiento (Hch 21:27-30)

Al describir el milagro de la curación del cojo tuvimos ocasión de esbozar la distribución de los patios del Templo de Herodes. La vasta extensión del Patio de los Gentiles, abierto para todos, judíos y gentiles por igual, rodeaba el verdadero Templo interior. Famosos eran los pórticos, con su peristilo de columnas de mármol, especialmente el muy amplio “Pórtico real”, al sur, y el de Salomón, al este. Con techos de cedro, hermosamente adornados, servían para albergar las reuniones de discusión llevadas por rabinos. El mismo Señor se aprovechaba de estas facilidades muy a menudo y allí los apóstoles proclamaban el Evangelio a las multitudes. Cada patio se alzaba sobre el nivel del exterior, aumentándose la elevación hasta llegar al punto culminante del santuario mismo, edificado éste de mármol blanco y adornado del oro que cubría el Lugar Santo y el Lugar Santísimo. De la vasta explanada del Patio de los Gentiles se subía por una escalera de como catorce escalones a la Puerta Hermosa, por el este, al Patio de las Mujeres, rodeado éste de una fuerte muralla con sus puertas correspondientes. Otra hermosa escalera de como quince escalones, semicirculares, daba entrada, por medio de una magnífica puerta, al Patio de Israel, que circundaba a su vez el de los Sacerdotes, hallándose éste a un nivel aún más elevado. Había un ascenso más para llegar a la entrada del Lugar Santo. El santuario interior siguió aproximadamente el plan del Templo

de Salomón, pero por la parte delantera se había edificado un magnífico pórtico, siendo la altura del edificio doble de la del Templo anterior. El movimiento ascendente de todo el conjunto, hasta llegar al santuario, resplandeciente de mármol y de oro, impresionaba hondamente a cuantos lo contemplaban, considerándose el Templo de Herodes como una de las maravillas arquitectónicas del mundo de entonces.

De interés especial para nuestro estudio es el hecho de que antes de llegar al Patio de las Mujeres se hallaba un terraplén con una balaustrada, llamado el *soreg*, que señalaba el límite de la penetración gentil. En ella, a ciertos intervalos, se hallaban inscripciones escritas en griego y en latín —una de las cuales ha sido hallada por los arqueólogos— avisando que todo gentil que traspasara el *soreg* incurría en pena de muerte.

El patio denominado “*de las Mujeres*” servía para todos los hebreos en general, derivándose su nombre de las galerías destinadas al uso de las hebreas. Los varones hebreos podían pasar al Patio de Israel para los actos del culto y solamente llegaban a la entrada del Patio de los Sacerdotes a los efectos de sus sacrificios y ofrendas.

Alrededor del Patio de las Mujeres se hallaban dependencias dedicadas a distintas fases de los ritos hebreos, siendo de interés especial para la comprensión de nuestra narración una pieza en el rincón sudeste llamada la “*casa de los nazareos*” por ser el lugar donde éstos se trasquilaban y quemaban su pelo antes de ofrecer sus sacrificios de paces (**Nm 6:1-21**).

Hemos de pensar que los judíos de Asia hallasen a Pablo en este lugar, y que allí levantaran su grito de: “*¡Profanación! ¡Socorro!*” al echarle mano. Por un plano del templo, el lector verá que mediaban pocos metros entre la Casa de los Nazareos y la Puerta Hermosa. Es probable que los judíos de Asia arrastrasen a Pablo fuera del recinto y más allá del *soreg* antes de proceder a actos de mayor violencia.

3. La acusación de los judíos de Asia (Hch 21:27-29)

Hemos de suponer que un portavoz de los judíos de Asia pronunciara un discurso, por corto que fuera, en el que formulara las acusaciones del versículo 28. Quizá le servía de tribuna la escalinata que daba acceso a la Puerta Hermosa. El punto fuerte de la denuncia —el que excitaría inmediatamente la furia de la multitud—, era la acusación de que Pablo había profanado el Templo al pasar a Trófito más allá del *soreg*. Naturalmente no había prueba alguna del alegato que los mismos judíos se vieron forzados a abandonar cuando se trataba de un juicio formal ante el tribunal del gobernador romano. Pero la chispa bastó para encender el reguero de pólvora produciéndose instantáneamente tal explosión de ira popular que Pablo estuvo a punto de morir linchado.

Para reforzar la denuncia, los judíos de Asia señalaron a Pablo como el hombre que iba enseñando a todos por todas partes contra el pueblo, la Ley y “*este lugar*”, o sea, el Templo. Surgen varios puntos de interés de esta estimación de la obra de Pablo formulada por sus enemigos.

a) Es como el enseñador por excelencia que Pablo dejó mella en la conciencia de sus contemporáneos, fuesen amigos o enemigos.

b) El haber enseñado “*a todos por todas partes*” en este contexto se refiere a los judíos de la Dispersión; a pesar de lo que la frase tenga de exageración percibimos la constancia de los esfuerzos de Pablo por presentar a Jesús como el Mesías en todas las sinagogas de todas las colonias judaicas de las ciudades que visitaba.

c) La mención de la enseñanza dirigida “*contra el pueblo*” es la tergiversación en la boca de judíos endurecidos de la doctrina de la inclusión de todos los creyentes, fuesen judíos o gentiles, dentro de la unidad de la Iglesia. Hemos tenido ocasión de notar varias veces

que lo que enfurecía a los judíos no era tanto la proclamación de Jesús como el Mesías, sino la enseñanza que colocaba a los israelitas en el mismo plano que los gentiles cuando se trataba de que fuesen salvos únicamente por el arrepentimiento y la fe en Cristo.

d) La supuesta enseñanza contra la Ley refleja la comprensión —mejor dicho, la falta de comprensión— de los judíos frente a la doctrina de la justificación por la fe que reducía la Ley a su verdadera función de dar a conocer el pecado, mientras que para los judíos formalistas había de ser un medio para establecer su propia justicia (**Ro 10:3**).

e) La supuesta enseñanza contra este lugar es la estimación enemiga sobre la enseñanza de Pablo en cuanto a las operaciones del Espíritu Santo (la base es la Obra redentora de Cristo) en oposición a toda idea que concediera valor espiritual último y final a lugares y a ritos, dejando aparte su validez temporal como símbolos instituidos por Dios.

En ningún momento se destaca más claramente la relación entre la enseñanza de Esteban y la de Pablo como en los términos de esta acusación, y si el lector quiere volver a considerar las notas sobre (**Hch 6:11-14**) verá un comentario anticipado sobre esta denuncia de los judíos de Asia. Los dos siervos del Señor, enlazados tanto por su dramático antagonismo en la historia como por la identidad de su revelación en su fuero interno, siguieron ambos las pisadas del Maestro, ya que el “escándalo” de las enseñanzas del Señor frente a la nación, a la vez religiosa e incrédula, se repite en la experiencia y en el ministerio de estos dos discípulos que nunca le vieron —por lo menos como Maestro— en los días de su manifestación en la tierra.

4. “Cerraron las puertas” (Hch 21:30)

“Le arrastraron fuera del templo —es decir, más allá del soseg— e inmediatamente fueron cerradas las puertas. Y procurando ellos matarle, se le avisó al tribuno de la compañía...” (**Hch 21:30-31**). Los levitas que cumplían su servicio de vigilancia en el Templo se preocuparían por el bien del sagrado recinto que muchas veces corría peligro durante los turbulentos días que precedieron el trágico alzamiento contra Roma; viendo, pues, que la multitud se agolpaba alrededor del jefe de los nazarenos en el Patio de los Gentiles, cuidaron de cerrar bien las pesadas y fuertes hojas de bronce de la Puerta Hermosa (de Nicanor). Fue un acto natural e inevitable, pero no deja de revestirse de un profundo significado simbólico. El autor de la Epístola a los Hebreos percibió hondo sentido espiritual en el hecho de que Cristo “*padeciera fuera de la puerta*” de Jerusalén (**He 13:12-13**) y, en su medida, se halla análogo sentido en el intento de matar a Pablo fuera de la puerta del recinto del Templo. Con angustiosos anhelos buscaba el apóstol el bien de su amado pueblo (**Ro 9:1-5**), pero su testimonio fue rechazado de plano por los judíos de Jerusalén según el anuncio del Señor (**Hch 22:18**), siendo aceptado solamente por una pequeña —pero importante— minoría de los judíos de la Dispersión. Frente a toda suerte de testimonio —en este caso de aquel que antes había sido su admirado caudillo—, los judíos se cegaban contra la luz del Evangelio y se encerraban en su sistema, cada vez más vacío de sentido espiritual, sin percibir los nubarrones de juicio que ya se cernían sobre “*aquel lugar*” y que habían de arrasarlo hasta sus fundamentos.

5. Pablo en las manos de la turba (Hch 21:31-32)

Quizás extrañe al lector la rapidez con que cundió por toda la ciudad la noticia de la supuesta profanación del Templo como también la violencia incontrolada de la turba antes de la intervención de los romanos. Tengamos en cuenta que la ciudad era de reducidas dimensiones y que, a causa de la fiesta, muchos de los varones se hallarían ya en los patios del Templo o en los alrededores.

Actos de violencia en tan sagrado lugar no eran desconocidos por aquellos tiempos. El fanatismo religioso y el odio a Roma, que son bien patentes cuando leemos las páginas

de los Evangelios, habían ido en aumento como resultado del crecimiento numérico y la consolidación del partido de los Celotes, cuyo verdadero “celo” por Jehová y por la Ley iba mezclado con intereses políticos y facciosos. Estos extremistas se enfurecían sobremanera en contra de la secta de los saduceos y de la casta sacerdotal puesto que éstos intentaban mantener buenas relaciones con los romanos por razones personales y partidistas. Un poco antes de la fecha del prendimiento de Pablo, un sumo sacerdote, Jonatán, había sido asesinado en los patios del Templo en pleno día por los sicarios, que formaban el ala más extremista de los Celotes y cuyo nombre se deriva de la “sica” (“puñal”) que llevaban: arma que servía para que sus fanáticos portadores asesinaran a todo aquel que consideraban como traidor a la causa patriótica y nacionalista.

Diez años más tarde estos peligrosos movimientos nacionalistas habían de desembocar en la guerra de liberación, que tanto costó a Roma sofocar, y que trajo, como desastroso colofón, la destrucción de Jerusalén con la del Templo, extinguiéndose lo que quedaba de la nacionalidad de los judíos. El ambiente de la narración que consideramos es propio de la época, subrayando, por lo tanto, la historicidad del relato de Lucas. Frente a análogas acusaciones, la multitud llevó a Esteban al respetado Sanedrín, símbolo entonces de toda la autoridad religiosa y civil de Israel hasta donde podía ejercerse bajo los romanos. Ahora, sin embargo, la turba prefiere el rápido y seguro método del linchamiento, por el que toma la “justicia” en sus propias manos, puesto que los extremistas ya no se fían de los procesos legales del Sanedrín, donde domina la casta sacerdotal. Mucho menos se fiarían de los romanos, desde luego.

6. La intervención de los romanos (Hch 21:31-36)

Para comprender bien el desarrollo de la crisis debemos examinar una vez más el plano del Templo notando que por fuera de las murallas del Patio de los Gentiles, en la extremidad noroeste, se elevaba la fortaleza de Antonia, obra de Herodes “el Grande”. Era plaza fortísima, escenario probable del encarcelamiento de Pedro, comunicando con el Patio de los Gentiles por medio de dos escaleras que permitían que la guarnición arremetiese rápidamente contra cualquier turba levantisca allí reunida. No sólo eso, sino que centinelas hacían constantemente la ronda sobre los tejados de los pórticos de los límites norte y oeste de los patios exteriores, prontos a percatarse de cualquier revuelta. Éstos informarían inmediatamente al tribuno del intento de matar a Pablo.

En la fortaleza Antonia se mantenía siempre una nutrida guarnición bajo el mando de un tribuno, cuyos efectivos normales ascendían a mil hombres, la sexta parte de una legión romana. En la ausencia del gobernador, el tribuno era la máxima autoridad romana en Jerusalén. El puesto no era envidiable ya que los judíos tenían fama en todas partes del Imperio de ser extremadamente revoltosos y contumaces.

Oficiales como Lisias entendían poco de las cuestiones religiosas que inflamaban el fanatismo de las turbas hebreas con tanta frecuencia, pero, en este caso, el tribuno vio, como medida elemental de justicia, la necesidad de salvar la vida de una persona que linchaba la turba. Al mismo tiempo Lisias suponía que se trataba de un malhechor de alguna clase, de modo que le arrestó con el fin de someterle a la debida interrogación, toda vez que nada pudo comprender por la gritería de los judíos. La mano de Roma se extendió, pues, un tanto a ciegas, para librar al apóstol de una muerte cruel en manos de quienes le molían a palos. Tanta era la violencia de la multitud que los soldados tuvieron que llevar en vilo a su preso hacia la escalera para librarle de sus manos. Ya habrían sujetado a Pablo con dos cadenas; en este momento, pues, empieza su largo ministerio como “embajador en cadenas”.

La turba apretaba a los soldados sin cesar, levantando su grito de: “¡Fuera con él!” (o “¡Muera!”) que recuerda los gritos parecidos que otra multitud engañada y fanatizada había levantado contra el Señor de Pablo frente al pretorio de Pilato, no lejos de allí. Surge otro ejemplo de que el discípulo no es mayor que su Señor, siendo llamado a seguir sus pisadas por análogos caminos de dolor y de rechazamiento (Lc 23:18) (Jn 19:15).

7. Pablo y Lisias (Hch 21:37-40)

La multitud no pudo subir la escalera de la fortaleza en presencia de una fuerte guarnición de soldados romanos, de modo que Pablo tuvo un momento de respiro que aprovechó para dirigirse al tribuno con la pregunta: “¿Se me permite decirte una palabra?”. La pregunta era cortés y se expresaba en el griego helenístico de una persona culta. Lisias se sorprendió, pues ya había llegado a la conclusión, un tanto precipitada, de que la revuelta tenía que ver con el jefe egipcio que había capitaneado anteriormente una sublevación de sicarios, llevándoles luego al desierto (Hch 21:38). Flavio Josefo hace mención de este caso en el que un “profeta” egipcio había llevado una gran multitud a lo alto del monte de los Olivos, prometiendo librar al pueblo del poder de los romanos. Fueron sorprendidos por la guarnición romana que mató a muchos de los insurrectos, sin lograr echar mano sobre el caudillo quien huyó al desierto con los supervivientes de la intentona. Lisias, poco ducho en las cuestiones de los judíos, imaginaba que la suerte había entregado en sus manos a tan notorio personaje. La conversación con Pablo le convenció pronto de su error.

Pablo se declaró como “judío de Tarso, ciudadano de una ciudad no insignificante...”, que es un giro retórico por el que la grandeza de algo se subraya por una modesta negación de pequeñez. Ya hemos visto que Tarso era ciudad célebre por su comercio y cultura. Por el momento Pablo no hace constar su ciudadanía romana, pero sí la de Tarso, que por lo menos indicaba más que una mera residencia en la famosa capital. Lisias comprende que se trata de una persona culta y educada, pero no cae en la cuenta de que el preso es ciudadano de Roma. Frente a la hipótesis de que Pablo concedía un valor determinante a su ciudadanía romana y a la civilización grecorromana, hemos de notar que no la declara hasta que sea una absoluta necesidad para el bien de los creyentes y el adelanto de la Obra. Ser “hebreo de hebreos” era mucho más importante para el hijo de Abraham y el ex fariseo.

Dios había propuesto que Pablo diera un testimonio final a su pueblo en Jerusalén, siendo evidente que sólo sus providencias podían hacer posible que el tribuno concediera permiso al preso para que se dirigiese a la multitud. Quizás esperaba sacar más información de lo que presenciara y oyera, pero no deja de ser una notable concesión. Aún más nos asombra que se produjera “un gran silencio” en la multitud que llenaba el patio donde momentos antes todo había sido algarabía. Percibimos un elemento sobrenatural que nos recuerda el mandato del Maestro cuando tranquilizó la furiosa tempestad y el agitado oleaje del mar de Galilea diciendo: “¡Calla! ¡Enmudece!”.

Temas para meditar y recapacitar

- I. Describa el arresto de Pablo en los patios del Templo, subrayando:
 - a) Los términos de la acusación de los judíos de Asia.
 - b) El ambiente de violencia de aquellos tiempos.
 - c) La actitud de los romanos.

Pablo relata su conversión (Hechos 22:1-29)

Las líneas generales de la defensa de Pablo

¿Cómo aprovechó Pablo la maravillosa oportunidad que le fue concedida por la providencia de Dios para exponer el significado de su obra frente a una multitud que minutos antes clamaba por su sangre? Él mismo llama su discurso una “*apología*” o “*defensa*” (**Hch 22:1**), que no significa un intento de ganar el favor de los enemigos o de excusarse ante ellos, sino la exposición de su pensamiento y el porqué de sus actividades. Hemos de recordar las acusaciones de los judíos de Asia (**Hch 21:28**) y además la opinión general que de él tenían en Jerusalén como “*cabecilla de la secta de los nazarenos*” (**Hch 24:5**): un hombre hábil, pero perverso, que destruía los fundamentos del judaísmo en el Nombre de Jesús de Nazaret.

Pablo escoge en este caso el método de la confesión personal, dejando el otro tan conocido de sacar lecciones de la historia pasada de Israel. La primera parte hace historia de su vida como “*hebreo de hebreos*”, discípulo de Gamaliel y perseguidor del Camino del Nazareno. El argumento principal es el siguiente: “Si yo, que antes acaudillaba el movimiento de oposición a los nazarenos, predico hoy la Fe que antes destrozaba, ha de haber algún móvil poderoso que haya producido tal cambio. En efecto tal móvil existe y fue una intervención del Cielo, de tal categoría que ha de equipararse con las visiones que recibían los profetas del Antiguo Testamento. No pude por menos que obedecer la Voz de Dios, aun cuando me mandó fuera de Jerusalén para predicar a los gentiles”.

El discurso —después de la breve introducción— se divide en tres partes: a) La vida de Saulo de Tarso, rabino, fariseo y perseguidor de la Iglesia; b) su encuentro con el Señor, rodeado de gloria celestial, en el camino a Damasco, con la comisión posterior que se dio por medio de Ananías; c) la visión en el Templo que corresponde a la primera visita de Saulo a Jerusalén después de su conversión, cuando aprendió que los judíos de la capital habían de rechazar su mensaje y que había de ir lejos a los gentiles. Podemos suponer que Pablo planeaba una cuarta parte que explicara en qué consistía su misión por las provincias del Imperio con referencia al cumplimiento de la Promesa a Israel: algo análogo a la apología completa que presentó ante Agripa (**Hch 26:6-8,19-23**). El argumento quedó, sin embargo, inconcluso ya que la mención de una misión a los odiados gentiles bastó para romper el misterioso silencio, con el recrudecimiento consiguiente de las violentas manifestaciones de oposición al apóstol.

No parece muy diplomático en las circunstancias la mención de su misión a los gentiles del versículo 23, ya que hasta aquel punto los judíos habían prestado atención al extraño y conmovedor relato de la conversión y la comisión del apóstol; pero es de suponer que el resultado habría sido igual si la interrupción se produjese con tal motivo o por otro que no dejaría de surgir más tarde. Jerusalén era una ciudad que había sido perfectamente evangelizada en su día por la obra que se detalla en los capítulos 2 a 7 de Los Hechos. Que el nuevo mensajero fuese el antiguo perseguidor de los cristianos sólo añadió otro elemento más a la condenación en que había caído el pueblo por haber rechazado tanto al Rey mismo como a los primeros mensajeros del Señor resucitado. Pero fue preciso que el mensaje llegase a los oídos de otra generación según el ejemplo del ministerio de Ezequiel: “*Les hablarás, pues, mis palabras, escuchen, o dejen de escuchar; porque son muy rebeldes*” (**Ez 2:7**). Los judíos de aquella generación se unieron a la anterior al enviar su desdenoso mensaje de rechazamiento tras el Rey ausente: “*¡No queremos que éste reine sobre nosotros!*” (**Lc 19:14**).

El desarrollo de la defensa (Hch 22:1-21)

1. La defensa en lengua aramea (Hch 22:1-2)

Pablo dispondría de un púlpito no del todo incómodo en algún remanso de la escalera que subía a la fortaleza, desde donde dominaba perfectamente el extraño y hostil auditorio. Podemos pensar que algunos de los líderes de la nación se encontrasen entre los oyentes, ya que se dirigió a todos cortés y cariñosamente por medio de la fórmula: *“Varones hermanos y padres, oíd ahora mi defensa”*. La autoridad natural y espiritual de Pablo, el uso de la amada lengua materna, el arameo, y la súplica llena de tacto, ganaron aquellos momentos de silencio que el apóstol había de aprovechar, bajo la buena mano de Dios, para dirigir su último mensaje al pueblo de Jerusalén. El rechazamiento por parte del pueblo como tal había de ser fulminante y decisivo, pero, ¿quién sabe el fruto del inspirado mensaje en las vidas de los individuos? ¿Cambiaría el sobrino su opinión sobre su tío y sus enseñanzas por lo que oyera aquel día en el patio del Templo? **(Hch 23:16-22)**. Lucas traza lo externo de la historia, pero el fruto del testimonio del siervo de Dios sólo se verá en *“aquel día”*.

2. El origen y el entrenamiento de Saulo de Tarso (Hch 22:3)

Pablo habla a los judíos como uno de ellos. Reclamó los derechos de su ciudadanía gentilicia sólo cuando fue preciso hacerlo, pero se recrea él mismo recordando las etapas de su vida como *“hebreo de hebreos”*. Lo importante de su primera declaración es que era judío y hebraísta, y si bien había nacido en la ciudad de Tarso, no le interesa destacar aquí la fama de la gran ciudad universitaria de Cilicia, sino pasar en seguida al hecho de que, aun siendo nacido en una colonia de la Dispersión, había sido criado en Jerusalén, instruido a los pies de Gamaliel conforme al rigor de la ley de los padres. Se presenta como de Jerusalén por elección, entrenado en el pleno significado de la Ley —según la entendieron los judíos de entonces— por el más célebre de los rabinos de aquellos tiempos, Gamaliel **(Hch 5:34-39)**.

La frase *“a los pies de Gamaliel”* se refiere a la costumbre de sentarse los rabinos enseñadores en una tribuna alta, colocándose los discípulos en el suelo delante de ellos, casi literalmente *“a sus pies”*. Los sacerdotes y rabinos del Sanedrín podían despreciar a Pedro y a Juan por no haber sido entrenados en la Ley, a pesar de quedar asombrados ante la manera de portarse y explicarse unos “laicos” como ellos **(Hch 4:13)**; pero en el caso de Pablo todo era diferente, ya que había sobresalido por sus aptitudes en la más rigurosa disciplina que ellos mismos conocían. Había sido de ellos, y hablaba “su idioma” **(Ga 1:14)**.

El joven Saulo no sólo se había entrenado *“conforme al rigor de la ley de nuestros padres”* —frase que hemos de distinguir de *“la Ley de Dios”*—, sino que él mismo había sido *“celoso de Dios”*. La frase tiene el colorido del Antiguo Testamento, ya que Dios había de ser el único, siendo celoso de su honor frente a las pretendidas divinidades que seducían a tantos del pueblo, esperando que sus siervos fuesen igualmente celosos en su causa. Saulo pensaba en el Camino de los nazarenos como algo diferente de la norma, una doctrina herética que hacía competencia con lo que creía saber de Dios, y por ende se quemaba en celo por el Dios de sus padres. Con exquisito tacto y humildad reconoce que los hombres que querían lincharle se sentían movidos por el mismo celo que él tuvo de joven **(Hch 22:23)**.

Recordemos que si Pablo enfatiza tanto estos aspectos de su juventud es para hacer resaltar que sólo una intervención divina pudo haber cambiado el celoso rabino en un apóstol de Jesucristo.

3. Saulo, el perseguidor de los nazarenos (Hch 22:4-5)

La funesta labor perseguidora de Saulo en Jerusalén se resume en unas cuantas palabras llenas de dramatismo y patetismo, ya que el verdugo de entonces se sentía después tan íntimamente ligado con los hermanos y hermanas que habían sufrido bajo su mano: una mano hecha cruel por el ardor del fanatismo: *“Perseguía yo este Camino hasta la muerte, prendiendo y entregando en cárceles a hombres y mujeres”*. La terrible pesadilla de Pablo, el apóstol de Cristo, se hace patente ante la multitud que aún respiraba su propio espíritu homicida de entonces (**Hch 9:1-3**) (**Hch 26:9-11**) (**1 Co 15:9**) (**1 Ti 1:13**) (**Ga 1:13**) (**Fil 3:6**).

Pablo apela a los recuerdos del sumo sacerdote y a los miembros del Sanedrín como comprobación de los hechos que expuso delante de una nueva generación. Desde luego, el sumo sacerdote del momento de su defensa aquí no sería el mismo que había autorizado la persecución de los santos en Jerusalén, ya que se habían producido diversos cambios durante los veintidós o veinticuatro años de tan largo intervalo. Con todo, no sólo los viejos, sino los contemporáneos suyos de aquellos días, recordarían muy bien los hechos que manifestaba y que constaban además en los anales del Consejo.

Pablo pasa rápidamente a la segunda fase de su carrera como perseguidor; su ansia de poner freno a las actividades de los nazarenos entre la Dispersión, empezando con la ciudad de Damasco (**Hch 9:2**). Además de subrayar aún más su celo perseguidor, este incidente sirve para introducir la asombrosa intervención del Señor que cambió toda su vida.

4. El encuentro con Jesús el Nazareno (Hch 22:6-11)

Los pormenores del encuentro de Saulo con el Señor glorificado y el significado de ellos se han tratado ya en las notas sobre (**Hch 9:3-6**) y no necesitan repetirse en este lugar. La hermosa expresión por la que Saulo rindió su voluntad al Señor —*“¿Qué haré, Señor?”*— es una bella pincelada que completa la historia interna de la conversión de Saulo y que encaja perfectamente en esta *“defensa”* que quiere hacer ver a los judíos el porqué del gran cambio. La gloria señalaba la presencia de Dios. Las palabras *“Yo soy Jesús”* identificaban a Jesús de Nazaret con el Señor de la gloria. Por celoso y fanático que había sido el joven líder del judaísmo, no pudo por menos que rendirse ante la misma Autoridad que había formulado la Ley y comisionado a los profetas.

La luz celestial no consistía en una iluminación interna y subjetiva, ya que los acompañantes de Saulo *“vieron la luz”* aunque no entendieron las palabras de la comunicación celestial (**Hch 22:9**) (**Hch 9:7**). Testigos había que podían testificar de la realidad histórica del hecho si querían hacerlo, como también de la ceguera temporal de Saulo, a quien habían tenido que llevar por la mano al entrar en Damasco (**Hch 22:11**).

5. La comisión que recibió por boca de Ananías (Hch 22:12-15)

La importancia de la intervención de Ananías como instrumento para comunicar los términos de su comisión a Pablo se puso de relieve en las notas sobre el capítulo 9, y solamente es preciso hacer ver aquí la conveniencia de destacar las actividades de Ananías como mensajero del Señor en el curso de esta defensa ante los judíos, ya que era conocido entre la colonia judaica de Damasco como *“un hombre piadoso según la Ley”*, que quiere decir que observaba las *“costumbres”* del pueblo, sin que por ello sacrificara nada de su fidelidad al Señor. Tal figura evocaría la simpatía de los judíos, disponiéndoles a seguir escuchando el relato del “renegado”.

Como veremos al considerar el testimonio de Pablo frente a Agripa (**Hch 26:12-18**), Pablo no menciona la intervención de Ananías para nada en su apología frente al rey y los

gentiles, sino que abrevia el relato de las circunstancias como si el Señor glorificado le comunicara sus órdenes mientras se hallaba postrado en el suelo del camino. La razón es obvia, pues la intervención del piadoso varón de Damasco, que despertaría las simpatías de los judíos, no significaría nada para los aristócratas de Israel. La esencia de la historia es igual en todos los casos, y suponemos que nadie ha de pensar que variantes que dependen de la necesidad de detallar o abreviar la historia según las circunstancias puedan afectar la verdad de los hechos o el proceso de inspiración.

La comunicación que Ananías recibió del Señor sería amplia y la expresaría con una abundancia de palabras que no podrían hallar cabida en los resúmenes de **(Hch 9:15-17)** **(Hch 22:14-15)** y **(Hch 26:16-18)**. Todas las frases de cada resumen subrayan algún elemento de la comisión total que se comprenderá en su conjunto por tomar en consideración los análisis que adelantamos en cada caso.

a) La preordenación de Pablo como apóstol **(Hch 22:14)**. La primera frase de la comisión aquí la enlaza con la preordenación del *“Dios de nuestros padres”*. No fue algo extraño a la revelación que Dios había dado por medio de Israel, sino otro momento de la misma. La traducción de la Vers. H. A. —*“te ha designado de antemano”*— intenta dar el sentido exacto del verbo *“procheirizomai”*, o *“señalar anteriormente con la mano”*, que viene a ser igual a la designación de Saulo como *“vaso de elección”*, separado, según su propia frase, desde el seno de su madre para la misión que había de realizar **(Ga 1:15)**. Compárese con el verbo *“cheirotoneo”*, designar con la mano, que comentamos en las notas sobre **(Hch 14:23)**.

b) El conocimiento de la voluntad de Dios **(Hch 22:14)**. Fue elegido Saulo *“para conocer la voluntad de Dios”*, lo que significa que había de recibir por revelación un conocimiento especial de los propósitos de Dios. El tema fundamental sería la Persona y Obra de Cristo, el Evangelio de la gracia de Dios y la formación de la Iglesia. La breve frase ha de interpretarse a la luz de lo que Pablo manifiesta en tantos lugares sobre el depósito de verdad que él, como apóstol, recibió del Señor **(Col 1:25-29)** **(Ef 3:1-13)** **(2 Ti 1:8-12)**.

c) La visión del Justo **(Hch 22:14)**. *“El Justo”* es un título mesiánico que ya hemos encontrado en **(Hch 3:14)** y **(Hch 7:52)**. Compárese con **(1 Jn 2:1)**. Los apóstoles del Señor tenían que haberle visto realmente recibiendo de él mismo su especialísima comisión. Por eso Pablo recalca en **(1 Co 15:7-8)**, como parte integrante de las pruebas de la Resurrección de Cristo en relación con su propio apostolado: *“Apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles, y el postrero de todos... me apareció a mí”*. Compárese con **(Ga 1:15-16)**. La visión primordial fue la del camino a Damasco, que no excluye manifestaciones sucesivas de su Persona que el Señor concediera a su siervo.

d) La voz del Justo **(Hch 22:14)**. *“Oír la Voz de su boca”* es una frase muy expresiva que recalca la comunicación personal del Señor a su apóstol. El testigo apostólico no podía obrar por medio de poderes derivados de segunda o tercera mano, puesto que a él (y a sus compañeros del apostolado) les correspondía colocar una vez para siempre el fundamento doctrinal de la Iglesia.

e) EL amplio testimonio del apóstol **(Hch 22:15)**. En este resumen no se hace distinción entre judíos y gentiles, ni hay mención de gobernadores y reyes, sino que se destaca el alcance universal del testimonio: *“Serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído”*. Reiteramos el pensamiento que se destacó de la consideración de rutas de los viajes primero y segundo: si bien Pablo se valía de las conveniencias del mundo grecorromano para el adelanto del Reino, no se sentía limitado por ninguna consideración de mera *“civilización”*, ya que idealmente el Evangelio había de darse a conocer por su ministerio *“a toda criatura que está debajo del cielo”* **(Col 1:23)**.

6. El bautismo de Pablo (Hch 22:16)

Lucas nota el hecho del bautismo de Saulo en (**Hch 9:18**), pero el apóstol mismo lo destaca con especial solemnidad en su resumen aquí al citar las palabras de Ananías: *“Ahora pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su Nombre (del Señor Jesucristo)”*. El imperativo *“bautízate”* se halla en la voz media en el griego, y, por lo tanto, podría traducirse por *“bautízate a ti mismo”*, que algunos han citado para justificar el “auto bautismo”. Pero es igualmente admisible la traducción: *“Hazte bautizar (en beneficio de ti mismo)”* que es lo que requiere tanto el contexto como la analogía del mandato en otros lugares y la manera de llevarlo a cabo por la mano de algún siervo de Dios.

Queda otro problema relacionado con la frase *“y lava tus pecados”*. ¿Es que el bautismo tiene virtud en sí para limpiar pecados? Todo el tenor de las Escrituras insiste en que sólo la sangre de Jesucristo —el valor de su Obra expiatoria en la Cruz—, es eficaz para limpiar los pecados, y hemos de entender tal *“limpieza”* como una metáfora que señala que Dios, por medio de la Obra de Cristo, ha hallado el remedio para el problema de los pecados, lo que hace posible que otorgue el perdón al alma contrita que confía en Cristo. Si se busca una analogía en (**Tit 3:4-7**) (es importante que se lea todo el contexto, y no sólo una frase entresacada de (**Tit 3:5**), veremos que la salvación mana del amor y de la misericordia de Dios, por medio de la Obra de Cristo y las operaciones del Espíritu Santo, por lo cual el *“lavamiento”* procede de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, y no la regeneración de lavacro bautismal alguno. La doctrina fundamental queda intangible, pues, y frente a la frase que nos ocupa hemos de recordar en primer término que en los tiempos apostólicos la señal del bautismo se hallaba tan íntimamente enlazada con la manifestación del arrepentimiento y la confesión de la fe que a veces la mención de la señal bastaba para presentar la actitud espiritual que simbolizaba: actitud que de hecho unía al alma con Cristo en una nueva relación salvadora. Véase las notas sobre (**Hch 2:38**).

En el caso de Pablo había más que eso, ya que se había destacado como enemigo acérrimo del Nombre de Cristo, cargando su conciencia con el horrible crimen de perseguir al Señor en la persona de los miembros de su Cuerpo místico. Por el acto del bautismo había de separarse públicamente de sus crímenes pasados, declarando en efecto: *“El viejo Saulo, enemigo de Cristo, ha muerto. El nuevo Saulo, unido con Cristo, confiesa con dolor los pecados pasados, y se desasocia completamente de ellos, bautizándose en el Nombre que antes rechazaba y que ahora invoca con gratitud y amor”*. Por medio del bautismo Saulo manifestó su unión espiritual tanto con Cristo como con todos los suyos que antes había perseguido. Delante de todo aquel que presenciara su bautismo, o supiera del acto, *“se lavaba”* de todo el significado de su antigua vida de perseguidor y de enemigo de Cristo.

7. La visión en el Templo (Hch 22:17-21)

Llegamos aquí al tercer movimiento del discurso, que seguramente no había de ser el último en el pensamiento de Pablo pero que llegó a serlo porque su discurso se cortó al renovarse el tumulto en el patio del Templo. Ya hemos notado que parece extraño que el apóstol hubiese narrado en este preciso momento un incidente que no podía por menos que volver a excitar las pasiones nacionalistas de la turba, pero bien podemos comprender su valor como parte de un testimonio general, y echa mucha luz sobre los movimientos y planes del apóstol, ya que, desde la fecha de su primera visita como cristiano a Jerusalén, supo por una revelación del mismo Señor que su testimonio no sería acepto en la capital y que su misión era la de ir lejos a los gentiles.

8. El éxtasis (Hch 22:17)

Una visión que Pedro recibió en un estado de éxtasis determinó la apertura de la puerta del Reino a los gentiles (**Hch 10:9-16**) y otra que Pablo recibió en igual estado le señaló el camino a seguir aun cuando había de esperar años antes de que el Espíritu indicara la hora de emprender las campañas de evangelización por las provincias del Imperio (**Hch 13:1-4**). Como en el caso de Pedro, estaba orando cuando cayó en el estado extático, y podemos pensar que rogaba al Señor que sus crímenes pasados, como perseguidor de la Iglesia, se volviesen en bien como medio para subrayar su testimonio frente a los judíos de Jerusalén.

9. El mandato (Hch 22:18)

Pablo volvió a ver al Señor en esta ocasión: *“y le vi que me decía...”*. El encuentro en el camino a Damasco había iniciado una serie de visiones, por las que el Señor se revelaba a su siervo. El mensaje en esta ocasión no era grato, bien que no excluía el intento de testificar a los judíos siempre que hubiera oportunidad. Por otra parte puede considerarse como epílogo y aclaración de la comisión ya recibida, pues señalaba en términos generales que el testimonio apostólico en Jerusalén correspondía a otros, mientras que Pablo había de ser el apóstol a los gentiles por antonomasia. Estas directrices del Señor habían de ir aclarándose por el proceso histórico, ordenado por la providencia de Dios y vitalizado por las energías del Espíritu Santo, sobre todo por el poder apostólico que se iba manifestando en Pablo durante el primer viaje. Todos llegaron a reconocer el hecho ya evidente, de modo que al referir las consultas en Jerusalén, Pablo puede decir: *“Viendo que se me había confiado el Evangelio de la incircuncisión, como a Pedro el de la circuncisión... Jacobo, Cefas y Juan nos dieron a mí y a Bernabé la mano en señal de comunión”* (**Ga 2:9**).

El hecho de que Pablo saliera de Jerusalén después de la primera visita, por consejo de los hermanos que veían que peligraba su vida a causa de su valiente testimonio entre los judíos helenistas (**Hch 9:29-30**), no discrepa en lo más mínimo del relato de Pablo aquí, puesto que las indicaciones secretas del Señor a su siervo se iban confirmando por los mismos acontecimientos como también por la comprensión de sus hermanos. De igual forma, en la ocasión de otra visita, las discusiones en Antioquía que determinaron la subida de Pablo y Bernabé a Jerusalén sobre la cuestión de la circuncisión de los gentiles, no excluyen el hecho de que subiera *“por revelación”* (**Hch 15:1-3**) (**Ga 2:2**). *“Apresúrate y sal pronto de Jerusalén”*, fue el mandato del Señor, y la oposición de los judíos helenistas confirmó circunstancialmente la necesidad que había revelado el Señor.

10. El recuerdo de Esteban (Hch 22:19-21)

Santos varones que vivían en una hermosa intimidad espiritual con su Señor se atrevían a veces a razonar con él, ya que era evidente que no lo hacían en espíritu de rebeldía sino con el fin de entender mejor el pensamiento de su Señor. Así fue en el caso de Abraham, cuando intercedía por Lot y los suyos; así también en el de Ananías de Damasco al recibir el mandato de visitar a Saulo; y pensamos también en la exclamación de Pedro al ver los animales en el lienzo al presentársele la visión en Cesarea. Pablo sentía grandes anhelos de que su historia pasada fuese un medio de convencer a sus compatriotas de la realidad de la nueva revelación; para subrayar su petición delante del Señor cita el caso de su consentimiento al martirio de Esteban, a pesar de las punzadas de su conciencia. Al exponer tal recuerdo en la mística conversación con el Señor en el Templo, revela una vez más la honda impresión que el último testimonio de Esteban había dejado en el ánimo de quien presidía el crimen realizado en el nombre de la justicia y de la Ley de Dios. El hecho de referirlo todo a la multitud recalca la intención primordial de esta apología: demostrar que un cambio tan radical tenía que haber obedecido a claras instrucciones del Cielo.

Todo era en vano. La mención de la amplia comisión de Pablo que el Señor reafirmó en el Templo renovó en las entenebrecidas mentes de los judíos fanáticos el odio en contra de aquel que se atrevía a anunciar un mensaje de esperanza a los incircuncisos, sin que éstos hubiesen pasado por la puerta de Israel; lo que de más tenía que decirles el testigo del Señor fue ahogado por el clamor desenfrenado de la turba asesina.

El epílogo del discurso en los patios del templo (Hch 22:22-29)

1. La furia de la multitud (Hch 22:22-23)

No es necesario reiterar el significado del renovado clamor, de los gritos de “*¡Quita de la tierra a tal hombre!*”, y de la furiosa reprobación simbolizada por tirar las ropas y echar polvo al aire. Fue un rechazamiento rotundo y final del testimonio de Pablo en Jerusalén: otro en la serie de tales actos que pasan de la repulsa de los mensajes proféticos por los habitantes de Jerusalén de antiguo al clímax de la negación del Señor mismo, seguida por el martirio de Esteban. Se oirá aún en Jerusalén la voz más apagada de Jacobo el Justo, conjuntamente con la de los “*celosos de la ley*” en la comunidad cristiana, pero no pasará ya mucho tiempo antes de que los duros de cerviz de Jerusalén quiten de en medio aun el austero testimonio de Jacobo. El ambiente de los capítulos 21 al 23 de Los Hechos presagia la gran rebelión de los judíos en contra de Roma que traerá el cumplimiento de la primera fase de las predicciones de juicio que el mismo Señor pronunció sobre el pueblo rebelde (**Lc 21:20-24**) (**Lc 23:27-31**).

2. La orden de Lisias (Hch 22:24-25)

Lisias no habría comprendido nada del discurso ya que se pronunció en arameo, pero, presenciando la extraña calma seguida por renovadas manifestaciones de violenta oposición a la persona de Pablo, no pudo por menos que pensar que se trataba de alguien que había infligido grave daño al pueblo, a pesar de saber el griego y de expresarse con cortesía. Según las bárbaras ideas de entonces —que no se han olvidado del todo en el mundo de hoy—, la manera más expedita de sacar confesiones era la de someter al preso al suplicio. Sin duda Lisias quedó hondamente disgustado por haber permitido el discurso que sólo sirvió para renovar el alboroto, de modo que no estaba de humor para emprender las investigaciones normales según el procedimiento legal de los romanos. Tengamos en cuenta que el intento de sacar confesiones por medio del suplicio se limitaba a los esclavos y a los criminales, personas sin personalidad jurídica.

El castigo que mandó aplicar a Pablo fue el del terrible látigo romano, muy diferente de los azotes que había recibido en las sinagogas y por orden de los magistrados de Filipos (**2 Co 11:23-25**). El “*horribile flagellum*”, como lo llamara Horacio, se aplicaba con correas provistas de pedazos de metal o de hueso de corte irregular, de modo que los golpes laceraban la carne de las espaldas y lomos de forma espantosa. Con frecuencia la víctima moría bajo tales azotes, o quedaba inutilizada para toda la vida. Antes de aplicarse el tormento, la víctima era tendida o estirada. Tal fue el suplicio que soportó el Señor en el pretorio de Pilato en la vertiente oeste del monte del Templo, no muy lejos de la fortaleza de Antonia.

3. Pablo hace valer su ciudadanía romana (Hch 22:25-29)

Parece ser que Pablo resiste hasta el último momento, aún hasta verse ya tendido para el suplicio, antes de decidirse a reclamar sus derechos como ciudadano del Imperio. No creemos que esta decisión, con la posterior de apelar a César, demuestre un cambio de estrategia después de comprobar el furioso rechazamiento de su mensaje por parte de los

judíos de Jerusalén, ya que demoró la declaración de igual modo en Filipos, llegando a hacer valer sus derechos únicamente cuando comprendió la conveniencia de ello para la protección futura de la familia cristiana (**Hch 16:36-39**). En la fortaleza de Antonia entiende que su capacidad para el servicio ha de terminarse, o menguarse mucho, si pasa por la horrible experiencia del látigo, y por ello cree que el momento ha llegado de valerse de la protección del poder de Roma. Dijo, pues, al centurión que dirigía la bárbara operación: “¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano que no ha sido condenado?”. El efecto fue inmediato. El centurión se apresuró a avisar al tribuno, ya que las leyes romanas (las valerianas y porcianas) prohibían estrictamente que un ciudadano romano fuese azotado, o aun “*tendido*” de la manera en que lo habían hecho con Pablo. Podía ser encadenado al soldado de la guardia, pero eso no suponía la vergüenza y la degradación física y moral del proceso que hemos descrito. Reiteramos que el apóstol se entregó enteramente al Señor y a la extensión de su Reino, utilizando o dejando de utilizar las conveniencias humanas según las exigencias de su magna obra, sin concederles mayor importancia.

4. El ciudadano nato (Hch 22:27,29)

El tribuno acudió solícito para investigar el caso, ansioso de librarse de mayores responsabilidades. La conversación entre el oficial y el preso es interesante, pues se destaca la categoría social superior de éste. “¿Eres tú ciudadano romano?” —dice Lisias en efecto— “yo con una gran suma adquirí esta ciudadanía”. Habían llegado los tiempos en que tal privilegio podía comprarse, pero se vendía caro aún, ya que los derechos y privilegios de la ciudadanía se restringían todavía a una minoría privilegiada y aristocrática. Pablo pudo responder: “Yo la tengo por nacimiento”, que demuestra que o su padre u otro antecesor había prestado tales servicios al Imperio que había sido premiado por la concesión de tan codiciado honor. Ser “*esclavo de Jesucristo*” era un honor infinitamente más elevado en el concepto del apóstol, pero como libre podía usar de su libertad para glorificar al Señor (**1 Co 7:21**) así al ciudadano romano le era lícito valerse de su ciudadanía para el adelanto del Reino de Dios.

No sabemos cómo Pablo pudo aportar pruebas de la veracidad de su declaración, pero evidentemente Lisias quedó convencido del hecho y aun tenía temor por haberle atado, ya que tal atropello habría podido dar lugar a una denuncia.

5. La nueva condición de Pablo

De aquí en adelante veremos a Pablo como preso, a la disposición de la justicia del Imperio pero, a la vez, disfrutando de los privilegios que correspondían a la condición social que había declarado y que le fue reconocida. “*Ligado yo en Espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer*” (**Hch 20:22-23**), pero a través de cada jornada experimentaba el auxilio del Señor, llegando por circunstancias tan extrañas a cumplir su misión de testificar por su Señor como “*embajador en cadenas*”.

Temas para meditar y recapacitar

1. Haga un resumen de la defensa de Pablo desde la escalera de la fortaleza Antonia, notando especialmente: a) El ambiente judaico y la medida en que adaptaba su discurso a la finalidad de captar las simpatías de su auditorio; b) la luz adicional que esta defensa echa sobre su conversión y su comisión; c) el significado de la visión en el Templo; d) el efecto que produjo en la multitud el relato de la visión.
2. Discurra sobre Pablo como “*ciudadano romano*” y el uso que hacía de sus privilegios.

Pablo ante el Sanedrín judío (Hechos 22:30-23:35)

Aspectos generales de su proceso ante el Sanedrín

Empezamos el estudio de otra porción que también ha suscitado una gran variedad de comentarios de parte de los expositores, y de nuevo notamos la tendencia de criticar a Pablo con distintos grados de severidad por su actuación delante del Consejo y tribunal supremo de su pueblo. Conviene, sin embargo, que mantengamos nuestro respeto ante las decisiones de un apóstol, siempre que la misma Palabra no las condene. En este caso, la extraña sesión del Sanedrín tiene por epílogo otra visión que se concede a Pablo, en la que el Señor le anima, alaba su testimonio en Jerusalén y confirma la necesidad de repetirlo en Roma. Hay “salidas verbales” del apóstol que nos extrañan, pero debemos tener en cuenta que Lucas no las narra para dar pábulo a críticas y que el mismo Señor indica más bien su aprobación. Hoy toca, pues, tratar de adentrarnos en el significado de esta comparecencia de Pablo ante el Sanedrín, meditando los extraños factores que, sumados todos, componen el cuadro total.

1) No había posibilidad humana de una sentencia absolutoria de parte de este tribunal, que había condenado al mismo Señor, a Juan, a Pedro y a Esteban, prestando su apoyo también a Herodes Agripa I cuando persiguió la Iglesia (**Hch 12**). Como notaremos más abajo, la casta sacerdotal había perdido todo prestigio y representaba una infame tiranía del pueblo de Dios. Como lejano reflejo del ministerio del Señor Jesucristo durante la semana anterior a la Crucifixión, que condenaba a sus “jueces”, Pablo también condena al tribunal —mucho más envilecido en su día— manteniendo en el terreno personal su propia limpieza de conciencia y en el terreno doctrinal la verdadera “*esperanza de Israel*” que los saduceos racionalistas negaban.

2) Lisias había convocado al Sanedrín a los efectos de una interrogación que echara luz sobre el caso de Pablo. Si los líderes lo convirtieran en sesión judicial y pronunciaran sentencia condenatoria, entonces habrían conseguido poder legal sobre el preso, ya que Roma respetaba las decisiones del Consejo en el terreno religioso. Al adelantar la gran doctrina de la resurrección —fundamental tanto para los fariseos como para los cristianos— Pablo evitó tan funesto resultado, pues es claro que si le hubiesen retenido en Jerusalén habrían procurado su muerte por cualquier medio. Pablo declaró su ciudadanía romana con el fin de librar su cuerpo de algo que le habría incapacitado para el servicio del Maestro; se declaró fariseo con el fin de plantar la bandera de la “*esperanza*” en medio de la ciudadela del judaísmo, salvándose al mismo tiempo de una situación que habría dado fin a su testimonio apostólico. ¿Podía haber otros medios para conseguir todo eso más conformes al Espíritu del Maestro? Posiblemente, pero no lo sabemos y el hecho es que, en la providencia de Dios y viviendo en íntimo contacto con su Señor, Pablo escogió aquellos que se detallan en esta porción, lo que debiera bastar al estudiante reverente de las Escrituras.

La sesión del consejo (Hch 22:30-23:10)

I. Lisias convoca al Sanedrín (Hch 22:30)

Fue, sin duda, un hecho que humillaba profundamente el orgullo de los judíos que un tribuno del Imperio tuviese atribuciones para obligar a los “*padres*” del pueblo que se juntasen, pero no tenían más remedio que someterse. No hemos de deducir que Lisias entregara a su preso —ciudadano romano— al juicio del Consejo judío, pues lo único que

consta es que quería aclarar la clase de acusación que se formulaba en contra de Pablo (**Hch 23:28-29**). Parece seguro que él mismo estuviera presente, y por eso pudo por fin librar a su preso de la violencia de los partidos (**Hch 22:30**) (**Hch 23:10**).

2. La composición del Sanedrín

Véanse notas sobre (**Hch 4:5-6**). La casta de los sacerdotes superiores tenía derechos hereditarios formando así una oligarquía dominante gracias a su posición en relación con el Templo. Los “*ancianos*” eran rabinos, reconocidos por ser enseñadores de las “escuelas” de Jerusalén. Los más de los escribas eran del partido de los fariseos, pero los saduceos también tenían sus expertos legales. Antes, Pablo había ocupado su asiento como rabino pero ahora se halla en medio del semicírculo, en el lugar de Esteban, contra quien había emitido su voto.

Le tocaba a Ananías presidir, pero hubo además varios ex sumos sacerdotes; por ser la reunión más bien irregular, no es seguro que hubiese presidido aquel día (compárese el caso de Anás, (**Jn 18:13**). Este Ananías, hijo de Nedebeo, era (según Flavio Josefo) el peor tipo de pontífice tiránico, bien conocido por haberse enriquecido a expensas tanto del pueblo como de los mismos sacerdotes. Con todo —quizá por la ayuda de su dinero—, sabía congraciarse con los romanos, manteniéndose en su alto puesto por doce años y librándose de varias acusaciones que se habían formulado contra él. No tenía escrúpulo alguno, y empleaba por igual la espada de los asesinos como el soborno para llevar a cabo sus nefandas maquinaciones. Hemos de tener todo esto en cuenta al formular un juicio sobre la fuerte expresión de Pablo en el versículo 2.

3. Pablo ante el Consejo

Pablo no era ningún galileo “*ignorante y sin letras*”, como bien sabían sus jueces reunidos aquel día. Él “hablaba su idioma”, conocía al dedillo sus costumbres, era célebre por sus conocimientos de la Ley, discernía todos los terribles fallos de doctrina y de rectitud detrás del solemne aparato del Sanedrín. Ni siquiera les llama “*padres*” en este caso, sino únicamente “*varones hermanos*”. Es el destacado rabino fariseo, vuelto propagandista nazareno, que comparece en la Sala de Audiencia del Sanedrín, al oeste del área del Templo. Es preciso recordar estos hechos si hemos de apreciar el significado de la escena y el desarrollo violento de la sesión. Desde el primer momento se nota la “tensión” del ambiente y el choque entre iguales, pues el paso de los años no había hecho sino profundizar su desprecio de fariseo ante los saduceos de la casta sacerdotal, que no sólo habían condenado a Cristo sino que deshonraban las elevadas profesiones del judaísmo.

4. La buena conciencia de Pablo (Hch 23:1)

Según el relato de Lucas (necesariamente abreviado) podríamos creer que Pablo mismo iniciara el procedimiento, afirmando que había “*vivido como ciudadano con buena conciencia*” hasta aquel día en que el Sanedrín pretendía juzgarle. Es posible, sin embargo, que la sesión se inaugurara de forma más regular y que Pablo hablara así en el primer momento de su defensa. La exclamación cae bien como principio de una apología. ¿Hay manifestación de orgullo, de suficiencia propia, en esta declaración? No lo creemos así. No tiene nada que ver con la actitud de Pablo frente a su Dios, pues reiteradamente hace ver la nulidad de toda pretensión humana y la necesidad “total” de Cristo; pero no es ajeno al lenguaje de Pablo hacer constar la rectitud de sus intenciones al vivir y servir “como ciudadano” (el verbo es “politeuo”) frente a sus semejantes. La “conciencia” es el íntimo conocimiento interior que vigila las acciones del individuo, siendo posesión peculiar del hombre como agente moral. Una “buena” o “limpia” conciencia, pues, es una que no acusa a su dueño de haber obrado en contra de la luz que ha recibido. En este sentido, Saulo obraba así aun como perseguidor, pero típicamente apela a su fidelidad a la luz

recibida durante su servicio cristiano, bien que deja todo juicio final en las manos de su Dueño: *“Porque nada sé contra mí mismo; pero no por eso soy justificado, mas el que me juzga es el Señor”* (1 Co 4:4) (1 Ti 1:5,19) (1 Ti 3:9) (2 Ti 1:3). Ante la multitud (y quizá ante el Sanedrín en palabras que Lucas no ha narrado) Pablo habló de la Voz que procedió de la Luz del Cielo y la *“buena conciencia”* consistía en no ser rebelde a la visión celestial.

5. Pablo y Ananías (Hch 23:2-5)

El infame Ananías mandó a los circunstantes que hiriesen a Pablo en la boca; una orden contraria tanto a la letra como al espíritu de la legislación judaica, que consideraba inocente al acusado hasta que fuera juzgado como culpable. En su contestación Pablo no sólo es el instruido rabino, sino también el heredero de los profetas del Antiguo Testamento, que tenían por misión denunciar la maldad de los jefes de su pueblo. *“¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada!”* tiene algo de predicción, además de denuncia profética, ya que este pontífice infame fue asesinado en circunstancias humillantes en el año 66, segando lo que tantas veces había sembrado.

Es natural hacer la comparación entre el caso de Pablo y la del Maestro (Mt 26:59-68) (Mr 14:60-65) (Lc 22:62-64), ya que éste *“no abrió su boca”*; pero cada siervo de Dios recibe su propio testimonio, y si recordamos las denuncias del Señor en contra de los falsos guías del pueblo en (Mt 23:13-39), no hallaremos que el “estallido” de Pablo se aparte de las normas del Maestro. En lo moral halla su equivalencia en las denuncias apostólicas frente al malvado Simón (Hch 8:20-23) y Elimas el engañador (Hch 13:9-11).

Pero Pablo, en perfecta consonancia con el ambiente que respiraba en aquellos momentos, se mostraba muy respetuoso aun con la letra de la Ley, de modo que, al serle recordado que se trataba del sumo sacerdote, retractó sus palabras, ya que (Ex 22:28) prohíbe que se hable mal de un príncipe del pueblo.

¿Cómo pudo Pablo decir que no sabía que Ananías fuese sumosacerdote? Desde luego, por el paso de los años, no tenía por qué reconocerle personalmente, pero si presidía la sesión era obvio que fuese sumosacerdote, o por lo menos *“príncipe del pueblo”*. Ya hemos notado que la sesión era especial, y que las reglas normales de la presidencia podrían alterarse, pero quizá es mejor tomar en cuenta que esta palabra traducida *“saber”* o *“conocer”* en el Nuevo Testamento quiere decir a veces *“reconocer oficialmente”*, tratándose de personas que son perfectamente *“conocidas”* como personas. Así Pablo exhorta a los tesalonicenses que *“reconozcan”* (*“respeten”*) a los siervos del Señor que trabajan entre ellos y los presiden (1 Ts 5:12), siendo el verbo igual a éste de (Hch 23:5), de modo que es posible que Pablo no quería significar que no le *“conocía”*, sino que había caído en falta por no *“reconocer”* o *“respetar”* su categoría oficial.

La división del Sanedrín (Hch 23:6-10)

I. “Yo soy fariseo” (Hch 23:6)

De nuevo notamos que tenemos delante una narración abreviada, lo que permite la posibilidad de haber mediado alguna acusación contra el apóstol, contestando éste por alegar su comisión divina, juntamente con su fidelidad a la revelación del Antiguo Testamento. En el curso de su defensa Pablo vio que la presencia de numerosos rabinos de la secta de los fariseos le ofrecía la posibilidad de recalcar la doctrina fundamental del Evangelio y, a la par, imposibilitar un veredicto de culpabilidad.

Aparte estudios serios de la cuestión, causa cierta confusión notar que las referencias a los fariseos en Los Hechos sean más o menos laudatorias, en marcado contraste con la

fuerte condenación de la secta que hallamos en boca del mismo Señor en los Evangelios. ¿Se habían empeorado los saduceos o se habían mejorado los fariseos? Más probable es que las dos sectas hubiesen sufrido un proceso de degeneración después de rechazar a su Mesías; la diferencia, pues, no estriba en esto sino en la naturaleza del testimonio del Maestro en los Evangelios comparado con el de los apóstoles en los Hechos. Cristo hacía ver la verdadera naturaleza interna y espiritual del Antiguo Testamento, que se manifestaba en su Persona y Obra. Por eso chocaba con los fariseos, que, en su celo por la Ley, la cercaban con la barrera de sus tradiciones externas, creyendo que Jesús atacaba la Ley, cuando de hecho no atacaba sino la mala interpretación de ella. Hemos de pensar que la numerosa secta incluía en sus filas, no sólo a los hipócritas, que se escudaban tras su pretencioso externalismo, sino también a almas sinceras que esperaban al Señor, tales como Nicodemo y José de Arimatea. Lo mejor del judaísmo, sin duda alguna, se encontraba dentro de la secta de los fariseos, hallándose en ella doctrinas que, aparte la esterilidad de la *“tradicón”*, surgían del sentido profundo del Antiguo Testamento y se enlazaban con la revelación completa del Nuevo Testamento.

En cambio los saduceos eran racionalistas y materialistas, que hacían un “negocio” de la religión, sin admitir esperanza alguna más allá de la tumba. Sobre todo rechazaban a *“espíritus”* (fuesen humanos o angelicales) y se reían de la *“resurrección”*. Rechazaban, en fin, las doctrinas que se habían madurado durante el fructífero período profético, alegando que los “misticismos” de los fariseos y de los cristianos no se hallaban en la Ley de Moisés. El profesor F. F. Bruce ha escrito: “Un saduceo no podía hacerse cristiano sin abandonar la teología distintiva de su partido; en cambio un fariseo podía llegar a ser cristiano sin dejar de ser fariseo; por lo menos durante las primeras décadas de la Iglesia”. El “fariseísmo” de los fariseos continuaba siendo una barrera contra la luz del Evangelio, pero sus doctrinas espirituales del mundo más allá y de la resurrección del cuerpo abrían ventanas por donde la luz podía aún penetrar.

Tales consideraciones nos capacitan para comprender tanto el grito de Pablo en el versículo 6, como la favorable reacción de los consejeros fariseos o, por lo menos, muchos de ellos.

2. “La esperanza del pueblo y la resurrección de los muertos” (Hch 23:6)

Tanto Simeón como Ana *“esperaban la consolación (la redención) de Israel”* (Lc 2:25,38), y Marta expresaba bien la fe de los piadosos de Israel al decir de su hermano muerto: *“Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero”* (Jn 11:24). Estos tres representaban a los “fariseos espirituales”, o sea, al resto fiel y piadoso en Israel, que habían comprendido la esperanza del Mesías redentor juntamente con la gran verdad de la resurrección en el (Sal 16:9-11) (Dn 12:2-3).

Después de la Resurrección del Señor, los discípulos comprendían la relación entre las esperanzas espirituales del pueblo, que se apuntaban en el Antiguo Testamento, y el gran hecho de la Muerte expiatoria y la Resurrección del Señor, de modo que la *“resurrección”* llega a ser el aspecto del Evangelio que más se destaca en Los Hechos y se halla indisolublemente entrelazada con la *“esperanza de Israel”*. Es un error suponer que Pablo lanzara una triste “manzana de discordia” en medio del Sanedrín con el solo objeto de confundir su Consejo y sacar provecho para sí. Al contrario, como solía hacer el Maestro en sus discusiones con los rabinos, puso de relieve la doctrina cardinal de Israel, que debiera haberles llevado a la fe en Cristo, y que los fariseos dejaban arrinconada en sus estériles discusiones: doctrina que los saduceos rechazaban de plano, quedando con la mísera cáscara de religión, sólo adaptable a esta vida. El mismo testimonio se ha de dar en forma más detallada ante Agripa, experto en la teología de los judíos (Hch 26:4-8, 22-23), de modo que no era un mero “truco” para dividir a los consejeros.

3. La lucha de los consejeros (Hch 23:7-10)

La fuerte proclama, por boca de Pablo, de la doctrina distintiva de los fariseos, encendió la llama de la viejísima controversia entre los fariseos y los saduceos. El resultado fue que en aquel momento, cuando el antiguo respeto por las instituciones del pueblo se perdía en violentas luchas intestinas, los fariseos se olvidaron por un momento de su odio contra los nazarenos para levantar de nuevo la bandera de la “*esperanza de Israel*”, hasta el punto de que algunos de los escribas de los fariseos empezaron a dar su voto de absolución: “*Ningún mal hallamos en este hombre: ¿que si un espíritu le ha hablado...!*” (Hch 23:9). Su posición se asemeja a la de Gamaliel, también rabino fariseo (Hch 5:35-39). No querían someterse al Cristo de Nazaret, pero admitían teóricamente que quizá podía haber ocurrido una intervención divina que convenía respetar. “*Algunos*” no quiere decir “*todos*”, y los fanáticos que se juramentaron para matar a Pablo el día siguiente no eran de los saduceos, sino miembros de partidos extremistas, desgajados de la secta de los fariseos.

De todas formas, el número de fariseos que se dejaron conmovir por el grito de Pablo bastaba para hacer imposible la prolongación de la sesión, y, frente a los rugidos de ira de los contrincantes, Lisias se vio precisado a mandar venir la guarnición de la fortaleza para librar al preso de la fiera lucha de las facciones. Seguramente el respeto de Lisias por la nación judaica y por sus jefes no se habría aumentado por este incidente, aunque habría comprendido mejor que antes que su preso no dejaba de ser alguien de gran importancia, ya que los mismos príncipes se excitaban tanto con respecto de él.

La renovada visión (Hch 23:11)

En relación con la exégesis de todo el pasaje notamos la importancia de esta visión, como epílogo a la tormentosa sesión del Sanedrín, puesto que el Señor —el mismo Señor Jesucristo que había comisionado a su siervo en el camino a Damasco— no reprende a Pablo, sino que le alaba y le anima. Notemos tres puntos de este breve relato de un solo versículo.

1. El consuelo del Señor

“*Ten ánimo*” o “*Anímate, Pablo*” es el principio del mensaje del Maestro. Pablo se hallaba con el cuerpo dolorido por los golpes y los estirones del intento de linchamiento, habiendo pasado por las fuertes tensiones nerviosas propias de las situaciones que hemos analizado. La reacción le dejaría flojo, y quizá desanimado, pero se destaca una vez más el tierno cuidado del Maestro al aparecérselo personalmente con el fin de consolar y animar a su fatigado siervo (Mr 6:45-51).

2. La aprobación del Señor

Sin repetir lo que hemos adelantado sobre este extremo, podemos notar que la traducción literal de la frase sobre el testimonio de Pablo es ésta: “*Como has testificado de mi en Jerusalén, así (de la misma manera) es necesario que testifiques también en Roma*”. Se ve que no sólo dio testimonio al Señor, sino que, como señala el verbo reforzado “*diamarturomai*”, constituyó un testimonio solemne y especial. No le dijo tampoco que había de cambiar su modo de testificar, sino que había de hacer igual en Roma.

3. Los planes del Señor

La mención de Roma, en la boca del Maestro glorificado, confirma todo el pensamiento que Pablo había madurado por el Espíritu a través de los pasados años, y señala una vez más que la ruta “*Jerusalén a Roma*” no fue capricho de un hombre voluntarioso, que había perdido contacto con su Señor, sino el resultado de una revelación especial que

Dios había dado a un apóstol suyo. No se excusaba que Pablo diera su testimonio ni en Jerusalén, sede del judaísmo, del cual había sido anteriormente una figura tan destacada, ni en Roma tampoco, metrópoli del gran mundo gentil, al cual había sido enviado como apóstol por excelencia.

El complot de los cuarenta (Hch 23:12-22)

1. El odio de los extremistas (Hch 23:12-15)

Como ya hemos visto, la reacción de los escribas y de los fariseos en favor de Pablo en el seno del Sanedrín no anuló el odio que se apoderó del corazón de los extremistas frente a la persona del propagandista que, según el rumor universalmente creído, iba apartando a los judíos de la Dispersión de la fe de sus padres. Por entonces los complots y los homicidios se producían constantemente entre los fanatizados partidos de Israel, de modo que era natural que cuarenta sicarios se unieran bajo juramento solemne con el intento de matar a Pablo, y que acudieran —cual Judas en su día— a los jefes de la nación. “*Los principales sacerdotes y ancianos*” (Hch 23:14) con quienes se entrevistaron serían de la secta de los saduceos, sin excluir a fariseos que no sentían simpatía con Pablo a pesar de mantener la doctrina de la resurrección. Hemos de comprender que los cuarenta asesinos arriesgaban su propia vida, porque Pablo se hallaría rodeado de soldados romanos, pasando la ruta desde la fortaleza Antonia al salón de sesiones del Sanedrín por el corazón de Jerusalén. Quizá contaban con el apoyo de las temibles multitudes que habían querido linchar al apóstol tan recientemente. El complot estaba bien tramado, y una vez más peligraba la vida del buen testigo de Jesucristo.

2. El sobrino de Pablo (Hch 23:16-22)

Algunas veces el Señor envía a ángeles celestiales en auxilio de sus siervos (Hch 12:7), pero a veces el “ángel” (=“mensajero”) puede ser un hombre, u otro instrumento cualquiera. En este caso fue un sobrino de Pablo, del cual, por otra parte, no sabemos nada en absoluto. Desde luego, nos interesan las relaciones humanas de los siervos de Dios y bien quisiéramos tener más luz sobre la familia de Pablo. Por ser sus padres ciudadanos romanos de la gran ciudad de Tarso, se les supone personas acomodadas y pudientes de la aristocracia de la colonia israelita. Al decir Pablo en (Fil 3:8) que sufrió la pérdida de todo (después de historiar sus privilegios naturales) podemos suponer también que fue desheredado al ponerse al lado del odiado Nazareno. Con todo, su testimonio ante los suyos no quedó sin fruto, porque en (Ro 16:7) saluda a “*Andrónico y a Junias, mis parientes y compañeros de prisión*”. Nos gustaría poder pensar que la hermana de Pablo, madre del sobrino de quien se trata aquí, fuese cristiana, fruto del testimonio de Pablo, y que por eso su hijo tuviese empeño en librar al tío del peligro que le acechaba. Pero si la familia fuese ya cristiana, no se explica cómo el sobrino pudiera estar en los secretos de los extremistas de Jerusalén, a no ser que se enterara de sus planes por una casualidad. Desde luego, los enemigos no habían de exponer a sabiendas sus propósitos al oído de un familiar de Pablo a no ser que creyesen que simpatizaba con los fanáticos contrarios al apóstol del Nazareno.

El hecho de tener entrada el sobrino para llegar a Pablo en la fortaleza no debe extrañarnos, ya que, desde la declaración de su ciudadanía romana, era preso privilegiado; obviamente el tribuno adoptaba la norma que luego fue la de Félix: de no impedir que ninguno de los suyos le atendiese (Hch 24:23).

Si hubiese en esta época alguna reconciliación entre Pablo y sus parientes según la carne, hallaríamos la explicación de otro punto que ha dejado perplejos a los expositores. En general, Pablo, habiendo sufrido la pérdida de todo, recurría a su oficio —los

estudiantes para rabinos tenían que aprender alguno—, que era el de hacer tiendas de campaña, y con frecuencia menciona que así suplía sus necesidades y aun las de sus colegas (**Hch 20:34**), bien que no rehusaba la comunión de las iglesias, por lo menos en ciertas ocasiones (**Fil 4:15-18**). Pero durante la época que estudiamos no le era posible ganar su pan por el trabajo de sus manos, notándose al mismo tiempo algunas señales de que no padecía necesidades materiales. Félix esperaba recibir sobornos de él (**Hch 24:26**), y es seguro que un hombre tan ladino habría averiguado antes la condición de su preso. Además la apelación al César era un proceso costoso que no estaba al alcance de los pobres, aun siendo ciudadanos romanos. Otro detalle que señala cierta afluencia es que podía alquilar su propia casa en Roma y residir en ella, que suponía, no sólo el alquiler y los gastos de mantenerla, sino los “arreglos” con los oficiales en Roma (**Hch 28:30**). Es probable, pues, que disponía en esta época de una parte por lo menos de su herencia natural, o, alternativamente, que algún hermano pudiente insistiera en proveer al apóstol de todo lo necesario para que pudiese llevar a cabo su misión de “embajador en cadenas” sin las severas limitaciones de la pobreza, ya que un preso pobre en el imperio de Roma sería el objeto de toda suerte de malos tratos. La indulgencia tenía que comprarse hora tras hora.

No podemos satisfacer nuestra natural curiosidad en este caso, pero sí notamos que las providencias de Dios guían y fortalecen a los siervos suyos hasta la consumación de su servicio aquí. Los instrumentos nos son desconocidos, pero la mano es la de nuestro Dios y Padre.

3. Lucas testigo ocular (Hch 23:16-22)

Lucas no se nombra en este pasaje, ni siquiera por el empleo del pronombre plural de “*nosotros*”, pero describe con tanto primor y detalle la llegada del sobrino de Pablo, la manera en que Pablo llama al centurión con cierta autoridad, el recado de éste al tribuno y la conversación entre el sobrino y el oficial, que no podemos por menos de deducir que lo presenciara todo, relatándolo luego para hacernos ver la manera en que Dios cuidaba de su siervo fiel por medios tan extraños al pensamiento humano. Hay varios indicios de que Lucas estuviera cerca de Pablo durante los aciagos acontecimientos en Jerusalén como también durante el período de Cesarea, quizá como médico además de colega en la obra del Señor. ¿Sería el mismo “*médico amado*” quien tan generosamente aliviara las necesidades materiales del apóstol en la cárcel? No lo sabemos, pero de su fidelidad y del consuelo de su constante presencia no cabe duda alguna.

4. La escolta para el preso (Hch 23:23-35)

La revelación del complot de los sicarios hecha por el sobrino de Pablo convenció al tribuno de que no habría paz en Jerusalén mientras que un preso tan extraordinario estuviera dentro de la ciudad, y que la vida de éste peligraba a cada instante si salía de la misma fortaleza. Era natural, pues, que pensara en seguida en enviar a Pablo a Cesarea, centro del gobierno de la provincia, a la audiencia del procurador, librándose a sí mismo de mayores compromisos en un asunto tan enredado.

Nos extraña a primera vista la fuerza de la escolta que mandó preparar (**Hch 23:23**), que había de componerse de 200 soldados de infantería, 200 lanceros y 70 de caballería (o jinetes); pero Lisias ya tenía experiencia de la violencia y del arrojo de judíos fanatizados y más valía prever contra los peligros puesto que la presencia de Pablo había levantado imponentes olas de oposición. Prudente también fue la decisión de que saliera la comitiva a la tercera hora de la noche, o sea a las nueve, cuando la oscuridad misma protegería la fuerza de las violencias de la multitud. Mandó Lisias que preparasen monturas (plural), para Pablo, lo que indica la presencia con él, sea de otros presos cristianos, sea de compañeros con permiso de auxiliarle. El viaje a Cesarea se hizo en dos etapas; como

Antipatrida estaba bastante del foco de peligro en Jerusalén los jinetes bastaban para escoltar al preso desde allí, dejando a los infantes en libertad para volver a Jerusalén, donde, sin duda, su presencia era necesaria.

5. La carta de Lisias a Félix (Hch 23:25-30)

La carta está redactada en términos tan adecuados al caso y refleja una exactitud psicológica tan asombrosa que hemos de suponer que Lucas, de alguna manera, pudo enterarse directamente de su contenido. Es natural que un oficial romano, en un informe a su superior en Cesarea, hiciera un resumen de los acontecimientos, sin explayarse en detalles, muchos de los cuales no entendía por tratarse de las cuestiones religiosas de los judíos. Pero no sólo abrevia, sino cambia sutilmente el orden de los acontecimientos al efecto de presentar su propia actuación en la luz más favorable posible, especialmente en la frase: *“A este hombre, aprehendido por los judíos, y que iban ellos a matar, lo libré yo, acudiendo con la tropa, habiendo sabido que era ciudadano romano”* (Hch 23:27). Por el relato anterior sabemos que no se enteró de que Pablo fuese romano hasta después de haber dado la peligrosa orden de azotarlo. El giro que da el asunto es natural, y lo destacamos solamente como muestra de la exactitud y fidelidad del relato de Lucas.

La carta, con la entrega oficial de Pablo, como ciudadano romano, al procurador de la provincia, es un hito más en el camino a Roma y determina la categoría de Pablo, como preso del Imperio, hasta su primera liberación por Nerón sobre el año 61 ó 62.

6. La entrega de Pablo a Félix (Hch 23:31-35)

La presentación de Pablo al gobernador, con la carta explicativa de Lisias, se nota en los versículos 32 y 33. Quizá llegaron por la tarde del segundo día, cuando Félix no hizo más que leer la carta, notar el caso, preguntando por la provincia nativa del preso —con el fin de saber si caía dentro de su jurisdicción—, mandando luego que fuese guardado en el pretorio: un palacio de gobierno que había sido levantado por Herodes el Grande. La audiencia, naturalmente, tenía que esperar la llegada de los acusadores judíos, según los términos de la carta de Lisias (Hch 23:35).

7. Félix el procurador

Sería agradable poder notar que Pablo se hallase ya, como ciudadano del mayor de los imperios, a la disposición de un dignatario fiel, que aplicase imparcialmente el célebre derecho romano. Por desgracia no fue así, ya que muchos gobernadores se designaban, no por sus méritos, sino por influencias personales al buscar puestos que les permitieran “medrar” a costa de los nacionales de los distintos países sujetos a Roma. Algo quedaba de la dignidad de los primeros tiempos de la república y del Imperio, pero Israel y Siria tenían la desgracia de ser regidas por una sucesión de procuradores que pensaban más en satisfacer su ansia por el dinero o sus instintos viciosos, que no en administrar rectamente la justicia.

Antonio Félix era gobernador de Judea desde el año 52 a 59, y debía su ensalzamiento al favor de Antonia, madre del emperador Claudio, quien había libertado a su hermano Pallas, haciéndole su favorito. Gracias a la influencia de éste en Roma fue librado de los efectos de graves errores que había cometido en Samaria cuando aún se hallaba subordinado al procurador anterior, Cumano. Sucedió a éste, a pesar de su origen servil, en un puesto que se reservaba normalmente para miembros de la orden ecuestre. El célebre escritor romano Tácito hace mención de Félix con esta descripción mordaz: “Ejercía la autoridad de un rey con la mentalidad de un esclavo”. Pudo captar las simpatías de mujeres de alto rango, siendo su tercera esposa Drusila, hija de Herodes Agripa I. La violencia y el vicio le caracterizaban más que la equitativa administración de la justicia. Tal fue el primer juez que había de ver la causa de Pablo después de la

declaración de su ciudadanía romana. Pero la perversidad de un indigno representante de la grandeza de Roma había de ser medio para la prolongación y la extensión del testimonio del “embajador de Cristo en cadenas”.

Temas para meditar y recapacitar

1. Lucas nota tres intervenciones de Pablo en el curso de su interrogatorio ante el Sanedrín (**Hch 23:1,3,6**). Con referencia a lo que ha estudiado, explique estas intervenciones, justificando al apóstol y notando lo que podría haber de “humano” en ellas.
2. ¿Qué hace un sobrino de Pablo a favor de su tío? Sobre la base de este incidente, discorra sobre las circunstancias materiales de Pablo en la época de que se trata y sus posibles relaciones con su familia natural.
3. Considere la carta de Lisias a Félix desde los puntos de vista siguientes: a) su veracidad; b) su psicología; c) los conocimientos de Lucas como historiador.

Pablo ante el poder civil de Roma (Hechos 24:1-27)

Características generales del proceso ante Félix (Hch 24:1-2)

Al notar el primer encuentro entre el apóstol a los gentiles y el gobernador Félix, hicimos un resumen del carácter de éste según se destaca de los escritos de Tácito y de Flavio Josefo, y hallaremos en el curso de nuestro estudio alguna evidencia confirmatoria del criterio despectivo de estos célebres autores con referencia a Félix. Con todo, Lucas le considera más bien como representativo del poder civil de Roma, y lo que subraya para nuestra enseñanza, dentro del propósito apologético de su libro, es la manera en que Pablo presenta la causa del Evangelio, con detalle y detenimiento ya, frente a los procónsules del gran Imperio de Roma. Podemos resumir su apología, tal como se revela por los discursos de Cesarea, diciendo que alega la pureza de su doctrina en relación con la religión secular de los judíos, siendo injustificada, por lo tanto, la furiosa oposición de los líderes del judaísmo. Era muy importante, a los efectos de la defensa del cristianismo delante de los representantes de Roma, mantener la validez de su relación con la religión judaica, reconocida como “religio licita”, con todas las ventajas que ello suponía. Pablo se presenta como el campeón de la Fe, siéndole más importante la defensa de la doctrina que la de su propia persona. Desde luego el elemento de “confesión de fe” se sobrepone al de “defensa”, de la cual surge con toda naturalidad, llegando a sublimes alturas en las inspiradas y elocuentes palabras de Pablo. Incidentalmente el siervo de Dios ordena magistralmente los detalles de su defensa, haciendo ver que las acusaciones se apoyan en maliciosas tergiversaciones de los hechos. La consecuencia lógica de su magnífica defensa ante Félix debía haber sido su liberación, pero pesaba mucho la influencia de los jefes de los judíos, y Félix, a causa de otras graves equivocaciones en el gobierno de la nación, se halló menos libre para hacer justicia en el caso de Pablo.

Las acusaciones de los judíos (Hch 24:1-9)

1. Los preliminares del proceso (Hch 24:1-2)

Los enemigos de Pablo no perdieron tiempo, pues cinco días después de su entrega a Félix ya se hallaban allí, presididos por el mismo sumosacerdote Ananías, con el fin de ejercer la máxima presión sobre el gobernador. Ananías fue apoyado por varios ancianos del Sanedrín, habiendo escogido a un tal Tértulo como portavoz de los acusadores. Éste sería una especie de abogado, entendido en las leyes romanas, capacitado, por lo tanto, para presentar la acusación de los judíos según los reglamentos del tribunal romano. Su nombre es romano, pero al hablar se identifica con los judíos, de modo que podría tratarse de algún judío helenista, versado en las costumbres de los gentiles. Una vez sentado Félix en el tribunal, rodeado de sus consejeros, un ujier anunciaría el nombre del preso y daría lugar a la presentación de la acusación.

2. La hipocresía de Tértulo (Hch 24:2-8)

El exordio, con referencias halagüeñas al juez, era algo propio de tales ocasiones, pero el de Tértulo peca mucho de hipócrita por las referencias a la “*paz*” que disfrutaba la provincia de Judea, como resultado de la “*providencia*” de Félix, y por la mención de las “*reformas*” en beneficio de la nación (Hch 24:2).

Al crédito de Félix se hallan algunas operaciones contra bandidos, pero por lo demás los historiadores subrayan su injusticia, su venalidad, su crueldad y su poco tacto al tratar los difíciles problemas de los judíos, quienes le odiaban, logrando por fin que cesara como gobernador. La hipócrita “*gratitud*” de (Hch 24:3) nos recuerda la de los príncipes que, al llevar al Señor delante de Pilato, se presentaron como defensores del César en contra de uno que pretendía el poder real (Lc 23:1-2) (Jn 19:15). En ambos casos los judíos están dispuestos a cualquier mentira, hasta falsear su propia posición frente a Roma, con tal de valerse del potente brazo del Imperio en contra del Nazareno y de los nazarenos, pues los príncipes hablan por boca de Tértulo, asintiendo oficialmente como testigos a cuanto su portavoz ha presentado (Hch 24:9).

3. La sustancia de la acusación (Hch 24:5-8)

a) En cuanto al carácter del acusado, Tértulo dice que es “*un hombre pestilencial*” (“*loimos*” = plaga). b) Su categoría es la de un caudillo destacado de la secta de los nazarenos, que señala bien la fama que tenía Pablo, no sólo entre sus amados hijos en la fe, sino en amplios círculos cristianos y judaicos. c) Sus actividades, según Tértulo, consistían en provocar desórdenes entre los judíos de la Dispersión en todas partes del mundo habitado, que es el anverso del verdadero propósito de Pablo de predicar el Reino de Dios en toda la creación que está debajo del Cielo (Col 1:23). d) El crimen concreto e inmediato se decía ser el de procurar profanar el Templo. Es interesante notar que Tértulo no alega que el acto de profanación se había consumado, según el grito de alarma de los judíos de Asia (Hch 21:28). El único mérito del discurso de Tértulo consiste en su brevedad, pues por otra parte es una sarta de lugares comunes y de vagos asertos que no se prestan a la prueba, abocando a una acusación de un mero intento de profanación, sin prueba alguna de la consumación del hecho.

4. La intervención de Lisias (Hch 24:6b-7)

Tértulo tergiversa los hechos aún más que Lisias en su carta a Félix, ya que el intento de linchar a Pablo se convierte en un arresto legal con el fin de juzgar a un judío que se halla bajo la jurisdicción del Sanedrín; lo que Lisias presentó como el esfuerzo por salvar la vida de un ciudadano romano, llega a ser aquí un acto de violencia que impidió un proceso legal, sustrayendo al reo de la autoridad del tribunal competente para pasarle a otro, el de Félix, que no podía entenderse en asuntos religiosos de la competencia del Sanedrín. Las tergiversaciones que notamos se hallan en fuerte contraste con la claridad y la veracidad de la defensa de Pablo.

La defensa de Pablo

I. El exordio (Hch 24:10-11)

Tanto en el exordio como en todo el discurso, Pablo nos da un ejemplo maravilloso de cómo ser veraces y al mismo tiempo mantener el buen sentido y la cortesía. Sabe bien quién es Félix, pero no por eso omite la acostumbrada introducción, ni crea mala impresión por un “testimonio” fuera de lugar. No le concede el tratamiento de “excelentísimo”, que correspondía verdaderamente a la clase ecuestre de Roma, y que se extendía a veces a gobernadores que no fueran ecuestres, pero sí recuerda casi lo único bueno posible en Félix en su calidad de juez: que llevaba bastante tiempo como gobernador de Judea. Cinco años había regido la provincia y había estado asociado antes con su predecesor, Cumano, de modo que, comparado con otros gobernadores, había sido juez de la nación “*por muchos años*”. Siendo, por lo menos, conocedor del panorama político social de Israel, no le sería difícil averiguar los hechos reales del caso (Hch 24:10-11). Pablo se atiene a la más estricta verdad, y aun así formula un exordio grato al

oído del gobernador, dándonos un ejemplo de cómo combinar nuestro testimonio con la más exquisita cortesía y animándonos a dar a cada cual el tratamiento que su categoría requiera (1 P 2:13-17).

2. La defensa negativa (Hch 24:11-13)

Tértulo, en nombre de los jefes de los judíos, había acusado a Pablo de ser una mala persona, que siempre provocaba alborotos. Pablo limitó su defensa a los breves días de su estancia en Jerusalén, ya que era por su actuación reciente que había de ser juzgado; en relación con ella adelantó una serie de negaciones que se prestaban a la prueba, contrariamente a las alegaciones de Tértulo. Era comprobable que no había disputado con nadie en Jerusalén, ni había provocado alborotos ni en el Templo, ni en las sinagogas, ni por las calles y plazas de la ciudad. Los acontecimientos eran tan recientes, siendo tan corto el plazo desde su subida a Jerusalén, que todo estaba a la luz del día. La verdad, pues, podía averiguarse fácilmente aun por una somera investigación de los hechos.

Los eruditos han discutido bastante sobre los “doce días” que, según Pablo, habían pasado desde su subida a Jerusalén hasta el momento del proceso, siendo algo difícil ver cómo los “siete días” de la purificación de los nazareos podían haberse cumplido, quedando aún tiempo para tantos otros acontecimientos. El asunto tiene escasa importancia; tal vez Pablo habla a “grosso modo” y hemos de tener en cuenta que las sumas de los orientales no se llevaban con la exactitud de las nuestras. Podía haberse omitido en la suma el medio día de la llegada a la ciudad, como también el del mismo proceso. En este caso, el primero sería el de su entrevista con Jacobo, y el segundo, el principio del período de la purificación de los nazareos. En el sexto los días estaban para cumplirse y el séptimo fue el de su comparecencia ante el Sanedrín. En el octavo el sobrino dio su información al tribuno y el noveno señaló la llegada a Cesarea. Si los cinco días antes de llegar la comisión acusadora de Jerusalén son “inclusive”, hacen cuatro completos que se añaden a los nueve, celebrándose el proceso en el día decimotercero desde el principio de la estancia de Pablo en Jerusalén.

3. Defensa y testimonio (Hch 24:14-16)

Después de silenciar a sus adversarios en cuanto a la acusación de ser un alborotador, Pablo pasó a la defensa de la Fe de forma positiva y, llegado el momento, testificó ante el gobernador y los altos oficiales de Cesarea acerca de la verdad que le fue encomendada: a) Seguía el Camino que ellos llamaban una “secta” (mejor que “herejía” aquí), que era su contestación a la declaración acusadora de ser él un caudillo destacado de la secta de los nazarenos. A los cristianos de los tiempos apostólicos les agradaba describir su fe como un “Camino”, pensando quizá que seguían a aquel que se denominaba a sí mismo “Camino, Verdad y Vida” (Hch 9:2) (Hch 16:17) (Hch 19:9-23) (Hch 22:4) (Hch 24:22) (Hch 18:25-26); el término significaba un cuerpo de doctrina, una base en que descansaba una fe verdadera, además de un modo de vivir que tenía delante como meta la presencia de Dios. Así se distinguían netamente de los mundanos. b) Pero el Camino no era nuevo, ya que Pablo servía al Dios de sus padres (“*latreuo to patroo Theo*”), y alegó, hasta donde fue posible ante tal auditorio, que las doctrinas cristianas continuaban la revelación que Dios había dado de sí mismo en el Antiguo Testamento. c) Esta fidelidad al Dios de sus padres va acompañada por una creencia sincera en todo cuanto se hallaba escrito en el sagrado libro de los hebreos, que aquí se describe por sus principales divisiones de “Ley” y “Profetas”. El testimonio se une sabiamente con la apología, puesto que fue de suma importancia mostrar que la fe de los cristianos se fundaba en las Escrituras de Israel, no siendo una forma sectaria de la religión nacional, sino la manifestación de su verdadera esencia. Políticamente, pues, se hallaban protegidos los

cristianos por los derechos de una “religio licita”. d) Pablo procede a destacar que es fiel también a la gran doctrina de la resurrección de los muertos, notando aquí que se levantarán tanto los injustos como los justos, bien entendido que para aquellos será “*resurrección de condenación*” (**Dn 12:2**) (**Jn 5:28-29**). Ya hemos visto, al comentar (**Hch 23:6-9**), que los más espirituales de entre los judíos creían, como dogma de fe, en la resurrección de los muertos, bien que los más pensaban quizá en los muertos de Israel. Sin embargo, Pablo estaba completamente justificado al declarar que “*éstos mismos abrigaban la esperanza*” con referencia a los ancianos de los fariseos que habían bajado a Cesarea para acusarle (**Hch 24:15**). e) Fiel al “*Camino*”, al Dios de sus padres, a las Escrituras y a la gran doctrina fundamental de la resurrección, Pablo podía alegar una vez más que se esforzaba por tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y los hombres (**Hch 24:16**), ya que seguía la luz que había recibido de Dios. No se había arrepentido, pues, de su declaración sobre su “*buena conciencia*” ante el Sanedrín, sino que la reitera en palabras similares ante el juez gentil. He aquí su contestación al epíteto infamante de “*loimos*”, una “*plaga*”. Notemos que Pablo siempre une la defensa personal con la presentación de la fe cristiana, el Evangelio.

4. Defensa en cuanto a la visita Jerusalén (**Hch 24:11,17-21**)

Después de su testimonio positivo, que presenta el Evangelio como la continuación en pureza de la religión judaica, Pablo vuelve a las acusaciones relacionadas con su visita a Jerusalén. Anteriormente (**Hch 24:10-12**) había negado las tergiversaciones sobre una supuesta actuación perturbadora en Jerusalén; en el párrafo que tratamos explica el porqué de su visita, descubriendo móviles muy distintos de las falsas alegaciones de sus enemigos: a) Después de algunos años de ausencia de Jerusalén, subió allí para llevar limosnas a los de su nación (**Hch 24:17**). Los cristianos de la capital, como vimos en comentarios anteriores, no se habían apartado del culto del Templo, de modo que la ayuda monetaria que Pablo había llevado a la iglesia se destinaba, en efecto, a los de su nación. Lejos, pues, de ser un “mal judío”, se acordaba con cariño y con sacrificio de los israelitas de Jerusalén. b) Pero, como judío practicante, quería ofrecer ofrendas (o sacrificios) en el Templo, que concuerda con el propósito de subir a la capital “*para adorar*” (**Hch 24:11**). Hemos dado consideración a este tema en el estudio sobre el capítulo 21, de modo que aquí sólo resta notar su importancia para la defensa de Pablo, puesto que muestra que los “*nazarenos*” no habían dejado las costumbres de sus padres. Lejos de profanar el Templo, él mismo se había “purificado” según la ley ceremonial, volviendo a insistir de paso en que llevaba a cabo los actos de su culto “*sin multitud ni alboroto*” (**Hch 24:18**).

El silencio posterior de los acusadores sobre estos hechos de la estancia de Pablo en Jerusalén, positivos y negativos, nos hace pensar que no les convenía insistir en el detalle, ya que carecían en absoluto de pruebas, de modo que se limitaban en lo sucesivo a mantener su oposición al significado general de la obra de Pablo.

5. La ausencia de los judíos de Asia (**Hch 24:19**)

Llegado a este punto, Pablo, con gran habilidad, enfoca luz sobre un hecho legal de suma importancia: los primeros acusadores, los judíos de Asia, que habían levantado la calumnia de que había profanado el Templo, brillan por su ausencia ante el tribunal que ha de juzgar la cuestión. ¿Por qué no están? Si algo sabían de tal profanación, ¿cómo es que no se hallan presentes con las pruebas?

6. La referencia al Sanedrín (**Hch 24:20**)

Faltaban los testigos de cargo, en cuanto a la acusación primaria, pero otros testigos estaban a mano que podían testificar en cuanto a la interrogación de Pablo ante el

Sanedrín de los judíos. Lisias, al llevar a Pablo al Consejo, había proporcionado al tribunal religioso la oportunidad de formular una acusación concreta contra él; pero ¿dónde estaba tal acusación? Ananías y algunos ancianos estaban presentes, pero no podían presentar el veredicto adverso del Sanedrín, pues no existía.

Pablo mismo suple en parte la falta, recordando su grito: “*Acerca de la resurrección de los muertos soy juzgado hoy ante vosotros*” (**Hch 24:21**), que, en efecto, había producido un alboroto entre los prohombres de la nación; no convenía a los acusadores, sin embargo, mencionar la tumultuosa sesión del Sanedrín, que sólo hubiese servido para poner de manifiesto sus propias divisiones y subrayar el hecho de que, en efecto, muchos rabinos hebreos creían de todo corazón en la doctrina característica de Pablo: la resurrección de los muertos. La defensa se terminó sin producirse un contraataque, ya que Pablo había demolido la posición de sus adversarios, renovando al mismo tiempo su testimonio como heraldo de Cristo.

Las tácticas de Félix (Hch 24:22-27)

1. Falla la justicia romana (Hch 24:22-23)

Sin duda, Félix debiera haber soltado a Pablo en seguida, pues contra este ciudadano romano no quedaba en pie ninguna acusación que no fuese común a todos los cristianos que, hasta aquella fecha, habían recibido una medida de protección de parte de los oficiales del Imperio (**Hch 25:26**) (**Hch 26:31-32**). Pero veía que podía valerse de Pablo como peón en sus intrigas con los judíos, considerándole a la vez una posible fuente de ganancias. “*Les puso demora*”, alegando la necesidad de la presencia de Lisias para terminar la vista: pobre disculpa, ya que según lo que relata Lucas, Lisias nunca dio ante el tribunal de Cesarea su evidencia en cuanto al arresto de Pablo.

2. Los dos años en Cesarea (Hch 24:23,27)

Las órdenes que Félix dio al centurión (**Hch 24:23**) corresponden a un estado de “*custodia libera*”, en el que el preso estaba encadenado a un soldado siempre, pero, por lo demás, ordenaba su vida lo mejor que podía. Ya hemos notado que Pablo, por aquella época, no parecía padecer necesidad de dinero, de modo que su vida de preso sería bastante llevadera, siéndole posible continuar su ministerio de intercesión, llevar a cabo sus actividades literarias, recibir visitas y planear misiones, obrando seguramente en estrecha colaboración con la iglesia en Cesarea. Nos gustaría saber si Cornelio aún se hallara en la ciudad; no lo sabemos, pero seguramente la iglesia que fue fundada por la visita de Pedro (capítulo 10) sería floreciente, y ya hemos notado la presencia de Felipe, destacado siervo del Señor en la época. Algunos eruditos piensan que las epístolas del cautiverio (Filipenses, Efesios, Colosenses y Filemón) podrían haberse escrito durante los “*dos años*” en Cesarea; la idea no es tan descabellada como algunas de las teorías de los eruditos, llegando a ser una posibilidad en el caso de Filipenses, pero necesitaríamos más evidencia de la que se ha presentado para cambiar las fechas de estos escritos que corresponden tan bien al período del cautiverio en Roma.

Lucas se hallaba en íntimo contacto con el apóstol durante los dos años en Cesarea, pero es muy probable que tuviera libertad, dedicándose a recoger por entonces el material preciso para la redacción de su Evangelio, “*investigándolo todo con exactitud*”, según la frase del prólogo de su Evangelio (**Lc 1:1-4**), apuntando todo cuanto pudo saber por boca de los testigos de los grandes acontecimientos del ministerio del Señor en la tierra. También tendría ocasión para dar forma a sus notas sobre los viajes de Pablo, como también para recoger información sobre los “*Hechos de Pedro*” que hallamos en los doce primeros capítulos de Los Hechos. No pasa de ser una probabilidad, pero tan verosímil,

tan de acuerdo con el contenido de los escritos y con antiguas tradiciones, que casi podemos darla por cierta. Segurísimo es que los “dos años” no se perdieron y que el fallo de la justicia humana habrá dado fruto en el Reino por las providencias de Dios.

3. Las conversaciones con Félix (Hch 24:24-26)

Los detalles de las renovadas conversaciones de Pablo con Félix cobran gran interés al destacarse sobre el fondo del carácter y la historia del gobernador. Al parecer, su esposa Drusila no estaba presente durante la vista de la causa de Pablo que hemos venido considerando; al llegar ella, sin embargo, se despertó en la pareja cierto interés en el extraño preso nazareno. Drusila, todavía muy joven, era la tercera esposa de Félix, raptada criminalmente de su marido, el reyezuelo Azizo, de Emesa, un pequeño estado al norte de Damasco. Josefo relata que efectuó el rapto con la ayuda de un mago chipriota. Drusila era hermana de Herodes Agripa II, ante quien Pablo ha de comparecer más tarde, e hija de Herodes el perseguidor de la Iglesia según (Hch 12).

Por ser hebrea de religión (bien que la familia herodiana tuvo su origen en Idumea), Drusila podía, sin duda, orientar a su marido en cuanto a las cuestiones judaicas; ayudado por ella con toda probabilidad, Félix “*conocía con bastante exactitud el Camino*” (Hch 24:22). Según cierta tradición llega a influir en el ánimo de su esposo en contra de Pablo, sintiéndose aludida y herida por las enseñanzas de Pablo sobre “*la justicia, la continencia y el juicio venidero*” (Hch 24:25), de la manera en que Herodías —otra esposa adúltera de otro Herodes— se había llenado de ira y de despecho a causa de las denuncias de Juan Bautista (Mr 6:14-29). Pero lo único cierto es que Pablo aprovechaba las oportunidades de conversión particular con la pareja para anunciarles los grandes principios de la piedad que ella, como judía de religión, debiera haber recibido y practicado. De nuevo el preso se vuelve en fiscal y juez, señalando las normas de la justicia divina, juntamente con la necesidad humana de controlar las pasiones y buscar a Dios, ya que delante de todos se halla el Día de Juicio (Hch 24:25).

4. La psicología de Félix (Hch 24:24-27)

Las enseñanzas de Pablo, que enfocaban la verdad de Dios sobre las tenebrosas honduras del corazón y de la vida viciosa del oficial romano, “*espantaron*” a Félix, pero en seguida interpuso demora: “*Vete por ahora, y al tener oportunidad, te llamaré*” (Hch 24:25). La mentalidad de este hombre malo nos ofrece un enigma, pues ni se rinde a la luz que percibe, como hiciera Sergio Paulo en Pafos, ni se aparta totalmente de la Palabra que le interesa y le atrae. Podemos pensar que percibía algunos tenues brillos de luz moral y espiritual, pero a la vez se hallaba atado por las cadenas de sus propias costumbres pervertidas. Sujeto, además, por los encantos de Drusila, hablaba con Pablo repetidas veces, sin cambiar de vida ni librar al preso injustamente detenido por su propia autoridad. Al mismo tiempo, Lucas nota el móvil de la codicia, ya que esperaba recibir de Pablo dinero que influyera en la solución de su causa. El soborno fue prohibido por las leyes romanas, pero casi todos los gobernadores de las provincias se enriquecían por medios poco honrados y Félix era notorio por su venalidad. Lo único seguro en cuanto a la compleja psicología de este hombre es que sellaba más y más firmemente su propia condenación por resistir las influencias del Espíritu Santo. La “*oportunidad*” de oír de corazón el mensaje, que sin duda reconocía como verdadero, nunca llegó, y cuando por fin fue destituido de su cargo (tras sangrientos sucesos en Cesarea precisamente) dejó preso a Pablo con el fin de congraciarse con los judíos, pensando que este acto, que no le costaba nada (ya que la conciencia no funcionaba), podía suavizar la tirante situación que había surgido por las acusaciones contra él en Roma. Fue salvado entonces por la influencia de su hermano Pallas, bien que éste ya había perdido la gran influencia que ejercía bajo el reinado de Claudio. El nombre del preso, por su fidelidad a su Señor, ha

llegado a ser uno de los más renombrados y honrados de la historia, mientras que el de Félix sólo queda como un recuerdo vergonzoso, que no se conocería fuera de un pequeño círculo de eruditos a no ser por esta breve coincidencia de la trayectoria de su vida abyecta con el camino real que pisaba el apóstol cuyo mensaje despreció.

Temas para meditar y recapacitar

1. Analícese la acusación de los judíos por boca de Tértulo.
2. Dése un resumen de la defensa de Pablo ante Félix.
3. ¿Qué nos revela esta porción sobre el carácter de Félix? ¿Concuerdan estas impresiones con información que podemos recoger de autores extrabíblicos?

Pablo apela al César (Hechos 25:1-26:32)

Pablo ante Festo

1. El carácter de Porcio Festo

Nada se sabe del nuevo gobernador fuera de los escritos de Lucas y de Josefo, pero sacamos la impresión de un buen romano de rango ecuestre, que deseaba mantener la autoridad y la justicia de Roma pero, aleccionado por la experiencia de sus predecesores, comprendía también la necesidad de estar bien con las extrañas autoridades religiosas de Jerusalén. El culto judaico, con las cuestiones que surgían por sus sectas y partidos, complicadas aún más por el impacto del cristianismo, le era algo completamente extraño, e iba a tientas, procurando sortear los enigmas que le salían al encuentro, sin comprometerse demasiado. Sin duda, se alegró cuando Herodes Agripa apareció, proporcionándole la visita un consejero que de verdad entendía los enredos del judaísmo de la época.

2. La posición legal

Si Félix hubiera cumplido con su deber, soltando a Pablo al hallar que las acusaciones contra él carecían de base, Pablo habría estado ya en libertad. Festo, sin embargo, halló a un preso de alguna importancia, causante, al parecer, de una gran agitación de parte de los judíos, en vista de lo cual no tuvo más remedio que volver a abrir el proceso. De este modo Pablo se hallaba igual, desde el punto de vista legal, que al principio de sus dos años ya cumplidos de cautiverio. Deseaba ya poner fin a tal situación, madurando el propósito de apelar a César con el fin de llevar el proceso a la metrópoli donde no se sentiría la influencia de los judíos de Jerusalén. Sabía también que si le enviaban otra vez a Jerusalén su vida peligraría a causa del violento fanatismo de los celotes, que era factor determinante de los acontecimientos que se desarrollaban allí en aquellos tiempos. No es de suponer que Festo se diera cuenta del peligro de linchamiento o supiera medir la furia homicida de las bandas más fanatizadas de los judíos.

3. Festo y el Sanedrín (Hch 25:1-5)

La sede del gobierno romano de Israel se hallaba en Cesarea, pero, en vista de la importancia de Jerusalén como centro del judaísmo y lugar de reunión del tribunal religioso y nacional, no se excusó una visita a la ciudad de parte del nuevo gobernador, bien que la abrevió lo más posible. Quizás el ambiente allí no le agradaría mucho. Hubo tiempo para que los jefes de los judíos (la referencia del versículo 2 es al Sanedrín) le apremiasen en cuanto a Pablo, alegando que, por ser la ofensa religiosa, debería ser juzgado ante el Tribunal de ellos. Detrás de esta fachada de legalidad, apoyaban las maquinaciones de los fanáticos que estaban preparados para matar a Pablo por medio de una emboscada (**Hch 25:3**). Festo obró prudentemente, rehusando prometer nada hasta que él mismo hubiese tenido lugar para examinar al preso y oír las acusaciones delante de su propio tribunal (el romano) en Cesarea, y por ende mandó a los acusadores que se presentasen allí (**Hch 25:4-5**).

4. La vista de la causa ante Festo (Hch 25:6-12)

Al hallarse Festo otra vez en Cesarea, después de su breve estancia en Jerusalén (ocho o diez días), no demoró en ver la causa de Pablo, sentándose para el efecto en el tribunal, lo que sólo pudo dar efecto legal a los procedimientos. Pablo se halló de nuevo como acusado, ensordecido por los vehementes cargos de los judíos, pero de nuevo se nota la

ausencia de pruebas (**Hch 25:7**) que había caracterizado todo el dilatado proceso desde el intento de linchamiento en el patio del Templo.

5. La defensa de Pablo (Hch 25:7)

Sin duda el versículo 7 abrevia una defensa bastante más extendida, que Lucas no detalla, ya que no varía en lo esencial de lo que Pablo había expuesto anteriormente ante Félix.

a) *“No he pecado contra la Ley de los judíos”*, alega el apóstol. He aquí su respuesta a las repetidas alegaciones de que apartaba a los judíos de la Dispersión de las costumbres y preceptos de sus padres (**Hch 21:28**). Más tarde, ante Agripa, hará ver que su mensaje apostólico contiene la quintaesencia de la Ley y de los Profetas.

b) *“No he pecado contra el Templo”*. Los judíos habían vuelto a adelantar la acusación anterior (que no habían podido probar) de que había violado el Templo por introducir a Trófimo en él. Hemos de entender una defensa basada sobre la falta absoluta de pruebas.

c) *“No he pecado contra el César”*. He aquí un elemento nuevo en la situación que estudiamos. Como en el caso del mismo Señor, los judíos, con ánimo de predisponer a los romanos en contra del preso, alegaron ofensas contra el Imperio, o sea, la incompatibilidad del “Reino” de los cristianos con la autoridad del César (**Lc 23:2**) (**Jn 19:12**) (**Hch 17:6**). Pero es probable que “se pasaron de listos” al añadir un cargo político a los demás, que eran religiosos, pues así, sin querer, imposibilitaron el paso de la causa a su propia jurisdicción, ya que un ciudadano romano, acusado de un delito político, tendría que estar *“ante el tribunal de César”*, fuese en Cesarea o en Roma, según manifestaba Pablo (**Hch 25:10**).

6. La vacilación de Festo (Hch 25:9)

Festo parece ser un hombre bastante honrado, si bien limitado, pero con todo le convenía el favor de los dirigentes judíos, mientras que el preso no le significaba nada en especial. ¿Iría éste a Jerusalén para ser juzgado por Festo en presencia de los judíos? En su disculpa tenemos que recordar que nada sabía de las emboscadas, ni de la ciega violencia de la oposición a Pablo y su credo; además, tuvo que presentar la proposición en forma de una sugerencia, por las razones que ya hemos notado. Su vacilación tuvo repercusiones que él no podía sospechar, pues convenció al apóstol que no podía esperar justicia ni liberación allí donde la influencia de los judíos se dejaba sentir tan poderosamente; razón que le impulsó a lanzar su trascendental *“apelación al César”*.

7. La apelación al César (Hch 25:10-12)

En los tiempos de la República romana, cualquier ciudadano pudo hacer uso de su derecho de “apelar al pueblo soberano” a través de sus tribunos, pero, una vez establecido el Imperio, la soberanía se encarnaba en el César, persistiendo, sin embargo, el derecho anterior de apelar contra el fallo de algún tribunal inferior al “supremo”, que era el del mismo Emperador. Ante el Sanedrín, o en un ambiente dominado por el fanatismo judío de la época, Pablo sólo podía esperar la muerte. Con palabras nobles hace constar que no procuraría evadir una sentencia justa contra un delito real, pero que rehusaba ser entregado a la malicia de los judíos sin causa, toda vez que disfrutaba de sus derechos de ciudadanía romana. De los odios homicidas de los judíos, de la venalidad y de las vacilaciones de gobernadores romanos en Israel, buscó una salida en la renombrada justicia de la misma Roma: *“¡A César apelo!”* (**Hch 25:11**).

Es posible que el apóstol estuviese influido también por otro propósito más trascendental. Hasta entonces los cristianos habían sido protegidos más o menos por ser considerados como una secta judaica, y el judaísmo era “religio licita” (religión autorizada por

disposiciones especiales). Pero el gran aumento en el número de creyentes gentiles, juntamente con el rechazamiento brutal del cristianismo por los dirigentes de Jerusalén, hacía ver cada vez más claramente que el cristianismo era incompatible con el judaísmo, en su forma de entonces. Si Pablo fuese juzgado y libertado en Roma, sin embargo, establecería un precedente que serviría para proteger a los cristianos en todas partes del Imperio, concediéndoles de hecho la categoría de “religio licita”. Algún beneficio ya habían recibido por el fallo de Galión, procónsul de Acaya, en lo que se refería a Grecia y las tierras lindantes (**Hch 18:12-17**), pero el fallo del César tendría repercusiones mucho más amplias. ¡He aquí un designio a tono con las elevadas miras del apóstol de los gentiles!

Nos asombra meditar en el hecho de que el César a quien apeló no era otro sino el notorio Nerón, pero aún duraba el “quinquenio áureo” del principio de su reinado cuando los asuntos políticos se ordenaban por los consejos de Aufranio Burro, prefecto de la guardia pretoriana, y de Séneca, el célebre filósofo estoico, oriundo de Córdoba, España. Más tarde se manifestaría el vil tirano tal cual era, no sólo en la vida privada, sino también en el gobierno público, llegando a ser el primer perseguidor imperial de los cristianos; pero todo eso estaba escondido aún en los arcanos del porvenir, y podemos suponer que la primera liberación de Pablo, tras su juicio en Roma, habrá producido un breve intervalo favorable a la extensión del Evangelio.

Festo admite la apelación, contento, quizá, de quitarse de encima un asunto tan enojoso. Consultó con su “consejo” de oficiales de rango y de jóvenes que ganaban experiencia en el gobierno de las provincias (**Hch 25:12**), pero la decisión de cursar la apelación era la suya propia.

La visita de Herodes Agripa a Festo (Hch 25:13-27)

1. La ocasión

Las interrelaciones de los numerosos miembros de la familia herodiana entre sí, con el Imperio Romano por una parte y con los judíos por otra, llegan a formar una historia tan frondosa y enredada, que la relegamos en resumen a un apéndice. Basta notar aquí que Herodes Agripa II, el protagonista de esta sección, era hijo de Herodes Agripa I, el perseguidor de los apóstoles en la época que hemos estudiado en el capítulo 12 de Los Hechos. En algún momento, este Herodes tuvo esperanzas de heredar todos los dominios de su padre (que eran sustancialmente los de su abuelo, Herodes el Grande), pero tales esperanzas quedaron defraudadas; tuvo que contentarse primero con el pequeño reino de Chalcis, al norte de Israel, y luego con varios territorios al nordeste del mar de Galilea, Gaulonitis, Traconitis, etc. Desde luego, era tributario de Roma y dependía de su favor. Como honor especial le fue concedido el derecho de nombrar al sumo sacerdote en Jerusalén, a pesar de que Judea se hallaba bajo el poder del procurador romano.

Le convenía mantener buenas relaciones con el procurador, de modo que no tardó en hacer un viaje a Cesarea con el fin de saludar y complimentar al nuevo gobernador, Porcio Festo. Poco podía pensar que esta visita había de comentarse por millones de personas a través de la historia, no a causa de su propia sombra de grandeza, sino por la categoría del preso que había de comparecer delante de él a invitación de Festo.

2. Los protagonistas

Herodes Agripa II había recibido una educación romana, pero no se olvidó de su religión, ni de la raza con la cual su familia se había emparentado, ya que Josefo nota su intercesión a favor de los judíos en varias ocasiones. Con todo, a juzgar por el pasaje que tenemos delante, no era anticristiano, como lo había sido su padre, y deducimos que

podía apreciar el mensaje de Pablo, pero cuidándose mucho de no dar señales de ser influenciado por el gran predicador. Quiso disuadir a los judíos de la locura de la rebelión contra Roma, pero no le hicieron caso, y por fin se vio obligado a ponerse al lado de Vespasiano y de Tito, terminando su vida bajo Trajano como pretor romano.

Berenice era la hija mayor de Herodes Agripa I, y se casó en primer término con su tío, Herodes, rey de Chalcis a la sazón. Después de la muerte de su marido vivía con su hermano, aparte una breve unión con el rey de Cilicia y más tarde con Tito, el célebre general romano que había de ser emperador. Esta última unión no pudo legitimarse a causa de la oposición de importantes sectores de opinión en Roma. El hecho de vivir constantemente con su hermano se comentaba desfavorablemente por el satírico Juvenal y por otros. Igual que su hermano, hubiese querido ayudar a los judíos en la gran crisis que se avecinaba, pero cuando los fanáticos quemaron su casa en Jerusalén se puso al lado de los romanos, al extremo que ya hemos notado. En estos personajes vemos los últimos destellos de la gloria de la dinastía herodiana, que el bisabuelo idumeo había fundado a través de tantas violencias e intrigas. A cada etapa del desarrollo de la fe cristiana nos sale al paso algún vástago de esta familia, pero las guerras de los judíos dieron fin a todas sus pretensiones.

3. Festo y Agripa (Hch 25:13-22)

Se nos admite aquí a los intercambios diplomáticos entre dos de los prohombres que administraban Israel a la sazón bajo la égida de Roma. Hemos visto ya que convenía a Agripa cumplimentar al nuevo gobernador en Cesarea, y de igual forma le venía bien a Festo halagar al reyezuelo de una dinastía distinguida, tan íntimamente relacionada con los judíos. De la forma en que Pilato mandó a Jesús a Herodes Antipas, aprovechando el interrogatorio de un preso para restablecer la resquebrajada amistad, así Festo consultó con Agripa sobre otro extraño preso, apreciando su opinión como especialista en las cuestiones religiosas de los judíos.

No hemos de dudar, sin embargo, de que Festo se hallaba frente a un problema genuino, y que de verdad necesitaba tener algo cierto que escribir sobre el preso que había de enviar a Roma (**Hch 25:26**). Pero a la vez el interrogatorio cobraba inusitado esplendor por el deseo suyo de hacer los honores a su distinguido huésped, y quizás impresionarle por un alarde de su propia potencia como representante del Imperio en Israel. La providencia divina ordenaba estas circunstancias para que el embajador del Cielo pudiese dar su mensaje y testimonio ante un auditorio compuesto de la aristocracia de Israel de la época. Aquí su testimonio como *“embajador en cadenas”* llega a su culminación en lo que se refiere a Israel.

4. Festo y el Evangelio (Hch 25:19)

El informe que da Festo a Agripa (**Hch 25:14-22**) se reviste de bastante interés, pero no ofrece dificultad alguna, ya que resume la tramitación del caso de Pablo desde su toma de posesión del cargo de gobernador hasta la apelación a César, manifestando la tendencia de presentar el desarrollo de los acontecimientos en la luz más favorable a sí mismo, de forma parecida a la carta de Lisias a Félix. Subraya, pues, su insistencia en mantener las formas legales (**Hch 25:16**), pero no menciona su propia vacilación cuando estaba dispuesto a volver a enviar a Pablo a Jerusalén.

Lo que más nos interesa, sin embargo, es el versículo 19, que revela de una forma casi ingenua la reacción de un gentil culto, bien intencionado, pero de poca sensibilidad espiritual, ante la proclamación por Pablo del Cristo resucitado. Las acusaciones, decía, no señalaban acción criminal alguna, sino que trataban de *“ciertas cuestiones acerca de su religión, y de un cierto Jesús, ya muerto, el que Pablo afirmaba estar vivo”*. Festo había

comprendido que se trataba de una “*resurrección*”, pero la inmensa importancia del tema le fue escondida y la Persona celestial que llenaba la visión de Pablo no pasaba de ser “*un cierto Jesús, ya muerto*” para Porcio Festo. Quizás el otro gobernador, Pilato, había vislumbrado algo más que eso, bien que cerraba sus ojos contra la luz por miedo a las pérdidas materiales si se rindiera ante los destellos de gloria que percibió.

La situación cobraba gran interés para Agripa, empapado como estaba de toda cuestión judaica, además de ser conocedor de las Escrituras del Antiguo Testamento. Como Pablo ha de recordarle más tarde, tenía que haber oído mucho del ministerio de Jesucristo y de los acontecimientos que siguieron su Muerte y Resurrección. El rumor acerca de la “*tumba vacía*” no le sería desconocido, y muy probablemente había tratado con cristianos en otras ocasiones (recuérdese la relación entre Manaén y Herodes Antipas (**Hch 13:1**). “*Yo también quisiera oír a ese hombre*”, dijo, y Festo se dispuso a complacerlo sin demora, ordenando el interrogatorio para el día siguiente.

5. El auditorio (Hch 25:23-27)

Además de Festo y sus consejeros, Agripa, Berenice y sus acompañantes, fueron invitados también los tribunos (coroneles, como diríamos) de la guarnición de Cesarea, con “*las personas distinguidas de la ciudad*”, ya que el interrogatorio se había convertido en una ocasión social para honrar a los regios visitantes. Agripa y Berenice “*vinieron con mucho aparato (o pompa)*”, luciendo los recursos de su corte, colocándose Festo y los demás también a la altura de la ocasión. ¡Pocas veces se habrá preparado un auditorio tan distinguido en lo humano y tan necesitado en lo espiritual para escuchar a un embajador de Cristo en cadenas! Festo reitera el motivo de convocar la asamblea: para que se aclaren las acusaciones en contra del preso en vista de su apelación al César. El “*perito*” ha de ser el rey Agripa (**Hch 25:24-27**), y es éste quien dirige la palabra a Pablo, concediéndole permiso para formular su defensa.

La defensa de Pablo ante Festo (Hch 26:1-23)

1. Consideraciones generales

Esta defensa no es algo improvisado, como la que pronunció desde la escalera de la fortaleza de Antonia frente a los judíos, en el patio del Templo. Hubo tiempo para la meditación, y en esta ocasión Pablo se acuerda de las lecciones de retórica que había recibido en la universidad gentil de Tarso, evitando las formas más populares del griego helenístico, y llegando a una inusitada elegancia de expresión. Lucas es un buen reportero, de modo que este rasgo se trasluce a través del resumen del discurso de su amado maestro y paciente. Por una vez nadie tenía prisa. El distinguido auditorio, gracias a la modalidad especial que Festo había dado a la convocatoria, estaba dispuesto a escuchar, aun cuando no fuese más que por pura curiosidad. Nos atrevemos a pensar, sin embargo, que había corazones sedientos de la verdad entre los oyentes tan ricamente ataviados, y que la penetrante palabra apostólica llegaría a la conciencia y la voluntad de algunos, despertándoles el arrepentimiento y la fe. Fue por tales medios que el Evangelio penetraba en las más encumbradas esferas del Imperio durante el primer siglo.

2. Exordio del discurso (Hch 26:2-3)

El lector recordará lo que ya se dijo sobre el exordio (o introducción) de discursos de acusación o de defensa ante los procuradores romanos (**Hch 24:2-10**), en los que se buscaba agradar el oído y captar la simpatía del magistrado. Como siempre, Pablo halla frases corteses que no se desvían un ápice de la más estricta verdad. Se consideraba afortunado por tener la oportunidad de hacer su defensa delante del rey Agripa, y

mayormente por saber que el monarca era judío por religión, conocedor de todas las costumbres nacionales y estudiante de las cuestiones que se discutían en aquella época. Tras atinadas frases, pidió que el monarca le escuchase con paciencia.

3. La vida de Saulo como fariseo (Hch 26:4-5)

Pablo vuelve a su primera juventud, que aún en la ciudad de Tarso se distinguía por su fidelidad a *“los de su nación”*, y confirmándose tales principios más tarde por su educación y actuación como fariseo celoso en Jerusalén. Era figura destacada, bien conocida por sus contemporáneos. Este principio de su discurso es doblemente importante, ya que hace ver que no había en él predisposición de dejarse llevar por extrañas herejías, sino todo lo contrario; al mismo tiempo, la insistencia en su credo de fariseo le conduce al punto principal de su argumento: la doctrina de la resurrección y su cumplimiento en la Persona de Cristo.

4. La promesa y la resurrección (Hch 26:6-8)

Meditemos bien las palabras de Pablo aquí, pues nos proveen de la clave de su pensamiento y de su argumento. Él se considera como el heredero y el portavoz de la *“esperanza de la promesa que Dios hizo a nuestros padres”* (Génesis capítulos 12 al 15), motivándose las acusaciones no por el abandono de la fe de sus padres, sino por mantenerla y proclamarla en su pureza. La forma de enlazar la *“promesa de Israel”* con la *“resurrección de los muertos”* es muy interesante, recordándonos el argumento del mismo apóstol en **(Ro 4:16-25)**, ya que Abraham y Sara, progenitores de la nación escogida, siendo ya ancianos, no pudieron ver el cumplimiento de la promesa aparte de la operación del *“Dios que resucita a los muertos”*. Más tarde Isaac, el heredero elegido, fue extendido sobre el altar, y de allí fue levantado por un proceso simbólico de resurrección **(He 11:17,19)**. Teóricamente, los fariseos estarían de acuerdo con la doctrina de la resurrección, pero cuando la doctrina se hizo *“Persona”* y llegó a su realización histórica en la Resurrección de Cristo, los *“teóricos”* se unieron con los saduceos materialistas en negar la veracidad y el significado del hecho. Es Pablo, pues, el llamado *“hereje”*, quien proclama la verdad que era el principio vivificador de todo el testimonio de Israel.

5. El servicio de la nación ideal (Hch 26:7)

La historia de la nación de Israel es confusa, fracasando su testimonio en su parte externa; pero Pablo contempla al pueblo escogido desde el punto de vista de los designios de Dios, que forzosamente tienen que cumplirse. A través del *“resto fiel”* de almas piadosas y sumisas dentro de la nación externa, Dios había mantenido su Israel, en el que podía agradarse y que le glorificaba en medio de la apostasía, no faltando nunca miembros de todas las *“doce tribus”* entre los fieles (véase Ana, de la tribu de Aser, **(Lc 2:36)**). No lamenta sobre las *“diez tribus perdidas”* (sin duda, hay sangre de todas las tribus en los descendientes de Jacob en el día de hoy), sino que queda extasiado ante el alto servicio de las *“doce tribus”* del Israel verdadero, que sigue cumpliéndose por las providencias de Dios. La estructura externa de la nación había de desmoronarse, pero el propósito de Dios quedaba firme, y Pablo se gozaba en reiterar la antigua promesa hecha historia por la Resurrección de Jesucristo.

6. Saulo el perseguidor (Hch 26:9-11)

Con la intención de hacer resaltar más dramáticamente la maravilla de su conversión y comisión por su encuentro con Cristo resucitado, Pablo recuerda una vez más los tristes días cuando asolaba la Iglesia de Dios. Entonces se sentía movido por su fanatismo a *“hacer muchas cosas contra el Nombre de Jesús el Nazareno”* —título que hace eco de su actitud de entonces— y, habiendo recibido autoridad de los jefes de los sacerdotes (quizá la referencia es al Sanedrín), encarcelaba a los santos, daba su voto en contra de

ellos cuando se trataba de sentencias condenatorias, llegando a extender su actividad a todas las sinagogas de Jerusalén. Se le ve como el verdadero inspirador y guía de la nefanda obra de perseguir a los creyentes, procurando forzarles a blasfemar el precioso Nombre de su Salvador. No contento con eso, su loco fanatismo le impulsó a buscar la autoridad de los jefes del judaísmo con el fin de acosar a los creyentes en Jesús aun entre las sinagogas del extranjero.

Este párrafo añade algunas pinceladas más al triste cuadro de Saulo el perseguidor, pero el propósito del recuerdo es obvio: el de destacar el hecho que cambió al célebre y fanático rabino en apóstol de Jesús el Nazareno, al cual había aborrecido. Si no se tratara de un ataque de demencia, el acontecimiento tenía que ser forzosamente de gran interés e importancia, destacándose como una intervención divina de gran valor probatorio. Por estas referencias biográficas, y por la insistencia en la “promesa” y la “resurrección”, Pablo preparó su auditorio para escuchar el relato de su encuentro con el Glorificado, como también el detalle de la comisión que de él recibió.

La frase del versículo 10 “yo di mi voto”, exige la deducción de que Saulo era ya miembro del Sanedrín, pues de otra forma no se comprende qué “voto” podría dar contra los cristianos que comparecían como reos de muerte ante el Consejo Supremo a causa de su fe. Pero hemos de notar que no hay unanimidad entre los escriturarios sobre el significado de este “voto”.

7. El encuentro en el camino a Damasco (Hch 26:12-15)

Los detalles de la historia. Es la tercera vez que leemos esta hermosa historia de la conversión de Saulo en Los Hechos, una vez narrada por el historiador Lucas y dos veces por Saulo mismo, ante la multitud de Jerusalén y ahora ante este auditorio tan diferente, compuesto de gentiles en su mayor parte. Aparte detalles, la historia es igual, pero podemos notar que solamente aquí aprendemos que todos los acompañantes de Saulo cayeron en tierra al ser rodeados de la Luz. La frase proverbial: “*Dura cosa te es dar coces contra el aguijón*”. Pablo recuerda que el Resucitado había percibido la lucha que se libraba en su corazón, aun en medio de su furia perseguidora; sin duda, el mensaje de Esteban había producido un efecto profundo, a pesar de la determinación del joven fariseo de acallar la voz de la conciencia en aras de doctrinas que creía intangibles. Todo agricultor en España, por lo menos, apreciará la fuerza gráfica de la metáfora, y verá a Saulo esforzarse, cual un buey refractario, por dar coces inútiles contra el aguijón, sin querer entrar aún en el camino de la obediencia.

La gloria celestial (**Hch 26:13**). Al comentar la misma historia según se halla en los capítulos 9 y 22, hemos hecho constar que la única luz que sobrepujaba la del sol a mediodía era la de la gloria de Dios: la gloria que llenaba el Tabernáculo y el Templo y la que veía Ezequiel en sus simbólicas visiones: luz que señalaba la presencia de Dios. El hecho crucial para Pablo —que quiere que comprendan sus distintos auditorios—, es que vio realmente a Jesús de Nazaret rodeado de la gloria que era propia de Jehová del Antiguo Testamento. Hace un parangón implícito entre su experiencia y la de varios profetas del Antiguo Testamento que vieron manifestaciones de la gloria de Jehová, oyendo palabras que constituyeron su comisión. El acontecimiento que convirtió al fanático rabino Saulo en Pablo el apóstol de Jesucristo se expresa en términos comprensibles a todo aquel que hubiera leído los primeros capítulos de las profecías de Isaías, Jeremías y Ezequiel. Agripa comprendería el significado de todo en seguida, bien que Festo, el pagano romano, no percibía más que palabras de un místico, iluminado quizá por los dioses.

8. La comisión (Hch 26:16-20)

El resumen de varias comisiones. Ningún lector inteligente ha de extrañarse, ni mucho menos escandalizarse, por el hecho de que Pablo, ante un auditorio que no se interesaba en el detalle de la vida de los judíos, y que estaba acostumbrado a la famosa brevedad romana, hiciera un resumen de cuanto había recibido del Señor mismo en el camino, juntamente con el mensaje de Ananías de Damasco, incluyendo también el que recibió en el Templo (**Hch 22:21**). El resumen se ajusta perfectamente a los términos de la comisión, siendo tan clara su expresión que aprendemos mucho por medio de esta escueta declaración acerca de la misión encomendada a Pablo, que le constituyó apóstol en el sentido especial y limitado de la palabra: uno que recibía comunicaciones del Señor que había de dar a conocer por medio de palabras inspiradas y autorizadas a los hombres como parte esencial de la *“Fe que fue una vez para siempre dada a los santos”* (**Jud 1:3**).

La persona y obra del siervo (**Hch 26:16,19,22,17**). El mandato *“Levántate y ponte sobre tus pies”* (**Hch 26:16**) nos recuerda palabras parecidas dirigidas a Ezequiel (**Ez 2:1**) y a Daniel (**Dn 10:10-11**) y mantiene el parangón entre la comisión de los profetas y la de Saulo.

a) Pablo había de ser *“ministro y testigo”* de continuadas revelaciones (**Hch 26:16**). La palabra traducida *“ministro”* es *“huperetes”*, uno de los muchos términos que denotan *“siervos”* u *“ministros”* en el Nuevo Testamento señalando éste la relación entre el siervo y su Señor. Saulo ya no tenía que buscar la autoridad de los principales de los sacerdotes, sino estar a las órdenes de Jesús glorificado. Sobre el término *“testigo”* hemos escrito ya bastante, y sólo recalamos aquí que Pablo no podía ser *“apóstol”* sin haber visto personalmente al Señor, escuchando su voz. La diferencia entre él y los Doce es que éstos vieron al Verbo encarnado en la tierra (**1 Jn 1:1-3**), mientras que Pablo tuvo su encuentro especial con el Señor ya glorificado, primeramente en el camino, y luego en ocasiones sucesivas (nótese bien la frase: *“porque para esto he aparecido a ti”*).

b) La obediencia del siervo (**Hch 26:19**). En el camino Saulo dejó de portarse como buey obstinado que da coces contra el aguijón para someterse a la voluntad de quien ya reconocía como el Mesías, el Dios-Hombre. Su testimonio *“No fui desobediente a la visión celestial”* corresponde a su humilde pregunta: *“Señor, ¿qué quieres que yo haga?”*. Por excelsa que fuese la visión y por trascendental que fuera el mensaje recibido, todo habría sido en vano sin la obediencia del siervo. Hagamos un alto para preguntarnos a nosotros mismos si hemos sido fieles a la luz que hemos recibido. Seguramente la visión ha sido clarísima en nuestro caso también, como hermosas las palabras que hemos escuchado, pero quizá no habrán surtido su debido efecto en nosotros por la falta de un espíritu sumiso y obediente.

c) La protección y el socorro del siervo (**Hch 26:17,22**). Al joven Jeremías, quien no comprendía cómo podría comunicar mensajes de fuerte condenación a los jefes de la nación, Jehová declaró: *“Yo te he puesto en este día como ciudad fortificada, como columna de hierro”* (**Jer 1:18**). De igual modo da seguridades a Saulo al comisionarle para mensajes que habían de levantar contra él la furia de los judíos fanáticos, y por fin la férrea oposición de Roma: *“librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío”* (**Hch 26:17**). La protección divina no había faltado, de modo que, ante los grandes de la tierra, Pablo pudo dar su testimonio a la fidelidad de Dios: *“Habiendo obtenido auxilio de Dios, persevero hasta el día de hoy”* (**Hch 26:22**). La historia de Pablo nos hace ver que la protección de Dios no significa un camino fácil para el siervo, sino que le garantiza el socorro divino en medio de las inevitables dificultades y tribulaciones.

d) Comunicaciones de parte del Sector resucitado (**Hch 26:16**). Hemos hecho referencia a estas comunicaciones del Cielo en el apartado *“La persona y la obra del siervo”*, y

solamente reiteramos aquí el gran principio: “¿Cómo predicarán si no fueran enviados?” (Ro 10:14-15). ¡Ay de aquel que, siendo llamado, no se presta al cumplimiento de su misión! Pero, ¡ay de aquel que insiste en lanzarse al camino de supuesto servicio sin ser llamado! De nuevo volvemos a los principios básicos de las divinas comisiones, tal como se ven en el llamamiento de Isaías (Is 6:1-9).

e) Las declaraciones proféticas sobre el Mesías que padeciera (Hch 26:22-23). Igual que el apóstol Pedro, Pablo hace ver siempre que los portavoces del Evangelio continuaban el mensaje profético (de Moisés y de los Profetas), de los cuales el mero judaísmo de sus tiempos se había apartado. La referencia al “Mesías, sujeto a padecimiento”, se enlaza con las aclaraciones que dio el Señor a los suyos después de su Resurrección: “¿No era necesario que el Mesías padeciera estas cosas y que entrara en su gloria?” (Lc 24:26-27, 44-46). Pablo, pues, no era un sectario que minaba los fundamentos de la fe de su nación, sino un expositor que procuraba dar el sentido verdadero a pasajes que los judíos no querían entender en su claro sentido profético. Desde luego, hemos de comprender que la verdad sobre el Cristo que ofrece su vida en sacrificio expiatorio, con el fin de satisfacer las exigencias del Trono de Dios, volviendo luego a vivir, poderoso para vivificar a toda alma sumisa y creyente, es tan ajena a la mente carnal que sólo puede ser comprendida y aceptada por la operación del Espíritu de Dios. Nosotros hemos sido enseñados en cuanto a esta verdad, sustancia misma del Evangelio, desde el primer día que lo oímos, pero tenemos que comprender que encerraba un profundo misterio para quienes escuchaban a Pablo en Cesarea.

f) La esperanza de Israel, que se realiza por la resurrección (Hch 26:23). La comisión de Pablo se relacionaba con las grandes promesas que Dios había dado a los patriarcas y que sólo podían cumplirse por medio de la resurrección. El principio de la “vida que surge de la muerte” por el poder del Dios que levanta a los muertos, fue aprendido por Abraham en su día, y llega a ser la norma de todos los creyentes, “Los que creemos en el que levantó de los muertos a Jesús Señor nuestro” (Ro 4:24). Véase comentario sobre (Hch 26:6-8). El Mesías, “sujeto a padecimiento (de muerte)” según las profecías, es el primero que, habiendo vencido el pecado, raíz de la muerte, anunció la luz de la inmortalidad tanto a los judíos como a los gentiles por su Resurrección de entre los muertos (Hch 26:23). Es el pensamiento básico de la revelación especial que fue concedida a Pablo y se resume hermosamente en el último de sus escritos que ha sido conservado: “Nuestro Salvador, Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el Evangelio” (2 Ti 1:10).

Resumiendo, la comisión de Pablo tenía por base una revelación del tipo ya conocido en el Antiguo Testamento; el mensaje que había de proclamar no era una novedad peligrosa, sino la exposición de las escrituras proféticas sobre la Muerte y la Resurrección del Mesías, ya venido; encerraba la antigua promesa a Israel, que en manera alguna podía hallar su cumplimiento y su consumación aparte de la resurrección, que, según Pablo, ya se había realizado por el levantamiento de los muertos del Señor Jesucristo.

9. El contenido de la comisión apostólica (Hch 26:18,23)

Es un mensaje de iluminación (Hch 26:18,23). “Para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz”... “Cristo... había de ser el primero...para anunciar luz...”. Hallamos ecos en (Col 1:12-14) de los conceptos de este versículo 18, lo que confirma que el pensamiento, a pesar de circunstancias muy diferentes, es siempre el de Pablo, inspirado por el Espíritu Santo. Desde luego el parangón entre “tinieblas” y el reino del mal es tan natural que se halla muchas veces, tanto en la Biblia como fuera de ella, como sucede también con el pensamiento complementario de la “luz” que simboliza el bien: bíblicamente, esta luz procede sólo de Dios. La fe cristiana descansa sobre una

revelación, y rechaza siempre la posibilidad de que la razón humana pueda disipar las tinieblas, sean morales o intelectuales, aparte del auxilio de la gracia de Dios. En los capítulos anteriores, que detallaban los grandes viajes misioneros de Pablo, hemos visto de qué manera el mensaje divino, administrado en la potencia del Espíritu Santo, *“abría los ojos”* tanto de judíos como de gentiles, lo mismo de los sencillos como de los sabios, proporcionándoles la visión salvadora de Cristo muerto y resucitado.

Es un mensaje de liberación (**Hch 26:18**). *“Para que se conviertan de la potestad de Satanás a Dios”*. La Biblia insiste en que el hombre pecador se halla sujeto por las cuerdas de su pecado, por el temor a la muerte, por la vanidad de este presente siglo malo, y por la ley que no puede cumplir. Todo eso se puede resumir por notar su sujeción a Satanás, inicuo autor de su mal (**Jn 8:34**) (**He 2:14-15**) (**1 P 1:18-19**) (**Mt 10:28**) (**Ga 1:4**). Pero el Evangelio anuncia la redención, o la liberación de la esclavitud. Satanás es poderoso, pero el alma que acude contrita a Cristo, Vencedor del diablo, siente que se le caen las cadenas: *“Cayeron mis cadenas, vi mi libertad y le seguí”*.

¡Cuánto necesitaban los habitantes del mundo grecorromano —sin hablar de los judíos tan sujetos a sus propias tradiciones— el mensaje libertador de Cristo! Es el aspecto triunfal del Evangelio que debe proclamarse a voz en cuello a los hombres de esta generación, quienes, ante el desencadenamiento de ingentes fuerzas naturales, más allá del control eficaz del hombre, y frente al resurgir de olas de mal de incalculable potencia, sienten que sus corazones se secan de temor por *“la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra”* (**Lc 21:26**).

Es un mensaje de remisión de pecado (**Hch 26:18**). Muchas religiones no quieren reconocer el hecho del pecado, o, excusando graves faltas morales, hacen que el *“pecado”* consista en *“ofender a los dioses”* por dejar de halagarles con atenciones y dones. Pero la conciencia funciona a pesar de los intentos del diablo de enmudecer su voz, y sólo el Evangelio puede *“limpiar vuestras conciencias de obras de muerte”* (**He 9:14**). ¡Qué alivio para el pecador, abrumado por su pecado y su culpabilidad, cuando por fin vislumbra la Cruz expiatoria y, comprendiendo que *“Cristo murió por los impíos”* se da cuenta de que las cuerdas de la pesada carga se han soltado! ¡El peso ya no le agobia y puede elevar su mirada al Cielo sabiendo que nada impide ya la comunión con su Dios!

Es un mensaje de santificación (**Hch 26:18**). Este resumen del Evangelio es muy breve, pero a la vez muy completo. No basta que el creyente sea iluminado, liberado y que disfrute del perdón de sus pecados. Ha de ser *“apartado para Dios”*, que es el significado de la *“santificación”*. Dios ha de *“limpiar para sí un pueblo propio celoso de buenas obras”* (**Tit 2:14**), hallándose estrechamente unidos *“el que santifica”* y los *“santificados”* (**He 2:11-12**). Todo verdadero creyente es un *“santo”* por estar apartado para Dios en Cristo, pero a cada cual le toca manifestar la santidad por la potencia del Espíritu Santo en su vida diaria.

Es un mensaje que promete una herencia (**Hch 26:18**). El concepto de una herencia se enlaza con el de la *“santificación”*, ya que los *“apartados para Dios”* son aquellos que disfrutaban de las posesiones espirituales en Cristo ahora, esperando ser introducidos en la herencia eterna preparada para ellos en la consumación de todas las cosas (**Ef 1:12-14**) (**1 P 1:3-5**). No podemos dejar de citar (**Col 1:12-14**), que subraya tan hermosamente estos mismos conceptos fundamentales del Evangelio: *“Con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados”*. El lector verá que la coincidencia de los conceptos no puede ser más exacta.

10. Los oyentes del mensaje

La comisión subraya la fe en Cristo (**Hch 26:18**) como condición esencial para que el pecador pueda ser librado de sus muchos males y hecho heredero con los santos en luz. Ya sabemos que la fe salvadora consiste en la confianza total del alma que descansa en Cristo.

El arrepentimiento (**Hch 26:20**) precede y acompaña la fe y hemos de entender por el verbo “*metanoein*” aquel “*cambio de actitud*” que rechaza toda esperanza anterior, que aborrece los pecados pasados y que vuelve el alma a Cristo.

Se produce el hecho de la conversión en todo verdadero creyente, que es el acto de cambiar totalmente de rumbo, como los tesalonicenses a quienes escribió Pablo: “*os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero*” (**1 Ts 1:9**).

El arrepentimiento ha de producir su verdadero fruto de obras buenas. Compárese (**Ef 2:8-10**). Otra vez quedamos asombrados ante la riqueza doctrinal de este resumen, ya que esta verdad, tan poco comprendida, halla lugar en el breve discurso frente a Agripa. Las obras no salvan, pero es inútil que nadie pretenda haber recibido de Dios la plenitud de su salvación en Cristo si no produce “*obras dignas del arrepentimiento*”: aquellas obras para las cuales Dios nos ha ordenado en Cristo desde la eternidad.

11. La esfera del ministerio del siervo (Hch 26:20,22-23)

Las varias frases referentes a la esfera del servicio de Pablo que hallamos en este resumen de su comisión, hablan elocuentemente de la universalidad de su esfuerzo misionero, coincidiendo con pasajes como (**Ro 1:14-15**): “*A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor. Así que... pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma*”. Compárese el ideal de la evangelización en “*toda la creación*” que hallamos en (**Col 1:23**). El Evangelio, proclamado según la comisión de Pablo, no conocía limitaciones raciales, ya que fue anunciado tanto al pueblo judío como a los gentiles (**Hch 26:23**). Con todo, se destaca la misión especial de Pablo a los gentiles que fue cumplida según el resumen de (**Ro 15:15-24**). La comisión hacía caso omiso de las diferentes categorías de la sociedad, pues Pablo persistía en dar su testimonio a “*pequeños y a grandes*” (**Hch 26:22**), abundando en la narración de su obra las evidencias de esta imparcialidad. Todos los hombres tienen almas inmortales y por todos murió Cristo, de modo que Pablo era deudor a todos hasta darles el mensaje de vida. Si la evangelización del mundo tropieza con tantas dificultades hoy, es porque los creyentes, “*deudores*” igual que Pablo, se han olvidado de su obligación de testificar delante de “*pequeños y grandes*”, “*sabios e indoctos*”, según los términos de la comisión que también, en su medida, han recibido del Señor glorificado.

La primera esfera de testimonio fue Damasco, donde, luego de su conversión, empezó a proclamar en las sinagogas que Jesús era el Hijo de Dios (**Hch 9:20**). Después de su estancia en Arabia subió a Jerusalén, donde también testificó en las sinagogas de los judíos helenistas (**Hch 9:26-29**), hallándose el resumen de este principio de su obra en el versículo 20 de nuestro pasaje. Sigue hablando de un extenso ministerio en Judea (**Hch 26:20**), lo que presenta cierta dificultad, pues a raíz de su testimonio en Jerusalén su vida peligraba a causa de la violenta reacción de los judíos helenistas, por lo cual los hermanos le enviaron a su ciudad de Tarso donde —por todo lo que podemos saber permaneció hasta ser llamado por Bernabé para ayudar en la obra en Antioquía. Quizá hemos de entender períodos de testimonio durante sus visitas a Jerusalén, al pasar por distintos pueblos de Judea.

El epílogo del discurso (Hch 26:24-32)

Nos gustaría hallar evidencias de arrepentimiento y de conversión entre los oyentes de Pablo aquel día; es de suponer que tal mensaje no dejaría de producir su fruto, pero el propósito de Lucas es el de hacernos ver las reacciones de los representantes del poder de Roma. En la parte legal el resultado fue bueno, influyendo seguramente en la presentación del informe oficial para la consideración del César. Los únicos que hablan, Festo y Agripa, quedaron evidentemente bien impresionados por la sinceridad y la elocuencia de Pablo, como también por su dominio de los extraños temas que trataba; pero no tenemos noticia de almas que se rindieran ante la poderosa proclamación del embajador en cadenas, quien hablaba en el Nombre del Señor resucitado y glorificado.

1. La exclamación de Festo (Hch 26:24-25)

Esta exclamación de Festo “*a gran voz*” es uno de los varios indicios de que el ambiente se iba cargando en la medida en que Pablo presentaba su defensa y proclamaba su mensaje. El auditorio había esperado otra cosa: presenciar con cierta fría curiosidad y limitado interés un proceso que giraba alrededor de la figura, ya bastante conocida, de un líder de los nazarenos. Estaban dispuestos a manifestar más o menos simpatía, más o menos antipatía, según sus distintos temperamentos y crianza, pero pensaban que su interés no pasaría de ser el de unos espectadores distanciados totalmente del preso y de sus creencias. Muchos darían muestras de desdén frente al fanático que malgastaba dotes considerables en la defensa de fantásticas ideas supersticiosas. Pero poco a poco el cínico alejamiento de la mayoría se iba transformando en interés personal. El preso hablaba de algo que interesaba a todos, “*pequeños y grandes*”, y por fin empezaba a insinuarse la idea en la mente de muchos que ellos también tenían que llegar a hacer decisiones frente a aquel Jesús, que Pablo afirmaba ser el Hijo de Dios hecho Hombre, muerto y resucitado. Pablo se expresaba bien; no podían tildarle de nada en cuanto a su cultura y sus conocimientos, pero más que eso, hablaba con extraño poder, de tal forma que las palabras suyas se metían como flechas por las junturas de la armadura de su indiferencia, su filosofía, su superstición y su materialismo.

Festo, el sólido romano, cumplidor de la religión oficial como deber social, se hallaba en un ambiente desconocido, y, no queriendo ceder a las nuevas influencias que empezaban a conmovérle, lanzó su grito por el que admitía la gran cultura de Pablo, atribuyendo su manifiesta inspiración, y la tensión eléctrica que emanaba de sus palabras, a la sagrada locura de los videntes que interpretaban los oráculos de los dioses. Nuestras traducciones —“*las muchas letras te vuelven loco*”— dan la idea de una interrupción insultante, pero hemos de tener en cuenta que los antiguos respetaban los arrebatos de los “inspirados”, por lo que la combinación de “*muchas letras*” con “*locura*” indica que tal fue la actitud de Festo, sin que por eso quisiera que la “inspiración” surtiera mayores efectos en su vida o ante su tribunal.

Pablo no quería admitir las asociaciones que predominaban en la mente de Festo; rechazó cortésmente la sugerencia, recalcando que sus palabras eran “*de verdad y de cordura*”, fruto de la obra del Espíritu Santo que siempre une la potencia con la templanza (**Ga 5:22-23**).

2. El intercambio con Agripa (Hch 26:26-29)

Las referencias a los “*profetas*”, a una “*visión celestial*” y a la “*resurrección*”, habían hecho a Festo pensar en una “*divina locura*”, pero Pablo se dirigió directamente a Agripa sabiendo que el vocabulario y los conceptos que acababa de emplear no eran desconocidos por el vástago de la dinastía herodiana, enseñado tanto en las Escrituras

como en las tradiciones de los judíos. No sólo eso, sino que el ministerio de Jesucristo había dejado honda huella en la memoria de los habitantes de Jerusalén, y aun los incrédulos en cuanto a la misión mesiánica de Jesús reconocían que alguien “*poderoso en palabra y hecho*” había recorrido los caminos de Galilea y de Judea y que extraños acontecimientos, que nunca se habían explicado satisfactoriamente, se habían llevado a cabo en Israel; el testimonio de Jesucristo y de sus apóstoles no se había realizado “*en algún rincón*”, sino a la vista de todo el pueblo, desde los grandes hasta los pequeños. Pablo volvió al gran punto crucial de la Fe: el testimonio de los profetas y su cumplimiento en Cristo: “*¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees*”. No cabe duda de que el monarca fue conmovido y que Pablo sabía que podía hacer su afirmación sin miedo a la contradicción. Pero Agripa, comprendiendo que el mensaje de Cristo era incompatible con el judaísmo, quiso salvar su pobre prestigio por desviar la flecha de la Palabra ante los muchos que ya le miraban con interés. “*¡Por poco me persuades a ser cristiano!*” Pablo se habrá entristecido por el rechazamiento, algo cínico, del rey, pero con todo supo convertir la evasiva en ocasión para la magnífica confesión y llamamiento que dio fin a la sesión: “*¡Quisiera Dios que por poco o por mucho, no sólo tú, sino también todos los que hoy me oyen, fueseis hechos tales cual yo soy, excepto estas cadenas!*”. Por los profetas se llegaba a Cristo, y en Cristo se hallaba el secreto de toda bendición, que, con más o menos esfuerzo por su parte, Pablo hubiese querido compartir con todos sus oyentes, tan necesitados espiritualmente a pesar de lo privilegiado de su posición social.

Quedamos asombrados ante la dignidad y el poder de este “llamamiento”, después de una “defensa” de su vida y ministerio, que se había convertido en una magnífica presentación del Evangelio frente a la aristocracia del país. “Cadenas aparte”, Pablo se consideraba tanto más feliz que ninguno de los grandes y anhelaba que todos dejasen sus ídolos, sus pensamientos personales y limitados, para postrarse ante aquel que estaba dispuesto a revelarse en sus corazones, tal como lo había hecho a Saulo el rabino perseguidor en el camino a Damasco.

3. Las consecuencias legales de la defensa (Hch 26:30-32)

Notamos arriba que los resultados de la defensa distaban mucho de ser nulos. Festo, en consulta con Agripa y sus consejeros, formularon oficialmente la opinión de que “*ninguna cosa digna de muerte ni de prisión ha hecho este hombre*” (Hch 26:31), pero Festo ya tenía las manos atadas por la apelación de Pablo a Roma, no pasando la dramática sesión en el salón del pretorio de Herodes en Cesarea de ser, en su aspecto legal, un interrogatorio con el fin de redactar el informe que se había de llevar a Roma. Según la opinión de Agripa, Festo habría podido libertar a Pablo si no hubiese apelado ya a César, pero hemos visto que tal apelación surgió de las vacilaciones anteriores de Festo frente a la insistencia y la violencia de los jefes del judaísmo. La sentencia absolutoria se pronunció demasiado tarde para librar a Pablo en Cesarea, pero sin duda influyó en su liberación después de su primer encarcelamiento en Roma.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre los tres puntos del resumen de la defensa de Pablo ante Festo en (Hch 25:8).
2. Explique la “*apelación al César*” de (Hch 25:11-12), y señale los motivos de Pablo al querer ser juzgado ante el Emperador.
3. Comente sobre la historia y el carácter de: a) Festo; b) Herodes Agripa II; c) Berenice.

4. Destáquese la importancia del tema de la resurrección en el discurso de Pablo ante Agripa.
5. Haga un resumen de las grandes doctrinas que Pablo menciona en su defensa ante Agripa, con referencia especial a **(Hch 26:18,23)**.
6. ¿Cuáles fueron los resultados del interrogatorio ante Agripa: a) en la esfera legal; b) en la esfera espiritual?

Viaje de Pablo a Roma (Hechos 27:1-28:15)

Introducción

El apóstol acariciaba el propósito de llegar a Roma desde los días de su gran ministerio en Éfeso (**Hch 19:21**), dando cumplida expresión a sus deseos e intenciones en la Epístola a los Romanos; escrito que había de preparar el ánimo de los hermanos precisamente para la visita que ahora se realiza. Es interesante comparar (**Ro 1:10-15**) y (**Ro 15:15-29**) con el pasaje que hemos de estudiar. Veremos que, en efecto, no se había engañado a sí mismo al pensar que era la voluntad de Dios de que, como apóstol a los gentiles, diera su testimonio en la metrópoli del gran imperio gentil, habiendo de recibir una cordial acogida de parte de la gran iglesia que otros hermanos habían plantado en la capital. Pero, al redactar su carta, rogando a Dios que le diera “*próspero viaje*” para llegar a los santos en Roma, no podía prever que no llegaría a su destino sino después de estar en peligro de muerte a mano de los judíos; de estar sujeto a largos y molestos procesos legales, emprendiendo el viaje como preso. Y como si todo ello no fuese suficiente, la última etapa del viaje, que debiera haberse consumado por el otoño del año 59, no tocó a su fin hasta la primavera del año 60, después de un viaje marítimo tan accidentado que sólo una intervención divina pudo librar al apóstol de la muerte y hacer posible su llegada a Roma. Una y otra vez Dios confirmó a su siervo que había de testificar en Roma, pero tal designio de parte de Dios no le excusó de pasar por las pruebas y tribulaciones que surgieron de la oposición de sus enemigos, de las vacilaciones de los representantes de Roma, y de los peligros naturales del mar, aunque constituyó la garantía que había de ser librado de toda circunstancia adversa por fin para el cumplimiento del plan divino.

Es natural que nos preguntemos por qué Lucas dedicara tanto espacio a este viaje, y a la descripción del naufragio, después de haber omitido muchos otros incidentes que, a nuestro ver, habrían ilustrado puntos más importantes para nuestra comprensión de la obra misionera de Pablo y del funcionamiento de las iglesias en la era apostólica; pero, como en otros casos, nuestra sabiduría consiste en aceptar y aprovechar lo que Dios, en sus sabias providencias, nos ha hecho transmitir. El relato que hemos de estudiar es de gran interés, y al leerlo, quedamos agradecidos a la bondad de Dios que nos ha dado este cuadro que presenta a un apóstol, no ya predicando ante distintos auditorios, ni redactando sus maravillosas epístolas, sino pasando por una crisis como la que podría experimentar cualquier hijo de Dios. Es muy aleccionador comprobar que la “virtud” del siervo opera por igual en estas circunstancias que en otras que parecen más propias de su apostolado. El siervo de Dios, gracias a su clara visión de su propia vocación, comprendiendo además que las providencias de Dios estaban por encima de la tempestad, e interesándose en la suerte de sus semejantes en todo momento, llega a ser el único que controla la situación, y el único capaz de guiar y orientar a otros, aun tratándose aquí, en primer término, de una crisis material. Él es el consejero, el animador, el que da ejemplo de serenidad y de tranquilo poder, igual en lo peor de la crisis como cuando recoge ramillas para la hoguera en Malta. Se hace fuerte y sabio, porque puede testificar: “*Creo en Dios... de quien soy y a quien sirvo*”. Las lecciones más importantes, pues, son las personales, ya que Pablo se destaca no tanto como el “*apóstol a los gentiles*”, sino como el humilde siervo de Dios, bendecido y hecho bendición en medio de los azares de un peligroso viaje, gracias a su contacto íntimo y sostenido con el Omnipotente.

La parte histórica puede resumirse en la frase de (**Hch 28:14**): “*Y luego fuimos a Roma*”. La larga odisea toca a su fin, pues Pablo llega a la consumación de su ministerio especial

al llegar al corazón del Imperio de Roma: momento que había de ser forzosamente de gran importancia a pesar de la brevedad de la narración de Lucas en esta parte.

De Cesarea a Bellos Puertos (Hch 27:1-8)

1. Pablo y el centurión Julio

Se supone que Julio, centurión de la cohorte de Sebaste, o del Emperador, pudo pertenecer a un “cuerpo de comunicaciones” que mantenían relaciones entre el César y sus ejércitos en distintas partes del Imperio. Al ser así, es muy natural que Festo y sus oficiales le hiciesen entrega oficial del preso Pablo, merecedor de especial consideración en virtud de su ciudadanía romana, y sobre cuyo caso se había redactado un informe detallado y favorable después del interrogatorio delante del gobernador y del rey Agripa. Julio sería responsable por su preso, con otros, hasta entregarle a su vez al prefecto de la guardia pretoriana en Roma.

Todos los centuriones que se mencionan en Nuevo Testamento se presentan bajo una luz favorable, y Julio no es excepción. Mostró su consideración por su preso en Sidón, y bien que rechazó su buen consejo en Bellos Puertos, le salvó la vida en el desembarque de la nave naufragada en Malta. No podemos por menos que preguntarnos sobre el efecto que hiciera el testimonio de Pablo, visto tan cerca y en circunstancias tan dramáticas, sobre este oficial amable y sensato. No podemos ir más allá de la Palabra por suponer una conversión, pero el hecho es que el Evangelio se adentró en los pretorios y en los palacios reales precisamente por tales medios durante el primer siglo.

2. La nave adramitena (Hch 27:2)

Por el curso del viaje podemos suponer que el barco era costero, realizando sus recorridos durante el verano desde Alejandría a los puertos de la costa sur de Asia Menor. Julio tendría la intención de hacer transbordo en Mira, o puerto análogo, a una de las muchas naves dedicadas al transporte de trigo desde Alejandría hasta Roma: un comercio muy desarrollado, bajo el control del mismo gobierno imperial, pero a través de los patronos de las naves.

En el barco costero empieza la primera etapa del viaje, y hemos de notar que Pablo no viajaba solo, ya que se menciona a Aristarco de Tesalónica, que había de ser su compañero en Roma también (**Col 4:10**) (**Flm 1:24**), además de Lucas quien vuelve a escribir en “primera persona plural” aquí, lo que indica que él también acompañaba a su amado paciente. Sin duda no había estado muy lejos de Pablo durante el encarcelamiento en Cesarea, pero de aquí en adelante había de compartir sus trabajos y peligros aun más íntimamente.

En Sidón, donde el barco hizo escala, el centurión permitió a Pablo desembarcar para ser atendido por “sus amigos”, que seguramente serían los hermanos de la iglesia cristiana en el puerto de Sidón, tan célebre en los días de la grandeza de Fenicia. De nuevo notamos el surgir de iglesias en todas partes como resultado natural, no sólo de los trabajos evangelísticos de los siervos de Dios, sino del testimonio de los miles de cristianos anónimos que viajaban o fueron esparcidos por distintas causas.

Los vientos procedían, sin duda, del noroeste o del oeste, y como eran “contrarios” al propósito de llegar a Mira en Licia, el piloto llevaba el barco “a sotavento de Chipre”, que en este caso indica la costa nordeste de la isla, que sería la más protegida (Véase mapa).

Mira era “puerto gemelo” de Pátara, por donde Pablo había pasado a su ida a Jerusalén, famoso por su movimiento marítimo y su participación en el transporte de trigo desde los

graneros de Egipto a Roma y las provincias. Allí, efectivamente, Julio halló un barco alejandrino que quería llegar a Roma antes de que las tempestades otoñales hiciesen imposible la navegación. Hemos de recordar que las naves del primer siglo no podían capear los temporales del mar abierto, y aun las grandes se mantenían cerca de las costas a ser posible, cesando de navegar en octubre, no sólo por miedo al mal tiempo, sino también por oscurecerse las costas y los cuerpos celestes. La estación se adelantaba, pero seguramente el maestro de la nave calculaba que “*con suerte*” podría llegar a Italia antes de cesar la navegación por completo.

3. De Mira a Bellos Puertos (Hch 27:7-8)

De nuevo tuvieron que navegar lenta y penosamente porque no les favorecía el viento. Ni la construcción de los barcos de entonces, ni la ciencia marinera, habían llegado al punto de poder adelantar mucho contra vientos contrarios, como se llegó a hacer en tiempos más modernos en los veleros, valiéndose de los frecuentes cambios de bordada.

Al parecer, los barcos trigueros de Alejandría dependían más de la vela que no de los remos. El capitán buscó el sotavento de la isla de Creta, frente al promontorio de Salmón, y así llegó a la costa sur de la isla, costeándola lentamente y logrando por fin entrar en un pequeño puerto poco digno de su hermoso nombre de “*Bellos Puertos*”. Lo más grave del asunto era la pérdida de tiempo, comprendiendo todos ya que les sería necesario invernar en alguna parte, puesto que no había posibilidad de llegar a Italia antes de cerrarse la época de la navegación. Bellos Puertos se hallaba protegido hasta cierto punto por unas islas, pero, por lo demás, no ofrecía las facilidades para invernar que convenían a un barco grande como este alejandrino. Recordemos que llevaba 276 personas a bordo (**Hch 27:37**), dato que revela que se trataba de una nave bastante grande, bien que se habla de otras mayores.

Los consejos de Pablo (Hch 27:9-12)

Pablo era muy conocedor de aquellos mares, y tanto por su experiencia como por la lucidez de su espíritu profético, percibía que sería peligroso dejar la protección de Bellos Puertos, a pesar de la falta de comodidad desde el punto de vista del maestro del barco. El “*ayuno*” que se menciona en el versículo 9 sería el del Día de Expiaciones, fecha variable, pero que coincidía con el 5 de octubre de nuestro calendario en el año 59: fecha más tardía que la normal. De paso notamos que los eruditos ven en estos datos una confirmación indirecta de que, en efecto, el viaje a Roma se efectuara durante los años 59-60, ya que la fecha del ayuno cayó más bien temprano, tanto en el año anterior, como el posterior.

Naturalmente el centurión se aconsejaría con el capitán y el patrón del barco en toda cuestión marítima, pero el prestigio del preso era tal que tomó parte con toda naturalidad en las discusiones habidas en Bellos Puertos. No hemos de entender que no escucharon su aviso, pero que una mayoría de los peritos en la materia pensaban que sería factible llegar hasta el puerto de Fenice, más al oeste, donde había un puerto mejor preparado para invernar; el consejo de esta mayoría, apoyado por las voces autorizadas del capitán y del patrón, persuadió a Julio de la posibilidad de realizar este corto trayecto (**Hch 27:11-12**).

I. Fenice

El fin del versículo 12, sobre la posición y entrada del puerto de Fenice, ha dado mucho que cavilar a los eruditos, ya que la moderna “*Fenika*” no parece corresponder bien a la descripción “*que mira al nordeste y al sudeste*”; pero es posible que el puerto, antes

bueno, se haya cegado por la sedimentación de los arroyos, o por el movimiento de los arenales, como en tantos casos. Se ha sugerido también el puerto de Lutro, que se halla en las proximidades, pero como tales cuestiones son problemáticas, no afectando para nada la exposición, no podemos hacer más que notarlas al pasar.

La embestida del huracán (Hch 27:13-20)

1. Falsas esperanzas (Hch 27:13)

Después de desecharse el consejo de Pablo, se levantó un suave viento del Sur, lo que llevó a los “optimistas” a pensar que el buen tiempo les daba razón. La distancia entre Bellos Puertos y Fenice no era más de ciento treinta kilómetros, pero la nave no había de invernar allí, pues pronto después de zarpar, al procurar seguir la costa en dirección al Oeste, el austro dejó su engañoso soplo, sustituyéndole un conocido viento huracanado del Nordeste que tuvo su origen en las tierras del interior de Asia Menor, y, pasando por Creta, dio repentinamente contra la embarcación con tal furia que, desde el primer momento, la tripulación tuvo que dejarse llevar, siendo imposible todo intento de maniobrar.

No quisiéramos convertir esta exposición en “alegoría”, pero no es extraño que el incidente haya servido de figura, una y otra vez, de lo engañosas que son las ilusiones de la juventud, cuando el “austro” suave y primaveral parece llevar promesas de tantos bienes, con las cuales desentonan los sabios consejos de prudencia de parte de los siervos de Dios de conocimiento y de experiencia, que a menudo se desprecian como “cosas de viejos amargados”. Pero el austro no sopla para siempre y los huracanes saltan sobre la embarcación de la vida en el momento menos esperado. ¡Y bienaventurado el joven que tenga otra vez a su lado a un consejero en contacto con Dios que le ayude a sacar algún bien de las ruinas de las primeras esperanzas!

2. El rigor de la tormenta (Hch 27:16-20)

La última tierra que avistaron era la pequeña isla de Clauda, al sudeste de Fenice. Desde entonces no habían de ver nada sino el caos de las aguas, locamente azotado por el huracán, hasta penetrar, como náufragos, en una ensenada de la isla de Melita. Pocas veces se ha descrito tan vívidamente los apuros y angustias de la tripulación y pasajeros de un barco que pelagra por la furia de una tempestad como Lucas lo hace en estos versículos. Todos participaron en la lucha titánica por salvar la nave, y con ella sus vidas. Lucas, al escribir el relato más tarde, renueva los recuerdos hasta el punto de pasar otra vez en su imaginación por todas las etapas angustiosas del terrible trance. Hemos de entender que mantendrían los marineros una vela pequeña de trinquete (hacia la proa) para que el barco siguiese el curso del viento, evitando que se presentase su costado a los furiosos golpes de las olas. Todo lo demás estorbaba, de modo que recogieron a bordo el esquife, que normalmente se remolcaba detrás del barco (**Hch 27:16**). Después *“usaron de refuerzos (ayudas) para ceñir la nave”*, o sea, pasaron sogas por debajo de la quilla, procurando dar mayor cohesión a las tablas de los costados para que no se soltasen. Todos los aparejos (fuera de la vela necesaria) tenían que arriarse y colocarse lo mejor que se podía sobre la cubierta, reduciendo así la marcha del barco por miedo de ser echados sobre los temidos escollos de la Sirte, que flanqueaban la costa del Norte de África. Pero el día siguiente parecía necesario alijar el barco, o sea, echar al mar todo lo que se pudo para reducir el peso (quizá ya entraba el agua). Se guardaba por lo menos una parte de la carga de trigo como lastre, pues algo quedaba por echar al mar antes del naufragio. Al tercer día hasta los aparejos del barco fueron lanzados al mar, lo que indicaba que los marineros habían perdido la esperanza de poder volver a utilizarlos a los

efectos de terminar normalmente el viaje. Se trataba de mantener el casco a flote, fuese como fuese, hasta ver lo que pasaría (**Hch 27:18-19**). Los negros nubarrones que se cernían sobre el barco no permitían que nadie vislumbrara ni sol ni estrellas, lo que impedía toda orientación y aumentaba la impresión de estar perdidos en el caos de las aguas. Los oficiales, tripulación y viajeros, zarandeados por la tempestad, mareados muchos de ellos sin duda, debilitados, además, por la falta de comida, iban perdiendo toda esperanza, creyendo que el ciego “destino” del paganismo había decretado su destrucción. En tal momento asume el liderazgo el siervo de Dios, el único capaz de recibir la Palabra de Dios para la orientación de una compañía de 276 personas sumidas en el desaliento y la desesperación.

La segunda intervención de Pablo (Hch 27:21-26)

1. El siervo de Dios en la tempestad

Reiteramos que el valor moral y espiritual de esta dramática escena consiste en la revelación de la nobleza, valor y eficacia del apóstol en medio de una crisis producida por fuerzas naturales. El gran predicador no es un teórico o un dogmático que “predica sin dar trigo”, sino el único hombre útil cuando todos los demás habían agotado los míseros recursos de su habilidad y de sus fuerzas. El testimonio del cristiano no ha de limitarse a cultos, reuniones y conferencias, sino que es algo que debe revelarse como oro puro en el crisol de los accidentes normales de la vida, ya que, si ha echado la mano de fe sobre las verdades que profesa, no será la víctima de las circunstancias sino que vivirá por encima de ellas, en la presencia de Dios.

La trágica experiencia del peligro había dado la razón a Pablo, lo que le prestaba mayor autoridad para intervenir de nuevo en este momento de máxima angustia, y sin duda nadie, desde el capitán al grumete, dejaba de escucharle. El “embajador en cadenas” habla por su Dios en la bodega de una nave triguera alejandrina, pronto a ir a pique, notándose en él, si cabe, un aumento de dignidad y de poder en tan extrañas circunstancias.

2. El mensaje del siervo

a) Una predicción (**Hch 27:22**). “No habrá ninguna pérdida de vida entre vosotros, sino solamente de la nave”. En Bellos Puertos Pablo había visto el peligro general del naufragio, con el riesgo de daños y perjuicios, no sólo para el cargamento y la nave, sino además para la vida de las personas. A la luz de una nueva comunicación divina puede rectificarse el presagio anterior en sentido optimista, ya que había recibido “seguridad” en cuanto a las vidas, bien que la nave se había de perder. Sobre el heterogéneo y atemorizado auditorio esta predicción debió de caer como nuevo rayo de esperanza.

b) El Dios de Pablo (**Hch 27:23**). Fue un “ángel de Dios” quien trajo a Pablo el mensaje consolador, pero más importante que el ángel fue el Dios quien le envió: “el Dios de quien soy y a quien sirvo” según la declaración del apóstol. La predicción de Pablo habría carecido de toda importancia si no la hubiese apoyado en la gran verdad que recalcó por medio de un testimonio claro, sencillo y conmovedor. “Soy del Dios quien me hizo y quien me redimió”, y nos parece percibir un eco de (**Is 43:1**): “Así dice Jehová, Creador tuyo, oh Jacob, y Formador tuyo, oh Israel: No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú”. Siendo de Dios por los derechos de la redención, Pablo se puso sin condiciones a su servicio, entregándose a Jesucristo como esclavo por amor. Aquí no caería bien la mención de su vocación especial como apóstol, pues nada de eso podría comprender la mayoría de sus oyentes, pero el recuerdo del hecho del Dios omnipotente se revistió de gran importancia en medio del desencadenamiento en toda su furia de las

inconmensurables fuerzas de la naturaleza. Luego Pablo se presentó como la “posesión” y el “siervo” de este Dios único. Vemos una vez más cuán delicadamente se ajustan los términos de los mensajes de Pablo a la capacidad de los oyentes y a la necesidad del momento.

c) El propósito del Dios de Pablo (**Hch 27:24**). “Pablo, no temas, es necesario que comparezcas ante César”. Tenemos aquí una hermosa ilustración del conocido dicho: “Es inmortal el siervo de Dios hasta que termine su obra”. Ni el furioso euraquilo, ni la torpeza de los hombres, podían conseguir nada en contra de la vida de Pablo sobre la tierra mientras que seguía en el camino de la voluntad de Dios. Ya en Jerusalén su Señor le había afirmado: “Como has testificado por mí en Jerusalén, así es necesario que lo hagas también en Roma”, y ahora, a bordo de una nave a punto de deshacerse, juguete, al parecer, del imponente temporal, se repite tranquilamente la declaración de la voluntad de Dios: “Has de comparecer ante César”. Recordamos cómo, en medio de otros vientos tempestuosos, el mismo Señor consoló a otros discípulos con las palabras: “Yo soy; no temáis” (**Jn 6:20**). De tales declaraciones nace “la paz en las alturas” en el corazón del siervo de Dios, ya que su camino está delante de su Dios, y ordenado por él.

d) El “don de gracia” del Dios de Pablo (**Hch 27:24**). “Dios te ha concedido (como don de gracia) todos los que navegan contigo”. La expresión es especial (“*kecharistai soi*”), ya que el verbo tiene por raíz la palabra “*charis*” (“gracia”), y se traduce variadamente por “dar”, “perdonar”, “hacer una donación”, “conceder”. Sin duda hemos de entender que Pablo se preocupaba por sus compañeros de viaje, e intercedía por ellos. Dios habría podido librarle a él solo, o a él y sus compañeros de milicia cristiana, pero Pablo suplicaba por las vidas de todos que le fueran concedidas como “gracia” de parte de su Señor. Algunos de sus compañeros de viaje le serían simpáticos en sentido natural, pero otros se habrían portado groseramente con el “preso”. Pablo, sin embargo, no pensaba en términos de personas más o menos simpáticas según la naturaleza, sino en almas por las cuales murió Cristo, abrazando a todos en su intercesión de amor. ¡Cuán maravillosamente reflejaba el espíritu de su Maestro! ¡Que escudriñemos nuestra actitud frente a quienes nos acompañan por el camino de la vida a la luz de tan excelso ejemplo!

e) La fe de Pablo en su Dios (**Hch 27:25**). “Yo confío en Dios que será así como se me ha dicho”. El hecho de Dios, sus divinas consolaciones, el plan eternamente decretado para el ministerio del siervo, los dones de gracia que Dios concede a los intercesores: todo está firme en Dios mismo, pero todo ha de asirse por la mano de la fe del siervo. Dios es, Dios obra, Dios promete, pero le toca al siervo responder a todo ello por su parte con la sencilla y sentida declaración: “Confío en Dios que será así”. He aquí la fe que saca bálsamo de los venenos, palacios de ruinas, salvación de las pérdidas humanas y victoria de la derrota.

f) Una nueva predicción (**Hch 27:26**). Ya se había revelado que la nave había de perderse, salvándose sólo las vidas de las personas. Ahora se añade la predicción final, que tan literalmente había de cumplirse: habían de ser echados en una isla. Dios no les libró de la crisis, pero podían “confiar” ya que habían de ser salvados del peligro que aún les amenazaba.

Acercándose a Malta (Hch 27:27-37)

I. Señales de tierra (Hch 27:27-29)

Llegó la decimocuarta noche de su odisea cuando los marineros percibieron señales de la proximidad de tierra. Muy probablemente oían el estruendo lejano del rompimiento de las olas en el promontorio de Koura, cerca del escenario del naufragio, que ahora se llama “la

Bahía de San Pablo”. Al echar la sonda, comprobaron que, en efecto, se acercaban a tierra y echaron anclas por la popa. Normalmente las anclas se echaban (y se echan) por la proa, pero era necesario mantener el barco en línea con el viento y el empuje de las aguas, con la proa hacia la tierra, en espera de la posibilidad de encallarlo a la luz del día. En tan precaria situación las personas a bordo *“ansiaban que se hiciese de día”*, que es otra de las gráficas pinceladas de Lucas, participante en las ansias de todos.

2. Otra intervención de Pablo (Hch 27:30-32)

Los marineros vieron la posibilidad de adelantar su salvación por huir en el esquife, que estaban echando al agua so pretexto de echar anclas también de la proa. Podemos suponer que estaban algo resguardados de la furia del temporal en la bahía. Pablo percibió la malvada intención, que habría dejado a los pasajeros sin la ayuda de la gente de mar en el momento de procurar encallar la nave: operación delicada y peligrosa hasta el punto de que Pablo no veía la posibilidad de realizarla sin la ayuda de los marineros. Avisó a los soldados, y éstos, con la prontitud típica de los militares romanos, cortaron las sogas, motivando la pérdida del esquife. Probablemente Pablo quería que la maniobra de los marineros fuese impedida sin tal pérdida, ya que el esquife habría podido ser útil en el desembarque.

3. Otra exhortación de Pablo (Hch 27:33-36)

De nuevo el liderato recae sobre Pablo, cuyo sentido práctico percibía la importancia de que comiera la compañía antes de arrostrar los peligros del desembarco. Recalcando la duración del ayuno —hecho inevitable, quizá, por las condiciones de a bordo, por el mareo y por el desánimo—, hizo ver a la compañía que les convenía tomar fuerzas antes del esfuerzo de llegar a tierra. Tranquilizó sus temores por repetir su predicción de que no había de sufrir daño físico ninguno de ellos; luego les animó por su ejemplo, tomando él mismo pan y comiéndolo delante de todos. Pero la preocupación por el bien físico de sus compañeros, con la tensión nerviosa tan propia de los momentos críticos por los cuales pasaban, no impidieron que diera su testimonio personal, ya que *“dio gracias a Dios en presencia de todos”*. Otros invocaban a sus dioses, pero Pablo daba pruebas de su fidelidad al Dios que verdaderamente escucha la oración.

Es interesante comparar a Pablo y a Jonás, dos siervos de Dios que pasaron por los peligros de una formidable tempestad en las aguas orientales del Mediterráneo. Jonás, por huir de *“la presencia de Dios”*, por desobedecer un claro mandato de su Dueño, no pudo testificar a sus compañeros de viaje sino por confesar su delito, declarando que, por tal causa, la salvación del barco dependía de que le echasen a él al mar. En cambio, Pablo sigue la senda de la voluntad conocida de Dios, y, lejos de ser un peligro para otros, es él quien repetidamente llega a ser medio de salvación, de bendición y de testimonio.

El naufragio controlado (Hch 27:38-44)

La nave llegó a naufragar, es cierto, pero gracias a las indicaciones de Pablo y la presencia a bordo de los marineros, fue posible controlar los acontecimientos de tal forma que se salvaron las vidas de todos. Aún quedaba trigo en la bodega, pero importaba para la maniobra del embarrancamiento que la nave se aligerara lo más completamente posible, así que la compañía, ya satisfechos y animados, arrojaron lo que quedaba al mar. Llegó la tenue luz de la madrugada, filtrándose aún por las nubes que traían abundante lluvia, revelando una ribera desconocida por los marineros. Seguramente algunos, si no todos, habrían conocido la puerta de Valetta, famosa aun en la antigüedad, pero la *“Bahía de San Pablo”* distaba bastantes kilómetros de Valetta, y no sería conocida sino por marineros indígenas del lugar. El *“lugar de dos aguas”* se identifica por corrientes

marítimas que rodean una isla, y bien que ahora no hay arena en el lugar que mejor corresponde a la descripción de Lucas, es probable que ha sido removido por las corrientes a través de los siglos.

La vela de trinquete se izó, siendo impulsado el barco hacia la playa, en la que se hincó de proa. Las olas daban furiosamente contra la popa, ya fija y sin defensa, pero hubo lugar para que quienes supiesen nadar se echasen a las aguas hacia la playa, y para que los demás se procurasen tablas u otros objetos ligeros que les sostuviesen en el corto trayecto a la tierra firme. La dificultad consistiría más en la violencia de los rompientes que no en la distancia o en la profundidad del agua. Según la profecía de Pablo, todos llegaron salvos a la playa.

I. La vida de Pablo protegida (Hch 27:42-43)

Parece inverosímil que la vida del héroe de la odisea peligrase al último momento, a causa de la férrea disciplina de Roma, tan dura e implacable. Según las leyes de los países más civilizados de hoy, el acusado ha de tenerse por inocente hasta que sea sentenciado, pero en el sistema de Roma (que no se desconoce en el día de hoy) lo importante era que ningún reo escapase, y, ante la posibilidad de librarse un criminal, se creía que era necesario matar a todos, aun cuando fuesen inocentes. El caso del carcelero de Filipo nos ha enseñado algo sobre la tremenda responsabilidad de los guardianes de los presos, para quienes era punto de honor perder la vida antes de dejar escapar a un detenido. Pero Julio, amable desde el principio, había quedado hondamente impresionado por el carácter y el testimonio de Pablo, y, antes de permitir que los soldados le sacrificasen, corrió el riesgo de que algún criminal se escapara, contrariamente a las normas del ejército. Dios guardó a su siervo por la solicitud del centurión, pero podemos estar seguros de que su mano protectora le habría salvado por otros medios si éste no hubiese estado a mano.

Tres meses en Malta (Hch 28:1-10)

I. La isla de Malta (Hch 28:1)

No sabemos nada de sus habitantes antes de la era de los viajes marítimos de los fenicios (siglos IX a VI a.C.), pero los hábiles marineros de Tiro y Sidón ocuparon la isla hallándola muy útil como base para sus correrías mercantiles, hasta el punto de que los habitantes en los tiempos de Pablo eran descendientes en su mayor parte de los fenicios de hacía siglos, hablando un dialecto del fenicio. No tenemos que pensar que los “bárbaros” que habitaban la isla eran gente sin civilizar, pues habían tenido abundantes contactos con fenicios, romanos y cartagineses. El término en el griego helenístico solamente significaba que no hablaban griego, y que por eso estaban al margen de la civilización grecorromana. En muchas regiones más civilizadas, y eso en siglos más o menos recientes, los naufragos han sido mal recibidos por los naturales de tierras a donde los mares los han arrojado, considerando éstos que todo cuanto llegaba a sus costas les pertenecía, apropiándolo por la violencia y hasta con desprecio de la vida de las víctimas de la desgracia. En cambio los malteses de entonces se portaron de forma ejemplar con los naufragos de la nave alejandrina, preparando para ellos una gran hoguera que les secara y protegiera en lo posible contra el frío y las lluvias.

2. ¿Criminal o dios? (Hch 28:2-6)

De nuevo se destaca la humildad y el gran sentido práctico de Pablo, quien no podía permanecer ocioso cuando había algo que hacer, de modo que él también colaboraba en la tarea de recoger broza para la hoguera. De este servicio humilde surgió otro incidente

que puso de relieve no sólo la mano protectora de Dios sobre su siervo, sino también su categoría como “embajador en cadenas”, abriéndole así su Maestro otra puerta de servicio y de testimonio. Pablo no había planeado obra en la isla de Melita, pero el siervo de Dios está siempre “en funciones” dondequiera que se halle, siendo natural que el apóstol dejara su huella de bendición en este rincón del Mediterráneo.

Hoy en día se dice que no hay serpientes dañinas en la isla de Malta, pero eso no obsta para que las hubiera en el primer siglo. Una víbora, torpe a causa de los fríos del otoño, se hallaba dentro del manojito de broza que Pablo había recogido, y, al echarlo en la lumbre, el reptil se prendió de su mano. En éste se cumplió la profecía sobre la protección de los siervos del Señor (**Mr 16:18**), pues pudo sacudir la víbora a la lumbre y seguir trabajando. Los naturales de la isla quedaron muy impresionados ante el incidente, creyendo que Pablo había de ser algún gran criminal que, habiendo escapado del peligro del mar, tuvo que ser perseguido por la “justicia”, que seguramente significaba alguna divinidad de su creencia que ejecutaba los decretos del “Destino”. Pero no vieron en Pablo ninguna de las señales de un envenenamiento, teniendo por fin que rechazar su hipótesis para pasar en seguida a la opuesta: un ser que sufre la mordedura de una víbora, sin que le pase nada, pudiendo arrojar al reptil venenoso al fuego, ha de ser un dios que visita a los mortales. Ya sabemos por el relato de (**Hch 14:8-18**) que circulaban leyendas sobre tales visitas de dioses a los hombres; en Listra los naturales empezaron por aclamar a Pablo como un dios y terminaron por apedrearle como si fuera un criminal; en Malta empezaron con la idea de un criminal sentenciado a la muerte por los dioses para terminar creyendo que él era el “dios”. ¡De cuántas fluctuaciones de mera opinión humana nos salva la revelación divina que hemos recibido!

Milagros en Malta (Hch 28:7-10)

I. La recompensa de Publio (Hch 28:7-9)

El principal de la isla, llamado brevemente “Publio”, tenía fincas cerca del escenario del naufragio, y, hallándose allí después de la desgracia, recibió a los naufragos durante tres días. Podemos imaginar que, según pasaban los días, se hacía más fácil acomodar a la gente que había llegado a las costas de Malta por medios tan extraños. La hospitalidad de Publio dio por resultado que Pablo se enterase de la enfermedad de su padre —se trataba de una enteritis aguda seguramente— y, de la forma natural en que siempre se producían los milagros por las manos de los apóstoles, fue a ver al padre de su anfitrión, siendo movido a orar por él, con imposición de manos. Dios le escuchó y el anciano fue sanado. No se asocia muchas veces la imposición de manos con las curaciones milagrosas en el Nuevo Testamento, pero vemos casos análogos en (**Hch 9:17**) (**Lc 4:40**) y hemos notado la declaración general de (**Mr 16:18**).

La obra de curación se generalizó (**Hch 28:10**), creyendo algunos eruditos que en parte podía hacer referencia a la labor médica de Lucas y no sólo a los milagros que el Señor concediera. Se incluye con el apóstol al declarar: “*los cuales (los sanados) también nos honraron con muchas atenciones, y cuando zarpamos, nos cargaron de las cosas necesarias*” (**Hch 28:10**). La frase “*hoi kai pollais timais etimesan humas*” podría indicar los honorarios del tratamiento.

Mucho quisiéramos tener noticias sobre las bendiciones espirituales que los “bárbaros” hubiesen recibido, pero hemos de sobrentender la parte que no podía faltar, ya que es seguro que Pablo y sus colegas anunciaran el Evangelio de la gracia de Dios, y que, en terreno tan abonado, hubiese fruto en la salvación de las almas.

La última etapa (Hch 28:11-15)

1. La nave (Hch 28:11)

Por medio de Publio y otros el centurión tendría noticias de los barcos que estaban invernando en Valetta. De acuerdo con ellas habría hecho los arreglos necesarios con el capitán de otro barco alejandrino —quizá perteneciente a la misma flota triguera que el naufragado— cuyo nombre, o figurón de proa, era “*Dioscuroi*”. Nos parecería indiferente que el barco fuese llamado “*Dioscuroi*” u otra cosa, pero tales detalles delatan el testigo ocular, que había estado presente cuando los oficiales hablaban de los barcos disponibles, escogiendo éste y no otro. “*Castor y Pólux*” es la forma latina de “*Dioscuroi*”, los “*Gemelos celestiales*”, hijos de Zeus, divinidades paganas tutelares de los marineros. Después de tres meses en la isla, habrían llegado a la fecha de febrero del año 60, cuando, aparentemente, las condiciones del tiempo permitieron al capitán del “*Dioscuroi*” emprender el viaje a Roma antes del período normal de la navegación.

2. Siracusa, Regio y Puteoli (Hch 28:12-14)

Se hizo escala en Siracusa, el famoso puerto al sudeste de Sicilia, antiguamente colonia griega y colonia romana a la sazón. Regio se halla en los estrechos de Messina, en la costa de la “punta del pie” de Italia. Allí Pablo pisó suelo italiano por primera vez. Con sólo un día de espera, pudieron aprovechar un viento sur para llegar a Puteoli, importante puerto entonces al norte de la Bahía de Nápoles. Allí empezó el ministerio del apóstol en Italia, ya que los hermanos de la iglesia local le invitaron a quedar con ellos siete días. Aparentemente Julio, el centurión, decidió terminar el viaje por tierra, y le vendría bien quedar en Puteoli algunos días con el fin de prepararse para su entrada en Roma, después de las pérdidas sufridas a causa del naufragio. La mención de una iglesia en Puteoli es evidencia de la extensión del cristianismo en el año 60, no sólo por las tierras del Medio Oriente, sino también en la Península itálica.

3. La embajada oficial de la iglesia en Roma (Hch 28:15)

El tiempo pasado en Malta, con la semana en Puteoli, darían lugar para que las noticias de Pablo y su compañía llegasen a la Iglesia de Roma. Ésta decidió enviar a una representación oficial para buscar al apóstol y acompañarle durante la última etapa de su viaje, llegando una parte de la embajada hasta el Foro (mercado) de Apio, un pueblo a 70 kilómetros de Roma, mientras que otros no llegaron más que a las Tres Tabernas (tiendas), a 55 kilómetros. La frase “*salieron a recibirnos*” (“*eithon eis apantesin*”) es la que corrientemente se usaba para describir tales representaciones oficiales que salían al encuentro de alguna visita distinguida, y por eso la hemos llamado una “*embajada oficial*” de parte de la Iglesia en Roma. La cuestión se revestía de mucha importancia, ya que el apóstol se acercaba por fin a la gran iglesia en la metrópoli del Imperio que él no había fundado. Su Epístola a los Romanos fue redactada con el fin de preparar el terreno en vista de tal encuentro, pero Pablo no pudo saber el efecto que había causado, a pesar de haber sido redactada en términos tan sabios y afectuosos. La embajada que salió para recibirle era como el primer párrafo de una contestación a la Epístola, respetuosa evidentemente, y podemos suponer que fuese afectuosa también. Por eso, “*al verlos, Pablo dio gracias a Dios, y cobró aliento*”. La primera condición para un ministerio eficaz en Roma se había cumplido.

La frase al final del versículo 14, “*y luego fuimos a Roma*” anticipa la entrada, después de los felices encuentros y la buena comunión de la Vía Apia, cuando la compañía, ya numerosa, hizo su entrada por la Porta Capena de la llamada “ciudad eterna”.

Temas para meditar y recapacitar

1. ¿Cuál es la importancia de la detallada descripción del viaje de Pablo a Roma?
2. Detállense las intervenciones de Pablo en los aciagos incidentes del viaje, notando sus efectos en cada caso.
3. Analice (**Hch 28:15**), aclarando las causas que motivaron la profunda satisfacción de Pablo al ver la embajada que vino de la Iglesia de Roma para encontrarle.

Pablo predica en Roma (Hechos 28:16-31)

La entrega del preso al prefecto (Hch 28:16)

La frase “*el centurión entregó los presos al prefecto militar*” indica el paso obligado después de la llegada de Julio y su compañía a la ciudad imperial. El prefecto de entonces podría haber sido el honrado Afranio Burro, cuyos consejos, juntamente con los de Séneca, dieron una buena orientación a los primeros años del reinado del infausto Nerón.

I. Las condiciones del cautiverio en Roma (Hch 28:16,30)

Julio entregaría al prefecto los documentos relativos a los presos, y ya hemos tenido ocasión de ver que los informes de Pablo serían buenos, lo que, unido a su condición de ciudadano nato del Imperio, y contando probablemente con los buenos informes de Julio mismo, determinaría que fuese tratado con toda consideración, siéndole permitido ocupar su propia casa alquilada, con libertad de recibir visitas hasta en número considerable (**Hch 28:23**). “*La cadena*”, como en Cesarea, sería ligera, sirviendo para atarle a su guarda de vista, responsable de que no escapase. Estaba pues a la disposición de la autoridad y se aseguraba que había de comparecer ante el tribunal de César cuando su causa fuese vista, pero por lo demás podía entregarse a su ministerio con un mínimo de estorbo. La frase “*una casa particular alquilada*” (“*casa de alquiler*”) podría significar más bien “*a sus propias expensas*”, pero el resultado es igual. Es posible que volviese a su oficio de hacer tiendas, siendo más probable en esta época que dispusiera de ayuda suficiente para afrontar los gastos considerables de su alojamiento y de su apelación.

Josefo hace referencia a un período cuando Herodes Agripa I fue detenido en Roma bajo circunstancias parecidas.

La entrevista con los principales judíos de Roma (Hch 28:17-22)

I. Los judíos de Roma

Por (**Hch 18:2**) sabemos que el emperador Claudio había decretado la expulsión de los judíos de la metrópoli algunos años antes; tales decretos habían sido frecuentes, sin que por eso surtieran efectos permanentes. Con todo, estas medidas antisemitas de los emperadores echan luz sobre la prudencia y cautela que se notan en los judíos que acudieron a ver a Pablo. En tiempos normales había siete sinagogas en Roma (ciudad de dos millones de habitantes), de modo que los visitantes del apóstol serían los principales ancianos de estas sinagogas. Recordando el dinamismo de Pablo, podemos suponer que se había ocupado durante los tres primeros días en hacer contactos con los ancianos de la iglesia en Roma, algunos de los cuales habría saludado ya en el camino desde las Tres Tabernas; pero una vez establecida la comunión con la Iglesia, pensaría en la colonia judía, primeramente para ver si habían de intervenir en el proceso suyo ante César y en segundo lugar para dar su testimonio “*al judío primeramente y después al gentil*”, según la norma invariable de su ministerio (**Ro 1:16**).

2. Las razones de Pablo (Hch 28:17-22)

Las razones que Pablo tenía para entrevistarse tan pronto con los líderes judíos de la colonia de Roma, serían las siguientes:

a) Los judíos y el proceso. Supondríamos que el Sanedrín de Jerusalén, después de sus furiosos ataques contra Pablo tanto en la capital como en Cesarea, había de enviar una embajada a Roma con el fin de testificar contra Pablo, procurando una sentencia condenatoria ante el tribunal supremo del Imperio; o, por lo menos, que hubiesen enviado instrucciones por escrito a los dirigentes del judaísmo a los efectos de dificultar la apelación de su “enemigo” hasta donde fuese posible. Es evidente por la contestación de los judíos (**Hch 28:21**) que no fue así. Desde luego, no habrían podido recibir aviso por mar antes de la llegada de Pablo, pero sí por tierra, pues tiempo había para ello durante los meses de su accidentado viaje y la espera en Melita. Sin embargo, a pesar de la influencia pro-judía de Popea sobre Nerón, los tiempos no eran favorables a las maniobras de los judíos en la metrópoli. En Israel estaba incubándose una revolución contra las fuerzas de ocupación y la influencia de los jefes, que tanto se hacía sentir en Jerusalén y en Cesarea, hacía poca mella en los medios de Roma. El Sanedrín llegaría a la conclusión de que no había posibilidad de conseguir en Roma lo que no habían logrado en Cesarea, desistiendo de sus acusaciones específicas. Veremos que la evidencia de que disponemos nos hace pensar que la causa contra Pablo fuese sobreseída por falta de pruebas.

El epítome que Pablo presenta a los judíos de Roma sobre las causas que le obligaron a apelar a César fue exacto (dentro de la brevedad) y comedido (**Hch 28:17-19**); se cuidó mucho de hacer ver que hablaba en defensa propia, sin ánimo alguno de acusar a su propia nación. La contestación de los judíos puso en claro que no había de temer acciones legales de su parte, a no ser que recibiesen nuevas instrucciones desde Jerusalén.

b) *“La esperanza de Israel”* (**Hch 28:20**). Sería inconcebible que Pablo llamara a sus compatriotas sólo para prevenir contra las intrigas del Sanedrín, pues jamás se olvidaba de la obligación de presentarles el Evangelio. Ya hemos visto que la frase *“la esperanza de Israel”* resume para Pablo la salvación mesiánica asegurada por la Resurrección de Jesucristo, y ante los líderes de la colonia judía quería declarar el cumplimiento de las promesas hechas a los padres en la Persona del Resucitado. No se opusieron los judíos a una discusión prolongada, con la participación de mayor número de compañeros suyos destacados, fijándose la fecha para la reunión.

El hecho de que los dirigentes hebreos no habían recibido nada en concreto contra Pablo en relación con el proceso no quería decir que no conocieran su nombre como líder de la “secta” que tenía tan mala fama entre los judíos en todas partes, y les pareció conveniente escuchar una exposición de las doctrinas de los nazarenos de la boca de uno de sus guías más destacados (**Hch 28:21-22**).

Sacamos la impresión de que en Roma existía cierta distancia entre la colonia hebrea y la iglesia cristiana, aun sobre el terreno de la oposición, que se debía quizás a la magnitud de la ciudad, a los vaivenes de los judíos que ya hemos notado, como también al hecho de que la iglesia cristiana se había ido formando a través de muchos años, aumentándose su número por viajeros de otros lugares, no debiendo su origen a una ruptura de una sinagoga como tantas veces ocurría durante las expediciones misioneras de Pablo (recuérdense Antioquía en Pisidia, Tesalónica, Corinto, Éfeso). De todas formas los judíos se disponen a escuchar, siquiera con el intento de recibir una “versión autorizada” de la “herejía nazarena”.

La discusión con una representación de la colonia judía (Hch 28:23-28)

En el día fijado por los líderes, un buen número de judíos representativos acudieron a la casa de Pablo, y allí pasaron desde la mañana hasta la tarde. Quizá todos no estarían todo el tiempo, y sin duda el método de discusión sería el rabínico, que consistía en proposiciones seguidas por intervenciones de parte de los oyentes; en fin, el método dialéctico, pero dentro de los límites de comentarios sobre los textos sagrados y su interpretación tradicional. Pablo no había cambiado ni su tema ni su método, que se resumen bajo los epígrafes siguientes:

1. La exposición de la verdadera naturaleza del Reino de Dios (Hch 28:23,31)

El verbo que se emplea aquí, *“ektithemi”*, justifica la traducción *“les declaraba el Reino de Dios”*; es decir, sacó a luz su verdadero sentido, esforzándose por corregir el limitado concepto judaico de un tema tan trascendental. Sin duda hacía ver que no pudo haber *“reino”* entre los hombres sin que el pecado —que es *“ausencia de ley”*, la más pura anarquía espiritual— fuese expiado y vencido, y que tal obra se había llevado a cabo por Cristo. Como ejemplo de su método tenemos el discurso en Antioquía de Pisidia (**Hch 13:16-41**), amén de otros epítomes de sus discusiones con los judíos.

2. El solemne testimonio del Reino (Hch 28:23)

El verbo *“testificaba el reino de Dios”* se enlaza también con el tema del Reino, ya que Pablo no hablaba tan sólo como teólogo, buen conocedor de las Escrituras, sino como el testigo que había visto al Señor, habiendo experimentado las potencias del Reino en todo su ser y a través de todo su servicio. ¡Cuán penetrantes y poderosas serían sus palabras!

3. La “persuasión” en cuanto a Jesús (Hch 28:23)

El tema principal sería aquel que le había preocupado, desde el momento de su conversión: que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios, ya que en él se habían cumplido las predicciones proféticas. Pero de nuevo se emplea un verbo que es muy propio de Pablo, ya que invitaba a la sumisión y la fe, persuadiéndoles de las cosas que atañían tanto a la Persona como a la obra de su amado Salvador.

4. La evidencia se sacaba de los escritos de Moisés y de los profetas (Hch 28:23)

Es la última vez que se nos permite escuchar a un apóstol *“persuadir”* a los judíos acerca de su Mesías, y hallamos que Pablo sigue fiel a la norma ya establecida por el Resucitado al *“abrir el entendimiento”* de los suyos después de la Resurrección (**Lc 24:25-27,44-48**). El conjunto de las Escrituras del Antiguo Testamento testifican del Mesías, anticipando tanto por medio de profecías directas como por actos típicos, la obra expiatoria y victoriosa que había de realizar aquel que vendría. Una vez más advertimos que esta confianza en la plena inspiración del Antiguo Testamento, y el hecho de que Cristo ocupa el lugar central de todas las Escrituras, es elemento esencial de la fe apostólica. Teólogos de distintas escuelas pueden enseñar otras cosas si quieren —por su propia cuenta y riesgo— pero NO será la fe de Pablo, de Juan, de Pedro y de los demás que recogieron las enseñanzas del Maestro y recibieron su propia revelación complementaria de las mismas.

5. La reacción de los judíos (Hch 28:24-25)

La predicación del Evangelio es siempre *“olor a muerte”* u *“olor a vida”* en quienes escuchan (**2 Co 2:15-16**), viéndose este constante efecto tras este último testimonio de Pablo frente a judíos que halla lugar en las Escrituras. Algunos expositores creen que el

verbo *“peitho”* (traducido por *“creían”* o *“asentían”*) no significa más que una inclinación a escuchar los argumentos de Pablo, sin que los oyentes se entregasen a Cristo, ya que todos los judíos, aun siendo “discordes”, salieron juntos. Pero el verbo indicado, seguido por el caso dativo, quiere decir *“creer en”* como regla general, por lo que es mejor ver aquí la acción acostumbrada del Evangelio al sacar a los sumisos de corazón a la vida, al par que aumenta la condenación de los contenciosos. Seguramente la iglesia en Roma fue aumentada en número por el testimonio de aquel día, bien que el énfasis de la narración recae sobre el endurecimiento de Israel hasta el fin, según el tenor de la cita de **(Is 6:9-10)**.

La palabra final de Pablo a su nación (Hch 28:25-28)

Mientras que la compañía se separaba, quizá bajando ya la escalera del aposento, Pablo hace resonar en sus oídos una palabra final, una sola palabra, que no es suya, sino la del Espíritu Santo por boca de Isaías, cuando éste tuvo que testificar ante la generación endurecida de sus días.

1. ¿Hay cambio de método?

No vemos razones para suponer que la fuerte amonestación de Pablo supone un cambio de método de su parte, y que desde aquel día no había de testificar más a su nación. Lo que vemos es que Lucas termina su libro por recalcar tendencias que han sido muy evidentes a través de todo el testimonio apostólico frente a los judíos. Más arriba recordamos el discurso detallado de Pablo en Antioquía de Pisidia, que también terminó con una severa amonestación sacada de **(Hab 1:5)**. Seguramente Pablo seguiría *“persuadiendo”* a sus compatriotas mientras vivía y siempre que tuviera ocasión, pero la nación como tal iba sellando su propia condenación por su reiterado rechazamiento del Evangelio, siendo implicados ya no sólo los judíos que vivían en Israel, sino también los judíos de la Dispersión, representados aquí por la colonia en Roma. El escenario se prepara para el veredicto histórico de la destrucción de Jerusalén según las profecías de Cristo, y pronto se plasmaría en la Epístola a los Hebreos la “doctrina de la separación” de la Iglesia del judaísmo corrompido e infiel.

2. La cita del endurecimiento (Hch 28:26-27)

Isaías se regocijaba —igual que Jeremías y Ezequiel— en la Palabra de Dios, por el solo hecho de serlo, y no por haber recibido un mensaje fácil que pronto convertiría al pueblo de sus malos caminos. En los capítulos 6 a 11 de Isaías hay numerosas referencias a un *“resto fiel”* de almas que se sometían a la Palabra, hallándose también sublimes profecías en cuanto a la intervención en gracia de Jehová a favor de su pueblo por medio de Emmanuel; pero la gran mayoría de aquella generación de judíos había de rechazar el mensaje del profeta, cuyo ministerio sería arduo, ejerciéndose en medio de mucho sufrimiento moral y físico.

El Señor recoge la misma profecía (que era parte de la comisión de Isaías) al iniciar su ministerio parabólico: momento que coincidió con el enfriamiento del primer entusiasmo de las multitudes galileas en cuanto a su Persona y mensaje. Oían, pero no entendían, por falta del *“oído interior”*, o sea, aquel verdadero deseo de conocer y someterse a la Palabra de Dios. El proceso de endurecimiento había empezado y había de llegar a su culminación en la sentencia condenatoria del Sanedrín y la vergonzosa muerte del Mesías en la cruz.

El Maestro cumplió su ministerio, y ahora Pablo está para consumir el suyo; otra vez las palabras que inauguraron la misión de Isaías resuenan en los oídos pesados de los

incrédulos que acababan de escuchar detenidamente el testimonio del gran apóstol. Israel, como nación, se perdía a sí mismo ya que el corazón —sede de deseos, de afectos y de la voluntad— “se había engrosado” por el esfuerzo de conseguir la justificación propia, y por aferrarse a una religión que había perdido su contenido espiritual. Los “ojos” no veían las señales, ni percibían los oídos la proclamación del Evangelio, ya que el centro del ser se había degenerado y era incapaz de entender la voz que suplicaba. Dios extendía su mano sanadora, pero el pueblo no “volvía” de sus propios y caprichosos caminos para recibir la salud espiritual que se les ofrecía en Cristo.

Pero como muy bien dice el Dr. Knowling (Expositor's Greek Testament, in loc.): “tenemos que recordar, como fondo de lo que expresa el apóstol aquí, sus enseñanzas que se hallan en los capítulos 9 y 11 de Romanos, que aseguraron precisamente a los creyentes en Roma que Dios no había desechado a su pueblo; su incredulidad sería el medio de llamar a los gentiles, pero la inclusión de los paganos (convertidos) en el reino mesiánico daría por resultado que se despertara al fin el celo de los judíos, para que todo Israel fuese salvo”. En sus misteriosas providencias Dios ha conservado, no sólo un “resto” de Israel dentro de la Iglesia, sino la raza como tal, a pesar de todos los intentos de destruirla, y cumplirá todos sus propósitos en orden a ella, sean de juicio, sean de bendición.

3. La bendición de los gentiles (Hch 28:28)

Cuando se manifestó claramente la oposición de los judíos a su testimonio en la sinagoga de Antioquía, Pablo exclamó: “A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la deseáis y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles” (Hch 13:46). Tal fue su actitud durante el primer viaje misionero, y ahora, después de trece años de extendido ministerio, llega a decir igual: “Sabed, pues, que a los gentiles es enviada esta salvación de Dios, y ellos oirán”. Según las consideraciones dialécticas de (Ro 10:14-21), Israel había tenido abundantes oportunidades de oír el mensaje de Dios, pero, por buscar su propia justificación y no la gloria de Dios, no habían acudido al llamamiento (Ro 10:1-3). Según múltiples profecías del Antiguo Testamento, los gentiles habían de escuchar el mensaje, y el sentido de la última frase de Pablo aquí es que no sólo recibirían el mensaje, sino que también “oirán”, en el sentido de recibirlo con fe. Claro está que sólo una pequeña proporción de los gentiles han recibido la Palabra con fe, pero el hecho es que la Iglesia se ha edificado en su casi totalidad de los tales a través de esta era de gracia.

Los dos años (Hch 28:30-31)

I. La demora de sentencia

Por los escritos de autores romanos tales como Tácito, Suetonio y Plinio sabemos que era normal que se demorase mucho la vista de las causas llevadas a Roma, de modo que es inútil procurar buscar “razones” que expliquen los “dos años”. Si, como creemos, los judíos no intentaban persistir en su actuación acusatoria en Roma (véase arriba), cierto lapso de tiempo sería necesario para confirmar la falta de pruebas y hacer posible que la causa fuese sobreseída. Eruditos han hecho ver que el verbo “permanecer” en el versículo 30 se halla en el tiempo aoristo, que significa un período completo seguido por algún cambio, lo que parece indicar que la última etapa del proceso estaba para finalizarse cuando Lucas dio fin a su narración. Creemos que 2 Timoteo es una carta genuina de Pablo, de modo que no podemos por menos que pensar que hubo una liberación —todo lo que hemos considerado indica lo mismo— seguida por otro período de viajes. Sin duda alguna las referencias a distintos lugares visitados en (2 Ti 4:10-21)

señalan un viaje por los bordes del mar Egeo y hay indicaciones de una labor de evangelización en Creta (**Tit 1:5**). Lo que no es tan seguro es que Pablo hubiese podido llevar a cabo su intención de llegar hasta España (**Ro 15:24,28**) en el mismo intervalo, antes de suscitarse la persecución neroniana en el curso de la cual hay que situar el martirio del apóstol que tan claramente indicó como próximo a realizarse en 2 Timoteo. Desde luego es natural pensar que el gran apóstol hubiese procurado llevar a cabo el plan que había meditado durante muchos años y que creía ser la voluntad del Señor, pero los dos años en Roma podrían haber proporcionado otros medios para extender el Evangelio en Hispania; las tradiciones sobre la realización del propósito en su propia persona son tardías, basándose quizás en las referencias a las intenciones del apóstol que hemos notado. En todo caso la visita tendría que ser breve, ya que el martirio de Pablo ha de situarse —según las probabilidades— en el año 65, y no pudo haber sido libertado hasta el año 62. Una buena parte de estos tres años se habrá pasado en los viajes al Este, lo que deja muy poco tiempo para un viaje, en dirección opuesta, a España.

2. El ministerio de los “dos años” (Hch 28:30-31)

Ya hemos notado las condiciones de relativa libertad en las cuales Pablo pudo desarrollar su ministerio desde Roma. Lucas resume el período en las palabras: *“Pablo permaneció dos años en una casa particular alquilada (o “a sus propias expensas”) y recibía a todos los que a él venían; predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo abiertamente y sin impedimento”*. El lector que ha vislumbrado algo del carácter y de los esfuerzos de Pablo como apóstol y mayordomo del misterio que le fue entregado, podrá llenar el escueto cuadro de estos versículos, comprendiendo que, lejos de ser dos años perdidos, constituían un período de gran actividad, convirtiéndose la casa alquilada en “cuartel general” para vastos planes de evangelización. A la luz de las cavilaciones que revela el apóstol en Romanos capítulo 15, podemos pensar que en su aposento se iniciarían movimientos de evangelización hacia Galia, Hispania y los demás países al occidente de Roma. Acudían y volvían a salir con encendida visión y renovada fe obreros del Señor del calibre de Timoteo, Tito, Aristarco, Epafrodito, Onésimo, etc., llevando “lo que habían aprendido” a numerosos lugares e iglesias al multiplicarse los puntos de testimonio. Se levantaban por entonces graves errores dentro de las iglesias y Pablo se esforzaba por rebatir las mentiras del diablo y hacer resplandecer la luz de la pura doctrina de Cristo y de los apóstoles. A este período pertenecen la gran Epístola a los Filipenses —podría haberse redactado en Cesarea—, las sublimes exposiciones cristológicas y eclesiológicas de Efesios y de Colosenses, con la muy simpática y humana carta a Filemón. La primera carta a Timoteo y la que fue dirigida a Tito corresponden al período de libertad inmediatamente después de los “dos años” que consideramos.

Es posible que la elevada inspiración de las Epístolas a los Efesios y a los Colosenses deben mucho a la relativa tranquilidad de los períodos de encarcelamiento atenuado en Cesarea y en Roma, durante los cuales el apóstol se hallaba libre tanto del constante trajín de los viajes, como de la confusión que surge inevitablemente de un cambio constante de ambiente y de sociedad. Sea ello como fuere, la breve mención de los “dos años” no ha de considerarse como un anticlímax, una nota desfallecida después de tantas sublimes armonías, sino como un período de revelaciones recibidas sobre elevadas alturas espirituales que, desde cierto punto de vista, señalan la consumación del ministerio de Pablo.

Conclusión y consumación (Hch 28:30-31)

Muchos lectores se han sentido decepcionados ante el fin abrupto de esta gran obra literaria, siendo afectados por el natural deseo de enterarse del fin del proceso de Pablo

que, de una forma o de otra, ha ocupado los largos capítulos desde **(Hch 21:27)**. Hasta muchos eruditos han encontrado tan rara la manera en que Lucas corta el hilo de su historia que han postulado o la muerte del apóstol o la del historiador. Pero, según hicimos constar en la Introducción, toda historia bíblica se narra “a lo divino”, determinándose por la finalidad de presentar el desarrollo del plan de la redención. Desde este punto de vista el desenlace de los accidentes temporales de la vida de los apóstoles se reviste de importancia muy relativa, pero es esencial subrayar los grandes principios que informan su obra y ministerio. Para Pablo lo importante era que Cristo fuese engrandecido por medio de su cuerpo, fuese por vida o por muerte, ya que su “vivir” era Cristo. Su amigo y biógrafo redacta dentro de análogas perspectivas espirituales, de modo que, al soltar la pluma, ha cumplido el programa de **(Hch 1:8)**, puesto que ha trazado la extensión del Reino desde Jerusalén, en círculos siempre más amplios, hasta llegar a la metrópoli del Imperio. Nos hemos gozado al contemplar los vívidos retratos de los siervos de Dios que debemos a las finas pinceladas de Lucas, pero nos damos cuenta de que lo importante no es la persona humana, ni el “incidente” de la vida o de la muerte de Pedro, de Pablo o de los demás siervos de Dios, sino la operación del Espíritu Santo por medio de la proclamación del Evangelio y la enseñanza de la Palabra, que colocó firmemente el fundamento de la Iglesia y extendió ampliamente el Reino de Dios. Lucas deja de escribir porque ha cumplido el designio que hemos detallado en la Introducción, y puede soltar su pluma. No es necesario suponer que contemplara la redacción de otro libro, tercero en la serie, ya que los grandes principios y normas de la Obra quedan registrados por el Espíritu de Dios a través de la sublime historia que hemos analizado y meditado.

Si queremos completar el cuadro de Pablo el apóstol, hasta donde lo permite la Escritura, hemos de meditar además en su segunda carta a Timoteo, donde le vemos preocupado, como siempre, no por sí mismo, sino por el testimonio del Evangelio y por su continuación en manos de Timoteo y sus colegas. Sabiendo que el tiempo de su partida había llegado, redactó anticipadamente su propio epitafio, que ojalá pudiese ser el nuestro:

He peleado la buena batalla,

He acabado la carrera,

He guardado la FE,

Me está guardada la corona de justicia.

Temas para meditar y recapacitar

1. Discurra sobre el contacto de Pablo con los judíos de Roma.
2. ¿Le parece que la manera en que Lucas termina su historia constituye un anticlímax, o que responde más bien a su plan general?

Apéndice 1 - El Reino de Dios y la Iglesia

Definición

El concepto del Reino de Dios ocupa un lugar fundamental en toda la revelación que Dios ha dado de sí mismo y de sus designios, discerniéndose en todas las Sagradas Escrituras o explícita o implícitamente. Es evidente que tal Reino llegó a existir desde el momento en que el Eterno creara algo o alguien que fuese distinto de sí mismo, puesto que, procediendo de él como Fuente, había de serle sujeto y aceptar las leyes y ordenanzas que él determinara. La sombra de una rebelión en la esfera de lo creado pone de relieve el concepto del Reino de Dios como el conjunto de seres conscientes que se someten libre y gozosamente a su voluntad soberana. La manifestación de Cristo enfoca el ideal de realeza divina en la Persona del Rey nombrado por Dios, en cuyas manos el Padre ha entregado todas las cosas. Desde luego el Reino no cesa de existir en las áreas de rebelión, pues persiste el control de las providencias de Dios hasta que todos los reinos del mundo lleguen a incorporarse en el de nuestro Señor y su Cristo **(Dn 2:44) (Dn 4:25) (Dn 7:14) (1 Co 15:24-27) (Ap 11:15)**.

El Reino celestial, eterno y universal

Existen amplias esferas donde la rebelión no se ha conocido jamás, siendo tal Reino celestial normativo de tal forma que hemos de orar: *“Padre nuestro que estás en los cielos: santificado sea tu nombre, Venga tu Reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mt 6:9-10)*. De este Reino canta el salmista:

(Sal 103:19-21) “Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todos. Bendecid a Jehová, vosotros sus ángeles, poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra...”

(Sal 145:13) “Tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío en todas las generaciones...”

Si es necesario orar: *“Venga tu reino”*, es a causa de un estado de excepción producido por la rebelión de seres que han sido desleales al Rey. Uno de los grandes temas de la Biblia es el de la reconciliación, pues los rebeldes han de volverse voluntariamente a Dios por medio de la sumisión y del arrepentimiento: retorno que se hace posible gracias a la Obra de expiación de la Cruz. Faltando la sumisión voluntaria, la voluntad de Dios tendrá que prosperar por medio de sus juicios y la aplicación a cada rebelde de sus rectas normas de justicia **(1 Co 15:24-25) (Col 1:20-21)**.

Si tenemos delante esta amplia perspectiva del Reino, no hallaremos mayores dificultades en comprender cómo puede ser presentado bajo distintas facetas, que caben perfectamente bien dentro del cuadro total.

El Reino manifestado en Israel

Cuando Dios escogió a Abraham de entre las naciones de la tierra, puso por obra su designio de hacer de su simiente un pueblo peculiar, apartado de todos aquellos que se envilecían por prácticas idolátricas, aceptando una multitud de pretendidas “divinidades” en el lugar de Dios, el verdadero Rey. Sólo los elegidos de entre los israelitas —desde otro punto de vista los hombres de fe que se sometían al Señor— constituían

verdaderamente este “reino-muestra” en la tierra, bien que potencialmente correspondía a todos los descendientes del patriarca. Por tal hecho, al organizar Moisés el pueblo en el desierto, no fue nombrado él mismo como rey, ni recibió mandato de consagrar a otro, sino que Dios había de reinar en medio de Israel, utilizando los distintos instrumentos que él escogiera. Israel, pues, continuaba siendo una teocracia, un pueblo regido directamente por Dios. De ahí que Dios dijera a Samuel cuando el pueblo pidió un rey: *“No te han desechado a ti, sino a mí me han desechado para que no reine sobre ellos”* (1 S 8:7). El fracaso de Saúl permitió el establecimiento del reino davídico, en forma dinástica, garantizado por el pacto de gracia de Dios que se detalla en 2 Samuel capítulo 7, condicionado en lo inmediato (2 S 7:14), pero eterno en su último alcance, puesto que había de prosperar en las manos del *“Hijo de David”* (2 S 7:10,15,16). David y sus descendientes, sin embargo, no eran reyes por derecho propio, sino más bien virreyes de Dios en su Trono de Israel, según la importante declaración de David mismo en cuanto a Salomón: *“Elegió a mi hijo Salomón para que se siente en el trono del reino de Jehová sobre Israel”* (1 Cr 28:5).

El Reino en las profecías

Cuando teólogos de ciertas escuelas contrastan las enseñanzas del Señor Jesucristo sobre el Reino con “los conceptos erróneos y materialistas de los judíos” en cuanto al mismo tema, parece ser que se olvidan de que el renovado Reino davídico (por ende, de Dios) sobre Israel, a través de Israel y sobre el mundo en general, es el tema clave de todas las profecías con la excepción de Jonás y de Nahum. Como muestras pensemos en (Is 2:14) (Is 11:1-12:6) (Is 14:1) (Is 27), limitándonos a escasos pasajes de una sola profecía. El concepto arranca, pues, no sólo de unas referencias en el libro de Daniel, sino de la casi totalidad del cuerpo profético. Es verdad que la mente carnal de los patriotas judíos del primer siglo había degradado el sentido de los hermosos cánticos de esperanza de los profetas, pero al mismo tiempo tenían toda razón *“en esperar el Reino”* y pensar en Israel como la pieza central de él. La esperanza era compartida por los israelitas fieles y espirituales del resto fiel, que esperaban la manifestación del Reino sin tener idea alguna de que había de “sublimarse” hasta el punto de dejar incumplidas las promesas específicas garantizadas a Israel por el repetido juramento del Omnipotente. Véase María en (Lc 1:54-55) y Zacarías en (Lc 1:68-75).

El Reino en las enseñanzas del Maestro

Juan el Bautista recogió el tema del Reino como parte esencial de su misión de Precursor del Mesías: *“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”*: anuncio que llega a ser el tema clave de la proclamación del mismo Señor al iniciar su ministerio en Galilea (Mt 4:17). El llamado “Sermón del Monte” (Mateo capítulos 5 a 7) viene a ser la constitución del Reino y la presentación de sus normas, todas ellas antagónicas a las del *“reino de las tinieblas”*, o sea, las satánicas de este mundo. No se debe hacer distinciones entre los dos términos *“el Reino de Dios”* y el *“Reino de los Cielos”* (o del Cielo), pues se hallan a menudo en contextos análogos, pero sí podemos distinguir distintas facetas del Reino en las enseñanzas del Señor. La contestación que el Señor dio a una pregunta de los fariseos: *“El Reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí o helo allí; porque he aquí el Reino de Dios está entre vosotros”* (Lc 17:20-21), se ha enfatizado mucho para justificar la espiritualización total del concepto del Reino como “realizado” por la predicación del Evangelio en esta dispensación. Ningún estudiante que reconoce plenamente el valor de toda la Palabra inspirada puede contentarse con este criterio simplista, ya que en el mismo pasaje (Lc 17:22-37) el Señor

describe el resplandor de su futura venida en gloria por emplear la figura de un relámpago que, al fulgurar, brilla desde una parte debajo del cielo hasta la otra parte (**Lc 17:24**). El sentido de los numerosos pasajes que señalan la segunda venida del Señor en gloria se resume en (**Ap 1:7**): *“He aquí, que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él”*. En su venida será la Piedra cortada sin manos que establece un Reino que ocupará el lugar que antes llenaban todos los reinos de la tierra (**Dn 2:44-45**). Pensando en las definiciones que adelantamos en el primer apartado y recordando la amplia perspectiva del Reino universal y eterno, nos libraremos de la falacia de decir: “o el Reino es futuro y material, según el concepto de los judíos; o es actual y espiritual, realizado en la Iglesia ahora”. Los dos conceptos (eliminando equivocados énfasis humanos) caben bien dentro del Reino de Dios.

a) El Reino estaba en medio de los judíos de aquella generación, ya que el Rey se hallaba rodeado de fieles súbditos que habían doblado la rodilla delante de él. No nos olvidemos de que lo más esencial del Reino es la Persona y la presencia del Rey mismo (**Lc 17:20-21**).

b) En todo momento los hombres y mujeres que se hacen “*niños*” por medio del arrepentimiento, la sumisión y la fe, pasan al Reino espiritual en un proceso que es una bendita inversión de aquel de la Caída (**Mt 18:1-4**).

c) Existe un “*Reino en misterio*” según se expone claramente por medio de las parábolas de Mateo capítulo 13. La parábola del Sembrador señala los efectos de la siembra de la Palabra en los corazones de los individuos, pero la de la Cizaña nos hace ver un vasto campo en el que el enemigo siembra cizaña entre el trigo, resultando una mezcla de los “*hijos del maligno*” con los “*hijos del Reino*”, confusión que no puede resolverse finalmente hasta que el Señor venga (**Mt 13:24-30,36-43**). No es difícil ver aquí (y en las parábolas análogas) la prefiguración de la llamada “*cristiandad*”, en la que vastas multitudes de hombres y mujeres sin regenerar se llaman “*cristianos*” por el hecho de haber sido “*bautizados*” de pequeños. Los verdaderos hijos del Reino no sólo han de soportar los embates de los enemigos declarados del Evangelio, sino también las persecuciones de parte de quienes se consideran los líderes de la “*Iglesia visible*”. Este fenómeno se ha producido no sólo en la esfera romanista, sino también en otras del protestantismo y podrá volver a reproducirse.

d) Los aspectos anteriores del Reino no impiden para que se cumplan las profecías sobre el Reino milenial en la tierra, que pasará por fin al Reino eterno de los siglos de los siglos de la Nueva Creación (**Mt 8:11**) (**Mt 13:40-43**) (**Mt 25:31-34**) (**Lc 22:29-30**). Recordemos que los escritores del Nuevo Testamento dan por descontadas las enseñanzas del Antiguo Testamento, conocidas y aceptadas por todos, a no ser que se hubiese señalado una modificación de las “*sombras*” al inaugurarse el Nuevo Pacto. Los apartados anteriores nos hacen ver que el concepto del Reino abarca toda la obra que Dios lleva a cabo con gracia por medio de Cristo, por lo cual somos trasladados del reino de las tinieblas al Reino de su amado Hijo (**Col 1:13**).

El Reino en Los Hechos y las Epístolas: El Reino y la Iglesia

El concepto del Reino —en sus varias facetas— que propugnó el Maestro, pasa íntegramente a las enseñanzas de los apóstoles. Por la gran Obra del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés y en la casa de Cornelio, se formó la Iglesia, cuya doctrina había de exponer el apóstol Pablo. Pero este nuevo concepto no anula ni reemplaza el anterior del

Reino de Dios, sino que se encaja perfectamente en el mismo. El Reino tiene provincias celestiales y angelicales; se manifiesta veladamente por medio de las providencias de Dios por encima de los reinos de este mundo; se cumple en la tierra por medio del pueblo elegido, esperándose su consumación en la tierra bajo el reinado del Mesías-Rey; espiritualmente está presente en el corazón de todo creyente; “*en misterio*” existe y se desarrolla en medio de las falsas apariencias de la cristiandad. No debe chocarnos pues, que tenga una provincia céntrica, el núcleo espiritual más íntimamente unido con la Persona del Rey, que es la Iglesia, cuya función especial se revela por los términos de “*su Cuerpo*” y de “*su Esposa*”. Pero inevitablemente cada miembro de la Iglesia es también súbdito del Reino, y si bien conoce al Señor como Esposo, como el Amado, como “*Cabeza*”, también le reconoce como Señor y Rey en todos los aspectos de su vida. Es una insensatez, por lo tanto, enfrentar los términos “*Iglesia*” y “*Reino*”, como si se tratara de conceptos antagónicos. Para quien escribe, el término “*Reino*” es precisamente el que mejor expresa la continuidad de la operación de la gracia de Dios, que enlaza todas las dispensaciones con broche de oro, al par que cree que la Iglesia es algo privativo de esta dispensación, hallando su principio en el Día de Pentecostés, pero armonizada en su esencia con la bendición que reciben todos los hijos de Dios dentro del Reino, del cual es el núcleo central (**Ef 2:7**) (**Ef 2:19-3:10**) (**Ap 21:3,9,24**).

Las referencias al Reino en Los Hechos

Véanse (**Hch 1:3,6**) (**Hch 8:12**) (**Hch 14:22**) (**Hch 19:8**) (**Hch 20:25**) (**Hch 28:23,31**). Todas estas referencias se comentan en la exposición del texto, pudiendo examinarse las notas. Toda mención —menos la de (**Hch 1:6**)—, equivale a la gran Obra de redención y de reconciliación que Dios lleva adelante por medio de la predicación del Evangelio, por lo que somos trasladados del reino de las tinieblas al Reino de su Hijo amado (**Col 1:13**), igual si se trata de predicar el Reino de Dios, o de “discutir” acerca del Reino, o si se nota que los creyentes entran en el Reino. En (**Hch 1:6**) los discípulos, comprendiendo bien por las enseñanzas del Maestro que los sufrimientos del Mesías habían de preceder la gloria, preguntan con mucha naturalidad y buen sentido si, habiéndose cumplido el padecimiento expiatorio, el Reino mesiánico puede ya ser manifestado. Como se ha hecho constar en las notas, es un fallo exegético acusar a los discípulos de torpeza por aferrarse aún a un concepto materialista del Reino. Se aferraban a las promesas y designios de Dios ya revelados en el Antiguo Testamento, que es muy otra cosa. El Maestro no les reprendió, sino que volvió a afirmar el desarrollo de “*tiempos y sazones*”, recordándoles a la vez que sólo al Padre compete ordenarlos y manifestarlos. Mientras tanto, ellos habían de recibir el Espíritu Santo para poder serle testigos según el plan divino para esta dispensación. Reiteramos que no hay incompatibilidad entre las distintas provincias del Reino, pues nada en las Escrituras nos autoriza para pensar que el Reino ha de ser homogéneo y monolítico, pues obviamente ha habido, hay y habrá gran diversidad de esferas dentro de la totalidad del Reino eterno y universal, bajo el Trono de la Majestad en las alturas. Desde luego todo prospera en las manos del Hijo Rey y, en vista de la extraña manifestación del mal en el universo, todo tendrá por base la Obra del Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo (**Ap 13:8**) (**1 P 1:20**).

Las referencias al Reino en las Epístolas

Hacemos constar que se menciona el Reino unas dieciocho veces en las Epístolas; algunas veces para señalar la gran consumación y otras para describir la esfera de sumisión y de fe de los creyentes que aceptan a Jesucristo como Salvador y Rey. Estas referencias deben bastar para corregir la idea ultradispensacionalista de que hemos de

oponer el concepto de “Iglesia” al de “Reino”. La entrega del misterio de la Iglesia no impedía en manera alguna que Pablo señalara una y otra vez la esfera total, deseando ver su consumación, y considerando su propia obra como la extensión del Reino.

Las referencias al Reino en el Apocalipsis

El tema del Apocalipsis es precisamente el triunfo del Reino de luz sobre el de las tinieblas, no sólo en el fuero interno de los salvos, sino en plena manifestación, hasta desembocar finalmente a la consumación descrita en elocuentes términos simbólicos y poéticos en los capítulos 21 y 22. Pero el concepto de los creyentes como un “reino de sacerdotes” se mantiene en versículos como (**Ap 1:6**) y (**Ap 5:10**), que deben leerse en versiones modernas.

Apéndice 2 - Los apóstoles

Definición y usos

Por su etimología y por su uso, tanto entre los griegos como entre los judíos, la palabra “apóstol” significa una persona enviada como delegado, revestida de la autoridad suficiente para cumplir su misión especial. Como ejemplo se mencionan los delegados que el Sanedrín solía enviar a las colonias judías de la Dispersión para recoger los tributos que servían para mantener el culto en Jerusalén, quienes se llamaban “apóstoles”. Siendo tan amplio el uso del término, su significado en el Nuevo Testamento sólo puede determinarse por el uso y el contexto.

Los escriturarios han llegado a diferentes conclusiones sobre la extensión del uso del término, en el Nuevo Testamento, como se indica por las preguntas siguientes: a) ¿Se restringe a los Doce y a Pablo como apóstol a los gentiles? b) ¿Se vislumbra una ampliación del término que podría incluir a Jacobo, Bernabé y Apolo?... ¿o sólo a Jacobo? c) ¿Hemos de pensar en un grupo aún más amplio que abarcaba a destacados siervos del Señor como Andrónico y Junia, “*los cuales son muy estimados entre los apóstoles*” (Ro 16:7) . d) ¿Es un término general que incluye a todos los misioneros que fueron llamados por el Espíritu Santo para evangelizar determinadas regiones y reunir a los convertidos en iglesias locales?

Según el principio de selección de la evidencia, es posible “probar” cada una de las proposiciones antecedentes. Lo que llama la atención del que escribe es la manera en que se subraya la autoridad de los Doce y de Pablo, por lo menos como los encargados de transmitir a las generaciones sucesivas la Fe cristiana, que “*fue una vez para siempre entregada a los santos*”. Reclaman una autoridad especial para entregar la verdad divina que completa la revelación de Dios en el Antiguo Testamento, y es ésta la autoridad que Pablo defiende tan vigorosamente y que reconoce en los Doce, puesto que, si existieran dudas sobre el particular, se removerían los fundamentos de aquel cuerpo de doctrina apostólica que se encierra en su forma definitiva en el Nuevo Testamento.

Escriturarios que no han tomado en consideración este factor de importancia primordial, se han inclinado a aplicar el término a un cuerpo amplio de siervos de Dios, sin más diferenciación que la eficacia y el poder del servicio de cada uno. Entre ellos se encuentra aún J. B. Lightfoot, príncipe y adalid de exegetas. Nosotros hemos de distinguir entre: a) el uso genérico del término, y b) el uso específico y restringido.

Los apóstoles-misioneros

De hecho, sobre este terreno, los términos “apóstoles” y “misioneros” quieren decir exactamente lo mismo, siendo el segundo la forma latina del primero, que es una transliteración del griego. Ya hemos visto que describe a un “*enviado*” quien lleva a cabo una misión especial. Naturalmente los apóstoles en el sentido restringido de la palabra también lo eran en el sentido genérico de ella, lo que determina un margen de coincidencia en el que es imposible asegurar si “*apostolos*” ha de entenderse en un sentido o en otro. Casos del uso genérico se hallan en (Jn 13:16): “*El siervo no es mayor que su señor, ni el “apostolos” mayor que el que le envió*”, que es una afirmación de un principio general, bien que el Señor lo aplicaba a los Once en aquel momento. Notemos también (2 Co 8:23): “*Y en cuanto a nuestros hermanos, son “apostoloi” (mensajeros) de las iglesias y gloria de Cristo*”. Se trata de la compañía de hermanos fieles asociados con

Pablo en la misión de llevar la bondad de las iglesias gentiles a los santos pobres de Jerusalén. En igual sentido Epafrodito era “apóstolos”, enviado especial de la iglesia en Filipos al llevar sus ofrendas al apóstol Pablo. Dentro del círculo de estos apóstoles pueden hallarse Andrónico y Junia, por otra parte desconocidos (**Ro 16:7**). Más abajo nos tocará considerar los casos especiales de Jacobo, Bernabé y Apolos. Las líneas generales de la obra de los enviados resaltan bien en la cita del Antiguo Testamento que recuerda el Señor en (**Lc 11:49**): “*Por eso la sabiduría de Dios también dijo: Les enviaré profetas y apóstoles, y de ellos a unos matarán y a otros perseguirán*”.

Los Doce, o los apóstoles-testigos

El estudiante debería volver a leer las notas sobre (**Hch 1:13,21-23**) que señalaron la obra de los Doce como los testigos escogidos soberanamente por el Señor para estar con él, para entrenarse a su lado, para presenciar todos los acontecimientos de su ministerio, Muerte y Resurrección, y para ser enviados luego a predicar, no sólo como testigos de buena ley, sino también como mensajeros inspirados que podían dar fe de los hechos fundamentales de la Fe en el poder del Nombre del Señor quien les había comisionado, como también en la potencia del Espíritu Santo que habían de recibir en el Día de Pentecostés.

Los “*setenta*” que el Señor envió para predicar el Evangelio del Reino y a sanar enfermos por la región de Perea, según el relato de Lucas en el capítulo 10, también eran “apóstoles” en el sentido genérico del término, pero el Señor mantenía una clara distinción entre los tales y los Doce que había constituido como cuerpo de apóstoles-testigos (**Mr 3:13-19**). Son los Doce que le acompañaron siempre y que recibieron la maravillosa promesa de (**Lc 22:30**). Con ellos se sentó para comer la última Pascua (**Lc 22:14**) y sin duda la defección de Judas se suplía ya en el pensamiento del Señor por Matías. Los Doce conversaron con el Señor en el Aposento alto (Juan capítulos 13 a 16) y ellos recibieron la promesa del Espíritu Santo que les habilitaría para recordar todo cuanto les había enseñado, con el fin de suplir así aquella parte de la revelación del Nuevo Siglo que aún faltaba por comunicar, como también para profetizar cosas escondidas aún en el seno del porvenir. Sobre todo habían de tomar de “*lo del Señor*” por la revelación del Espíritu, dándolo a conocer a todo hombre que tuviera oídos para oír (**Jn 14:26**) (**Jn 15:26-27**) (**Jn 16:7-15**). He aquí una labor tan especial, tan trascendental, que de su cumplimiento dependen los fundamentos de la Fe y de la Iglesia (**Ef 2:20**) (**Ap 21:14**). La mención de “*los doce Apóstoles del Cordero*” de la última referencia puede ser simbólica del número completo, como en las muchas referencias a las doce tribus de Israel en momentos cuando ningún ojo humano pudo discernir las antiguas y típicas divisiones del pueblo. Por ende nada nos dice la frase sobre si Pablo pudiese ser apóstol o no.

Lo que antecede se confirma ampliamente por (**Hch 1:15-26**), ya que “*los Doce*”, los varones escogidos y comisionados por el Señor mismo, sus compañeros íntimos desde el bautismo de Juan hasta la Consumación, habían de actuar conjuntamente como “*testigos de la Resurrección*” en el Día de Pentecostés.

A nuestro ver, la gran mayoría de las referencias a “apóstoles” en el Nuevo Testamento tienen que ver con los Doce así definidos, y con Pablo el apóstol a los gentiles. Las referencias a los “apóstoles” en sentido genérico son pocas y de limitada importancia.

Pablo, apóstol a los gentiles

En el comentario sobre **(Hch 1:21-23)** se adelantan razones para demostrar que Pablo, antes Saulo de Tarso, no habría podido ser el duodécimo apóstol, de modo que los Once no se equivocaron al pedir a Dios que señalase a quien reemplazara a Judas. Cabe preguntar, pues, en qué sentido Pablo podía considerarse apóstol y defender su comisión con tanto vigor. La contestación ha de buscarse en las repetidas narraciones del llamamiento de Saulo de Tarso que se hallan en Los Hechos y que hemos comentado ampliamente en su debido lugar. Véanse especialmente las notas sobre **(Hch 9:1-19)**. El exegeta reverente de las Escrituras no ha de preguntar en último término: “¿Por qué...?”, sino: “¿Qué es lo que hallo escrito para mi estudio y comprensión?”. Luego buscará la ayuda del Espíritu Santo, quien inspiró los escritores en su labor de interpretación. Resulta claro por el estudio de **(Hch 9) (Hch 13-28) (Ga 1-2) (1 Co 9) (2 Co 10-13)**, que Pablo fue llamado por el mismo Señor Resucitado para una labor apostólica complementaria a la de los Doce e igualmente importante. Su esfera específica había de ser el mundo gentil, aun cuando no admitía límite alguno a su ámbito de influencia, que incluía toda criatura debajo de los cielos, sin distinción de judío o gentil, de griego o bárbaro **(Col 1:23) (Ro 1:14-16)**. Sin embargo, llegó a comprenderse que Pablo era por antonomasia el “*apóstol a los gentiles*”: hecho que fue reconocido por los apóstoles en Jerusalén una vez que el sello de la obra del Espíritu Santo se había colocado sobre la comisión recibida del Señor. Pensamos especialmente en las obras y las señales del apostolado que corresponden al primer viaje misionero. A los creyentes en Roma escribió: “*Por cuanto yo soy apóstol de los gentiles, honro mi ministerio*” **(Ro 11:13)**. Cuando la labor de evangelización que Pablo y Bernabé llevaban a cabo entre los gentiles fue reconocida por los apóstoles en Jerusalén se notan matices que diferencian la del primero de la del segundo: “*Como vieron que me había sido encomendado el Evangelio de la incircuncisión, como a Pedro el de la circuncisión... y reconociendo la gracia que me había sido dada, Jacobo, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de compañerismo para que nosotros fuésemos a los gentiles y ellos a la circuncisión*” **(Ga 2:7-10)**. Las diestras de comunión se dieron a los dos siervos de Dios que de una forma especial laboraban como apóstoles entre los gentiles, pero “*el Evangelio de la incircuncisión*”, y la “*gracia*”, o sea, la habilitación por parte del Espíritu Santo, correspondía a Pablo sólo, pues sólo él había recibido revelación del Cielo en cuanto a la manera de presentar el Evangelio a los gentiles y sobre la constitución de la Iglesia, compuesta ésta de creyentes convertidos de entre judíos y gentiles para ser el Cuerpo místico de Cristo **(Ef 3:1-12) (Ef 2:11-22)**.

Pablo insiste en que su autoridad es primaria y no derivada; es decir, que la recibió del mismo Señor y de manera alguna a través de aquellos que eran apóstoles antes que él: “*Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre (con hombre alguno), ni subí a Jerusalén a los que eran apóstoles antes que yo; sino que fui a Arabia...*” **(Ga 1:15-17)**. Por eso pudo escribir a los corintios: “*¿No soy Apóstol? ¿No soy libre? ¿No he visto a Jesús el Señor nuestro?*” **(1 Co 9:1)**, reafirmando en **(1 Co 15:7-10)**: “*Después (el Señor) apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí. Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo*”. Cronológicamente era un “abortivo”, o sea, nació al llamamiento apostólico fuera del tiempo normal, y moralmente se consideraba indigno del cargo apostólico por haber perseguido a la Iglesia antes de

convertirse; pero en cuanto a la realidad de su vocación, había visto al Señor, había recibido una comisión tan real como la de los Doce, y había dado mayor prueba de la “gracia” (“don”) recibida que ninguno de los demás.

En casi todas sus Epístolas, Pablo se introduce como *“Pablo, llamado a ser apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios”*, con variantes que subrayan aún más su vocación peculiar. Como tal hablaba con plena autoridad, de tal forma que todo profeta u hombre espiritual había de reconocer que las cosas que escribía eran mandamientos del Señor (**1 Co 14:36,37**). He aquí la diferencia fundamental entre el apóstol en el sentido restringido de la palabra y los apóstoles-misioneros. Esta autoridad como administradores inspirados de la Palabra de Dios se destaca bien de (**2 P 3:2**): *“Para que tengáis memoria de las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles”*. Ver también (**Jud 1:3,17**). Es difícil comprender cómo algunos expositores hayan creído que tal autoridad (la base de la Palabra revelada de la nueva dispensación) pudiera haber sido compartida por un número indefinido de “apóstoles” del primer siglo. El mismo hecho de que la “Didache” hace referencia a una abundancia (o superabundancia) de “apóstoles” que viajaban de sitio en sitio y de iglesia en iglesia en los tiempos subapostólicos, confirma la necesidad de una clara distinción cuando se trata de los *“mayordomos de los misterios”* de la Fe en su forma completa.

La posición de Jacobo

Al considerar la posición de unos eminentes siervos de Dios que se destacan por encima de los “apóstoles-misioneros”, y aun de los colaboradores que compartían los trabajos de Pablo de forma tan íntima que a veces se hallan asociados con él en las introducciones a las Epístolas inspiradas, lo más fácil sería que reconociéramos sólo a los Doce, juntamente con Pablo, como verdaderos apóstoles y mayordomos de los misterios, relegando a todos los demás a la categoría, más o menos destacada, de apóstoles en el sentido genérico de la palabra. Pero si queremos ser fieles a la Palabra es necesario considerar la posición especial de Jacobo, Bernabé y Apolos.

Al hacer referencia a su primera visita a Jerusalén después de su conversión (**Ga 1:18-19**) con (**Hch 9:26-29**), Pablo menciona sus quince días de comunión con Cefas (Pedro) y añade: *“Pero no vi a ningún otro de los apóstoles sino a Jacobo, el hermano del Señor”*. Hemos notado también que en (**1 Co 15:6-9**). Pablo narra las manifestaciones del Señor a Cefas y después a los Doce. Nota un encuentro con más de quinientos hermanos y luego añade: *“Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos... me apareció a mí”*. Dejando aparte otros puntos que pudieran surgir del examen de estos pasajes, notamos la evidente intención de Pablo de asociar a Jacobo con los apóstoles, recalcando en su caso, como también en el suyo propio, que había recibido una manifestación especial de parte del Señor resucitado que podría estar relacionado igualmente con una comisión especial.

El lenguaje de Pablo al hablar de *“los reputados por ser algo”* (“los que son estimados como autoridades”) y a *“las columnas”* en Jerusalén (**Ga 2:6-10**) nos parece un poco extraño —quizá por la necesidad de recalcar su propia independencia de toda ordenación humana en aquel momento—, pero no cabe duda que une la autoridad de Pedro, Juan y Jacobo como si fuera una sola, hasta el punto de nombrar a Jacobo en primer término. Los tres conjuntamente reconocen su apostolado a los gentiles y los tres extienden las diestras de comunión a él y a Bernabé.

En la ocasión de redactar la carta a los hermanos de la gentilidad (**Hch 15:13-29**) es Jacobo que hace el resumen del sentido de las discusiones y cuya sugerencia es

aceptada, considerándose el escrito como una expresión de la voluntad del Espíritu (**Hch 15:28**). Más tarde es Jacobo también quien preside la reunión de los ancianos en Jerusalén (**Hch 21:17-25**) (**Hch 12:17**). El mismo Jacobo, hermano del Señor, redacta la Epístola de Santiago, y bien que no se describe como “apóstol”, manda y exhorta con toda autoridad como “*siervo de Dios y del Señor Jesucristo*” (**Stg 1:1**) y todo el contenido de la carta.

He aquí un caso muy especial de autoridad en un hermano que también parece ser “*mayordomo de los misterios*” hasta cierto punto ya que redacta una carta didáctica y manifiestamente inspirada. ¿Debemos, pues, ampliar el concepto del cuerpo apostólico para incluir a Jacobo además de “los Doce y Pablo”? Las frases por las que Pablo le incluye entre los apóstoles parecen indicar bastante más que las que describen a los apóstoles-misioneros en general.

La posición de Bernabé

Bernabé era destacado siervo de Dios y compañero de los Doce desde los primeros días de la Iglesia en Jerusalén, siendo posible que hubiese servido al Señor antes de la Pasión. En (**Hch 14:14**) leemos: “*Cuando lo oyeron los apóstoles Bernabé y Pablo... se lanzaron entre la multitud, dando voces y diciendo...*”. Esta referencia parece unir a Bernabé con Pablo en el apostolado, pero a criterio de quien escribe se llama a los dos apóstoles aquí en función de misioneros frente a un problema agudo que surgió de su labor conjunta. Más importante es la referencia a Bernabé en (**1 Co 9:5-6**): “*¿No tenemos derecho a traer con nosotros una hermana por mujer como también los otros apóstoles, y los hermanos del Señor, y Cefas? ¿O sólo yo y Bernabé no tenemos derecho de no trabajar?*”. Las palabras parecen indicar que Pablo asocia a Bernabé consigo “apostólicamente”, ya que todo el pasaje es una defensa de su apostolado. Con todo, el lenguaje no es muy exacto, como se ve por la mención de “*los hermanos del Señor*” y por la separación de Cefas de “*los demás apóstoles*” para enfatizar su caso, siendo evidente sin embargo que pertenece a los apóstoles como el primero entre ellos. Al demostrar anteriormente el apostolado especial de Pablo mencionamos (**Ga 2:7-10**): pasaje que asocia a Bernabé con la labor apostólica de Pablo entre los gentiles, pero con la diferencia de que la revelación y la “*gracia*” eran de Pablo y no de Bernabé.

Bernabé y Saulo fueron apartados por el Espíritu Santo para una labor especial entre los gentiles (**Hch 13:1-4**), pero como consta en el comentario, existía una diferencia anterior que dependía de la comisión que Pablo había recibido de Jesucristo y que se iba manifestando progresivamente por las obras del Espíritu a través de las jornadas del primer viaje, en las que Bernabé llega a tomar el segundo lugar, pasando la iniciativa a Pablo gracias a la revelación que había recibido —y que seguía recibiendo— como apóstol de los gentiles (**Hch 13:13**). Esta comisión especial, confirmada por las obras, es la que los apóstoles en Jerusalén reconocieron más tarde. Bernabé era “misionero”, en grado máximo, pero sin ser comisionado como apóstol a los gentiles, ni —por lo que sabemos— como “*mayordomo de los misterios*”. Si fuese posible probar que Bernabé escribiera la Epístola a los Hebreos quizá tendríamos que volver sobre el delicado asunto de su apostolado especial. Según la evidencia que tenemos no era uno de los encargados para fundamentar la Fe que fue dada una vez para siempre a los santos, aunque sin duda era profeta con el don de discernir lo más inmediato de la voluntad de Dios (**Hch 13:1-2**).

La posición de Apolos

El problema en el caso de Apolos es semejante al de Bernabé, ya que hay frases que parecen asociarle con los trabajos apostólicos de Pablo sin que exista evidencia clara de que fuese uno de los encargados de los misterios de la Fe. Apolos regó la semilla que Pablo había sembrado en Corinto (**1 Co 3:5-9**), siendo así uno de los ministros por medio de quienes los corintios habían creído. Como tal no había distinción entre Pablo y Apolos, sino que toda la gloria había de darse a Dios que concedía el aumento. Las expresiones surgen del intento de Pablo de rebatir el espíritu partidista de los corintios (**1 Co 3:21-22**). El tema sigue en (**1 Co 4:1-9**), recalcando Pablo la necesidad de que los administradores de los misterios fuesen fieles a su Dios, sin importarles la opinión de los hombres, añadiendo: *“Pero esto, hermanos, lo he presentado como ejemplo en mí y en Apolos por amor de vosotros...”* (**1 Co 4:6**). En cambio, en (**1 Co 16:12**), Pablo hace referencia al *“hermano Apolos”*, sin otra distintiva. Lo más probable es que Pablo asocia a Apolos consigo como compañero del ministerio en la iglesia en Corinto en vista de la posición especial que allí se había creado, sin que nos atrevamos a deducir de esta condescendencia que hemos de atribuirle aquella comisión apostólica tan especial que le capacitara para recibir la Palabra inspirada del Nuevo Testamento, que hemos notado como característica de los Doce y de Pablo. Si hubiéramos de salir en algún caso del círculo de los Doce y de Pablo, sería para incluir a Jacobo como un siervo de Dios que había recibido una comisión especial en cuanto al testimonio en Jerusalén. En cambio, por destacado que fuese el trabajo de Bernabé y de Apolos —¿lo era menos el de Timoteo y de Silas que nunca se mencionan en cuanto al apostolado?— no es de aquella categoría peculiar que corresponde a los apóstoles en su función de fundadores de la Iglesia y definidores del misterio de la Fe.

Apéndice 3 - “Glossolalia” o hablando en lenguas

“Lenguas” en Los Hechos

Este apéndice tiene por finalidad complementar la descripción de la misteriosa señal de hablar en lenguas extrañas que se dio en la exposición sobre Hechos 2. En cuanto a la manifestación del Día de Pentecostés recordemos:

a) Que los discípulos ya bautizados por el Espíritu Santo, *“comenzaron a hablar en otras lenguas según el Espíritu les daba que hablasen”* (Hch 2:4). Parece ser que había un enlace simbólico entre las *“lenguas de fuego”* que se asentaron sobre cada uno de los discípulos, y el poder de hablar en lenguas.

b) Los discípulos, al hablar en lenguas, daban a conocer *“las maravillas de Dios”* (Hch 2:11). Al proclamar el mensaje apostólico Pedro habrá hablado o en arameo o en griego, pues no hay indicación alguna que utilizara el don de lenguas para tal propósito.

c) Judíos de la Dispersión de quince diferentes áreas lingüísticas testimoniaron: *“Oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido”* (Hch 2:6,8,11).

Lucas hace historia del ejercicio de este don en el Día de Pentecostés con el designio evidente de subrayar el carácter sobrenatural del descenso del Espíritu Santo, cuya plenitud en los discípulos extendió milagrosamente la capacidad de expresión de quienes alababan a Dios hasta el punto de ser comprendidos en quince diferentes idiomas. Así se cumplió la profecía del Señor en cuanto a la provisión de señales que acompañaran la predicación inicial del Evangelio: *“En mi Nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas...”* (Mr 16:17).

Al extenderse los beneficios del bautismo del Espíritu Santo a los gentiles en la casa de Cornelio, éstos también hablaron con lenguas, pues los judíos de Jope *“los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios”* (Hch 10:44-46). Se supone un paralelismo exacto con la experiencia de los discípulos en Jerusalén el Día de Pentecostés, bien que faltan las personas de diferentes países que pudieron dar testimonio de oír en sus propias lenguas las grandezas de Dios.

Se halla otro caso análogo en (Hch 19:6) cuando los beneficios del bautismo (único) del Espíritu Santo se extendieron a ciertos discípulos de Juan el Bautista al aceptar éstos el testimonio apostólico, asociándose el don también con el de la profecía.

Es evidente que creyentes llenos del Espíritu Santo dieron expresión a sus alabanzas en *“otras lenguas”* como señal de la maravillosa experiencia de la potencia del Espíritu Santo. Como toda otra señal, llamó la atención a personas de afuera, quienes entendieron lo que se decía. Como sobrepasa el uso de la razón, corresponde al estado extático en el que el espíritu del creyente se relaciona directamente con Dios por la operación del Espíritu, sin la necesidad del proceso normal del raciocinio y de la expresión en idioma conocido.

El silencio de las Epístolas aparte 1 Corintios

Es un hecho significativo que el don de lenguas no se menciona en el Nuevo Testamento aparte de las referencias que hemos considerado en Los Hechos, la breve mención de (Mr 16:17) y en los capítulos 12 al 14 de 1 Corintios. Desde luego, todo cuanto se halla en las Escrituras merece nuestro detenido estudio, de modo que si no hubiera más que

una sola mención del don de lenguas indicaría algún fenómeno en la Iglesia apostólica que sería digno del estudio. Con todo, frente a la importancia exagerada que se ha concedido al don de lenguas en ciertos círculos en nuestros tiempos, no deja de ser significativo que Pablo escribiera trece Epístolas y sólo en una hace referencia a la “glossolalia” no habiendo ninguna referencia al fenómeno en los escritos de los demás apóstoles. Por lo menos es justificada la deducción de que no ocupaba un lugar muy prominente en el pensamiento apostólico. Al mismo tiempo abundan las referencias al ministerio de la Palabra según la norma de **(1 P 4:11-12)**: “*Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da*”.

La naturaleza y el uso del don en la iglesia de Corinto

“*Diversos géneros de lenguas*” reaparece en **(1 Co 12:10)** como uno de los dones espirituales (“*pneumatika*”) que se manifestaban en la iglesia de Corinto. Se asocia con este don el otro complementario de “*la interpretación de lenguas*”, o sea, la capacidad, también mística, de “traducir” en el idioma de todos lo que el hermano en éxtasis ha expresado “*en otras lenguas*” al comunicar con Dios. Por las referencias de **(1 Co 14:2-3)** llegamos a saber que “*el que habla en lenguas no habla a los hombres sino a Dios; pues nadie le entiende, aunque por el espíritu habla misterios*”.

Dejando por el momento las referencias a “*lenguas*” que hallamos en el capítulo 13, hemos de considerar el sentido general de las instrucciones del apóstol Pablo acerca del uso de este don en la iglesia según aparecen en el capítulo 14. Como hecho básico para aquella iglesia en aquel tiempo podemos notar que no se había de prohibir hablar en lenguas **(1 Co 14:39)**, que el apóstol Pablo hablaba en lenguas más que todos los creyentes allí **(1 Co 14:18)** y que quería que todos hablasen lenguas **(1 Co 14:5)**. Ahora bien, el propósito clarísimo de todo el pasaje **(1 Co 14:1-33)** fue el de limitar y frenar el ejercicio del don de lenguas en la congregación, por la sencilla razón que la iglesia se reunía para que los santos fuesen edificados y el hablar con lenguas sólo conseguía la edificación de quien hablaba, pues nadie le entendía. Dos o tres como máximo podían hablar en lenguas en la congregación si había uno que interpretara **(1 Co 14:5,27-28)** pero el verdadero uso del don era el de “*hablar consigo y con Dios*”.

Por lo demás, el apóstol rogaba que todo el ministerio frente a la congregación fuese para edificación. Por lo tanto el don de profecía (que también podía ser extático en aquellos tiempos) era mucho más útil porque el profeta “*habla a los hombres para edificación y exhortación y consolación*” **(1 Co 14:3)**. Un sonido ininteligible, razona Pablo, no produce ningún efecto provechoso en quien lo oye **(1 Co 14:7-11)**, y los corintios debían anhelar que abundasen en dones para la edificación de la iglesia **(1 Co 14:12)**. Piensa también en el hermano sencillo que no puede decir “*Amén*” a lo que no entiende, y resume su pensamiento diciendo: “*En la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento... que diez mil en lengua desconocida*” **(1 Co 14:19)**. El don no había perdido su carácter de “*señal*”, pero al mismo tiempo si algunos no-creyentes entrasen en la congregación donde todos los hermanos hablasen en lenguas, sacarían la impresión de que todos estaban locos, mientras que podrían ser convencidos y bendecidos por medio de los claros mensajes de la profecía **(1 Co 14:23-25)**.

El remedio práctico para Corinto fue la limitación del uso del don en la congregación y su prohibición si no había intérprete para dar el sentido en el idioma común **(1 Co 14:26-28)**.

La expresión incomprensible

Nos llama la atención una diferencia fundamental en el uso del don de lenguas en Los Hechos y en 1 Corintios, pues, en el Día de Pentecostés, por lo menos, el don derrumbó momentáneamente la barrera de la diversidad de idiomas, haciendo comprensivas las alabanzas de los discípulos a visitantes de quince países. En cambio, en Corinto, por el año 57, hermanos que hablaban lenguas hablaban para sí y para Dios, sin que nadie les entendiese si no diera el sentido algún intérprete. ¿Podrá ser el mismo don? Es evidente que las dos manifestaciones surgían de la potencia del Espíritu Santo y que los dos correspondían a un estado extático. Lo que ha cambiado es la finalidad del don, que queda siendo “*señal*” pero en sentido muy limitado, recalcándose más la edificación mística e individual en el curso de una comunión inefable con Dios. El extraño “idioma” podría ser uno conocido en el mundo si hay enlace entre el don de Hechos capítulo 2 y el de 1 Co capítulo 14, pero también podría ser algo supraterrrenal, “*lenguas humanas y angélicas*” (1 Co 13:1).

La finalidad de los dones extáticos

El lector debe tener en cuenta siempre que los apóstoles y sus ayudantes del primer siglo llevaron a cabo su magna labor de evangelización sin tener en la mano el Nuevo Testamento escrito, que es nuestra arma principal al dar a conocer el Evangelio y enseñar la doctrina cristiana. Se iba preparando la revelación escrita que correspondía al Nuevo Siglo, pero sólo unas cuantas iglesias y personas poseían alguna Epístola de las que habían de incorporarse en el Nuevo Testamento. ¿Cómo se podía presentar la verdad acerca de Cristo y su Obra redentora sin la ayuda de los documentos escritos que nosotros consideramos indispensables? Por el testimonio directo de los apóstoles-testigos y otros; por apelar al Antiguo Testamento frente a los judíos y por las “*credenciales*” de las obras de poder y de los dones extáticos y de sanidades, que proveían la “*señal*” de que Dios obraba por medio de sus siervos. De eso hemos visto muchos ejemplos en el curso del estudio de Los Hechos. Del modo en que los apóstoles no siempre hacían obras de sanidad, sino sólo cuando Dios lo indicaba como conveniente para abrir nuevos campos o para mantenerse firmes frente a una fuerte oposición oficial, así de la misma manera no todas las iglesias necesitaban tantos dones extáticos como la de Corinto en la que el elemento judaico era relativamente pequeño y, por consiguiente, la apelación al Antiguo Testamento se revestía de menos fuerza. El arma principal —casi la única— era la Palabra de Dios predicada en la potencia del Espíritu Santo tanto fuera como dentro de las iglesias, pero en ciertas ocasiones los dones especiales se precisaban como demostración de las operaciones del poder de Dios, aun frente a personas que no podían apreciar la Palabra.

Al completarse la revelación que tiene a Cristo por su Centro por la labor específicamente apostólica (véase Apéndice “Los Apóstoles”) la profecía extática se reemplazaba por mensajes basados sobre la Palabra ya escrita en su totalidad. El poder del Espíritu se necesitaba igualmente, pero en funciones de aclarar el mensaje ya dado, vitalizando su predicación a los efectos de la convicción, la edificación y la enseñanza. Sería atrevido declarar que los dones de sanidad no podían darse y utilizarse después de completarse el canon del Nuevo Testamento, pues Dios siempre puede realizar un milagro si así conviene a sus planes, pero el valor testifical se perdía, ya que el que no se dejaba convencer por la Palabra escrita tampoco creería al ver un milagro. Si el don de lenguas no fue muy extendido en la era apostólica, detallándose solamente el caso de la iglesia en Corinto —y allí frenado por las recomendaciones apostólicas—, se hace aún menos

necesario cuando los hermanos pueden comunicar con Dios sobre la base de la Palabra escrita y completada.

Las referencias a las lenguas en 1 Corintios 13

No hemos de olvidarnos nunca de que los capítulos 12 al 14 de 1 Corintios forman un solo cuerpo de doctrina sobre la administración de los dones espirituales en la congregación. El hecho de que **(1 Co 13:1-7)** constituye un hermoso y conmovedor canto al amor divino como el *“camino más excelente”* que sólo daba validez a todos los dones, no rompe la continuidad de los argumentos en relación con el tema general. Así resultan muy pertinentes a nuestro tema los versículos 8-11. *“El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia (como don especial) acabará. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño.”* *“Lo perfecto”*, en la opinión del que escribe, es la revelación escrita completada por la labor apostólica **(Jn 16:12-14)**. Antes de que los creyentes pudiesen aprovechar la clara y completa exposición de *“la Fe una vez para siempre dada a los santos”* **(Jud 1:3)** necesitaban *“ayudas”* especiales, dones que *“llamaban la atención”*, que enseñaban a la manera de los gráficos que empleamos para niños. Pero en la madurez de la Iglesia, enseñada por la Palabra y por el Espíritu, hermanos pueden pensar, hablar y razonar como hombres.

El hecho de que Pablo pase en **(1 Co 13:12-13)** al perfecto conocimiento del estado eterno no obsta para que los versículos anteriores sean interpretados según las observaciones antecedentes, pues es muy frecuente en escritos proféticos de toda clase que lo inmediato sirva como punto de partida para llevar el pensamiento a la meta final. *“Lo perfecto”* de la revelación escrita hace pensar en el conocimiento perfectísimo del Día eterno.

Sin duda alguna, la Palabra bien trazada y ministrada en la potencia del Espíritu Santo siempre edifica, corrobora, ilumina, santifica y guía al pueblo de Dios. Pisamos en firme, como sobre una roca. En cambio, los esfuerzos por renovar, en circunstancias muy distintas, los dones extáticos que se necesitaban cuando al canon le faltaban sus elementos más importantes, tienden a la confusión. Lo espectacular sustituye la labor grata, pero costosa, de interpretar rectamente las Escrituras para luego ponerlas delante de las almas. Una *“señal”* está bien cuando hace falta, pero no podemos vivir de señales, sino de la realidad espiritual a la que apuntaba la señal. Teniendo ésta, no nos preocupemos demasiado por conseguir aquélla.

Apéndice 4 - El ministerio cristiano y el gobierno de la iglesia en la era apostólica

Principio generales

La historia de los principios de la Iglesia que debemos a la pluma de Lucas, revela constantemente la bendita libertad del Espíritu Santo, quien obraba soberanamente por medio de los instrumentos de su elección, como también un ambiente de comunión y de buen orden muy diferente del caos que resultaría de una serie de esfuerzos y trabajos inconexos llevados a cabo por medio de individuos y de iglesias que reclamaran una libertad omnímoda y anárquica. El abigarrado panorama del cristianismo de nuestros tiempos testimonia al hecho de que el patrón apostólico se ha interpretado de muy diversa manera a través de los siglos, y en ello mucho depende de si se admite o no la legitimidad del desarrollo de los principios originales y de un proceso evolutivo en el curso de la historia eclesiástica. En otras palabras, se pregunta si hemos de atenernos estrictamente al cuadro que se destaca de una buena exégesis de Los Hechos y de las Epístolas apostólicas, o si nos es permitido pensar que los apóstoles no hicieron sino sembrar principios germinales que podrían luego producir plantas muy disimilares al enfrentarse los líderes de la Iglesia con situaciones cambiantes y a veces peligrosas. El intento de este comentario es el de subrayar las enseñanzas y prácticas apostólicas, pero de una forma somera es conveniente indicar en este apéndice, no sólo lo que nos parece ser el patrón original, sino también los comienzos de las desviaciones que, andando el tiempo, dieron por resultado las diversas organizaciones que componen la llamada Iglesia visible, o el cristianismo en sus manifestaciones externas.

Los carismas del Espíritu Santo

Tanto 1 Corintios 12, como Romanos 12, enfatizan los dones que fueron repartidos entre los creyentes de las distintas iglesias por las santas energías del Espíritu Santo y según la voluntad soberana del Padre, bajo el control de Cristo como Cabeza de la Iglesia. El mismo principio fundamental informa la disquisición de Pablo sobre la Iglesia, sus funciones y su crecimiento en **(Ef 4:4-16)**. La figura de la acción conjunta y armoniosa de los numerosos miembros de un cuerpo es común a los tres pasajes. Los dones básicos que se mencionan en **(Ef 4:11)** son los siguientes: apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros. La lista de **(1 Co 12:28-31)** es más larga, ya que se trata de las múltiples manifestaciones del ministerio que operaban dentro de la gran iglesia de Corinto; por lo tanto, además de apóstoles, profetas y maestros, incluye varios dones milagrosos como también “ayudas” (socorros) y el ejercicio del gobierno de la iglesia. Algo parecido se lee en **(Ro 12:3-8)** de profecía, servicio, enseñanza, exhortación, reparto, presidencia y de obras de misericordia. Es notable que no se hace una distinción radical entre el ministerio de la Palabra, el gobierno de la iglesia y los trabajos prácticos de socorro, pues todos los carismas para todo servicio han de derivarse de la misma Fuente, ejerciéndose los dones y capacidades dentro de la armonía de la iglesia como entidad espiritual, en el espíritu de amor y bajo la dirección del Señor de la Iglesia. Además, consta varias veces que todos los miembros del “Cuerpo” han recibido algún don, por humilde que sea, siendo cada uno responsable a su Señor en cuanto a su ejercicio con miras al debido desarrollo del organismo espiritual.

1. El reconocimiento de los dones

En la plenitud espiritual de los primeros tiempos de la Iglesia parecía posible reconocer ampliamente los dones que el Espíritu Santo repartía a cada uno sin que por ello los hermanos establecieran una jerarquía externa. Por depender el don del suministro constante del Espíritu Santo, todo el énfasis recaía sobre la obra que se realizaba por medio del instrumento escogido para ello, y no sobre cargo alguno que ocupara un hermano gracias a una ordenación humana. Se reconocía necesariamente la vocación del apostolado, y los apóstoles nombraban ancianos y otros ayudadores, pero hasta el fin del ministerio de Pablo un hermano había de anhelar la obra de sobreveer la iglesia, y no el cargo del obispo (**1 Ti 3:1**). De la forma en que todos los creyentes son sacerdotes para ofrecer sacrificios espirituales, de igual modo todos son siervos en alguna capacidad u otra, bajo la dirección del Maestro de todos ellos. Ya hemos visto algo de la extensión del Reino durante el primer siglo, no sólo por los esfuerzos de los apóstoles y sus ayudadores, sino también por el testimonio del gran ejército de los “evangelistas anónimos”, igual si se trataba de la evangelización de Israel (**Hch 8:4**) o de la fundación de la gran iglesia de Antioquía (**Hch 11:20-21**). La estrategia misionera de Pablo suponía siempre que los “huecos” que dejaba se habían de llenar por el testimonio de una multitud de hermanos que se habían vuelto *“de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero”* (**1 Ts 1:9**).

2. El carisma del gobierno

En el tiempo de la “Didache”, que se escribió a principios del siglo II, se patentizaba ya cierta tensión entre el presbiterio y los profetas que daban mensajes en el Nombre del Señor, siendo los ancianos los guardianes del orden y los predicadores los exponentes de la libertad del Espíritu. En los primeros tiempos nada se sabía de esta pugna sorda entre el orden establecido y los dones extáticos, ya que se reconocía el origen carismal de los trabajos de todos los siervos de Dios. De eso hemos visto un caso notable en (**Hch 13:1-3**), donde los líderes de la iglesia en Antioquía eran *“profetas y maestros”*, hombres llenos del Espíritu y bien preparados para percibir la voz de Dios. Una de las características más distintivas del presbítero era que había de ser *“apto para enseñar”* y capaz de *“exhortar con sana doctrina”* (**1 Ti 3:2**) (**Tit 1:9**), de modo que el gobierno, el pastoreo y ministerio de la Palabra se llevaban a cabo en gran parte por las mismas personas, dotadas para todo ello por el mismo Espíritu Santo.

3. El carisma de las “ayudas”

Volveremos más adelante sobre el tema de los diáconos, pero queremos hacer constar aquí que el ministerio de *“ayudas”* también es de origen carismal, pues nada que es “cristiano” ha de desasociarse de tan santa y potente Fuente (**1 Co 12:4-11,28**). He aquí el rasgo más destacado de todo ministerio de la época apostólica: algo que se halla con dificultad en medio de las “organizaciones” y jerarquías de los siglos sucesivos. El ministerio de la Iglesia (que incluye su gobierno) surge de las operaciones del Espíritu Santo, y donde él se manifiesta en potencia hay *“libertad”* (**2 Co 3:17**). Las jerarquías, los títulos retumbantes que imponen respeto humano, las vastas organizaciones con su complicada estructura de comisiones y cuerpos regentes, han venido a suplir el vacío que se hacía sentir cuando la mundanalidad y el apartamiento de la pura doctrina apostólica llegaban a estorbar las libres operaciones del Espíritu. No nos toca determinar si fueron justificadas o no estas medidas que en su tiempo mantuvieron la continuidad del testimonio, más o menos eficaz, más o menos empañado, de la Iglesia visible, pero sólo señalar la diferencia fundamental entre el ministerio y gobierno de la Iglesia en los tiempos apostólicos y los nuestros.

El presbiterio

1. Ancianos, sobreveedores, pastores

La consideración del discurso de Pablo a los ancianos de Éfeso nos proporcionó la oportunidad de señalar la identidad de los hermanos diversamente llamados “*ancianos*”, “*obispos*” y “*pastores*”, ya que los mismos siervos de Dios reciben denominaciones distintas según el aspecto de su labor que está bajo consideración, y señalamos especialmente (**Hch 20:17,28**). Igual identificación se destaca de las exhortaciones de Pedro a los ancianos en (**1 P 5:1-4**), ya que éstos han de apacentar, o pastorear el rebaño de Cristo y, según muchos buenos manuscritos, sobreveerlo (“*episkopountes*”) no por fuerza, sino con ánimo presto. Pensamos también en (**Tit 1:5-7**), pasaje en el que Pablo insta a su colaborador que constituya ancianos en cada ciudad, y luego, en cuanto a sus condiciones, sigue diciendo: “*Es necesario que el obispo (sobreveedor) sea irreprensible...*”.

Escribiendo hacia el final del siglo I, Clemente de Roma exhortó a la iglesia de Corinto que respetara a sus ancianos (presbíteros), aplicando a los mismos hombres el término de “*obispos*” o “*sobreveedores*”.

Resumiendo el resultado de los estudios hechos en su día, ampliamente confirmado posteriormente, J. B. Lightfoot escribió: “Es un hecho que se reconoce generalmente por teólogos de todo matiz de opinión, que, en el lenguaje del N. T., el mismo oficial de la iglesia se llama indiferentemente “obispo” (*episkopos*) y “anciano” o “presbítero” (*presbuteros*) (“St. Paul's Epistle to the Philippians”, ed. 1883, pág. 95). Es igualmente fácil establecer la identidad del anciano-sobreveedor con el “pastor”, como hemos visto.

2. El nombramiento de los ancianos

Remitimos al lector a lo que ya hemos expuesto en el comentario sobre (**Hch 14:23**), recordándole que los apóstoles eran hebreos, nutridos en las doctrinas del Antiguo Testamento y formados por los ejemplos adelantados en las Sagradas Escrituras. La constitución de la iglesia local debe mucho más a la de las sinagogas de las cuales nacieron, que no a la influencia de las ideas políticas de los griegos, y en todo el transcurso de su historia los judíos sabían reconocer el valor de hombres de madurez y de buen criterio, sometiéndose a la guía de sus “*ancianos*”. Por encima de todo se hallaba la autoridad divina, pues sólo Dios podía señalar a sus siervos y capacitarles para el servicio especial que el momento requería.

Ya hemos sentado la base principal: que sólo el Espíritu Santo podía conceder su carisma a los hermanos en las iglesias que se iban formando, cada una de las cuales reflejaba la Iglesia espiritual y universal. Pero una obra espiritual ha de ser reconocida espiritualmente y no por criterios carnales. Evidentemente los mismos apóstoles, o sus colegas en la obra misionera, eran los más aptos para reconocer lo que realizaba el Espíritu Santo en su soberanía, notando el celo, el propósito y los esfuerzos de los hermanos, y a ellos les correspondía hacer los primeros nombramientos. Una vez formado el presbiterio, los mismos ancianos habían de preocuparse por incorporar en su número a otros hermanos que daban muestras de haber recibido el carisma, dando prueba de ello por llevar a cabo ya una labor pastoral efectiva. No otra cosa recalca Clemente de Roma, en la carta ya mencionada, al recordar a los corintios que los apóstoles habían dejado instrucciones que las vacantes producidas en el presbiterio fuesen llenadas por medio de otros hermanos de carácter probado, haciendo provisión de esta forma para la continuidad del ministerio. No podemos citar un texto bíblico en apoyo de la declaración de Clemente, pero señala algo

tan normal y necesario, que sin duda refleja la costumbre constante de las iglesias de la era apostólica. (Lightfoot: "The Apostolic Fathers", pág. 76.)

3. El concepto democrático de la iglesia local

Consultas entre hermanos de experiencia y espiritualidad son de evidente utilidad, siendo algo muy diferente de la norma democrática moderna de "un hombre, un voto". En las notas sobre **(Hch 6:3)** hemos tenido ocasión de recalcar que la frase "*buscad de entre vosotros siete varones de buen testimonio*" no significa una "elección" en la que todos los miembros de la comunidad participasen, sino únicamente que los apóstoles querían valerse de la opinión de hermanos destacados en cuanto al nombramiento de hermanos capaces para solucionar el problema inmediato de la distribución de víveres y ayuda material entre los creyentes, fuesen de habla aramea o griega. La sugerencia fue la de los apóstoles, quienes tomaron la última decisión en el asunto.

El concepto de la iglesia democrática se debe mayormente a dos factores: a) la manifiesta igualdad espiritual de todos los creyentes "*en Cristo*", como miembros de la familia espiritual siendo todos ellos sacerdotes espirituales con derecho de entrar en el Santuario sin necesidad de mediador alguno que no sea nuestro Sumo Sacerdote; b) las ideas democráticas de nuestro siglo, ya que paulatinamente, y con muchos retrocesos, se ha impuesto el criterio de que la mejor garantía contra gobiernos tiránicos es la participación de todos los ciudadanos en los asuntos del estado por medio de sus votos. Los dos factores son muy respetables, pero no han de cegarnos a las realidades de la revelación de Dios. El hecho de que un hermano sencillo, ignorante y carnal se salva por Cristo igual que el apóstol Pablo no afecta para nada la cuestión del discernimiento espiritual, que es lo que se requiere sobre todo para el nombramiento de los pastores de los rebaños. Es altamente contraproducente y perjudicial, siendo contrario a los profundos principios que venimos considerando, colocar en las manos de hermanos carnales la posibilidad de deshacer la obra que el Espíritu Santo va realizando por medio de los espirituales. El estudio de Los Hechos nos ha enseñado una y otra vez que el Espíritu habla por medio de quienes saben sintonizar con las voces del Cielo, entregándose luego como instrumentos en las manos de Dios para efectuar lo que El ha ordenado. Sólo el fracaso de lo espiritual puede dar lugar a un método tan humano como el de las decisiones en asuntos espirituales por "mayorías", en las que se incluyen personas ignorantes de las Escrituras, mundanas y carnales, incapaces por lo tanto de discernir la mente de Cristo.

El episcopado

Es un hecho evidente, reconocido por todos los escriturarios de buena fe, que a la época de las Epístolas Pastorales, o sea, hacia el fin de la vida del apóstol Pablo, nada se sabía de un "*obispo*" en las iglesias que se diferenciara de sus compañeros del presbiterio por atribuirle poderes especiales. Al mismo tiempo es igualmente cierto que, hacia el fin del segundo siglo, todas las iglesias en la tradición ortodoxa tenían ya su obispo (episcopos) que asumía autoridad especial sobre los presbíteros o ancianos, llegando a considerarse que el obispo, los presbíteros y los diáconos constituían tres órdenes distintos de una jerarquía eclesiástica. El concepto de un "obispo" como jerarca que extendiera su autoridad sobre un distrito con múltiples iglesias es algo que corresponde a una fecha aún más tardía.

¿Cómo pudo efectuarse un cambio tan radical en tan corto tiempo? He aquí la pregunta que se contesta de muy diversa manera por eruditos y teólogos, y de la clase de contestación que damos a ella dependen las convicciones de cada uno sobre lo que es admisible como sistema eclesiástico en el día de hoy. Antes de notar brevemente los

pocos datos que echan luz sobre la cuestión, podemos adelantar este pensamiento muy sencillo: en tiempos de dificultad y de peligro, la aplicación del principio “monárquico”, del gobierno de un solo hombre, llega a ser la solución más fácil. Es difícil que un equipo de hombres, unos más dotados que otros, alguno con personalidad más relevante que la de sus compañeros, mantenga una actuación conjunta por mucho tiempo sin que surja la cuestión de quién tenga más o menos autoridad. De hecho el ideal es realizable únicamente cuando se acude constantemente a las Escrituras con espíritu humilde, y cuando el Espíritu Santo se manifiesta con poder en el presbiterio. Presidencias ocasionales son necesarias y bíblicas, pero algunos “presidentes” tendían quizás a prolongar su obra, admitiéndose el hecho por fin como “costumbre” que luego creó sus “leyes”. Desde el año 66 en adelante, las iglesias se hallaban bajo la presión de la persecución, más o menos abierta o velada, y un solo hombre podría actuar frente a las autoridades, o en la formulación de un plan necesario de actuación, más rápidamente que un “colegio” que había de ponerse de acuerdo. Algunos de los “presidentes” que llegaban a considerarse como “episcopi” serían santos varones deseosos de llevar adelante la Obra del Señor con eficacia. Otros se calcarían sobre el modelo de Diótrefes, que amaba tener la primacía entre sus hermanos (**3 Jn 1:9**).

I. Datos para el siglo I

Jacobo de Jerusalén. En el Apéndice “Los Apóstoles” hemos considerado razones que parecen indicar que Jacobo de Jerusalén podría ser apóstol en el sentido especial de la palabra, y notamos la manera en que presidía las reuniones de los ancianos y hermanos en (**Hch 15:13-21**) con (**Hch 21:18**). De ahí algunos han deducido que en Jacobo tenemos un ejemplo de un “obispo” que se distingue de sus compañeros del presbiterio aun durante la época apostólica. Es cierto que así se consideraba por las generaciones sucesivas llamándole el historiador Hegesipo el primer obispo de Jerusalén, indicando también el nombre de su sucesor. Pero estas observaciones pertenecen al período cuando el concepto monárquico del gobierno de la Iglesia iba ganando terreno y no es nada seguro que las Escrituras indiquen más que el natural respeto a la persona y carisma de Jacobo, quien, de todas formas, actúa siempre conjuntamente con los ancianos de Jerusalén.

El apóstol Juan en Asia. Es indudable que el concepto del “episcopos” superior a los presbíteros, llegó a su madurez en Asia antes que en otras esferas, con la posible excepción de Siria. También es cierto que el apóstol Juan ejercía su ministerio en Asia por largos años antes de su muerte. Se deduce, pues, que el desarrollo episcopal tenía el apoyo de la autoridad apostólica de Juan, o, por lo menos, se llevó a cabo con su anuencia. Como hay indicios también de la presencia de Felipe en Asia Menor, desde el año 70 en adelante, se cree que él también autorizaba la misma tendencia. Otros creen que “el ángel” de cada iglesia de Asia, a quien se dirige las cartas del Apocalipsis capítulos 2 y 3, sería el “obispo” o “ministro” en singular. Esta última idea es rechazada por J. B. Lightfoot en vista del alto simbolismo del pasaje y de la identificación del “ángel” con la iglesia toda.

En cambio, otros hacen ver que Juan no estaba nada conforme con mucho de lo que pasaba en las iglesias de Asia en sus días, que la referencia a Diótrefes constituye la condenación de la jerarquía superior de un hombre en la iglesia, y que algunas de las peligrosas desviaciones que se señalan en las cartas a las siete iglesias de Asia podrían tener su origen precisamente en el apartamiento de las normas apostólicas para el gobierno de las iglesias.

En fin, la pretendida base apostólica para el concepto episcopal durante los últimos treinta años del siglo es algo tan tenue y nebuloso, que no merece comparación con las claras indicaciones de las normas bíblicas que hemos adelantado en los primeros párrafos.

Clemente de Roma. Escribiendo a los corintios al final del siglo desde Roma —que había de llegar a ser el centro episcopal por antonomasia—, Clemente, que parece actuar como secretario del presbiterio, nada sabía del “orden” de “obispo” como algo diferente de “presbítero”, sino que emplea ambos términos indistintamente para señalar los guías del rebaño en Corinto.

2. Datos para el siglo II

Las cartas de Ignacio. Ignacio, ya llamado “obispo” de Antioquía, se encaminaba a Roma, donde había de ser echado a los leones sobre el año 115 d. C. Al pasar por Asia dirigía varias cartas de indudable autenticidad a ciertas iglesias de la región. Insiste mucho sobre la necesidad de honrar y obedecer al “obispo” (todavía de una iglesia local), llegando a declarar que ningún acto de la iglesia es válido sin la presencia y autoridad del “episcopos”. Pero la misma insistencia revela amplia oposición a este nuevo concepto, comentando el Prof. F. F. Bruce: “La vehemencia de las protestaciones de Ignacio constituye, de hecho, la evidencia de que su concepto del carácter indispensable de un cargo revestido de suprema autoridad distaba mucho de ser el que generalmente se aceptaba. Hay una carta entre las siete en que Ignacio no desarrolla su tema predilecto de la dignidad única del cargo de obispo, y es la que se dirige a la iglesia en Roma. La saluda en términos elogiosos, como una iglesia preeminente en dignidad, pero no hay señal en su escrito de que disfrutara de la “bendición” de un obispo “monárquico” (“The Growing Day”, pág. 67).

La carta de Policarpo a los filipenses. Se redactó un poco más tarde que las cartas de Ignacio y está llena de inteligentes citas de las Escrituras. El autor se asocia con los presbíteros en la fórmula “Policarpo y los presbíteros que están con él a la iglesia de Dios que peregrina en Filipos...”, sin que se destaque referencia alguna al obispo único de la iglesia que recibe la carta.

Ireneo. Ireneo escribió voluminosamente desde Galia hasta el final del siglo, cuando había prevalecido completamente la idea del obispo monárquico, a quien describía como el depositario de la verdad apostólica.

La posición general en el siglo II. Indicios hay hasta tiempos mucho más tardíos de alguna comprensión de la identidad original del “episcopos” y del “presbuteros”, pero en la larga lucha contra los errores gnósticos, la conveniencia del líder único había llevado la Iglesia a una posición que sólo se había de rectificar en el seno de movimientos llamados “herejes” como el de Montano. Por el mismo proceso los oficiales de la iglesia se distinguían ya de los sencillos cristianos, constituyéndose “el clero” en contraste con “los laicos”. Pronto asumió proporciones alarmantes la idea de que el clero constituía un sacerdocio que mediaba entre el pueblo cristiano y su Dios, sobre todo al convertirse la Santa Cena en el “sacrificio” de la Misa.

3. Datos posteriores

Los llamados “padres” de los siglos II y III se olvidaron de la identidad original de “episcopos” y “presbuteros”, creyendo que la diferencia arrancaba de tiempos apostólicos. En la época de los grandes padres griegos del siglo IV la renovada investigación de los textos griegos echó nueva luz sobre la cuestión. Citamos el testimonio de Jerónimo (342-420) como el del más esclarecido escritor del período: “Esto se ha dicho para demostrar que en los tiempos de los antiguos los presbíteros eran iguales que obispos, pero paulatinamente toda la responsabilidad iba pasando a una sola persona, a fin de

desarraigar las malezas de la herejía. Por lo tanto, los presbíteros han de saber que por la costumbre de la Iglesia están sujetos a aquel que ha sido colocado por encima de ellos; al mismo tiempo los obispos deben darse cuenta de que se hallan en posición de superioridad con respecto a los presbíteros más por la fuerza de costumbre que no por ninguna ordenanza específica del Señor.”

La jerarquía episcopal y los delegados apostólicos

Se ha intentado derivar la autoridad de los obispos de los llamados “delegados apostólicos”, como Timoteo y Tito. Hemos tenido ocasión de notar que tales hermanos eran más bien colaboradores de los apóstoles, trabajando en estrecha armonía con ellos. J. B. Lightfoot, al defender una posición “episcopal moderada” en su célebre disertación al final de su exposición de Filipenses sobre “The Christian Ministry” (el ministerio cristiano), siendo él mismo en sus tiempos “príncipe obispo” de la diócesis de Durham de la Iglesia Anglicana, rechaza tal idea por la sencilla razón de que los apóstoles y los llamados “delegados” llevaban a cabo una labor misionera, distinguiéndose netamente de los “episcopoi” de las iglesias locales que fundaban y visitaban. Las notas que aparecen al final de 2 Timoteo y Tito en la versión R. V. reflejan las falsas ideas que llegaban a ser aceptadas sobre la función de los colegas de Pablo, pues hablan de Timoteo como “primer obispo ordenado en Efeso” y de Tito como “el primer obispo ordenado a la iglesia de los cretenses”: declaraciones que carecen de todo fundamento bíblico o histórico, constituyéndose un anacronismo debido a la ignorancia de generaciones posteriores. Lightfoot mantiene con razón que el cargo episcopal se debe al desarrollo paulatino de la idea de una presidencia especial que luego se asociaba con el término de “episcopos” como algo superior a “presbuteros”. El célebre erudito quiere creer que el desarrollo fue legítimo en su tiempo, sin perder por ello el concepto novotestamentario del sacerdocio de todos los creyentes y la obra fundamental del Espíritu Santo en el “lego”, pues siempre que dos o tres están reunidos en el Nombre del Señor, él está en medio de ellos (**Mt 18:20**). El que escribe no puede admitir como legítima una evolución que anuló claras instrucciones apostólicas y condujo, andando el tiempo, al concepto del “obispo universal”, cuyos pronunciamientos “ex cátedra” pueden modificar el sentido claro de las Escrituras inspiradas.

El diaconato

El nombramiento de los “*Siete*” no constituyó el establecimiento de un orden eclesiástico. Remitimos al lector a las notas sobre (**Hch 6:1-6**), por las que verá nuestra opinión sobre el nombramiento de los siete administradores en la “iglesia-comunidad” de Jerusalén. Es natural que tal incidente se enlazara luego con las instrucciones de Pablo sobre el reconocimiento de diáconos en (**1 Ti 3:8-13**) y la mención de tales siervos de Dios conjuntamente con los obispos y santos de la iglesia en Filipos (**Fil 1:1**); pero no hemos de perder la perspectiva histórica, ni dejar de considerar que Esteban llegó a ejercer un ministerio que superaba por mucho el de “*servir las mesas*”, mientras que Felipe se destacó como el evangelista por antonomasia de su generación. En todo ello se ve la libre operación del Espíritu Santo y no los compartimientos estancos de “órdenes eclesiásticos” con las jerarquías que ofrecen sus elevados puestos a las ambiciones humanas.

I. La labor de los diáconos

Históricamente los diáconos se ocupaban en los asuntos de la administración de las iglesias, no excluyéndose las diaconisas de trabajos análogos. Al mismo tiempo —como revela una mirada a la Concordancia Greco-española—, el uso de los términos “*diakonos*”

y “*diakonia*”, con su verbo correspondiente “*diakoneo*”, es tan amplio en el texto del Nuevo Testamento, aplicándose a toda clase de servicio espiritual y material, que quizás hemos de considerar que el diácono del Nuevo Testamento era un hermano que cumplía servicios especiales en la iglesia que necesitaban reconocimiento especial, en colaboración con los ancianos y bajo su supervisión, lo mismo si administraba asuntos temporales como si predicaba, exhortaba, enseñaba o visitaba. Es peligroso aislar lo administrativo de la labor espiritual, como se ve por el hecho de que los diáconos de las iglesias de los siglos III y IV llegaban frecuentemente a ejercer más poder que los presbíteros porque manejaban el dinero.

Resumen

La historia de Los Hechos con los escritos apostólicos, reseñan la obra del Espíritu Santo por medio de hermanos que podían ser dotados tanto para el ministerio en la iglesia como para el gobierno de ella, o para ambas cosas. Sería tan antibíblico sacar la conclusión de que todos los hermanos pudiesen dirigir en público como lo sería limitar el ministerio a una casta clerical. Los siervos de Dios ejercían sus funciones según el don que habían recibido y todo el valor consistía en las operaciones del Espíritu Santo. Al mismo tiempo la sencilla organización de las iglesias, cuidadas por hermanos de madurez espiritual, revestidos de amplia autoridad espiritual y ayudados por otros diversamente dotados, impedía que la libertad degenerase en libertinaje, o que el buen orden se volviera en caos.

Se le ocurrirán al lector atento muchas cuestiones sobre las cuales estas breves notas no pueden echar luz, pero queda patente el intento de invitar al lector que vuelva a escudriñar el padrón apostólico, considerando la manera en que tan poderosos principios puedan ponerse por obra en las circunstancias del siglo XXI.

Apéndice 5 - La imposición de manos

La imposición de manos en Los Hechos

Referimos al lector a las notas sobre **(Hch 6:6) (Hch 8:17-18) (Hch 9:17) (Hch 13:3) (Hch 19:6)**, por las que verá que creemos que el sentido fundamental de la imposición de manos en las Escrituras no es el de transferencia de un don ni el de la admisión de un candidato a una categoría superior, sino sencillamente una señal de identificación y de comunión. Esta es la opinión del profesor F. F. Bruce, quien cita un buen número de escriturarios que comparten el mismo punto de vista. Antes de examinar algunos casos de la imposición en otros sectores de las Escrituras —que ayuden a definir el significado del acto en Los Hechos—, citamos los comentarios del Prof. Bruce sobre **(Hch 8:15-17)** (“The Book of the Acts”, en el pasaje de referencia).

“Con frecuencia se ha mantenido la opinión por exegetas tanto antiguos como modernos, que Pedro y Juan realizaron el rito de la confirmación, deduciéndose, además, que no puede ser administrada la confirmación sino por un apóstol o por alguien que se halle en la sucesión apostólica (o sea, ordenado según los ritos episcopales). Pero esta deducción va más allá de una exégesis admisible. Si la confirmación por un apóstol fuese necesaria para la recepción del Espíritu, esperaríamos hallar otras referencias a tan importante asunto en el Nuevo Testamento. Pero no se sugiere tal cosa en los pasajes donde tendría necesariamente que apuntarse si hubiera sustancia en la deducción que acabamos de mencionar. Cuando Pablo afirma en **(2 Co 1:21-22)** que los creyentes habían sido ungidos y sellados por el Espíritu, recibéndole como arras en sus corazones, no hay mención alguna de la imposición de manos. Tampoco incluye este supuesto poder de impartir el Espíritu en la lista de los dones espirituales de **(1 Co 12:4-10)**. Cuando da gracias a Dios de que no había bautizado más que unos pocos de los convertidos de Corinto **(1 Co 1:14)**, toda la fuerza de su argumento se perdería si tuviésemos que suponer que, de todas formas, había tenido que confirmar a todos ellos.

En otros pasajes de Los Hechos no se halla indicación alguna de que los apóstoles tuvieran que imponer las manos sobre los convertidos antes de que pudiesen recibir el Espíritu. Nada de eso se narra en cuanto a los creyentes del Día de Pentecostés en el capítulo 2, ni en el caso del etíope del capítulo 8, ni en el de los convertidos en la casa de Cornelio en el capítulo 10, ni tampoco en cuanto al carcelero de Filipos en el capítulo 16. El único caso análogo al de los samaritanos se halla en las circunstancias muy especiales de los doce discípulos de Efeso en **(Hch 19:1-7)**; se supone en general en el Nuevo Testamento que los convertidos creen, se bautizan y están en posesión del Espíritu Santo.

En el caso presente **(Hch 8:15-17)** es probable que los samaritanos, tan acostumbrados a ser tratados como extraños al pacto por los moradores de Jerusalén, necesitaban evidencia especial de que habían sido plenamente incorporados en la nueva comunidad del pueblo de Dios. Por eso no experimentaron las señales confirmatorias que atestiguaron su incorporación en la compañía de los hermanos en quienes residía el Espíritu Santo hasta que habían sido reconocidos por los apóstoles, quienes les dieron la bienvenida de manera patente. G. W. H. Lampe (“The Seal of the Spirit”, London, 1951, pág. 70) se expresa de esta forma: “La imposición de manos llega a ser, en primer término, una señal tanto de comunión como de solidaridad. Sólo en segundo término puede considerarse como el símbolo efectivo del don del Espíritu, y eso sólo en la medida

en que es la señal de la incorporación del creyente en la Iglesia del Espíritu.” (Fin de la cita del Prof. Bruce.)

La imposición de manos en el Antiguo Testamento

1. Jacob y los hijos de José

No se dice nada expresamente en cuanto a la imposición de manos cuando Isaac bendijo a sus hijos (**Gn 27**), pero sí cuando Jacob incorporó a Efraín y Manasés en las tribus de Israel (**Gn 48:14-20**). Al bendecir a los demás hijos, cabezas de tribu, nada se dice de ello. La primera mención bíblica, por lo tanto, subraya la identificación de los hijos de José, nacidos en Egipto de madre egipcia, con la república de Israel como padres de tribus.

2. El que ofrece una víctima

Los versículos siguientes, (**Ex 29:10,15,19**) (**Lv 1:4**) (**Lv 3:2,8,13**) (**Lv 4:4,24,29**), etc., hacen constar que todo israelita que ofrecía sacrificios animales tenía que poner su mano sobre la cabeza de la víctima que había de morir. Se puede pensar, desde luego, en la transferencia simbólica de la culpabilidad, pero más profundo y más de acuerdo con el tenor de todas las Escrituras es el pensamiento de la identificación entre el israelita y la víctima, como si el que sacrificaba dijera: “A causa de mis pecados, yo debería morir, pero me solidarizo con la víctima inocente que ha de derramar su sangre y ser puesto sobre el altar en mi lugar”. Pensando en el antitipo, la Víctima del Calvario, el pecador no transfiere sus pecados sobre el Cordero de Dios, sino que, en vista de la Obra expiatoria ya realizada, coloca su mano de fe sobre Cristo, identificándose vitalmente con quien murió y resucitó.

3. El apartamiento de la tribu de Leví

He aquí un caso verdaderamente normativo de la imposición de manos, ya que los israelitas —se supone en la persona de sus ancianos— colocaron las suyas sobre los levitas que habían de servir en el Tabernáculo en su lugar (**Nm 8:10-11**); toda la nación de Israel constituía idealmente “una nación de sacerdotes” (**Ex 19:6**); pero en vista de la imposibilidad práctica de que todos se dedicasen al servicio levítico durante el régimen de sombras, Dios ordenó que la tribu de Leví fuese apartada para el trabajo especial del culto. Fue necesario, sin embargo, manifestar que no lo hacían por ser una jerarquía aparte, sino en representación de todo el pueblo: “Pondrán los hijos de Israel sus manos sobre los levitas; y ofrecerá Aarón los levitas delante de Jehová en ofrenda de los hijos de Israel, y servirán en el ministerio de Jehová”. Obviamente los israelitas en general no pudieron transmitir virtud alguna a la tribu apartada, de modo que la solemne imposición de manos quiere decir en efecto: “Nosotros todos deberíamos dedicarnos de modo especial al Señor, pero en vista de la imposibilidad práctica de ello, nos identificamos con vosotros, que estáis allí en nuestro lugar”. Este pasaje echa mucha luz sobre (**Hch 13:14**).

4. Moisés impone las manos a Josué (**Nm 27:18,23**) (**Dt 34:9**)

Moisés, legislador y caudillo del pueblo durante cuarenta años, había de morir, mientras que Josué recibió el encargo de introducir al pueblo en la tierra de Canaán. Sin duda podemos discernir un elemento de transferencia cuando Moisés pone “parte de su honra” sobre su sucesor; pero fijémonos también en que Josué ya era hombre posesionado del Espíritu para la ejecución de su especial cometido (**Nm 27:18**). El concepto de identificación no falta en este caso, por recaer el caudillaje del pueblo sobre Josué, quien actuará —hasta cierto punto— en el lugar de Moisés, cuya obra continuará. Es de notar que los profetas no imponían las manos sobre otros profetas, ni sobre los reyes llamados

por el Señor para pastorear a su pueblo, sino que los ungían con aceite, símbolo de la potencia del Espíritu Santo. En el caso de Elías y Elíseo se añade la simpática nota de la “capa” que pasó al colega más joven, símbolo del testimonio especial de los profetas en el Reino del Norte.

La imposición de manos en los Evangelios

La imposición de manos no ocupa lugar destacado en los Evangelios, no hallándose referencia alguna al acto en un contexto que podría significar “ordenación” o transmisión de facultades espirituales, ni siquiera cuando se trata de la ordenación y apartamiento de los Doce, que, por otra parte, se subraya con inusitada solemnidad (**Mr 3:13-19**). El simbolismo que anticipó el envío del Espíritu Santo es el del soplo del Señor sobre los discípulos presentes (**Jn 20:22**). El hecho nos recuerda que no hay mención tampoco de la imposición de manos al agregarse Matías al número de los Doce (**Hch 1:23-26**).

En la incrédula ciudad de Nazaret el Señor “*sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos*” (**Mr 6:5**) y se indica que los discípulos podrían simbolizar el contacto sanador con el Salvador de igual manera después de su Ascensión al Cielo, sin que constituyera mandato, ni que se llevara a cabo como un rito necesario (**Mr 16:18**).

El hecho de que el Señor pusiera sus manos sobre los niños (**Mt 19:13-15**) (**Mr 10:16**) manifiesta cuán alejado se halla el simbolismo de la imposición de manos, tan natural en las circunstancias, de todo concepto de “ordenación” o aun de confirmación, pues tan pequeñitos eran algunos de los niños que Mateo les llama “*brephoi*”, o sea, “*criaturas*”: término que se podía aplicar hasta a criaturas antes de nacer (**Lc 1:41-42**) (**Lc 2:12**).

La imposición de manos en las Epístolas

Las referencias a la imposición de manos sobre Timoteo que hallamos en las Epístolas pastorales (**1 Ti 4:14**) con (**2 Ti 1:6**) se han explicado con referencia a cuanto sabemos del apartamiento de este joven siervo del Señor a la obra especial de secundar la labor apostólica de Pablo (**Hch 16:3**). Sólo nos resta recordar que a veces los escritores inspirados hacen referencia a actos externos, como los del bautismo y de la imposición de manos, para señalar la virtud esencial que se simbolizaba por el acto, con la seguridad de que, en los tiempos apostólicos, nadie había de imaginar que tales actos, llevados a cabo en la esfera física, podían tener resultados espirituales, sino únicamente representar, en forma conveniente, la gran obra de Dios, que es siempre la del Espíritu Santo operando sobre la base de la Obra única que Cristo realizó en la Cruz. Otra cosa sería negar la esencia misma de la Fe cristiana.

La referencia a la “*imposición de manos*” en (**He 6:2**) halla su lugar en una lista de verdades elementales de la doctrina del Mesías, que habían de superarse en la plenitud espiritual de la Iglesia, de modo que nada tiene que ver con las cuestiones que surgen del uso del término de Los Hechos.

Nota final. No hemos querido duplicar las notas que se hallan en el texto del Comentario, de modo que el cuadro total en cuanto a tan interesante y discutido tema ha de apreciarse por medio de las observaciones en el pasaje de referencia, juntamente con estas breves referencias a la imposición de manos en otras partes de las Escrituras.

Apéndice 6 - Los judíos: su vida y costumbres

El judaísmo

Existe una vasta literatura sobre el judaísmo de los tiempos de Cristo y de los apóstoles, y, obviamente, no nos es posible apuntar en este apéndice más que algunas notas que sirvan para orientar en la materia a los lectores de Los Hechos. El judaísmo que forma el fondo de la génesis del cristianismo no era meramente la aplicación en un período dado de la religión del Antiguo Testamento, entendida en sentido algo legalista, sino la resultante de la operación de numerosos factores que habían surgido en el transcurso de la vida nacional y religiosa de Israel.

1. Los hebreos antes del cautiverio

A pesar de las enseñanzas y disciplinas de la época de los patriarcas, de Moisés y de David, los israelitas daban muestras de una tendencia inveterada a dejarse arrastrar por los sistemas idolátricos de las naciones circundantes, como es evidente por la historia de Los Reyes y por las reiteradas denuncias y amonestaciones de los mensajes proféticos. Sin duda la mayoría reconocía a Jehová como el Dios de su nación, pero no quería darle el lugar único que le correspondía, como Dios único, Creador de los cielos y de la tierra. Los “reyes buenos” eran aquellos que restauraban el Templo y sus servicios, escuchando la voz de los profetas. Por eso podían ser bendecidos. Los “malos” eran aquellos que mezclaban el culto de otros dioses con el de Jehová (la fornicación espiritual), y al parecer Manasés abolió el culto de Jehová totalmente durante años. Las reformas no afectaban más que una parte del pueblo. Sin embargo, el “*Resto Fiel*” de almas piadosas mantenía el testimonio, siendo ayudado por los profetas que prometían bendiciones para los sumisos, con la intervención final de Jehová a su favor, al par que denunciaban los pecados del pueblo y predecían los castigos inmediatos y lejanos que habían de caer sobre ellos.

2. Los hebreos durante el cautiverio

La dispersión de los israelitas empezó cuando Sargón, rey de Asiria, deportó a muchos de los habitantes del reino del norte (Samaria) en el año 722/1 a. C. Judea padeció igual suerte en manos de los babilonios, culminando con una serie de deportaciones, a la que siguió la destrucción de Jerusalén y del Templo en el año 586 a. C. Al hallarse desterrados de Israel y esparcidos entre las gentes, los hebreos tenían que decidirse por una de dos alternativas: a) seguir sus prácticas idolátricas, mezclándose con las gentes y perdiendo su identidad nacional; o b) afirmarse en su religión monoteísta y mantener su integridad nacional en medio de las gentes. Sin duda muchos se perdieron por seguir la primera alternativa, pero el grueso de la raza reaccionó bajo los mensajes proféticos —cuyo cumplimiento habían experimentado en sus propias carnes—, en el sentido de aborrecer los “*dioses*” que habían causado su ruina. Desde entonces el judío ortodoxo ha sido estrictamente monoteísta. Sin duda el sentimiento nacionalista y patriótico se reavivó por el mismo hecho de la dispersión, y era evidente que la cohesión nacional (o siquiera racial) dependía en primer término de su religión superior, monoteísta y exclusiva.

3. Las sinagogas

El mayor factor que impidió la desintegración de la raza, garantizando la continuidad de su religión, se halla en la institución de la sinagoga. El Templo, antiguo símbolo y centro de su religión, había sido destruido, pero muchos rollos de los libros sagrados se habían

llevado a los distintos lugares del destierro. Por un proceso natural e inevitable —aunque carecemos de datos sobre el detalle histórico—, los hebreos se reunían para la lectura de la Ley. Al estabilizarse las condiciones en el destierro sería natural habilitar algún lugar para tales reuniones que no fuese una casa particular. Pronto cada colonia tendría su “lugar de reunión”, que después recibió la designación griega de “*sinagoga*”. En su forma desarrollada, la sinagoga llegaba a ser una sala más o menos suntuosa, presidida por la “cabeza de la sinagoga” señalado de entre los ancianos de la colonia. Como ayudante tenía al Hazzán, guardián de la propiedad y de los rollos —que se conservaban en un arca—, y, entre la semana, maestro de los niños de la colonia.

Los cultos eran sencillos, pero adecuados, pudiendo verse en ellos el patrón de las primeras iglesias locales cristianas. Se iniciaba el culto con la recitación del Shema, o credo: “*Oye Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón...*” (**Dt 6:4-5**). Luego seguían alabanzas a Dios y oraciones rituales hasta que llegara el momento de la lectura de la porción seleccionada de la Ley, dividida en 154 secciones. Los judíos de Israel —tratamos ahora de los tiempos que sucedieron la restauración— repasaron toda la Ley en el curso de tres años, añadiendo porciones apropiadas de los Profetas. Era normal que alguien predicara un sermón después, aclarando el sentido de las lecturas (**Lc 4:16-27**) (**Hch 13:15**).

La Ley formaba la base de la enseñanza de los niños —las niñas se instruían por sus madres en casa— durante la semana, y la formación de la mentalidad judía, en lo que tiene de bueno y de malo, depende sobre todo de la influencia de la sinagoga y de la instrucción en la Ley que recibía todo varón. No se trataba de dotar a los alumnos de una amplia cultura, pero sí de inculcarles los principios fundamentales del temor de Dios, de la obediencia a la Ley y a la Ley oral (véase abajo), además de las obligaciones sociales, religiosas y raciales que competían a todos los circuncisos.

Los ancianos de la sinagoga se formaban en tribunal con atribuciones suficientes para juzgar ofensas religiosas que no necesitaban pasarse al Sanedrín (**Jn 9:12-34**) (**2 Co 11:24**).

4. El Templo

Después de la restauración de un remanente del pueblo por el decreto de Ciro y bajo la guía de Zorobabel primero y de Esdras después (véase el Libro de Esdras), los judíos volvieron a edificar el Templo, en escala reducida y en medio de grandes dificultades (compárese también la profecía de Hageo y la primera parte de Zacarías). Después de muchas vicisitudes, la gente mezclada del centro de Israel —los samaritanos— edificaron su propio templo cismático sobre el Monte Gerizim. Los galileos del Norte —donde abundaban los gentiles— fueron sometidos al judaísmo por los príncipes de la casa asmonea, llegando a ser, sin embargo, los defensores más valientes de la ortodoxia judía, a pesar de su sangre mezclada y su dialecto, poco grato a los oídos de los jerosolimitanos.

El segundo Templo sufrió mucho durante las guerras de liberación contra los Seléucidas, reyes de Siria, quedando intacto probablemente sólo el santuario interior. El Templo de los Evangelios y de Los Hechos es el que se llama “*de Herodes*”, ya que este usurpador idumeo, para gloria suya y para congraciarse con los judíos, inició la reedificación del edificio sagrado, según planes grandiosos e inteligentes, en el año 20 a. C. Poco a poco iba reemplazando la estructura anterior, ampliándola y dotándola de patios mucho más amplios, sin interrupción de los cultos. Toda la obra fue hecha por sacerdotes. Seguía la reconstrucción durante todo el período de los Evangelios y Los Hechos, bien que muy adelantada ya. Compárese (**Jn 2:20**), donde no se implica la terminación de la obra,

con **(Mt 24:1-2)**. La obra no fue terminada del todo hasta el año 64, siendo arrasado por los romanos en el año 70 d. C.

Es evidente que los judíos no podían llevar a cabo el ritual levítico cuando el Templo no estaba en pie y consagrado a su uso normal. Su funcionamiento prestaba mucha importancia a la casta sacerdotal; contrariamente, su destrucción dejó a los intérpretes de la Ley y de la tradición como los únicos guías religiosos del pueblo.

5. Un resumen histórico desde los tiempos de Esdras

a) El período bajo el imperio persa, 537-332 a. C. Las fortunas de la colonia de israelitas en Judea fluctuaba según el favor del monarca persa. En general era un período de gran debilidad, durante el cual los judíos se hallaban hostilizados tanto por los samaritanos como por otros pueblos circundantes. Los sumosacerdotes tendían a asumir poder político.

b) Bajo Alejandro Magno y sus sucesores, 332-167 a. C. Según Josefo, Alejandro sentía simpatía por los judíos y los favorecía; pero como consecuencia de su temprana muerte, su vasto imperio fue dividido entre cuatro de sus generales, hallándose los judíos luego entre los “dos fuegos” de la dinastía seléucida, al Norte (Siria), y la egipcia de los Ptolomeos. Israel llegó a ser campo de batalla donde estas dinastías rivales dirimían sus cuestiones. La tiránica opresión del rey sirio, Antíoco Epífanes, quien se empeñó en “helenizar” a los judíos, llegando a violar el Templo, produjo un alzamiento encabezado por un sacerdote llamado Matatías y por sus hijos (los Macabeos o Asmoneos). La suerte de los judíos en esta guerra de liberación fluctuaba mucho, pero por fin los Asmoneos fueron establecidos como príncipes-sacerdotes de Israel, a pesar de no pertenecer a la línea sacerdotal de Sadoc ni a la línea real de David. Por desgracia, las heroicas hazañas del primer período dieron paso luego a las intrigas y violencias que mancharon la historia de los últimos príncipes Asmoneos. Por fin Herodes, un idumeo, pudo hacerse con el poder, llegando a ser “*rey de los judíos*”, por gracia y favor de los romanos, quienes ya se habían establecido en el Oriente.

6. Las “costumbres”

¿Cuáles eran las “*costumbres*” que los cristianos judíos de Jerusalén observaban con fanático celo? Había ciertos ritos y observancias que distinguían al judío “practicante” de todo aquel que no lo era y que servían de “santo y seña” de su fe ortodoxa. La circuncisión de cada varón, a los ocho días de nacer, era “*sello del Pacto*” que Dios había hecho con Abraham. Tan típico es el rito de la raza que a menudo los judíos se llaman “*la circuncisión*” en el Nuevo Testamento, siendo los gentiles la “*incircuncisión*”. Guardar las leyes alimenticias de Levítico capítulo 11 y de Deuteronomio capítulo 14, que excluían ciertos animales, peces y aves de la dieta de los israelitas, típicamente el cerdo. Muy enlazada con esta diferencia entre “*animales limpios e inmundos*” era la prohibición de comer carne con la sangre (**Lv 17:1-12**). Ningún proceso de limpieza en un matadero gentil bastaba para este caso, pues la carne “kosher” había de prepararse según un proceso exclusivo por los carniceros judíos. Guardar el sábado según las instrucciones de la ley oral. Guardar las demás fiestas, subiendo los varones de Israel a Jerusalén tres veces al año para la celebración de las más importantes de ellas, a ser posible. Ofrecer sacrificios y ofrendas en el Templo mientras que éste estuviera en pie. Asistir fielmente a los servicios de la sinagoga, que suponía ser fiel también a las obligaciones normales de la familia y de la sociedad hebrea del pueblo o de la colonia.

7. Las fiestas religiosas

Además de la fiesta semanal del sábado, los judíos habían de guardar aquellas que se detallan en Levítico capítulo 23.

La Pascua era fiesta anual que conmemoraba la salida de Egipto, basándose en las instrucciones de Éxodo capítulo 12. En la “Pascua permanente” no sólo se sacrificaba el cordero pascual en la noche del día 14 del mes Nisan, sino que los israelitas comían “ázimos” (pan sin levadura) durante siete días, ofreciéndose sacrificios en el Templo. Todo el período se llamaba “*La Pascua*”. Durante la historia de los reinos de Israel hubo períodos de olvido de esta fiesta básica, pero el pueblo restaurado la guardaba con celo religioso, acudiendo multitudes a Jerusalén para la ocasión.

Al segundo día del período pascual se ofrecía una gavilla de grano de la nueva cosecha, lo que coincide, en el pensamiento cristiano, con la Resurrección como principio de la cosecha de la Cruz.

La fiesta de Pentecostés, o “*de las semanas*”. Véanse notas en el capítulo III sobre esta fiesta, que llegó a ser tan célebre en los anales cristianos.

La fiesta de las trompetas, que dio principio al año civil en el primer día de Tishri (octubre), fue ocasión de regocijo. Fue seguida, durante el mismo mes, por el solemne ayuno que acompañaba el Día de Expiaciones (**Lv 16**) con (**He 9**) (**Hch 27:9**). La de los tabernáculos recordaba las peregrinaciones en el desierto y anticipaba la seguridad y gozo del Reino milenial, por lo que los israelitas pasaban unos días en enramadas. “*El último y gran día de la fiesta*” se nota en (**Jn 7:37**). La fiesta de las Luces (o de la Dedicación) conmemoraba la reapertura del Templo por los Macabeos y se menciona en (**Jn 10:22**). La de Purim se basa sobre la liberación de los judíos de una matanza general según se relata en el Libro de Ester. Las dos últimas no se prescriben en la legislación mosaica.

8. La ley oral, o las “tradiciones de los ancianos”

Sin duda los patriarcas se regían por “tradiciones” religiosas y éticas, con anterioridad a la entrega de la Ley —con la restante legislación mosaica— en el Sinaí, y que quedaron incorporadas en el nuevo sistema legal. Los fariseos, sin embargo, insistían en que Moisés pasó a Josué y a los ancianos, no sólo la Ley escrita, sino también tradiciones orales suplementarias y de igual autoridad. De hecho esta “ley oral” data de los tiempos de Esdras, surgiendo en un principio de la necesidad de resolver problemas de comportamiento que no se prevenían en los tiempos de Moisés. Ya hemos visto que la pérdida del Templo motivó que las Escrituras llegasen a ser el centro de la vida de la nación. El hebreo clásico se perdió como lengua hablada durante el destierro, siendo reemplazado por el arameo. Por eso la Ley, escrita en el idioma sagrado, necesitaba intérpretes si había de ser comprendida por el pueblo. La persona y obra de Esdras señalan el surgimiento de hombres piadosos que se entregaban a esta labor de estudio y de enseñanza, llegando el escriba, o el doctor de la Ley, a ser el verdadero guía religioso del pueblo, aun después de la renovada inauguración del Templo. Los comentarios sobre puntos difíciles se transmitían de una generación de escribas a otra, llegando éstos a ser maestros en el sutil arte de la casuística, o sea, la aplicación de las normas legales a la gran diversidad de casos y problemas que iban surgiendo. Por ejemplo, se preguntaría en qué consistía “guardar el sábado”, ya que la absoluta pasividad física era imposible, y que asuntos como el nacimiento de criaturas, enfermedades peligrosas, muertes, sacrificios en el Templo, etc., no admitían demora. Los escribas consultarían opiniones de los maestros anteriores, o adelantarían opiniones de los modernos, sacándose la conclusión, por ejemplo, que un hombre podía andar “el camino de un sábado” en el día sagrado — como mil metros— sin quebrantar la Ley. En cambio si arrancaba espigas de trigo en tal día, restregando las espigas para comer el grano, entonces había quebrantado el sábado porque había segado, trillado y molido en el día de descanso (**Mr 2:23-28**).

La ley oral se llama la Mischna, y de las interpretaciones de ella salió la Midrasch, subdividida a su vez en varias secciones, según la naturaleza del comentario. Las

traducciones (o paráfrasis) del texto hebreo en arameo se llamaban los Targum. Aparte las traducciones, esta masa de literatura —un tanto indigesta— se incluye bajo el título general del Talmud, que influye por lo menos tanto como el Antiguo Testamento en la vida, pensamientos y religión de los judíos.

Sería erróneo, sin embargo, creer que todo se había codificado durante el primer siglo. En los tiempos de Cristo y de los apóstoles, seguía siendo “ley oral”, que se elaboró, se codificó y se redactó por escrito en centros como Babilonia y Jamnia (oeste de Israel) después de la destrucción de Jerusalén y durante los siglos siguientes. De ahí la dificultad en discernir siempre aquella parte del Talmud que verdaderamente puede aplicarse al judaísmo de los tiempos bíblicos.

Las sectas de los judíos

1. Los fariseos

Eran “los separados” de los difíciles siglos de la historia de los judíos que precedieron el Advenimiento, siendo celosos por la Ley, pero aceptando como inspirados todos los libros canónicos del Antiguo Testamento de nuestra Biblia. Tuvieron su origen durante las guerras de los Macabeos, pero se oponían por fin a los príncipes de esta dinastía porque no separaban las funciones reales y sacerdotales, hundiéndose también en la mundanalidad helenista. Eran los grandes defensores de la tradición oral como “cerco alrededor de la Ley”. Doctrinalmente eran los más sanos del pueblo, admitiendo la resurrección del cuerpo, la existencia de ángeles, la vida espiritual, etc. Su actitud de “separación” se convertía fácilmente en hipocresía, pero hemos de tener en cuenta que todos los israelitas que esperaban la Promesa formaban en las filas de los fariseos, como por ejemplo Nicodemo, José de Arimatea, y, sin duda, los primeros discípulos, uno de los cuales pasaba más allá, llegando a ser un celote, miembro de la secta que estaba dispuesta a emplear violencia con tal de librarse de la dominación del Imperio de Roma.

2. Los saduceos

Según la tradición de ellos, se derivaba su nombre de Sadoc, como sacerdote en los tiempos de David y de Salomón. Los sacerdotes (todos ellos descendientes de Aarón) se habían multiplicado mucho, llegándoles el turno de servir en el Templo muy de vez en cuando (**Lc 1:8-9**). Por lo tanto no hemos de confundir la generalidad de los sacerdotes con la casta sacerdotal que, por manejos políticos, detentaba el poder en Jerusalén en el período que tratamos. La existencia de tal casta se deriva de los malos tiempos de los últimos asmoneos, siendo el sumosacerdote ipso facto el jefe religioso y civil de la nación. La casta y sus secuaces se llamaban “saduceos”. Siendo mucho menos numerosos que los fariseos y careciendo de la popularidad de éstos frente a las multitudes, lograban mantenerse en el poder por ocupar los altos cargos sacerdotales y por estar dispuestos a transigir con los romanos. Eran materialistas que interpretaban la Ley (Torah) en sentido estrictamente literal, no admitiendo una esperanza de la vida futura, ni la resurrección de los muertos, ni la existencia de ángeles.

Perdieron toda autoridad con la destrucción del Templo, persistiendo el judaísmo en su forma farisaica. Los saduceos y demás sectas desaparecieron de la historia.

3. Los esenios

Los esenios formaban una comunidad “monástica” que se retiraba de la vida agitada e inmunda de la nación. No se mencionan en la Biblia pero el descubrimiento de los “rollos del mar Muerto” que pertenecían a una comunidad asceta de Qumram ha vuelto a

suscitar el interés de los eruditos en los esenios. No hemos de creer que Juan el Bautista fuese miembro de esta secta, cuyas doctrinas correspondían a las de los fariseos.

4. Los herodianos

Los herodianos formaban un partido más bien que una secta, siendo oportunistas que aceptaban la dinastía herodiana como “mal menor”, preferible al dominio directo de los romanos.

El Sanedrín

Éste era el Consejo supremo religioso y civil del pueblo de Israel, reconocido como tal hasta por los judíos de la Dispersión. A los judíos les agradaba creer que arrancaba la institución de los Setenta Ancianos que Dios concedió a Moisés según **(Nm 11:14-25)**, pero de hecho halla su origen en los tiempos de los asmoneos. En intranquila combinación, ya que no podemos hablar de una alianza **(Hch 23:1-11)**, se asociaban las altas jerarquías sacerdotales con los más destacados rabinos de los fariseos para formar un Consejo nacional presidido por el sumosacerdote, constituyendo el cuerpo la máxima autoridad indígena hasta donde los gobernadores romanos permitían el ejercicio de su poder. Véanse más notas sobre el Sanedrín en el Capítulo V.

La diáspora o la dispersión

La Diáspora abarca a todos los judíos que vivían fuera de Israel. Se originó, desde luego, en las transmigraciones ordenadas por los reyes de Asiria y de Babilonia, pero hemos de saber que muchos de los judíos se arraigaban en las tierras de su cautiverio, prosperando en sus negocios hasta tal punto que no querían volver a Israel cuando Ciro les abrió las puertas. Las conquistas de Alejandro Magno dieron más facilidades aún a estos judíos, ya que podían viajar sin dificultad, hallando muchos buenos centros donde establecerse y enriquecerse. Llegaron a ocupar todo un sector de Alejandría, siendo prácticamente autónoma esta importante colonia. El estudio de Los Hechos nos revela que había judíos en todos los principales centros de población que visitara Pablo y sus compañeros. Habiendo un mínimo de diez varones, abrían sinagogas para todos los efectos que hemos visto anteriormente.

Sin duda muchos judíos de la Diáspora llegaban a mezclarse con las gentes, degradando el noble culto de Jehová por un sincretismo adulterado por los sistemas idolátricos de la vecindad. La gran mayoría, sin embargo, mantenían la religión de sus padres con “*las costumbres*” más esenciales a pesar de hablar el griego o el idioma nativo de su región **(Hch 2:9-11)**. La sinagoga constituía el centro religioso y civil de cada colonia, y el ejercicio de sus cultos se hallaba protegido por las provisiones excepcionales de una “religio licita”. Su apartamiento de la vida social de sus vecinos, además de lo que parecía ser su apego fanático a su “*solo Dios*”, les hacían ser objetos de recelo y animadversión de parte de los habitantes de las ciudades y regiones del Imperio; quizá el antisemitismo milenario se inflamaba más aún por la habilidad comercial tan característica de los judíos. No rehusaban pagar cada uno el “*medio siclo*” anual como contribución al mantenimiento del Templo y de sus servicios.

Las verdades reveladas de la Palabra inspirada del Antiguo Testamento brillaban en medio de las tenebrosidades del paganismo, si los judíos lo querían o no. Muchos eran los prosélitos que se añadían a las sinagogas mediante la circuncisión, y muchos más los “*temerosos de Dios*” que escuchaban la Palabra y se apartaban de lo más vil de los sistemas idolátricos.

Pablo se llama "*hebreo de los hebreos*", a pesar de ser judío de la Dispersión, ciudadano de Tarso y del Imperio (**Fil 3:5**). Representa a los "hebraístas" que guardaban su conocimiento de la lengua antigua de su nación además de cumplir las "costumbres" con todo rigor. En esto se distinguían de los helenistas que hablaban solamente el griego o el idioma de la tierra de su adopción. Los helenistas podrían ser tan celosos como los demás (**Hch 6:9**), pero sin duda en su caso el trato continuo con los "*incircuncisos*" había rebajado en algo la barrera entre su raza y los pueblos gentílicos.

Apéndice 7 - Las iglesias de Galacia

Las iglesias de Galacia (Ga 1:2)

Pablo dirigió una carta a *“las iglesias de Galacia”* amonestándoles reiteradamente, y en términos severos, sobre el peligro de dejarse llevar por unos enseñadores judaizantes a una posición que de hecho estaba en contradicción con el Evangelio de gracia que habían recibido por su boca. En **(Ga 4:13-15)** les recuerda que les predicó el Evangelio por primera vez *“a causa de una enfermedad física”*, pero a pesar de sentirse Pablo humillado por las condiciones de la enfermedad (¿una afección de los ojos? ¿paludismo crónico?) ellos le recibieron con gran entusiasmo *“como a un ángel (mensajero) de Dios”*, y habrían estado dispuestos a sacarse sus ojos si así hubiesen podido ayudarle.

Por la lectura de la Epístola es obvio que los falsos enseñadores incitaban a los creyentes gálatas (gentiles, por lo tanto) a circuncidarse, colocándose así bajo el régimen legal de Israel, como medio para *“perfeccionarse”* **(Ga 3:3)**, sin que dejaran de reconocer que los gálatas habían *“empezado”*, con un hecho cierto: el de Cristo y su Obra. Que los creyentes criados en los medios judaicos se circuncidasen no constituía problema (véanse notas sobre la circuncisión de Timoteo, **(Hch 16:3)**), pero por el mismo hecho, creyentes de procedencia gentil manifestarían que les faltaba algo *“en Cristo”*, ya que creían necesario estar también *“en Israel”*, entregándose al vano esfuerzo de cumplir la Ley. Es evidente que los judaizantes habían trabajado mucho con el fin de minar la autoridad apostólica de Pablo como único medio para hacer prevalecer sus doctrinas en una región donde el apóstol había sido el fundador (en lo humano) de la obra. Insinuaban que estaba fuera de la *“sucesión apostólica”*, ya que era claro que el Señor Jesucristo había elegido a Pedro y a los doce en general, pero, ¿cuáles garantías ofrecía la *“comisión secreta”* del ex perseguidor? Por ello —a la menos implícitamente— pretendían ser los verdaderos representantes de los apóstoles en Jerusalén.

Pablo intenta volver a la senda de la pura gracia a los cristianos gálatas: a) por reprocharles su súbito cambio de parecer, inclinándose hacia algo que no era el Evangelio **(Ga 1:6-9)**; b) por mantener su autoridad apostólica que descansaba sobre la elección del Señor glorificado, y en manera alguna sobre una *“ordenación”* de quienes eran apóstoles antes que él, bien que éstos llegaron a reconocer la *“gracia”* que le había sido dada como apóstol de los gentiles **(Ga 1:11-2:21)**; c) por recordarles las lecciones de su propia experiencia de la predicación del Evangelio que *“exhibía”* a Cristo crucificado, lo que dio lugar a manifestaciones consiguientes de poder por las operaciones del Espíritu Santo; todo había sido por la gracia de Dios, recibida por la fe de los creyentes, como ellos bien sabían; eran *“necios”* pues si se olvidaban de tales lecciones **(Ga 3:1-6)**; d) por recalcar la verdadera naturaleza de la fe, las obras y la función de la Ley, tomando a Abraham por ejemplo, recalcando el pacto de gracia hecho con él recogido y sellado por la Simiente **(Ga 3:6-5:1)**; e) por recordarles que la victoria sobre la carne no viene por obras legales sino por la potencia del Espíritu de Dios **(Ga 5:2-6:10)**. Termina la carta con exhortaciones prácticas, insistiendo en que la *“gloria”* de los salvos ha de centrarse únicamente en la Cruz de Cristo.

Los receptores

¿Cuáles eran las *“iglesias de Galacia”* que necesitaban tal carta? ¿Eran las iglesias fundadas durante el primer viaje **(Hch 13:13-14:27)**, en ciertas regiones de Frigia y de

Licaonia, incluidas oficialmente en la extensa provincia romana de Galacia? ¿O realizó Pablo una obra en la parte norteña de la provincia al ser detenido por la enfermedad ya notada en las circunstancias históricas resumidas muy brevemente por Lucas en (**Hch 16:6**), después de haber confirmado las iglesias fundadas durante el primer viaje, y serles negada la entrada por lo pronto a Asia y a Bitinia? La primera se llama la “hipótesis del Sur”, adelantada por Sir William Ramsay y hecha popular en nuestros días a causa del gran prestigio de Ramsay como investigador arqueológico. La segunda es “la hipótesis del Norte”, detallada por el gran escriturario J. B. Lightfoot y seguida totalmente o en parte por muchos de los exegetas del “gran período” del estudio bíblico en la Gran Bretaña al fin del siglo XIX y al principio del XX.

La cuestión se reviste de escasa importancia exegética, pues no afecta para nada el sentido y la doctrina de la Epístola a los Gálatas, pero no puede omitirse del todo en una Exposición de Los Hechos por la necesidad de procurar aclarar la relación entre Los Hechos capítulo 15 y Gálatas capítulo 2; como también las fechas de las visitas de Pablo a Jerusalén (**Hch 11:30**) (**Hch 12:25**) y (**Hch 15:2**). Por desgracia la cuestión se ha complicado enormemente en los escritos de los eruditos que han adelantado sutiles argumentos por una parte y por otra, de modo que todo resumen pecará de cierta parcialidad por la imposibilidad de tomar en cuenta todas las consideraciones.

La provincia de Galacia

Por los años 278-275 a. C., considerables contingentes de galos, ramo de la raza céltica que inundó varias regiones de Europa (compárese Galia, el nombre antiguo de Francia; Galicia, España; País de Gales, Gran Bretaña) lograron establecerse en el corazón de Asia Menor. Al principio se distinguieron claramente tres tribus, pero por fin éstas admitieron la autoridad de un solo rey. Se impusieron sobre los habitantes originales de la región como casta superior, predominando tanto su lengua como su religión. El último rey, Amintas, había incluido en su reino a diversos fragmentos de Frigia y de Licaonia, de modo que una región bastante heterogénea pasó al poder de los romanos en 25 a. C. Ellos trazaron las fronteras de su nueva provincia con poco respeto a principios étnicos, quedando algunas regiones frigianas y licaonias dentro de la parte sur; aglutinadas al núcleo original del verdadero reino galo en el Norte, mientras que otras quedaron fuera. Los factores que importan para nuestra consideración son: a) los pueblos evangelizados durante el primer viaje se hallaban dentro de los límites sur de la extensa provincia, no siendo gálatas sus habitantes, ni racial ni lingüísticamente, sino frigios o licaonios en la mayor parte. b) Lucas, como griego, emplea normalmente términos étnicos. Las partes de Frigia y Licaonia incluidas en la Provincia se llaman Frigia-galática, o Licaonia-galática para distinguirlas de los fragmentos bajo la administración de otras provincias o reinos.

PRIMERA HIPÓTESIS:

Las “iglesias de Galacia” eran las del primer viaje

a) Si Pablo había de escribir a las iglesias fundadas durante el primer viaje, ¿qué término emplearía si no *“las iglesias de Galacia”* (**Ga 1:3**) con (**1 Co 16:1**)? Lingüísticamente era una región heterogénea, de modo que la única unidad sería la política, la provincia romana de Galacia. Se afirma que Pablo y Lucas solían pensar en términos de las iglesias de una provincia romana, como *“las iglesias de Macedonia, de Acaya, de Asia”*, etc.

b) Tenemos una clara narración de la fundación de estas iglesias en Hechos capítulos 13 y 14, de modo que su existencia se basa sólidamente en la historia, mientras que nada sabemos tan tempranamente de un grupo de iglesias en la Galacia étnica (área de las ciudades de Pesino y Ancira) aparte de lo que podemos deducir de la Epístola misma y la

incierto referencia de **(Hch 16:6)**. Más tarde el cristianismo se hallaba firmemente arraigado en dicha región.

c) Si Pablo había de combatir un movimiento judaizante, después del llamado Consejo de Jerusalén, es inconcebible que no citara la carta de los apóstoles y ancianos de Jerusalén **(Hch 15:22-29)** que habría desautorizado a los enseñadores judaizantes en seguida, en el nombre precisamente de los líderes en Jerusalén cuya anuencia insinuaban.

Esta proposición afecta, pues, la fecha de la redacción de Gálatas (factor muy importante) y el cuadro general que se destaca de los escritos de sus defensores es el siguiente:

Durante el primer viaje, después del testimonio en Chipre, Pablo enfermó gravemente de paludismo en las regiones costeras de Panfilia adentrándose por eso en la parte interior (no se explica cómo un hombre tan enfermo pudo realizar la travesía de la agreste cordillera del Tauro) para predicar en Antioquía pisidiana *“a causa de una enfermedad del cuerpo”* **(Ga 4:13-14)**. Al terminar el primer viaje él y Bernabé pasaron bastante tiempo en Antioquía en Siria y en algún momento de su estancia allí Pedro visitó la Iglesia, comiendo primeramente con los creyentes gentiles (apartándose *“de la costumbre”* por lo tanto) pero reaccionando en el sentido de restringir la comunión en las comidas a los creyentes de procedencia judaica después de presentarse allí algunos amigos de Jacobo, que observaban estrictamente *“las costumbres”*. Bernabé fue arrastrado por su influencia. Pablo, comprendiendo que peligraba la unidad de la comunión de la Iglesia, reprendió a Pedro **(Ga 2:11-21)**. A causa de la confusión que produjo la cuestión, fue decidido que Pablo y Bernabé, con otros, subieran a Jerusalén para consultar con los apóstoles y ancianos. Tuvo que ser con anterioridad a aquella subida **(Hch 15:1-4)** cuando Pablo recibiera noticias de la entrada de judaizantes en las iglesias recientemente fundadas, por lo que les escribió la Epístola que conocemos, no mencionando la carta de Jerusalén porque aún no se había escrito. Según esta hipótesis Gálatas es la primera carta canónica de Pablo en orden cronológico. Supone, además, que la visita de Pablo y de Bernabé de **(Ga 2:1-10)** no puede coincidir con la de **(Hch 15:3)**, y se hace necesario demostrar que corresponde a la anterior cuando los dos siervos de Dios llevaron alivio material a la Iglesia en Jerusalén **(Hch 11:30)** con **(Hch 12:25)**. Se llega a tal conclusión a pesar del silencio de la narración y la necesidad de reajustar la cronología de aquellos años de forma drástica. Supone también que la cuestión del apostolado de Pablo a los gentiles era ya tan conocida que su *“gracia”* o *“llamamiento”* fue admitido por Jacobo, Juan y Pedro antes de ser apartado con Bernabé para la misión detallada según **(Hch 13:1-4)**.

SEGUNDA HIPÓTESIS:

Las “iglesias de Galacia” se fundaron durante el segundo viaje

La primera proposición parece enlazar la narración de Los Hechos y la Epístola a los Gálatas sobre una base histórica ya conocida, mientras que la segunda exige una extensa labor de evangelización en el momento de **(Hch 16:6)** que no se detalla. Con todo existen serias dificultades para poderla aceptar, de las cuales mencionamos solamente las que más se despuntan.

a) La evangelización de las iglesias de Galacia no se debió a un plan determinado, sino que fue a causa de una enfermedad. Pablo aprovechó una molesta interrupción de sus planes para dar a conocer el Evangelio en algún punto donde tuvo que hacer un alto **(Ga 4:13-14)**. Esto puede corresponder muy bien a la época de incertidumbre que siguió la confirmación de las iglesias del primer viaje y la prohibición de predicar en Asia y Bitinia **(Hch 16:4-8)**. En cambio es inverosímil la suposición de Ramsay de un ataque de paludismo en Panfilia que forzara al apóstol a cruzar la sierra de Tauro. Además, **(Hch**

13:13) señala precisamente el momento cuando Pablo asume el caudillaje de la compañía misionera, pudiendo poner por obra por primera vez con toda libertad su plan estratégico de plantar iglesias en las grandes rutas del Imperio. No hay la menor señal de improvisación en el relato ni de una interrupción causada por una enfermedad, sino todo lo contrario.

b) La condición espiritual de las iglesias del primer viaje. Toda referencia a las iglesias fundadas durante el primer viaje respira confianza en grupos de hermanos convertidos en medio de tribulación, confirmados por la obra de los misioneros en su viaje de regreso, constituidas bajo el cuidado de sus ancianos (**Hch 13:48,49,52**) (**Hch 14:22,23,27**) (**Hch 15:12**). Tras la visita de confirmación que inauguró el segundo viaje, Lucas hace un alto para regocijarse en el fortalecimiento y aumento de las iglesias (**Hch 16:4-5**). ¿Son éstas las “*iglesias de Galacia*” que estaban a punto de apostatar según la Epístola, apenas se había apartado Pablo de ellas, que es lo que supondría la “hipótesis del Sur”?

c) No se deja lugar para la segunda visita insinuada en (**Ga 4:13-16**). En el caso de las iglesias de Galacia había la “primera vez” cuando Pablo les predicó y fue recibido con entusiasmo, lo que implica la “segunda vez”, cuando pareció que llegaba a ser su enemigo por “decirles la verdad”. No pudo ser esta “segunda vez” el viaje de regreso y de confirmación de las amadas iglesias de Licaonia y de Frigia de (**Hch 14:22-23**), pero si se trata de un grupo de iglesias en el Norte, la primera sería la de (**Hch 16:6**), siendo la segunda la del principio del tercer viaje “*por las regiones superiores*” que se nota en (**Hch 19:1**), lo que da tiempo para alguna manifestación de la herejía incipiente, con el cambio de actitud que notó el apóstol.

d) Pablo se dirige a gálatas de raza. “*¡Oh gálatas insensatos! ¿quién os fascinó...?*” (**Ga 3:1**). Esta exclamación determina que los receptores de la carta eran “gálatas de verdad”, y no frigios y licaonios metidos a la fuerza en una provincia que racialmente les era ajena. El mismo Ramsay nota que posteriormente las fronteras artificiales impuestas por la política de Roma desaparecieron, volviendo cada sector étnico a llamarse por su nombre, como es natural. Es notorio que los habitantes de una región sometida por la fuerza a otra por razones políticas sienten resurgir entre sí de una forma potente el espíritu regionalista, que les hace reaccionar en contra de cuanto representa la entidad que les coacciona. ¿Qué clase de recepción habría tenido un predicador que se dirigiera a los catalanes en el tiempo de Felipe IV por la fórmula: “¡Oh castellanos insensatos!”. Cambiando de escena, procuraremos imaginar las reacciones de los irlandeses de Dublín, cuando estaban incluidos contra su voluntad en el Reino Unido, si alguien les llamara “ingleses”, en un momento de verdad, dentro de relaciones personales y no oficiales. Es una imposibilidad psicológica, tanto en un caso como en otro. Si Pablo escribía a frigios y a licaonios en tal momento de pasión y de absoluta franqueza y claridad, tendría que haberles llamado por su nombre de raza, o haber buscado otra expresión.

e) La fecha de la redacción de “Gálatas” no puede estar distanciada de la de “Romanos”. Es un axioma literario que si dos escritos de un mismo autor se ocupan de los mismos conceptos, reflejándose en uno hasta la fraseología del otro, hemos de postular que se acercan bastante las fechas de su primera redacción. El axioma se hace más seguro aún en el caso de Pablo, ya que podemos trazar claramente la trayectoria del desarrollo de su abundante pensamiento, vitalizado por el Espíritu de Dios. Tanto se acerca el pensamiento de “Gálatas” y “Romanos”, tan próxima es la coincidencia de temas fundamentales, que se ha dicho muchas veces que “Gálatas” es el esbozo preliminar de “Romanos”. No sólo eso, sino que las mismas frases bullen en la mente del apóstol al dictar la primera y la segunda, siendo el ejemplo más destacado entre los docenas que señala J. B. Lightfoot el siguiente: “*Dios envió a su Hijo... para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois*

hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo” (Ga 4:4-7). “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temos, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamaos: ¡Abba, Padre!” (Ro 8:14-15). Hallamos, pues, en los dos pasajes la coincidencia de temas tan singulares como: esclavitud y esclavos; redención, adopción; hijos; el testimonio del Espíritu; herederos de Dios; el clamor de reconocimiento: Abba, Padre. El lector notará que algunas de las expresiones son casi idénticas.

Ahora bien, “la hipótesis del Sur” exige una fecha para Gálatas anterior a la del Consejo de Jerusalén, o sea, de 47 ó 48 d. C., mientras “Romanos” pertenece al final del tercer viaje diez años más tarde. Para quien escribe, eso constituye una imposibilidad literaria y psicológica, que ha de juzgarse a la luz de que todos los escriturarios admiten la proximidad de la redacción de “Efesios” y “Colosenses” por las mismas razones que acabamos de alegar para la de “Gálatas” y “Romanos”.

Enlaces de tema y de estilo existen también, entre “Gálatas” y “2 Corintios”, especialmente en lo que se trata de la defensa de la autoridad apostólica de Pablo frente a sus enemigos los judaizantes. Si la redacción de “Gálatas” se sitúa al final de la estancia de Pablo en Éfeso, o un poco después cuando estuvo en Macedonia, sigue de cerca la de “2 Corintios” y anticipa un poco la de “Romanos”, todo lo que se ajusta perfectamente a las exigencias de las coincidencias de tema, de estilo y de fraseología.

f) La visita de Bernabé y Saulo a Jerusalén de (**Hch 11:30**) no puede ser la de (**Ga 2:1-10**). La “hipótesis del Sur” no puede admitir la coincidencia de la visita de Pablo y Bernabé a Jerusalén para el llamado “Consejo” sobre la cuestión de la circuncisión de los creyentes gentiles, con la de (**Ga 2:1-10**) de los mismos siervos de Dios acerca de la misma cuestión (personificada en Tito), a la que se añade el reconocimiento del apostolado de Pablo. A la vista está que los dos relatos son bastante diferentes, pero es igualmente claro que el punto de vista de Lucas, que hace historia de la ocasión pública, y el de Pablo, que recuerda las entrevistas privadas en relación con el reconocimiento de su comisión, son también muy diferentes, coincidiendo, sin embargo, la crisis fundamental. De hecho resulta bastante difícil ver cómo la reunión pública que se describe en Hechos capítulo 15 pudo llegar a conclusiones tan rápidas y claras si no hubiera habido intercambios entre los líderes de antemano: algo tan natural y esencial en esta clase de discusión que si no se describieran en Gálatas capítulo 2, tendríamos que suponerlos al leer Hechos capítulo 15.

l. La visita de (**Hch 11:30**) (**Hch 12:25**) está fechada por Lucas. Al final de Hechos 11 aprendemos que Agabo profetizó en Antioquía en Siria que había de haber un hambre extensa por el imperio, lo que determinó que los creyentes de Antioquía, mejor situados para soportar las dificultades de tales épocas, acordasen enviar ayuda anticipada a los santos en Jerusalén por mano de Bernabé y Saulo (nótese el uso del nombre Saulo y el orden, Bernabé y Saulo). Las suposiciones de Ramsay de que estos dos subieron con ayuda material en el curso del hambre, y que quedaron en Jerusalén bastante tiempo para administrarlo personalmente, no tienen base alguna en el texto bíblico. Los hermanos recibieron la predicción de Agabo como palabra de Dios y actuaron en seguida, anticipando la necesidad, seguramente por enviar ayuda en metálico que entregaron los delegados a los ancianos como en la ocasión futura de (**Hch 21:18**) con (**Ro 15:25-28**). Entre la mención de su llegada a Jerusalén y su salida de la ciudad en compañía de Juan Marcos, Lucas inserta la historia de la persecución herodiana, que introduce por la frase: “*por aquel tiempo*” (“*kat’ ekeinon de ton kairon*”) que, según los eruditos, es una frase bastante precisa. No habría razón alguna para modificarla a no ser que fuera en

aras de una hipótesis que hay que apoyar a la fuerza. La fecha es la de la muerte de Herodes Agripa I, en 44 d. C., una de las pocas que se prestan a la comprobación en Los Hechos. La visita de Gálatas capítulo 2 se realizó catorce años después de la conversión de Pablo, cálculo que corresponde bien a 47/48 d. C. para el Consejo, pero que es imposible para 44 d. C. La época en que Jacobo Boanerges fue decapitado y Pedro librado de la muerte para ir luego a un escondrijo no sería muy apropiada para las discusiones de **(Ga 2:3-10)**.

2. Las expresiones de **(Ga 2:6-10)** no pueden corresponder al año 44 d. C., época muy temprana del servicio público de Pablo. Sólo había actuado como ayudador de Bernabé en Antioquía hasta aquella fecha, y Lucas, guardando bien la perspectiva histórica de la manifestación del pleno apostolado de Pablo, sigue empleando el nombre de “*Saulo*”, colocándolo después del de Bernabé. Si el atento lector ha seguido con cuidado el desarrollo de los planes de Dios en cuanto a su siervo Pablo según se revelan desde el capítulo 9 hasta 13:13, recordará que el llamamiento personal de Saulo por el Señor glorificado fue seguido por un período de años escondidos. El momento en que Bernabé le buscó fue significativo, pero no reveló históricamente aún el sentido de la comisión de Pablo. En el año 44 los dos compañeros no habían sido apartados todavía por el Espíritu Santo para su labor especial entre los gentiles **(Hch 13:1-4)**, y fue sólo en el curso del primer viaje que el Espíritu manifestó sin lugar a dudas que Pablo había de ser el caudillo. Para quien escribe, los intercambios de **(Ga 2:6-10)** entre Pablo y los “*destacados*” de Jerusalén son absolutamente imposibles con anterioridad a las señales que el Espíritu dio al apostolado especial de Pablo en el curso del primer viaje, pues tal concepto sale completamente fuera de la perspectiva de la labor de Pablo que Lucas subraya cuidadosamente al narrar sus etapas progresivas. Después de las manifestaciones de la voluntad de Dios y de una administración eficaz del “*misterio*” recibido del Señor de la Iglesia, Pablo pudo conversar con Jacobo, Pedro y Juan como un apóstol comisionado especialmente para una labor complementaria a la suya y éstos tenían base suficiente para reconocer la “*gracia*” y el apostolado que le habían sido concedidos. Ya hemos visto que las “*diestras de comunión*” tienen un significado más amplio, incluyendo la labor misionera de Bernabé.

3. La recomendación a Pablo y Bernabé de que se acordasen de los pobres en el curso de su obra entre los gentiles cae bien en el año 47, pero habría sido ridícula en el año 44, cuando los dos estaban en Jerusalén de parte de la iglesia en Antioquía precisamente para entregar ayuda a los santos pobres de Jerusalén en vista del hambre que se avecinaba **(Ga 2:10) (Hch 11:29-30) (Hch 12:25)**.

g) Pablo no tenía por qué citar la carta de Jerusalén al escribir a los gálatas del Norte. El punto más fuerte de la “hipótesis del Sur” es que resulta inconcebible que Pablo, al tener que reprender a los gálatas y salvarles de las garras de unos judaizantes, dejara de citar la carta redactada por los apóstoles y ancianos de Jerusalén, afirmando la libertad de los creyentes gentiles, pero encargándoles una limitación de su libertad en ciertos asuntos escandalosos para los judíos. Se afirma que si ya se había redactado, Pablo tendría necesariamente que citarla. Discrepamos de este criterio, pues ya hemos visto en el texto, **(Hch 15:23-33)** con **(Hch 16:4)** que la carta fue dirigida a “*los hermanos de entre los gentiles que están por Antioquía, Siria y Cilicia*”, que habían sufrido por las incursiones de los judaizantes en aquellas fechas. Resulta raro que no se incluyeran los nombres de las iglesias del primer viaje si ellas ya habían sufrido el fuerte ataque que la Epístola a los Gálatas señala tan gráficamente. Es verdad que la carta fue entregada a estas iglesias (que suponemos firmes en la fe), pero sin duda su eficacia menguaba según la distancia del foco original de los disturbios. Dificultades había a causa de judaizantes en Corinto, pero en fechas reconocidamente más tardías, Pablo no hace alusión alguna a la carta de

Jerusalén. Cuanto más fuerte la proporción de creyentes de la gentilidad, menos necesidad había de utilizar el “decreto” o “encargo” de los apóstoles y ancianos en Jerusalén, ya que Pablo mismo era el apóstol de los gentiles, y a él le correspondía manifestar lo que había recibido del Señor sobre la libertad en Cristo de los hermanos, juntamente con la limitación de su libertad en amor, lo que en efecto hace por cuenta propia en 1 Corintios capítulos 8 y 10 como también en Romanos 14.

Los dos primeros capítulos de Gálatas nos muestran a Pablo empeñado en recalcar su propia autoridad apostólica, que era independiente de la de los doce, bien que íntimamente relacionada con ella. Si el distrito de referencia es Galacia propiamente dicha, y el apóstol escribe en el año 56/57, como ocho años después de la fecha del encargo, ¿por qué la había de mencionar? Prefirió narrar los acontecimientos del capítulo 2 que muestran cómo él mismo había tenido que luchar por mantener la libertad de los creyentes gentiles y la universalidad de la comunión de la iglesia aun en Antioquía de Siria y en la misma Jerusalén, cumpliendo así la comisión que había recibido del Señor de la Iglesia.

Concluimos que “la hipótesis del Sur”, a pesar de ser tan popular hoy en día entre los escriturarios (¡también hay “modas” eruditas y teológicas!) y a pesar de su aparente sencillez a primera vista, tropieza con tantas dificultades históricas, psicológicas, literarias y cronológicas, que debería abandonarse. Cuanto más se estudian todos los datos sobre la variada y riquísima obra de Pablo, tanto más nos convencemos de que abundan incidentes y trabajos que no hallan cabida en la historia de Lucas —que se ajusta tan fielmente a sus finalidades—, de modo que una misión en el Norte de Galacia, en las circunstancias que hemos notado, no debe extrañar a nadie, pues cabe bien dentro de la descripción de la obra apostólica de **(Ro 15:19)**: *“De manera que desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del Evangelio de Cristo”*. De la misión a Ilírico Lucas no dice nada. En cuanto a la del Norte de Galacia, por lo menos indica la posibilidad de que ocurriera durante el segundo viaje aquello que Pablo detalla en **(Ga 4:13-14)**.

El nombre de “Galacia” vuelve a mencionarse en **(1 P 1:1)**, en relación con creyentes en “Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia”. Si el mensajero había de entregar la Epístola en el orden señalado —que es lo más probable— tuvo que hacer un rodeo que le llevaría fácilmente desde Ponto al norte de Galacia pasando luego a Capadocia; después su camino le llevaría por el centro de Galacia y otra vez a Asia para desembocar en Bitinia al norte, casi cerrando el ciclo. Difícilmente podría incluir al Sur de la provincia (Frigia-galática y Licaonia-galática) en su itinerario.

Apéndice 8 - La cronología de los Hechos

Varias veces en el curso de nuestros comentarios sobre el texto hemos tenido ocasión de notar —¡si no se tratara de la Palabra inspirada diríamos “lamentar”!— la falta de referencias concretas que enlazaran las crisis del desarrollo de la Iglesia con acontecimientos paralelos de la historia profana, lo que nos ayudaría a fijar una cronología exacta. La fecha del Día de Pentecostés se sabe, pero, ¿cuánto tiempo duró la evangelización de Jerusalén antes del martirio de Esteban? ¿En qué fecha se convirtió Saulo? Hemos de tomar en cuenta necesariamente las notas de tiempo que nos da el apóstol mismo en **(Ga 1:18)**, que señalan la primera visita a Jerusalén, la de **(Hch 9:26-30)** a tres años después de su conversión, que es seguramente lo que hemos de entender. Luego pasados catorce años —de nuevo hemos de entender los pasados después de su conversión, que constituyó la gran fecha inicial de su vida espiritual— subió de nuevo a Jerusalén con Bernabé **(Ga 2:1)**. Ya hemos dado nuestras razones para creer que se trata de la visita de **(Hch 15:3)**, y no la de **(Hch 11:30)**, que no es pertinente al tema de Pablo en Gálatas y por lo tanto no se menciona.

Recogiendo datos ya aducidos en el texto, podemos tomar como fechas fijas, además de la del Día de Pentecostés en el año 30, las siguientes:

La muerte de Herodes Agripa I en el año 44 d. C., que se garantiza por Flavio Josefo. Nos da la fecha también de la persecución herodiana con la visita de Bernabé y Saulo a Jerusalén al llevar allí la ayuda financiera de la iglesia en Antioquía.

El gobierno de Galión en Acaya, 51-52 d. C. He aquí un dato que fija la fecha de la segunda mitad del segundo viaje, la de la labor pionera de Pablo en Corinto y Acaya.

Festo asume el gobierno de Judea-Samaria en el año 59 d. C. En esta fecha Pablo llevaba ya dos años encarcelado en Cesarea **(Hch 24:27)**, de modo que terminó el tercer viaje y fue arrestado en Jerusalén en el año 57 d. C. A la vez fija el período del viaje a Roma, del naufragio, de la estancia en Melita y de la llegada a Roma en el otoño: el invierno y la primavera de 59-60 d. C. Lucas termina su historia dos años más tarde, en 62 d. C. **(Hch 28:30-31)**. Solamente dos años más tarde se inició la persecución oficial de los cristianos por Nerón, ya empeñado en la loca carrera que afeaba los últimos tiempos de su reinado.

Los datos anteriores nos ofrecen algunos puntales firmes, sobre todo para el fin de la historia, pero quedamos con unas tremendas lagunas que los eruditos han llenado cada cual a su manera. Modernamente se suele seguir el sistema de Ramsay, pero ya hemos notado razones para tratar algunas de sus deducciones con reserva, sin dejar por ello de reconocer la deuda incalculable de todo estudiante de Los Hechos al gran sabio. Desde luego nadie pretende haber llegado a la finalidad en un asunto donde faltan tantos factores que podrían cambiar radicalmente el panorama. La tabla que sigue representa nuestro concepto del paso de los años. Se parece bastante a las tablas de Lightfoot y Turner, modificadas por datos más exactos que nos provee el Prof. F. F. Bruce y otros sobre los últimos años del ministerio de Pablo.

Pentecostés 30 d.C.

Conversión de Saulo 33-34 d.C.

Bernabé busca a Saulo 42-43 d.C.

Persecución herodiana y visita de Bernabé y Saulo a Jerusalén (Hch 11:30) 44 d.C.

Apartamiento de Bernabé y Saulo. Principio del primer viaje misionero 45 d.C.

Fin del primer viaje misionero 46-47 d.C.

Estancia en Antioquía y el acuerdo de Jerusalén (14 años después de la conversión de Saulo) 47-48 d.C.

Segundo viaje misionero. (Pablo y Silas). Hay largas jornadas en este viaje y lagunas que quizá suponen el paso de bastante tiempo) 48-52 d.C.

Tercer viaje misionero. (Se señala un período indefinido antes de la obra en Éfeso, con 2 ó 3 años en la ciudad, seguidos por obra en Macedonia, ¿Ilírico? y Acaya) 52-57 d.C.

Pablo apresado en Jerusalén 57 d.C.

Pablo ante Herodes Agripa II y principio del viaje a Roma 59 d.C.

Pablo en Roma (Probablemente libertado en 62) 60-62 d.C.

Martirio de Pablo en Roma 65 d.C. (¿?)

Apéndice 9 - La familia de Herodes

Los asmoneos y la familia herodiana

Muchas de las condiciones de la vida religiosa, política y social de los judíos que se reflejan en los Evangelios y en Los Hechos tienen sus raíces en el período intertestamentario, o sea en los cuatro siglos antes del Nacimiento del Señor. De tan complicado panorama entresacamos el hecho, de suprema importancia, del alzamiento de la familia de los Macabeos contra los reyes helenizantes de Siria quienes querían exterminar el judaísmo. La heroica lucha de Matatías y sus hijos se vio coronada de bastante éxito, aun cuando las circunstancias fluctuaban mucho. A pesar de no estar en la línea sacerdotal de Sadoc, los asmoneos (= macabeos) lograron establecer una dinastía sacerdotal y real a la vez, que gobernaba Israel hasta los tiempos de los romanos. Príncipes asmoneos como Juan Hircano y Alejandro Janeo extendieron el judaísmo hasta Galilea e Idumea, conquistando también Samaria pero sin lograr incorporar dicha provincia dentro del sistema religioso judaico. Por desgracia los últimos príncipes de tan esclarecida línea no eran dignos de las hazañas de sus antepasados, entregándose a sórdidas intrigas y luchas fratricidas y violentas, sufriendo el país las consecuencias. Las condiciones se complicaron aún más por las presiones esporádicas de los reyes de Siria por una parte y de los de Egipto por otra, sin mencionar las incursiones de los partos y árabes de las tierras orientales. Por fin la sombra de Roma cayó sobre Israel, y los prohombres de la República, seguidos por los primeros emperadores, tuvieron la última palabra en sus destinos.

Idumea es el antiguo Edom, habitado por los descendientes de Esaú. Había pugna constante entre los judíos y los idumeos, pero en el año 125 a. C. Juan Hircano logró incorporar Idumea en sus dominios, forzando a los habitantes a circuncidarse y declararse judíos de religión. Con todo, los viejos prejuicios de raza persistieron. Alejandro Janeo nombró a cierto idumeo, Antipas, como gobernador del territorio, y fue el hijo de Antipas, Antipater, quien echó los fundamentos de la grandeza de la familia herodiana. Él comprendió la debilidad de la casa asmonea, y a la vez formó un criterio exacto del poderío incontrastable de Roma, orientando su política según estos postulados fundamentales. Metió baza en las luchas internas de los asmoneos, buscando el favor de los romanos al mismo tiempo, hasta lograr que Julio César le nombrara procurador de Judea en 47 a. C., dejando sólo el sumosacerdocio para Hircano. Al morir asesinado en el año 43 dejó cuatro hijos y una hija de los cuales el segundo, Herodes, logró hacerse con el poder efectivo.

Herodes “El Grande”

I. La actuación política de Herodes

Por el tiempo cuando Herodes intrigaba y luchaba para conseguir el poder absoluto en Israel, el mundo romano sufría graves guerras civiles por las desavenencias primero entre Julio César y Pompeyo, y luego entre Antonio y Octaviano (más tarde Augusto). Con suma habilidad supo cambiar de bando al momento oportuno, consiguiendo que primeramente fuese tetrarca de Galilea, donde pacificó la región con mano fuerte, y que luego fuese hecho rey de todo el país bajo la égida de Roma. Con la ayuda de los romanos pudo terminar con la oposición de Antígono, casi el último de los asmoneos, casándose además con Mariamne, princesa de tan honrada línea.

Sabía que los príncipes asmoneos gozaban del favor del pueblo, mayormente después de hacerse efectivo el poder de Roma, y fue consumido por celos frente a ellos, llegando a exterminar toda la familia, incluso a su propia esposa Mariamne —a la cual amaba a su manera— y aun a sus propios hijos por ella, Aristóbulo y Alejandro. Antes de ser ejecutado, Aristóbulo había engendrado a Herodes Agripa, por medio de quien las fortunas de la casa herodiana habían de subir a otro cénit más adelante, siendo favorecido por los judíos, quienes tenían en cuenta su sangre asmonea.

Las relaciones entre Herodes y los judíos nunca se suavizaron, a pesar de levantar el rey el nivel de vida en el país y emprender la magna obra de la reconstrucción del Templo de Jerusalén. Nunca podía olvidarse el pueblo de que pertenecía a la odiada raza idumea y que era el instrumento para llevar a efecto la política de Roma. Además él se empeñaba en romanizar y helenizar el país, construyendo teatros y circos aun en Jerusalén. Quienes aceptaban esta política como un “mal menor”, se llamaban los “*herodianos*”. Se cuidó de alejar la familia asmonea del sumosacerdocio, instalando a un tal Hananiel, quien hemos de identificar quizá con el Anás de los Evangelios.

El puntal más firme de su política fue el de congraciarse siempre con Roma, manteniendo un firme bastión en Israel contra los ataques de los inquietos partos y árabes. Por eso Augusto, aun reconociendo su carácter criminal, accedía a sus ruegos y le mantenía en el poder, ya que era instrumento utilísimo para el logro de la política romana en el Oriente.

2. El carácter y las obras de Herodes

Herodes podía considerarse “grande” en la esfera de la habilidad política, unida con su notable valor y pericia militares. Necesitaba ser astuto y hábil en gran manera para mantenerse en su trono hasta su muerte, ya entrado en años. Además la arquitectura le apasionaba, y llenaba el país de magníficas obras, creando el puerto y la ciudad de Cesarea casi de la nada, además de fortificar Jerusalén y llevar a cabo su obra cumbre de la reconstrucción del Templo de Zorobabel, aunque toda esta obra no quedó terminada hasta un poco antes de la sublevación de los judíos en el año 68 d. C. Se manifestaban buenos rasgos en el joven estadista, pero según avanzaba el tiempo, y viéndose cercado constantemente de intrigas, amenazas y peligros a causa de la fría hostilidad de los judíos y las ambiciones y luchas de sus propios familiares, se hacía más y más suspicaz, violento y cruel, ordenando la muerte de cualquiera que le hiciera sombra, o que viniera a ser objeto de sus sospechas, llegando, como hemos visto, a matar a su propia esposa, a la madre de ella y a los hijos habidos de ella.

Ni Herodes mismo ni ninguno de los suyos ponía freno alguno a sus pasiones, llegando a ser el incesto sumamente corriente entre los diferentes miembros de la familia. La “grandeza” pues se volvió en infamia, llegando a ser el nombre execrado por todos.

3. Las referencias bíblicas

Es el historiador judío, Flavio Josefo, quien detalla la vida de Herodes, pero las escasas referencias bíblicas concuerdan bien con la información extrabíblica que ha venido a nuestras manos. En **(Mt 2:1-18)** se nos aparece suspicaz, astuto y cruel, buscando la manera de exterminar cualquier posible rival al trono de Israel. No es de extrañar que la matanza de unas cuantas criaturas inocentes de Belén no haya dejado rastro en la historia secular, toda vez que este acto de violencia palidece y pierde relieve en comparación con los execrables crímenes domésticos y políticos de Herodes.

4. La muerte de Herodes

El tirano murió terriblemente afligido por una dolencia interna que quizá fuese cáncer de los intestinos, fijándose la fecha en el año denominado 4 a. C. Es conocido que el

principio de nuestro calendario de la era cristiana no coincide exactamente con el Nacimiento del Salvador por errores de cálculo.

5. El testamento de Herodes

Los romanos aceptaron las sugerencias del testamento de Herodes, que, en sus capítulos principales, asignaron Judea, Idumea y Samaria a Arquelao, su hijo por una samaritana llamada Maltace; Galilea y Perea a Antipas (de la misma madre) y los territorios al nordeste del Mar de Galilea a Felipe, que no ha de confundirse con Herodes Felipe, el primer marido de Herodías. El Felipe de Traconitis, etc., se nos presenta en los escritos de Josefo como hombre honrado, muy diferente de los restantes miembros de su estirpe. Arquelao perdió su trono a instancias de los judíos, a quienes trató con poco tacto, muriendo desterrado en Viena, en Galia. Después de su muerte sus territorios se regían por procuradores romanos hasta el tiempo de Herodes Agripa I, siendo Poncio Pilato el que más se destaca en el relato bíblico. Hay mención de Arquelao en **(Mt 2:22)**.

6. Herodes Antipas

Éste se mantuvo por muchos años en los territorios que le fueron asignados (Galilea y Perea), siendo el protagonista de la triste historia de **(Mr 6:14-29)**, que llegó a su culminación con la ejecución de Juan el Bautista a instancias de Herodías y su hija Salomé. Evidentemente ahogó cualquier remordimiento de conciencia que tuviera al oír las denuncias de Juan, y más tarde el Señor le aplicó el infamante epíteto de “*aquella zorra*”, a causa de su astucia, debilidad y espíritu vengativo **(Lc 13:31-32)**. Aparece otra vez en la historia del día de la Crucifixión, pero de sus antiguas inquietudes no quedan más que el vulgar deseo de ver al Señor realizar algún milagro. Ni condena ni absuelve al Señor, remitiéndole otra vez a Pilato después de escarnecerle sus tropas **(Lc 23:6-12)**.

Herodías era sobrina suya, casada además con otro hermano, Herodes Felipe, de quien existen pocas noticias. Estando en Roma la sedujo, enviando a casa su legítima esposa, hija de Aretas, rey de Arabia, para poderse “casar” con Herodías. Tal fue la fea inmoralidad, tan típica de los Herodes, que Juan el Bautista denunció, incurriendo en el odio vengativo de Herodías con el resultado que hemos visto. Años más tarde, cuando se enemistaron Antipas y su sobrino Herodes Agripa I, Herodías insistió en que fuera su marido a Roma para reclamar también el título real, con tan mala suerte que no sólo no subió en categoría sino que perdió lo que tenía, siendo acusado de sedición, muriendo desterrado en Galia en circunstancias de gran miseria. La única buena nota en cuanto a Herodías es que permaneció fiel a Antipas hasta el fin, acompañándole en su destierro.

7. Herodes Agripa I

Remitimos al lector a las notas sobre este monarca en el comentario sobre el capítulo 12 de Los Hechos. Era hijo de Aristóbulo, hijo a su vez de Herodes el Grande y Mariamne, una princesa asmonea. De joven llevó una vida un tanto aventurera en Roma, pero tuvo la buena fortuna de hacerse amigo tanto de Calígula como de Claudio, quienes asumieron ambos la púrpura más tarde. Hasta tuvo su participación en la sucesión de los dos al trono imperial. Es evidente que había heredado los talentos de su abuelo Herodes “el Grande”, además de un trato normalmente afable y una fidelidad en lo externo al judaísmo, cuyas “costumbres” guardó, sin que por ello saliera de la inmoralidad común a su familia. Su sangre asmonea, con el afán por favorecer a los judíos, hacían de él el monarca más popular de la dinastía herodiana. Su reinado sobre todo Israel (los dominios de su abuelo) empezó en el año 40 y terminó en las trágicas circunstancias que narran tanto Lucas como Flavio Josefo en el año 44.

8. Herodes Agripa II

También hemos aprendido algo de este monarca en las notas sobre la sección de Hechos 25:13 - 26:32 . Era hijo de Herodes Agripa I, y no teniendo más de diecisiete años al morir su padre, el emperador no quiso que reinara sobre Judea. Más tarde, al morir su tío Herodes de Calchis, fue hecho tetrarca de dicho territorio, al que se añadió después la región de Traconitis, Gaulanitis, etc., con título de rey, además del codiciado derecho de nombrar al sumo sacerdote en Jerusalén. Como su padre, era judío por preferencia, conocedor de las Escrituras, como reconoció el apóstol Pablo, dispuesto a interceder por el pueblo ante Roma y complacerle en lo posible. Al mismo tiempo llevaba la vida de un romano en la sociedad, y cuando por fin tuvo que decidirse entre el pueblo rebelde y Roma, se colocó resueltamente al lado del emperador, terminando su vida en la metrópoli del imperio donde fue designado pretor.

Siempre iba acompañado por su hermana Berenice (**Hch 25:13**), y sus equívocas relaciones con ella provocaban los comentarios escandalizados tanto de romanos como de judíos.

9. Drusila (Hch 24:24)

Otra hija de Herodes Agripa I conocida a la historia profana y a la sagrada es Drusila, la más joven. Fue casada con Acizo, rey de Emeza, a la edad de catorce años, pero pronto después la codició el inmoral Félix, gobernador de Judea, quien, según los rumores de entonces, se valió de los servicios de un mago de Chipre llamado Simón para separarla de su marido, “casándose” después con ella. Tales eran las personas que oyeron a Pablo razonar sobre la justicia, la continencia y el juicio venidero. La historia cuenta que pereció su hijo Agripa en la erupción del Vesubio. Con el paso de las personas que acabamos de mencionar, la dinastía herodiana desaparece de la historia.

Copyright ©. Texto de Ernesto Trenchard usado con permiso del dueño legal del copyright, Centro Evangélico de Formación Bíblica en Madrid, exclusivamente para seguir los cursos de la Escuela Bíblica (<https://www.escuelabiblica.com>).